



Larry Collins

LABERINTO

Lectulandia

Art Bennington es el director del Departamento de Ciencias del Comportamiento de la CIA, y se dedica a estudiar casos relacionados con la parapsicología, como el de una vidente de Nueva York capaz de localizar submarinos soviéticos en el océano. Pero cuando un agente del KGB mata a la vidente, empieza a sospechar que éstos se traen algo importante entre manos. Lo que ignora Art es que el KGB ha desarrollado una tecnología basada en ondas electromagnéticas que puede controlar las emociones de las personas, y que piensa utilizarla con el presidente de Estados Unidos.

Lectulandia

Larry Collins

Laberinto

ePub r1.3

Mina815 06.12.14

Título original: *Maze*
Larry Collins, 1989
Traducción: Ana María de la Fuente

Editora digital: Mina815
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Mi espía psíquico

La gravilla del camino crujió bajo los neumáticos de nuestro Honda en cuanto éste abandonó el asfalto. Hilary Evans, uno de los más célebres autores británicos sobre lo paranormal, aminoró la velocidad. Quería mostrarme la belleza del Támesis a su paso por aquel lujoso suburbio de las afueras de Londres, y de paso confirmar algo que para él era sólo una leyenda:

—¡Mira!

Sus ojos se encendieron.

—¿Lo ves? —insistió, ufano como un adolescente—. En la orilla. ¡Fíjate en el nombre de ese yate!

Agucé la vista hacia la proa de una embarcación de lujo, amarrada al otro lado del río. Blanca, de formas aerodinámicas perfectas y casco de fibra de vidrio, a esa hora era la única nave atracada en aquel muelle privado. Cuando por fin distinguí su nombre, comprendí su emoción: el barco se llamaba *Paranormal* y su existencia acababa de dejar para siempre la categoría de rumor. Aquélla era, en efecto, la embarcación de recreo del sensitivo más famoso del mundo, Uri Geller.

Corría el mes de febrero de 1991. Geller era apenas un recuerdo en la mente de millones de españoles que le vimos una noche de 1974 en los estudios de Televisión Española, doblando cucharas de postre y poniendo en marcha relojes a distancia, ante los atónitos bigotes de José María Íñigo. De aquel joven de cabellos ensortijados y camisa a rayas quedaba ya poco. El *nuevo* Geller era un hombre de negocios, multimillonario, con yate, *cadillac* y una mansión que recordaba poderosamente a la Casa Blanca. «¿Que cómo he conseguido esta fortuna?», el sensitivo sonrió malicioso al recibirnos en su salón. «Buscando petróleo en Centroamérica».

Mientras nos mostraba algunas estatuas bizarras de elefantes con piernas de araña («Me las regaló Dalí. Fuimos grandes amigos», dijo), fui armando el cuestionario al que tenía previsto someterle. Sabía, por ejemplo, que apenas cuatro años antes, en 1987, había viajado a Ginebra para participar en la decisiva cumbre soviético-norteamericana que terminaría con el final de la Guerra Fría y la caída del Muro de Berlín en 1989. Geller había trabajado ya con éxito para la CIA y el FBI en la localización de personas desaparecidas y, entonces pretendieron que su mente influyera a distancia sobre la del Primer Ministro Comisionado de Asuntos Exteriores de la URSS, Yuli Volontsov, mano derecha de Gorbachov.

—Estuve bombardeando mentalmente a Volontsov para que firmase el Tratado — admitió Geller sin pestañear—. Estamos hablando de armas nucleares. Y me sentía muy impresionado por que me invitaran a hacerlo, pues ellos sabían lo que podía hacer con mi mente.

En aquella conversación Uri Geller me facilitó toda clase de fechas, nombres y detalles de sus trabajos con los servicios de inteligencia norteamericanos. Evitó

hablarme de su colaboración con el Mossad, el temido servicio secreto israelí, pero confirmó lo que desde hacía años se susurraba en círculos de espías de medio mundo: que en los setenta y ochenta existieron —y aún existen— costosos proyectos confidenciales que pretendían convertir el cerebro humano en una poderosa arma letal.

¿Ficción?

Por uno de esos caprichos del destino, cuando entrevisté a Geller acababa de cerrar la última página de *Laberinto*. No fue extraño, por tanto, que durante los meses que siguieron a nuestro encuentro, dedicara más horas de las debidas a cotejar las fuentes en las que Larry Collins bebió para su novela.

Me llevé una gran sorpresa. Collins y Geller hablaban de lo mismo: programas de la Marina estadounidense para lograr el control de un individuo a distancia, microchips insertados en el cerebro con los que subyugar cualquier voluntad, asesinos hipnoprogramados, sonidos letales y un amplio abanico de «armas psicotrónicas» clasificadas con nombres secretos desfilaron ante mí. Descubrí impactado que los detalles sobre los que se fundamentaban esta novela eran hechos ciertos.

Collins, pues, inventó a sus personajes, pero las historias que cuentan son mayoritariamente reales. Partes de una etapa vergonzosa de Estados Unidos que sólo la Ley de Libertad de Información y la desclasificación en 1995 de abundantes dossiers de información secreta por orden del entonces presidente Bill Clinton, han ido confirmando punto por punto. Desde esa óptica, *Laberinto* fue una punta de lanza importante para que el mundo conociera la perversa malversación militar que se hizo de los poderes ocultos de la mente durante la ya casi olvidada Guerra Fría.

Y ojalá no vuelva a suceder. Aunque mi instinto me obliga a dudarlo.

Javier Sierra

A Lawrence y Mike, dos insuperables especialistas en el arte de manipular
las emociones paternas

A mi padre

Laberinto

Prólogo

A principios de este siglo, Santiago Ramón y Cajal dijo que la hazaña suprema del hombre sería la conquista de su propio cerebro. Hoy nos encontramos en el umbral de esta conquista. Allí nos aguarda un mundo de maravillas y misterios, de esperanzas y promesas, una hazaña que rivalizará con las conquistas del espacio y del átomo. Pero, como han demostrado estos logros, cada uno de los grandes avances del Hombre no sólo ha supuesto un bien sino también un peligro potencial por su posible utilización para el mal. El conocimiento es, al fin y al cabo, la verdadera «caja de Pandora».

Primera parte

¿Cómo diablos lo consiguió?

En el Atlántico, a doscientas brazas de profundidad y trescientas diecisiete millas náuticas al Sudeste de Groenlandia, el *USS Boston* navegaba sigilosamente por la noche perpetua del océano a una velocidad de cuatro nudos por hora. Era una unidad de ataque clase SSN-688 con base en Los Ángeles, uno de los mejores y más modernos submarinos de caza y destrucción de la Marina de Estados Unidos. En el puesto de mando del centro de ataque del submarino, su capitán seguía el lento avance de la nave desde la telaraña verde del monitor de su estimómetro.

Desde hacía varias horas, el *Boston* describía una serie de círculos concéntricos decrecientes en torno a un punto identificado en la pantalla con el nombre de Zona Bravo. La última circunferencia medía sesenta millas de diámetro. La presencia del *Boston* en aquellas aguas contradecía uno de los principios fundamentales del servicio submarino. En todas las órdenes de operaciones de todas las unidades de la Flota Submarina del Atlántico se especificaba que debía evitarse la Zona Bravo. Ésta era el santuario, la parcela particular de otro submarino de Estados Unidos, el *Ohio*, unidad equipada con misiles Trident y con un tamaño dos veces mayor que el *Boston*.

No obstante, cuando el *Boston* regresaba a Nueva Londres de un crucero de operaciones especiales, recibió del Alto Mando Naval la orden urgente, para «ejecución inmediata», de invadir el mismo corazón de los lares del *Ohio*. El nombre clave de la misión, generado por ordenador, era Octail. Al leer el mensaje, el capitán del *Boston* sintió un escalofrío de inquietud. Su cometido era patrullar las aguas en torno al *Ohio*, «para averiguar si era vigilado, sin su conocimiento, por una fuerza potencialmente hostil».

Si ello se confirmaba, sería un desastre de incalculables consecuencias. El *Ohio* y los demás submarinos portadores de misiles de la flota de Estados Unidos eran el instrumento principal de la política estadounidense de disuasión nuclear, la única arma nuclear que no sería descartada por los tratados de desarme. Si el *Ohio* y los demás submarinos armados con misiles eran neutralizados, toda la política estadounidense de disuasión nuclear quedaría comprometida. En situación límite, Estados Unidos podrían llegar a quedar a merced del Kremlin.

Y si, sin saberlo el *Ohio*, un submarino soviético de caza y ataque acechaba en algún punto de aquella negra envoltura marina, el *Ohio* estaría neutralizado. Un misil soviético podría destruirlo en cuestión de segundos, sin darle tiempo de contraatacar.

El capitán del *Boston* sabía que el *Ohio* estaría, o bien parado, o navegando perezosamente a dos nudos, describiendo ochos alrededor del centro geográfico de la Zona Bravo. En el fondo del océano, a mil novecientas treinta y cuatro brazas de profundidad, en el centro de la Zona Bravo, había una cavidad marcada en las cartas submarinas secretas como C9357. Años antes, unos convoyes de la Marina que remolcaban equipos de sonar habían explorado palmo a palmo el fondo del océano. Los datos recogidos fueron traducidos a configuraciones específicas por ordenadores de rayos C, lo cual había proporcionado a la Marina una información cartográfica del fondo del océano, tan exacta y fiable como un mapa topográfico de la superficie

terrestre.

Una vez al día el seguro sistema de sonar tridimensional del *Ohio* confirmaba su posición sobre el centro de la cavidad C9357. Si se produjera un ataque soviético con misiles nucleares contra Estados Unidos, aun en el caso de que todos los satélites de señales hubieran sido destruidos en el espacio y su propio sistema de navegación inercial se hubiera averiado, el *Ohio* podría conseguir una localización geográfica exacta lanzando un impulso de sonar al centro de la cavidad C9357. Equilibrando el sistema de guía de cohetes con la posición facilitada por el impulso del sonar, el capitán del *Ohio* podría lanzar sus cohetes a objetivos situados en territorio de la Unión Soviética, con la seguridad de que harían impacto a menos de trescientos metros del centro del objetivo. Esta facultad era lo que hacía del *Ohio* una pieza vital en la política de disuasión nuclear estadounidense.

Es decir, la tarea del *Ohio* se cifraba fundamentalmente en el lema de la flota submarina: «Navega en silencio, navega a gran profundidad». Su misión era acechar en las profundidades totalmente ignorado por los submarinos enemigos. En su situación actual, a treinta millas náuticas del centro de la Zona Bravo, el *Boston* no tenía contacto de sonar con el *Ohio*, ni éste podía haber detectado su aproximación en cautelosos círculos.

—Atención, sonar —dijo el capitán—. Aquí puesto de ataque. ¿Alguna novedad?

—Sin novedad, capitán —fue la respuesta, la que había recibido siempre desde que empezó la operación.

El capitán se levantó, se desperezó, apuró su sexta taza de café del día, y decidió bajar a la cabina del sonar.

La cabina del sonar es el centro neurálgico de los modernos submarinos nucleares, el punto en el que se hallan sus ojos y oídos, su facultad para perforar las inmensas paredes negras que lo rodean. Su corazón es un volante de veinte centímetros de diámetro que, guiado por el operador, da vueltas por los hidrófonos tubulares de dos metros y medio de longitud del equipo de sonar del submarino. Cada hidrófono estaba orientado hacia dos grados del círculo de trescientos sesenta que rodeaba el submarino, si bien, puesto que sus altavoces estaban desconectados, siempre había dos arcos silenciosos en cualquier rumbo. El operario del sonar podía barrer el mar que rodeaba el *Boston* evolucionando por sus hidrófonos según un patrón regular; podía perseguir un solo ruido concentrándose en un solo hidrófono y su arco de dos grados, o podía saltar atrás y adelante entre dos contactos de sonar diferentes situados en lados opuestos del submarino. Ahora, dado que el *Boston* seguía una modalidad de búsqueda, el operario pasaba lentamente de un hidrófono a otro, auscultando cada sector antes de mover el volante al siguiente hidrófono, hacia una nueva dirección.

El primer técnico de sonar del *Boston* era un suboficial de Marblehead, Massachusetts, llamado Santucci, que había pasado diecisiete años de su vida en submarinos, escuchando la sinfonía del mar. Era un maestro en su oficio. En pocas

milésimas de segundo, sus oídos podían distinguir entre el grave gorgoteo de una marsopa o un delfín, el agudo silbido de una ballena jorobada, el pitido estridente de una gigante ballena blanca, el bocinazo de una foca o el crepitar de un banco de camarones. Normalmente, Santucci hacía guardias, pero cuando el *Boston* estaba en orden de batalla o en misiones especiales como ésta, nadie podía apartarlo de su monitor.

—¿Se oye algo? —preguntó el capitán al entrar en el cuarto de sonar.

—Ahí fuera no hay nada, capitán —respondió Santucci—, salvo una pareja de ballenas jorobadas nadando a estribor.

El capitán asintió. El segundo de Santucci y su grabador, con los auriculares puestos, estaban sentados a cada lado de su jefe. Encima del volante había un reloj digital que indicaba hasta las centésimas de segundo. Debajo estaba el ordenador de polarización de rejilla del barco, un juguete primorosamente programado que valía millones de dólares. A cada lado había una grabadora *UNQ7*. Sus rollos de cinta de diez pulgadas registraban todos los sonidos captados por los hidrófonos del *Boston* y los introducían en el ordenador.

La nota discordante que buscaban los sensibles oídos de Santucci era todo aquel sonido que el hombre, y no la naturaleza, hubiera llevado a las profundidades. En definitiva, lo que perseguían Santucci y sus hidrófonos era la señal sonora de un submarino, tan concreta e individualizada como una huella dactilar, la configuración genética que permitía identificar a cada submarino que navegaba por los mares.

En general, se creía que esta huella acústica era el ruido emitido por las hélices del submarino al impulsarlo por las aguas. En realidad, era la suma de muchos sonidos heterogéneos, entre los que el ruido de la hélice no era más que un elemento.

Como Santucci y el capitán sabían, aquellas preciosas «firmas» habían sido obtenidas por otros submarinos estadounidenses con considerable riesgo; por ejemplo, apostándose en el fondo de aguas territoriales soviéticas, frente a Murmansk o Vladivostock, y cazando submarinos soviéticos que entraban o salían de puerto con sus equipos pasivos de sonar *BQR6*. Grababan los ruidos de los submarinos desde tres ángulos: babor, estribor y popa. Lo que se recibía era una serie de sonidos distintos: el zumbido del equipo de ventilación, el del refrigerador, el latido regular de los generadores, el silbido de las turbinas, el sonido de las bombas de realimentación que devolvían el vapor condensado al reactor nuclear del submarino. Algunas naves tenían el equipo acondicionador de aire montado unos centímetros más cerca del casco, por lo que el ruido variaba. Un determinado generador podía tener su «cris-cras» particular, al igual que algunos motores de automóvil emiten un sonido especial.

De la suma de todos estos sonidos se obtenía una banda acústica que constituía la «firma» propia del submarino. Y en el ordenador de Santucci se almacenaban las «firmas» acústicas de todos los submarinos que poseían los sóviets. Cuando los hidrófonos captaran el sonido, el *Boston* sabría, no sólo que allí había un submarino,

sino también qué modelo era, qué armamento llevaba y la clase de amenaza que podía —o no podía— suponer para el *Boston*.

—Voy un rato a mi camarote, a escribir —dijo el capitán a Santucci—. Si hay algo, llámeme por la línea de seguridad.

Veinte minutos después, Santucci se erguía en su asiento, escuchando. Sus ayudantes le miraron. Ninguno de los dos había oído nada por sus auriculares. Santucci pulsó su monitor y rebobinó la cinta de una de las grabadoras. Media docena de veces pasó una y otra vez los últimos segundos registrados por el hidrófono número diecinueve. Al fin, su segundo oyó el casi imperceptible golpe detectado por el oído de Santucci.

—Lo único que sé es que eso no lo ha hecho un pez —murmuró Santucci—. A ver qué le parece al capitán. —Oprimió el pulsador de su línea directa con su camarote—. Tengo algo que me gustaría que escuchara, capitán.

El capitán llegó en seguida y se puso unos auriculares.

—Hemos captado esto en dirección dos siete tres —dijo Santucci mientras ponía la cinta del sonido que había llamado su atención.

El capitán la escuchó también media docena de veces.

—¿Qué le parece? —preguntó a Santucci.

—Yo sólo sé, señor, que eso no es un ruido del mar.

—¿Hay algo en esa dirección?

—Nada.

Los dos hombres escucharon atentamente el hidrófono que exploraba el sector dos siete tres. No había nada más que un muro de silencio.

—Tengo una idea descabellada, señor —dijo Santucci.

—¿Y es? —preguntó el capitán que sabía que las ideas de Santucci raramente eran descabelladas.

—Quizá, sólo quizás, alguien haya descargado un tubo de expulsión y una de las pesas haya dado un golpe al salir. —Los submarinos tienen que expulsar los desperdicios periódicamente por unos conductos especiales que son como tubos de torpedo. La basura se pone en bolsas que son lastradas con trozos de chatarra para que permanezcan en el fondo—. Solicito permiso para acercarnos hacia ese sector, señor.

El capitán reflexionó un momento. Ello significaría abandonar su sistema de rastreo.

—De acuerdo —dijo alargando la mano hacia el intercomunicador—. Piloto, aquí el capitán. Virar a la izquierda, rumbo dos siete tres.

La maniobra llevó la proa del *Boston* hacia la dirección de donde había llegado el sonido. Se enfocó el sector con los hidrófonos más sensibles de la nave. Durante más de una hora, el *Boston* avanzó lentamente, sin que sus hidrófonos captaran otra cosa que el silencio del mar. El capitán empezaba a preguntarse cuánto tiempo podía permitirse mantener aquel rumbo y si debía volver al modo de rastreo normal, cuando

Santucci se puso rígido.

—Señor —dijo—. Capto una señal clara en esta dirección.

El capitán oprimió sus auriculares. Al cabo de un momento, también él oyó el sonido detectado por Santucci: un ligero zumbido.

—Me parece que ahí tenemos un submarino sumergido —dijo Santucci. Alargó el brazo hacia delante y conectó al ordenador el procesador digital UNQ7. Al mismo tiempo, el capitán llamó al piloto:

—Piloto, aquí el capitán. Reduzca velocidad a dos nudos. Apareje para silencio total. Alerta los puestos de escucha.

El *Boston* llegaba de proa, por lo que su ruido era mínimo; no obstante, el capitán no quería correr el riesgo de delatar su presencia.

—La señal no se mueve —dijo Santucci—. No hay ruidos de propulsión.

Los cuatro hombres que estaban en la cabina del sonar tenían ahora la mirada fija en el ordenador, en el que las grabadoras introducían los sonidos captados por el equipo de sonar. De pronto, en la pantalla apareció una inscripción en letra gris verdosa:

«CLASIFICACIÓN PRELIMINAR. SUBMARINO CLASE NOVIEMBRE. NÚMERO CASCO NO DETERMINADO TODAVÍA. NECESARIOS MÁS DATOS PARA IDENTIFICACIÓN CONCRETA».

Noviembre era el nombre que la Marina daba a los mejores submarinos nucleares soviéticos de caza y ataque.

—¡Su padre! —susurró el capitán—. ¡Ésta sí que es buena! Piloto, paren todo.

La cabina del sonar quedó en silencio mientras los hombres escuchaban atentamente los sonidos que el hidrófono enviaba a sus auriculares. Santucci fue el primero en hablar:

—Oigo el ruido de las bombas de refrigeración del reactor —susurró.

—¿Algún indicio de que nos ha descubierto? —preguntó el capitán.

Santucci movió negativamente la cabeza.

—Captamos sonidos de un solo generador.

Si los rusos hubieran detectado con su sonar la presencia del *Boston*, habrían adoptado su posición de batalla utilizando los dos generadores.

La pantalla del ordenador volvió a parpadear.

—Un buen adversario —dijo Santucci al leer el texto que se había iluminado:

«IDENTIFICACIÓN CONCRETA. SUBMARINO CLASE NOVIEMBRE. NÚMERO DE CASCO S174».

El capitán oprimió el intercomunicador.

—Capitán a piloto. Confirmado un *noviembre* a proa. Estamos dentro del radio de alcance de sus escuchas. Retroceda con cuidado cinco mil yardas.

Mientras el *Boston* retrocedía sigilosamente, sin ser detectado, para situarse fuera del alcance del sonar del *Noviembre*, el capitán y los técnicos contemplaban la pantalla, horrorizados y fascinados por lo que veían. El submarino soviético de caza y destrucción giraba a su vez en torno a la posición C9357, el centro de la Zona Bravo, evidentemente vigilando los movimientos del *Ohio* y dispuesto, si recibía la orden, a destruir el submarino norteamericano en cuestión de minutos.

—Las ventajas de la respuesta nuclear —murmuró para sí el capitán del *Boston*—. Que baje el oficial de comunicaciones.

—Cifre esto y envíelo a la comandancia —dijo al oficial—. Identificado submarino clase *Noviembre* número casco *S174*, a mil quinientas yardas, posición cero nueve respecto al *Ohio* nueve tres cinco siete. Stop. Parece estar siguiendo al *Ohio*. Stop. No hay indicios de que el *Ohio* haya detectado su presencia. Stop. Esperamos órdenes.

—Esto va a impresionarles —dijo Santucci.

—Ni la mitad que a mí —suspiró el capitán—. ¿De dónde diablos sacó la comandancia la idea de que un barco ruso podía estar pegado a los faldones del *Ohio*?

Art Bennington se miraba tristemente en el espejo del cuarto de baño. No le gustaba nada lo que veía. Tenía bolsas debajo de los ojos y profundos pliegues en la cara, de lo mal que dormía últimamente. Empezaba a tener el cuello flácido y la piel de las mejillas parecía un tambor flojo. Quizá con la estética... pensaba en días como éste; pero ¿cómo demonios iba a poder pagarla, con lo que cobraba de la CIA? La estética era para los dueños de inmobiliarias y los abogados de divorcios. El pelo, sí, todavía estaba espeso, tanto que el peine casi no corría; pero también era cada día más gris y, con los nervios y las molestias intestinales, producía en un día caspa suficiente como para alimentar una de las máquinas de nieve artificial de la estación de Stowe. Habían tenido que arreglarle la nariz tantas veces, en aquellos tiempos en que se jugaba al rugby sin máscara, que una compañera de universidad le había dicho una vez que, de tan feo, casi resultaba «mono».

¿No decía la gente, pensaba Bennington, que después de los cincuenta empezaban a verse los pecados en la cara? Ojalá hubiera tenido él unos cuantos pecados más, pecados carnales de los buenos, cuyo recuerdo pudiera consolarle cuando se mirara al espejo en mañanas como ésta.

Volvió al dormitorio y puso la tele. Ello formaba parte de su rutina matinal, como lavarse los dientes; pero, como buen psicólogo, él sabía que lo hacía no por el afán de enterarse de lo que ocurría en el mundo sino, sencillamente, para llevar el sonido de voces humanas a su sórdido pisito de dos habitaciones, situado en el lado menos elegante de la carretera 123 de Vienna, Virginia, a pocos kilómetros del centro de

Washington DC.

Cuando se iluminó la pantalla, Art observó que la luz roja del radiocasete que tenía al lado de la cama se había quedado encendida. Rebobinó la cinta y desconectó el aparato. Qué maravilla, la hipnoterapeuta de Tyson's Corner. El que aquella mujer, con dos sesiones quincenales de media hora, le hiciera dejar de fumar sus dos paquetes diarios, no fue una sorpresa. Las investigaciones que, a lo largo de muchos años, había realizado por cuenta de la CIA, le habían permitido hacerse una idea de lo que se podía y no se podía conseguir con el hipnotismo. No; lo mejor fue que, gracias a este método, consiguió vencer el furor obsesivo que le habían producido el largo y encarnizado proceso de su divorcio y la devastadora sentencia con que culminó. Ahora incluso podía pensar en Terri de vez en cuando sin encenderse de indignación. Ella vivía en Wendover Court, Carriage Hill, al Oeste, es decir en el lado elegante de la carretera 123, en una espaciosa casa de ladrillo rojo estilo colonial. Una casa que había comprado él en 1973 por doscientos setenta y cinco mil dólares, dando de entrada hasta el último dólar que tenía ahorrado y cargando, en la Financiera Arlington, con una hipoteca a veinte años y al ocho por ciento de interés.

Ahora la casa valía casi un millón, pero ya no era suya, gracias a los buenos oficios y malas artes de la abogada de su mujer, una pécora a la que llamaban Gran Tiburón Blanco, que desahogaba su odio hacia los hombres crucificándolos cortésmente en el juzgado. Ella convenció al juez para que otorgara la vivienda conyugal a Terri, su ex mujer, que ahora residía allí con su último amante, un fulano que tenía cuatro años menos que ella y que se hacía llamar Consejero de Relaciones Públicas; en realidad, se dedicaba a vender el petróleo de cualquier dictador árabe o asiático que pudiera pagar sus honorarios.

Art movió la cabeza. Su hipnoterapeuta le diría que éstos no eran pensamientos adecuados para empezar un buen día. Esto ya lo sabía él, desde luego. Al fin y al cabo, Art Bennington había dedicado su vida a estudiar los complejos y frágiles procesos de la mente humana. Sin embargo, cuando él mismo se hundió en el mar de frustraciones propias de la mediana edad, tuvo que buscar quién le dijera lo que era evidente. Al principio, pensó en bajar al departamento de Personal y solicitar una serie de sesiones con un psiquiatra de la Agencia, pero después comprendió que esta decisión no era precisamente la más indicada para favorecer la carrera de un funcionario de la CIA, ya veterano. Nadie sabía mejor que Bennington que estas solicitudes disparaban en el sistema una serie de pequeños timbres de alarma.

Cuando Art vio que, gracias a aquella mujer, había dejado el tabaco, se preguntó por qué no recurrir a ella en vez de ir al psiquiatra. Así evitaría que sus problemas trascendieran. Por otra parte, su trabajo, basado en el estudio del comportamiento, le había permitido comprobar que la hipnoterapia profunda era un instrumento muy eficaz contra las obsesiones. En su caso, lo fue.

Al llegar a este punto de sus reflexiones, Art salió a la sala a hacer la vigorosa sesión de gimnasia que, desde que entró en la Agencia, formaba parte de su rutina

diaria. Después, sudando profusamente, volvió al cuarto de baño, se pesó y se miró al espejo por segunda vez. Pesaba noventa y siete kilos, cinco más que cuando jugaba de defensa en el equipo de rugby de Princeton, a principios de los cincuenta, antes de que los jugadores de sesenta minutos se convirtieran en un recuerdo y los medios de comunicación se desentendieran del rugby universitario. De cuello para abajo, la imagen del espejo era bastante más halagüeña que la que contemplara antes, de cuello para arriba. Gracias a la gimnasia diaria, tenía un tronco ancho y musculoso, buenos bíceps y brazos fuertes. Bueno, la cintura, un poco dilatada, pero no tanto como algunos de sus subordinados, con veinte años menos.

El buen humor le duró hasta que se sentó a desayunar. En la bandeja le esperaban una pasta marrón de copos de salvado y leche desnatada azulada, un cuadro poco apetitoso y bastante deprimente. ¡Ay, Dios mío!, suspiró para sus adentros, recordando los tiempos en los que el desayuno era un auténtico placer: huevos revueltos con tocino y panecillos tostados, con rizos de mantequilla que se derretían en sus dorados surcos.

Art había llegado a la edad en la que la vida se reduce a una serie de obligaciones y en la que «basta» es la palabra clave: basta de mantequilla, basta de huevos, basta de buenos filetes. El colesterol: basta de pastel de crema de chocolate, basta de nueces con helado de vainilla. Los triglicéridos: olvídate de aquellas cenas mejicanas picantes que hacían que un cóctel Margarita se te evaporara en los intestinos, si no quieres que se te activen las hemorroides durante varios días. Basta de *Martinis* secos, tan fríos que el primer trago te mordía la lengua; basta de *Johnny Walker* etiqueta negra que, cuando agitabas el vaso, formaba un oscuro torbellino sobre el hielo. Una limonada *Perrier* y el hígado te lo agradecerá. Enciende un cigarrillo y te expones a que una horda de ecologistas te mate a palos mucho antes de que te ataque el cáncer. Basta de sexo: el sida. «¡Hostia! —pensó metiéndose en la boca la última cucharada de aquel mejunje rico en fibra—, cuando pasas de los cincuenta, ¿qué te queda?».

Mientras limpiaba los platos del desayuno, Art se decía que el divorcio, por lo menos, le había convertido en una perla del hogar. Este piso de soltero que había alquilado en Park Terrace, un bloque de tres plantas, construido en forma de «L», con cuatro entradas y dos apartamentos idénticos en cada planta de cada entrada, era una de esas edificaciones simétricas en las que, si una noche vuelves a casa un poco trompa, te expones a acabar en la cama del vecino, y no por mala intención, sino por despiste. El apartamento tenía una terraza de cuatro metros cuadrados con insuperables vistas a las salas de estar de los susodichos vecinos: un conglomerado de vendedores de coches usados, programadores de informática y *maîtres* de pizzería, a todos los cuales rehuía escrupulosamente, en parte, por esnobismo y, en parte, por la instintiva reserva que se adquiere trabajando para la CIA.

Art se dijo que ya era hora de ponerse su blazer inglés auténtico, comprado en *Hawes & Curtis* de Savile Row hacía veinticinco años. Era prácticamente su

uniforme. Art recordaba con nostalgia el día en que lo encargó. Era en los primeros años sesenta, cuando en la CIA todavía predominaban los veteranos de la OSS de Allan Dulles y todo lo inglés estaba de moda. «También eran tiempos en los que trabajar en la Agencia Central de Inteligencia era un timbre de honor —pensó—, una vocación que la gente admiraba e, incluso, envidiaba». D'Arcy Watt, su homólogo inglés del M6, lo llevó un día a *Hawes & Curtis*, después de almorzar en el club *White's* y lo presentó al viejo Mr. Winterbotham que, según le dijo Watt, era el sastre del príncipe Felipe y de Dicky Mountbatten. En los años sesenta, con el sueldo de funcionario de la CIA, de vez en cuando, podías permitirte el lujo de comprar un blazer como éste o media docena de camisas *Turnbull & Asser*. Ahora, cuando necesitabas una camisa, esperabas las rebajas del centro comercial.

En fin, tampoco era tan malo. No del todo. Era un jefe del servicio de inteligencia, categoría *SIS4*, mando superior de cuarto grado, dos grados por debajo de los directores adjuntos, que sólo eran cuatro. Al cabo de más de treinta y cinco años de servir a la nación, ganaba setenta y dos mil dólares al año, el sueldo máximo que el Gobierno pagaba a sus embajadores de carrera, a sus generales de cuatro estrellas y a los directores de sus centros nacionales de sanidad. Setenta y dos mil al año y la oportunidad de entrar en la riña de perros por el hueso de la prima de veinte mil dólares que, cada dos o tres años, se otorgaba a los funcionarios de su categoría, en lugar de los diez mil habituales.

Shearson Lehman Hutton y Goldman Sachs pagaba más que eso a chavales recién salidos de la Facultad de Empresariales de Harvard. ¿Y cómo contribuían ellos al bien de la nación? Ellos se dedicaban a montar fusiones y compras de empresas que dejaban en la calle a los obreros de las siderúrgicas de Youngstown y de las fábricas de Peoria.

Aquella mañana de primavera, Art, mentalmente, hizo inventario de sus bienes. El pasivo consistía en una cuota mensual de 1615 dólares por la hipoteca de una casa que ya no era suya y el activo en el Plan de Jubilación y Pensiones de la CIA, más 23 275 dólares en diversas acciones y 13 750 dólares depositados en la cuenta de ahorro de la CIA Credit Union. Y nada más. Eso era todo lo que tenía después de treinta y cinco años de servicio en uno de los cuerpos más selectos, si no el más selecto, del Gobierno de Estados Unidos.

De todos modos, nadie le obligó a entrar en la CIA, ¿verdad? Aún recordaba el día en que fue reclutado como si fuera ayer. Terminaba su período de interno en el Hospital Presbiteriano de Columbia y acababa de regresar de una guardia de veinticuatro horas, cuando recibió una llamada telefónica del doctor Pinckney Arledge, su profesor de neurología. El profesor tenía invitado en su casa a un amigo de Washington que buscaba neurólogos jóvenes y brillantes, con buenos conocimientos de farmacología. Bennington, muy halagado, fue a comer con el hombre de Washington al *Dom's Sub and Pizza*, un local frecuentado por estudiantes, situado al otro lado de la Avenida Columbia. Bennington, al tercer sorbo de café y

primer bocado de huevos revueltos, ya sabía que aquel individuo era de la CIA. El individuo sabía que él lo sabía, pero no dijo nada. El hombre de Washington recordó a Bennington que le esperaban dos años de servicio militar obligatorio, asistiendo a partos en Camp Gordon o localizando hernias en Fort Riley, Kansas, lo cual, desde el punto de vista médico, no era una experiencia muy formativa.

A continuación, el visitante le dijo que podía ofrecerle una alternativa que le daría la oportunidad de trabajar en su especialidad, el cerebro, al mismo tiempo que prestaba valiosos servicios a la nación. Tendría el grado y la paga de capitán, sin necesidad de poner los pies en un barracón del ejército ni de llevar uniforme.

Bennington aceptó encantado. A fin de proporcionarle una identidad aparente, se le destinó a una Unidad Médica de Enlace inexistente, en un despacho inexistente, con un teléfono que sonaba en el Pentágono. En realidad, su carrera en la CIA empezó en una organización tan pequeña, secreta y misteriosa, que su nombre no aparecía ni en los organigramas más reservados. Era una rama de la división de Servicios Técnicos de la vieja DDP, la subdirección de Proyectos, de operaciones clandestinas. La misión de la división era proporcionar a los agentes los medios más sofisticados de la profesión, desde pistolas silenciosas, hasta carteras con compartimentos secretos tan bien disimulados que eran prácticamente imposibles de detectar.

En su primer día de trabajo, Bennington almorzó en un restaurante campestre situado a unos treinta kilómetros hacia adentro del Estado de Virginia, con el hombre que lo había reclutado, el cual, entre sorbo y sorbo de *Martini* seco, proporcionó a Bennington una cantidad de información que cambió el curso de su vida.

Los altos funcionarios del Gobierno de Estados Unidos, incluido el propio presidente Eisenhower, estaban convencidos de que los sóviets y los chinos rojos habían desarrollado técnicas dirigidas a modificar el comportamiento humano, desconocidas para los estadounidenses. Las pruebas eran evidentes: las víctimas de los grandes procesos, como el cardenal Mindzetski de Hungría, o los prisioneros norteamericanos de Corea, sometidos a lavado de cerebro, parecían estar drogados. La misión de su pequeña organización consistía en determinar cómo podía conseguirse esto; cómo podía modificarse el comportamiento de un individuo por métodos subliminales. Las consecuencias del éxito o del fracaso serían enormes, pudiendo estar en juego la misma supervivencia de la nación.

—Es un trabajo poco limpio —le advirtió su nuevo jefe—. Es lo que, a falta de mejor palabra, podríamos llamar «medicina perversa». La utilizaríamos para fines de defensa, no de ataque, por supuesto, pero no podemos ignorar que estamos trabajando con unas aplicaciones de la ciencia heterodoxas e inadmisibles.

Los nombres clave para la multitud de proyectos que estudiaba la organización eran tan inocentes como inquietantes sus objetivos. Por ejemplo, Pájaro Azul consistía en la «localización de individuos dotados de facultades de percepción extrasensorial, para determinar si sus dotes pueden ser aplicadas a los problemas prácticos del servicio de espionaje». O la búsqueda de una droga que pudiera

introducirse en el vaso de un potencial desertor indeciso y que, durante diez minutos, le infundiera el valor necesario para dar el paso trascendental. Se habían invertido años para investigar la forma de acelerar la velocidad de absorción del alcohol por la sangre. ¡Qué espléndido regalo hubiera sido éste para los agentes de la CIA que tenían que pasar la noche en vela acallando, a fuerza de alcohol, las dudas de un posible desertor, u obteniendo información de un agente nervioso en una casa franca anónima! ¿Se podía hallar una droga que produjera amnesia temporal, a fin de inmunizar a un agente contra los interrogatorios? ¿O que hiciera dejar a un jefe de Estado hostil, por ejemplo, a un Nasser de Egipto, tartamudeante e idiotizado en un acto de masas, para desprestigiarlo?

Se habían hecho experimentos con la implantación de electrodos en el cerebro de animales. Se había localizado un «punto sensible» en el cerebro de una rata que, al ser estimulado eléctricamente, producía una sensación de intensa euforia. Si se colocaba un electrodo en aquel «punto sensible» de manera que pudiera captar una pequeña descarga eléctrica de una barra colocada sobre la jaula de la rata, el animal no hacía nada más que buscar la barra con el electrodo. No comía, ni bebía, ni respondía al impulso sexual. No hacía nada más que tantear la barra hasta que moría —muy contenta, desde luego— pero moría.

Habían implantado un electrodo en el cerebro de una paloma y, utilizando señales de radio, guiando al ave hasta la ventana de una casa franca del KGB situada en el distrito dieciséis de París. Una vez allí, el animal había depositado en el alféizar un transmisor de radio del tamaño de un dado, que durante varios meses hizo llegar a un cercano puesto de escucha de la CIA todo lo que se decía en aquella habitación.

El éxito más notable fue el conseguido con un mono en cuyo cerebro implantaron una antena, un receptor y un amplificador. El aparato captaba una pequeña señal de cinco microamperios que luego difundía por el hipotálamo, produciendo al mono una sensación de euforia. Enviaron al mono a la cumbre de una montaña de setecientos metros situada en Nuevo México y le hicieron bajar y regresar al punto de partida utilizando la técnica de Pávlov consistente en premios y castigos, una descarga de alegría cuando el animal seguía el buen camino, silencio cuando se apartaba de él.

Después, mucho después, cuando el cabrito de Frank Church arremetió salvajemente contra la CIA con su comité senatorial, Bennington fue una de las víctimas propiciatorias sacrificadas por el cuartel general para satisfacer la retroactiva moralidad de Church y su descomunal ambición por la presidencia del país. Frank Church lo presentó como una especie de perverso doctor Strangelove y le hizo responsable de los experimentos con el LSD, trabajo que en realidad fue emprendido por orden de la Casa Blanca. Y, desde luego, trabajo que representaba apenas el cinco por ciento de las actividades realizadas, en su búsqueda de medios para modificar el comportamiento humano.

Bennington contempló su imagen en el espejo. Podía estar peor, se dijo, teniendo en cuenta todos aquellos años de desgaste a los que había sometido a la vieja

máquina. Se sentía un poco orgulloso de su aspecto, lo que quizá fuera bueno. Probablemente, un poco de vanidad contribuía a mejorar su aspecto más que una operación de estética que no podía pagar y que, en realidad, tampoco deseaba.

Se palpó los bolsillos, para asegurarse de que no olvidaba nada. «Doctor Strangelove», pensó con indignación. Le enfurecía pensar en aquella época. Bien, el título, el derecho a llamarse doctor en Medicina era algo que ni Church ni un comité del Congreso podían negarle —a pesar de que nunca ejerció la medicina ni colgó una placa en la puerta—. A veces, al ver al neurocirujano del barrio bajar por la rampa del *parking* George Washington en su Mercedes gris metalizado, hablando por el radioteléfono con su asesor financiero o con el administrador de sus propiedades en Telluride o Cayo Liford, se arrepentía. Pero la vida gira sobre los goznes de la elección y él orientó la suya cuando, al terminar sus dos años de servicio militar en la Agencia, sus superiores le pidieron que se quedara y renunciara a su ambición de ser un gran neurocirujano.

Lo que se le ofrecía a cambio era la oportunidad de situarse en la vanguardia de una de las ramas más apasionantes de la investigación científica, de relacionarse con los más grandes eruditos y tener acceso a la más avanzada tecnología, además de disponer de medios económicos muy superiores a los que la mayoría de las fundaciones médicas podrían ambicionar.

Como casi todo en la vida, tenía sus ventajas y sus inconvenientes. Él tal vez nunca pusiera los pies en Cayo Liford, pero era jefe de la división de Ciencias del Comportamiento, de la dirección de Ciencia y Tecnología de la CIA, y tenía a su disposición un presupuesto de setenta y cinco millones de dólares. Su campo de acción era el más misterioso, insondable, retador y trascendental de los temas: el comportamiento humano en todas sus ramificaciones. Sí, él conducía un Volvo de quince años que el juez de su divorcio, muy consideradamente, le había dejado tras quitarle la casa, pero estaba en la cumbre, allí donde se producían los avances científicos más importantes y vitales de su época. Al fin y al cabo, esto era lo que le había llevado a la CIA, y lo que le había hecho permanecer allí, durante las tribulaciones de los setenta. Y era también la causa de que, a pesar de las violentas tormentas que a veces se desataban en su interior, estuviera aún allí esta mañana de primavera.

Salió a la puerta. Iba a dar la vuelta a la llave cuando se detuvo, volvió sobre sus pasos, sacó la bolsa de plástico negro del cubo de la basura, la ató y salió otra vez. Art Bennington podía ser el jefe de la división de Ciencias del Comportamiento de la agencia de espionaje más importante del mundo, pero no tenía quién le sacara la basura.

El oficial de Información de la Flota Submarina del Atlántico, de la Marina de Estados Unidos, se acercó a la mesa del almirante en jefe de la Comandancia de

Norfolk, Virginia, llevando en la mano una carpeta azul, con las rayas diagonales rojas y negras de «MÁXIMO SECRETO» en el ángulo superior derecho. El almirante no levantó la mirada del informe sobre el estado de la Marina que estaba leyendo.

—¿Qué hay? —preguntó con impaciencia.

—Los últimos informes de la operación Concha Marina han llegado, señor —respondió el oficial, un comandante.

El almirante levantó la cabeza con brusquedad concentrando toda su atención en su oficial de Información.

—¿Y qué dicen?

—Son similares a los anteriores, señor. En once de las coordenadas que nos dio la CIA no había nada más que agua. Pero en la duodécima descubrimos algo impresionante. El *Boston* encontró a un *Noviembre* espionando al *Ohio*.

—¿Qué? —Las pobladas cejas del almirante se alzaron con brusquedad—. ¡No lo creo!

—Y, lo que es peor, el *Ohio* no se había dado cuenta.

El almirante golpeó la mesa con la palma de la mano.

—¿De dónde puñetas saca la Agencia estas coordenadas?

—No lo sé, señor. La Agencia no lo ha revelado. Si yo tuviera que hacer una conjetura, diría que tienen a un nuevo agente infiltrado en el mando naval soviético y están tratando de comprobar su información.

—¿Cuántas coordenadas nos han dado?

—Concha Marina lleva en marcha siete semanas, señor. Ochenta y cuatro coordenadas. Ésta es la tercera positiva.

—Es realmente extraño. ¿Cómo es posible que ése espía se equivoque tantas veces y luego, ¡zas!, dé en el clavo?

—No lo sé, señor. Es muy extraño.

El almirante reflexionó un momento.

—Diga a Operaciones que hagan regresar al *Ohio* a Norfolk y lo programen para otra zona. ¿Por qué puñetas no detectó a ese *Noviembre*?

—Debe de ser una de las unidades equipadas con nuevas hélices Toshiba.

—¡Malditos japoneses! Alerta a todas las unidades que tenemos en el mar sobre la posibilidad de que lleven un submarino soviético en los talones.

—Sí, señor.

—Y cuando hable con Langley diga a los de la CIA que sigan en la brecha, ¡por Dios!

Al levantar la mirada hacia las superficies de hormigón que, como un par de alas, se alzaban encima de la puerta principal de la Agencia Central de Inteligencia, Art Bennington no pudo menos que pensar en una grotesca ave prehistórica varada en el paisaje de Virginia. «Lo mismo que la mitad de los chicos que entran en la Agencia

esta mañana», pensó. Todos avanzaban bajo la inerte mirada de bronce de Nathan Hale, el santo patrón de la Agencia y espía de la guerra de la Independencia, cuya estatua, levantada por orden de Allan Dulles, montaba guardia junto a la entrada principal del edificio. Con la cuerda del tirano británico elegantemente anudada al cuello, Hale parecía disponerse a pronunciar la frase imperecedera: «Lo único que siento es no tener más que una vida que dar por mi patria».

Noble sentimiento, convenía Bennington, y mucho más noble sería, de no existir tantas razones históricas para dudar de que Hale lo hubiera expresado. Al entrar en el amplio vestíbulo de mármol, Bennington se encontró frente al segundo lema de la Agencia que todos los días le deparaba verdadero deleite, la frase del apóstol san Juan grabada sobre la puerta: «Y la verdad os hará libres».

Cada vez que lo leía, se acordaba de la inscripción que había en la puerta del Ministerio de Información español en tiempos de Franco: «Nuestra misión es informar de la verdad al pueblo español». Debajo de esta conmovedora frase había un mural de lo que, para el régimen franquista, era la perfecta representación de cómo había de transmitir la verdad. En el mural, el ángel Gabriel anunciaba la Encarnación a la Virgen María.

A Bennington aquello siempre le pareció un buen exponente de la consideración que a los servicios de Información, incluido el suyo, les merecía la verdad. Sacó de la cartera su tarjeta de identificación de plástico y la introdujo en la ranura de una de las vallas automáticas, parecidas a las del metro, que guardaban la entrada de empleados. Lo mejor de la tarjeta era que en ella no se mencionaba para nada a la CIA. Un desconocido que la encontrara en la calle podría imaginar que abría la puerta de algún *parking* para jefes o daba acceso a los fondos de una cuenta de ahorro.

Cuando la tarjeta entró en la ranura, se encendió una pequeña pantalla de ordenador encima de la valla. Bennington marcó los cuatro números y dos letras de su código personal en el pequeño teclado situado debajo de la pantalla y la valla se abrió para permitirle el paso. Teóricamente, el artilugio representaba la tecnología más avanzada en sistemas de seguridad. Pero a Bennington y a otros se les había ocurrido que también servía para facilitar al «Gran Hermano» el control de los movimientos de un número de hombres y mujeres que se habrían levantado al unísono para protestar airadamente ante la mera sugerencia de que tenían que marcar en un reloj de entrada y salida.

El despacho de Bennington estaba en el ala C de la quinta planta, zona que albergaba las divisiones clave de la Subdirección de Ciencia y Tecnología. Al igual que en cualquier gran organización burocrática, en la Agencia existían sutiles distinciones entre el personal, así como una especie de escalafón fantasma. Los chicos simpáticos y atractivos, aquéllos que los directores exhibían cara al gran público, estaban en la Subdirección de Operaciones, la sección de la casa que se dedicaba a asuntos clandestinos. No había más que enviar a uno de ellos a una reunión y la gente se desvivía: inmediatamente se autorizaban los proyectos y se daba

el visto bueno a los presupuestos. Los intelectuales, encabezados por un grupo de altos funcionarios a los que se llamaba el Colegio de Cardenales, estaban en Investigación y Análisis, la subdirección encargada de pulsar la actualidad nacional y confeccionar el resumen de *El mundo, hoy* que todas las mañanas se colocaba en la mesa del Presidente. El cuerpo selecto iba a parar a Contraespionaje, la vieja división de James Jesus Angleton. No destacaban mucho ni poseían la personalidad extrovertida de los agentes secretos pero estaban convencidos de que desempeñaban el trabajo más importante de la Agencia.

Los inconformistas, los magos creativos, estaban en la sección de Bennington, la C y la T. Así había sido desde el principio. En Washington, las oficinas del gobierno, ya sea el Pentágono o la Oficina de Asuntos Indios, recompensan a la gente que sabe cubrirse las espaldas, que no comete errores, ni se deja tentar por la oportunidad de correr un riesgo.

Ésta nunca fue la política de la Agencia. Aquí los altos jefes estaban siempre dispuestos a considerar, por lo menos, cualquier idea atrevida, por descabellada que pudiera parecer a primera vista. En Langley, la originalidad de criterios nunca suscitaba burla ni desdén. La Agencia se preciaba de su buena disposición para asumir riesgos, si bien, como Bennington había descubierto a su costa, los altos jefes no estaban siempre al lado para consolarte si tu intrepidez te hacía dar un traspies. De todos modos, Bennington dirigía una división tan distinguida como cualquiera de las otras, prueba de que la CIA, al igual que la Iglesia de Roma, sabe acomodarse a las circunstancias y, llegado el caso, está dispuesta a ordenar sus valores según los imperativos de la necesidad.

Bennington sabía que, cuando andaba por los corredores del edificio, siempre había alguien, en algún sitio, que lo señalaba y susurraba a un novato: «Mira, ahí va el viejo Doc Bennington, el tío al que el comité Church dejó más quemado que un torrezno en los años sesenta por el asunto del LSD, ¿te acuerdas?». O, si el informante tenía otras ideas políticas: «Mira, ahí va el viejo Doc Bennington, el tipo que plantó cara a Colby».

De todos modos, hacía tiempo que Bennington había aceptado su papel de malo en la CIA, de pecador redimido que los jefazos gustaban de poner como ejemplo a los jóvenes funcionarios, para demostrar la buena disposición de la Agencia para recuperar y rehabilitar a las ovejas descarriadas.

—Hola, tesoro —dijo Art abriendo la puerta de sus oficinas.

Las palabras iban dirigidas a su ayudante, una inteligente y adicta licenciada por Vassar, de cuarenta y tantos años, para la que la Agencia era ya la única pareja que tendría en la vida. A las secretarias de la Agencia nunca se las llamaba por tal nombre. El término oficial era ayudante en el servicio de Inteligencia, y era perfectamente apropiado. Muchas conocían más secretos que el director.

—¡Vaya! Esta mañana estamos de buenas, ¿eh?

—¿Bromeas? —preguntó Bennington—. Me he olvidado de cuál fue la última

vez que llegué de buen humor a trabajar a esta casa de locos.

Ann Stoddard le siguió a su despacho con una carpeta entre las manos.

—A ver si me acuerdo yo. —Levantó la barbilla hacia el techo como si un dedo invisible hubiera escrito allí la respuesta—. El día en que dieron el cese a Bill Colby.

Bennington emitió un sonido que tanto podía ser un gruñido como una carcajada y alargó la mano hacia la carpeta. Contenía sus «despachos de la noche», cables urgentes de sus subordinados o noticias de interés relacionadas con las Ciencias del Comportamiento. La misión del departamento consistía en patrullar por las fronteras de cualquier campo relacionado con la mente humana: cómo funciona, cómo puede ser estudiada, cómo determina el comportamiento, cómo se puede influir en éste, cómo modificarlo o controlarlo. Probablemente, ninguno de los campos de acción de la Agencia contenía más zonas oscuras, trampas y campos de minas legales. De vez en cuando, los hombres de Bennington trabajaban y hablaban directamente con los científicos. Pero lo más frecuente era servirse de organizaciones pantalla a fin de ocultar el interés de la Agencia por este tema.

En Michigan habían trabajado con neurólogos que utilizaban ondas de radio que podían ser pasadas por el cerebro de un individuo y, al salir, leídas a distancia. La idea era desarrollar un dispositivo por el cual pudiera leerse el estado anímico de una persona sin que ella se diera cuenta. Un hombre sentado a una mesa de negociaciones podría recibir una indicación sobre cuáles eran los sentimientos de su oponente, lo que le proporcionaría sin duda una considerable ventaja. En otro proyecto, su división había desarrollado unos auriculares que podían ser introducidos, por ejemplo, en un 747 de Iberia que llevara a Fidel Castro de La Habana a Madrid, de visita. Si el cubano se los ponía para seguir una película, dejaría en ellos un registro de sus funciones cardiovasculares tan completo como el que pudiera proporcionar el mejor electrocardiograma.

La gente de Bennington había producido un aparato que, instalado en un televisor, podía registrar a distancia la presión sanguínea, ritmo cardíaco y pulsaciones de un individuo mientras éste veía *La ley de Los Ángeles*, y obtener con ello una indicación de su estado de ánimo. Pero no era eso todo. Supongamos que Yasser Arafat decidía visitar la ONU y el dispositivo era introducido en su habitación del hotel. Cuando el hombre llegase a la habitación por la noche y conectara el televisor para ver, por ejemplo, a Ted Koppel, el aparato no sólo podría ser empleado para registrar todas sus constantes vitales sino que podría transmitir una onda electromagnética no detectable para afectar su estado emocional y alterar su ritmo cardíaco: acelerándolo para generar una sensación de estrés y ansiedad, o reduciéndolo para producir el letargo.

Los subordinados de Bennington temían que pudiera desarrollarse un dispositivo similar a éste con la propiedad de matar a una persona a distancia parándole el corazón con una microonda de precisión, y utilizando, no una gran potencia, sino frecuencias ajustadas con máxima exactitud. Nada indicaría que la víctima no había

muerto de un ataque al corazón.

Además, estaba la mujer de California que experimentaba con la propiedad de influir en las emociones, que poseen las ondas electromagnéticas de muy baja frecuencia, similar a la utilizada por la Marina para comunicar con sus submarinos nucleares.

«Ustedes denme el dinero y tres meses —había dicho a uno de los hombres de Bennington—, y yo influiré en el comportamiento del ochenta por ciento de los habitantes de esta ciudad. —Se refería a la zona de la bahía de San Francisco donde ella residía—. Y ellos ni se darán cuenta. Puedo hacer que sean felices o, por lo menos, que se crean felices. O agresivos».

Evidentemente, ése era uno de los proyectos que, después de lo ocurrido con el comité Church, la Agencia no se atrevería a tocar ni con pinzas. Por otra parte, a más de uno, las palabras de la señora le sonaban a superchería. Ella solía hablar, por ejemplo, de una «frecuencia afrodisíaca» que había descubierto y que se hallaba alrededor de los 9,41 hercios. «Si se la conectas a un caballero —bromeaba—, lo tendrás toda la noche en el disparadero». Estos comentarios hacían que los científicos de la vieja escuela levantaran los brazos al cielo.

No obstante, les recordaba Bennington, la señora tenía colgado en la pared de su despacho un título de doctora en Física Nuclear otorgado por la Politécnica de California. Y la Politécnica no entregaba estos papeles como si fueran la lista de la lavandería. Por otra parte, muchos de los grandes avances de la Humanidad se debían a hombres y mujeres que habían desafiado a la ciencia oficial de su tiempo. Bennington solía decir que no había nada peor para el avance científico, que una mente estrecha. En un marco que tenía colgado detrás de su mesa estaba la mayor representación de los peligros que encierra el anquilosamiento mental. Era una frase pronunciada por el almirante William Leahy, asesor naval del presidente Roosevelt, durante la Segunda Guerra Mundial:

«El proyecto de la bomba atómica es la mayor estupidez que ha hecho este país. No puede dar resultado, y eso lo dice un especialista en explosivos».

El mundo hacia el que derivaba su especialidad —según apuntaban algunos de los informes— era misterioso, desconcertante e incluso, en opinión de Bennington, terrorífico. Durante los años ochenta, los estudios sobre el cerebro habían avanzado en progresión geométrica. Las nuevas tecnologías abrían unas posibilidades de exploración insospechadas e inconcebibles, hasta hacía una década cuando él estaba en la Facultad. Se especulaba sobre la forma en que los campos magnéticos y las ondas electromagnéticas podían afectar el cerebro, cómo operaban sus procesos electroquímicos y cómo éstos podían controlarse desde el exterior. Bennington solía comentar humorísticamente que alguno de los trabajos que realizaba su departamento en estos campos era tan secreto que hasta su nombre clave estaba en clave.

Bennington se disponía a leer los cables cuando entró en su despacho Pete Bancroft, su adjunto, de cuarenta y dos años, doctor en Física por la Politécnica de

Carnegie. Bancroft cerró la puerta y se apoyó en ella con los brazos cruzados sobre el pecho. Estaba visiblemente nervioso.

—Art —dijo—, tengo que decirte algo que no te vas a creer.

—Pete, mi credulidad y mi incredulidad las dejé en el aparcamiento. Aquí no creo ni deo de creer: simplemente, valoro.

—Lo ha hecho otra vez.

—¿Quién ha hecho otra vez qué?

—Esa mujer, Ann Robbins, la vidente de Nueva York. Acaban de llegar de Norfolk los informes de la operación Concha Marina. Son absolutamente increíbles. No sólo volvió a dar la situación exacta del submarino sino que el condenado estaba encima del *Ohio*, uno de nuestros Trident, sin que éste se hubiera enterado. La Marina está alucinada.

—¿Y los otros?

—Nada. Nada de nada. Aquí lo traigo. —Pasó un télex a Bennington—. A propósito de credulidad e incredulidad, Art —agregó mientras Bennington leía el télex—, a mí estas cosas me pueden. De siete veces, ésta es la tercera en que, con todos los miles de millas de agua que hay en los océanos, esa mujer nos da la posición exacta de un submarino. ¿Sabes qué dicen los de Estadística? Las probabilidades de que haya acertado por casualidad son de una entre veintisiete millones. —Su adjunto recalca cada sílaba de la cifra con acento de incredulidad—. ¿Cómo diantres puede hacerlo, Art? ¿Cómo?

—Mira, hijo, si tú y yo pudiéramos contestar a esa pregunta, los suecos nos darían el Nobel aunque supieran que trabajábamos para la CIA.

Bennington se levantó y se acercó a la ventana. Daba a un césped recién segado que descendía hasta una franja de arces y rosales silvestres en flor, que disimulaban parcialmente la antiestética cerca electrificada que rodeaba la Agencia. Operación Concha Marina. Ann Robbins. Concha Marina era un proyecto de bajo presupuesto y nula prioridad desarrollado por la División, como otra muestra del interés que, desde hacía cuatro décadas, tenía la CIA en explorar la percepción extrasensorial. Habían seleccionado a doce videntes, siete hombres y cinco mujeres, considerados los mejores del país, para un programa de diez semanas. Desde luego, ninguno de ellos sospechaba que estaba trabajando para la CIA. Se les había hecho creer que colaboraban en un proyecto experimental de la Marina. Toda la semana, se le daba a cada uno de ellos la fotografía de un submarino soviético y la de su capitán, y se le pedía que señalara el punto de los océanos en que se encontraba el submarino.

A cualquier persona normal y consecuente, aquel asunto le hubiera parecido una insensatez, el perfecto exponente de la frivolidad con que el Gobierno derrocha el dinero del contribuyente. Pero una extraña circunstancia no lo hacía tan insensato: hacía diez años, la Agencia había descubierto a una persona que poseía la inquietante facultad de hacer exactamente lo que el programa exigía a los doce videntes. Desde entonces, buscaban a otra persona que poseyera el mismo don. Al parecer, gracias a

Concha Marina, al fin la habían encontrado.

—Aún faltaban tres vueltas para completar el programa, ¿no?

—Sí.

—Pues sigamos con él. Lo que menos nos conviene es armar revuelo. Asegúrate de que se callen en Norfolk.

—No hay cuidado. Están convencidos de que tenemos un topo en el Kremlin.

—¿Te imaginas la cara del jefe de Operaciones Navales si llega a averiguar de dónde sale toda esta información? —rió Bennington.

—Algún día tendrás que decírselo, Doc.

—¡Quizá!

—¿Que no? ¿Y eso?

Por la cara de Bennington cruzó la sonrisa que él gustaba de calificar de indulgente y caritativa.

—Pete, seguramente un chico tan avisado como tú no pensará que la finalidad de esta pequeña operación consiste en desarrollar un nuevo método para permitir a la Marina descubrir submarinos soviéticos, ¿verdad?

—Tal posibilidad me parecía remota, sí.

—Ni hablar. La Marina de Estados Unidos nunca, nunca, se fiaría de la palabra de un vidente, aunque acertara a descubrir el submarino noventa y nueve veces de cada cien. Y hacen muy bien.

—Entonces, ¿para qué hemos organizado este trabajo?

—Para algo que nos interesa a nosotros. Para encontrar una persona capaz de hacer estas cosas, encontrar submarinos o lo que sea con un buen porcentaje de aciertos.

—Pues, al parecer, ya la tenemos —dijo Bancroft sacudiendo la cabeza como para ahuyentar pensamientos impropios de un doctor en Física por la Politécnica Carnegie—. Pero te advierto que me siento como el que dijo: «No me lo creo ni aunque sea verdad». ¿Qué piensas hacer con la vidente?

Bennington se dirigió hacia su mesa.

—Convertirla en conejo de Indias, si se deja. Meterla en un laboratorio en el que podamos observarla de cerca. —Volvió a su sillón haciéndolo crujir. Bennington no se sentaba; se dejaba caer en la silla con una gran brusquedad que habría hecho palidecer a más de una anfitriona o provocado un infarto a un anticuario—. Son tantas las técnicas que hemos desarrollado durante estos diez últimos años para escudriñar en el cerebro que quizá, sólo quizá, al fin dispongamos de una que pueda darnos un indicio, una ligera pista, un atisbo de qué puñetas pasa ahí dentro cuando una mujer como ésta hace estas cosas.

—¿Y crees tú que esa Ann Robbins se prestará?

—¡Ah, Ann Robbins! —Al oír el nombre, una sonrisa, una sonrisa de verdad, afloró entre los pliegues de la cara de Bennington. Cuando se puso en marcha la operación Concha Marina, él se asignó la misión de contactar con Ann Robbins. En

aquel momento, no la había visto ni en fotografía. Era, simplemente, un medio de cargar al Tío Sam los gastos de una visita semanal a Manhattan. La primera vez que tocó el timbre del apartamento, esperaba encontrar a la típica pitonisa: un vejstorio de dedos sarmentosos y una voz tan suave como la de un pescadero, una gitana de ciudad, con tanto *sex-appeal* como el periódico de ayer.

Encontró a una mujer no muy alta, de poco más de cuarenta años, pelo caoba y el cuerpo esbelto y musculoso de una gimnasta adolescente. Llevaba un traje negro, ceñido, de una tela elástica que acentuaba la redondez de sus glúteos y cada una de las suaves curvas de los muslos. En Ann Robbins no había más que un rasgo que recordara a una gitana: los ojos. Eran oscuros y vivaces y poseían un extraño poder para incitarle a asomarse a ellos: «Adéntrate en mí», parecían susurrar.

—Dentro de tres semanas, cuando termine el experimento, tendré que hablarle claro. Decirle quiénes somos en realidad y tratar de convencerla para que trabaje con nosotros.

Sus visitas a Ann Robbins, encarnando a un tal capitán Eldon Tyler, se habían convertido en el máximo aliciente de su semana laboral.

—De una cosa puedes estar seguro, Pete, hijo. Llevar a cenar a la *Miss Robbins*, pagando el Tío Sam, para tratar de reclutarla, será una de las misiones más gratas que nuestros jefes me han asignado en mucho tiempo.

Ann Robbins trazó una franja rosa sobre sus labios carnosos y luego los apretó para rematar la operación. Observó el resultado en el espejo mientras, con la mano libre, alisaba unos pelos rebeldes de los bucles estilo paje que enmarcaban su cara. *Demodé*, quizá, pero era un estilo que le sentaba bien. Y es que llega un momento en que una chica tiene que aprender a hacer pequeñas concesiones, abandonar un poco la moda para sacar el máximo partido en el resultado final, pensaba ella. Sonrió al espejo. «No está mal —decidió—. Nada mal».

Satisfecha, salió a la sala para dar el último repaso al apartamento. Con su habitual meticulosidad, comprobó la alineación de las estatuas en la librería: Shiva bailando; Ganesh, el Dios Elefante, una preciosidad; Hanuman, el Dios Mono con su descarada nariz dorada, y el Buda que un monje tibetano le regalara hacía una década en Darjeling, cuando hacía meditación. Las visitas suponían que Ann había elegido aquellas imágenes orientales por su valor artístico, y se equivocaban. Ella las tenía allí porque sabía que, durante generaciones, durante siglos, la gente les había rezado, las había venerado. Esta idea la unía en mística comunión tanto a los objetos como a los que depositaran en ellos sus esperanzas y temores.

Durante unos minutos, Ann se dedicó a arreglar las flores, crisantemos malva y media docena de rosas rosa, que la víspera compró en la calle, a la puerta del edificio *Gulf and Western*. Miró por la ventana los árboles de Central Park que se veían al final de la calle Setenta y uno. El cielo era de cobalto. Era uno de esos días

electrizantes en los que sólo sentirse viva y en Nueva York era una pura delicia.

El capitán Tyler llegaría de un momento a otro. La mesa de *bridge* cubierta con tapete púrpura junto a la que Ann recibía a sus visitas, estaba dispuesta. En la repisa situada al lado de la mesa había una hilera de cristales, un cuarzo azul y rosa, un ónice negro y una obsidiana, los talismanes de la «nueva era». En realidad, a Ann no le servían de nada. Estaba convencida de que no eran sino las varitas mágicas empleadas por una nueva ola de farsantes y charlatanes para engañar a los crédulos clientes.

De todos modos, era lo bastante avispada como para tenerlos a la vista, porque su presencia surtía a veces un efecto sedante en muchos de sus clientes y, al fin de cuentas, lo que buscaba la gente que llamaba a su puerta era tranquilidad. Ann se veía a sí misma como una mezcla de psiquiatra, sacerdotisa, asistente social y lo que las cartas le decían que era: consejera psíquica.

Éste no era el destino que buscaba cuando dejó su empleo de mecanógrafa en *Benton and Bowles* para hacerse vidente profesional. Entonces se veía a sí misma como una especie de jugadora de juegos psíquicos que utilizaba aquellas dotes extrañas e inquietantes, que en ocasiones parecía poseer, para enfrentarse a retos y enigmas como aquéllos para los que empezara a utilizarlos hacía dos décadas: la investigación policial.

Pero las cosas tomaron otro derrotero. Cuando su reputación se extendió por la ciudad, Ann se convirtió en una especie de adivina de la buena sociedad, la vidente chic de las revistas de buen tono que las señoras del visón iban a consultar al volver a casa, después de almorzar en La Grenouille o en Côte Basque. Ellas no preguntaban descaradamente por el desconocido guapo y moreno, como las menos afortunadas que frecuentaban las sórdidas pensiones de la calle Cuarenta y seis, en las que unas supuestas gitanas leían el tarot a veinte dólares la sesión; pero el tema no tardaba en salir a relucir en la conversación.

Por consiguiente, Ann se veía a sí misma convertida en una especie de máquina automática de consuelo sentimental para mujeres que, como ella, se acercaban a las cotas peligrosas de la mediana edad, salvo que la máquina no funcionaba con monedas sino con billetes de cien dólares. Pero, por extraño que parezca, eso era lo malo. Ann nunca había tratado de comprender la naturaleza de aquellas extrañas visiones que, a veces, llegaban a abrumarla ni deseaba comprenderla. Este conocimiento, si realmente era alcanzable, podría desbordarla. Lo que sí sabía, no obstante, era que no podía invocar esos poderes seis o siete veces al día, ahora sí y ahora no, como el que abre o cierra un grifo, ni aun con un billete de cien dólares. Por tanto, lo que Ann hacía con la mayoría de su nutrida clientela de semicelibridades era utilizar los conocimientos psicológicos acumulados en aquella misma sala a lo largo de quince años. Ella espiaba el parpadeo revelador, el movimiento nervioso con que se hacía girar una sortija o la delatora crispación de una mano y se lanzaba a explotar el filón que su perspicacia le había permitido descubrir.

Y, con frecuencia, acertaba y, una vez más, por todo el barrio de Eastside se comentaba la leyenda de Ann Robbins y una nueva remesa de clientes descendía de sus rascacielos. Como Ann era la primera en reconocer, una lluvia regular de billetes de cien dólares, libres de impuestos la mayoría, alegró bastante la vida. Pero, por otra parte, roba tiempo para trabajos peor pagados, como la ayuda a la policía, que en realidad fueron los que en un principio despertaron su afición por esta actividad.

Nadie sabía mejor que Ann que la policía utilizaba los servicios de los videntes mucho más de lo que el público imaginaba y la propia policía reconocía. Desde luego, ante un tribunal el testimonio de un vidente carece de valor y muchos policías consideran que la utilización de un vidente puede hacer peligrar una acusación. Por tanto, cuando la policía recurría a ella, generalmente apelaba a su discreción y la retribuía con parquedad. En los casos en que una vidente como Ann revelaba información que parecía convincente, la policía utilizaba ésta para inducir al sospechoso a hacer la confesión que le convertiría en huésped de las penitenciarías de Nueva York, sin que ni él ni su abogado sospecharan que la información procedía de un vidente.

Los nombres de Ann y de una docena de parapsicólogos como ella esparcidos por todo el país, figuraban en el fichero de un funcionario del Senado de Washington que, extraoficialmente, hacía de enlace entre la comunidad de parapsicólogos y las agencias gubernamentales deseosas de utilizar sus servicios. Ann sabía que el Pentágono, el FBI, el Servicio Secreto y el Consejo Nacional de Seguridad se habían servido de parapsicólogos en varias ocasiones, con mejor o peor fortuna.

Ella misma fue uno de los tres videntes que el Pentágono envió a Italia, a instancias de Caspar Weinberger, para tratar de localizar al general James Dozier, secuestrado por las Brigadas Rojas. Aquel viaje puso de manifiesto los problemas e inconvenientes de la utilización de métodos paranormales para la investigación policial. Uno de los colegas de Ann dijo que Dozier estaba prisionero en una habitación contigua a una cocina en la que alguien cocinaba pasta, dato que, en Italia, no era de gran ayuda. Los videntes aportaron, en conjunto, a la policía italiana una serie de datos acerca de los que se sentían bastante seguros: que Dozier estaba en el segundo piso de un edificio de apartamentos; que la puerta del apartamento era verde; que en la planta baja del edificio había mucha gente. Uno de los tres hizo un dibujo de la vista que él afirmaba se obtenía desde la ventana de Dozier: una pequeña *piazza* con una fuente en el centro y bancos alrededor.

Ninguno de estos datos tenía la especificidad necesaria para ser de utilidad a la policía. Dozier fue localizado por métodos policiales convencionales. Pero cuando lo encontraron comprobaron que, efectivamente, estaba en un apartamento que tenía la puerta verde, situado en el segundo piso de un edificio de la Via Pia de Monte, encima de un supermercado, y con vistas a una plazuela muy parecida a la que el colega de Ann había dibujado.

Ann sabía que otros parapsicólogos habían sido utilizados por el Pentágono para

localizar un bombardero a reacción soviético *TU95* que se había perdido en África, antes de que lo encontraran los propios rusos y, también, un Intruder A6 que se había estrellado en un lugar muy apartado de los montes Senandoah. Durante la crisis de los rehenes americanos en Teherán, Keith Harary, otro colega, había sido empleado en secreto por el Consejo de Seguridad Nacional para tratar de averiguar dónde y cómo estaban los rehenes en el interior de la Embajada norteamericana en Teherán.

El capitán Tyler, Ann estaba segura, la había localizado a través de los miembros del Pentágono para los que ella había trabajado en Italia. Le gustaba el reto que él le proponía. Era una especie de juego, un juego de niños y, en cierta manera, a Ann siempre le pareció que sus experiencias parapsíquicas más satisfactorias se producían como resultado de una especie de juego sofisticado.

Al acordarse del capitán, se fue rápidamente a la cocina a poner agua para el té. Antes de que el agua hirviera, sonó el timbre de la puerta.

El capitán vestía de paisano, como de costumbre. Llevaba blazer azul marino, pantalón de franela gris y camisa azul con las puntas del cuello arqueadas como anchas fosas nasales. Era un hombre tan corpulento, con unos hombros tan anchos, que el vano de la puerta parecía pequeño para él.

Después de colgar el abrigo, ella lo miró y se rió. Le divertía el hueco que el capitán tenía entre los dientes de arriba.

—Le dije que se arreglara ese hueco de los dientes. Veo legiones de mujeres en su futuro, cuando se lo haya tapado.

Art Bennington fue a guiñarle un ojo, pero lo pensó mejor y desistió. Bastaría la media sonrisa de granuja, se dijo. Aquel hueco entre los dientes sobre el que ella siempre tenía algo que decir, era su sello personal.

—Este hueco me ayuda a pensar. ¿Dónde pondría la lengua si no cuando empiezo a darle vueltas a la máquina?

Él la siguió a la sala mirándola con un interés que no tenía nada de profesional. Llevaba una falda beige cruzada que se tensaba sobre su trasero firme y descarado, y una blusa de satén blanco que, provocativamente, dejaba entrever un sujetador de blonda.

Ella lo dejó sentado en el sofá, contemplando atentamente la sala, mientras iba en busca de la bandeja del té. En sus visitas a Ann Robbins, una cosa le había llamado la atención, además de la propia Ann: su evidente predilección por los colores rosa y púrpura.

—¡Vaya —dijo—, por lo que se ve, le gustan el púrpura y el rosa!

—No es eso —respondió ella, dejando el té encima de la mesa, delante de él—. Cada color tiene su significado. Por lo menos, para una persona como yo. El rosa es el color del amor universal, a diferencia del rojo o escarlata que es el color de la pasión, la pasión sensual y también la pasión de la ira y la rabia. El púrpura es el color de la curación. Me gusta rodearme de colores que significan algo para mí.

—¿Nada de rojos apasionados?

—Ésos están en la otra habitación —rió Ann.

—¡Ah!

Bennington levantó una ceja formando un pico diabólico, truco que había aprendido de adolescente y que, en este caso, quería manifestar el interés que el capitán Eldon Tyler de la Marina de Estados Unidos tenía en explorar aquella otra zona.

—Una pregunta: dicen que los parapsicólogos, especialmente las mujeres, tienen sentimientos muy vehementes. ¿Es así?

Ann se había arrodillado en el sofá, sentada sobre los talones, de cara a él, y con la falda beige por encima de las rodillas. Se había quitado los zapatos y Bennington de buena gana hubiera deslizado la mano sobre uno de aquellos muslos provocativos.

—Sí; creo que es verdad. Pero, al mismo tiempo, temen las complicaciones sentimentales.

Art advirtió que ella olía a un perfume dulce y oriental. Jazmín, probablemente. Sus largas uñas escarlata giraban como las aspas de un molinillo de viento mientras movía las manos al hablar.

—Sí, comprendo que tema usted que sus clientes lleguen a depender sentimentalmente de usted.

—Y no sólo los clientes —sonrió Ann.

—¿Los hombres, por ejemplo?

—¡Oh!, desde luego. Muchas parapsicólogas conocidas mías se sienten atraídas por relaciones más bien místicas. ¿Ha oído hablar de Eileen Garrett^[1]?

—Desde luego.

—Ella era de ésas. Buscaba relaciones casi anónimas. Le gustaban los hombres a los que podía recoger como si fueran pajaritos enfermos, consolarlos y cuidarlos y luego lanzarlos del nido, para que volaran solos.

—Bien —por lo menos, tantearía el terreno—, vamos a ver cómo me sale la imitación de petirrojo con un ala rota.

Las palabras de Bennington arrancaron una sonora carcajada a Ann Robbins.

—Mi querido capitán Tyler, usted no tiene nada de pájaro enfermo.

El brillo de su mirada anunciaba a Bennington una grata noticia: los pajaritos heridos no eran la debilidad de esta vidente. «Tú espera a que pueda quitarme el disfraz», pensó él. Se inclinó y abrió la cartera.

—Creo que será mejor que empecemos a trabajar.

Se levantó y sacó un gran mapa del océano Atlántico. Lo abrió y, cuidadosamente, lo puso encima de la mesa. Los bordes del mapa sobresalían del tapete púrpura. Art volvió a meter la mano en la cartera y extrajo dos fotografías. Una era de un submarino. Era uno de los nuevos submarinos rápidos de ataque de la Unión Soviética, clase *Tifón*, con casco de titanio, proa achatada y una línea que recordaba la de un delfín hinchado. En la torre tenía pintado el número S92, número por el que la nave era conocida por sus enemigos de la Marina de Estados Unidos.

La segunda fotografía era de un oficial naval soviético de rostro grave, con dos hileras de condecoraciones en el pecho de su guerrera azul. Era el comandante Vladimir Besnovski, capitán del S92.

Cuando hubo colocado las dos fotografías en la mesa y Ann tomó asiento, Bennington señaló el estrecho de Skagerrak, entre Goteborg, en Suecia, y la punta de la península de Jutlandia, en Dinamarca. Debajo de aquellas aguas discurría una cadena de sondas de sonar de la OTAN, engarzadas en un cable eléctrico como una sarta de perlas.

—El submarino fue detectado por última vez en esta zona hace veinticuatro días, a las 16:33, hora de Nueva York.

Dicho esto, Bennington volvió al sofá, se sentó y permaneció quieto y en silencio, para no distraerla. Había realizado varias veces aquella operación, y el proceso variaba poco. Ann, sentada ante la mesa, con las manos juntas sobre el mapa, miraba al vacío como si meditara. Parecía haberse olvidado de él. En una visita anterior, ella le había explicado que tenía que abstraerse del mundo material que la rodeaba y de su propia visión de ese mundo, para permitir que ocurriera lo que tuviera que ocurrir.

Ann podía permanecer inmóvil durante cuarenta minutos y, súbitamente, como si saliera de un trance hipnótico, anunciar que no había ocurrido nada. A veces, en menos de cinco minutos, señalaba un punto de los vastos mares sin marca alguna y afirmaba categóricamente que allí estaba, al acecho, el submarino soviético.

Aquel día, Bennington, al cabo de media hora de espera, empezó a pensar que la sesión sería infructuosa. Ya se había resignado a ello cuando Ann Robbins se movió. Estaba más pálida y Bennington vio que la frente y el labio superior le brillaban de sudor. Poniendo el dedo en un punto del mar azul situado al Sudeste de las Azores, anunció:

—Aquí.

Bennington se levantó y anotó escrupulosamente las coordenadas de latitud y longitud, y luego marcó el lugar del mapa con el bolígrafo.

Ann se puso en pie desmereándose. Su visitante observó que jadeaba un poco al respirar.

—Me gustaría saber si esto sirve para algo —dijo—. Creo que me ayudaría.

—Lo imagino —respondió Bennington—. Pero comprenda que se trata de un asunto muy delicado. Lo siento, pero no puedo decir nada. Y, ¡por Dios!, recuerde que no debe hablar con nadie de mis visitas. Piense en la que se organizaría en los periódicos si llegara a sospecharse que la Marina utiliza parapsicólogos para localizar submarinos rusos. Y —agregó, en tono de advertencia final— nunca se sabe. Puede haber personas a las que no les guste que usted nos ayude.

Bennington recogió el mapa y las fotografías y guardó todo en la cartera. Luego puso cuatro billetes de cien dólares encima de la mesa.

—Ha sido muy interesante, como siempre —dijo él estrechándole la mano. «Y más interesante será llevarte a cenar cuando termine esta comedia», pensó. Ella le dio

un breve pero perceptible apretón en la mano. «Quizá, además de encontrar submarinos rusos, lee el pensamiento», pensó Bennington.

Al salir a la calle, Bennington miró a uno y otro lado. La calle 71 estaba desierta. Examinó los coches aparcados junto a la acera; parecían vacíos. Andando sin prisas, cruzó hacia Central Park y se dirigió al centro. Puso en práctica su táctica de «despiste de perseguidor». Cuestión de rutina, naturalmente. Finalmente, en la calle Cincuenta y cuatro, tomó un taxi y se hizo llevar a la delegación de la CIA en Nueva York, situada en la plaza de las Naciones Unidas.

En lugar de ir por Dolly Madison para dirigirse al cuartel general de la CIA en Langley, Bennington salió al Cinturón Sur y dobló por la 395 hacia Alexandria. Parecía que hacía un mes, no cuarenta y ocho horas, que había visitado a Ann Robbins en Nueva York. Su punto de destino era un edificio de tres pisos de acero y cristal verde oscuro, situado en el número 2640 de la avenida Huntington, el prototipo del complejo de oficinas que, durante las dos últimas décadas, había proliferado en los alrededores de Washington como la mala hierba en césped de urbanización. Estas edificaciones solían albergar a una clase de empresarios llamados, en la jerga de la capital, los «bandidos del cinturón», por su especialidad en conseguir el dinero del contribuyente.

El Gabinete de Investigación Electrobiológica, despacho 500 del segundo piso, poseía las características del perfecto ejemplar de esta especie. Los folletos que había sobre la mesa de la sala de espera describían la compañía como «una empresa de Virginia, fundada en 1966 para el estudio de los efectos de los campos de fuerza electromagnética en los sistemas biológicos» y la búsqueda de «ampliaciones prácticas destinadas a la mejora de la educación, la medicina, la terapia del cáncer y las ciencias del comportamiento». Un buen observador, no obstante, habría advertido el gran espesor de la puerta del despacho 500 y, sin duda, le habría llamado la atención que fuera la única entrada a la media docena de habitaciones que componían el despacho.

El Gabinete de Investigación Electrobiológica era, en realidad, una pantalla de la CIA, uno de los cerca de media docena de satélites similares existentes en la división de Ciencias del Comportamiento dirigida por Bennington. Tenía un laboratorio en la costa de Maryland, aparentemente dedicado al estudio de sistemas de radar, que él utilizaba de tapadera para ciertos experimentos con animales. Disponía también de instituciones similares al otro lado del Potomac —en Georgetown—, en Palo Alto —California—, en El Paso —Texas—, en Framingham —Massachusetts—, y dondequiera que prosperasen las industrias de tecnología punta.

Para sus proyectos más importantes, de presupuestos multimillonarios, Bennington podía servirse de los grandes laboratorios nacionales, «Lawrence Livermore», en California, y «Sandía» y «Los Álamos», en Nuevo México. Para

proyectos pequeños y más delicados, prefería operar por medio de pantallas como el gabinete Electrobiológico. Todos los empleados de la empresa, desde la recepcionista y las secretarias hasta los directores técnicos, eran de la CIA. Ello confería a la operación grandes medidas de seguridad.

Bennington se instaló en el despacho libre reservado para él y, después de que una secretaria le trajera una taza de café, se acercó a la caja fuerte electrónica empotrada en la pared. De ella extrajo un memorándum de una página que, en cierto modo, configuraría el orden del día de la reunión de la mañana. Las tapas llevaban el sello de la Agencia y la etiqueta «MÁXIMO SECRETO».

El texto decía así:

OPERACIÓN BELLA DURMIENTE

Objetivo: Estudiar las posibilidades teóricas del empleo de campos electromagnéticos de muy baja frecuencia generados artificialmente, en los siguientes casos:

1. Secuestros:

—Utilizar un campo electromagnético para operar una distorsión perceptiva en los secuestradores, reduciendo su capacidad de percepción y de defensa o perturbando sus facultades de raciocinio.

—Incapacitar temporalmente a los secuestradores mientras se efectúa el rescate por fuerzas amigas.

2. Terrorismo:

—Trastornar a distancia el ritmo cardiaco de un terrorista.

—Distorsionar la percepción como se indica en 1) o perturbar la capacidad de procesar información del cerebro del terrorista.

—Incapacitar al terrorista permanente o transitoriamente.

3. Control de masas hostiles:

—Distorsionar la percepción de los individuos.

—Perturbar los procesos fisiológicos de todos o de algunos individuos de la masa.

Esto, así lo veía Bennington, era la puerta al siglo XXI. A pesar de Ronald Reagan y de su guerra de las galaxias, los conflictos del futuro no se dirimirían en los infinitos espacios exteriores sino aquí, en la tierra, con unas armas mucho más terribles que los láseres y las estaciones espaciales, con la ingeniería genética,

emanaciones electromagnéticas y otras armas como las que Buck Rogers esgrimía en las historietas de los años treinta. Ésta era la auténtica amenaza. Y estas armas se usarían no en la inmensidad del espacio exterior sino en el interior de las más pequeñas de las células conocidas: las neuronas del cerebro.

«¡Dios mío! —pensó—, si los periódicos llegan a sospechar que la Agencia considera siquiera el empleo de armas que pueden hacer cisco el mecanismo del pensamiento o achicharrar las células cerebrales con radiación electromagnética, el cirio que montarían haría que el comité Church pareciera una merienda de ancianitas. Esta vez no se contentarían con darme una patada en los huevos sino que me los arrancarían y harían picadillo».

Pero él sabía que, durante la última década, los sóviets habían demostrado por este campo de la investigación más interés que por ningún otro. La secretaria llamó a la puerta con los nudillos, interrumpiendo su meditación.

—Ha llegado el profesor —dijo—. Le esperan en la sala de conferencias.

Bennington cruzó el vestíbulo y saludó a los tres jóvenes científicos de la CIA que empleaba el Instituto, y al profesor Austin Kilbourn, neurofisiólogo de la Universidad de Calgary que venía a informar de los resultados de una investigación que había realizado por contrato. Era un hombre delgado, de menos de cuarenta años, brillante, con una vivacidad y una versatilidad muy del agrado de Bennington.

Después del café y de un preámbulo de chismes y otras trivialidades, el profesor tomó la palabra. Ya había preparado la máquina de vídeo y colocado en un caballete dos dibujos esquemáticos, uno de un cerebro humano y otro del de una rata.

—Vamos a ver —dijo—, lo que ustedes me preguntaron fue: «¿Sería posible desarrollar armamento electromagnético que pudiera emplearse, por ejemplo, contra una turba furiosa, para mitigar su afán de cometer atropellos? ¿O ser utilizado para neutralizar terroristas, digamos, en un caso de secuestro?».

»He revisado unos trabajos, francamente notables, hechos por el profesor Rodríguez Delgado con toros bravos, cuando ejercía en Yale. Delgado estudiaba gatos, monos, chimpancés y, posteriormente, en España, toros bravos, buscando las zonas del cerebro que podían aumentar o disminuir la agresividad de una especie. En España, anestesiaba a los toros y les implantaba electrodos en el cerebro. Los terminales estaban insertos en el cráneo y conectados a estimuladores miniaturizados que Delgado podía excitar con una señal de radio.

Kilbourn se frotó las manos con gesto de satisfacción y prosiguió:

—Echaron el toro a la plaza donde le esperaba el torero. El animal embistió al hombre como si fuera a matarlo. Entonces, desde diez metros de distancia, Rodríguez Delgado envió una señal de radio que cortó la agresividad del toro, ¡zas!, y el bicho quedó convertido en un minino. El torero se acercó a él, le acarició y el animal ni se movió.

»El científico quitó la señal y allá se fue otra vez el toro hecho un asesino. —El profesor efectuó una pausa—. La trascendencia de esto es enorme. La agresividad

también ha sido inhibida en las personas por medio de electrodos implantados en el cerebro, para fines terapéuticos o de diagnóstico.

Los tres científicos de la CIA estaban erguidos en sus asientos, en vilo, como si les pincharan.

—Pero eso no es todo. —Al igual que la mayoría de profesores, Kilbourn solía guardar lo más sabroso para el final—. Delgado estaba convencido de que los mismos efectos podían conseguirse sin necesidad de implantar los electrodos en el cerebro del animal, enfocándole un campo electromagnético regulado con precisión. Y así lo hizo con otros animales. Consiguió que los peces combatientes dejaran de combatir, por el procedimiento de exponerlos a un campo electromagnético. También experimentó con monos, a los que exponía a campos diferentes. Uno se quedaba dormido y otro se ponía furioso, según la señal que se les enviara.

Kilbourn se levantó y se acercó al caballete. Allí se quedó unos momentos en silencio, golpeándose la palma de la mano con el puntero láser.

—Aquí tenemos un diagrama esquemático del cerebro humano. En este punto, en la parte posterior del cerebro, donde arranca la columna vertebral, poseemos un montón de células que contienen histamina. —Miró a su pequeño auditorio—. Todos ustedes habrán tomado antihistamínicos cuando están resfriados. Ello se debe a que la histamina tiende a congestionar. Produce mucosidad.

»Ahora bien, lo interesante es que la zona situada alrededor de estas células también puede generar la náusea. Si, manipulando estas células, se provoca una descarga de histamina, al momento nos sentimos mareados y, a los pocos minutos, sacamos las tripas. Y pueden ustedes apostar lo que quieran a que, en un periquete, el afectado perderá la agresividad y se desentenderá de todo. Entonces nos hicimos esta pregunta: ¿existe el medio de activar electromagnéticamente esas células a distancia, de exponerlas a un campo electromagnético desde el exterior del organismo humano haciendo que ordenen la descarga de una dosis masiva de histamina en el cuerpo de un hombre hasta dejarle completamente mareado?

Uno de los ayudantes de Bennington silbó por lo bajo. Kilbourn le miró y asintió lentamente.

—Esto tiene consecuencias trascendentales, desde luego. —El profesor volvió al caballete—. En el cuerpo humano no hay órgano mejor protegido contra la radiación electromagnética que el cerebro. Por casualidad o por designio divino, el cráneo es una barrera extraordinariamente eficaz contra la mayoría de las emanaciones electromagnéticas a las que estamos expuestos en la vida moderna. —Otra sonrisa enigmática cruzó por la cara del científico—. Interesante, ¿no?, si tenemos en cuenta que el cráneo se desarrolló mucho antes de que el hombre tuviera ni la más remota idea de lo que era la electricidad.

»De todos modos —prosiguió Kilbourn volviendo al tema—, esto significa que los campos electromagnéticos que mejor pueden atravesar la barrera del cráneo son los de muy baja frecuencia, por su gran poder de penetración. Nosotros sabemos —

agregó, señalando la pizarra— que, en el cerebro de la rata, las células generadoras de histamina están ubicadas en el mismo sitio que en el cerebro humano. Por lo tanto, se nos ocurrió que si en las ratas del laboratorio podíamos producir el efecto deseado, una vez acumulada la experiencia suficiente, podríamos hacer otro tanto en los seres humanos.

Kilbourn puso en marcha el vídeo. La pantalla del televisor se encendió y en ella apareció una jaula llena de ratas, una docena de asquerosos bichos que correteaban y comían. En el ángulo superior derecho de la pantalla brillaba una luz roja.

—Acabamos de exponerlos a un campo de una intensidad de 0,5-3 Tesla, a quince hercios —dijo Kilbourn.

Durante unos minutos no pasó nada. Entonces, casi como a una orden, las ratas empezaron a tenderse en el fondo de la jaula. Unas quedaban inertes y otras se retorcían con evidente dolor. A los pocos segundos, todas parecían agonizar.

—¡Dios del cielo! —suspiró Bennington.

Sus tres ayudantes no podían hablar, del asombro.

—¿Quiere decir que lo que acaba de hacer con esas ratas podría hacerlo con las personas, utilizando los mismos medios? —preguntó Bennington.

Kilbourn se apoyó en la pared, golpeándose otra vez la palma de la mano con el puntero.

—Hay mucha diferencia entre trabajar en el laboratorio o hacerlo en la vida real. Pero si quiere plantearse el desarrollo de un arma electromagnética que pueda utilizarse para controlar una masa hostil o reducir a unos terroristas, éste es el camino. Lo bueno de esto es que los efectos no son permanentes, no te agujerean el cuerpo, como las balas.

—Está bien —dijo Bennington—. Vamos a suponer que media docena de palestinos chalados han secuestrado un Pan Am 747 con dos centenares de personas a bordo y lo tienen en una pista del aeropuerto Kennedy de Nueva York. ¿Se podría utilizar esa técnica en semejante caso?

—Se podría. Habría que envolver el 747 en un campo magnético de una intensidad calculada con precisión. Marear bien a todos los que estuvieran a bordo: terroristas, rehenes y tripulación y lanzar a las brigadas especiales que podrían actuar sin encontrar oposición.

—¿Qué tamaño tendrá la máquina que emita esa señal?

—La intensidad de la señal disminuye a razón del cubo de la distancia calculado desde la fuente de energía. O sea, dentro de una habitación, resulta fácil conseguir el efecto. Para operar desde doscientos o trescientos metros, necesitarás un aparato que tendrías que llevar en una furgoneta como las de los restaurantes que sirven comidas a domicilio. Durante la noche, podrías aparcarla donde los terroristas no pudieran verla y, cuando llegasen las brigadas especiales, conectar el aparato.

—¿Y ese campo electromagnético podrá atravesar el fuselaje del 747?

—¡Oh!, por supuesto.

—¿Y los terroristas no notarían nada sospechoso cuando se conectara el generador?

—Nada. Es una energía imperceptible. Es como las señales de radio y de televisión que en estos momentos flotan alrededor de nosotros en esta habitación.

—Supongamos que en el avión viaja una simpática viejecita que padece del corazón —dijo Bennington—. Si sufre un violento mareo, ¿no es posible que sufra un infarto?

—Sí —dijo Kilbourn—. Siempre existe ese peligro.

—¿Y los efectos secundarios en las personas expuestas a ese campo electromagnético? —preguntó Bennington—. ¿Sabemos si eso puede afectar al equilibrio hormonal, la estructura celular o sabe Dios qué?

—En estos momentos, no lo sabemos —reconoció Kilbourn—. Pero, dada la intensidad del campo y la brevedad del tiempo de exposición, supongo que esos efectos serían temporales e insignificantes. Pero habría que hacer algunos experimentos para despejar estos interrogantes.

—¿Con seres humanos?

—Si lo hace con hormigas no encontrará las respuestas que busca.

Kilbourn volvió a su sitio en la mesa, disponiéndose, evidentemente, a finalizar su explicación.

—Miren —dijo—, si están decididos a seguir adelante con esta investigación, llegará el día en que ustedes construirán un generador que podrá instalarse, por ejemplo, en embajadas situadas en países eventualmente hostiles. Digamos que una turba se lanza contra su embajada en Teherán. Los marines ponen la máquina en la ventana, la activan y, según sea la configuración del terreno delante de la embajada, tendrán a cinco mil iraníes vomitando en la calle en lugar de tenerlos dentro del edificio, reteniendo a rehenes.

—¡Ah! —sonrió Bennington—. Es una imagen muy grata.

A continuación, Kilbourn se despidió y Bennington lo acompañó hasta la puerta y volvió a la sala de conferencias donde estaban sus colaboradores.

—Bien —dijo—, ha sido una charla muy interesante y de las que dan que pensar, ¿no creen?

El encargado del proyecto, un físico del Instituto Tecnológico de Massachusetts, carraspeó.

—Hace tiempo que se habla de la forma en que los campos electromagnéticos de muy baja frecuencia afectan al sistema nervioso central produciendo cambios en el comportamiento, modificando las células, etcétera. Pero casi todos los que se interesan por el tema se encuentran fuera del ámbito científico principal. La ciencia académica tiende a rechazar esta idea categóricamente. La teoría clásica dice que un hombre de metro ochenta no puede ser una antena que capte una onda electromagnética de miles de millas de longitud, a no ser que esté muy cerca del generador. Y esas frecuencias muy bajas tienen longitudes de onda de ese orden.

—Sí —convino Bennington—. Pero recuerdo cuando empezó a hablarse de las armas lanzadoras de haces de partículas. Entonces todos los científicos del gobierno desestimaron la idea. Eso nunca funcionará, repetían. Pero vinieron unos individuos un poco chalados que dijeron: «Bueno, la cosa parece descabellada, pero quién sabe». Ahora tenemos en marcha un programa de guerra de las galaxias, basado en haces de partículas y hay gente que asegura que los rusos llevan años trabajando en ello. ¿No podría ocurrir lo mismo con esta cuestión?

—Eso es lo preocupante —dijo otro de los jóvenes científicos de Bennington—. Todos sabéis que hay informes que dicen que los rusos han hecho grandes avances en este campo. De acuerdo, esto es muy discutible. Pero sí nos consta que los rusos investigan en sistemas electromagnéticos.

«¡Ah, Dios mío! —pensó Bennington—, esto es el túnel del tiempo. Me parece haber vuelto a los años cincuenta. Yo soy un chaval y todos estamos muy preocupados por la idea de que los rusos descubran como utilizar LSD para modificar la conducta de las personas».

—No hay que olvidar que Kilbourn habla de ratas —dijo—. Nosotros hablamos de personas. Y no podemos pasar de unas a otras sin experimentar antes con seres humanos. Y eso nuestro gobierno nunca lo autorizaría.

—¿Quiere decir que no vamos a tratar de profundizar en lo que nos ha expuesto Kilbourn? —preguntó el científico preparado por los rusos.

—Quiero decir que el hijo de mi madre no llamará a la puerta del director para decirle: «Hola, juez, ¿me da permiso para reclutar a una cincuentena de soldados de Fuerte Benning y llevar a cabo un pequeño experimento que nos diga qué efecto causarán sobre las personas ciertos campos electromagnéticos? Ante todo tenemos que marearlos bien en interés de la nación». ¿Y qué le digo cuando el juez me pregunte si habrá efectos secundarios? ¿Le digo: «Señor, eso es precisamente una de las cosas interesantes que nos proponemos averiguar»?

—Entonces, ¿qué hacemos? —le apremió el ayudante.

—Estudiar los pros y los contras. Lo que tenemos aquí es una tecnología sin experimentar y cuestionable, que hace prever consecuencias eminentemente negativas. ¿Merece la pena correr los riesgos que exige su estudio?

—Al parecer, doctor —dijo su ayudante con pesar y sarcasmo en la voz—, usted considera que no.

—Yo considero —dijo Bennington con un suspiro de tristeza— que lo que debemos hacer es poner una etiqueta completamente inofensiva a este proyecto, enterrarlo en el fondo del mayor montón de papeles que podamos encontrar y rezar para que ningún investigador de un comité de supervisión del Congreso llegue a encontrarlo.

A pesar de su, aparentemente, firme decisión, durante todo el trayecto de regreso a

Langley, Bennington seguía muy preocupado por la investigación de Kilbourn. Parecía estar claro que no había posibilidad de seguir adelante con el proyecto sin experimentar con seres humanos, y eso es algo cuya mera insinuación hace peligrar seriamente la carrera de uno, especialmente, si uno se llama Arthur Holt Bennington.

Seguía dando vueltas al asunto cuando entró en su despacho de la sexta planta de la central de la Agencia.

—Acaban de llamar de la oficina de Nueva York. Quieren que les telefonees. Es urgente —le dijo su ayudante.

Fue a su escritorio y pulsó el número de Nueva York en su línea particular.

—Bennington —anunció—. ¿Me habéis llamado?

Al oír la información de Nueva York, Bennington se dejó caer en el sillón como si acabara de recibir un puñetazo en el plexo solar.

—¡Dios mío! —jadeó. Miró su reloj—. Tomaré el avión de las dos. —Colgó con violencia—. ¡Ann! —gritó—. Un coche para ir inmediatamente al aeropuerto. Y llama al oficial de enlace del FBI. Que alguien del FBI me espere en La Guardia.

Era la rúbrica especial de la muerte, un olor que nunca se olvida. Diecinueve años en el departamento, trece con la placa dorada de detective, habían curtido a Tim McQueen; sin embargo, bastaba una vaharada de aquel olor rancio y dulzón para que todos los sórdidos recuerdos acumulados en dos décadas de servicio en la policía de Nueva York volvieran en tropel.

Lo recordaba ahora, con la espalda apoyada en la pared del apartamento de la mujer y con los brazos cruzados sobre el pecho, mientras contemplaba el cadáver, tendido en su particular «escena del crimen», como en un telefilme. El detective McQueen parecía mirar el cadáver con una especie de distante ecuanimidad profesional, con la actitud del mecánico que contempla un carburador averiado. No era así. McQueen era un buen policía y, como todos los buenos policías, dejaba un pedacito de alma junto a cada una de las figuras inertes que son la materia prima del oficio de un «poli» de homicidios.

La víctima, suponía McQueen, tendría poco más de cuarenta años. Estaba tendida en el suelo de su apartamento, con el cuerpo doblado sobre una mancha oscura de sangre coagulada y con las articulaciones también dobladas en la postura forzada de la muerte violenta, como una muñeca de trapo rota y descoyuntada. Vestía una chaqueta púrpura encima de una blusa de seda que debía de ser rosa antes de que el chorizo la emprendiera a puñaladas, y una falda púrpura, ceñida. No llevaba alhajas; probablemente las alhajas habían salido por la puerta, con el asesino.

Al inspeccionar las ropas y el apartamento, McQueen supuso que se trataba de una ex bohemia del Village que había emigrado al barrio Oeste, gracias a cierta prosperidad adquirida con los años. En la pared situada frente a él había uno de esos grabados de una pirámide egipcia con un gran ojo en el centro que le miraba

fijamente y, en la repleta biblioteca que cubría una de las paredes de la sala, media docena de estatuas de dioses y diosas hindúes de los que tienen serpientes en vez de pelo y unas pollas que les llegan hasta las rodillas.

El portero, que la había encontrado hacía dos horas y llamado a la comisaría, dijo que la víctima era una vidente, una de esas adivinas de lujo que por cien dólares miran la bola de cristal y le dicen a la clienta si el marido anda por ahí, de jarana. McQueen suspiró. Los del laboratorio trabajaban con su cachaza habitual, tomando medidas y grabando la escena del crimen en vídeo. En los viejos tiempos, cuando McQueen entró en el cuerpo, se hacían simples fotografías en blanco y negro. Hoy, fotos a todo color y, lo último, una videocámara. «Si te trincan en Nueva York — pensó McQueen—, hacen contigo hasta una película familiar».

Hojeó su bloc de notas. La víctima se llamaba Ann Robbins. Un vecino, al notar el olor, se quejó al portero, y éste llamó a la comisaría del distrito veinte, que había mandado el coche del policía novato, que ahora se hallaba en la puerta como la cera y tragando saliva para dárseles de *Kojak*, delante de su primer fiambre.

Las llaves de la mujer aún estaban puestas en la cerradura donde el portero dijo que las encontró cuando subió a comprobar el mal olor. Era un negrazo grande como un oso que no parecía tomarse muy a pecho su trabajo, de modo que McQueen no tuvo inconveniente en creerle cuando dijo que hacía una semana que no subía al cuarto piso. El vecino de arriba, en el último piso, tenía setenta y tres años y dijo que nunca bajaba por la escalera sino en el ascensor, lo cual significaba, pensó McQueen, que las llaves podían llevar una semana en la puerta.

Pero existía un indicio revelador del momento del crimen. Al lado de la puerta, había una bolsa de papel marrón del supermercado de la que se había volcado el contenido. McQueen había revisado y anotado cada uno de los artículos: tres platos congelados de Cocina Ligera Stouffer, dos pomelos, una pastilla de jabón Camay y una caja de helado Fondant Ben and Jerry. Esto último hizo que Ann Robbins cobrara interés a los ojos de McQueen. Probablemente, aquel helado fue el último capricho de una bonita mujer que pretendía adelgazar un kilo o dos. Ahora no era más que una mancha oscura y pegajosa en el suelo de su apartamento.

En el fondo de la bolsa, McQueen encontró lo que buscaba: un vale de caja del supermercado Paik, situado a la vuelta de la esquina de la Avenida Columbia, entre las calles Setenta y uno y Setenta y dos. Indicaba el día y la hora de la compra. Aquel papelito confirmó a McQueen lo que su olfato le dijo al entrar en el apartamento: la mujer llevaba cuarenta y ocho horas muerta.

El monedero, desgarrado, estaba en el suelo, al lado del cadáver. Seguramente no debía de llevar mucho dinero. Las señoras que viven solas en el Westside son precavidas. No llevan gran cosa en el monedero, unos cuantos dólares para el atracador; que los tome y se largue. Lo malo es que algunos de los tipos que andan hoy por ahí no se largan.

«Éste no se largó», pensó McQueen. Un chorizo que quería sacar para un papelito

de heroína o un poco de *crack* debió de colarse en la escalera. Llamaría a cualquier timbre y diría: «Repartidor». El edificio, el número 22 de la calle Setenta y uno, entre Central Park Oeste y la avenida Columbia, era una vieja casa de vecinos de cinco pisos; seguridad cero. El tipo se esconde y se queda esperando a que entre alguien. Y entra Ann Robbins, con la bolsa de la compra. Él ve que sale del ascensor en el cuarto piso y, mientras ella saca las llaves y abre la puerta, sube corriendo sin hacer ruido, con sus zapatillas Reeboks de cincuenta y cinco dólares. Ella abre la puerta y ¡bum!, el individuo la empuja y cierra para que el portero no la oiga gritar, aunque con la puerta abierta tampoco la habría oído porque seguramente tenía la tele a todo volumen. Ella le da el monedero, pero no es suficiente, y él empieza a pincharla, para que le diga dónde guarda el dinero. Un caso de verdadera mierda que acabaría como tantos otros, con la inscripción «Autor desconocido» estampada en la carpeta.

—Bueno, chicos —dijo el sargento parando la cámara—. Nosotros hemos terminado. Es toda vuestra.

El médico forense se levantó del sofá de la víctima, se puso los guantes y se arrodilló junto al cadáver. Durante varios segundos, contempló el cuerpo de la mujer como un comandante de infantería examinaría un territorio hostil. En este caso, era vital fijar con precisión la hora de la muerte, porque, si coincidía con el vale del supermercado que McQueen había extraído de la bolsa, el detective tendría, por lo menos, una sólida base para empezar la investigación.

Pellizó la mandíbula de la mujer y palpó los músculos del cuello. Todo duro como la madera. Alumbró con una linterna los turbios globos oculares y luego los tocó con el dedo. No tenían ninguna elasticidad. Parecían canicas.

—Sssí —gruñó—. Cuarenta y ocho horas, tal vez. Voy a darle la vuelta para observar la lividez.

El médico hizo una seña al policía de la puerta, el primero que llegó al lugar del crimen. Se disponían a dar la vuelta al cuerpo cuando sonó el timbre.

—Algún cliente que viene a que le lean el porvenir —dijo McQueen yendo hacia la puerta.

Delante de él estaba la última persona que esperaba encontrar llamando a aquella puerta: Kenny Cook, director delegado de la Oficina Federal de Investigación en Nueva York. Detrás había un hombre al que McQueen no conocía, un tipo alto que fumaba en pipa, con hombros de jugador de rugby. Llevaba una de esas americanas sport inglesas, tan caras, con coderas de ante, como las que gustan tanto a los profesores de la Universidad de Columbia. Cook, como siempre, venía hecho un figurín: camisa azul con cuello y puños blancos, y abrigo de pelo de camello con cinturón en la espalda, echado descuidadamente sobre los hombros. Su forma de vestir era legendaria en la ciudad.

McQueen les invitó a pasar con un ademán.

—¡Caray!, Kenny, tienes más pinta de petimetre que todos los petimetres que conozco. Si J. Edgar pudiera verte, haría piruetas en su tumba.

—¡Ah! —respondió el hombre del FBI—, nuestro difunto patrón nunca tuvo sentido de la elegancia, ¿verdad? Tengo entendido que vestía en los grandes almacenes. Iba hacia el centro, escuchando la emisora Detective Dos para distraerme cuando oí tu contraseña y me enteré de que estabas aquí. Mi amigo —señaló con un movimiento de cabeza al hombre que estaba detrás de él— es un criminólogo de Washington que ha venido de visita. Está gastando medio millón de dólares del contribuyente en un estudio, para el FBI, sobre las nuevas formas de violencia de la delincuencia urbana. Será una de esas obras maestras de trescientas páginas que hará que a los académicos se les caiga la baba y que constituirá una alhaja para los que se supone que debemos luchar contra el crimen en la ciudad. Pensé que tú podrías darle información de primera mano.

—Por supuesto —respondió McQueen. Estaba acostumbrado a las intrusiones—. Pero no toque nada —dijo al visitante—, o tendremos que tomarle las huellas, para eliminarlas de la investigación.

—Winthrop —se presentó Art Bennington extendiendo la mano—, Stanley Winthrop.

—Bien —dijo Cook—. ¿Qué tenemos aquí?

—Lo que tenemos aquí es una verdadera carnicería. Un atraco. Un caso prácticamente cerrado. Algún chorizo...

Cook carraspeó y McQueen captó la advertencia. Aquellos tipos de Washington iban siempre con los derechos civiles bajo el brazo.

—Algún chorizo que quería hacerse el día y que la siguió desde el súper o estaba esperando escondido en el portal cuando ella entró. Se le echa encima, la mete en casa y empieza el juego de las veinte preguntas. Quizás está nervioso y la mata por equivocación. Pero lo más probable es que, una vez que encontró la pasta, pensara: «¡Qué carajo!, ésta puede reconocerme en un careo», y decidiera liquidarla.

—¿Parece faltar algo en la casa?

Bennington tenía que decir algo, hacer algo que le permitiera desviar la atención y la mirada del horror que tenía delante. El hedor a carne putrefacta, aquellas heridas en el cuerpo esbelto que él había deseado abrazar, aquellos ojos, los ojos brillantes que hacía setenta y dos horas le habían cautivado, convertidos en unos vidrios opacos: le daban ganas de vomitar o de llorar. O de ambas cosas. Sin embargo, debía mantenerse impasible delante de Cook y de aquel policía de Nueva York.

—No —dijo McQueen, señalando la librería donde estaban el televisor, el vídeo y el aparato de *compact disc*—. Estos individuos operan así: ¡bang, bang!, y fuera. Coge el dinero y corre. Así no llamas la atención. Pero sal a la calle con un televisor bajo el brazo y los vecinos empiezan a sentir curiosidad, ¿comprendes?

El médico estaba arrodillado, palpando las axilas de la víctima.

—¿Qué hace? —preguntó Bennington.

—Toma la temperatura.

—¿Con los dedos? ¿No usa termómetro?

—¡Eh! —gruñó el médico—. Esto no es *Corrupción en Miami*. Los termómetros son para los polis de la televisión.

Bennington, involuntariamente, había tocado un punto que era el orgullo de la clase forense de la ciudad de Nueva York. Los médicos de la policía neoyorkina, a diferencia de los de otras muchas grandes ciudades, siempre toman la temperatura en el lugar del crimen por el tacto.

El médico se levantó.

—Tengo que dejar esto a oscuras —dijo—, para examinarla con la luz de Wood.

—Para averiguar si hay semen —explicó McQueen— y comprobar si el tío la violó.

—¡Oh, Dios mío! —Bennington no pudo seguir reprimiendo sus sentimientos. «Quizá lo atribuyan al nerviosismo del profano», se dijo—. ¿Cree que la violaron?

Sintió que se le tensaban los músculos. Si hubiera tenido delante al drogadicto que había hecho aquello, hubiera sido capaz de arrancarle los testículos con las manos.

Bennington fingió interesarse por la biblioteca mientras el médico pasaba la luz de Wood por la ropa de Ann Robbins y le levantaba la falda para examinar la parte inferior del cuerpo, buscando las reveladoras fosforescencias que indicaran la presencia de semen.

—No —dijo—. No la violó. Sólo la acuchilló. Mañana, cuando le hagamos la autopsia, lo comprobaremos.

El médico dejó la linterna y, mientras el policía abría las cortinas y volvía a encender las luces, examinó las manos de Ann Robbins, primero una y luego la otra. Les dio la vuelta casi con ternura, examinando las palmas. Bennington, sin poder remediarlo, volvió a ver las uñas escarlata agitarse ante sus ojos y pensó en cómo había deseado sentir su roce en la piel. El médico se acercó las manos a los ojos para escudriñar las uñas y luego desabrochó los puños de la blusa, para mirar los antebrazos y el interior del codo.

—No hay heridas defensivas —declaró—. Quienquiera que fuera el hijo de puta, ella no trató de pelear.

—Estaría muerta de miedo —observó McQueen—. ¿Qué puede hacer una señora como ella delante de un drogata con un cuchillo en la mano?

Mientras McQueen hablaba, el médico cubría las manos de Ann Robbins con bolsas de plástico. Al día siguiente, en el depósito, buscarían en las uñas partículas de piel o de cabello que ella hubiera podido arañar de la cara o del cuerpo de su asaltante, antes de morir.

—¿Cuál cree que habrá sido la causa? —preguntó McQueen.

El médico suspiró y contempló el cuerpo mutilado de Ann Robbins.

—Pito, pito, colorito. He contado nueve heridas. Cualquiera pudo ser fatal. Pondré en el informe «laceración múltiple», hasta que la examinemos mañana.

—Perdón —dijo Bennington—, ¿pueden decirme qué probabilidades tienen de

esclarecer un crimen como éste?

—¿Quiere que le sea muy sincero, señor Winthrop? —repuso McQueen.

Bennington asintió.

—Poquísimas. He ordenado una investigación del vecindario para esta noche. Llamar a las puertas. ¿Alguien vio algo? ¿Alguien la seguía cuando volvió a casa? ¿Alguien salió del portal precipitadamente? Lo que sea. Ordenaremos que la Brigada Anticrimen apriete las tuercas a los de la calle. Que les caliente un poco los cascos a esos capullos de la avenida Columbia ¿Alguno de los hampones oyó algo? Quizá el individuo se jactó delante de alguien de haberse cargado a una señora en la calle Setenta y uno.

—Ya ves, Stanley —dijo Cook, el hombre del FBI—, en esto de la delincuencia ciudadana, que tanto te interesa, si llegamos a encontrar al autor de un acto como éste, será haciendo un trato. Dentro de unos meses, el departamento Antidroga o la Policía Metropolitana de Nueva York atraparán a un traficante. El caballero sabrá que le esperan de diez a quince años de vivir a costa nuestra. Entonces nos dirá: «Miren, si me reducen la acusación a tenencia, quizá pueda ayudarles a encontrar al que se cargó a la mujer de la calle Setenta y uno, hace seis meses». Y nos informará. Si la información es buena, cambiaremos a un narcotraficante por un asesino.

Bennington ya había visto bastante. Qué lugar más corrompido y asqueroso, aquella ciudad. ¿Por qué ese chorizo drogado tenía que tomarla con ella? ¿Por qué no podía haber encontrado a otra víctima para desahogar su violencia frenética e irracional? ¡Qué vergüenza, qué jodida vergüenza!

—Bien —dijo extendiendo la mano—, no queremos molestar más. Ustedes tienen cosas más importantes que hacer que hablar con nosotros.

—Ninguna molestia, señor Winthrop —dijo McQueen. Miró el cuerpo mutilado que había sido la causa de que se conocieran—. Conque estudia usted la delincuencia urbana. Realmente, no sé dónde va a ir a parar esta condenada ciudad.

En la acera, Cook y Bennington se pararon mirando la calle Setenta y uno. Era un lugar tranquilo y aparentemente pacífico. Entre los años treinta y los cincuenta, el barrio fue semillero de princesas judeo-americanas, pero ahora empezaba a bailar al son del bongó latino. Ya se veían los primeros indicios en la esquina de la avenida Columbia: Victor's Café, Cocina Cubana, Los Ranchos, La Fortuna.

—Y bien —dijo Bennington a su acompañante del FBI—, ¿qué opina usted?

—Verá, Stanley —respondió Cook—, McQueen es un buen policía. Creo que tiene razón. La calle parece bastante tranquila, pero por estos alrededores hay varios bloques malos. La calle Ochenta y tres, entre la avenida Columbia y Amsterdam, es un vivero de maleantes. Lo mismo que las Ochenta y siete y la Ochenta y ocho, por Broadway. Por cierto —agregó con una sonrisa—, su gente le ha hecho llegar hasta aquí muy deprisa.

—En nuestras oficinas de United Nations Plaza leyeron el cable de la policía de Nueva York —dijo su invitado—. Por cierto, aunque no me gustaría que se supiera el interés de mi organización por el caso. —Bennington lanzó una mirada a Cook para mayor énfasis—. Le agradecería que me mantuviera al corriente de la investigación. Si encuentra algo, quiero enterarme. Es algo personal ¿comprende? —Sacó del bolsillo una tarjeta en blanco y escribió un número—. En este número me encontrará durante el día. —Miró el reloj—. Tengo el tiempo justo para pillar el próximo avión del puente. ¡Mierda!, qué oficio más cruel.

—Stanley. —La compasión de Cook había sido puesta a prueba muchas veces por la violencia de la ciudad—. Éste es un lugar cruel.

Arriba, en el apartamento de Ann Robbins, McQueen realizaba el último acto oficial del rígido protocolo del crimen en Manhattan: ató con un alambre una etiqueta modelo UF95 al dedo gordo del pie izquierdo del cadáver de Ann Robbins y llamó al furgón del depósito que la conduciría a uno de los ciento veintiséis compartimentos refrigerados del Instituto Forense de la ciudad de Nueva York.

Hacía casi dos meses que las sesiones quincenales se habían integrado en la rutina de la existencia de Art Bennington. Y qué agradecido les estaba. Eran como salvavidas que, poco a poco, le llevaban de vuelta a tierra firme, lejos de las aguas negras y turbulentas en las que estuvo a punto de ahogarse después de su divorcio. «Durante el resto de tu vida, no habrá día en que no pienses en ello», le advirtió un amigo, lisiado de guerra del divorcio.

Pues bien, su amigo se había equivocado. Gracias a las sesiones de hipnoterapia, Art estaba llegando al punto en el que los dolorosos recuerdos de aquellos meses empezaban a convertirse en fantasmas, con los que era capaz de convivir. En cierto modo, el mismo hecho de haber podido sentirse tan atraído por Ann Robbins, la desdichada parapsicóloga asesinada, podía considerarse uno de los benéficos efectos de estas sesiones. Dejó Leesburg Pike y entró en Chaucer Lane. Todas las calles de la nueva urbanización en la que la hipnoterapeuta tenía el consultorio estaban dedicadas a escritores: Hemingway Drive, Poe Road, Chaucer Lane. Otra de las monerías con las que uno tropezaba ahora a cada paso en las zonas suburbanas de Virginia.

El consultorio, naturalmente, estaba en uno de esos edificios de despachos donde invariablemente, se halla un amplio surtido de quiropodólogos, osteópatas, protésicos dentales y dentistas de segunda fila; agréguense dos especialistas en informática, una Asociación de Empleados Postales Retirados y una hipnoterapeuta.

«El divorcio es la contribución norteamericana a la ordenación social de la segunda mitad del siglo veinte —pensaba Bennington mientras situaba el Volvo en uno de los aparcamientos blancos destinados a visitas—. Imaginen, hemos

conseguido industrializar la destrucción de la familia. La misma gente estupenda que inventó la cadena de montaje para la industria del automóvil, ahora te ofrece el matrimonio “del altar al juzgado”, en el que, gracias a un cuidado planteamiento, vas cubriendo etapas casi sin darte cuenta».

Por lo menos, ya casi podía reírse al recordar el día en que, al volver a casa, encontró sus trajes, sus libros y cachivaches tirados en el jardín: el mercadillo de saldos de un matrimonio fracasado. Una nota lacónica de Terri y una orden judicial echándole de su casa, conseguida por el Gran Tiburón Blanco, coronaban el montón como la bandera del explorador en la cumbre del Everest.

¡Qué pesadilla las semanas siguientes! Cada noche parecía tener cuarenta y ocho horas por lo menos. Primero fue la angustia física, un continuo dolor por la pérdida de su mujer. No hay privación más mortificante. Luego, la indignación al ver la insidia con que el Gran Tiburón Blanco perpetraba su crucifixión económica. Aquella abogada consiguió convertir a Terri en una perfecta desconocida para él. No tuvo más remedio que contratar a su propio abogado de altos vuelos. Doscientos cincuenta dólares la hora le cobraba el tío; imagínense, la minuta más cara de la capital de Estados Unidos, ¿y para qué? ¡Para un abogado de divorcios!

La broma le costó cuarenta y cinco mil dólares y lo redujo a una vida de austera clase media baja. Se instaló en un rancio hotel de la avenida Pennsylvania, que era una especie de estación intermedia para hombres maduros expulsados del hogar por su esposa. «El Oriental» lo llamaban, porque el resto de la clientela se componía de exiliados de Oriente Medio. De allí, pasó a un estudio subterráneo que, en el hiperbólico lenguaje de la agente de la propiedad que se lo alquiló, pasaba por «Planta baja inglesa». De inglés no tenía más que la humedad y el frío, y la planta era tan baja que desde las ventanas no veías más que pies. Menos mal que, al encontrarse en Georgetown, daba gusto ver algunos pies.

Qué descanso haber dejado atrás todo aquello. Ahora podía apearse de su coche, gozar otra vez del perfume de un césped recién segado, y recrear la vista en el escarlata y oro de las alas de una hermosa oropéndola de Baltimore que evolucionaba sobre su cabeza.

Subió andando los cuatro pisos hasta el consultorio de Nina Wolfe. La sala de espera era sobria: tres butacas, una mesa redonda y sobados ejemplares del *Reader's Digest*, el *US News and World Report* y *Better Homes and Gardens*. En las paredes no había diplomas con inscripciones en letra gótica; el hipnotismo no es una ciencia que se enseñe en las academias, sino que se transmite individualmente de maestro a discípulo, de practicante a neófito.

El hipnotismo, casualmente, era un tema acerca del que Bennington sabía muchas cosas. La CIA había estudiado detenidamente sus posibilidades a finales de la década de los cincuenta y principios de los sesenta. Se especulaba con la idea de la sugestión poshipnótica, el tema del *Candidato manchú*, por el que se programa a un individuo para que, a una señal determinada, asesine a alguien. Eso eran cuentos, pura ficción.

Lo que pretendían era encontrar la técnica de interrogación perfecta, el instrumento infalible que arrancara el secreto más precioso del subconsciente de un prisionero, contra la voluntad de éste. Y habían descubierto que no se conseguía con el hipnotismo, porque hacer que una persona hipnotizada revele lo que no debe es un empeño muy difícil.

—¡Buenos días!

Nina Wolfe salía del despacho con su anterior paciente, una mujer con evidente sobrepeso. Los fumadores y los comedores compulsivos formaban la mitad de la clientela.

—¿Cómo va el negocio del petróleo? —preguntó ella cuando la mujer se hubo marchado.

Bennington le había dicho que se llamaba Art Booth y era agente de la Exxon.

—Podría ir mejor. El crudo de Texas ha vuelto a bajar.

—Malo, ¿no?

—No para usted. La gasolina será más barata.

Nina Wolfe tenía treinta y tantos años, pelo rojo y rizado, pecas y bonitos ojos azules. Solía vestir trajes de chaqueta de corte masculino, como el gris con fina raja blanca que llevaba esta mañana. Bennington supuso que así trataba de evitar el comportamiento sentimental en la relación hipnoterapeuta-paciente.

—¿Escucha las cintas que le di?

—Todas las noches. Son mejores que las nanas irlandesas de mi madre.

—¿Así que duerme bien?

—Duermo mejor.

Entraron en el despacho. Las cortinas estaban echadas para amortiguar la luz. Bennington se quitó la chaqueta y la colgó del perchero que había en un rincón. Luego, se aflojó el nudo de la corbata, se desabrochó los puños y se dejó caer con agrado en la butaca de piel reservada para los pacientes.

La hipnosis clásica, la que practicaba Nina Wolfe, comprendía tres etapas de trance, cada una más profunda que la anterior. La primera, que ella ejercía en las personas que querían dejar de fumar o de comer con exceso, no era un trance propiamente dicho sino un estado de profundo relajamiento. La segunda ponía al paciente en un estado en el que conservaba el sentido del tacto pero no el del dolor. Sentiría un alfilerazo, pero no haría gestos de sufrimiento. Esta fase se caracterizaba por la ampliación de la memoria y la aceptación de la sugestión poshipnótica. La tercera fase producía un trance tan completo que el paciente quedaba anestesiado. Personas con fuertes alergias a anestésicos convencionales sufrieron operaciones de cirugía mayor en este trance de tercera fase —cesáreas, implantaciones de pechos, tiroidectomías e, incluso, amputaciones— durante la Primera Guerra Mundial.

Ahora bien, sólo una de cada tres o cuatro personas puede ser puesta en trance de tercera fase. Art Bennington resultó ser una de ellas. Para su tratamiento, ello era indispensable, ya que sólo en la tercera fase el hipnotizador puede conseguir la

«regresión». La regresión es el viaje a la vida pasada del paciente; en el caso de Bennington, a su vida conyugal. Se trata de representar un drama en el cual el hipnoterapeuta desempeña diferentes papeles —amigo, madre, padre o jefe— para estimular la memoria del paciente. El objetivo es explorar el pasado en busca de la raíz de los problemas, descubrir sentimientos positivos y actitudes en las que basar una terapia de sugestión poshipnótica.

Nina Wolfe tomó un objeto en forma de bulbo plateado con tallo. Parecía un hongo reluciente.

—Mire esto —ordenó—. Siente los ojos cansados. Le pesan los párpados.

Su voz adquirió un ritmo acompasado y monótono. El subconsciente de Bennington ya estaba condicionado porque el tono de voz era el mismo con el que estaban grabadas las cintas que escuchaba por la noche.

Imperceptiblemente, ella fue bajando el bulbo, para que, al seguirlo con la mirada, Bennington fuera bajando los párpados, con lo que reforzaba el proceso de sugestión de sus palabras.

—Le pesan los párpados. Tiene sueño..., ahora empezaré a contar hacia atrás, de veinte a uno. Cuando yo diga uno, sus ojos se cerrarán por completo y usted se dormirá... Diecinueve..., se le cierran los ojos..., dieciocho...

Cuando llegó al nueve, Bennington estaba en trance profundo.

Nina Wolfe lo contempló un momento, escuchando su respiración regular y pausada.

—Ahora duerma. Duerma profundamente. Sólo puede oír mis palabras.

Su voz le acariciaba el subconsciente con mano de seda.

Tomó unas pinzas puntiagudas y le pellizcó la muñeca. No hubo reacción. Estaba dormido.

—Lléveme a una época en la que era feliz. Lléveme a su tercer aniversario de boda. Ahora. ¡Ya! —ordenó.

—Terri estaba furiosa.

—¿Por qué?

—Yo había estado en Europa, por cosas de trabajo. Ella estaba furiosa.

—¿Usted qué hace? ¿Qué le dice? Vuelva a aquel momento.

—Ella estaba... yo... —Bennington titubeó—. Yo estoy en el recibidor. Tengo en la mano el jarrón de porcelana que le he traído de Berlín.

Nina Wolfe sonrió. El cambio del tiempo verbal del pasado al presente era la clave. Él estaba en regresión. Ahora podía buscar los sentimientos positivos, los recuerdos que después trataría de inculcar en su subconsciente con sus sugerencias poshipnóticas.

La sesión duró poco más de una hora. Cuando salió del trance, Bennington se sentía estupendamente. Era como despertar de una siesta profunda y reparadora. Se desperezó y bostezó.

—Hace usted muchos progresos. —Nina Wolfe le sonrió mientras él se ponía la

americana y sacaba el dinero del bolsillo—. Me parece que con una o dos sesiones más, podremos dar por terminado el tratamiento.

Hay algo que no falta en ninguna de las dependencias municipales de Nueva York: la pegatina del corazón rojo que proclama: «I love NY». Aparece en algunos lugares inesperados, como los calabozos de una comisaría o cajeros del aparcamiento de la oficina de Violaciones. Pero nunca resultan tan incongruentes como en las paredes del Depósito de Cadáveres de la ciudad de Nueva York, un edificio bajo con fachada de ladrillo azul vitrificado, situado en la esquina de la Primera Avenida con la calle treinta, ubicación muy racional por cuanto se halla entre dos de los grandes centros sanitarios de la ciudad, el Bellevue Hospital y el Centro Médico de la Universidad de Nueva York. A los compartimientos refrigerados de los sótanos de este edificio son conducidos, cada año, unas dos mil víctimas de homicidio, todos los suicidas, todos los enfermos que ingresan cadáveres en los hospitales de Manhattan, y todos los ciudadanos que no han sido asistidos por un médico en el momento de su muerte, ya sean Nelson Rockefeller, una mendiga muerta en una rejilla del metro una noche de enero, o un cadáver sin identificar, con los pies metidos en un bloque de cemento pescado en el East River.

Aquel edificio fue la última parada en la vida de Ann Robbins.

A las nueve y media de la mañana siguiente al descubrimiento de su cadáver, el doctor Mordecai Herzog, joven médico ayudante del Instituto Anatómico Forense que había hecho el examen preliminar del cadáver, presentó el caso de Ann Robbins en la reunión diaria sobre las autopsias de la jornada. Ahora Ann Robbins era un número, el caso *M89-1376*, la referencia que su expediente llevaría durante su tortuoso y casi seguro infructuoso paso por el sistema de justicia criminal de la ciudad de Nueva York, en busca de su asesino.

Como de costumbre, el médico-jefe presidía la reunión. Era un hombre bajo, de unos sesenta y cinco años, con el aspecto del médico de cabecera judío que visita a domicilio en las pequeñas ciudades. En realidad, era un veterano curtido en muchas batallas de su oficio que, con media docena de palabras bien escogidas, podía reducir a picadillo a cualquiera de la media docena de jóvenes ayudantes reunidos alrededor de la mesa... Ahora bien, en el caso *M89-1376* poco había que pudiera poner a prueba la competencia del doctor Mordecai Herzog o de cualquiera de los que trabajaban con él. El caso fue asignado a la autopsia de las once, sin discusión ni comentario.

Es una tradición el que, en Nueva York, las autopsias empiecen todos los días, salvo el domingo, a las once de la mañana y terminen a media tarde. Se dice que se había programado así en los días en que se exigía a los detectives que estuvieran presentes en la autopsia de sus víctimas por homicidio, requisito que generalmente quitaba al detective su apetito para el almuerzo.

La sala de autopsias, situada en el sótano del edificio, tenía diez mesas metálicas. Por norma, la mesa número uno estaba reservada para el jefe. En el programa del día no había ningún caso lo bastante importante como para merecer su atención. Cuando empezaron las autopsias, se dedicó a pasear por la sala, como un profesor de anatomía que supervisara las disecciones de los estudiantes.

La primera y menos ingrata de las operaciones de la autopsia que había correspondido a Herzog consistió en desnudar el cadáver de Ann Robbins. Marcó cada prenda que le quitaba con sus iniciales y las de la mujer. Luego, las metió en un recipiente que selló, y que figuraría entre las pruebas si se llegara a procesar a alguien por el asesinato.

A continuación quitó las bolsas que le había puesto en las manos la víspera, le arrancó las uñas y las depositó en recipientes separados, para examinarlas con el microscopio en el laboratorio. Herzog no pidió rayos X. Éstos solían reservarse para homicidios cometidos por arma de fuego. Revisó una serie de frascos que había al pie de la mesa: rojo, verde, azul, amarillo, blanco y negro, y que dentro de poco contendrían muestras de la sangre, la orina, la bilis, los intestinos, el hígado y los riñones de Ann Robbins. El laboratorio de Toxicología los analizaría en busca de restos de drogas.

Luego, pisó un pedal para poner en marcha la grabadora «Sony» cuyo micro colgaba sobre el centro de la mesa y empezó a dictar el informe de la autopsia, el documento que sería el epitafio de Ann Robbins en los archivos de las autoridades de la ciudad de Nueva York: «Cuerpo de una mujer blanca bien constituida, de metro sesenta y ocho y unos sesenta kilos y aparentando la expresada edad de cuarenta años».

Meticulosamente, describió cada una de las heridas del cuerpo indicando con la mayor exactitud posible situación, anchura, profundidad y órganos interesados. Luego, tomó una sierra circular y empezó la autopsia con una incisión normal en Y partiendo de los hombros y terminando en el pubis.

El proceso era largo, lento y escrupulosamente metódico. Herzog acabó exhausto, como siempre. Salvo lo escaso de la hemorragia interna, nada distinguía esta autopsia de cualquiera de los cientos que Herzog había realizado durante cinco años en el Instituto Anatómico Forense. Mientras se quitaba los guantes, dictó la frase final del informe: «Causa de la muerte: múltiples heridas de arma blanca (9) en el pecho, abdomen, espalda, pulmones e hígado. Homicidio».

Herzog se disponía a enviar el cuerpo a su compartimento refrigerado cuando advirtió que tenía detrás al jefe.

—¿Qué es eso? —preguntó el jefe.

El cuerpo de Ann Robbins estaba de bruces y el dedo del jefe señalaba una mancha negra y morada, del tamaño y forma de un botón pequeño, encima de la pantorrilla izquierda. Sin esperar respuesta, palpó la mancha. La presión de su dedo tensó la piel, revelando un punto negro en el centro del círculo.

—Una lupa —pidió.

Cuando tuvo la lupa, se inclinó a mirar la marca con atención.

—Parece un pinchazo —dijo—. ¿Saben si hay alguien que pinche detrás de la rodilla?

Otros dos médicos ayudantes que habían terminado sus autopsias estaban también junto a la mesa de Herzog. Todos movieron negativamente la cabeza.

—De todos modos, con las cosas que se ven en esta ciudad, vaya usted a saber —gruñó el jefe—. ¿Tiene el resultado de Toxicología?

Herzog movió negativamente la cabeza.

—Reclámelo.

Herzog fue al teléfono y volvió a los pocos minutos. Toxicología hacía unos análisis-tipo en busca de narcóticos, alcohol y estupefacientes.

—Negativo, jefe —dijo Herzog.

—¿Alguna anomalía en la autopsia?

—Ninguna. Salvo que la hemorragia interna fue mínima —agregó Herzog como si acabara de reparar en ello.

El jefe consideró durante unos momentos las posibles implicaciones.

—Pidan las fotos de la escena del crimen —ordenó.

Cuando un ayudante bajó las fotos, el grupo se había ampliado alrededor de la mesa de Herzog a media docena de personas que, fascinadas, observaban al jefe en acción. Éste tomó las fotos y las examinó atentamente una a una. Buscaba las características manchas en forma de cachiporra que deja la sangre al brotar de una herida infligida con arma blanca. Acostumbran a encontrarse en las zonas de piel contiguas a la herida.

—¿Ven aquí manchas en forma de cachiporra india?

Herzog y los demás médicos miraron las fotografías atentamente, uno tras otro. El jefe tenía razón. Efectivamente, en el cadáver de Ann Robbins no había manchas de sangre en forma de cachiporra india.

—Aquí hay gato encerrado —dijo el jefe—. Escalpelo. Quiero ver si hay conducto.

Cortó por debajo de la mancha amoratada, buscando el característico conducto de entrada de una aguja hipodérmica. Lo encontró. Pero era un poco más ancho que el que generalmente deja una aguja hipodérmica y penetraba unos cuatro centímetros, más que la inyección de heroína corriente.

Dejó el escalpelo y se quedó pensativo delante del cadáver de Ann Robbins. Aquel extraño conducto, ninguna mancha en forma de cachiporra india, escasa hemorragia interna. Miró a los ayudantes que le rodeaban expectantes, como un grupo de internos pendientes del diagnóstico del profesor.

—En fin —dijo—, ¿y si ya estaba muerta cuando la apuñalaron?

El acceso al comedor de directivos de la CIA era uno de los privilegios que llevaba aparejados la categoría de Art Bennington, mando de cuarto grado del Servicio de Inteligencia. Era una especie de club elegante, situado en el enrarecido ambiente de la sexta planta, en el que predominaban el color malva, las luces tamizadas y los cuadros típicos de la casa: óleos de pintores americanos modernos poco conocidos cuyo principal mérito artístico era su cotización relativamente modesta. Cada uno se sentaba donde le apetecía, idea inspirada en clubes londinenses como White's o Buck's, tan estimados por los padres fundadores de la Agencia.

Aquello estaba mucho mejor que las dos cafeterías de abajo, *self-services* en los que Bennington había almorzado durante casi toda su carrera en la Agencia. Aquí había servicio de camareras y el menú era bastante sugerente.

La camarera que conocía a Bennington y sus gustos, le llevó un Sprite con la carta del día. En el comedor no se servía alcohol, lo que explicaba por qué, aunque más de cien funcionarios de la CIA tenían derecho a utilizarlo, casi nunca se llenaban las cuarenta plazas. Bennington estaba dudando entre la crema de buey Duke Zeibert y la ensalada César, cuando volvió la camarera.

—Le llaman al teléfono —susurró.

Era Ann Stoddard, desde su despacho.

—Un tal señor Cook del FBI de Nueva York quiere hablar urgentemente contigo. Bennington tardó un instante en situar el nombre.

—Sí. Hablaré desde mi despacho.

—Ah, Stanley Winthrop —dijo Cook cuando Bennington contestó—. Su secretaria debe de ser nueva.

—¿Por qué lo dice?

—Porque cuando le di su nombre, me dio la impresión de que vacilaba.

Bennington reprimió la risa. Empezó a buscar una explicación, cuando advirtió que Cook no la consideraba necesaria.

—¿Se acuerda de la vidente Ann Robbins cuya muerte fue la causa de su última visita?

—Desde luego.

—Aquí, en algunas de nuestras mejores familias de la Mafia, tenemos una tradición. Le metes a un amigo un pico de hielo por un oído y le das una buena sacudida. Y, sin más, tu amigo se queda completamente muerto. Le limpias el poquito de sangre de la oreja y no hay forense que pueda adivinar lo que le ha pasado. La muerte será atribuida inevitablemente a un paro cardíaco.

«¿Por qué puñetas me cuenta todo esto?», pensaba Bennington. Ya en Nueva York se había dado cuenta de que Cook era incapaz de hablar sin rodeos.

—El caso de su señorita Robbins es de éstos.

—¿Cómo?

—Hace cuarenta y ocho horas, el director del servicio forense de aquí, un tipo muy despierto, nos mandó una muestra de su sangre para que la enviáramos al Centro de Enfermedades Infecciosas de Atlanta. Quería un análisis inmunológico. Al parecer, empezaba a tener dudas sobre la causa de la muerte.

Bennington irguió el cuerpo.

—Su laboratorio de Toxicología sólo tiene material para la detección de las drogas más corrientes. No pueden descubrir venenos más sofisticados. Para eso hay que buscar anticuerpos, averiguar si el sistema inmunológico del cuerpo reaccionó a una sustancia extraña inyectada en la sangre.

El hombre de la CIA sintió que se le hacía un nudo en el estómago.

—Sí, Cook, sí, eso ya lo sé. Vamos al grano.

—Tengo encima de la mesa el informe de Atlanta. ¿Se acuerda del búlgaro al que trincaron en Londres lanzándole a la pierna un dardo envenenado con ricino? Se llamaba Markow, creo recordar.

—Claro que me acuerdo.

—Atlanta encontró anticuerpos de ricino en la sangre de Ann Robbins. No la mató un chorizo. La mató uno de sus amigos del Este que la apuñaló después de muerta para hacerles pensar que se la había cargado un atracador.

—¡Hostia! Bennington se había quedado blanco. El ricino era el sello del Departamento V, el brazo ejecutor, el departamento «asesino» del KGB.

—¿Han pasado ese informe a la policía de Nueva York? —preguntó a Cook.

—Todavía no.

—Decírselo a ellos es como decírselo a los periódicos, ¿no? Mañana tendremos un titular en el *Post* que proclamará: «El KGB mata a una vidente de Nueva York».

—Sí; creo que ésa es una suposición lógica, Stanley.

—Escuche, Cook —Bennington asumió su más severo tono de alto jefe—, en interés de la seguridad nacional, quiero pedirle que silencie ese informe. Dígales que todos los informes de Atlanta dieron negativo.

Al otro extremo del hilo, se produjo un silencio largo y claramente violento.

—De acuerdo —suspiró Cook finalmente—. Imagino que puedo hacer eso. Pero, si lo hago, necesito dos cosas, para no quedarme con el culo al aire.

—¿Qué dos cosas?

—Su verdadero nombre y su cargo, ¡joder!

Segunda parte

No me explique las dificultades. ¡Hágalo!

UN LUGAR PRÓXIMO A ASHJABAD,
REPÚBLICA DE TURKMENISTÁN, URSS

Hacía más de media hora que el ingeniero Vladimir Sorubnov no se cruzaba con otro vehículo, en aquel solitario tramo de autopista que atravesaba el ángulo sur del Qara Qum, una zona desértica del tamaño de California, situada en la república más meridional de la Unión Soviética. Ante los faros, la calzada parecía perderse en un horizonte infinito, llano, árido y triste. Aún no había salido la luna y la noche cálida que envolvía su coche era tan oscura como las Arenas Negras de las que tomaba el nombre del Qara Qum.

El ingeniero Sorubnov no era habitual de esta parte de la Unión Soviética, ni le gustaba. Él era bielorruso, de Minsk, muy al Noroeste; llevaba en el corazón aquellas frías regiones y cada día pasaba más tiempo del que estaba dispuesto a admitir, pensando en la manera de conseguir el traslado a Minsk o, mejor todavía, a Moscú. Sorubnov y Elena, su esposa, se habían instalado en Asjabad hacía doce años, cuando él consiguió su título de ingeniero hidroeléctrico en la Teknikon de Minsk. Su venida obedecía a un plan de gran envergadura, cuidadosamente programado, para trasladar población de las repúblicas soviéticas europeas a las asiáticas, a fin de implantar entre la población asiática y musulmana, ciudadanos rusos del Oeste más cualificados, más laboriosos y más leales.

El señuelo fue el habitual: «Mejor cargo, mejor vivienda, mejor salario». Y el partido había cumplido sus promesas. Este coche con el que inspeccionaba instalaciones en el canal de irrigación del Qara Qum, de ochocientos kilómetros de largo, era prueba de ello. Como lo era el apartamento nuevo, de cuatro habitaciones, que les había asignado en un bloque recién construido por la Cooperativa de Trabajadores Hidroeléctricos de Asjabad. Lo que Sorubnov no podía sufrir eran los turcomanos, los musulmanes entre los que le habían colocado. Le parecían amenazadores y peligrosos. Preferían hablar su propia lengua en vez del ruso. Tenían aspecto diferente, pensaban de un modo diferente, comían comida diferente y Sorubnov tenía entendido que hasta follaban de modo diferente.

Además, no disimulaban la hostilidad que les inspiraban los rusos europeos que vivían entre ellos. Los niños turcomanos, a la salida de la escuela, pegaban a los hijos de Sorubnov. Tras doce años de vivir en Asjabad, el matrimonio Sorubnov no tenía ni un solo amigo turcomano. Todas sus amistades eran rusos europeos, igual que sus vecinos. En realidad, era como vivir en un gueto, rodeados de gentes extrañas que los consideraban extranjeros y colonialistas.

Durante un segundo, abstraído con la monotonía del viaje, no vio la figura que gesticulaba violentamente al lado de la carretera. Detrás del hombre, atravesado en la carretera, había un árbol de un bosquecillo plantado por la Cooperativa Hidroeléctrica. «¡Maldición!», pensó Sorubnov mientras el coche patinaba por el

brusco frenazo. Uno de los súbitos vendavales que solían levantarse en el Qara Qum habría derribado el árbol.

El hombre se inclinó hacia la ventanilla del coche. Por el gorro de punto y el olor a ajo, Sorubnov supo inmediatamente que se trataba de un nativo.

—*Gospodin* —dijo el hombre, utilizando el viejo tratamiento de antes de la revolución—, una tormenta ha tirado el árbol. ¿Puede ayudarme a quitarlo de ahí?

—Pues claro que lo ha tirado —gruñó Sorubnov bajando del coche—. Solo no se ha caído.

Sorubnov estaba tan impaciente por llegar junto a su mujer y sus hijos que no reparó en que no había en las inmediaciones un medio de transporte que explicara la presencia de aquel hombre. Ni se fijó en otra figura que surgió de las sombras detrás de su coche y se acercó a él. No oyó sus pasos ni el roce de su capa en el suelo. En realidad, no advirtió su presencia hasta que un robusto antebrazo le atenazó el cuello, levantándole la barbilla y clavándole el hombro en el craneo. Sorubnov, aterrorizado, distinguió el brillo lejano de las estrellas en el cielo nocturno. Quería gritar, pero tenía las mandíbulas encajadas. Entonces vio relucir el acero de una daga afgana de hoja curvada que hendía el aire hacia su garganta y sintió un dolor agudo cuando la hoja se hundió en su carne y, sin detenerse, le atravesó el cuello de parte a parte.

Su asesino lo soltó y Sorubnov cayó al suelo. Trató de gritar, pero la cuchillada le había seccionado las cuerdas vocales, además de la carótida, y lo único que profirió fue un ronco jadeo. Sus ojos, llenos de terror y perplejidad, seguían los movimientos de sus atacantes.

Sintió que unas manos fuertes le arrancaban el cinturón y le bajaban el pantalón hasta las rodillas. «Estos cabrones quieren robarme», pensó. Con una súbita sensación de horror, percibió el contacto de unos dedos ásperos en su órgano sexual y comprendió que no era el robo el propósito de su atacante. El horror hizo que la segunda cuchillada doliera más aún que la primera. Cuando perdía el conocimiento, Sorubnov comprendió. Esto, según lo habían dicho amigos suyos que habían combatido en Afganistán, era lo que los *mujaidines* hacían a los heridos del Ejército Rojo. Pero ¿por qué?, ¿por qué a él?

Lo último que vio en el momento en que se le iba la vida fue a su asesino acercándole los órganos sexuales a la boca, que acababa de abrirle con las manos. A su espalda, el que le había hecho parar, había trazado la media luna islámica en el parabrisas del Moskvich, con un aerosol de pintura verde.

—Vamos —susurró.

El asesino limpió la hoja de la daga en la americana de la víctima y la envainó. Los dos hombres desaparecieron en la oscuridad, como chacales.

A mil quinientos kilómetros del cadáver de Vladimir Sorubnov, en Alma Atá, capital de la república soviética musulmana de Kazajistán, una pareja de jóvenes con

cazadora de piel, pantalón vaquero desteñido y pelo erizado en una burda pero decidida imitación de los punks londinenses, bajaba sigilosamente por la avenida de abetos que conducía al monumento levantado en el centro de la plaza Breznev. Uno de ellos sostenía una bolsa de lona como las que muchos rusos utilizan para llevar el almuerzo al trabajo. Pero ahora no era la hora del almuerzo. Era la una de la madrugada.

En la parte superior de la bolsa se veían bocadillos. Los dos jóvenes se acercaron al monumento. Éste consistía en un gran emblema de la hoz y el martillo rodeado de una guirnalda, aplicado a una pared de reluciente mármol, como símbolo de la imperecedera unión fraterna de las repúblicas de la URSS. Cuando llegaron al pie del monumento, el que llevaba la bolsa introdujo en ella la mano, tiró los bocadillos al suelo y sacó un aerosol de pintura verde. Pasó la bolsa a su compañero y empezó a pintar la media luna islámica en la pared contigua al monumento.

Mientras, su compañero sacó medio kilo de explosivo de plástico que colocó en la base del monumento, encima de la placa de bronce en forma de pergamino con la inscripción КССР, las siglas de la República Socialista Soviética de Kazajistán. Luego, sacó el detonador que ya estaba preparado, hizo girar el disco para ponerlo en marcha e introdujo el pasador en el plástico.

—¿Listo? —susurró.

Su compañero asintió y los dos dejaron la plaza.

Cada vez que Art Bennington avanzaba por el corredor de la séptima planta de la CIA, donde se encontraba la dirección, no podía por menos de pensar en uno de esos lujosos institutos psiquiátricos de Nueva Inglaterra a los que los ricos envían sus borrachos a secar y sus enfermos mentales para que se consuman en el anonimato sin incordiar. Las paredes y el techo de aquel corredor en forma de túnel estaban pintadas en un blanco mortecino y aséptico y el suelo, cubierto de un linóleo verde de oficina pública, que se había revelado extraordinariamente resistente a todo intento de abrillantado. Bennington casi esperaba oír el leve chirrido de las suelas de goma de una enfermera a su espalda y una voz femenina que rezongara: «Esta mañana volvía a haber *whisky* en la bolsa de agua caliente del viejo Señor Van Dyke».

Bennington entró rápidamente en la antesala de su jefe inmediato, el subdirector de Ciencia y Tecnología.

—Está esperándole —dijo la ayudante—. Entre directamente.

John Sprague, el subdirector, tenía diez años menos que Art, pero las relaciones entre ambos eran cordiales y distendidas.

—Problema —anunció Bennington al entrar en el despacho—. Problema gordo. ¿Te acuerdas de la vidente de Nueva York de que te hablé?

—¿La que fue asesinada por un drogadicto?

—Exacto... mejor dicho: inexacto. No fue asesinada por un drogadicto. Fue

liquidada por el KGB.

—¡Mierda! —El subdirector estuvo a punto de caerse de la silla. Que el KGB matara a un ciudadano americano en suelo americano era algo insólito, casi inaudito—. Un momento —dijo oprimiendo el intercomunicador—. Que venga Frank inmediatamente y no me pase llamadas, salvo del director —ordenó a la ayudante.

Frank Pozner era el jefe de Seguridad Interior de Ciencia y Tecnología.

—Empieza desde el principio —dijo el subdirector cuando Pozner se unió a ellos—. Recuérdame exactamente cuáles eran nuestras relaciones con esta mujer.

—La utilizábamos en un proyecto llamado Concha Marina. ¿Lo recuerdas?

—Vagamente. —Las siete divisiones de la Subdirección de C y T de la CIA desarrollaban más de trescientos proyectos de investigación, y Sprague no podía estar al corriente de todos ellos.

—Forma parte de nuestro plan general sobre lo que llamamos fenómenos paranormales —dijo Bennington.

—¿Parapsicología?

—En cierto modo. Elegimos a doce de los mejores parapsicólogos del país, los que tenían el mejor historial de trabajo para la policía, el FBI y el Servicio Secreto.

—¿Quieres decir que todos esos estamentos los utilizan? —preguntó Pozner.

—Así es. Pero si se lo preguntas delante de otras personas, te jurarán por la salud de sus hijos que no tienen ni remota idea de lo que quiere decir «parapsicólogo».

Bennington explicó que, en la operación Concha Marina, se utilizaba a videntes para tratar de localizar submarinos soviéticos.

—¡Qué disparate!

El que habló fue nuevamente el jefe de Seguridad y su voz no vibraba precisamente de admiración por el proyecto de Bennington. Él se había encargado de la seguridad de Concha Marina, pero, por supuesto, no tenía ni idea de cuál era su objetivo.

—Mira, la Marina está desesperada a causa de esas hélices que los rusos han conseguido, gracias a nuestros amigos japoneses. Echarían mano de cualquier cosa. En fin, hasta hace una semana, habíamos pedido siete veces a cada uno de nuestros videntes que tratara de encontrarnos un submarino. —Hizo una pausa—. Once de esas personas no dieron con ninguno en las siete veces, setenta y siete en total. Ni remotamente. *Miss Robbins*, por el contrario, en tres veces de las siete, nos dio la localización del submarino con una diferencia de menos de veinte millas náuticas.

—Eso no me lo creo —exclamó Pozner.

—Ni yo tampoco, pero ahí lo tienes.

Bennington relató entonces, para información de Pozner, todo lo que sabía del asesinato de *Ann Robbins*.

El subdirector le escuchaba atentamente.

—Por el momento, vamos a dejar a un lado los detalles de cómo la mataron. ¿Por qué ahora? ¿Nos revela algo el momento? ¿Tienen en proyecto alguna operación de

envergadura que exija eliminar precisamente ahora a una persona que tenía la facultad de localizar a sus submarinos?

—Lo mismo me preguntaba yo —dijo Bennington—. Lo primero que hice al enterarme fue bajar al Pozo. —El Pozo situado en el sótano, era la sala de guardia de la CIA, dotada de personal especializado durante las veinticuatro horas del día—. Aquello está tranquilo como el sermón del domingo en Iowa. Las fuerzas armadas soviéticas están en alerta mínima. No hay una especial actividad entre sus puestos de mando en ningún lugar del mundo. La Agencia de Seguridad Nacional ha descifrado toda una serie de sus códigos de alerta y no se ha transmitido ni uno solo.

—¿Y los satélites? ¿Y Polonia?

—Nada. En ningún sitio. Durante los ocho últimos meses, la tónica de la política exterior soviética ha sido no agresiva.

—Pero eso podría cambiar.

—Claro que podría. Pero, John, yo estoy convencido de que el móvil de ese asesinato es de carácter científico y a largo plazo.

El subdirector se acarició el mentón.

—¿Por ejemplo?

—Hay algo que deberíais saber los dos —suspiró Bennington—. Ocurrió antes de que tú vinieras a bordo, Frank; y tú, John —dijo mirando al subdirector—, probablemente no llegaste a enterarte. Tiene relación directa con el porqué de la operación Concha Marina.

»En los años setenta, subvencionamos un programa del Instituto de Investigaciones de Stanford. Los altos cargos del centro estaban tan nerviosos por nuestra intervención como unas beatas en un burdel, de manera que nos mantuvimos apartados, pero aquella gente no era como esa nueva ola de adivinos de pacotilla que proliferan en California. Era gente seria y capaz. Estudiaban lo que ellos llamaban “visión remota”. ¿Puede haber personas que por algún proceso mental que no comprendemos, capten información a la que, por medios sensoriales normales, no podrían tener acceso?

—¿Por qué no me lo explicas en una lengua que yo pueda entender? —sonrió Pozner.

—No faltaba más. Verás, por ejemplo, ellos toman a dos personas. Una se queda aquí, en esta habitación, y la otra se marcha y, cuando está a kilómetro y medio, se le dice que vaya a un lugar determinado. Al Kennedy Center, pensando en las cosas que ve, y la persona que se ha quedado en esta habitación trata de describir dónde está el otro.

—Eso es magia negra.

—Si quieres llamarlo así... Desde luego, había muchos fracasos. Pero, de vez en cuando, se daba un caso extraordinario, como el de un tal Pat Price. Era tan sorprendente que la Agencia me envió a echar un vistazo y comprobar la validez de sus técnicas científicas.

»Pasamos una tarde en su laboratorio, haciendo varias cosas. Algunas eran impresionantes, pero yo no estaba convencido, porque no había controlado desde el principio nada de ello. Y les dije: “Me gustaría hacer mi propio experimento mañana por la mañana”.

»Los chicos del Instituto de Stanford se pusieron un poco nerviosos, pero Price dijo: “De acuerdo, ¿por qué no?”. No se parecía en nada al clásico gurú de pelo largo. Era un mormón de Salt Lake City. Fue piloto durante la Segunda Guerra Mundial, buscador de oro en Alaska, dirigió una mina de carbón durante un tiempo y luego se instaló en Burbank, California, donde durante unos meses incluso fue comisario de policía.

»A la mañana siguiente, los recogí en el coche y los llevé a un pequeño aeropuerto. Yo lo había dispuesto todo para hacer un vuelo en planeador, que es una de mis aficiones. “Voy a subir a un avión y dentro de treinta minutos exactamente haré unas anotaciones en un papel. A ver si usted puede averiguar de qué se trata”. Una cosa era segura: no existía ni la más remota posibilidad de que Price pudiera ver los movimientos de mi mano mientras escribía.

»Subí a setecientos metros, y a las diez y media saqué el cuaderno. El planeador estaba provisto de altímetro, que tenía un número de serie de siete u ocho cifras, tan pequeñas que apenas podían distinguirse. Escribí las tres últimas: 743. Luego, sabe Dios por qué, me acordé del oso Winnie y dibujé un osito. Pero en lugar de dibujarlo con una sonrisa le puse la cara triste. Luego, doblé el papel y me lo guardé en el bolsillo.

»Cuando aterricé, Price me entregó su libreta. Había escrito tres números: 374. “Veía estos números, pero no estaban en orden. Luego, me llegó la imagen de un osito de felpa, pero lo más curioso es que estaba llorando. Empecé a dibujarlo”. Efectivamente, debajo de los números se veía un esbozo empezado. “Pero entonces esta otra figura empezó a bailar delante del osito, me entró un mareo y tuve que dejarlo”.

»—¿Otra figura? —pregunté.

»—Una cosa así —dijo Price volviendo a tomar el bloc y dibujando en él una figura.

»Aquel día, debajo de la camisa, yo llevaba un jersey fino de cuello vuelto color azul. Él me hizo un dibujo. Al mirarlo, estuve a punto de desmayarme. Debajo del jersey, yo llevaba un amuleto egipcio que me había regalado mi mujer. Tenía un diseño único. Yo sabía a ciencia cierta que Price no podía haber visto aquel amuleto. Ni pensarlo. Sin embargo, lo había dibujado con exactitud.

»Esto no es muy científico, lo sé, pero me hizo reflexionar. Decidimos traerlo a casa, para que los de Stanford no se enteraran de lo que hacíamos, y también para que trabajara para nosotros exclusivamente. Le gustaba trabajar con coordenadas geográficas, y un día le di las de un lugar de Virginia Occidental en el que ni yo mismo había estado: la NSA, las instalaciones de escucha que rastrean las

comunicaciones vía satélite. Es un lugar tan secreto que ni con un pase de la CIA puedes entrar.

»—Virginia Occidental —me dice Price al cabo de un par de minutos.

»Cerca de un cruce y de una gasolinera de Getty. Hay una puerta de hierro que sube y baja empotrada en la ladera de una montaña y, a la derecha, un mástil con una bandera. Un ascensor desciende por un pozo unos setenta metros. Aquí, otra puerta cerrada. Da a una sala. Describió la sala. “Hay un dibujo de Picasso en la pared, —dijo—, una especie de torero dibujado con palotes. Hay una mesa, otra bandera, un archivador”. Hasta leyó algunos rótulos de los cajones del archivador. Luego tomó un bloc y dibujó la habitación.

»Entregué todas mis notas, junto con su croquis, a la persona que había preparado el experimento para enviarlos a la NSA y que las comprobaran. Al día siguiente, tres sujetos de seguridad se presentaban en mi despacho echando chispas. El croquis concordaba, la descripción concordaba, las etiquetas del archivador concordaban, hasta el condenado Picasso concordaba. Otro numerito como aquél, me dijeron, y lo mandaban a la Casa Blanca.

El subdirector miraba interrogativamente a Bennington.

—¿Hiciste informe de todo eso?

—Todo está debidamente archivado en el sótano. Y aún falta el último punto. Decidimos probar a nuestro hombre en el asunto de los submarinos soviéticos siguiendo el mismo sistema que con Ann Robbins. Un sábado por la mañana, lo llevé al Holiday Inn de Rosslyn. Le di el material de costumbre, la foto de un submarino y la de su capitán. Estuvo cavilando un buen rato, al parecer, sin sacar nada en claro. Finalmente, me miró con cara de extrañeza.

»—Eh —dice—, aquí hay algo raro. Varios de los tubos lanzacohetes del submarino están vacíos.

»—De acuerdo —le contesté—. ¿Y dónde está?

»Entonces él vuelve a su meditación, o lo que sea, y, finalmente, me señala un punto del Atlántico, a unas cien millas al sur de las Bermudas. Yo volví a Langley y di las coordenadas a mi contacto de la comandancia de Norfolk. Yo no lo sabía, pero resulta que exactamente a la hora en que yo estaba con Price en aquella habitación del Holiday Inn, un helicóptero de la Marina sobrevolaba el submarino que nosotros debíamos localizar. El submarino navegaba a unos treinta metros por debajo de la superficie y, a esta profundidad, un helicóptero puede captar los rayos gamma que emiten sus misiles y seguirlo. Yo había anotado la hora en que Price me había dado las coordenadas y el helicóptero a su vez tenía el tiempo registrado. Price se había apartado sesenta y tres millas de la posición exacta del submarino cuando me dio sus coordenadas, lo cual, si tomamos en consideración la extensión del océano Atlántico, no está nada mal.

»Pero lo que nos dejó atónitos fue que el detector de rayos gamma del helicóptero indicaba que tres de los tubos lanzacohetes del submarino estaban vacíos.

El subdirector lanzó un silbido.

—¿Qué fue de tu señor Price? —preguntó.

—Murió —respondió Bennington—. Descubrimos que el pobre tenía el sistema cardiovascular muy jodido y, aunque tratamos de convencerle para que se operase, él no quiso ni oír hablar del asunto.

»Un día, en 1976, se fue a Las Vegas con un amigo. Querían ver si podían utilizar a Price para localizar minas de oro abandonadas en las que quedaran reservas que hicieran rentable la explotación. Después de cenar, Price se fue a la cama y, de repente, se incorporó como un tentetieso. Un paro cardiaco. El amigo llamó a la centralita, pidió una ambulancia y lo llevó al hospital, pero Price ingresó cadáver. El joven médico de guardia le aplicaba las técnicas de reanimación, como era reglamentario, cuando un individuo al que el amigo de Price no había visto nunca se presentó de improviso con el historial médico de Price. “Eh, mi amigo era cardiaco”, grita dando los papeles al médico.

»El joven interno echa una ojeada al historial y no necesita más para dictaminar la causa de la muerte. De manera que firma el certificado sin autopsia, a pesar de que, según las leyes de Nevada, ésta es obligatoria en todos los casos de muerte repentina. El cadáver se envió en avión a California y su esposa dispuso su incineración, tal como Pat quería. Ella era la única persona que sabía que él trabajaba para la CIA y me llamó para darme la noticia.

»Tomé un avión para Los Ángeles y llegué con el tiempo justo para asistir a la ceremonia. Estábamos esperando para entrar en la capilla cuando el tío que estaba con Pat cuando murió me habla del conocido que se presentó en el hospital con todos los papeles. ¿Qué hago? ¿Detener la incineración y exigir una autopsia? ¿Con la autoridad de la CIA? Para nosotros lo más importante era mantener en secreto este programa parapsicológico y toda nuestra relación con Price.

»Además yo también estaba enterado de sus dolencias cardiovasculares, de manera que decidí no hacer nada. Pero siempre me ha quedado esta incógnita en relación con su muerte: ¿quién era el tipo que se presentó en el hospital con sus papeles?

—Es natural —dijo Pozner—. Aunque también pudo tratarse del gerente del hotel que, al ir a cerrar la habitación, encuentra los papeles y va corriendo al hospital.

—Es lo que yo pensé entonces. —Bennington se pasó unos dedos nerviosos por el pelo, desprendiendo unas partículas de caspa—. Y lo he pensado hasta ahora. Durante todos los años que he estudiado los fenómenos paranormales para la Agencia, sólo he conocido a dos personas que me convencieran de que realmente tenían facultades.

Miró a Pozner y a Sprague como si esperara que ellos le dieran la respuesta que su propia razón no le ayudaba a encontrar.

—Pat Price fue el primero. Y murió. Ann Robbins fue la segunda. Ahora también ha muerto. Dios sabe si Price murió realmente de un ataque al corazón, pero lo que es

seguro es que a Ann Robbins la mató el KGB. ¿Por qué? Y ¡por Dios santo!, ¿cómo se enteraron de que, de todas las personas con las que trabajábamos, ella era la única que llegó a localizar un submarino?

UN LUGAR PRÓXIMO A ASHJABAD,

REPÚBLICA DE TURKMENISTÁN, URSS

Durante cuarenta y cinco minutos, las dos figuras ascendieron con paso lento y sigiloso por el cauce del río casi seco. Avanzaban por el centro de la corriente y las lentas y escasas aguas les llegaban a media pierna. Al norte estaban las arenas negras del Qara Qum que acababan de dejar. Al sur, más allá de tres pequeñas sierras paralelas, se hallaba la frontera soviético-afgana. Delante de ellos, la luna en cuarto creciente se acercaba al horizonte.

El que iba delante se detuvo. Llevaba un tosco manto de pastor recogido con un cinturón de cuero en el que se había metido la hoja de su daga afgana. Escudriñó un momento la oscuridad; tenía ojos de cazador, juntos, fijos en una mirada un poco bizca de tanto agudizarla. En primavera, cuando cazaba con sus azores blancos, aquellos ojos le permitían descubrir conejos, zorros y hurones en las ásperas tierras del norte. En época de frío, seguían el alto vuelo de las águilas, en busca de lobos. De los pliegues de la capa sacó un pequeño objeto que se llevó a los labios y con el que emitió un sonido agudo, como el canto de la cigarra.

Un sonido similar llegó de la oscuridad. El cazador guardó el silbato y avanzó en la dirección del sonido. Tres minutos después él y su compañero llegaban a la entrada de una cueva horadada en la montaña, encima del lecho del río, cuya entrada se disimulaba con una tupida barrera de matorrales.

—*El Hamdu il'Allah*, alabado sea Dios —susurró una voz en la oscuridad.

—Ya está hecho, *el Hamdu il'Allah* —respondió el cazador.

Los dos hombres entraron en la cueva. El que estaba dentro cubrió la entrada con una tela áspera cubierta de ramas y encendió una vela. Los tres hombres se sentaron a su alrededor, con las piernas cruzadas. Se quedaron unos momentos en silencio, mientras los recién llegados recuperaban el aliento tras su tensa y apresurada excursión. Después, el hombre de la cueva extendió los brazos con las palmas de las manos hacia arriba, en dirección al centro del círculo. Lentamente, levantó las manos mientras murmuraba un canto casi inaudible. Cuando las palmas de sus manos llegaron a la altura de los hombros, las volvió hacia el techo de la cueva con el ademán del que suelta una paloma hacia el cielo. Cuando acabó su canto, los otros dos extendieron los brazos y empezaron, a su vez, una invocación similar.

Los tres hombres eran miembros de una de las sociedades secretas más antiguas y disciplinadas del mundo, la de los *qadiri tariga*, una de las tres grandes hermandades de los sufíes islámicos. Los gestos rituales que realizaban tenían su origen siete siglos y medio atrás, en el Bagdad de los califas, en la edad de oro de las conquistas del

Islam.

El hombre de la cueva era un *murshid*, un maestro. Los otros, que, pocas horas antes, habían asesinado a Vladimir Sorubnov en la solitaria carretera, eran *murids*, discípulos admitidos recientemente en la hermandad, después de un largo período de riguroso adoctrinamiento y examen. El rito místico de iniciación que cada uno había realizado recientemente, los unía a la hermandad de por vida. La suya sería una existencia de disciplina y obediencia a su *murshid*. Ante todo, habían tenido que hacer voto secreto, más estricto y riguroso que el sangriento código de *omertà* de la Mafia. Durante los siete siglos y medio de su existencia, la hermandad había procurado llevar a sus seguidores por su mística *tariga* o senda, hacia Alá, el Uno, el Misericordioso, el Clemente.

Pero también había cumplido otra misión, ésta de carácter mucho más terrenal. Junto a las *naqshbandi*, las otras grandes hermandades sufíes de la Unión Soviética, los *qadiri* fueron durante siglos los instigadores de la resistencia islámica a las conquistas rusas —ya fueran de los zares o de los comisarios—, en las regiones del Cáucaso, el Volga medio y las grandes estepas del Asia Central. Desde el imán Mansur hasta el jeque Uzun Haji, que combatió contra el Ejército Rojo en los años veinte, la admisión en el panteón de los héroes exigía una virtud: resistencia al ruso infiel.

Cuando sus dos discípulos hubieron terminado el rito, el maestro se sentó sobre los talones y sonrió. Era afgano, un antiguo mujaidín afiliado al partido islámico de Gulbuddin Hekmatyar. Antes de que la invasión rusa cambiara su vida, el maestro estudiaba historia en la Universidad de Kabul. Desde la invasión los ejes de su vida eran el terrorismo y el contraterrorismo.

Permaneció inmóvil algún tiempo, para dar a sus palabras todo el énfasis que merecían.

—¿Por qué este hombre?, podríais preguntar. ¿Por qué no otro? No importa quién sea, ésta es la respuesta. La muerte de este hombre sembrará el temor en el corazón de diez mil rusos. La muerte del siguiente les hará empezar a pensar en la forma de marcharse de aquí y volver a Leningrado o Moscú. Así es como nuestros hermanos de Argelia combatían a los franceses. Así es como, en África, el Mau Mau aterrorizaba a los solitarios granjeros ingleses.

—Ellos devolverán el golpe —advirtió el cazador.

—Bien —dijo el maestro—. Eso es lo que queremos. Que nos envíen los tanques y la policía militar. Atacarán brutalmente a la población, y, por cada víctima, tendremos cien nuevos combatientes. Así es como se luchó contra los colonialistas en Indonesia, en África, en Oriente Medio. Ellos son los últimos colonialistas, y también ellos caerán.

Por las rendijas de la cortina se veía palidecer el cielo con el anuncio del amanecer. El maestro sopló la vela.

—Me marchó —dijo—. Mañana regreso junto a nuestros hermanos de

Afganistán. Dentro de dos semanas, estaré otra vez con vosotros e, *inch'Allah*, volveremos a cumplir los sagrados trabajos de Dios.

Se puso en pie. Sus dos discípulos le saludaron con una reverencia.

—Sabréis que he llegado por la señal convenida —dijo.

Y desapareció en la penumbra.

MOSCÚ

Eran las ocho y pocos minutos. Como casi todas las mañanas, Iván Sergeivich Feodorov estaba junto a los paneles de su ventana de tres metros, en su despacho del tercer piso, con una taza de té hirviendo en la mano, contemplando el panorama de la plaza que despertaba a sus pies. De la boca del metro de la plaza Dzerzinski una riada gris de hombres y mujeres se dirigía hacia las seis puertas del edificio de nueve plantas en el que se encontraba su cuartel general, a pesar de que su jornada oficial de trabajo no empezaba hasta casi una hora después. Este celo laboral, insólito en la Unión Soviética, se debía, como bien sabía Feodorov, no a devoción por la organización que él presidía, sino a uno de los privilegios que comportaba el servir en ella. En el sótano del edificio, una gran cafetería proporcionaba a los empleados de Feodorov, todas las mañanas, un desayuno compuesto por fruta fresca, leche, huevos, tocino y salchichas, un banquete que cualquier moscovita hubiera deseado poder permitirse dos o tres veces al año.

En la plaza, de cara a él, como reivindicando el derecho a la lealtad de Feodorov en su ritual matutino, se alzaba una estatua en bronce del hombre que había fundado la organización con veintitrés empleados y una secretaria adolescente: Félix, *Félix de Hierro*, Dzerzinski. El edificio de fachada gris desde el que Feodorov contemplaba la plaza Dzerzinski era el centro de toda la literatura y la leyenda del espionaje soviético, el cuartel general del Komitet Gosudarstvennoy Bezopasnosti, KGB, Comité para la Seguridad del Estado de la Unión Soviética.

«Nosotros preconizamos el terror organizado», proclamó Félix Dzerzinski cuando fundó la Cheka, precursora del KGB. Raras veces en la historia una organización ha cumplido más plenamente el sueño de su fundador. Toda una generación de madres rusas hizo obedecer a sus hijos con la amenaza: «Si no haces lo que te mando, Félix de Hierro se te llevará». Aún hoy, en este día de primavera, los rusos seguían llamando desdeñosamente chekistas a los miembros del KGB.

Miles de rusos habían muerto en los sótanos, bajo los pies de Feodorov, unos con un tiro en la nuca y otros destrozados por horas de brutales torturas. Ellos eran sólo el símbolo de los millones de víctimas de las purgas, de los grandes procesos, de las colectivizaciones forzosas y de los traslados de población ordenados por el KGB y sus predecesores, en aras del socialismo. Pero la brutalidad masiva que representaban, tenía poco que ver con el KGB que con Iván Sergeivich Feodorov; había pasado del «implacable terror masivo» implantado por Dzerzinski, a instancias de Lenin, a ser

una organización cuyo terror era selectivo, científico y racional. La torpe hacha se había enterrado. El KGB moderno era ahora un escalpelo: afilado, rápido y preciso, pero no por ello menos mortífero.

Los revolucionarios fanáticos y furiosos, las bestias analfabetas de la leyenda chekista, habían pasado a la historia. Ahora trabajaban en el KGB de Feodorov — especialmente los que servían fuera de la URSS—, hombres y mujeres inteligentes, instruidos y abnegados. Si, durante los años cincuenta y sesenta, la CIA había cribado los campus de Yale, Harvard, Princeton, Georgetown y Stanford en busca de promesas, el KGB se había dedicado a seleccionar a la flor y nata de las grandes instituciones académicas de la Unión Soviética, durante los años setenta y ochenta.

Imperceptiblemente, el papel desempeñado por el KGB dentro de la estructura del poder soviético se había modificado. Su objetivo original, había sido definido por el lema chekista como ser «la espada y el escudo del partido». Concretamente, debía ejercer un control sobre el Ejército Rojo o cualquier otra fuente de poder en potencia, que pudiera desafiar la supremacía del partido. Pero ahora, con frecuencia era la guardia pretoriana la que controlaba a César y a sus cohortes, y el escudo proporcionado por el KGB como una salvaguardia para el partido era a veces un obstáculo. El Politburó del Partido Comunista de la URSS, bromeaban en privado los moscovitas, debería llamarse Politburó del KGB. Cinco de los miembros del Politburó con derecho a voto, incluidos Mijaíl Gorbachov y Eduard Sheverdnadze, eran funcionarios o pupilos del KGB.

Que el mundo exterior imaginara, si quería, que el centro del poder de la Unión Soviética estaba entre las altas paredes del Kremlin, a dos manzanas del despacho de Feodorov. Él sabía que el poder estaba allí, entre los imponentes muros de «la Casa que Félix levantó». Feodorov fue hacia su escritorio, andando sobre preciosas alfombras de Bujará y Kashgai. Si el KGB que presidía era totalmente diferente del de la leyenda, también él mismo era un hombre muy distinto de los funcionarios grises e impasibles que le habían precedido en el cargo. Era alto y delgado, con el torso musculoso del atleta que fue en su juventud. Un aparato de pesas Universal, importado de Estados Unidos, que utilizaba con la sauna contigua casi todos los días, adornaba su *suite* particular situada detrás de su despacho.

Su pelo negro empezaba a mostrar algunas vetas grises. Lo llevaba siempre perfectamente peinado y cortado. Los antepasados georgianos de su familia materna le habían legado una piel cetrina y unos ojos oscuros y vivaces, que denotaban un temperamento excitable y un vivo interés por las mujeres. Era viudo —su esposa había muerto de cáncer hacía casi diez años— y sus actividades amorosas eran constante tema de habladurías en Moscú.

Esa mañana, Feodorov llevaba un traje cruzado azul marino de lana y fibra, hecho para él por Brioni, de Roma. Todos los años, el italiano enviaba a uno de sus sastres a Moscú para actualizar las medidas del director general del KGB y llevarle una

selección de muestras, de las que éste elegía la media docena de trajes que después serían enviados a Moscú por valija diplomática.

Como todas las mañanas, esperaban en su mesa, para su revisión, dos montones de papeles con los resúmenes del día. El primero, dentro de una carpeta de piel roja, se refería al mundo exterior a la Unión Soviética y sus satélites. El segundo, trataba de actos de disidencia o subversión cometidos dentro de la URSS, ya que el KGB, a diferencia de las organizaciones de espionaje de Estados Unidos, Francia y Gran Bretaña, se preocupaba de todas las posibles amenazas a la URSS, tanto internas como externas.

Feodorov revisó la carpeta internacional en primer lugar. Contenía dos ejemplares de cada documento, uno que guardaría él y otro que, una vez revisado, sería llevado a mano por un correo del KGB al despacho de Mijaíl Gorbachov, en el Kremlin. La conducta un tanto inconsecuente, y en ocasiones desconcertante, del nuevo presidente de Estados Unidos, seguía intrigando tanto a Feodorov como a Gorbachov. El informe decía que, durante un banquete ofrecido al presidente mexicano en su visita a Washington, el primer mandatario estadounidense se había ausentado durante casi quince minutos, sin dar explicación alguna. El *resident* o delegado del KGB en la capital, no había observado crisis alguna que justificara tal ausencia.

Feodorov cogió la pluma. «Sec. Gen. PC —escribió—, nuestro Directorio Científico ha trazado un perfil psicológico, en profundidad, del nuevo Presidente, con el fin de facilitar indicaciones sobre sus posibles debilidades o puntos vulnerables. El perfil comprende también un informe sobre su estado de salud. Espero recibirlo en breve».

Como Feodorov sabía bien, la evolución del KGB podría percibirse en el párrafo que acababa de escribir. Dos décadas antes, en el centro de Moscú nadie sabía lo que era un perfil psicológico y, mucho menos, podía considerarse su posible utilidad como instrumento de la política soviética. Que él hoy pudiera escribir estas palabras se debía al hombre que durante veinte años fuera jefe de Feodorov, el arquitecto de la transformación del KGB: Yuri Vladimirovich Andropov.

Feodorov estaba firmemente convencido de que nadie había influido tanto en la URSS como Andropov. Dos décadas antes que Gorbachov, había comprendido la verdad inconfesada: la ideología marxista-leninista había muerto. En realidad, Yuri Vladimirovich sentía por la ideología marxista-leninista lo mismo que un apóstata podría sentir por el derecho canónico. La única ideología que entendía Yuri Vladimirovich era la del poder: el poder de un hombre sobre otro hombre, de un puñado de oficiales sobre un ejército, de un cabildo de líderes sobre una masa, de una minoría selecta sobre una nación, de una nación sobre un imperio. Cómo hacerse con el poder, cómo conservarlo, cómo utilizarlo para manipular a los hombres e influir sobre los acontecimientos, aquello y no *El capital* era lo que había estudiado Andropov.

Él comprendía por qué la fuente de espías del KGB en el ámbito internacional se había secado: los tiempos de los Kim Philby, los George Blake, los Klaus Fuchs, los Rosenberg, todos aquellos ideólogos que ardían de fervor misionero para renovar el mundo, habían pasado. Para penetrar ahora en las ciudadelas del poder occidental, decía Feodorov, el KGB debía atacar el tendón de Aquiles de los capitalistas: la codicia. Reclutar a espías con dinero, no con preceptos morales. Darles lo que necesitaban para comprar sus *Porsches*, para mantener a sus amiguitas, para recorrer sus ferias en primera clase. En los años ochenta, los rivales de Feodorov en el FBI y la CIA sabían también lo certero de la visión de Feodorov.

Feodorov conoció a Andropov en Kiev, en febrero de 1968, menos de un año después de que aquél se hiciera cargo del KGB. Antes de Andropov, las visitas del jefe del KGB a sus delegaciones se efectuaban con el protocolo de una visita regia. Con el nuevo Director General, el carácter de estos viajes cambió radicalmente. Andropov siempre encargaba un comedor reservado en un hotel de la localidad en sus visitas. Allí, alrededor de una mesa cargada de botellas de vodka y de buenos vinos de Georgia, reunía a los jefes de la delegación en una cena informal.

Aquella noche, Feodorov asistió a la cena en calidad de ayudante del jefe del KGB en Kiev. Había sido reclutado por el KGB como licenciado en Sociología y Psicología del Comportamiento, después de haber actuado durante cinco años como informante a sueldo de aquel organismo, primero siendo todavía estudiante de la Universidad de Kiev y, después, desde el cargo de adjunto de la Facultad de Psicología. A Feodorov le divertía recordar que, al reclutarle, se le prometió una gratificación consistente en dos trajes y un par de zapatos al año.

Durante la cena, el tema de conversación fue la disidencia.

—La disidencia es como un incendio de matorrales en la estepa. Si lo pisas cuando empieza a arder, puedes sofocarlo en unos segundos, con los pies. Pero si le llega una ráfaga de viento, se convierte en un incendio que arde durante días y moviliza a un regimiento de bomberos.

Sus palabras fueron recibidas con el consabido coro de asentimiento.

—Desgraciadamente, nuestro sistema jurídico nos hace difícil combatir la disidencia con la rapidez necesaria. Antes de enviar a los disidentes a los campos de trabajo, tiene que haber investigaciones, interrogatorios y un juicio. Todo ello lleva mucho tiempo y centra la atención general en nuestro disidente. ¿Y cuál es el resultado? Más disidentes.

Para escándalo de los colegas reunidos alrededor de la mesa, Feodorov rompió el respetuoso silencio que siguió a las palabras del Director. Aquello era una falta contra el protocolo tan grave, como si se hubiera levantado y orinado en la copa de éste, como bromeó después un amigo.

—Yuri Vladimirovich —dijo—, podría existir un medio mejor.

—Si lo hay, me gustaría saber cuál es.

—En lugar de llevar a nuestros disidentes a juicio, ¿por qué no llevarlos al psiquiatra? Él los examina, considera que su conducta denota desequilibrio mental y los interna en una institución para que reciban tratamiento adecuado. Ni juicio, ni apelación, ni publicidad, ni sentencia. El disidente permanece recluido todo el tiempo que nosotros queramos. En lugar de convertirlo en mártir, lo convertimos en interno de una institución psiquiátrica. Los enfermos mentales no dirigen revoluciones.

Cuando Feodorov hubo terminado, nadie dijo nada. El silencio era tan denso que casi producía dolor físico. Andropov se mantenía muy erguido en la cabecera de la mesa, y su único movimiento era la lenta ondulación de sus párpados tras sus gruesas lentes. Feodorov empezaba a ponerse colorado y arrepentirse de su impetuosidad, previendo el hundimiento de su carrera, cuando Andropov tomó la botella de vodka que tenía delante, alargó el brazo por encima de la mesa y llenó la copa de Feodorov. Luego, añadió unas gotas a la suya.

—¿Conoce Moscú? —preguntó, levantando la copa.

—No, camarada.

—Creo que le gustará. Cuando regrese al Centro, usted me acompañará, para poner en práctica su sugerencia.

Seis meses después, Feodorov estaba sólidamente situado en el Centro, como uno de los «Hombres de Hierro» de Andropov. Cuando Feodorov se hizo cargo del programa psiquiátrico, el KGB controlaba dos instituciones para el estudio y tratamiento de los criminales perturbados. Cuando terminó su trabajo, treinta y tres de estas clínicas estaban diseminadas por toda la URSS, con cientos de personas trabajando en ellas y miles de internos. Aquellos institutos proporcionaban también laboratorios en los que realizar sus estudios a eminentes neurólogos, cirujanos, psiquiatras e investigadores del comportamiento. Quimioterapia, cirugía experimental del cerebro, estudios de su funcionamiento, nuevas técnicas para medir su rendimiento, la influencia de los campos electromagnéticos en la conducta... no había aspecto de la investigación de la mente que no fuera estudiado en alguno de aquellos treinta y tres institutos. Al fin y al cabo, a la ciencia rusa le preocupaba el estudio del comportamiento, ya desde los tiempos de Pávlov y sus experimentos con animales.

La fascinación de Feodorov por la mente se inscribía en una mística tradición, tan vieja, casi, como las estepas rusas: la fascinación por los fenómenos paranormales. Para estudiar el tema, creó un gran centro de investigaciones en la Ciudad de la Ciencia de Novosibirsk. Al fin y al cabo, si estos fenómenos existieran realmente, razonaba, las consecuencias para el KGB podrían ser incalculables.

Por extraño que pueda parecer, fue probablemente la buena disposición de Feodorov para, al menos, aceptar la posibilidad de la existencia de estos fenómenos, lo que le situó en la línea de sucesión a la presidencia del KGB. Cuando Leónidas Breznev moría de sus múltiples enfermedades, el más constante alivio y consuelo lo hallaba no en los miembros de la prestigiosa clase médica de la URSS, sino en una

curandera, una joven de cabello negro, natural de Tbilisi, llamada Dzuna Davitasvilli. Al parecer, cierta bioenergía emanaba de los dedos de la joven porque, en varias ocasiones, pareció que, gracias a sus dotes, el agonizante se reanimaba. Toda una serie de intelectuales, científicos y artistas soviéticos utilizaron los servicios de la joven.

Pero la prolongación de la agonía de Breznev no convenía a Andropov. Su acceso al trono ya estaba preparado. Aquello sólo servía para demorar el momento en que todo el poder de la URSS estaría en sus manos. Fue por ello por lo que, una tarde de octubre de 1982, llamó a Feodorov a este mismo despacho del tercer piso del Centro.

Normalmente, en el trato con sus subordinados, Andropov era una especie de Charles de Gaulle a la eslava, circunspecto y altivo. No obstante, en aquella ocasión rebosaba simpatía y cordialidad. Recibió a Feodorov sentado en uno de sus sillones tapizados de rico brocado y, con un ademán, le invitó a sentarse en el sofá situado a su lado. La intendenta del despacho les sirvió té de la cocina privada. En cuanto la mujer los dejó solos, Andropov se volvió hacia su visitante.

—¿Conoce usted a esa joven que atiende al Secretario General? —preguntó.

—Sí. Cuando Leónidas Ilich empezó a consultarla, yo la mandé llamar, para hacerle comprender que debía guardar absoluta discreción acerca de sus visitas al Secretario General.

Andropov bebió el té, pensativo.

—¿Usted cree realmente en los poderes curativos de esa mujer?

—Desde el punto de vista científico, no puedo responder. En nuestros institutos, hemos tratado de averiguar si existe una forma mensurable de energía, calor, fluido eléctrico, etcétera, que pase del sanador al paciente. Existen indicios de que algo ocurre, pero no hemos podido determinar qué.

—La vi una vez —admitió Andropov—. Yo creo que es un Rasputín con faldas.

—Al parecer, al Secretario General le ha hecho mucho bien.

—¿Usted cree? Me parece que no. En cualquier caso, no hace ningún bien a la URSS. Esa mujer se ha convertido en un peligro.

—¿Por qué?

—¿Imagine lo que ocurriría si esto trascendiera a la prensa occidental? El Secretario General del Partido Comunista de la Unión Soviética, tratado por una curandera, una especie de médica bruja. Eso sería mofarse, ante todo el mundo, de todo lo que representa el marxismo-leninismo.

Feodorov no respondió.

—Quiero que la envíe a Tbilisi durante algún tiempo. Hágalo sin que nadie se entere de que nosotros somos los responsables, ni del motivo de su regreso.

—Su marcha puede ser un duro golpe para el Secretario General.

—Leónidas Ilich ha consagrado su vida al servicio de nuestro partido y nuestra nación. Éste será un último sacrificio que, estoy seguro, hará con gusto por el bien de ambos.

Feodorov sintió frío en la base de la columna vertebral. Le parecía muy poco probable que Leónidas Ilich renunciara de buen grado a las atenciones de su curandera, ni por el partido, ni por el Estado, ni por cualquiera otra razón. Aquella mujer era el cordón umbilical que lo unía a la vida. Si la apartaban de su lado, él moriría. Aquello era una invitación a un regicidio socialista, formulada por el príncipe heredero.

—Me encargaré de que así se haga.

A las pocas horas, Dzuna Davitasvilli era sacada de Moscú. Como esperaba Feodorov, su ausencia tuvo un efecto devastador en Breznev. Al faltarle las atenciones de su curandera, languideció como el niño al que arrebatan la manta de seguridad. Antes de un mes, había muerto.

La diligencia con que Feodorov cumplió la orden, tal como él preveía, acrecentó sus méritos a los ojos de Andropov. Dos años después, cuando Yuri Vladimirovich agonizaba —de un fallo renal, mortalmente agravado por dos balas disparadas por la esposa del ministro del Interior al que él mandara arrestar por corrupción—, Feodorov y Chebrikov, su predecesor, fueron los únicos dignatarios a los que se permitió entrar en la habitación. Su presencia en la cámara mortuoria los confirmó como herederos de la presidencia del KGB.

Ahora, mientras leía los partes diarios acerca de la situación en el interior de la Unión Soviética, Feodorov tenía presentes las enseñanzas de su antiguo jefe. Andropov era un apasionado de la historia, la historia auténtica, no las ilusiones de Marx. Él afirmaba que nada era más vital para la supervivencia del Estado soviético que su imperio, conglomerado de pueblos: ucranianos, georgianos, tártaros, musulmanes, turcomanos, mongoles y uzbekos que rodeaban el corazón de Rusia como una coraza. Y la historia enseñaba que, o Moscú los dominaba a ellos, o ellos dominaban a Moscú. Por lo tanto, la condición primordial para la subsistencia del Estado soviético era mantener un control fuerte y centralizado sobre esos heterogéneos elementos del imperio. Y allí, en la primera hoja de los informes, había una brillante luz roja que avisaba de que, por primera vez, el control central del imperio era desafiado por un ataque frontal.

La noche anterior, en más de dos docenas de localidades de las repúblicas soviéticas musulmanas, desde Alma Atá hasta Samarkanda, pasando por Tashkent y Dushanbe, habían estallado las bombas del terrorismo. En cada caso, los terroristas habían dejado su firma: una media luna verde pintada en una tapia, una ventana o un edificio. Entre los objetivos había monumentos, sedes del partido comunista y del Komsomol, las oficinas de Tass, *Pravda e Izvestia*, todos, en suma, símbolos del Gobierno de Moscú o de la ideología del Partido.

Además, tres ciudadanos soviéticos, todos varones y oriundos de comunidades rusas que vivían en zonas musulmanas de la URSS, habían sido brutalmente asesinados. Sus asesinos habían dejado la firma de la media luna verde y mutilado a sus víctimas con la horrenda amputación que los *mujaidines* afganos infligían a los

infortunados soldados del Ejército Rojo que eran capturados vivos en la guerra de Afganistán.

Tres asesinatos y dos docenas de bombas en una sola noche, en una extensión de cientos de kilómetros cuadrados de territorio soviético: evidentemente, se trataba de una ofensiva terrorista rigurosamente coordinada, un abierto desafío a la dominación soviética. Había estallado sin aviso, sin ofrecer el menor indicio, sin que los informantes del KGB en las repúblicas musulmanas hubieran sugerido siquiera una advertencia. Esto era un fallo del KGB que no dejaría de ser percibido y criticado.

Feodorov echó hacia atrás el sillón y meditó unos momentos. Ahí estaba la verdadera amenaza contra la sociedad soviética, no en Washington, no en la Alianza Atlántica. Estaba aquí, en el vasto y vulnerable bajo vientre del imperio soviético, desde las costas del mar Caspio hasta las puertas de Sinkiang. Dentro de ese arco vivían cincuenta millones de musulmanes, casi la cuarta parte de la actual población de la URSS y a saber cuántos, mañana. Un soviético de cada tres, según vaticinaban algunos especialistas en demografía.

La humillante retirada de Afganistán del Ejército Rojo había echado más leña al fuego. Noche tras noche, las emisoras de radio clandestinas de Irán y Afganistán vomitaban al aire sus abyectos chorros de odio y vitriolo, predicando sus dogmas religiosos y revolucionarios; por las fronteras se colaban los *mujaidines*, profetas itinerantes de la *Jihad*, la guerra santa.

La respuesta de Stalin, aplastarlos con el Ejército Rojo, ya no era viable. Era el KGB el que tendría que responder al desafío. Pero ¿cómo?

Feodorov, derrumbado en su sillón, apretó los párpados, como si con este gesto pudiera proyectar el pensamiento hacia el interior, aumentando su capacidad de concentración en el problema. Inopinadamente, volvió a su memoria el informe de Xenia Petrovna, el que trataba de la vidente de Nueva York a la que utilizaba la CIA. ¿Qué le decía? Que sus estudios con videntes por encargo del KGB la habían aproximado a una tecnología que podía utilizarse para modificar el comportamiento de un individuo a distancia, sin que éste advirtiera lo que le ocurría.

Feodorov se levantó y volvió a la ventana desde la que se veía la plaza Dzerzinski. La idea que germinaba en su cerebro en aquel momento, era digna de aquel astuto canalla subido al pedestal de mármol. Era rebuscada, peligrosa y estaba llena de imponderables y de problemas. Pero si se conseguía hacerla funcionar, su simetría sería más exquisita que la de una perfecta fórmula algebraica. Serían los americanos y no sus conciudadanos soviéticos quienes le resolverían el problema. Ahora se hacía especialmente urgente recibir el perfil psicológico del nuevo presidente.

De momento, tomó la pluma. «Sec. Gen. PC —escribió—. Es mi intención convocar inmediatamente una reunión del Quinto Directorio Principal y de los representantes más importantes del KGB en las repúblicas musulmanas, para estudiar

todos los aspectos de esta situación». El Directorio había sido creado por Andropov en 1970 precisamente para suprimir la disidencia de los intelectuales, frenar el aumento de la práctica religiosa y sofocar el nacionalismo en las repúblicas de otras etnias. «Le tendré al corriente de los resultados».

Feodorov miró su *Rolex* de oro. Sus principales subordinados ya debían de estar en sus despachos. Se volvió hacia uno de sus últimos juguetes occidentales: un sistema de televisión multipantalla en circuito cerrado, conectado con sus diez ayudantes. La mayoría estaban en el moderno complejo de oficinas del KGB próximo al cinturón de Moscú. Conectó el circuito correspondiente al jefe del Departamento V, la dirección de asuntos «sucios». Antes de que Feodorov se lo dijera, el director ya sabía por qué le llamaba.

—Ya ha regresado —dijo su imagen desde la pantalla de la pared—. Llegó anoche de París, por Aeroflot.

—Bien. ¿Y, en Nueva York, nada que indique que se nos relaciona con ello?

—Absolutamente nada. Sólo alguien a sueldo en el *New York Times* que acepta la idea de que indiquen alguna sospecha de quién nos dio la información.

—Nada. Ni hay por qué. Esa persona sólo se comunicó dos veces con nosotros, y siempre directamente, con un transmisor *Spetsok*. La primera vez, para darnos el nombre del hombre que, naturalmente, nos llevó a su expediente en el Registro Central. Y después, para facilitarnos la información que nos decidió a actuar.

—Excelente. Felicite a su hombre de mi parte y encárguese de que se le gratifique. —Feodorov rió entre dientes al ver la cara de su adjunto en el monitor—. Y es que su trabajo me recuerda un dicho que solía oírse con frecuencia en esta casa, una vieja frase chekista.

—¿Cuál, Iván Sergeivich?

—Cualquiera puede cometer un asesinato, pero hay que ser un artista para cometer un suicidio.

El Presidente de Estados Unidos miraba fijamente el techo, en la penumbra de su dormitorio. La esfera luminosa del reloj de la consola situada junto a la cama indicaba las 6:15. A su lado se oía la acompasada respiración de su esposa, que dormía profundamente. Él, por el contrario, estaba demasiado excitado para perder el tiempo durmiendo. Deseaba que amaneciera. Como le ocurría cada mañana desde el día de su toma de posesión, estaba ansioso de enfrentarse al desafío de la jornada. Era la descarga de adrenalina, la excitación, la emoción que le producía asumir las tremendas responsabilidades de ser el hombre más poderoso del mundo. Ahora, en cuanto abría los ojos, se sentía completamente despierto, alerta, y su cabeza empezaba a dar vueltas a la miríada de problemas que se le planteaban cada día.

El que estuviera en aquellos momentos en la cama del dormitorio presidencial era algo que gran número de partidarios y adversarios consideraban un milagro político.

Había pasado la mayor parte de su vida siendo el subordinado ejemplar, el leal número dos. Presidente del Comité Nacional Republicano en los años setenta, embajador en la OTAN, secretario de Comercio durante el primer mandato de su predecesor, y jefe de Gabinete de la Casa Blanca, durante el segundo. Realmente tenía el expediente ideal para un cargo por designación, pero nunca, hasta que se enfrentó a unas primarias de Iowa un día de nieve, había sido candidato a un puesto por elección.

No obstante, contra todo pronóstico, y a despecho de la opinión de la mayor parte de la clase periodística de Washington, ganó. Y ganó gracias a la implacable perseverancia que había caracterizado casi todas las etapas de su vida. Su ambición era más adquirida que innata, generada tanto por afición a la política como por un sentido de *noblesse oblige*; por un cierto deseo de cumplir la misión de su familia dentro de un esquema general más que por ansia de poder. Su avance lento pero implacable, desde un enorme fracaso en las urnas, en junio, hasta un asombroso triunfo electoral, en noviembre, sorprendió a casi todos, salvo al propio presidente. Sin embargo, partidarios y adversarios hubieran debido de estar advertidos. Nadie se haría rico apostando contra la perseverancia del Presidente de Estados Unidos.

Esta característica de su personalidad era legado y carga recibidos de su padre, el arquetipo del severo patriarca de Nueva Inglaterra, cuyo linaje se remontaba a los inmigrantes llegados en el *Mayflower*. Había sido socio principal de la firma de abogados «Knight, Ridgeway y Polk», de Wall Street, hombre dominante y severo que no toleraba en sus hijos ni la rebeldía ni el fracaso en alcanzar los objetivos que él les fijaba. Dos cosas exigía a su hija y a sus cuatro hijos varones: servicio y lealtad. Su concepto del servicio era el inculcado desde antiguo por las grandes familias de Nueva Inglaterra en sus hijos, a los que su nacimiento eximía de la indecorosa necesidad de ganar dinero, y consistía en el servicio a la nación, a la comunidad, a los menos favorecidos.

Su infancia fue casi idílica, entre la ciudad y el campo, la gran casa de Darien y el apartamento de Park Avenue, los veranos en Maine, Greenwich Country Day, Hotchkiss y Yale. En realidad, sólo una secreta sombra había amargado su infancia. El padre bebía excesivamente y cuando estaba bebido era un hombre violento. Sus iras de borracho recaían casi siempre sobre su hija, la mayor de todos y alma gemela del Presidente. Éste, sin embargo, mimado y no poco intimidado por el poderoso padre, se sentía atormentado por su incapacidad para salvar a su adorada hermana de los golpes de su progenitor. El tiempo y una institución de rehabilitación de Hartford resolvieron el problema. La familia cerró filas, actuó como si nunca hubiera ocurrido nada, a fin de que la debilidad del patriarca no trascendiera. Pero el presidente llevaba sus secretas cicatrices en el alma.

Abandonó Yale después del segundo año de carrera, durante la guerra de Corea, para alistarse en la Marina. Siguió el curso de piloto de aviación, hizo sesenta y dos misiones de transporte contra Corea del Norte, fue derribado y regresó a casa con la

Cruz Naval. Cuando se licenció por la Facultad de Derecho de Harvard, y ante la estupefacción de su padre, se negó a trabajar en la firma de abogados familiar y se marchó a Denver, Colorado, donde pidió un préstamo para comprar una concesión de Coca-Cola e independizarse.

A los treinta y cinco años, había conseguido reunir una modesta fortuna. Lo vendió todo para entrar en política y asumir aquella responsabilidad de servicio que le imponía su nacimiento, por lo que entró a formar parte del Comité Republicano del Estado. Guiándose por los preceptos «obrar con rectitud» y «ser buen soldado», emprendió la carrera que le había llevado hasta el dormitorio presidencial.

Volvió la mirada hacia las grandes ventanas que, a su derecha, se asomaban al Elipse y al monumento a Washington, en el otro extremo de la avenida Constitución. Finos rayos de luz se deslizaban, con el lento movimiento de los glaciares, bajo las gruesas cortinas de brocado que cubrían las ventanas. Decidió levantarse y, cruzando el Despacho Oval, salió al Balcón Truman para contemplar un momento su capital, bañada por el sol de un nuevo día de primavera, que la hacía resplandecer como si hubiera recibido una mano de pintura fresca.

Ocurrió cuando iba a levantarse. El suelo pareció moverse con una brusca sacudida, como un terremoto. La ventana osciló ligeramente. Sus ojos la veían doble, con la refracción de una pintura cubista. Apretó los párpados y sintió que la cabeza le daba vueltas. Le acometió la náusea. Lo mismo le había ocurrido en el Despacho Oval, mientras almorzaba con su esposa, y en la cena de gala en honor del presidente de México. Pero este ataque era mucho peor que los otros. Sintió que se caía y dobló las rodillas. Sus manos se aferraron al borde de la cama como a un salvavidas en un mar tempestuoso.

Lentamente, remitió el ataque. El Presidente apretó la cara contra el costado del colchón, tratando de coordinar ideas. Por primera vez desde que su avión fue derribado, hacia el final de su servicio en la guerra de Corea, afrontaba la idea de la muerte. Era un tumor cerebral. ¿Qué otra cosa podía ser? Lo que había leído desde el último ataque lo confirmaba. Se echó en la cama y se quedó otra vez mirando el techo. ¿Cómo podía Dios ser tan cruel? Le había permitido alcanzar el objetivo hacia el que apuntaron todos los actos de su vida y ahora iba a arrebatárselo. Moriría pronto; o peor, quedaría convertido en una especie de vegetal. Estaba temblando, no había hablado de sus ataques a nadie, ni siquiera a su esposa, pero no podía seguir ocultándolos. Tendría que llamar al almirante Peter White, jefe de Medicina Interna de Bethesda, que había sido nombrado su médico personal.

Su esposa se movió. Su mano soñolienta, buscó su pecho. Él la estrechó, se la llevó a los labios y, ahogando un sollozo, la besó con desesperación y ternura.

LANGLEY, VIRGINIA

Un joven de menos de treinta años, con blazer azul, pantalón de franela gris y corbata

de seda de reps a rayas, recibió a Art Bennington y a sus dos acompañantes en la puerta de la *suite* del director de la CIA. Parecía recién salido de una revista de moda universitaria masculina, salvo por la tarjeta de identificación y la llave plastificada que llevaba colgadas del cuello con una cadena de bolitas metálicas. Bennington sabía que la llave plastificada era del ascensor del director que unía su despacho a una zona del *parking* subterráneo a la que eran conducidos los visitantes cuya identidad debía mantenerse en secreto para luego subirlos subrepticamente a la *suite* del director.

El blazer azul los llevó a una pequeña salita. Bennington observó con una sonrisa de aprobación que bajo la tela del blazer apenas se notaba el bulto del revólver de reglamento del 38. Otro blazer azul apareció a los pocos segundos para ofrecerles café mientras esperaban. Un tercer blazer, observó Bennington, montaba guardia en la puerta del ascensor. Pensó si la sastrería Brooks Brothers haría una rebaja a la división de Seguridad Interna de la Agencia por comprar los blazers al por mayor. Un blazer azul interrumpió sus divagaciones.

—Señores —anunció—, el Director les espera.

El Director, de pie tras su largo escritorio de caoba, colgaba el teléfono cuando entraron Bennington, John Sprague y Frank Pozner. Tras él, a la izquierda, se alzaba un gran retrato sepia de Bill Donovan, padre espiritual de la CIA, con su uniforme de general de brigada con el tradicional cuello desabrochado. La consabida serie de fotografías del director con Jimmy Carter, Ronald Reagan y su sucesor en la Casa Blanca cubrían la pared situada detrás de la mesa. El director colgó el aparato en la consola, una caja de madera con una tecnología tan complicada que cada nuevo director tenía que pasar medio día de trabajo aprendiendo a manejarla.

El Director, mejor dicho, el Juez, como le llamaban sus subordinados, les indicó la mesa de conferencias ovalada situada a un extremo del despacho. Bennington recordó que las reuniones con Allan Dulles siempre se iniciaban con unas frases cordiales e intrascendentes: «¿Cómo va su hija en la escuela?». A Dick Helms le gustaba el chiste rápido, a Casey, algún que otro chisme de la capital.

Pero el Juez era distinto. Era un hombre austero y seco que entraba en materia de inmediato.

—Básicamente, la situación es ésta —dijo John Sprague, el director delegado de Ciencia y Tecnología, en cuanto se sentaron. Hizo un rápido esbozo de la muerte de Ann Robbins y aludió a la intervención del KGB en el asesinato—. Art, explica al director en qué consiste el proyecto y nuestra opinión sobre la posible trascendencia del asunto.

Bennington hizo un resumen del trabajo de la vidente, de su asombrosa proporción de aciertos, mencionó los detalles de las actividades y la muerte de Pat Price, y terminó con la mención del informe del Pozo según el cual no existían indicios de inminentes hostilidades soviéticas que pudieran haber motivado el asesinato.

—¿Cree justificada la conclusión de que fue el KGB, doctor? —preguntó el director—. ¿No nos precipitamos?

—Juez —respondió Bennington—, ¿quién más usa ricino? La Mafia, no. A esa mujer la mataron con una técnica y un veneno que sólo se había utilizado tres veces que nosotros sepamos, y las tres por el KGB o un grupo afín.

—De acuerdo. ¿Qué hacemos respecto a la investigación del asesinato? ¿Informamos al director del FBI en Nueva York de que tenemos sospechas sobre este incidente y que deseamos que ellos supervisen la investigación con la mayor discreción posible?

—¿Por qué? Ya sabemos quién la mató. ¿Qué pueden descubrir los polis de Nueva York que nos sirva de ayuda? ¿Que se vio a un tipo rubio de facciones eslavas rondar por el apartamento? Los del KGB no dejan huellas. Los asesinos ya están de vuelta en el Centro, tomando vodka y caviar.

—¿Se ha pasado a la policía de Nueva York el informe de Atlanta acerca del ricino?

—No.

—¿Por qué no? ¿Piensan dejar que la policía de Nueva York ande a tientas, cuando sabemos quién la mató y cómo?

«¡Ajá!», pensó Bennington. Ya salió. El Juez había llegado a la CIA procedente de la Administración de Justicia. Por los pasillos corría el chiste de que, a sus ojos, todos los estatutos federales eran iguales y que tenía tendencia a medir por el mismo rasero al que aparcaba indebidamente en zona reservada al gobierno que al que espiaba por cuenta de una potencia extranjera. Educar a los nuevos directores según los criterios de la Agencia era tarea que incumbía a los veteranos de la organización. Algunos, como por ejemplo Stan Turner, nunca aprendían. A él no podían enseñarle porque estaba siempre haciendo posturitas en el puente y hablando en parábolas. Respecto al Juez, Bennington todavía no tenía una opinión formada. «¡Bien! —se dijo—, vamos a poner los puntos sobre las íes y a ver cómo reacciona».

—Lo que debe preocuparnos, Juez, es impedir que este condenado asunto salte a los medios de comunicación, que genere titulares en la primera plana del *New York Post* tres días seguidos y que se pregonen nuestras actividades con la parapsicología. Al fin y al cabo, el KGB ya sabe quién la mató. Lo único que no sabe es que nosotros estamos enterados de que fueron ellos. ¿Por qué decírselo? Olvidémonos de la investigación.

Los fríos ojos grises del director dedicaron a Bennington una mirada que, calculó éste, debía de ser tan afectuosa como la que lanzaría el alcalde de Tel Aviv, pongamos por caso, a Yasser Arafat. «¿Se debe a mi tono áspero y sarcástico —se dijo—, o a que ha leído el informe “Sólo para futuros directores” que dictó Bill Cosby para que todos sus sucesores supieran lo hijo de puta que soy?».

—¿Y que la policía de Nueva York vaya a ciegas durante días y días? —objetó el Juez.

—Juez, ¿sabe cuánto tiempo van a dedicar a este caso los policías de Nueva York? El tiempo que se tarda en escribir: «Autor del asesinato: desconocido» en la carpeta y tirarla al montón de casos sin resolver.

—Tal vez —concedió a regañadientes el Juez—. Pero quiero que sepan que ésta es la clase de acción contraria a los procedimientos legales que la Agencia realizaba bajo el mandato de mi predecesor y que yo no estoy dispuesto a consentir.

El director no dijo más, para que Bennington y sus otros dos subordinados pudieran asimilar sus palabras.

—Desde luego, me hago cargo de sus escrúpulos. —Bennington comprendió que un poco de vaselina no vendría mal—. De todos modos, creo que debería de saber que este asunto de la investigación por métodos paranormales conlleva un tremendo factor de humillación para la Agencia. Son muchos los que en el Congreso, en la Administración y en esta misma casa piensan que este asunto debería clasificarse como «Máxima Estupidez» en lugar de «Máximo Secreto». No tenemos más que dejar que Jack Anderson o el *Washington Post* averigüen que la CIA utiliza a videntes para descubrir submarinos rusos, para que el senador Proxmire se nos plante en el vestíbulo repartiendo premios a la inocencia. —«Y el primero sería para mí», agregó Bennington para sus adentros.

—Señor Director, yo estoy de acuerdo con Art. —Era Pozner, de Seguridad Interna—. Si dejamos que esto salga a la luz, aunque sea por los motivos más nobles, no conseguiremos sino empeorar una situación ya de por sí bastante grave. Lo primero que debe preocuparnos es averiguar cómo diablos supo el KGB que, de los doce videntes que la gente de Art tenía trabajando en el programa, esa mujer de Nueva York era la única con la que conseguimos resultados. En el mejor de los casos, ello significa que alguien cometió una grave indiscreción y, en el peor, que el KGB ha infiltrado a alguien en la CIA.

—Bien, ¿qué proponen hacer para remediarlo?

—Tendremos que hacer una comprobación de los archivos e investigar a cada miembro de la Agencia que haya intervenido en el programa desde el primer día.

—De acuerdo —convino el Juez—, adelante, con la máxima urgencia y la máxima minuciosidad. Recurran a las otras agencias. Pónganse en contacto con las personas clave de la NSA y el FBI. Ahora —agregó echando el cuerpo atrás—, veamos por qué la mataron. Resulta inexplicable.

—Estoy de acuerdo —dijo Bennington—. Es algo sin precedentes. Pero lo hicieron tan bien que podían estar seguros de que nosotros no lo descubriríamos. Y no lo hubiéramos descubierto, si en Nueva York no tuvieran un médico forense tan increíblemente sagaz.

—¿Y por qué usaron ricino? —preguntó el Juez—. Es casi como estampar la firma.

Bennington se encogió de hombros.

—Por comodidad, imagino. Meten la sustancia en unas cápsulas de un plástico

que se disuelve con el calor del cuerpo al cabo de un tiempo determinado. Pueden, incluso, programar la muerte con un margen de una hora. Pensarían que no lo descubriríamos. En ningún lugar del mundo se aplica en las autopsias un sistema normalizado para detectarlo. Esa sustancia se descompone en proteínas que se encuentran habitualmente en el cuerpo humano.

El director reflexionó y pareció aceptar el razonamiento de Bennington. El título de médico tenía su peso.

—De todos modos —agregó—, debían de tener un buen motivo para hacer eso. ¿Cuál pudo ser?

Bennington inclinó hacia delante su ancho tórax. Tenía unos puños grandes e imponentes. Aquéllas eran las manos que uno esperaba ver en un albañil, no en un hombre que aspiraba a ser neurocirujano.

—El caso admite más de un planteamiento. Ante todo, desde luego, el evidente. A veces estas explicaciones son las acertadas; nosotros, en esta casa, somos propensos a buscar tres pies al gato. Quizá para los sóviets sea muy importante mantener esos nuevos submarinos suyos, provistos de hélices Toshiba, inmunes a nuestros sistemas de detección y, al descubrir que ella los localizaba... decidieron suprimirla.

—Sí —asintió el Juez—; tiene su lógica. Al fin y al cabo, si no la mataron por la cuestión de los submarinos, ¿por qué lo hicieron?

—Francamente, no lo sé —respondió Bennington—. Sólo puedo hacer conjeturas. ¿Y si pretendieran hacernos abandonar todo el programa de investigación parapsicológica? ¿Y si temieran que pudiéramos descubrir algo que ellos ya saben y tratan de proteger? —Mientras hablaba, Bennington volvía a ver el cuerpo mutilado de Ann Robbins a sus pies, la grotesca imagen del forense escudriñando sus uñas rojas—. ¿Y si les alarmara que ella pudiera conducirnos a descubrimientos que ellos ya conocen y que nosotros aún ignoramos?

—¿Cómo por ejemplo?

Bennington se puso en pie, tensó los músculos un momento apoyándose en las puntas de los pies, y empezó a pasear junto a la mesa de conferencias.

—Sabemos que la Unión Soviética estudia activamente todos los aspectos de la mente humana, ya sea la modalidad ESP que a nosotros nos interesa, o ámbitos más amplios. Su finalidad es desarrollar el medio de controlar o modificar el comportamiento humano a distancia, afectar a distancia a una persona o a un grupo de personas sin que ellos adviertan que son manipulados.

El Juez le escuchaba con la expresión dubitativa del que prueba un plato exótico por primera vez. Era evidente que las perspectivas que exponía Bennington no eran de su agrado.

—¿Realmente lo cree posible?

—Lo que yo crea no importa, pero pienso que sí, que es posible. Lo cierto es que ellos tratan de desarrollar estas facultades. Sus experimentos van por dos caminos. Dedicar gran atención al estudio de RF, armas a base de radiofrecuencias,

perfectamente controladas, que lanzan rayos de energía electromagnética como un rayo láser enfocado. Su objetivo sería el sistema nervioso y, en especial, el cerebro humano. Sabemos que desde 1985 disponen de armas de radiofrecuencia pequeñas, portátiles, con un radio de acción de un kilómetro. Por otra parte, estudian la «bomba anticerebro», igual que nosotros, por cierto. Se trata de producir cantidades masivas de microondas capaces de adormecer el cerebro de todas las personas que se encuentren en la zona de impacto. Pero de eso se encarga el Pentágono. Lo que interesa a la CIA es averiguar qué es lo que pueden desarrollar para modificar el comportamiento del individuo.

Bennington dejó de pasear y se quedó mirando al Juez.

—Esto lo llevan muy en secreto. Pero sabemos que se concentran en el estudio de la forma en que los campos electromagnéticos de muy baja frecuencia pueden afectar al comportamiento humano.

—¿Pueden?

—Nuestros científicos han dicho siempre que no, que esas frecuencias no pueden afectar a los seres humanos por una simple razón: que sus ondas son a la vez atómicas y no ionizantes. Por lo tanto, si no hay calor, no hay efecto. Tan simple como dos y dos son cuatro.

El Juez asintió. Bennington no sabía si el gesto indicaba que le había comprendido o denotaba la resistencia del profano a discutir con el científico.

—Pero no es tan sencillo. Cuando la Marina quería plantar sus antenas en Wisconsin y el norte de Michigan, en el proyecto Navegante Intrépido, para hablar con sus submarinos, las buenas gentes de la zona se alborotaron y empezaron a decir: «Oiga, que esto puede provocar el cáncer o algo parecido». —Bennington rió entre dientes—. Entonces, la Marina echó mano de su plantel de científicos bien aleccionados que empezaron a cantar las excelencias del programa. Al oírles te daba la impresión de que, en realidad, aquello era hasta bueno para la salud. Bien, algunos de nuestros científicos menos aleccionados también se han interesado por el proyecto y lo que están descubriendo es muy, pero que muy preocupante. Ahora sabemos que estos campos de muy baja frecuencia pueden afectar las células humanas en una probeta. Créame, si llega a establecerse una inequívoca correlación entre estos campos y el comportamiento humano, tendremos entre manos algo que, en comparación, hará que la desintegración del átomo parezca una niñería.

—Me sorprende no haber leído nada de esto.

El Juez se revolvió nerviosamente en la silla. El tono inquisitorial con que había empezado la reunión había desaparecido.

—No son cosas que el gobierno esté deseoso de pregonar. No queremos armar un revuelo que ponga en peligro nuestra posibilidad de comunicar con nuestros submarinos. —Bennington empezó a pasear otra vez—. La investigación de los rusos sobre los fenómenos psíquicos se basa también en la teoría de que en ellos inciden estas ondas de muy baja frecuencia.

—¿Y eso por qué?

—Por tres razones. Primera, estas ondas son increíblemente largas. Segunda, pueden atravesar cualquier cosa. Penetran en el agua hasta grandes profundidades, por lo que las usamos con nuestros submarinos. También pueden atravesar el hueso del cráneo que protege el cerebro. Tercera y más importante, sabemos que las frecuencias normales a las que funciona el cerebro humano están en el campo de esta frecuencia tan baja. Lo mismo que el cerebro de cualquier animal, mamífero o pez, que hayamos podido estudiar. Los tiburones, las ballenas, ciertos insectos, pueden comunicarse entre sí a distancias y velocidades imposibles para los sentidos normales. No sabemos mucho acerca de cómo lo consiguen: ¿Usarán estos canales de muy baja frecuencia? ¿Es posible que el hombre poseyera la misma facultad antes de desarrollar sistemas sensoriales de comunicación?

—¿... Y que, de vez en cuando, una persona como esa señora de Nueva York, esa vidente, descubra en sí misma esa facultad latente y la utilice?

—Es una teoría.

El Juez se echó a reír.

—Doctor Bennington, nosotros, los viejos abogados de pueblo, tenemos un refrán. —El Juez se pellizcaba la barbilla con lo que Bennington supuso era una actitud jovial—: «Los hechos convencen al jurado; las teorías lo desconciertan».

—Por desgracia, Juez, yo no puedo ayudar al jurado. En ciencia, a diferencia de la justicia, las teorías son con frecuencia lo único que tenemos.

El Juez se levantó y se acercó a uno de los paneles acristalados que dominaban la solemne avenida que conducía a sus oficinas. Permaneció unos segundos mirando por la ventana con gesto taciturno, mientras sus tres subordinados le observaban en respetuoso silencio.

—¿Dice que, de siete veces, tres dio con el submarino? ¿En medio de cientos de miles de millas de agua? Tengo que decirle que no puedo creerlo. Ahí tiene que haber truco. Es francamente increíble.

—Estoy de acuerdo —dijo Bennington—. A mí también me lo parece. Lo mismo que algunas de las cosas que hacía Pat Price.

—Vamos a ver, doctor Bennington, usted tiene más experiencia en estas cosas que cualquier otra persona de la Agencia. Como particular, no como funcionario de la CIA, dígame, ¿usted cree realmente en eso de la clarividencia?

Bennington tensó y después relajó el deltoides como el boxeador que flexiona los hombros mientras espera la llamada del gong. Veinte años atrás, semejante pregunta de un director hubiera hecho sonar todos los timbres de alarma y su mente hubiera empezado a explorar el horizonte, en busca de una posible trampa. Ya no. El disimulo era un arte que había dejado de seducirle.

—Hace treinta años, cuando me metí en esto, era un escéptico y sigo siéndolo, pero desde entonces me he llevado más de una sorpresa que me ha inducido a mantener un criterio abierto. Creo que, efectivamente, algo ocurre que nosotros no

podemos comprender ni explicar.

El Juez pareció decepcionado, como si éstas no fueran las palabras que él esperaba oír de la boca de un hombre con la reputación de Bennington. Volvió a cruzar el despacho, se sentó, puso sus zapatos negros encima de la mesa ovalada y lanzó a Bennington la mirada que en la Agencia llamaban de «a que no me convences».

—Bien, pero ¿cómo se explica lo que hacía esa mujer? ¿Cómo diablos pudo señalar la posición de esos submarinos, si es que realmente lo hizo?

Ahora le tocó a Bennington reflexionar un momento.

—Juez, para esa pregunta sólo cabe una respuesta: no tenemos ni puñetera idea. Si quiere teorías, puedo dárselas. Pero ¿explicaciones científicas? La Agencia lleva cuarenta años buscándolas y aún no ha encontrado ninguna.

Bennington levantó los brazos como expresando con su ademán las frustraciones de aquellos años de búsqueda infructuosa.

—Permita que le exponga una pequeña parábola. Supongamos que usted y yo lleváramos un televisor portátil al Amazonas y lo hiciéramos funcionar delante de un puñado de indios que no hubieran salido nunca de la selva. Desde luego, para su sociedad, son personas muy hábiles y despiertas, capaces de cazar y sobrevivir en unas condiciones naturales difíciles. Usted les pide que le expliquen cómo funciona ese televisor. Ellos lo pensarán bien y, probablemente, le contestarán que la caja está llena de gente pequeña. La idea de que el aire que los envuelve está lleno de emanaciones electromagnéticas que no se oyen ni se ven, pero que, al tocar la bolita metálica de la antena son conducidas a unos chips de silicio que las convierte en las imágenes que aparecen en la pantalla, es algo tan incongruente con lo que su entorno social les ha predispuesto a aceptar que no podrán, no ya comprenderlo, sino imaginarlo siquiera.

—O sea que de todo ello debo de sacar en limpio que, cuando de sus fenómenos psíquicos se trata, todos somos un puñado de indios amazónicos, ¿va por ahí?

«Lo que deberías sacar de ello es un poco de humildad —pensó Bennington—. Pero, que yo sepa, la humildad nunca fue el punto fuerte de un director de la CIA».

—La idea de la parábola, creo yo, es que el que nosotros no podamos comprender ni imaginar siquiera un fenómeno no significa que ese fenómeno no exista. Cuantas más cosas averiguamos acerca del mundo físico, mejor comprendemos que no sabemos nada, y lo que no sabemos nos resulta cada día más impresionante. Quiero decir que sabemos que vivimos en un mundo determinado por cuatro dimensiones: tiempo, altura, anchura y longitud, ¿no?

—Así me lo enseñaron.

—Bien, pues algunos de los cerebros más despejados que hoy andan por ahí le dirán que, si lo cree así, es usted como quienes creían que la Tierra era plana. Dicen que vivimos en un universo de seis, siete, diez o sabe Dios cuántas dimensiones. O que ahí fuera tenemos una cuarta o una quinta fuerza. O que Einstein se equivocaba

al decir que nada viaja más rápidamente que la luz.

—Es decir, lo que usted sostiene es que si la ciencia moderna admite cosas tan extravagantes como éstas, también hará un lugar a la señora que encuentra submarinos, ¿no?

—Poco más o menos.

—Dígame exactamente qué es lo que hemos descubierto desde que trabajamos en esto.

—Hemos conseguido pruebas de que estas cosas suceden realmente. Creo que no puede haber dudas. Lo que nos vuelve locos es tratar de averiguar el cómo. O hallar la manera de reproducir estos fenómenos sobre una base remotamente convencional. Las mejores de estas personas, y esta mujer era una de ellas, te dejan estupefacto una vez de cada quince o veinte tentativas. Pero todo lo demás es paja. Ahora bien, si algún día lo conseguimos, si podemos dar ese paso, las consecuencias para los servicios de espionaje serán enormes.

El Juez se levantó, dando por terminada la reunión.

—Francamente, no comprendo por qué malgastamos tiempo, efectivos y dinero en todo esto. —Miró a Sprague, director de Ciencia y Tecnología—. Quiero que revisen todos los programas que tenemos en marcha en este campo. Y más les valdrá tener una buena justificación por cada centavo de dinero de los contribuyentes invertido en esto. Usted —dijo a Pozner—, siga adelante con la investigación. Y, doctor —lanzó una mirada a Bennington—, a ver si encuentra una explicación mejor de por qué mataron a su vidente.

—Descuide, Juez —suspiró Bennington levantándose con el envaramiento de un atleta caduco—. No hay de que preocuparse. Si mis descabelladas suposiciones son ciertas, no tardaremos en tener noticias de nuestros amigos del KGB.

MOSCÚ

—«Por mucho que des de comer al lobo, siempre le tirará el bosque».

Ilustrar una discusión con proverbios es para los rusos una tradición tan sólida como escribir haikus en momentos de ansiedad o melancolía lo es para los japoneses. Denota, entre otras cosas, que uno es *Kulturny*, culto. Por lo tanto, Iván Sergeivich Feodorov, Director General del KGB, se servía de ellos con frecuencia en sus discursos y conversaciones. Así no sólo ponía de manifiesto que era un hombre instruido —que lo era— sino que se distinguía de los que le habían precedido en el cargo.

—Nuestro problema consiste en cómo impedir que nuestro lobo vuelva al bosque.

El «lobo» de su proverbio era la población musulmana de la URSS; el «bosque», el Islam fundamentalista militante que la tentaba desde allende las fronteras meridionales del país. Feodorov formuló su pregunta, con la que él consideraba su más simpática sonrisa, a los ocho hombres reunidos en torno a su mesa. Todos

ostentaban el grado de general en el KGB. Muchos eran mayores que Feodorov, representantes de la generación reclutada antes de la revolución de Andropov. Seis eran directores del KGB en las repúblicas musulmanas de la URSS: Azerbaiyán, Turkmenistán, Kazajistán, Uzbekistán, Kirguizia y Tayikistán. Los otros dos eran el director y el director adjunto del Quinto Directorio del KGB, encargados de la represión de disidencias y sofocar el nacionalismo de las etnias del imperio soviético. Feodorov los había convocado en Moscú para estudiar la crisis de las repúblicas musulmanas anunciada por los actos terroristas recogidos en el resumen informativo de tres días antes.

—Romperle las patas al condenado lobo —gruñó Vladimir Viktorovich Pektel, jefe del KGB en Tayikistán—. Eso le quitará las ganas de volver al bosque.

Su sugerencia fue saludada con un coro de risas. Dos de sus colegas en repúblicas vecinas alzaron sus vasos de vodka en señal de aprobación, inequívoca indicación de cuáles eran los sentimientos de la mayoría de hombres reunidos alrededor de la mesa de Feodorov. El Director General los había invitado a cenar en su comedor privado, con el fin de dar un marco informal a la conversación. Escogió un cigarro habano del recipiente que uno de sus camareros había colocado entre las fuentes del banquete.

—Para romper las patas al lobo, Vladimir Viktorovich, necesitaríamos a un Stalin —declaró encendiendo el cigarro y agitó la mano para ahuyentar la nube de humo que florecía alrededor de su cabeza—. Nuestro Secretario General es hombre de grandes cualidades. Pero no es un Stalin.

Un murmullo de risitas burlonas recorrió el comedor, barómetro de la poca consideración que la mayoría de altos funcionarios del KGB tenía por Mijaíl Gorbachov y sus reformas.

Feodorov sonrió a sus subordinados a través del humo del cigarro. En un determinado aspecto, ellos simbolizan el problema que la URSS tenía en sus seis repúblicas musulmanas. Todos eran eslavos. Ninguno de ellos tenía en las venas ni una gota de sangre de alguno de los pueblos soviéticos musulmanes. Sin embargo, eran los policías, los gobernantes —carceleros, dirían algunos cuyas vidas administraban— de la población musulmana de la URSS. Tenías tantas probabilidades de ver una cara no eslava en un despacho del KGB de aquellas repúblicas musulmanas como de encontrar a un musulmán con la *yamulka* en la cabeza, rezando en el Muro de las Lamentaciones de Jerusalén. Era tan completa la esclavización del KGB en las repúblicas musulmanas que ni las *detchurnaias*, las vigilantes del KGB, que te entregaban la llave en cada piso de un hotel, eran musulmanas.

Las únicas funciones que los musulmanes desempeñaban en el aparato de seguridad de las repúblicas eran las que sólo un musulmán podía desempeñar: informadores o agentes infiltrados en las organizaciones musulmanas disidentes. Y ésta, como Feodorov había podido comprobar recientemente, no era tarea que cumplieran con gran éxito. No había musulmanes en las fuerzas fronterizas del KGB

que patrullaban la inmensa frontera que separaba a los musulmanes de la Unión Soviética de sus correligionarios del Irán, Afganistán, Pakistán y China. El musulmán de más alta graduación del Ejército Rojo era coronel. Los reclutas musulmanes indefectiblemente iban a parar a batallones de intendencia o de infantería tan alejados en lo posible del armamento moderno como pueda estarlo quien tiene que llevar un arma. Las únicas excepciones eran las tropas especiales empleadas por el Ministerio del Interior para mantener el orden público. En estos batallones, los musulmanes servían en las repúblicas bálticas y rusas. Desde luego, podías estar seguro de que, si había que disparar contra rusos, no se lo pensarían dos veces.

—Iván Sergeivich. —El que hablaba era el director del Quinto Directorio, el de más edad de los presentes, un funcionario que durante quince años fue el principal representante del KGB en Uzbekistán, la más populosa de las repúblicas musulmanas. Tenía más de setenta años y era el prototipo de funcionario del KGB de la vieja escuela que Feodorov trataba de desterrar de la organización. Todavía usaba aquellos trajes cruzados, rígidos y mal cortados que llevaba Kruschev, con una americana que se movía como una tienda azotada por el viento cada vez que se encogía de hombros. Años atrás, durante la represión de los años treinta, cuando él dirigía las chekas, un prisionero le arrancó de un mordisco una falange del índice. El mordisco costó la vida al prisionero y le valió al jefe el mote de Cuatro Dedos que ostentaba desde entonces. Ahora, señalando con el muñón a los reunidos, dijo—: ¿Me permite que haga un resumen de la situación tal como la vemos en el Quinto Directorio?

Feodorov dio su permiso moviendo la cabeza afirmativamente.

—Nos enfrentamos a un franco desafío a nuestro gobierno. Esos pueblos se han quitado la máscara. Su lealtad no es hacia Moscú; nunca lo ha sido. No es hacia Marx; nunca lo ha sido. Su lealtad es hacia Mahoma.

—Exacto —corroboró su adjunto—. Esa gente se dice atea. Todos los miembros del Partido, los más relevantes, incluso gente de nuestro Presidium, ¿saben adónde van a parar? —Lanzó una áspera carcajada, demorando momentáneamente la respuesta a su pregunta—. ¡A un cementerio musulmán!

—El problema tiene carácter histórico —afirmó Cuatro Dedos tomando nuevamente la palabra. Tal vez no fuera un intelectual, pero conocía los principios analíticos del socialismo—. Entre la población musulmana nunca hubo ni el menor entusiasmo por la revolución, por el marxismo-leninismo ni por nuestro experimento socialista.

—Pero el ardor revolucionario, así hay que reconocerlo —comentó Feodorov insinuando una sonrisa—, rara vez es inspirado por la punta de un sable o la boca de un fusil. Nuestra revolución fue hecha en Leningrado por rusos europeos e impuesta después a los musulmanes por la fuerza. En 1917, no había ni un solo musulmán a menos de mil kilómetros del Palacio de Invierno.

—Josef Visarionovich dio la respuesta adecuada en los años treinta —dijo Pektel, el jefe del KGB en Tayikistán, aludiendo a Stalin y a la que los musulmanes llamaban

Década de Represión (de 1928 a 1939), en que los clérigos, intelectuales, jefes de comunidades y todo el que fuera sospechoso de profesar creencias religiosas u oponerse a Moscú era asesinado o deportado a Siberia. El Islam se reprimió en el sur con el mismo rigor que la religión ortodoxa rusa en el norte. El número de mezquitas activas en las vastas regiones musulmanas pasó de veintiséis mil a menos de quinientas.

—Una de las consecuencias de aquella represión fue que, durante la invasión de Hitler, en 1941, cientos de miles de musulmanes se pasaron a los fascistas, ¿no? —A Feodorov le gustaba desempeñar el papel de abogado del diablo.

—¡Canallas! —tronó Cuatro Dedos.

La deserción en masa de los musulmanes soviéticos al bando de Hitler era uno de los peores puntos de fricción en las relaciones entre Moscú y las repúblicas musulmanas, entre los pueblos rusos del norte y los diferentes pueblos musulmanes del sur. En realidad, ésta era sólo la más reciente manifestación de una ancestral conflictividad entre aquellas dos naciones tan diversas. Rusia era uno de los tres grandes países europeos, junto con España y Grecia, que habían vivido bajo dominación musulmana.

Feodorov lanzó una mirada al mapa que había mandado colocar al lado de la mesa. Tras cuatro décadas de conflicto árabe-israelí, la mayoría tendía a situar el centro de gravedad del mundo islámico en la península de Arabia. Y la mayoría se equivocaba. El centro de gravedad del mundo musulmán estaba dentro de la Unión Soviética, en algún punto de las grandes estepas de Asia, entre Anatolia y las puertas de Sinkiang. Aunque los uzbekos de Uzbekistán y los turcomanos de Tashkent no se indignaran por la triste situación de los palestinos, no por ello eran menos musulmanes.

—La raíz del problema es la *glasnost* de Mijaíl Sergéyevich Gorbachov —declaró Arkadi Sokolov, representante del KGB en la turbulenta y afligida república de Turkmenistán, lindante con Irán y Afganistán—. Una cosa es permitir que los escritores, artistas e intelectuales de Moscú se expansionen hablando de sus cuitas y otra aflojarles las riendas a los nacionalistas. Ya vieron lo que ocurrió en Estonia y Letonia. Y en Nagorno-Karabaj. Pues eso no es nada, apenas una cerilla en la noche, comparado con la tormenta de fuego que esos musulmanes han desatado sobre nosotros con la libertad de expresión.

—¿Quieren que me presente ante Mijaíl Gorbachov y le diga que haga el favor de olvidarse de su *glasnost*? ¿Para volver a los días de Breznev en que podíamos arrestar a una persona por mirar con ojos bizcos la tumba de Lenin? —preguntó Feodorov.

Sokolov levantó las manos.

—Quien mea contra el viento se moja —rió—. No nos gustaría que a usted le ocurriera eso, Iván Sergeivich.

El director general del KGB coreó las risas de sus subordinados, simulando sacudirse unas gotas de líquido de su traje de Brioni.

—De todos modos, tiene razón. Esto de la *glasnost* ha sido un error, un gran error. Y después, desde luego, estuvo la derrota en Afganistán.

—Gracias a Afganistán —repuso Sokolov— ahora cada noche cruza la frontera una ola de veneno, de odio, de propaganda antisoviética. —Se refería a las estaciones de radio clandestinas situadas a lo largo de la frontera afgano-soviética que, instaladas y dirigidas por diferentes grupos de *mujaidines*, todas las noches incitaban a los musulmanes de la URSS a la violencia y la rebelión, en sus propias lenguas y dialectos, los mismos que hablaban sus hermanos del sur—. Antes de la guerra, el Gobierno afgano no se hubiera atrevido a hacer eso. Ahora esos canallas obran con impunidad, porque saben que no volveremos a enviar al Ejército Rojo.

—¿Y no pueden interferirlas?

—Ya lo intentamos, pero cambian continuamente de emplazamiento.

—Se han convertido en una plaga —agregó el director del KGB en Azerbaiyán—. Sólo en Irán hay dieciocho emisoras que nos atacan en turcomano. Y en todas las lenguas que puedan imaginar. Radio Tabriz, Radio Golden, Radio Urushi. Las emisoras de la CIA en Munich son una nimiedad, comparadas con esa gente.

—Pero las emisiones no son más que el prólogo —dijo Sokolov—. El verdadero problema es el sistema de Jomeini. Cada emisión se graba en casetes que al día siguiente, en el bazar, se reparten como pistachos. Son una plaga de langostas devorando un campo de trigo. Sólo que ellos devoran el cerebro de nuestra gente.

—Los ciudadanos de mi república nunca prestaron atención a las fiestas musulmanas —dijo el jefe de Azerbaiyán—. No sabían lo que había que hacer, ni cómo ayunar, ni sacrificar los corderos. Pero todo eso ha cambiado ya. Este año, gracias a las condenadas emisoras de radio, la mitad de la república, ¿qué les parece?, la mitad de nuestra población, ¡observó el ayuno del Ramadán! Y en Bairam sacrificaron millones de corderos, exactamente de la forma en que las escuchas les indicaban.

—¿El cincuenta por ciento de la población observó el ayuno? —Era una estadística que Feodorov ignoraba, quizá porque nadie había querido comunicársela—. ¿En qué están convirtiéndose ahí abajo? ¿En Arabia Saudí?

Su subordinado hizo una mueca y prosiguió:

—Saben muy bien lo que se hacen. Dirigen las emisiones a los jóvenes porque, nos guste o no, entre la juventud existe un apetito tremendo de esta clase de información. Nosotros tenemos que llevarlos a rastras a las asociaciones de Jóvenes Pioneros y al Komsomol, pero se pasan horas y horas cada día empapándose de tonterías sobre la gloria del Islam, los grandes guerreros musulmanes y todas las batallas que ganaron por Alá. Lo cual, naturalmente, es como decirles que pueden derrotar al Ejército Rojo.

—Iván Sergeivich. —Cuatro Dedos se impacientaba con las exposiciones minuciosas—. ¿A quién le importa una mierda que los *mullahs* digan a la gente cómo tienen que matar los corderos? Lo que esas radios predicán noche tras noche es la

violencia y la *Jihad*. «Los rusos son colonialistas. Colonialistas occidentales que os explotan. El marxismo y el comunismo son doctrinas extranjeras, extrañas, que ellos tratan de imponeros. Nosotros somos hermanos panislámicos. Expulsad a los rusos a sangre y fuego». Eso es lo que predicaban esos canallas y no cómo rezar las oraciones antes de acostarse.

»Y esto no es más que el principio. —Aún no acababa de desahogar su indignación—. Debemos añadir el hecho desastroso de que hemos permitido que nuestras fronteras con Afganistán e Irán sean un colador. Todas las noches cientos de personas las cruzan clandestinamente en uno y otro sentido. Panfletos, folletos, coranes y casetes nos inundan. Sabemos que los panfletos que se imprimen en Kabul, dos semanas después están en Samarkanda. Los hemos cronometrado.

—En los dos últimos meses, he expulsado a siete altos funcionarios de las fuerzas de seguridad fronterizas —dijo Feodorov con irritación—. ¿No han observado ninguna mejora en la situación?

—Ninguna.

—Pues expulsaré a otros setenta, hasta que encuentre a alguien que pueda controlar la situación.

—Iván Sergeivich —apuntó el delegado en Azerbaiyán—, lo malo es que la gente de uno y otro lado de la frontera ha decidido que son hermanos. Todos están involucrados en ese tráfico. Ellos guían a los que quieren cruzar la frontera a los puntos en los que saben que nuestras patrullas son escasas.

»Los esconden, les dan falsas tarjetas de identidad. Todos se parecen, hablan la misma lengua, es imposible distinguirlos. Si hay que mantener la frontera cerrada, se necesita una barrera electrificada, un campo de minas, algo como el muro de Berlín.

—¡Fantástico! —exclamó Feodorov—. ¿Imaginan cómo se ensañarían nuestros enemigos occidentales? ¡Tres mil kilómetros de frontera electrificada y minada para celebrar la *glasnost*!

—La frontera y esas malditas emisoras son problemas terribles, desde luego —gruñó Cuatro Dedos agitando el muñón del índice frente a los reunidos—, pero todavía no hemos llegado al meollo de este maldito berenjenal: esas hermandades sufíes. Ésa es la gente que hay detrás de las bombas y los asesinatos. —Un murmullo de asentimiento apoyó sus palabras—. Ellos dicen que siguen su *tariga*, su camino hacia Dios —prosiguió recalcando las sílabas con desdén—. Créanme, ese camino no les lleva a Dios. Les lleva a la revolución. Son unos reaccionarios fanáticos antisoviéticos y antisocialistas. Su único objetivo es la destrucción de nuestro sistema socialista. Son más disciplinados que el Partido, guardan el secreto mejor que el Partido.

»¿Cuántos de ustedes han conseguido, siquiera una vez, infiltrarse en una célula sufí de sus repúblicas? ¿O conseguir a un informador sufí? —preguntó Cuatro Dedos a los generales reunidos en torno a la mesa.

Miró con ojos llameantes a cada uno de los funcionarios del KGB. La única

respuesta obtenida fue un violento silencio.

—Lo cierto es que son ellos los que se infiltran —reconoció Sokolov—. Están en la administración, en la policía, entre la jerarquía del Partido. Sospecho que podemos tenerlos incluso en nuestros órganos.

—¿En cuánto estiman su número? —preguntó Feodorov.

—Eso es algo que sólo podemos suponer —repuso Sokolov—. Uno no se une a los sufíes. El reclutamiento se hace de maestro a discípulo. Tienen que invitarte. Ésta es una de las razones por las que nos ha sido imposible infiltrarnos como nos infiltramos entre los judíos y otros grupos disidentes. Yo diría que suman por lo menos un cuarto de millón, quizá más.

—Pero es la calidad, es el secreto de las hermandades lo que cuenta, Iván Sergeivich —terció Cuatro Dedos—. Se ven a sí mismos como pequeños revolucionarios al estilo bolchevique. Están en todas partes y en ninguna. Podemos ver sus manos pero no sus caras. Si tuviéramos una idea de quiénes son sus jefes, podríamos hacerles una visita a medianoche y obsequiarles con un viaje a climas más fríos. Su propósito es desestabilizar el Asia central y cada mes que pasa están más cerca de conseguirlo. Ahora, con esta campaña terrorista, han salido a campo abierto. Es una sublevación contra nuestra autoridad y nada más.

—¿Y qué proponen que hagamos? —preguntó Feodorov al jefe de su Quinto Directorio.

—Organizar una provocación. En Tayikistán. Allí la salutación es peor porque la frontera con Afganistán está muy cerca. Utilizarlo de pretexto para enviar al Ejército Rojo. Aplastar esta peste con lo único que los musulmanes entienden; la fuerza.

—¿Aplastar a quién? —preguntó Feodorov. Su tono era suave y deliberadamente plácido—. ¿Cómo? Acaba usted de reconocer que no tenemos idea de quién es esa gente.

El jefe del Quinto Directorio guardó silencio. La pregunta de Feodorov dejaba traslucir unos escrúpulos en el empleo de la fuerza represiva que Cuatro Dedos no estaba acostumbrado a observar en los directores generales del KGB.

—La primera regla del terrorismo es provocar una reacción exagerada en la autoridad contra la que está dirigido tal terrorismo, ¿no? —prosiguió Feodorov—. Ello genera simpatía hacia los terroristas. Con la reacción exagerada los justificas.

Los ocho funcionarios sentados alrededor de la mesa miraban a su Director General en silencio. No cuestionaban la validez del axioma. Sencillamente, nunca se les había ocurrido que pudiera aplicarse a sus propios problemas internos.

—Con esta *glasnost* del Secretario General, tendríamos en Tayikistán a tantos reporteros de televisión como soldados, preguntando a unos y a otros si duele mucho recibir un palo en la cabeza. El mundo nos compararía a los sudafricanos y los israelíes, lo cual no creo que complaciera extraordinariamente a nuestro Secretario General.

—Pues, si no, volvemos a enviar al ejército a Afganistán —bramó Cuatro Dedos,

golpeando la mesa con la palma de la mano—. Arrasamos los pueblos desde los que emiten las radios. No dejamos piedra sobre piedra. Eso les hará cerrar la boca.

—Después de su última visita a Afganistán, amigo mío, cuesta trabajo convencer a nuestros generales para que organicen un desfile ante los musulmanes de Tashkent o de Alma Atá; imagino cuál sería su reacción si se les pidiera volver a un país que están deseando olvidar. Es urgente actuar, en eso estoy de acuerdo con ustedes. — Feodorov, con gesto pensativo, dio una chupada al cigarro, haciendo una pausa antes de imprimir un nuevo giro a la conversación—. La solución tiene que venir por una vía nueva, por un medio sutil. A poder ser, algo desconocido. Dígame, Yuri Vassilievich —preguntó Feodorov al jefe del KGB en Kazajistán—, ¿qué se piensa en su república de los americanos?

—¡Los americanos! —estalló Cuatro Dedos—. ¿Qué diablos tienen que ver los americanos con este fregado?

Feodorov hizo como si no le hubiera oído y no apartó la mirada del jefe de Kazajistán. Éste se encogió de hombros.

—La verdad es que los kazakos parecen sentir cierta simpatía hacia los americanos. En 1986, durante los disturbios de Alma Atá, los comunistas kazajos atacaban a los rusos en la calle, imaginen, miembros del partido pegando a rusos y gritando: «Rusos fuera. Los americanos están con nosotros».

—Justo —dijo Feodorov—. Esos musulmanes prefieren el diablo desconocido al diablo conocido. Y no ignoran que los americanos ayudaron a los *mujaidines* de Afganistán, ¿verdad?

Hubo en la mesa un murmullo de asentimiento.

—Pero ¿y cuando la Marina de Estados Unidos derribó el Airbus iraní en el golfo Pérsico?

Todos los presentes se agitaron. Tres empezaron a responder al mismo tiempo.

—Estaban indignados, furiosos —dijo el jefe del KGB en Kazajistán.

—Fue lo peor que podían hacer los americanos —agregó Sokolov de Turkmenistán—. La gente no podía creerlo.

Feodorov se sirvió un gran vaso de vodka de una botella que estaba metida en hielo en un cubo a su lado. En esta ocasión, no propuso un brindis a sus subordinados antes de beber la mitad de un trago. Quería combustible para sus pensamientos, no camaradería.

—O, desde nuestro punto de vista, era lo mejor que podían hacer los americanos, ¿no? Pero, cuando bombardearon Libia, nadie se inmutó, si no me equivoco.

—Nadie —convino Sokolov—. Trípoli queda muy lejos de Tashkent. Además, nuestros musulmanes desprecian a los árabes. Ellos consideran que sus verdaderos hermanos son los turcos, los iraníes, los afganos, los pakistaníes y los chinos de Sinkiang.

—Es decir, que si tocamos a alguno de ellos, si se ataca con violencia a alguna de estas naciones, los americanos perderían amigos rápidamente —prosiguió Feodorov.

—Exacto —dijo Sokolov—. Existe un auténtico sentimiento de solidaridad entre esa gente. Ofendes a uno y los ofendes a todos. Matas a uno y te haces cien enemigos.

El resto de los presentes corroboraron rápidamente sus palabras.

—Supongamos que lo que hacen los americanos es tan abominable, tan atroz que podemos calificarlos de racistas antimusulmanes y erigirnos en la única superpotencia con la que los musulmanes pueden contar, el único amigo verdadero del mundo musulmán. ¿Recuerdan lo orgullosos que se sintieron nuestros musulmanes, en 1956, durante la guerra del canal de Suez, cuando Kruschev amenazó a franceses e ingleses con cohetes? ¿Y si los americanos hicieran algo que nos permitiera reavivar aquellos sentimientos? ¿Calmaría ello esta erupción de disidencia en nuestras repúblicas musulmanas?

—Yo creo que dependería de cuál fuera la acción de los americanos —respondió Sokolov—. Si fuera grave, sí, creo que influiría. No modificaría sus aspiraciones a largo plazo, pero ciertamente influiría en la situación que ahora tenemos planteada. Es posible.

—Me gustaría que nos explicara adonde quiere ir a parar con eso de los americanos —gruñó Cuatro Dedos—. No veo qué tienen ellos que ver con esto.

—Yo trato de hallar la manera de conseguir que los americanos hagan por nosotros lo que el ejército no quiere, o no puede, hacer. Salvar a nuestro secretario general de algunas de las tristes consecuencias de su política de *glasnost*.

—Bien, Iván Sergeivich —la voz del viejo chekista era como un órgano con el fuelle bien alimentado por el vodka y el tabaco—, usted es un joven inteligente. Siempre lo fue. No puedo adivinar qué es lo que planea. Pero deje que le diga una cosa: en esas repúblicas vamos a tener una explosión. Puede ser mañana, puede ser pasado mañana, puede ser el otro. Pero, a menos que haga usted algo y lo haga pronto, habrá explosión, tan seguro como que un toro en celo la mete en el primer agujero que encuentra. —Cuatro Dedos hizo una mueca y agregó—: Es uno de mis proverbios, Iván Sergeivich.

MOSCÚ

El ayudante de Iván Sergeivich Feodorov, un comandante del KGB de unos treinta y cinco años, puso tres carpetas azul celeste del KGB encima de la mesa de su jefe. Todas llevaban la etiqueta «OV» (*Ovosso boi Vzhosti*) «Tratamiento especial» y la clasificación complementaria «Sigma Roja». Ello significaba que, una vez aquellos tres textos, ejemplares únicos del documento, hubieran sido marcados por Feodorov y enviados al Registro Central, sólo el director general del KGB podía autorizar personalmente su salida. Contenían el material que Feodorov había estado esperando ansiosamente toda la tarde, el recién terminado perfil psicológico y el estudio de personalidad del nuevo presidente de Estados Unidos.

—¿Ha venido el doctor? —preguntó Feodorov.

—Sí.

—Que espere mientras leo esto.

Feodorov abrió el informe. Sabía que los servicios de espionaje occidentales estaban convencidos de que el KGB desdeñaba servirse de estudios psicológicos o psicoanalíticos. Ellos lo atribuían, erróneamente, a la aversión de los rusos hacia las teorías psicoanalistas freudianas. A Feodorov siempre le había parecido curioso que pensaran tal cosa, teniendo en cuenta que conocían el gran interés del KGB por el estudio del funcionamiento del cerebro y los fenómenos paranormales. De todos modos, ésta era una ignorancia occidental que él pensaba alimentar. Ello explicaba que estos documentos hubieran sido clasificados de máximo secreto. Era conveniente que Occidente ignorara que el KGB había introducido la psicología en su arsenal, se decía Feodorov.

Naturalmente, ello se debía a su conocimiento de la eficacia con que la CIA había utilizado perfiles psicológicos para guiar a John F. Kennedy en su enfrentamiento con Nikita Krushev con motivo de la crisis de los misiles cubanos y, más adelante, en sus relaciones con el quisquilloso presidente de la República Francesa, Charles de Gaulle. La Agencia los había utilizado también con resultados francamente satisfactorios para detectar a posibles tráfugas de las filas del propio KGB.

Fue Andropov quien desterró las limitaciones del dogma marxista y ordenó al KGB que confeccionara perfiles psicológicos de las figuras clave de la política internacional. Los perfiles que la organización trazó de Jimmy Carter y de Ronald Reagan proporcionaron a los dirigentes soviéticos un valioso conocimiento de cuál podría ser la conducta de cada uno de ellos en una crisis. La indecisa actuación de Carter en el asunto de los rehenes de la embajada americana en Teherán había sido prevista en su perfil. En Reagan, los psicólogos habían detectado, bajo la imagen pública del Presidente, a un hombre que sería extraordinariamente cauto en el empleo de la fuerza, a no ser que pudiera estar seguro de un triunfo inmediato y aplastante.

Ahora, por fin, Feodorov tenía en sus manos el estudio del nuevo presidente de Estados Unidos. Inmediatamente después de las conversaciones celebradas en verano de 1988, en las que cada partido había nombrado a su candidato, se decidió hacer un estudio de los dos hombres designados. La *rezidentura*, la delegación del KGB en Washington, había acudido a todos los bancos de datos de Estados Unidos, acumulando páginas y páginas de información de ordenadores que contenían prácticamente todo lo que se había escrito acerca de cada candidato.

Todo el material fue entregado a una serie de psicólogos de Moscú que lo desmenuzaron, estudiaron y analizaron desarrollando una larga serie de cuestionarios que se enviaron a las *rezidenturas* en Washington y a Naciones Unidas. Entonces se encargó a docenas de agentes del KGB que entrevistaran a personas que hubieran conocido a cada uno de los candidatos: antiguos maestros, primeras novias,

compañeros del servicio militar, amigos de juventud. Para ello habían utilizado varios subterfugios, el más satisfactorio de los cuales, según observaba Feodorov con regocijo, era el del agente del FBI que hacía una investigación del pasado del Presidente por motivos de seguridad, quien podía sonsacar a un incauto ciudadano americano utilizando un inglés impecable y una falsa identificación del FBI.

Feodorov cogió los papeles y empezó a leer. Eran poco más de veinte páginas de texto, con apéndices y un anexo de material obtenido una vez acabado el informe. Como solía hacer con documentos de semejante importancia, Feodorov leía despacio, retrocediendo a los puntos clave dos o tres veces, hasta estar seguro de haber comprendido y asimilado la idea.

Aquel día hizo su lectura con especial esmero. Si se decidía a poner en práctica el plan que empezaba a perfilarse en su cabeza para conjurar el peligro de revolución en las repúblicas musulmanas de la URSS, tenía que hallar en estas páginas un punto vulnerable a través del cual pudiese atacar al Presidente.

Cuando hubo terminado la lectura, se irguió y se frotó los ojos. En el informe había encontrado precisamente lo que, en su calidad de psicólogo del comportamiento, sospechaba que hallaría. Existía en el carácter de este Presidente una violencia rigurosamente controlada, pero una capacidad de indignación muy real. No era de los que gritaban, dan portazos o descargan puñetazos en la mesa, pero tenía genio. Su cólera era controlada y discriminatoria. Era un dato muy satisfactorio.

Además, la psicología del comportamiento postulaba que el individuo no «posee» su propia identidad. Ésta pertenece al entorno que ha producido al individuo. En el entorno del Presidente había dos elementos que saltaban a la vista. Uno ya lo sospechaba. El otro era una sorpresa.

El primero se refería a las relaciones del Presidente con su padre. La mitología popular de la prensa americana decía que el Presidente adoraba a su distinguido padre, el típico patricio de Nueva Inglaterra.

Falso. El padre era un hombre despótico que no consentía la menor discusión de su autoridad. Las relaciones entre padre e hijo fueron tempestuosas y, con frecuencia, frías. El padre era corpulento, con el cuerpo endurecido por años de la práctica de boxeo como aficionado. Nadie le intimidó nunca físicamente y él no vaciló en utilizar su fuerza para imponer disciplina a sus hijos.

Pero fue la segunda revelación la que más llamó la atención de Feodorov. Durante algún tiempo, el padre fue alcohólico. Esto era un secreto de familia. Durante sus borracheras, concentraba su furor, no en su esposa ni en sus hijos varones, sino en su hija, ahora concertista de piano, dos años mayor que el Presidente. De niño, el Presidente adoraba a su hermana más que a nadie en el mundo. Desde los seis años hasta la adolescencia, ella fue su mejor amiga, su confidente, su única consejera.

Pero, de niño, semana tras semana, tenía que presenciar cómo su padre, borracho, maltrataba a su querida hermana, sin poder hacer nada más que gritar de rabia. Cuántas veces, durante aquellos tristes años de su infancia, según confió después a un

amigo de la universidad, se había dormido llorando por no poder defender a su hermana de las iras del padre borracho. No se necesita ser doctor en psicología behaviorista por la Universidad de Kiev para adivinar el rescoldo que semejante experiencia deja en la psiquis de un individuo.

Feodorov llamó a su secretaria por el interfono.

—Que pase el doctor —ordenó.

El doctor era el profesor Lev Timochev, autor del informe. Era judío, uno de los pocos que empleaba el KGB, pero no existía la menor duda acerca de su lealtad. Era comunista de tercera generación. Su templo estaba a menos de un kilómetro de la plaza Dzerzinski, detrás de las murallas del Kremlin.

Feodorov le felicitó por el informe mientras el recién llegado se sentaba en la silla situada delante del escritorio.

—Me gustaría repasar varias cosas con usted —agregó.

El profesor inclinó la cabeza respetuosamente. Era un hombre delgado, de cincuenta y tantos años, tez pálida y pelo escaso y gris apuntando en todas direcciones.

—¿Cómo cree usted que la ira de este hombre se manifestaría en una crisis? ¿En un momento de súbita y violenta tensión?

El profesor miró un momento sus dedos largos y huesudos.

—Lo que tenemos aquí es un individuo egocéntrico y ambicioso. Ha utilizado ese egocentrismo y ambición de un modo constructivo, con buenos resultados. Luchó por abrirse camino hasta la Casa Blanca con perseverancia y firmeza. Es decir, en una crisis, este hombre se dejará llevar por sus propias reacciones, por sus instintos. Ostensiblemente, consultará con sus consejeros, pero escuchará su propia voz, no la de ellos.

Feodorov, con una sonrisa, instó al profesor a continuar.

—Yo diría también que es un tipo que se rige por la lógica y que, una vez toma una decisión, se consolida como el hormigón. No es muy partidario del compromiso, a pesar de que durante su campaña trató de dar imagen de gran pragmático.

Feodorov reflexionó unos momentos sobre sus propias palabras y, luego, volvió varias páginas del informe hasta encontrar el párrafo que buscaba.

—Eso de que el padre pegara siempre a la hermana cuando estaba borracho...

—Devastador —comentó el profesor—. El mayor trauma de su vida.

—¿En qué medida cree que puede afectarle ahora?

—En una medida muy considerable. Aquella experiencia ha determinado una mentalidad severa y vindicativa. La mano vengadora de Dios. Se observa en toda su carrera. Uno de sus subordinados comete el menor desliz, es arrestado por conducir en estado de embriaguez o hurta cien dólares de la caja, y él lo crucifica. Sin compasión. Cuando descubre a alguien que, en su opinión, merece ser castigado, carga la mano. Esa agresividad acumulada y reprimida se desborda.

«El retrato del hombre que necesito», pensó Feodorov.

—Cuando era niño y su padre pegaba a la hermana, él deseaba desafiar a su padre, ¿no es verdad? —preguntó Feodorov—. Pero, físicamente, no podía. Tenía que tragarse la ira. Ahora está en una situación en la que dispone de un poder prácticamente ilimitado para desahogar esa rabia, ¿cree que lo utilizaría?

—Quizás. Está claro que es un hombre que reprime una gran capacidad para una conducta exageradamente agresiva. Ha aprendido formas satisfactorias de sublimar sus impulsos agresivos. No hay más que ver cómo corre, cómo juega al tenis. Una violenta actividad física puede contribuir a sublimar la agresividad. Eisenhower era un hombre irascible. Por ello, estaba siempre en el campo de golf, descargando su furor en una pelotita. Se puede suponer que este hombre reprime su tendencia al comportamiento agresivo. No se trata de si tiene o no tiene agresividad. Se trata de averiguar cómo hacer que se manifieste.

Feodorov se levantó y se acercó a las altas ventanas que daban a la plaza Dzerzinski. Ahí estaba el quid: ¿cómo hacer que se manifestase?

Evidentemente, la oportunidad existía. El esquema psicológico era inmejorable. Cogió el informe y hojeó los apéndices y anexos. Durante unos momentos, miró torvamente al profesor. No era una persona escuálida la que Feodorov veía sentada ante él. Era la imagen del presidente de Estados Unidos, airosa y confiada.

—Un trabajo excelente —dijo—. Mejor, si cabe, que sus estudios sobre Carter y Reagan. Se lo llevaré personalmente al Secretario General, y procuraré que sepa a quién se deben los elogios.

A primera hora de la tarde del día siguiente, el largo Zil negro de Iván Sergeivich Feodorov, prácticamente un calco de los espaciosos *Cadillacs* que en Nueva York y Beverly Hills transportan a las estrellas de rock, avanzaba por el carril verde de Ulianovskaia Ulitza a ciento cincuenta kilómetros por hora. El coche era un exponente más del matrimonio entre el poder y el privilegio existente en la URSS. Era uno de la veintena de vehículos similares que existen en la Unión Soviética, cada uno fabricado a mano, cada uno reservado para su uso exclusivo por un miembro del Politburó o un muy alto funcionario.

Arrellanado en el asiento de piel de la parte trasera del coche, el director general del KGB miraba, a través de los cristales antibalas a los milicianos de uniforme gris que saludaban a su paso con los *pajalsta* (bastones de «por favor») blancos y relucientes que utilizaban para controlar el tráfico. Desde luego, no era un trabajo muy pesado en Moscú. Los rusos muy raramente cuestionan la autoridad. Feodorov pensaba que sólo puedes encontrar a dos clases de personas esperando pacientemente en una esquina a que la luz verde dé permiso para cruzar la calzada: rusos y alemanes.

Aquella tarde Feodorov se dirigía a una localidad situada a unos cuarenta kilómetros del Kremlin, llamada Zukovsky, en honor del héroe que fuera artífice de la

victoria de la URSS en la Segunda Guerra Mundial. Era una de las varias ciudades satélite que rodeaban la capital, relativamente cerca del centro de Moscú, pero más allá del límite de los cuarenta kilómetros del que no pueden pasar los turistas. Allí se encontraba el Instituto de Pruebas de Aeronáutica, varios institutos del ejército, y desde hacía tres años, la institución cuya creación era el mayor orgullo de Feodorov, realizada antes de asumir la jefatura del KGB; el Instituto para el Estudio de la Neurofisiología Humana. En las distintas dependencias del Instituto, que abarcaban una extensión de noventa y cuatro hectáreas, Feodorov había reunido, bajo una dirección central, todas las instalaciones clave de la URSS para la investigación de la mente y el cerebro. Allí estaban los mejores científicos del Instituto del Cerebro de Leningrado, el Instituto Serbsky para Psiquiatría Forense de Moscú, en el que habían sido recluidos una generación de disidentes soviéticos y los Laboratorios de Investigación Parapsicológica de Novosibirsk. En el recinto había también un centro psiquiátrico para los afectados de locura criminal, cuyos internos proporcionaban a los científicos e investigadores del instituto de Feodorov los conejillos de Indias que necesitaban para sus experimentos. Para el equipamiento del instituto, los proyectistas de Feodorov habían tenido acceso a fondos prácticamente ilimitados. Por lo tanto, no existía aparato ni instrumento médico para el estudio del cerebro que no pudiera encontrarse allí.

Pero la posesión más importante del Instituto no era una maravilla de la tecnología médica sino un ser humano, la persona que lo dirigía, el coronel X. P. Cherbatov. Era miembro de la presidencia de la Academia Soviética de Ciencias Médicas, poseía la Orden de Lenin y la Estrella de Oro de Héroe del Trabajo Socialista y era la mayor eminencia en el estudio del cerebro humano de la URSS y, según Feodorov, del mundo.

Pero, aunque resulte sorprendente, el coronel doctor era una mujer, una mujer de cuarenta y dos años extraordinariamente atractiva, llamada Xenia Petrovna. Cuando una rusa es hermosa, pensaba Feodorov —que, al trabajar para el KGB, había recorrido casi todo el mundo—, son las más hermosas del planeta. Y la doctora coronel no es que se incluyese en esta categoría sino que la encabezaba.

Ahora bien, su belleza no era herencia de obreros y campesinos, realizada por las delicias del socialismo estatal. La doctora coronel descendía de lo más selecto de la aristocracia zarista. Su abuelo fue el segundo hijo del príncipe Nikolai Cherbatov, vástago de una familia de Kiev propietaria de inmensas tierras. Era también el más brillante neurólogo de su generación en Rusia, contemporáneo y colega del gran Pávlov. Era un intelectual que se rebelaba tanto contra la privilegiada existencia de su familia como contra la sociedad zarista y fue uno de los primeros y más entusiastas adeptos de la revolución bolchevique. Mientras el resto de su familia huía a Turquía con la gran duquesa Tatiana, él se quedó en su país, para ofrecer su talento a la Nueva Rusia. Su recompensa fue un instituto en Kiev, en el que continuar su trabajo, un cargo en la dirección de la Academia de Ciencias Médicas y, a su muerte, acaecida en

1929, un entierro oficial al que Stalin envió a un representante personal.

El padre de la doctora coronel continuó la tradición familiar y se hizo neurocirujano. Entre 1942 y 1945 fue el primer cirujano del cerebro del Ejército Rojo, y miles de soldados soviéticos debían la vida a sus hábiles dedos y a sus noches en vela. Agotado por aquellos tres años, murió poco después del nacimiento de Xenia Petrovna. Ella decidió seguir los pasos de su padre y de su abuelo. A los diecinueve años, se licenció por la Facultad de Medicina de Moscú, terminó su período de interna a los veintiuno y a los treinta ya dirigía el instituto de su abuelo para el Estudio del Cerebro Humano de Kiev, una hazaña prácticamente inaudita en la URSS.

Brillante, inflexible, temperamental. Éstos eran los tres rasgos que Feodorov atribuía sin dudar a su coronel doctor. En un campo dominado de modo aplastante por los hombres, su inteligencia la hacía destacar entre sus colegas. Feodorov solía pensar que era una lástima que durante la última década sus investigaciones hubieran estado bajo control estricto del KGB, lo cual le impedía conseguir el reconocimiento internacional que merecía.

En cuanto a su temperamento, era eslava hasta el fondo del alma. Que el ansia eslava de excesos emocionales era un ingrediente esencial de su personalidad podían atestiguarlo tres maridos y declaraciones de amantes que llenaban varias páginas de su expediente del KGB. Evidentemente, la vida al lado de la doctora coronel era una montaña rusa sentimental, una violenta zarabanda en la que la euforia vertiginosa se alternaba con una desesperación no menos brutal. Feodorov habría jurado que Xenia Petrovna era una de esas rusas que se embarcan en una aventura amorosa tanto por la previsible tristeza del fin del idilio como por el éxtasis de su comienzo.

En aquel momento, no obstante, era la incuestionable inteligencia de la doctora coronel lo que preocupaba a Feodorov. Por vigésima vez en las setenta y dos últimas horas sacó su reciente memorándum. Sus tres hojas mecanografiadas habían sido la sentencia de muerte de la vidente de Nueva York. No obstante, aquello ya no interesaba a Feodorov. Lo que le excitaba era la primicia, inherente en aquellos párrafos, de que el grail que la ciencia soviética del cerebro había buscado durante tanto tiempo, y que a tantos científicos de talento había eludido, como modificar el comportamiento humano por control remoto, podía estar a su alcance.

Una vez más, buscó el pasaje que le intrigaba: «El trabajo que realizamos en la URSS con videntes supera indiscutiblemente en cantidad y calidad, a las investigaciones que han hecho los americanos. Se ha demostrado de forma concluyente que los videntes, por dotados que estén, no pueden realizar tareas tales como localizar submarinos con la fiabilidad exigida para justificar su utilización en tareas militares y de espionaje. Ningún vidente ha demostrado poseer esta capacidad.

»La oportunidad que esta mujer representa para la CIA y el peligro que supone para nosotros no estriba en su trabajo con submarinos sino en el uso que la CIA pueda hacer de ella. Es de suponer que el objetivo de la CIA es el mismo que nos ha guiado a

nosotros en nuestro trabajo con videntes: averiguar cómo y por qué se producen los fenómenos psíquicos. Este trabajo sólo puede realizarse con la colaboración de una persona superdotada, como parece ser esta mujer.

»Como usted sabe, nuestra labor de investigación de los fenómenos psíquicos está basada en la suposición de que estos fenómenos, de algún modo, se desencadenan o posibilitan a través de ondas electromagnéticas de muy baja frecuencia CHBF. Esta hipótesis es resultado de la evidencia extraída en 1976 de los estudios realizados sobre nuestros submarinos en el Centro de Comunicaciones Submarinas de Gomel, en el que el personal expuesto a estas ondas fue sometido a tensión, irritabilidad y otras diversas afecciones nerviosas. Aquellos estudios determinaron de forma taxativa que las ondas MBF afectan tanto al organismo humano como al sistema nervioso central.

»Nuestros científicos emprendieron entonces un programa de investigación de mayor envergadura para estudiar la posibilidad de que en estos campos se encontrara la explicación de los fenómenos psíquicos. Hasta el momento, no han podido demostrar que estas ondas puedan influir directamente en los procesos de pensamiento del cerebro. Ahora bien, lo que se ha descubierto es que, por el contrario, las ondas de muy baja frecuencia pueden influir, y realmente influyen, en el funcionamiento de la mente humana. Mediante el empleo de ciertos campos de amplitud modulada, nuestros investigadores han descubierto que es posible saltarse el mecanismo sensorial normal de algunos de los órganos cerebrales e influir directamente en el cerebro.

»La trascendencia de este descubrimiento es importantísima. Pone a nuestro alcance la meta que nos habíamos fijado desde hace tiempo: hallar la forma de influir en el comportamiento humano a distancia, por control remoto. *Sería trágico que la CIA, trabajando con esta vidente sobre la misma base, se pusiera a nuestra altura*».

Feodorov dobló el memorándum y miró a través del cristal ahumado del coche. Habían dejado atrás las calles de Moscú y, en la capital, los suburbios acaban en seguida. La transición de paisaje urbano a rural se daba con la misma brusquedad que una puesta de sol tropical. Cada vez que hacía este viaje, Feodorov se admiraba de la inmutabilidad del paisaje ruso, de lo impenetrable que el campo había sido al sueño del cambio socialista. Aquellas casas de madera, aquellas caras taciturnas y grises, aquellos pueblos, hundidos todavía en el barro, parecían salidos de las páginas de Tolstói. Él adoraba aquello. Éstas imágenes estremecían su sentimental alma eslava: los bosquecillos de esbeltos abedules, los abetos en su mayestática soledad, aquel paisaje ondulado que se extendía hasta perderse de vista en su melancólica inmensidad. En momentos como aquél, sólo había para Feodorov una realidad duradera: Rusia, *Rodina*, la patria y el imperio que era su servidor y su salvaguarda. Y por eso aquella tarde se dirigía a Zukovsky: a buscar la forma de salvar aquel

imperio por lo menos de una de las amenazas que lo acechaban.

La doctora coronel Xenia Petrovna Cherbatov lo esperaba en la entrada principal del Instituto. «Esta mujer puede ponerse la prenda más sencilla, una bata blanca de laboratorio, y hacer que parezca una modelo de París», pensó Iván Sergeivich Feodorov. Él la seguía por el reluciente corredor del edificio, observándola con una atención que, normalmente, el director general del KGB reservaba a temas de otra índole.

El leve crujido de la tela almidonada de la bata, la forma, austera y sugestiva a la vez, en que ceñía sus caderas, eran una provocación. La doctora coronel era muy alta para ser rusa, atributo que ella había querido subrayar aquella tarde con unos zapatos negros de tacón alto. Una mirada bastó a Feodorov para comprender una cosa: no eran rusos. Sin duda, un regalo que le habría traído de Occidente alguno de sus amantes. La figura que sustentaban era esbelta, llena y musculosa; la clase de cuerpo que en Oriente poseen muchas mujeres de su edad pero que era muy raro en la Unión Soviética.

Xenia Petrovna tenía unos ojos verde pálido con reflejos dorados. Eran ligeramente rasgados, revelando que uno de sus antepasados Cherbatov debió de hacer una estancia larga y fructífera en Occidente. Sus altos pómulos eran tan esclavos como su vivo genio. Sus labios se curvaban con sensual esplendor sobre una boca amplia. Esta tarde, en atención a las normas de higiene del centro, llevaba el pelo recogido en un moño en la nuca. Con sólo tirar de unas cuantas horquillas y sacudir la cabeza, el pelo caería en ondas rubio ceniza hasta el cuello de la bata.

Xenia Petrovna lo precedió hasta la sala de conferencias principal del Instituto, una habitación fría proyectada y decorada por un equipo de diseñadores finlandeses cuyo trabajo era muy admirado en las altas esferas de la URSS. Las botellas de agua mineral sulfurosa colocadas frente a cada silla, con el bloc y el bolígrafo correspondientes, eran ya más típicamente rusas. Feodorov se dirigió a su sitio, en la cabecera de la mesa y con un ademán invitó a los presentes a tomar asiento.

—*Sudarna*—dijo sonriendo a Xenia Petrovna a lo largo de la mesa. Era una vieja fórmula de saludo anterior a la revolución por la que los altos funcionarios soviéticos habían desarrollado una repentina y sorprendente preferencia. El trato de *tovarich*, camarada, se usaba en los corredores del Kremlin con tanta frecuencia como en los de la Casa Blanca—, creo que tiene usted una buena noticia para mí, ¿no?

—Eso esperamos.

La doctora coronel dedicó a Feodorov una pequeña sonrisa. Había observado que ella dosificaba sus sonrisas como una maestra que las reservara para premiar a sus discípulos más aplicados.

—Como ya le adelanté, se trata de nuestro programa para desarrollar un detector de mentiras infalible.

—Estoy seguro de que usted, Xenia Petrovna, comprenderá las extraordinarias ventajas que semejante aparato nos proporcionaría en nuestro trabajo.

—Creo que lo comprendo. —La sonrisa de la mujer se hizo maliciosa—. No obstante, debo advertirle que todavía no disponemos de la máquina perfecta que usted busca, aunque nos encontramos bastante cerca. Tenemos, sí, algo que es infalible en determinadas condiciones y nos pareció que debíamos de ponerle al corriente de su existencia porque puede serle de interés desde este mismo momento.

—Agradezco su consideración.

Xenia Petrovna oprimió un botón de un panel de control, situado junto a su silla. Las luces de la sala bajaron y, al mismo tiempo, cuatro fotos de un cerebro humano aparecieron en una pantalla.

—Esta técnica permite el estudio del cerebro y de su funcionamiento por métodos nuevos y revolucionarios. El cerebro, como usted ya debe de saber, es la máquina más compleja de este planeta. Para empezar, la corteza cerebral contiene quince mil millones de células nerviosas, o neuronas. —Xenia Petrovna se levantó y se acercó al panel—. El cerebro de cada uno de nosotros contiene más células que seres humanos hay en el planeta. Y cada célula es un complicado minilaboratorio que funciona casi constantemente.

—Ah, sí —respondió Feodorov animadamente—. Como un ordenador.

Xenia Petrovna se volvió para mirarle.

—La comparación entre el cerebro y un ordenador la hacen muchas personas. Es completamente errónea.

Le irritaba la imprecisión de ideas.

Feodorov quedó asombrado. En Moscú, las personas dispuestas a contradecir en público al jefe del KGB no eran legión precisamente. Por otra parte, aquellas palabras daban la medida de la confianza en sí misma de aquella mujer. Eso le gustaba.

—En el cerebro todo sucede en milésimas de segundo. Si lo comparamos con la velocidad a la que los ordenadores modernos procesan la información es como comparar un peatón con un *Ferrari*. Ahora bien, cada una de las neuronas del cerebro puede compararse, quizá, con la unidad central de un ordenador. La mayoría de ordenadores tienen una. Algunos cinco o seis. El cerebro tiene quince mil millones. Ello le da una capacidad de procesamiento en paralelo tan superior a la de cualquier ordenador que el hombre haya podido siquiera soñar, que no podemos ni concebirla.

—Tomo nota de la observación, *Sudarna* —sonrió Feodorov—. En el futuro, procuraré tener más cuidado con las comparaciones fáciles.

Esta vez hubo más calor en la mirada que ella le dedicó.

—Nosotros sabemos —prosiguió— que todo lo que el ser humano experimenta, desde la felicidad hasta la agresión, así como funciones como el habla y el movimiento, está relacionado con procesos eléctricos y químicos que se operan en el cerebro. Una persona no puede levantar el dedo meñique, pensar, sentir, escuchar una nota musical ni sentir frío sin que en el cerebro se produzca una reacción electroquímica.

Xenia Petrovna oprimió un mando de un panel de control manual. Una de las

diapositivas fue sustituida por la imagen de un hombre de cabeza afeitada, conectado a una serie de cables terminados en sensores fijados en su cráneo.

—Durante tres cuartos de siglo, el único instrumento que poseíamos para estudiar y medir las corrientes eléctricas asociadas a cada uno de esos actos era el electroencefalograma, el EEG. El que utilizamos en esta ilustración tiene treinta y dos sensores, que es la máxima sofisticación que podemos alcanzar. Sin embargo, el EEG sigue siendo una herramienta imperfecta. —La doctora coronel señaló con un puntero el diagrama de la sección cerebral—. No puede detectar actividad eléctrica cerebral hasta un par de centímetros por debajo del cráneo. Ello significa que toda esta zona del cerebro —señaló con el puntero el centro del dibujo—, la entraña de la que surgen nuestras emociones, es terreno desconocido por lo que al EEG se refiere. El EEG no puede captar un impulso eléctrico de estas células nerviosas porque cuando ese impulso llega al cráneo es tan débil que no puede atravesar el hueso y, en consecuencia, no recibimos señal alguna.

—¿Y eso qué quiere decir? —preguntó Feodorov.

—Esta zona es donde se centran nuestras emociones fundamentales: amor, odio, miedo, hambre, sensualidad, agresividad. Tratar de comprender cómo funciona el cerebro sin poder estudiar el funcionamiento de esta zona es como tratar de comprender cómo trabaja el motor de un coche sin levantar el capó.

—Es decir, que, cuando se trata de comprender cómo funcionan en el cerebro las cosas realmente importantes, caminamos a ciegas.

Mientras lo decía, Feodorov pensaba: «Si no podemos entender el cerebro, ¿cómo vamos a influir en él?».

—Hasta ahora, si —respondió Xenia Petrovna—. Pero eso va a cambiar. Feodorov se puso rígido.

—Según la ley natural más elemental, cada impulso eléctrico del cerebro crea un campo eléctrico y un campo magnético. A diferencia del campo eléctrico, el campo magnético no es amortiguado por el hueso del cráneo. Sale intacto desde el centro, desde el corazón del cerebro, el sistema que antes señalé. Allí ha estado desde que el hombre existe, esperando que nosotros encontráramos la forma de medirlo.

—Entonces, ¿por qué no lo hemos medido todavía? —preguntó Feodorov—. Por unos estudios que realicé unos años atrás, sé que disponemos de muchos medios para medir los campos magnéticos.

—Porque es increíblemente débil. Equivale a una mil millonésima parte del campo magnético natural de la Tierra, el campo en el que ahora estamos, es el responsable de que la aguja de la brújula apunte al norte. Tratar de captarlo sería como estar en el centro de un estadio olímpico intentando entender las palabras que una niña de tres años dice a su papá en la última fila del graderío, mientras cien mil personas corean un gol del Ejército Rojo. Imposible.

Feodorov fue a hacer un inciso, pero se contuvo. Era evidente que la doctora coronel había llegado al punto crítico de su exposición.

Xenia Petrovna hizo una pausa, para dar más énfasis a sus palabras, y prosiguió:

—Hoy, por fin, podemos empezar a oír las palabras que balbucea la niña. Estamos empezando a atisbar en las profundidades del cerebro.

Lentamente, volvió a su silla, subrayando con su taconeo las palabras que acababa de pronunciar.

—Éste es el aparato que nos permite conseguirlo. Se llama magnetoencefalógrafo. Los americanos creen que nos llevan ventaja en esta tecnología. Están equivocados.

Nuevamente, pulsó el panel de control. Esta vez apareció en la pantalla algo que a Feodorov le pareció un modernísimo sillón de dentista tapizado con cuero negro. Evidentemente, estaba diseñado para ser utilizado por el paciente —si podía llamársele así— en posición semirreclinada, como si estuviera en un asiento de primera clase de una compañía aérea occidental. En la cabecera había un casco similar al que usan las mujeres en la peluquería, para hacerse la permanente. Encima se veía un cilindro de metal blanco, un poco mayor que las botellas de oxígeno que los submarinistas se atan a la espalda.

—Aquí tenemos el último modelo de magnetoencefalógrafo. Dentro del casco hay doscientas sesenta y cinco bobinas de alambre de indio del tamaño del botón de una camisa, distribuidas en una superficie de sesenta centímetros cuadrados. El tubo al que está conectado el casco contiene un depósito de helio líquido que refrigera el indio convirtiéndolo en superconductor. Lo que hace este aparato es permitirnos estudiar todo el cerebro simultáneamente, al leer los campos magnéticos que indica. En lugar de darnos una serie de fotos del cerebro, como hace un escáner, nos da una película, en tres dimensiones del cerebro en acción. Esto va a abrirnos la puerta a los más profundos misterios de la psique humana.

Volvió a pulsar el panel. Apareció el perfil de una cabeza.

—Aquí tenemos una imagen ampliada por ordenador de lo que ocurrió cuando el sujeto escuchó *El pájaro de fuego* de Stravinsky.

Feodorov observó con asombro cómo aparecía una cadena de puntas de alfiler rojas que bailaban en una zona del cerebro no más grande que un kopek.

—Esos puntos luminosos nos indican qué grupos de células reaccionan a los estímulos aurales de la música, dónde están situadas y la secuencia en la que responden. Podemos congelar la imagen de estos movimientos en cada nota de la *suite* con el grupo de células que la registraron.

Volvió a activar el panel.

—A este paciente acaba de decírsele que cierre y abra la mano derecha.

Una nueva cadena de luz empezó a moverse por otra zona del cerebro.

Xenia Petrovna pulsó de nuevo el mando a distancia.

—Ahora hemos metido la mano derecha del hombre en agua helada.

Nuevamente, una serie de lucecitas aparecieron en la pantalla.

—Las consecuencias de esto son asombrosas —dijo Feodorov—. Estoy muy

impresionado.

Xenia Petrovna dedicó a Feodorov otra de sus sonrisas de superioridad.

—Una de las cosas más fascinantes que hemos descubierto con el magnetoencefalógrafo es que el cerebro anticipa una reacción o un ademán antes de que el sujeto la experimente o lo lleve a cabo. Con esto podemos ver que usted va a levantar el meñique una milésima de segundo antes de que lo levante. Si sus sentidos son estimulados, si usted oye un sonido familiar, percibe un olor familiar, ve una cara o un panorama conocido, el hecho de que usted lo haya reconocido está registrado en su cerebro. No importa si usted lo niega. En su cerebro hay una indicación de que lo ha reconocido. Esta máquina nos permite leer esa indicación.

Xenia Petrovna se levantó y alisó los pliegues de su bata. Conseguía irradiar sensualidad incluso con un ademán tan corriente.

—He preparado una pequeña demostración de cómo actúa —anunció—. He seleccionado a dos de nuestros internos que mienten con la misma habilidad con la que baila la primera bailarina del Bolshoi. Intentarán mentir a mi máquina. —De su garganta escapó una risa ronca y maliciosa—. Puedo asegurarle que a esta máquina no podrían mentirle aunque de ello dependiera su vida.

Con el cráneo afeitado y cubierto de una pelusa gris y una expresión hosca en la cara, los dos internos elegidos por Xenia Petrovna para demostrar su nueva tecnología al director general del KGB parecían una pareja de díscolos reclutas del Ejército Rojo a los que se acabara de informar que iban a ser enviados a un batallón disciplinario en Siberia.

—El de la izquierda es un psicópata —susurró a Iván Sergeivich Feodorov—. Tiene accesos de furor incontrolables. Hace seis meses, en Kiev, estando borracho, mató a cuatro personas. Fue condenado a muerte, pero decidimos salvarlo de la horca y traerlo aquí —sonrió ligeramente—, para que nos ayudara a servir a la medicina soviética. Su compañero —indicó al segundo interno, un hombre de cara morena, que, según pensó Feodorov, parecía un hurón buscando un agujero en el que esconderse— es un georgiano de Tbilisi. Ha pasado más tiempo en los tribunales que muchos de nuestros jueces.

—¿De qué se le ha acusado?

—De todos los tipos de pequeños crímenes contra el Estado que pueda imaginar: hurto, actividades en el mercado negro, receptación de objetos robados, fraude.

—¿Y él también decidió venir para ayudarnos en la causa de la ciencia?

—En efecto. La idea le pareció bastante más atractiva que tener que pasar el resto de su vida en Siberia, que era su única alternativa.

La doctora se llevó a Feodorov a una habitación que, en opinión de éste, hubiera podido pasar por una sauna. Las paredes, el techo y el suelo estaban cubiertos de clara madera de fresno. En el centro estaba el sillón de cuero negro «tipo dentista»

que Feodorov había visto en la diapositiva en la sala de conferencias.

—Esta habitación está aislada todo lo posible de campos magnéticos externos. Tenemos que asegurarnos de que cuando entren no llevan encima ningún objeto metálico. Después lo único que tienen que hacer es permanecer sentados en ese sillón, con la cabeza dentro del casco, descansando —explicó la doctora coronel—. La tecnología hace el resto.

—Más fácil que ir al dentista.

—Mucho más. —Ella señaló un monitor de televisión—. En esa pantalla les mostraremos treinta fotografías, con intervalos de diez minutos. Veintiocho son de nuestros empleados de Novosibirsk a los que ninguno de esos hombres ha visto en su vida. Mezcladas con ellas habrá dos fotografías de las víctimas de nuestro asesino psicópata de Kiev y de los compañeros de mercado negro del georgiano. Las instrucciones son muy simples. No deben revelar a nuestros interrogadores a cuáles de las dos personas de las treinta conocen.

Xenia Petrovna acompañó a Feodorov fuera de la sala de control y el asesino de Kiev fue introducido en ella. Feodorov observó por un monitor de televisión al hombre que se instalaba en el sillón de cuero. El interno suspiró y se relajó.

—Ya lo ha hecho otras veces —comentó la doctora coronel—. Sabe que el experimento no es doloroso.

—A diferencia de otros a los que ha sido sometido, ¿no?

—El avance científico tiene su precio, Iván Sergeivich.

—Ah, sí, muy cierto.

Delante de Feodorov había un banco de pantallas de ordenador. Los equipos eran americanos, observó: *Hewlett Packard*. No recordaba si habían sido adquiridos legalmente o traídos por sus propios servicios.

—Listos. Conecten los ordenadores —ordenó Xenia Petrovna. Las pantallas se animaron con ondulantes telarañas luminosas de color verde—. Enfoquen su centro de identificación audiovisual. —El dispositivo, explicó a Feodorov, podía enfocar una superficie del cerebro no mayor de un milímetro cuadrado. Mientras ella hablaba, Feodorov observó que las rayas luminosas de la pantalla cambiaban—. Empiecen a pasar las fotos. —Se volvió hacia Feodorov—. Las fotografías de sus víctimas las mostraremos en noveno y decimoséptimo lugar.

Feodorov observaba fascinado al hombre que miraba las fotos que desfilaban ante él en la pantalla del televisor. Sus hoscas facciones no revelaban emoción alguna, ni un parpadeo de reconocimiento, a pesar de las preguntas que le repetía con insistencia el operador de la máquina con cada nueva foto.

—Cuando sus ojos vean las fotos de sus víctimas, tendrá lo que nosotros llamamos una P300, una onda cerebral que se producirá trescientos milisegundos después de que la foto aparezca en la pantalla. Es la señal de que el banco de memoria de su cerebro ha reconocido la imagen visual que los ojos le han enviado. Aunque él mienta, no diga nada o jure que no ha visto a aquella persona en su vida,

no importa. El hecho de que él ha reconocido la cara estará registrado en el disco de nuestro ordenador por esa onda cerebral. Él nada puede hacer para impedirlo.

—A no ser que cierre los ojos, claro.

—Evidentemente.

—¿Y si se le mantienen los ojos abiertos a la fuerza?

—Entonces la onda cerebral reveladora que nosotros buscamos estará ahí.

Pasó la última de las treinta fotografías por el monitor de televisión del prisionero, y la pantalla se apagó.

—Muestren la reacción registrada después de que viera a su primera víctima —ordenó Xenia Petrovna—. Aquí —dijo señalando una línea ondulada—. Aquí está su P300 que indica que la reconoció. Ahora otra foto. Observe que esa onda cerebral no aparece porque él no reconoció a la persona de la foto.

Feodorov contemplaba la pantalla del ordenador. Desde luego, no se veía la línea ondulada que apareció cuando el cerebro del asesino reconoció a su primera víctima. Xenia Petrovna proyectó en la pantalla las imágenes correspondientes a las reacciones del asesino a otras seis fotos, todas ellas de desconocidos. Ninguna mostraba la onda cerebral característica del reconocimiento de un rostro familiar.

—Ahora veamos su reacción a la segunda víctima.

Y allí estaba otra vez, la misma línea ondulada, exactamente en el mismo sitio que había aparecido cuando reconoció a la primera víctima.

Xenia Petrovna ordenó que sacaran al homicida del sillón y que el georgiano ocupara su lugar. Se repitió el mismo proceso, con el mismo resultado.

—Su máquina es milagrosa por lo que respecta a la vista —reconoció Feodorov—. Pero ¿y en lo concerniente a decir una mentira? ¿Existe algún indicio de que esta máquina pueda revelar que se miente?

—Estoy segura de que lo hay. Para cada ademán mecánico que va a hacer el cuerpo existe un patrón concreto de ondas cerebrales, llamado «esquema preparatorio», que esta tecnología permite detectar e identificar. Si existen ondas características para cada uno de nuestros movimientos mecánicos, estoy segura de que las hay también para cada una de nuestras reacciones emotivas. Lo único que hay que hacer es encontrarlas. Cuando las hayamos encontrado, tendrá usted su detector de mentiras infalible. Y, con esta máquina, un día las encontraremos.

—Hay que felicitar a usted y a su equipo, doctora coronel. Y recompensarles también.

—Nuestra mayor recompensa es poder servir la causa de nuestro gran Estado socialista.

Una sonrisa tal vez más festiva de lo apropiado tiró de las comisuras de los sensuales labios de la doctora Xenia Petrovna.

—Desde luego.

Feodorov tomó la cartera.

—Xenia Petrovna, ¿puedo hablar con usted en privado unos momentos antes de

regresar a Moscú? Me gustaría comentar su reciente comunicado referente a la vidente de Nueva York y sus implicaciones.

El almirante Peter White, médico personal del presidente de Estados Unidos, se acercó al puesto de guardia del Servicio de Protección de la Puerta Oeste de la Casa Blanca. Iba de paisano, a fin de llamar la atención lo menos posible. El guardia inspeccionó cuidadosamente su tarjeta de identidad y su fotografía, encontró su nombre en la lista de citas y llamó al secretario encargado de las visitas presidenciales para pedirle que informara al Despacho Oval de la llegada de White. A los pocos minutos, apareció el joven que debía acompañar a White ante el Presidente.

Pero, en lugar de llevarlo a los despachos de la planta baja, lo condujo, por una escalera posterior, a la residencia presidencial del segundo piso. Al final de un corredor, abrió la puerta del despacho particular del Presidente.

—El Presidente vendrá dentro de unos minutos.

White se sentó en una de las sillas Chippendale de la habitación. Estaba nervioso, ya que aquélla sería su segunda entrevista con su ilustre paciente. La primera, mantenida pocos días después de la toma de posesión, tuvo por motivo la más trivial de las afecciones, una indigestión aguda. White aprovechó la ocasión para recomendar al Presidente que utilizara las excelentes instalaciones y equipos médicos que tenía a su disposición en el Centro Médico Naval de Bethesda para hacerse un examen completo. Ello, recalcó, proporcionaría a los consejeros médicos presidenciales todos los datos que pudieran necesitar si durante su mandato surgía algún problema o emergencia.

El Presidente rechazó la idea antes de que White acabara de proponerla. No estaba dispuesto a malgastar un precioso día de trabajo deambulando por Bethesda con un camión blanco para que un equipo de médicos de la Marina le palparan y exploraran. Tendrían que arreglárselas con los datos que obraban en poder del médico de cabecera de la familia. White se dijo que era probable que el Presidente le hubiera llamado porque había cambiado de idea. Por teléfono advirtió en su voz un acento de inquietud, una fragilidad que le indicó que aquel hombre estaba muy preocupado por su salud.

La entrada del Presidente interrumpió sus pensamientos. White se levantó de inmediato.

—Siéntese, por favor, doctor —dijo el Presidente, que se instaló en el sillón situado frente al de White, puso una pierna encima de la otra y juntó las yemas de los dedos, formando una cúspide que le rozaba el mentón. Era una actitud que se había hecho familiar a millones de compatriotas—. Doctor, quiero hablarle de algo estrictamente confidencial.

—Señor Presidente —respondió el almirante White—, a pesar de la importancia de su cargo, yo soy un médico personal y estoy sujeto al mismo secreto que rige en

las relaciones entre cualquier médico y su paciente. Es un secreto tan riguroso como el de confesión.

—Está bien, doctor, gracias. No me interesa en absoluto que lo que voy a decirle se filtre a la prensa. Por lo menos, hasta que no haya más remedio. —El Presidente describió entonces con detalle sus vahídos y sus vértigos repentinos—. He leído mucho sobre eso —terminó—, y tengo que decir que estoy muy preocupado. Tengo todos los síntomas de un tumor cerebral.

—Señor Presidente —la voz del almirante rezumaba confianza—, lo primero que enseñan en la Facultad es a no dejarse arrastrar hacia el autodiagnóstico. Los síntomas que describe pueden denotar un tumor cerebral. Pero pueden indicar también otras muchas cosas.

El Presidente asintió con gesto de preocupación. No se le tranquilizaba tan fácilmente.

—Me gustaría hacerle una exploración en Bethesda, señor. Allí tenemos el mejor y más moderno instrumental en tecnología neurológica, un aparato que se llama magnetoencefalógrafo. Si tiene usted un tumor en el cerebro, allí saldrá.

—¿Es un proceso complicado?

—En absoluto. Cuestión de cuarenta y cinco minutos.

El Presidente meditó unos momentos las palabras de White.

—¿Es algo habitual?

—Habitual, no, señor. Estamos hablando de un aparato de tres millones de dólares. En estos momentos, sólo hay tres en el país. Evidentemente, se reserva para casos especiales.

—Sí, eso es lo que me preocupa. Siempre habrá una enfermera o algún empleado que se vaya de la lengua y la cosa llegará a la prensa. Saldrá en el *Washington Post*. «El Presidente ha pasado por Bethesda donde se le ha hecho una exploración cerebral supersecreta». ¿Imagina las consecuencias?

—Las imagino —dijo White—. Pero me parece que conozco la manera de evitarlo, señor.

—¿Y cuál es?

El almirante sonreía.

—Hagamos lo que hace meses que le estoy pidiendo. Permita que le ingrese para una revisión completa. Haremos el magnetoencefalograma dentro de su revisión anual. Así podremos decir a la prensa que se trata de la revisión rutinaria.

Todos los despachos de los altos funcionarios soviéticos parecen responder al mismo modelo. Son indefectiblemente lúgubres y están escasamente amueblados e iluminados. Los rincones se diluyen en sombras que sugieren a la vez la amenaza y la melancolía propia del carácter ruso. El despacho de Xenia Petrovna no era una excepción. Estaba revestido de arriba abajo de oscura madera pulimentada. El techo

también era de madera oscura formando la rígida geometría de un tablero de ajedrez. El suelo estaba cubierto por una serie de alfombras del Turkestán en carmesí encendido, azul y púrpura. El escritorio era una inmensa mesa negra y dorada, copia de un modelo de Bartolomeo Rastrelli, arquitecto de la corte de la emperatriz Isabel Petrovna. Detrás estaba el consabido retrato de Lenin. Unas luces indirectas suavizaban las facciones del viejo dándole un aspecto de abuelo despistado, en lugar del fanático demacrado que representan la mayoría de sus retratos oficiales.

«Qué extraño que el despacho de una mujer tan atractiva sea tan rigurosamente masculino», pensó Feodorov. Sólo un toque femenino suavizaba su severidad: un leve perfume que alguien había esparcido en el ambiente. Quizá, dedujo Feodorov, ésta fuera la manera en que la doctora coronel reafirmaba su autoridad en el mundo masculino que dirigía. Había abierto el armario y colgaba su bata blanca. Debajo llevaba una blusa de seda azul celeste cuyo corte subrayaba la línea ufana del busto. La blusa no era más rusa que los zapatos de tacón alto. Oprimió un botón. Una mujer de edad apareció en la puerta de la cocina privada.

—¿Té, Iván Sergeivich? —preguntó Xenia Petrovna—. ¿O café? ¿O algo más fuerte?

—El té me va bien.

El director general del KGB se sentó en el sillón situado al lado de la mesa y ofreció a Xenia Petrovna un *Chesterfield* en una pitillera *Dunhill* de oro. La preocupación de Occidente por los peligros del tabaco todavía no había hecho mella en los hábitos soviéticos. Al igual que la mayoría de sus compatriotas, Feodorov seguía siendo tan adicto al tabaco como lo fueran los americanos en los años treinta y cuarenta.

—El problema de la vidente de Nueva York ha sido resuelto —informó a la doctora—. La CIA no volverá a utilizarla en sus proyectos.

La clara insinuación de que la mujer había sido asesinada no provocó emoción visible en las hermosas facciones de la doctora coronel. Feodorov abrió la cartera, sacó el memorándum, lo leyó en voz alta y la miró.

—Xenia Petrovna, existe una razón de Estado concreta y urgente que hace que el trabajo que está usted realizando tenga enorme trascendencia en un futuro inminente.

—¿Puedo preguntar cuál es esa razón de Estado?

—No.

—Muy bien. —Mientras hablaba, se quitaba las horquillas del moño. Sacudió la cabeza como una yegua joven y fogosa y su cabello se soltó sobre sus hombros en largos bucles que, a la luz indirecta que iluminaba el retrato de Lenin, tenían un brillo satinado y dorado—. Como usted sabe, yo siempre he mantenido que el perfecto conocimiento del efecto de las corrientes electromagnéticas en las células humanas nos dará la clave para comprender la conducta humana.

Feodorov al mirarla volvió a sentirse impresionado por su belleza. Qué incongruencia estar allí sentado admirando su físico mientras ella hablaba de un tema

tan complejo y misterioso.

—¿Recuerda usted el trabajo que yo realizaba en Kiev hace diez años sobre el estímulo eléctrico del cerebro?

—Desde luego. —Aquel trabajo fue lo que hizo que Feodorov se fijara en Xenia Petrovna. Ella había estudiado las funciones del cerebro humano utilizando técnicas similares a las que Delgado había empleado en animales. Había conseguido inducir emociones específicas en su sujeto, cólera, euforia, sueño, por el procedimiento de transmitir una corriente eléctrica al cerebro a través de esos electrodos. Después, conectó los electrodos a un ordenador. Entonces expuso a los sujetos a ciertos estímulos sensoriales: un chorro de agua caliente en la mano, una imagen pornográfica en una pantalla de televisión, un gesto amenazador... Los electrodos transmitían al ordenador la señal eléctrica exacta que caracterizaba la reacción del cerebro a cada estímulo. Ella descubrió que podía reproducir las reacciones prescindiendo de los estímulos, simplemente enviando la señal eléctrica exacta al cerebro del sujeto con los electrodos—. Es de suponer —prosiguió Xenia Petrovna— que si pueden producirse estas emociones en el cerebro con una corriente eléctrica, también pueden producirse desde fuera del cuerpo con un campo electromagnético, siempre que se sepa con exactitud que campo utilizar. Y, en este caso, con toda seguridad será un campo de muy baja frecuencia, porque no existe en este planeta organismo vivo que no se encuentre dentro de la demarcación biológica de estas frecuencias.

Su disertación fue interrumpida por la llegada de la anciana sirvienta que entró con el servicio de té en una bandeja de plata. La dejó en la mesa de Xenia Petrovna. «¡Fantástico!», pensó Feodorov observando cómo la mujer organizaba la pequeña ceremonia del té. Hay ciertas cosas que ningún dogma político puede erradicar y una de ellas es la herencia. Xenia Petrovna servía el té con la gracia condescendiente de una gran duquesa que recibe en su mesa a un visitante distinguido pero que, lamentablemente, no ha sido favorecido con el don de la sangre real.

Después de entregar una taza a Feodorov, tomó la suya y saboreó el primer sorbo con el gesto del catador profesional.

—Ahora bien —prosiguió, al parecer, satisfecha del resultado—, ¿cómo pueden utilizarse esos campos para modificar el comportamiento? La incógnita que no podíamos despejar era: ¿qué interacción establecen las células de nuestro cuerpo con esos campos de muy baja frecuencia?

»Un tal Adey, un australiano que trabajaba en California, nos dio la respuesta. Las membranas de la célula están cubiertas de filamentos de proteína que llevan iones de calcio en el extremo. Cada hebra tiene una carga eléctrica negativa. Imagínelas como espigas de trigo mecidas por la brisa del verano.

—Una imagen muy placentera.

Xenia Petrovna dedicó a su superior otra de sus sonrisas de condescendencia.

—En efecto. Ahora suponga que la brisa veraniega es, en realidad, uno de esos

campos tenues. Adey y su equipo descubrieron que esos filamentos de proteína hacen las veces de antenas supersensibles que detectan esa brisa electromagnética que sopla sobre sus cabezas. Los iones de calcio envían un mensaje al interior de la célula ordenándole que responda haciendo lo que se supone que debe de hacer una célula. Este fenómeno se llama resonancia. Si ponemos agua en un vaso de cristal y la bombardeamos con una frecuencia muy precisa, empezará a vibrar, ¿no?

—Sí; lo he observado.

—Y el vaso acabará por romperse. Otra manera de decirlo es que el efecto está en función de la frecuencia. Eso es lo que ocurre aquí. Esos tenues, muy tenues campos electromagnéticos no pueden utilizar energía para comunicar su información, porque no la tienen. Transmiten la información porque operan a la frecuencia exacta que puede hacer vibrar esas espigas de trigo de la membrana celular. —Xenia Petrovna se echó atrás en su sillón giratorio de respaldo alto y miró a Feodorov con gesto de perplejidad—. Permítame ponerle otro ejemplo de resonancia que le gustará más todavía. Imagine que lo sentamos a metro y medio de una pantalla de televisión.

—Lo cual no me haría ninguna gracia —respondió Feodorov—. Contemplar nuestra televisión me parece una forma de tortura.

—Si quisiéramos conseguir que ese televisor generase una señal capaz de producir un cambio fisiológico en su cuerpo, por ejemplo —Xenia Petrovna rió con malicia—, provocarle una erección, la cantidad de energía que se supone habría de emitir para hacerlo, es infinita. Pero ¿y si ponemos la «tele» y proyectamos en la pantalla la figura de una mujer guapísima, una joven beldad del Bolshoi en actitud sensual? La cantidad de energía lumínica que desprenderá esa pantalla será insignificante, inapreciable. Pero, con un poco de suerte, conseguíamos la erección deseada.

—Eso espero, estimada doctora coronel.

—¿Por qué? Porque sus ojos han captado el estímulo visual del hermoso cuerpo de la bailarina y lo han transmitido a su cerebro. Allí ha accionado el sistema central de mando y control. El banco de memoria de su córtex cerebral reconoció la imagen y cursó órdenes a otras glándulas de segregar su sistema circulatorio una serie de agentes químicos. *Voilà*, una erección. El fenómeno de resonancia funcionando a la perfección.

Feodorov hizo una burlona reverencia a Xenia Petrovna. Se preguntaba si no sería buena idea invitarla a uno de sus selectos almuerzos del domingo en su pabellón de caza.

—Estoy muy agradecido a la ciencia por su ayuda y sus explicaciones, amiga mía.

—Por lo que se oye en Moscú, quizá las explicaciones de la ciencia le aprovechen, pero no parece que su ayuda sea necesaria. Bien, sigamos. Ese Adey de California demostró que los glóbulos blancos de la sangre, las células de la piel y las células del hueso pueden recibir información de estos campos por resonancia. Lo que

hemos demostrado aquí en este laboratorio, durante este mes, es que en las células del cerebro existe un mecanismo similar.

—Le agradeceré que me lo explique.

—Su cerebro reaccionó a un estímulo sensorial, la imagen del hermoso cuerpo de la bailarina, transmitido a él en forma de fotones, energía electromagnética de la luz captada por el ojo. Su cerebro reconoció la imagen porque su código genético y su experiencia le habían enseñado a reconocerla. Reaccionó emitiendo una serie de señales electromagnéticas que desencadenaron una serie de procesos químicos. Eso le produjo la erección.

—Entonces, evidentemente, la clave del proceso son las señales.

—Exacto. En definitiva, cada señal tendrá una definición electromagnética precisa. Y casi con toda seguridad será única para cada función y para cada ser humano porque las células de cada ser humano son únicas para aquel individuo y para la función que las células realizan. Pero, si nosotros llegáramos a descubrir una de estas señales, ¿podríamos enviarla nuevamente al sistema nervioso? ¿Podríamos engañar a un cerebro como el suyo induciéndole a pensar que ahí fuera había una hermosa bailarina cuando, en realidad, no había nada más que una señal electromagnética? ¿Tendría usted la erección?

La maliciosa sensualidad que Feodorov había observado tantas veces en la doctora coronel había desaparecido. Estaba tensa y concentrada, en actitud científica e investigadora.

—La respuesta a esa pregunta es: casi seguro que sí.

—¿Cómo espera usted descubrir la señal?

—La máquina que usted vio en acción antes, nuestro magnetoencefalógrafo puede, pienso, ser la respuesta.

—¿Por qué?

—Porque puede penetrar en lo más profundo de la mente y ahí es donde se transmiten esas señales.

El director general del KGB casi no consiguió ahogar su reacción al oír sus palabras. «Entonces mi idea, mi plan podría dar resultado», pensó.

—Necesito un informe exacto del estado actual de sus trabajos.

Xenia Petrovna dio un sorbo lento al té, casi con aire de burla. No era mujer a la que se pudiera meter prisas.

—Si por influir en la conducta a distancia usted entiende hallar la manera de obligarle a usted a levantarse del sillón, acercarse a la librería, coger esa figura de porcelana —señaló una escultura modernista que sostenía sus libros de medicina— y luego obligarle a estrellármela en la cabeza, la respuesta es que estamos a años luz. Es más, no creo que tal cosa llegue a ser posible.

—No —dijo Feodorov—: Mis necesidades son más primarias y simples: cómo manipular las emociones básicas en general. Lo que me gustaría que hiciera por mí, doctora coronel —los ojos de Feodorov brillaban con una intensidad que Xenia

Petrovna asociaba a los *saddhus* hindúes o a los monjes tibetanos—, es averiguar cómo pueden estimularse los impulsos agresivos de una persona sin que ella se dé cuenta.

—Eso quizá no sea tan fácil como yo lo hice parecer.

—No me explique las dificultades. ¡Hágalo!

Xenia Petrovna fue a decir algo, pero Feodorov la atajó alzando la mano como una bandera de aviso.

—Para eso está usted aquí, doctora coronel. Para esto está este Instituto. Por ello nunca se le ha negado ni un rublo ni un aparato. Puede disponer de todo lo que necesite, obtener todas las autorizaciones, pero ¡hágalo!

—¿Y para cuándo lo necesita?

—Para ayer.

Tercera parte

Enhorabuena, Xenia Petrovna. Has cambiado el mundo

MOSCÚ

El Honda de tres años, modelo *Civic Custom Cruiser* representaba lo último en el transporte suburbano americano. Una deteriorada pegatina de «Bush for President», seguramente la única en todo Moscú, se desprendía del parachoques delantero. Cómo había resistido la pegatina los rigores del invierno ruso era un misterio que Bill Witter no llegaba a comprender. Por si fuera poco, los dos guardabarros exhibían gran diversidad de abolladuras y arañazos, muestras, según aseguraba Witter, de la determinación de su esposa de demostrar en las calles de la capital soviética que a las conductoras americanas no se las intimida fácilmente. Una calcomanía azul y blanca de Colby, pegada en el ángulo inferior derecho de la luna trasera, recordaba a Witter a diario tanto la ausencia de su hijo mayor como la más importante disminución de sus ingresos anuales de funcionario del Gobierno de Estados Unidos, categoría SES2.

El guardia de la puerta saludó a Witter con un ademán familiar cuando éste salió con el coche del edificio amarillo de la embajada estadounidense y se unió a la corriente del tráfico de la calle Caikovskovo. Al igual que casi todos los aspectos de la vida de Witter, aquellas salidas para correr a la hora del almuerzo formaban parte de una existencia rígidamente reglamentada. Lanzó una mirada al retrovisor, buscando uno de los sedán Moskvich verde oscuro que solían seguir a los diplomáticos, especialmente, a los diplomáticos americanos, en Moscú. Hoy no había ninguno. O bien los sabuesos habían salido a almorzar o se habían desentendido de la carrera diaria del tercer secretario.

Witter avanzaba con rapidez por la avenida Smolenski. Al llegar a Moscú, descubrió con gran satisfacción que los embotellamientos no eran una de las delicias que el socialismo deparaba a sus adeptos. Su punto de destino era uno de los lugares en que más le gustaba correr, la imponente puerta de piedra que daba acceso al parque Gorki. Su enorme aparcamiento estaba casi vacío, otra razón, pensaba Witter, para cantar las alabanzas de Marx y Lenin. Hizo sus ejercicios de calentamiento, puso una casete de arias de Verdi interpretadas por Pavarotti en el *walkman*, lo introdujo en la faja del chándal, se colocó los auriculares y se dirigió hacia el parque.

Witter corría por los senderos familiares con paso medido y elástico, aspirando profundamente el húmedo aire primaveral. Una brisa del sur, muy leve, casi tímida, acariciaba las ramas de los abedules, como preguntando si la capital soviética estaba dispuesta para recibir las bendiciones de la primavera. Witter había observado que los moscovitas, a los que no asaltaban las ruidosas distracciones de la vida occidental, conservaban una encantadora capacidad para saborear los más simples goces de la vida, como pasear por los parques para contemplar el avance de las estaciones. Caminaban envueltos en aquel manto de silencio tan característico de las masas rusas, manifestación externa de su capacidad para soportar las adversidades. Para Witter, ello era símbolo del heroico estoicismo que había permitido a aquel pueblo rechazar

las legiones de Napoleón y los tanques de Hitler y sufrir las interminables privaciones que conlleva la construcción del nirvana socialista.

Su recorrido pasaba por delante del restaurante Pl'zenski con sus olorosas salchichas chisporroteando en el asador, al fondo de uno de los senderos que las autoridades del parque inundaban en el invierno para los patinadores. A unos cientos de metros sendero adentro, Witter vio lo que buscaba, una lata vacía de PepsiCola puesta encima de una papelera verde. Era la señal convenida. Allí estaba el mensaje. Giró por el sendero situado a la izquierda de la papelera, al tiempo que regulaba el volumen del *walkman*. Entonces oyó el «clic» familiar. A pesar de su entrenamiento, Witter no pudo reprimir un estremecimiento al oírlo.

Lo que Witter hacía en aquel momento era la tarea más rudimentaria del espionaje: recoger un mensaje. Pero, para ello, utilizaba la tecnología más avanzada de la CIA. En algún lugar de los dos o trescientos metros delante de él —no tenía ni idea de dónde— estaba escondido un diminuto transmisor a pilas del tamaño de un microcasete. El movimiento del mando del sonido de su *walkman* había enviado una señal al transmisor que había accionado su fuente de alimentación. El mensaje del agente, cifrado en los bloques de cinco letras habituales, estaba pasando al *walkman* de Witter a la velocidad de dos mil caracteres cada treinta segundos, mientras él escuchaba a Pavarotti en *Che gelida mattina*. El mensaje fue repetido tres veces antes de que Witter oyera el segundo «clic» que indicaba que la transmisión había terminado.

Lo mejor del sistema era su discreción. Witter no tenía que extraer el mensaje del tronco de un árbol como solían hacer los agentes de la CIA antaño, mientras miraban nerviosamente por encima del hombro, buscando al hombre del KGB dispuesto a saltar sobre ellos. El agente no volvía al lugar en el que había dejado el pequeño emisor. Éste era de un solo uso y su propia batería lo fundía dejándolo convertido en lo que a simple vista parecía un excremento de gato. El agente tenía escondido en su casa una codificadora-grabadora que cabía dentro de una caja de cigarrillos Belomoranal, con numerosos transmisores. Insertaba un transmisor en el aparato, grababa el mensaje y ya estaba listo para actuar. En aquel momento, mientras Witter corría por el sendero, el transmisor estaba borrando automáticamente el mensaje antes de accionar el programa de autodestrucción.

Sudando un poco más de lo habitual, Witter volvió al coche y regresó a la embajada. Inmediatamente, se dirigió a lo que llamaban «la bóveda», una cámara sin ventanas situada en el tercer piso. La cámara se abría con un cerrojo informatizado del que sólo tres miembros de la CIA, el jefe local, su delegado y Witter tenían la clave. Cuando estuvo encerrado en la bóveda, Witter sacó el ejemplar de la CIA de la antigua clave del coronel y una pequeña máquina reproductora parecida a su *walkman*.

Aquel juguete era otro invento de los técnicos de la CIA. Witter insertó la casete de Pavarotti en la máquina y se puso a trabajar. Un cabezal especial del *walkman* había

grabado el mensaje en su cinta, en el pequeño espacio comprendido entre la primera y la segunda pista. Un funcionario del KGB que escuchara la cinta en un reproductor que no fuera el especial de la Agencia, no habría oído nada más que la soberbia voz de Luciano Pavarotti.

Consciente de la gran responsabilidad que le incumbía, Witter trabajaba con lenta y metódica precisión. Desde el arresto y ejecución del coronel Oleg Penkovsky, acaecido veinte años antes, la CIA no había tenido un agente en la Unión Soviética que fuera ni por asomo tan valioso como el coronel Viktor Sbirunov. Los desertores eran moneda corriente en la CIA, moneda valiosa, sí, pero un agente colocado era un diamante, un tesoro de valor incalculable.

Sbirunov había sido reclutado quince años antes, cuando era agregado militar en París. Desde entonces, había conseguido introducirse en la Secretaría Militar del Comité Central, depósito de la más secreta información militar de la URSS. Era hombre de extraordinaria sangre fría y valor, movido, según había podido advertir la CIA, al igual que Penkovsky, por el sueño de una opulenta existencia en Occidente cuando su espionaje hubiera concluido. El sueño estaba a punto de realizarse; una cuenta corriente en el Lombardy Bank del Quai de l'Île de Ginebra contenía bastante más de tres millones de dólares dispuestos para el día en que Sbirunov decidiera dejar atrás el frío de Moscú y disfrutar la recompensa por quince años de peligroso servicio.

Por una ironía del servicio, Witter nunca había intercambiado ni una palabra con el coronel, aunque, desde luego, lo había visto un instante, durante los contactos directos y tenía sus facciones estampadas en la memoria por las horas pasadas contemplando su fotografía. El contacto del coronel era el funcionario que lo había reclutado en París. A fin de mantener el elemento de confianza esencial entre el agente y el contacto, el funcionario acudía desde Langley cada vez que el coronel viajaba a Occidente. A pesar de que aquel hombre tenía varios años más que Witter, éste sentía por él la preocupación de la madre que tiene a un hijo en un trabajo peligroso, como conductor de coches de Fórmula I o agente infiltrado en el narcotráfico.

Por ello, Witter experimentó un súbito estremecimiento de aprensión, mezclado con excitación, al llegar al fin del mensaje del coronel. Éste pedía un contacto directo. Evidentemente, debía de tener planos o documentos que quería pasar a la Agencia y que no podía enviar con el transmisor. El responsable de organizar el encuentro sería Witter. Un contacto directo era la piedra de toque del oficio, una operación para la que hombres como Witter eran entrenados con el mismo rigor con que se enseña a los marines el manual de armas. Bien ejecutado, un contacto directo pasaba inadvertido aunque debía de realizarse en un lugar concurrido. Ello hacía del contacto uno de los actos más complejos que un agente de la CIA podía realizar. Un agente, por experimentado que fuera, no podía contemplar este encuentro en las calles de Moscú sin que el dedo tembloroso del miedo le hurgara en las entrañas.

Reuniones. Art Bennington, entre un grupo de peatones que esperaban en el semáforo de la calle F, esquina con la calle Diecisiete, casi gruñó audiblemente la palabra. Cuando en la CIA llegas a un cierto nivel pasas más tiempo en reuniones que un productor de Hollywood. La reunión que suscitaba sus alegres pensamientos se celebraba en el llamado «ambulatorio» de la Agencia, un deteriorado edificio de oficinas de la calle F, a pocos minutos a pie del edificio de oficinas de la Presidencia adyacente a la Casa Blanca. Los altos cargos de la CIA lo utilizaban como refugio, supuestamente discreto, para reuniones inter-agencias. En realidad, aquel edificio era uno de los lugares que la gente señalaba con sonrisa de complicidad y, en opinión de Bennington, era tan seguro para las reuniones como el aparcamiento de la embajada soviética.

El tema de la reunión de esta mañana era el seguimiento de la investigación del asesinato de Ann Robbins. La investigación les había llevado adonde Bennington siempre sospechó: a ningún sitio. Pasó por los trámites de seguridad con los chicos del blazer azul en la puerta y luego se presentó al ama del refugio, la funcionaría de recepción que le indicó el número de la sala asignada a la reunión.

Casi todos los demás ya estaban esperándole. Desde luego, estaba Pozner, de la oficina de Seguridad Interior del departamento de C y T. Había también un funcionario de la NSA y un teniente coronel de la Agencia de Inteligencia de Defensa al que Bennington no conocía y Mike Pettee, de la oficina del FBI de enlace con la CIA. Pettee era un tipo corpulento, nadador olímpico, en la especialidad de espalda. Como de costumbre, llevaba corbata de lazo estampada en dibujo estilo *paisley* con fondo amarillo, prenda que a Bennington le pareció tan anacrónica en la capital en la actualidad como una chistera o unas patillas en forma de chuleta de cordero. Pettee había estudiado en Notre Dame y Bennington se dijo que probablemente creía que aquellas corbatas armonizaban con los deportivos muchachos procedentes de universidades de alto copete con los que tenía que tratar en Langley.

Los tres hombres estaban hablando de un tema de trascendencia mundial, como correspondía a un grupo de personajes de su rango y condición: los fichajes de los Redskins de la Liga de Fútbol Americano, en el último *draft*. Bennington se sirvió un café y se sentó a la mesa. Faltaba uno: Paul Mott, de la División de Contraespionaje de la CIA. El Director se había empeñado en que Contraespionaje llevara la investigación, con lo que Mott se convertía en presidente *de facto* del pequeño comité.

Los chicos de Contraespionaje no eran muy queridos por sus compañeros de la Agencia, motivo por el cual, probablemente, el director les daba protagonismo. James Jesus Angleton, *el Hombre Orquídea*, fundador de la división, era considerado por sus colegas como un «raro», y desde entonces, su división, por extensión, llevaba el estigma de la rareza. Eran como el departamento de créditos de una gran organización

dedicada a la venta. Los hombres de los puestos clandestinos del extranjero siempre estaban ojo avizor, al acecho de oportunidades y, cuando encontraban un gran cliente en potencia, corrían a Langley, entusiasmados por aquel caballo blanco. Entonces Contraespionaje decía: «¡Oh, oh! Este sujeto no tiene tan buena pinta visto desde el banco. Hay que cobrar antes de servir».

Mott entró en la sala y se sentó a la cabecera de la mesa. Era un hombre delgado, con palidez de dispéptico que siempre estaba chupando pastillas contra la acidez. A Bennington le parecía que el pobre se pasaba la mayor parte del día preocupado por sus úlceras crónicas, lo cual no era precisamente la mejor terapia para esta dolencia. Llevaba un anticuado traje de algodón indio, a rayas grises y blancas, que parecía cortado de una funda de algodón. Brooks Brothers los vendía a 29,95 dólares cuando Bennington era estudiante en Princeton. Se dijo que aquél muy bien podía datar de la misma época.

Mott extrajo varios papeles de su cartera y miró al hombre de la NSA. Sus ojos no expresaban cordialidad ni afecto.

—Usted tiene algo para nosotros, me parece.

El de la NSA se permitió unos nerviosos carraspeos mientras sacaba del bolsillo de la chaqueta una agenda negra en la que había hecho unas anotaciones.

—Sí —dijo—. Uh... quizá debimos comunicárselo antes, pero nada hacía suponer que esta información estuviera relacionada con el asunto que estamos investigando. Detectamos, en la zona de Washington, dos transmisiones *Spetosk*, uno veintidós y el otro diez días antes del asesinato de esa señora.

Mott le interrumpió:

—El *Spetosk* es el transmisor más sofisticado del KGB. Lo reservan para la flor y nata de los agentes. En los seis últimos meses, hemos detectado tres en Europa.

—¿Cómo funcionan? —preguntó Pettee, el hombre del FBI.

Mott miró la mesa, buscando un paquete de cigarrillos. Nadie fumaba.

—Son un poco más pequeños que un paquete de cigarrillos. Puede esconderse uno en la palma de la mano. El agente lo carga en casa con un codificador de señales. Luego, lo saca al aire libre. No necesita más que un ángulo para alcanzar su satélite desde un punto geográfico determinado. Apunta al cielo, oprime un botón y, «¡pumba!», el mensaje sale en un par de segundos. Estos artilugios tienen una velocidad de transmisión de cien kilobits por segundo. Cuando el satélite pasa por encima de Moscú, el Centro no tiene más que recoger el mensaje.

El hombre de la NSA corroboró las palabras de Mott agitando la mano.

—Detectar al que los usa es casi imposible. El individuo parecerá la Estatua de la Libertad durante cinco segundos, y basta. De todos modos, las señales que emiten esos chismes son características y peculiares, de manera que no es difícil captarlas. O sea que no puedes confundirlas con un pesquero que llame desde la bahía de Chesapeake para pedir el parte meteorológico.

»En el primer caso, localizamos la emisión en una gasolinera de Exxon en la

autopista Dolly Madison. La segunda emisión fue enviada desde una zona de descanso de la autovía 270 al Noroeste de Rockville, Maryland. Enviamos equipos a registrar las dos zonas, pero cuando llegaron, el individuo ya estaba lejos. En la zona de descanso no se encontró ninguna pista. En la gasolinera dedujimos que, probablemente, quienquiera que fuese estaba en el lavabo. El empleado de la gasolinera dijo que aquella mañana tres personas habían pedido la llave del lavabo: un camionero, de tipo bonachón, un ama de casa pelirroja de la zona residencial y un empresario con americana, corbata, gafas y demás.

—¿Se fijó en los coches? —preguntó Pettee, el del FBI.

—La señora iba en un Toyota gris.

—¿Matrícula?

—Ni idea.

—Fantástico. Debe de haber unos diez mil Toyota grises por los alrededores.

—¿Alguna posibilidad de descifrar el código? —preguntó Bennington.

—Ninguna. Utilizan un sistema especial.

—¿Saben si en los dos casos se utilizó el mismo transmisor?

Por la forma en que el de la NSA empezó a toser y a agitarse, parecía que le habían preguntado si tenía alguna extraña perversión sexual, como acostarse con burros o colegialas, vestido de emperador romano. «Éstos de la NSA son tan reservados —pensó Bennington—. Les preguntas qué hora es y te contestan con evasivas».

—Bueno —dijo el hombre, ahogando un último acceso de tos—, creo poder afirmar que, efectivamente, nuestra tecnología nos permite detectar que las dos emisiones procedían del mismo transmisor. Y que cada mensaje se repitió cuatro veces.

—¿Y se han captado otras transmisiones de este tipo de radio en la zona?

Nuevamente, el de la NSA tosió y se revolvió angustiado.

—Una vez, hace poco más de un año. También desde una zona de descanso, aunque ésta estaba cerca de la costa de Chesapeake.

—¿El mismo transmisor?

—No.

—Debió de ser un ilegal —dictaminó Mott.

—¿Está seguro de que no era un miembro del KGB de la embajada? —preguntó Bennington.

—Completamente. Los agentes de la *Rezidentura* utilizan transmisores de la embajada. Saben que ya no tenemos ni idea de las claves. Los ilegales siempre utilizan circuitos de comunicación como éste, completamente independientes de la embajada. La filosofía del Centro es mantener totalmente separadas una y otra organización. La autonomía es absoluta e impenetrable.

Mott golpeó con su sempiterna pastilla la parte posterior de sus dientes. La conclusión que acababa de sacar parecía darle una palidez que rivalizaba con las rayas grises de su traje de algodón indio.

—De una cosa pueden estar seguros, y es que lo que haya motivado esto es importante. Sólo un ilegal de primera clase podría disponer de esos *Spetosk*, lo más nuevo en transmisores que poseen. Los agentes de segunda o tercera clase ni los huelen. Y no expondrían a un ilegal de primera sin un buen motivo.

El programa ilegal era una obra magistral del KGB. Era temido y envidiado por todas las organizaciones de espionaje del mundo. Ninguna, con la excepción del Mossad de Israel, y aun sobre una base limitada, podía emularlo ni remotamente. El concepto se remontaba a los tiempos de la Cheka, servicio de seguridad del Estado cuyos descendientes habían concebido el KGB. Los paranoicos jefes de policía de Stalin organizaron un segundo servicio exterior paralelo a su propia organización a fin de controlar la lealtad de los agentes de la Cheka en el extranjero. Con frecuencia, estos ilegales realizaban las misiones más sangrientas de los chekistas, como asesinar a rusos blancos dirigentes de la oposición a los bolcheviques, en la Europa de los años treinta y cuarenta.

Después de 1950, el programa fue enfocado hacia Estados Unidos y dotado de una base más sofisticada. En Bykovo, ciudad industrial situada a una hora de carretera de Moscú, se fundó una escuela de adiestramiento. Allí, el KGB creó, en suelo soviético, la réplica de una ciudad americana en la que los reclutas pasaban varios años aprendiendo a comportarse como verdaderos americanos y americanas y, después, franceses, ingleses y latinos. Aprendían cuántas veces los Celtics y los Lakers habían ganado las finales de la NBA y cuándo; contemplaban interminables videocasetes de fútbol americano, hasta que conocían el intríngulis del juego como los profesionales. Sabían de memoria los ganadores de todas las *Superbowl*, el número de tantos que Babe Ruth había conseguido en su carrera y cuándo le arrebató el récord Hank Aaron. Miraban vídeos de los telefilmes americanos para saber cuántos amantes había tenido Alexis Carrington en *Dinastía* y quién quería matar a J. R. Ewing y por qué. Aprendían a coleccionar cupones-regalo, a comprar, guisar, conducir e ir a la iglesia como buenos americanos.

—Perdonen —dijo el teniente coronel de DIA—, pero no estoy perfectamente al corriente de este programa de los ilegales. ¿Se sabe cuántos operan en esta zona?

—Ojalá lo supiéramos —respondió Mott—. Es una de las cosas que han conseguido mantener muy en secreto. Tienen muchas formas para comunicarse con ellos, toda una serie de técnicas perfectamente inocuas, como una simple postal, y no les es necesario utilizar las vías normales del KGB que vigila el FBI.

—Sí —dijo Pettee—. Los del KGB oficiales casi nunca se relacionan con ellos. Hace un par de años, descubrimos a dos de ellos, por un golpe de suerte, porque no se atuvieron a esa regla. Se llamaban Balch y vivían en la avenida Connecticut, en el mismo bloque de apartamentos que Alger Hiss. Ella era esteticista y él, una especie de profesor. Nosotros seguíamos a un legal que echó por la ventanilla del coche una lata de cerveza y luego aceleró como si hubiera estado contando postes de teléfonos

hasta llegar a siete o algo así. El coche de vigilancia examinó la lata. Efectivamente, tenía un pequeño dispositivo de comunicación. Nos quedamos vigilándola y cuando Mister Balch llegó a recogerla, nos presentamos a él.

—De todos modos —terció Mott—, contestando a su pregunta, suponemos que en Bykovo se gradúan de doce a quince personas al año. Las dos terceras partes son enviados a Estados Unidos. Unos se quedan dos años, otros cinco, algunos, muy pocos, siete. La Agencia calcula que habrá un mínimo de cincuenta soviéticos ilegales en Estados Unidos. Y pueden estar seguros de que muchos están aquí, en la zona de Washington.

—¡Cincuenta! —gruñó el funcionario de la CIA—. ¿Cincuenta espías soviéticos en este país y ustedes no tienen ni idea de quiénes son ni dónde están? ¡Es tremendo! ¿Qué diablos hacen?

—Fundamentalmente, no mucho. Es una de las causas por las que es tan difícil descubrirlos. Su finalidad, al parecer, estriba en proporcionar un servicio de información de emergencia en el caso de que llegaran a romperse las relaciones diplomáticas entre Estados Unidos y la URSS, y el grupo oficial del KGB de la embajada fuera expulsado. Por lo demás, lo único que hacen es algún que otro trabajito: «Ve a Ottawa a ver a fulano y dile esto y esto». O vigilan a otros ilegales, para comprobar que se portan bien. O, de vez en cuando, dan «un toque».

—¿Un toque? —preguntó el teniente coronel—. ¿Se puede saber qué es eso?

Mott sonrió.

—Hará unos diez años, un coronel del Ejército Rojo que estaba en Alemania Oriental con las fuerzas del Pacto de Varsovia, vino a pedirnos asilo político. Lo tuvimos trabajando para nosotros durante tres años y luego le dimos una nueva identidad, incluida cirugía estética, y lo pusimos a pastar en Carolina del Sur, empleado en una fábrica de muebles. Un día recibió la visita de un representante de telas para tapicería. El tío entra, charla con él durante un rato y le deja una caja. «Muestras de nuestra producción —dice—. A ver si hacemos negocio».

»Cuando el tío se va nuestro ex coronel del Ejército Rojo abre la caja. Dentro encuentra la pipa de espuma de mar que dejó en su escritorio de la Alemania Oriental el día en que se pasó a Occidente. “Cu-cu... Sabemos dónde te escondes”. Eso es lo que llamamos un toque.

Desde luego, el plan de actuación de los ilegales soviéticos en Estados Unidos no era asunto de Bennington. Ahora bien, con frecuencia se le había encargado que estudiara el aspecto del programa que afectaba al comportamiento: cómo seleccionaban los sóviets a los agentes ilegales, cómo los entrenaban y qué puntos psicológicos vulnerables podían explotar eventualmente la CIA y el FBI.

—Lo asombroso de esos ilegales es que no desertan —dijo a los reunidos—. Nunca. Aquí están, solos, en este espléndido mundo libre capitalista del que tan orgullosos estamos. Están libres. No están sometidos a la disciplina diaria del KGB sino sólo a una vigilancia intermitente. Pueden hacer lo que quieran, pensar lo que

quieran, ver lo que quieran. No tienen restricciones. Pueden ver a Dan Rather y las noticias de la CBS todas las noches. Cualquiera podría esperar que hicieran cola delante del FBI para pedir asilo político. ¿Y cuántos han venido? —preguntó a Mott.

—Dos.

—Dos —repitió Bennington—. Y, de los dos, uno no cuenta, porque no había pasado por Bykovo. Era el operador de radio de Abel. Le dio por el vodka y las anfetaminas. Le entregaron cinco mil dólares para que los metiera en una lata y los dejara en un parque de Nueva York y él pensó que tenía una idea mejor de cómo utilizarlos. El Centro le invitó a volver a casa para hablar del asunto y él, cuando iba camino de Siberia, decidió entrar a vernos.

—Entonces, ¿qué es lo que hacen? ¿Lavarles el cerebro? —preguntó a Bennington el teniente coronel de la CIA.

El lavado de cerebro era un tema que gravitaba sobre la cabeza de Bennington y los medios de Washington como una aureola o como un albatros, según la filosofía del observador.

—Cada vez que nos tropezamos con tipos del otro lado cuya conducta no encaja con lo que a nosotros nos gustaría, decimos que les han lavado el cerebro —respondió Bennington—. El lavado de cerebro no existe y nunca ha existido. La verdad es que estos ilegales son sólidos ciudadanos soviéticos, típicos buenos burgueses. ¿Y saben qué es lo que les motiva? La recompensa material. ¿Han oído hablar de eso?

—En el ejército de Estados Unidos, no, desde luego —rió el coronel.

—Esa gente sabe que son privilegiados. Cuando vuelvan a Moscú, tendrán un apartamento grande, un coche enorme, un ascenso y medallas suficientes para hacerles doblar la espalda cuando se las pongan, el Primero de Mayo.

—Apuesta a que allí tienen de rehén al padre, a un hermano o a la esposa, para garantizar que se portan bien.

—No apueste mucho. Ésta es otra de las cosas que queremos creer porque nos hace más fácil explicarnos por qué no desertan. Nunca he hallado la menor prueba que lo confirme.

—Lo que me gustaría saber es qué posibilidad hay de que este ilegal esté complicado en el asesinato de la mujer.

—Eso cualquiera sabe —dijo el del FBI—. Lo único que tenemos es la coincidencia del tiempo, lo cual no es mucho.

—Supongo que no hay muchas posibilidades de que lo averigüemos.

—¿Con la información que tenemos? —dijo Pettee con voz quejumbrosa—. Ninguna probabilidad. Este individuo tal vez no vuelva a salir a la luz. Y, si sale, nunca, nunca, lo hará con un programa regular que nos permita tenderle una trampa. Lo que hay es muy poco —dijo el hombre del FBI mirando a su colega de la NSA— y ha llegado muy tarde.

Mott miró a Pozner.

—¿Cómo está su investigación interna en Langley?

—Terminada. Todo el mundo ha sido investigado y ha salido limpio. No faltan documentos. Todos los accesos informáticos están limpios. Ningún indicio. No hay banderitas rojas, ni siquiera de color rosa.

Mott reflexionó, dando varias vueltas a su pastilla y luego miró a Mike Pettee.

—¿Qué hay de la investigación del FBI sobre la mujer y sus amistades en Nueva York?

Pettee apoyó los codos en la mesa e inclinó el cuerpo, como el que, durante la sobremesa, se dispone a soltar una revelación sensacional.

—Hemos descubierto lo que podría ser una pista. La oficina de Nueva York investigó su lista de clientes con toda minuciosidad. También a las amistades y colegas. Hay una que llama la atención. Una mujer con la que compartió el apartamento durante año y medio, cuando vivía en el Village. Es directora de una pequeña editorial izquierdista. —Pettee hizo una pausa evidentemente saboreando de antemano el efecto que su información iba a producir en los reunidos—. Sobre esa mujer tenemos un expediente de veinte páginas. Durante los años sesenta, fue una de las radicales de Berkeley pro Libertad de Expresión. Una de aquellas niñas bien que echaban por la ventana orines sobre los policías y pensaban que ellos eran los cerdos. Esa mujer todavía mantiene contacto con los radicales. Está metida en la campaña «Salvemos a los sandinistas» que se realiza en Nueva York. La tenemos vigilada y hemos pedido autorización judicial para intervenir su teléfono.

—¿Por qué no la detienen para interrogarla? —preguntó el teniente coronel de la CIA.

—¿Y con qué pretexto? ¿El de que Daniel Ortega le cae simpático?

—¿Existe algún indicio que sugiera que Ann Robbins estaba implicada en esas cosas?

—No. Estaba limpia. Pero las dos siguieron siendo buenas amigas. Se veían a menudo. Concretamente, dos semanas antes de que asesinaran a su vidente, cenaron juntas en el Village. Quién sabe. Quizá se le escapó alguna insinuación sobre lo que hacía para ustedes.

Desde su llegada a Moscú, Bill Witter reservaba los sábados por la tarde para su mujer y Joey, su hijo de once años. Era una decisión que aprobaba su superior, el jefe de la CIA en Moscú. Nada, salvo una de las perentorias llamadas de Langley para que se presentara en los puntos de acción, un cable urgente, debía alterar la rutina del sábado por la tarde del joven funcionario.

Invariablemente, las actividades familiares del fin de semana se centraban en su hijo Joey. Al igual que muchos chicos americanos de su edad, Joey medía el paso de las estaciones, no por los cambios en los árboles, las flores o el tiempo sino por las distintas dimensiones y formas de los objetos que excitaban su pasión: un balón de

fútbol, un disco de hockey sobre hielo y una pelota de béisbol. Esta tarde de primavera tenía lugar un acontecimiento extraordinario: la inauguración oficial de la temporada de béisbol del Colegio Americano del monte Lenin al que asistía Joey, junto con los hijos de la mayoría de los diplomáticos y empresarios occidentales residentes en la capital soviética. El primera base de los Red Sox de sexto curso estaba en una butaca de la sala, encorvado en una postura garantizada para fomentar el arqueamiento de su espina dorsal, esperando con impaciencia que sus padres terminaran sus preparativos. Una expresión tensa y taciturna comparable a la de cualquiera de sus ídolos en los vestuarios de Fenway Park el primer día de la temporada, crispaba sus facciones de once años.

Bill y Ginny, su esposa, habían elegido con especial esmero la ropa que llevarían aquella tarde. Vestían lo que, en la jerga de la CIA, se conocía por «traje de faena»: Bill, cazadora de gabardina, y Ginny, abrigo beige de *Woodward and Lothrop*, Washington. Ambas prendas, reversibles y ligeramente modificadas, a fin de que, abrochadas, no revelaran el color de la otra cara, vivamente contrastante.

Al igual que las carreras de Witter de la hora del almuerzo, su salida de esta tarde tenía una finalidad oculta. La primera preocupación del funcionario de la CIA al llegar a Moscú o a cualquier puesto de la CIA en el exterior, es establecer una rutina definida y que pueda observarse ostensiblemente, con el objetivo de dar a los vigilantes que el KGB le haya asignado para controlar sus movimientos, una falsa sensación de seguridad acerca de su rutina diaria y poder sustraerse a su vigilancia con mayor facilidad en las pocas ocasiones en que sea necesario. A cada nuevo recluta de la CIA se le relata el caso del agente del KGB que estaba destacado en Londres bajo cobertura diplomática y salía de la embajada todos los días a la misma hora a comprar su ejemplar del *London Times* en el mismo quiosco y volvía a la Embajada por el mismo camino. Así lo hizo durante sesenta y siete días. Según sus sombras del MI 5, nada variaba en su rutina, hasta el día sesenta y ocho en que escapó a la mirada de su observador, empañada por la rutina, durante siete minutos, siete minutos de despiste que preparó durante dos meses. La práctica del espionaje se basa en estas pacientes maniobras.

En el patio del complejo residencial de la embajada un claxon anunció que era hora de irse. Desde el asiento trasero del coche del consejero económico de la embajada, Witter lanzó una mirada indiferente a la calle. Allí estaba el consabido Moskvich verde siguiéndoles como el perro viejo de la familia obligado a llevar un paso excesivamente vivo para su gusto.

Ningún lugar de Moscú ofrece un observatorio mejor que el monte Lenin, donde se encuentra el Colegio Americano. Los viejos bolcheviques solían decir que desde aquel alto, conocido entonces por el nombre más bucólico de Monte de los Gorriones, su artillería lanzó en 1917 los primeros proyectiles contra las lejanas cúpulas de cebolla de la plaza del Kremlin.

El colegio y sus campos de deportes se extendían sobre unas dos hectáreas y

media de terreno inmediatamente debajo de la cresta de la montaña, rodeados de bosques surcados de senderos. Más de un centenar de familias paseaban por el campus, charlaban, merendaban y animaban a sus hijos que se preparaban para las actividades del día. Los Witter se mezclaron con la gente y luego se separaron, yendo de grupo en grupo, saludando a unos y otros. Poco antes de las tres, por separado, entraron en el edificio principal para ir al lavabo. Cuando salieron llevaban el «traje de faena» vuelto del revés.

Detrás del edificio principal y adyacente a uno de los campos de deportes, un almacén ocultaba a la mirada del observador situado en lo alto de la montaña, encima del colegio, la entrada a un sendero que desaparecía en el bosque. A las tres y cinco, Witter salió por la parte trasera del cobertizo y se metió en el sendero. Dos minutos después, le siguió su mujer. El camino daba a una calle paralela a Leninski Prospekt. Rodearon el flanco del monte Lenin hasta el Hotel Drushba (Amistad) y, mezclándose entre la muchedumbre del sábado, bajaron al Metro por la estación de Vernadskovo.

Su punto de destino era la calle Arbat, en el centro de la ciudad. De los seis puntos que Witter utilizaba en sus contactos con el coronel, éste era el que le parecía más cómodo y seguro. Solía bromear que la calle Arbat era la isla de peatones del mundo socialista. Antes de la revolución, era la zona residencial favorita de la aristocracia de la ciudad. Aún bordeaban la calle sus mansiones estilo Imperio en tonos lavanda pastel, verde lima y azul celeste, milagrosas supervivientes del empuje de Stalin por arrasar los restos del pasado burgués de Moscú.

Durante el fin de semana, la calle ofrecía a Witter y al coronel el abrigo de una muchedumbre ciudadana en la que escabullirse. Con sus tiendas y fachadas de colores, la calle Arbat era una gran atracción turística, por lo que un matrimonio americano por más que paseara de la mano apenas llamaba la atención. Concretamente fue en la calle Arbat donde Ronald Reagan decidió mezclarse con los ciudadanos de Moscú durante la cumbre de 1988.

Los Witter entraron en la calle a las tres cincuenta exactamente. Durante diez minutos, fueron de tienda en tienda, charlando animadamente y dándose algún que otro codazo, con la alegre complicidad de la pareja que ha salido de compras el sábado por la tarde, para decidir cómo gastar el presupuesto para caprichos. En realidad, estaban siendo observados desde que entraron en la calle Arbat, aunque no por el KGB sino por otro agente de la CIA cuya función consistía en registrar la calle detrás de los Witter para tratar de captar cualquier indicio de que el KGB los observaba: un cuello que se estira para mirar por encima de la gente a otra figura situada varios metros más adelante, una furtiva seña con la mano de un vigilante a otro. En la esquina de la Starokonyusheny Per (Viejo Camino de los Establos) el agente, que se había adelantado a los Witter, se detuvo delante del escaparate de una peletería estatal y más tarde entró.

Al verle entrar en la tienda, Witter sintió que se le hacía un nudo en el estómago

de los nervios. Aquélla era la señal de que el horizonte estaba despejado. Sus sombras seguían en el Colegio Americano. Si el otro hubiera continuado calle arriba en lugar de entrar en la tienda, Witter habría sabido que le seguían y tenido que renunciar a ver al coronel.

Ahora dependía de Witter iniciar la serie de movimientos cuidadosamente estudiados que debían conducir al contacto. Su finalidad era proporcionar la máxima seguridad a los dos hombres durante aquel peligroso segundo en que estarían en contacto físico. Lo primero que hicieron Witter y su esposa fue entrar en una tienda, situada en la esquina de la calle de la Plata, donde vendían servilletas, manteles y tapetes bordados a mano. Ginny, con buen ojo, eligió media docena de servilletas de hilo con una cenefa de rosas.

El primer principio operativo del agente es no dar un solo paso sin justificación. Ahora los Witter tenían en una bolsa de papel manila, para quien quisiera examinarla, la explicación de a qué habían ido a la calle Arbat aquella tarde de primavera a aquella hora.

Cuando salían de la tienda para continuar calle abajo, Witter vio al coronel a unos veinte pasos delante de él y a su izquierda. Iba de uniforme como es habitual en los oficiales de estado mayor del Cuartel General Militar de Moscú. Y es que no llevar uniforme habría resultado sospechoso. De todos modos, los uniformes llenaban un importante segmento de la multitud que circula por una calle de Moscú.

Witter, naturalmente, ni miró al coronel. Su primer cometido era hacer por el ruso lo que su colega acababa de hacer por él: comprobar que nadie le seguía. Una vez Witter se cercioró de que el coronel no era vigilado, él y su mujer se dirigieron hacia un carrito en el que una *babushka*, una anciana con un chal en la cabeza enmarcando una cara que parecía tallada en viejo roble, vendía *moroehnoye*, el helado, que, al decir de los moscovitas, no tiene rival en el mundo. Al comprar dos cucuruchos de vainilla indicó al coronel que la operación seguía adelante.

El agente que más probabilidades tenía de estar vigilado —en este caso, Witter— iniciaba el contacto doblando una esquina. El segundo agente tenía que desplazarse hacia la esquina, a menos de tres metros de la intersección, en el momento en que el primer agente hacía el viraje. Y, además, tenía que estar rodeado por una multitud.

De este modo, si el primer agente estaba vigilado, su sombra no podía llegar a la esquina a tiempo para ver el contacto. De lo contrario, la sombra habría tenido que seguir a su presa muy cerca y se habría delatado. Witter había indicado al coronel la esquina por la que él doblaría cambiando la bolsa de las recién adquiridas servilletas, de la mano derecha a la izquierda, al pasar por delante de la esquina camino del puesto de helados. Era Kalashny Per (calle de las Galletas), que siempre está abarrotada los sábados.

Cuando él torció, Ginny se apoyó en la pared. Él estaba a su lado, dándole la mano, hablándole con especial animación, con la mirada fija en ella. Pero una rápida ojeada le había bastado para advertir dos cosas: afortunadamente, la calle estaba llena

de gente y el coronel estaba a dos metros y medio, mirando un escaparate. El coronel se acercó a la intersección cuando Witter caminaba hacia él. Mientras avanzaban uno hacia otro, Witter mantenía los ojos fijos en su mujer, hablándole con toda la animación de la que era capaz. Al llegar a medio metro del coronel, dejó la mano izquierda colgando a lo largo del cuerpo, con la palma apoyada detrás de la costura del pantalón. Los dos hombres ni se miraron. En el instante de cruzarse, Witter sintió el frío metal de un tubo que le colocaban en la palma de la mano. Microfilmes. Con este gesto, el coronel se había jugado la vida.

En todas las pesadillas de un agente de la CIA hay una escena en la que un tubito como éste, la clase de tubo en el que se introduce película de treinta y cinco milímetros, cae al suelo a los pies del agente, después de un pase fallido. Witter sujetaba el tubo con la misma fuerza con que un día agarró el dólar de plata que el hada le dejó debajo de la almohada cuando se le cayó el primer diente.

Después de un lento paseo por el Arbat, Witter y su esposa regresaron a la embajada. Él fue inmediatamente a la cámara acorazada a guardar el precioso rollo de filme del coronel. El inmenso alivio que sentía al volver a su apartamento estaba acompañado por la euforia que siempre le producía ejecutar de forma satisfactoria una operación de transmisión personal en Moscú. Acababa de servir unos escoceses dobles para él y su mujer cuando sonaron unos golpes en la puerta del apartamento. Se quedó petrificado. Ginny corrió a abrir.

—¡Jo, tíos! —gritó el indignado primera base de los Red Sox de sexto curso—. ¿Se puede saber dónde os habéis metido? Hemos ganado por 32 a 27.

La limusina Zil negra del director general del KGB circulaba velozmente pasada la medianoche por las oscurecidas calles de Moscú, en dirección a la plaza Dzerzinski. Incluso el sábado por la noche, la capital soviética estaba sombría y triste. Ni rótulos intermitentes, ni tubos de neón chillones que invitaran a los moscovitas a entrar en un bar, una sala de fiestas, un restaurante o una discoteca. Los locales nocturnos de la ciudad solían estar en los hoteles y la mayoría eran visitados principalmente por los turistas y por los escasos rusos privilegiados que podían pagar una noche de diversión con divisas. Los escasos restaurantes privados que se habían abierto a raíz de la *perestroika* de Mijaíl Gorbachov estaban abarrotados, pero eran tan pocos que su presencia apenas afectaba la vida nocturna de la capital. Los bares eran coto de hombres solos, locales oscuros y deprimentes, dedicados a un intenso y lúgubre consumo de alcohol.

Como habían venido haciendo a lo largo de generaciones, los rusos optaban por pasar las veladas de las fiestas en casa, rodeados de un círculo de buenos amigos. Se reunían alrededor de una mesa extendida que llenaba todo el espacio de sus pequeñas salas de estar, cubierta de botellas de vodka, tomates, pepinos, trozos de esturión, col en vinagre, pan moreno, todos los manjares que gustan a los rusos. En este marco, los

compatriotas de Feodorov se animaban. Toda la jovialidad y la sociabilidad proverbiales se desbordaban enriqueciendo sus reuniones con una humanidad tanto más auténtica por cuanto que el entorno era tan gris.

Durante una de estas alegres veladas en su chalet de Zavidovo, la reserva forestal de los altos dignatarios soviéticos, Feodorov había sido llamado por el coronel que presidía el Directorio de Seguridad Regional de Moscú. Más le valdría que aquella llamada estuviera justificada, pensaba Feodorov, mientras el Zil entraba en el aparcamiento subterráneo de la central del KGB.

Un guardia del KGB con uniforme caqui salió de las sombras cuando el coche oficial se detuvo delante de un cuadrado de luz que indicaba la puerta del ascensor que enlazaba el despacho de Feodorov con el garaje.

El director de Seguridad de Moscú esperaba a Feodorov en la antesala del despacho. De pie a su lado había un hombre más joven, con un raído traje de paisano, al que el director general del KGB no conocía.

—Sígueme —ordenó Feodorov, dirigiéndose hacia el despacho.

Arrojó el abrigo sobre una butaca y se sentó detrás de su escritorio. Dejó que sus subordinados permanecieran de pie. Era su manera de decirles que no se molesta impunemente al jefe el sábado por la noche.

—Iván Sergeivich —dijo el coronel—. Este hombre pertenece a la sección de vigilancia de la embajada de Estados Unidos. Él y dos compañeros están asignados a un agente de la CIA que está en la embajada bajo cobertura diplomática. Aquí traemos su expediente.

El coronel puso una carpeta encima del escritorio. Sus tapas azul gris pálido grabadas con el sello del KGB y las palabras ZENTRALNAIA REGISTROVKA – SOVERSHENDO SEKRETN0 (Registro Central – Máximo Secreto) indicaban que procedía de la cueva del tesoro de la organización de Feodorov, un enorme registro central en el que se guardaban expedientes de más de quince millones de personas. Todo hombre o mujer que se hubiera afiliado a un partido comunista en cualquier país del mundo desde 1925 tenía un expediente. Asimismo, cualquiera que hubiera solicitado un visado a la Unión Soviética o pertenecido a organizaciones comunistas así como empresarios, intelectuales, técnicos y científicos que, por cualquier motivo, hubieran llamado la atención del KGB. Su núcleo más importante era la sección dedicada a cada uno de los servicios de espionaje del mundo con una carpeta de todos los miembros de la Agencia que hubieran sido identificados o de cualquiera que fuera sospechoso de pertenecer a ella.

Feodorov abrió la carpeta. «Witter» era el nombre que aparecía en la primera página «William W». Había una foto de Witter hecha diez años antes, hablando con un oficial de la aviación siria en una recepción en la embajada de Argelia en Damasco; una foto de Witter andando por la carretera de Spring Meadow en Germantown, Maryland, camino de las pistas de tenis, una foto de tres meses atrás

del joven funcionario de la CIA corriendo por el parque Gorki. El director general del KGB pasó rápidamente las hojas de la carpeta hasta llegar a la última anotación:

—¿Y bien? —dijo.

El coronel se volvió hacia su joven subordinado.

—Haga su informe —ordenó.

El joven se puso colorado, se agarró las manos a la espalda y empezó:

—Nuestro sujeto va todos los sábados por la tarde con su hijo al Colegio Americano del monte Lenin. Dado que el lugar es difícil de vigilar, sospechamos que podría utilizar sus visitas como un medio de eludir nuestra vigilancia. —Hizo una pausa para calmar los nervios y frenar el atropellado torrente de sus palabras—. Esta tarde, decidimos separarnos para cubrir un sector más amplio. Yo me coloqué en la calle adyacente a Leninski Prospekt. A las tres quince, vi al sujeto y a su esposa salir de la zona del bosque. Los dos habían dado la vuelta a su abrigo.

—¡Ah! —sonrió Feodorov—, sin duda con el propósito de eludir vuestra cuidadosa vigilancia.

—Los seguí al centro hasta la calle Arbat.

—¿Pidió refuerzos? —le interrumpió Feodorov.

Evidentemente, la pregunta conturbó al oficial.

—Sí... no. Mi transmisor no funcionaba.

—¿No lo comprobó antes de salir del garaje?

—Sí, señor.

«¿Y qué otra cosa iba a decir?», pensó Feodorov. Miró al coronel.

—Compruébelo —dijo—. Prosiga —ordenó al oficial.

—Hizo una serie de maniobras que me convencieron de que iba a encontrarse con un agente.

—Sin duda —respondió Feodorov—. No iba a tomar tantas precauciones para comprar un ejemplar de *Izvestia*.

—No, señor. Dobló bruscamente por Biscuit Lane, caminando cerca de la pared, tal como la CIA enseña a sus agentes para proceder a la transmisión de información por contacto personal.

—¿A qué distancia estaba usted de él?

—A unos ocho metros, para no llamar la atención, por si había por allí otro agente de la CIA.

—Por lo tanto, evidentemente, no pudo ver si se pasaba información.

—No, señor. Pero observé que entre la gente que salía de Biscuit Lane había un militar con una cartera en la mano derecha.

—¿Pudo verlo bien?

—No, señor. Pero observé que era coronel y que llevaba el distintivo de miembro del estado mayor del Cuartel General de Moscú.

—¿No fue tras él?

—Mis instrucciones eran no perder de vista al funcionario de la CIA. Después

regresó directamente a la embajada.

Feodorov se levantó y se acercó a la ventana que daba a la plaza Dzerzinski. Evidentemente, si el de la CIA se había tomado tantas molestias era para encubrir un pase de información. Su objetivo podía ser cualquiera. La presencia del oficial podía ser pura coincidencia. De todos modos, una infiltración de la CIA en el cuartel general militar de Moscú era asunto grave.

—¿Cuántos coroneles puede haber en el cuartel general? —preguntó al director de Seguridad de Moscú.

—Lo he comprobado, Iván Sergeivich. Treinta y siete.

Feodorov volvió a mirar la plaza vacía. Si se equivocaba, los americanos, naturalmente, expulsarían a uno de sus hombres en Washington en represalia por su acto. De todos modos, era un precio que había que pagar.

—El lunes por la mañana a las ocho, quiero encontrar encima de mi mesa, una foto reciente de todos y cada uno de esos coroneles —ordenó.

El cerebro esconde su infinita complejidad bajo una apariencia anodina. Puesto encima de una mesa de disección es un objeto inerte, tan poco estimulante para la vista como un trozo de tocino. Nada en el aspecto del cerebro sugiere la prodigiosa capacidad que posee su facultad para regir los procesos del pensamiento, el habla, la vista, el movimiento, los sentimientos, la vida en sí. Es poco más de un kilo y medio de una masa compacta, blanca tirando a rosada cuando está vivo y amarillo grisáceo cuando está muerto.

La doctora coronel Xenia Petrovna examinaba una serie de cerebros humanos sumergidos en un baño de aminol en cubos de plástico transparente y colocados en el estante de su laboratorio como si fueran cajas de detergente para la lavadora. Todos aquellos cerebros que eran enviados regularmente al Instituto desde los hospitales de toda la Rusia Central habían pertenecido a hombres y mujeres sanos, muertos entre los veinte y los cuarenta años. Los ojos expertos de la doctora eligieron el cerebro cuyo color indicaba que llevaba menos tiempo en el estante. Puso la caja en la mesa de reconocimiento y se volvió hacia el grupo formado por los cuatro científicos seleccionados entre el personal del Instituto para unirse a su equipo de trabajo. Eran un neurofisiólogo especializado en comportamiento agresivo, un químico, una analista de informática y un ingeniero electrónico.

—Señores —dijo la doctora mirando el cerebro que tenía delante como una suma sacerdotisa de una antigua secta contemplaría las entrañas de una víctima recién sacrificada—, nuestra tarea es urgente. Nos ha sido confiada por la máxima autoridad. Es asunto de gran interés nacional. Tenemos que encontrar la forma de introducir un patrón de conducta agresiva en un individuo, a distancia, sin que él se dé cuenta de lo que ocurre.

—Doctora coronel —dijo el neurofisiólogo—, ¿se nos permitirá experimentar con

nuestros *zeks*?

Zek era el término que se utilizaba para designar a los internos prisioneros del Instituto.

—Sí. Con la autorización del Ministerio del Interior, como de costumbre, pero sí.

Xenia Petrovna enfundó sus largos dedos en unos guantes de goma hasta el codo, extrajo el cerebro de su envase de plástico y lo puso encima de la mesa. Luego cogió un cuchillo de hoja larga y delgada, parecido a los usados para picar lechuga, y lo apoyó transversalmente en la zona central, lado izquierdo. Con un movimiento fuerte y rápido, seccionó el *corpus callosum*, cortando el cerebro por la mitad como si fuera una bola de mozzarella.

—Bien —dijo—, sabemos que los campos electromagnéticos de muy baja frecuencia afectan a las neuronas, las células cerebrales. Por consiguiente, es muy probable que puedan emplearse para influir en el comportamiento humano.

La mirada fría y desafiante que sus ojos verdes lanzaron a los cuatro hombres sentados delante de ella alrededor de la mesa no era para invitarles a preguntar.

—Para aquéllos de ustedes que no son neurofisiólogos haré un resumen de lo que sabemos de la reacción agresiva. En primer lugar, es resultado de la descarga de una serie de agentes químicos —noradrenalina y péptidos entre otros— en el sistema circulatorio por orden de un grupo de neuronas situadas en una estructura llamada amígdala cerebral, así como de la supresión simultánea de otros agentes, como la serotonina. Ello no quiere decir que una emoción como la agresividad pueda plantearse en los términos de una fórmula química. Pero quiere decir que no se puede tener la sensación de furor, de cólera, sin que anteriormente se haya producido en el cerebro una operación electroquímica.

Xenia Petrovna dejó el cuchillo y tomó una tira de madera como la que usan los médicos para mirar la garganta. Era el instrumento de trabajo habitual del neurólogo.

—Por los experimentos hechos con la implantación de electrodos en el cerebro, sabemos que la orden concreta de descargar esos agentes químicos en la sangre se produce en forma de descarga eléctrica simultánea efectuada por un grupo de neuronas situadas en esta estructura llamada amígdala. Lo sabemos porque hemos producido la reacción de cólera en nuestros pacientes implantando electrodos en una zona bien definida de la amígdala y produciendo a continuación un pequeño *shock* eléctrico.

—¿Qué sucede exactamente? —preguntó el analista de informática.

Xenia Petrovna se echó a reír.

—Si pudieran levantarse, te despedazarían. Es una cólera artificial ya que esa pequeña chispa eléctrica ha sustituido los estímulos visuales o auditivos que normalmente desencadenan la cólera. Pero el efecto es real, se lo aseguro. —Volvió a mirar el cerebro limpiamente seccionado—. Esto es la amígdala. —Su instrumento de madera señalaba una estructura grisácea situada en la base del cerebro—. Cada persona tiene dos, una en cada hemisferio cerebral. Tiene aproximadamente la forma

de una almendra. En realidad, *amygdala* quiere decir almendra en griego. La zona más blanca de alrededor —el palito indicó la superficie de color claro que envolvía la amígdala— es el lóbulo temporal, el centro de nuestras emociones y comportamiento. La zona grisácea de encima es el córtex cerebral. Viene a ser una especie de banco en el que se almacenan los recuerdos, así como los patrones de aprendizaje, el sistema de respuestas que ha desarrollado un individuo, por efecto de la experiencia que esos recuerdos representan. ¿Cómo sabemos todas estas cosas? Gracias a un canadiense llamado Penfield que en las intervenciones quirúrgicas implantaba electrodos en estas zonas produciendo en sus pacientes unos recuerdos extraordinariamente nítidos de hechos que habían olvidado por completo.

»Estas líneas —la regleta siguió el curso de una especie de telaraña cuyo dibujo recordaba cauces de ríos secos en un desierto, vistos desde un avión que volara a gran altura— traen y llevan la información entre las estructuras profundas del lóbulo temporal y el banco de memoria del córtex. La memoria, la información, las respuestas que estamos programados para dar a unos estímulos específicos como un acorde musical, una imagen amenazadora, una figura sexualmente provocativa son cosas que están almacenadas en el córtex y sólo puede accederse a ellas mediante un código.

»Parece seguro que estos códigos, específicos para cada ser humano y extraordinariamente complejos, son transmitidos hacia y desde la corteza cerebral por otro órgano del lóbulo temporal, el hipocampo, que se encuentra aquí. —El palito se detuvo sobre una superficie clara, apenas visible, adyacente a la amígdala. Uno de los pioneros de la neurología decidió que parecía una mano de caballo unida a una cola de delfín y le puso ese nombre—. En cierto modo, el hipocampo actúa como el fichero de una gran biblioteca; la información almacenada en la corteza cerebral son los libros propiamente dichos. Con el índice podréis encontrar el libro que busquéis casi inmediatamente. Sin él, estáis perdidos. —Xenia Petrovna dedicó una sonrisa glacial a sus cuatro subordinados—. Una respuesta colérica empieza cuando un estímulo externo es interpretado por el cerebro como una amenaza y se lanza una señal a la amígdala, aquí —el palito se apoyó en la estructura que había señalado anteriormente— y en un grupo de neuronas de la amígdala asociadas con la reacción de cólera se produce una descarga masiva. Y aquí el amigo —miró riendo el cerebro cortado por la mitad que tenía encima de la mesa— pierde los estribos.

Xenia Petrovna dejó el palito e irguió el cuerpo. Permaneció en silencio un par de segundos, mirando con sus ojos verdes a los cuatro hombres sentados frente a ella:

—En esa señal se cifran todas nuestras esperanzas. —Hizo otra pausa, cruzando los brazos, además que la hizo aparecer más imponente todavía. El tono de su voz bajó, para recalcar sus palabras—: La señal es el gatillo que dispara la cólera en el individuo. Si descubrimos en un hombre esa señal, si conseguimos descifrar la combinación de su código electromagnético, podemos ponerlo furioso a nuestro propio antojo. Una parte de su ser, una parte esencial de su ser, nos pertenecerá. —Se

inclinó hacia delante, con los brazos apoyados en la mesa y miró fijamente a los cuatro hombres—. Tenemos que descifrar el secreto de esa señal, señores. ¿Y cómo lo hacemos?

Aquel itinerario era el recorrido favorito de Bill Witter en Moscú en sus salidas de *footing*. Discurría en torno a un promontorio en la orilla del Moscova, desde el puente Krasnoluzsky, pasando por el Palacio de los Deportes y el Estadio Lenin hasta el puente Andreievski. Ida y vuelta, seis kilómetros. Era un día radiante, extraordinariamente cálido para Moscú, con nubes blancas persiguiéndose por la bóveda azul. Mientras escuchaba una cinta de María Callas en su *walkman*, Witter se sentía perfectamente en paz con el mundo. Tan satisfecho estaba de sí mismo, del día y hasta de la carrera que pensó en repetirla.

Finalmente, junto a la tapia de ladrillo almenada del Convento Nuevo de la Virgen, en el que en 1598 Boris Godunov fue proclamado zar de todas las Rusias, empezó a aminorar la marcha y, con paso cada vez más lento, se dirigió al coche que había dejado en el aparcamiento de visitantes. Abrió la puerta de su Honda y acababa de arrojar el *walkman* al asiento delantero cuando notó un golpe en el hombro.

—Perdone —dijo en inglés una voz con marcado acento ruso.

Witter se volvió y se encontró frente a dos hombres, uno de los cuales le apuntaba al estómago con una Makarov de nueve milímetros, el arma reglamentaria del KGB.

El segundo hombre abrió una cartera de plástico negra y mostró una tarjeta de identidad oficial.

—KGB. Me parece que a un agente de la CIA no tenemos que explicarle quiénes somos, ¿verdad? —El hombre sonreía muy satisfecho de una ingeniosa frase que, según sospechaba Witter, había estado ensayando mientras le esperaba. Tenía un diente de oro y un aliento tan fétido que Witter se preguntó si sabría lo que era un cepillo de dientes—. Está arrestado.

Era una aclaración superflua. Witter comprendió lo que ocurría en cuanto vio la Makarov. Aunque parezca extraño, su primera reacción fue de profundo alivio. El KGB le arrestaba en día equivocado. La carrera de aquella mañana había sido completamente inocente. Gracias a Dios, no llevaba encima nada que esconder ni destruir.

—Soy funcionario de la embajada de Estados Unidos acreditada ante el Gobierno soviético y estoy protegido por la Convención de Viena de 1961 sobre privilegios e inmunidades diplomáticas declaró Witter.

—Lo dice muy bien —respondió Diente de Oro con gesto de aprobación—. Pero todo eso ya lo sabemos. Acompáñenos, haga el favor.

—Exijo la presencia de un abogado de la embajada de Estados Unidos.

—Haga el favor.

El que llevaba la pistola se situó detrás de Witter y le oprimió los riñones con el

cañón con una firmeza muy elocuente.

Witter sabía que, en un momento como aquél, la resistencia era inútil y estúpida. Lo habían cogido y punto. Aquel ballet silencioso que bailaban la CIA y el KGB tenía sus reglas, no escritas, pero respetadas por ambas partes. Hacían fintas, amagos y bailaban en su *ring* mundial, pero no pretendían matarse ni mutilarse mutuamente. Cuando un agente del KGB o de la CIA resultaba muerto o herido, casi inevitablemente, era obra de un renegado, de un disidente georgiano, un rebelde chiíta o un puñado de terroristas uruguayos.

Witter sabía que le esperaba un período difícil, horas de interrogatorio intensivo, privaciones, vigilia. Finalmente, sería denunciado públicamente y expulsado. Pero no sería maltratado físicamente ni torturado. Eso era contrario a las reglas.

Desgraciadamente, su carrera como agente de la CIA en el extranjero habría terminado. Ahora lo tendrían veinte años atado a una mesa en Langley. No era esto lo que le había inducido a unirse a la CIA.

Los dos agentes lo llevaron hasta un Volga negro. Otros dos hombres del KGB estaban en el asiento delantero, fumando. Witter fue obligado a sentarse detrás, entre los dos que le habían arrestado. En cuanto se cerró la puerta, Diente de Oro lo esposó.

—Vámonos —ordenó al conductor.

Witter se apoyó en el respaldo y trató de relajarse. Nombre, grado y número de serie, se dijo, eso es todo lo que estos cabritos van a sacarme.

El coche arrancó y tomó por Pirogovskaia Ulitza. Avanzaba por el carril verde, a velocidad moderada. Desde luego, no tenían ninguna prisa por llegar a dondequiera que fuesen. «¿Me llevan a la Lubianka —se preguntaba Witter—, o al nuevo edificio del KGB en las afueras? ¿O a Lefortovo?».

Antes de que llegaran a la plaza Zubovskaia, el agente que iba al lado del conductor se volvió y arrojó algo sobre las rodillas de Diente de Oro. Era una venda.

—Haga el favor —dijo Diente de Oro colocando sobre los ojos de Witter una ancha tira de tela negra forrada, con gomas en los extremos y comprobando que estaba bien ajustada.

Cuando hubo terminado, Witter notó que el coche viraba bruscamente hacia la derecha y empezaba a acelerar. «Ay, Dios mío —pensó—. Algo está muy, muy mal. Ésta no es la manera en que se supone que deben de hacerse estas cosas».

El primero de los cuatro hombres en reaccionar al imperioso desafío lanzado por Xenia Petrovna fue el doctor Alexandr Borisovich Chuiev, el neurofisiólogo.

—Mi querida Xenia Petrovna —dijo, puesto que su edad le permitía una familiaridad que estaba vedada a sus colegas—, aquí en el Instituto tenemos *zeks* que seguramente poseen una personalidad compulsivamente agresiva, personas que se enfurecen a la menor provocación.

—Más de los que necesitamos —respondió la doctora coronel—. Yo diría que

tenemos por lo menos cincuenta personas, hombres la mayoría, con esa propensión.

—¿Y sabemos qué estímulos desencadenan su cólera?

—En la mayoría de los casos, sí. —La doctora coronel lanzó una de sus frías carcajadas—. Hay uno que se sube por las paredes cada vez que le enseñamos la foto de su suegra.

—Muy bien, muy bien. —Alexandr Borisovich asintió con el entusiasmo del niño que han premiado con ración doble de postre. Era un hombrecito rollizo y angelical con mechones de pelo blanco, como nubecitas de humo, a cada lado de una reluciente calva—. Yo, desde luego, adoraba a mi difunta suegra. Era su hija la que me ponía furioso. En fin —agitó una mano mantecosa—, ese magnífico magnetoencefalógrafo, el de las doscientas cuarenta y cuatro puntas sensoras que recientemente mostró al Director General...

Miró a Xenia Petrovna con la sonrisa de picardía del niño que acaba de descubrir uno de los secretos de su madre más celosamente guardados.

—¿Sí?

—¿Podría enfocar con él la amígdala de uno de nuestros *zeks* y registrar las señales electromagnéticas que emita mientras él tiene un acceso de furor? ¿Por ejemplo, mientras contempla la fotografía de su adorable suegra?

—Desde luego —rió Xenia Petrovna—. Pero deberíamos atarlo a la silla, para impedir que saltara al ver la foto.

—Entonces tendríamos el perfil de cada señal electromagnética emitida en la zona de la amígdala desde el momento en que estuviera en reposo hasta el paroxismo del furor, ¿no?

—Desde luego. —Las facciones de Xenia Petrovna se congelaron con la expresión impávida de una maestra de escuela tolerante—. Pero lo que usted no comprende, querido Alexandr Borisovich, es que durante ese período nuestro magnetoencefalógrafo registrará miles de señales. ¿Cómo podemos saber cuál es la que buscamos?

—No obstante, una de ellas será esa señal mágica, el desencadenante que andamos buscando, ¿no es así?

—Así es.

—Permítame sugerirle un modo de captar esa señal. Usted es uno de nuestros neurocirujanos más eminentes, ¿no?

Xenia Petrovna asintió con gesto de perplejidad.

—Y, al igual que todos nosotros, este hombre está dotado de dos de esas amígdalas en forma de almendra, ¿no?

—Naturalmente.

—¿Podría extraerle una quirúrgicamente?

—Sí. A veces lo hacemos. Como último recurso en los casos de epilepsia que no pueden tratarse con drogas. Generalmente, extraemos el hipocampo y la amígdala del lóbulo temporal.

—¡Ah, ya! —suspiró el doctor—. En tal caso, nuestro *zek* tendrá que sacrificar solamente una amígdala, y por razón de Estado más que de salud. —El pequeño neurofisiólogo dirigió entonces su alegre sonrisa al químico—. ¿Cuánto tiempo cree usted que se mantendría vital el órgano de nuestro amigo, es decir, durante cuánto tiempo conservaría la propiedad de reaccionar fuera del cerebro?

—Un mínimo de doce horas. Probablemente, más, si fuera debidamente manipulado.

—Eso es mucho tiempo. Sí; mucho tiempo. —El doctor se volvió hacia el ingeniero—. ¿Se puede detectar esa descarga emitida por las neuronas de la amígdala de nuestro amigo, si llega a producirse? Me refiero a la descarga que respondería a nuestra señal desencadenante y que nos indicaría que su reacción de cólera estaba en camino.

—Sí. Desde luego. En primer lugar, enfocarí­a el órgano con un láser, un láser muy sensible. A continuación, lo cubriría con sensores electromagnéticos de gran sensibilidad —respondió el ingeniero electrónico.

—¿Y esos sensores podrían decirle con exactitud cuándo esas células, esas neuronas de ahí dentro, producen la descarga que nosotros asociamos con la reacción de cólera?

—Sin lugar a dudas.

—Bien, bien. —Alexandr Borisovich estaba realmente radiante de orgullo profesional—. ¿Y usted, amigo —ahora su mirada estaba en el técnico en informática —, usted, naturalmente, podría realizar un Fast Fourier Transform^[2] sobre esos miles de señales electromagnéticas que nuestro magnetoencefalógrafo produjo cuando nuestro amigo miró a su adorada suegra? ¿Podría descomponerlas en frecuencias, amplitudes, etcétera, específicas? Ello reduciría el número de señales con las que tendríamos que trabajar, ¿no?

—Sí.

—Con esa información, luego podría programar uno de sus ordenadores para que diera a un generador electromagnético la orden de dirigir cada una de esas frecuencias a la amígdala que la doctora coronel había extraído de nuestro *zek*. Digamos, a un ritmo de una por segundo.

—Sí. Quizá no tan rápida.

—De todos modos, en doce horas podríamos someter la amígdala a veinte mil combinaciones de frecuencia diferentes, ¿no?

—Sí.

La atención de Alexandr Borisovich volvió a fijarse en el ingeniero electrónico.

—Y, si una de ellas fuera esta señal mágica que nosotros buscamos, su rayo láser y sus sensores nos dirían instantáneamente que la habíamos encontrado, ¿no?

—¡Una idea brillante! —exclamó Xenia Petrovna antes de que el ingeniero pudiera responder—. Y puede dar resultado.

Alexandr Borisovich irradiaba la satisfacción del colegial que acaba de ser

elogiado por la maestra.

—Y, una vez que descubramos que tenemos la señal, podemos dirigirla a nuestro *zek* mientras se encuentra todavía en la cama del hospital, leyendo *Pravda*, mientras se recupera de la operación. Si se pone furioso, nosotros sabremos que hemos estimulado la amígdala que conserva. Ello confirmará que hemos descubierto la señal correcta.

Xenia Petrovna dio la vuelta a la mesa acercándose al asiento de Alexandr Borisovich.

—Brillante, mi querido amigo, brillante —dijo y le besó en la calva, como Blancanieves otorgando una recompensa a uno de sus enanitos.

Alexandr Borisovich se apoyó en el respaldo de la silla, derritiéndose al calor del beso, y preguntó:

—Por cierto, ¿qué consecuencias tendrá para nuestro *zek* la pérdida de su amígdala?

—¡Ah! —Xenia Petrovna volvía a su lugar, en la cabecera de la mesa—. Nada grave. Si la operación se hace correctamente y no tocamos las zonas de lenguaje de la corteza, podrá seguir viviendo perfectamente. —Se detuvo un momento, pensativa—. Desde luego, diluiremos su personalidad. En lo sucesivo, no tendrá que esforzarse tanto para reprimir la cólera. De vez en cuando, en estos casos, posteriormente se manifiesta una necesidad de estímulo oral, el afán de chupar objetos, morder lápices. Y la costumbre de humedecerse los labios.

Buscó la varilla de madera y apoyó el extremo en la amígdala del cerebro que tenía delante, como si repasara las técnicas quirúrgicas necesarias para la extracción.

—A veces, el sujeto se hace hipersexual. Se masturba con frecuencia. —Una sonrisa levemente sádica se insinuó en sus labios sensuales—. Ello debería de ejercer un efecto calmante en nuestro *zek*, ¿no?

La interrumpió un golpe en la puerta del laboratorio.

—Doctora coronel —dijo uno de sus ayudantes—. Acaban de llamar del Centro. Ya vienen.

Un Volga negro del KGB, el mismo vehículo que se lo había llevado del Convento Nuevo de la Virgen a mediodía, dejó a Bill Witter delante de la puerta principal de la embajada de Estados Unidos en la calle Chatkovskovo, poco después de las diez de la noche. Casi a la misma hora, el embajador estadounidense era recibido por el ministro de Asuntos Exteriores en su despacho oficial, un macizo edificio de la época de Stalin contiguo a la calle Arbat, en la que Witter había establecido contacto con el coronel.

El ministro entregó al embajador un memorándum de un solo párrafo. En él se decía que Witter debía abandonar la URSS en el vuelo de la Pan Am de las 8:25 de la mañana siguiente, con destino a Nueva York, por realizar actividades contrarias a los

intereses de la seguridad nacional soviética y ser agente de la CIA. El embajador hizo una protesta ritual, tal como exigía el protocolo del caso y se retiró. Él era diplomático de carrera, no simpatizaba con la CIA y, por consiguiente, miraba el caso con considerable desagrado.

El coronel Viktor Sbirunov fue arrestado poco después de las cuatro de la tarde, cuando se disponía a salir de la secretaría militar del Comité Central, situado dentro de las murallas del Kremlin. Al ver entrar en su despacho a los cuatro agentes de paisano del KGB, Sbirunov palideció. No dijo nada limitándose a mover afirmativamente la cabeza para expresar que acataba la orden de arresto.

Sbirunov fue conducido a las viejas celdas subterráneas chekistas, situadas en los sótanos del cuartel general del KGB de la plaza Dzerzinski, la famosa Lubianka, cuyas instalaciones se reservaban ahora para prisioneros preeminentes. Allí lo desnudaron y lo entregaron a un equipo de interrogadores del KGB.

Unas seis horas después, cuando Witter terminaba de hacer el equipaje para su viaje de primera hora de la mañana, Sbirunov se derrumbó y confesó sus culpas. Durante varias horas, hizo a sus captores una completa exposición de cómo fue reclutado por la CIA, de sus actividades de espionaje y todos los detalles que recordaba de la información pasada a sus contactos americanos. Cuando hubo terminado, pudo vestirse y comer. Hacia mediodía del día siguiente, se presentaron en su celda tres oficiales de la división de justicia militar del Ejército Rojo. Después de la confesión que él había firmado, el consejo de guerra fue una mera formalidad.

Una hora después, un cuarto oficial, un coronel, apareció en la celda de Sbirunov:

—Ciudadano Sbirunov, Viktor Petrovich —dijo—. Estoy autorizado a comunicarle, por orden del Presidium del Sóviet Supremo de la URSS que, al ser declarado convicto del crimen del espionaje por un tribunal militar del Ejército Rojo, ha sido desposeído de su grado y condecoraciones y de todo derecho a pagas y retribuciones pendientes. —El coronel hizo una pausa para respirar—. También debo comunicarle que ha sido condenado a muerte por el tribunal militar, por traición a la URSS. La sentencia ha sido ratificada por el Presidium.

La sentencia se ejecutó poco después de las seis de la tarde, en los sótanos de la Lubianka. Por orden expresa de Iván Sergeivich Feodorov, Sbirunov fue ejecutado al viejo estilo chekista. Fue obligado a arrodillarse de espaldas al verdugo. Le ataron las manos a la espalda y le dispararon con una nueve milímetros Makarov a la base del cráneo.

Con una sola frase, la agencia TASS anunció su condena por el delito de «espionaje en favor de una potencia extranjera». En su comunicado de mediodía, el portavoz del Departamento de Estado protestó vigorosamente por la expulsión de Witter y calificó de «carentes de todo fundamento» las acusaciones lanzadas contra él. Una portavoz de la CIA informaba a los que llamaban por teléfono en demanda de información que, según la política tradicional de la Agencia, la CIA no haría comentario alguno sobre

las acusaciones de Moscú.

Witter fue recibido en la zona de la aduana del aeropuerto John F. Kennedy por dos funcionarios de la oficina de la CIA en Nueva York, a la llegada del vuelo 65 de la Pan Am, a las tres y media de la tarde. Para rehuir a los periodistas, lo condujeron por una vía especial a un coche de la Agencia que lo llevó a la terminal Marine Air donde le esperaba un avión de la CIA para trasladarlo al aeropuerto Dulles de Washington. Cuando subieron al coche, uno de los funcionarios le pasó un ejemplar del *New York Post*. En la página tres, se daba la noticia de la ejecución de Sbirunov.

Witter dejó caer al suelo el periódico. Durante un instante, sintió fuertes ganas de vomitar. Su cara, que había palidecido bruscamente, se volvió hacia uno y otro de sus acompañantes.

—¡Yo no les dije nada! —protestó—. ¡Lo juro por Dios! ¡Yo no les dije nada, absolutamente nada!

—Por supuesto —dijo uno de sus acompañantes encogiéndose de hombros.

El otro no dijo nada.

Al día siguiente, poco después de mediodía, un hombre de mediana edad se presentó en las oficinas del Discount Bank del Quai de l'Île de Ginebra. Exhibió un documento extendido por el tenedor de la cuenta C 97164 por el que se ordenaba al banco que entregara al portador, mediante cheque bancario certificado, la totalidad de la suma depositada en la cuenta.

Como es habitual en las transacciones relacionadas con las cuentas corrientes de los bancos suizos, en el documento no aparecía el nombre del tenedor sino únicamente la letra y número de su cuenta, escritos a mano en la orden de transferencia.

Un empleado del banco cotejó cuidadosamente la caligrafía de los números que aparecían en la orden de transferencia con la que figuraba en el registro del banco. La concordancia era perfecta y, aquella misma mañana de primavera, se extendió un cheque por la suma total depositada en la cuenta C 97164. Ascendía a 3 727 104, 62 dólares. A las pocas horas, la suma era ingresada en el Voslov Bank, el banco exterior oficial del Tesoro de la URSS, en Zúrich.

El quirófano del Instituto para el Estudio de la Neurofisiología Humana que dirigía Xenia Petrovna era uno de los más modernos de la URSS, un templo dedicado a la cirugía cerebral en sus formas más sofisticadas. Una iluminación halógena indirecta bañaba la sala con una luz fría pero intensa. La estrecha mesa de operaciones podía inclinarse en cualquier ángulo que deseara el cirujano por medio de un pedal. Detrás de la cabecera de la mesa había un banco con una docena de monitores de televisión. Aquellas pantallas indicaban constantemente una serie de signos vitales del paciente durante la operación: electrocardiograma, índice de respiración, potencia cardíaca y temperatura. Tres pantallas clave, situadas en el centro del banco de monitores,

mostrarían una imagen constante, ampliada por ordenador, del interior del cerebro, visto desde tres ángulos: superior, inferior y lateral.

En ellos, Xenia Petrovna podría seguir con todo detalle y en color el avance del bisturí. El que iba a utilizar se parecía al bisturí del cirujano tradicional tanto como una carreta de bueyes a un caza de reacción. Estaba totalmente mecanizado y miniaturizado y reducía el movimiento del cirujano al milímetro o menos que exigía el delicado arte de la cirugía cerebral.

La doctora coronel, envuelta ya en tela verde estéril, revisaba el quirófano y a sus ayudantes con la atención del capitán de barco que inspecciona la cámara de radar, acechando cualquier fallo en la rigurosa disciplina que exige a sus subordinados.

—De acuerdo —dijo, satisfecha del resultado del examen—. Traigan al paciente.

El paciente era el hombre de Kiev que, estando borracho, en un acceso de furor, había matado a cuatro personas. Era el *zek* que Xenia Petrovna había utilizado para hacer la demostración del magnetoencefalógrafo. Dos enfermeros lo pasaron de la camilla a la mesa y le sujetaron los brazos y piernas a los soportes, para evitar que una convulsión fortuita malograra la delicada operación.

El hombre abrió los ojos y miró a Xenia Petrovna con una expresión de terror y súplica. «Qué extraño —pensó ella—, un hombre capaz de asesinar a cuatro personas y quedarse tan tranquilo, ahora, al verse en la mesa de operaciones, se convierte en un cachorrito asustado».

—¿Qué es lo que va a hacer conmigo? —susurró.

Ella le dedicó una sonrisa leve y fugaz.

—Mejorate el genio —respondió—. Hacerte más apto para la convivencia.

Hizo una señal a sus ayudantes para que retiraran la toalla estéril que cubría la cabeza del hombre y se inclinó para examinar la superficie del cráneo. Marcados en él con tinta roja estaban los puntos en los que ella empezaría a hacer las incisiones.

—Pongan los cables —ordenó.

Sus ayudantes empezaron a colocar los terminales de los cables que transmitirían los signos vitales a los monitores, sujetando cada uno con un dispositivo de ventosa bañado en pasta electrolítica, lo cual facilitaría la transmisión de las corrientes corporales a los instrumentos de lectura.

Mientras sus ayudantes realizaban los preparativos, Xenia Petrovna entró en un laboratorio contiguo al quirófano en el que otro equipo esperaba la llegada de la amígdala del asesino de Kiev. También aquí, sus ojos examinaron todos los detalles minuciosamente. Acompañaban a Alexandr Borisovich, el neurofisiólogo, el químico, el ingeniero electrónico, el especialista en informática y tres ayudantes de laboratorio.

—¿Todo dispuesto?

—Sí, doctora coronel —respondió el ingeniero, señalando un recipiente de plástico transparente situado encima de la mesa—. Una vez hayamos colocado la amígdala en este recipiente, dirigiremos un láser de gran densidad y focalidad a la

zona en la que se encuentran las neuronas asociadas con la reacción de cólera. Al mismo tiempo, cubriremos la zona con un aparato multicanal de silicio tratado al ácido para detectar cualquier variación del campo electromagnético.

—¿Están seguros de que este instrumento es lo bastante sensible para dar las lecturas que necesitamos?

—Doctora coronel, hay mil millones de neuronas en un centímetro cúbico de cerebro, miles en un milímetro. La descarga de una neurona tal vez no produzca una señal electromagnética muy fuerte, pero puede estar segura de que cien mil neuronas que se disparen al mismo tiempo serán captadas por nuestros sensores.

—¿Y ustedes? —preguntó Xenia Petrovna al especialista en informática.

El asesino de Kiev había respondido como un perro de Pávlov a los estímulos que se le presentaron mientras era sometido a un estudio magnetoencefalográfico.

—Estamos preparados.

—¿Cuántas señales tendremos que procesar?

—Tengo que advertirle, doctora coronel, que es un número muy grande.

—¿Cómo de grande?

—Del orden de decenas de miles.

—¡Tantas! —La palabra salió de la garganta de Xenia Petrovna como una explosión—. No podemos exponer la estructura a todas las señales en el tiempo que tenemos.

—No; no podemos. Pero podremos pasar quizá un diez o un veinte por ciento de las señales que registramos, las primeras. Y es lógico suponer que el desencadenante que buscamos se halle en las primeras fases de su reacción.

El especialista en informática le señaló su *Hewlett Packard*.

—Hemos programado esto para que pase a nuestro generador, una a una, todas esas señales. Hará una copia exacta de cada una, de su intensidad, amplitud y frecuencia con una definición de una centésima de ciclo por segundo.

La doctora coronel, sin decir palabra, giró sobre sus talones y volvió a su quirófano.

—¿Estamos preparados? —preguntó.

Su primer ayudante indicó que lo estaban. Xenia Petrovna se situó a la cabecera de la mesa. Sus ojos recorrieron los monitores de televisión que mostraban los signos vitales de su paciente. Se detuvo a inspeccionar la imagen del cerebro intensificada por el ordenador, examinando la débil silueta del órgano que constituía su objetivo: la amígdala izquierda. El paciente estaba inmóvil, respirando profunda y acompasadamente. Dado que el cerebro, el órgano diseñado para captar los más leves signos de dolor, era insensible al dolor, no haría falta mucha anestesia. Tal vez éste fuera el único aspecto de la operación en el que el peligro no era grande.

Xenia Petrovna miró al anestesista.

—Empecemos. Aguja, por favor.

Un reloj digital se puso en marcha, indicando el tiempo de la operación. Un

sistema de televisión de circuito cerrado entró en acción, filmando cada movimiento del equipo de cirugía. El anestesista insertó la aguja en una de las cavidades cervicales situadas debajo del cuello del paciente.

—Penetración —dijo—. ¿Cuánto fluido?

—Veinticinco centímetros cúbicos.

En uno de los monitores aparecieron las palabras: «Operación iniciada».

—Local en los puntos de incisión —ordenó Xenia Petrovna.

El anestesista inyectó cuidadosamente el anestésico en los cuatro puntos de la cabeza en los que ella haría sus incisiones. Esperó treinta segundos a que la anestesia local surtiera efecto.

—Retiren la piel.

Un cirujano ayudante apartó la piel de la zona en la que ella debía operar, dejando al descubierto el hueso blanco del cráneo.

—Sierra.

Un ayudante le puso en la mano una pequeña sierra eléctrica de hoja circular. El instrumento se puso en marcha con un leve zumbido. Xenia Petrovna lo acercó suavemente al hueso desnudo. Consciente de que a cada leve hendidura de la sierra podía estar haciendo historia, Xenia Petrovna empezó su intento por controlar una de las más básicas emociones del ser humano.

Al igual que toda buena agencia de espionaje, la CIA se rige por la estricta aplicación del principio de la «necesidad de saber» y el aislamiento del conocimiento en casillas y compartimientos, aislados del entorno tan herméticamente como especímenes contaminados en un laboratorio médico. No obstante, también es una institución humana, y cuando se produce un desastre de la magnitud de la pérdida del coronel Viktor Sbirunov, el principio de la «necesidad de saber» inevitablemente se extiende a los funcionarios de la Agencia. Art Bennington era uno de los que poseían un oído atento a los chismes, y no tardó mucho tiempo en captar los retazos de información que se filtraban desde el séptimo piso. Se rumoreaba que el «Coronel» era el mejor espía que Estados Unidos había tenido desde hacía años, un hombre que, al parecer, fue, entre otras cosas, el instrumento de los acuerdos sobre armamento firmados entre Reagan y Gorbachov. Se decía que había facilitado a la CIA un informe detallado de las tácticas de negociación, posiciones y puntos vulnerables de los soviéticos.

Pero, aunque el tema le fascinaba, Bennington sabía que ésta no era una crisis que afectara a él o a su división de Ciencias del Comportamiento. Por lo tanto, no pensó que se tratara del arresto del coronel cuando, dos días después del regreso de Witter de la URSS, Ann Stoddard, su ayudante, se presentó en su despacho y le anunció:

—El Director quiere verle. Inmediatamente.

Esta vez no hubo ritual preliminar con los chicos del blazer azul sino que pasó directamente al despacho del Director. El Juez estaba sentado a la mesa de

conferencias, en el mismo lugar que en su reunión anterior. Estaban presentes Paul Mott, director de contraespionaje que supervisaba la investigación del asesinato de Ann Robbins, y Bob Arnold, jefe de la Subdirección de Operaciones en la Rusia Soviética. Este departamento era el de las operaciones clandestinas. «Quizá se haya descubierto algo sobre el caso Robbins», pensó Bennington.

—Siéntese, doctor Bennington —ordenó el Juez—. Tenemos un problema entre manos y pensamos que usted puede ayudarnos. —Hizo una pausa y agregó con una expresión que Bennington, con optimismo, interpretó como una sonrisa maliciosa—. Y le agradeceré que nos ahorre todas las monsergas paranormales.

—Desde luego, jefe —respondió Bennington, imprimiendo a sus facciones su sonrisa de cristiana tolerancia—, lo que usted diga.

—Ese agente nuestro, Witter, que fue expulsado de Moscú, nos cuenta una historia muy extraña y, francamente, no sabemos a qué atenernos.

—¿Le han hecho la prueba del detector? —preguntó Bennington.

—Tres veces y, las tres, negativo.

—Eso no significa nada —terció Mott—. Cualquier agente hábil que sepa inhibirse puede burlar el detector. Eso lo sabemos todos.

—Es verdad —convino Bennington—. ¿Y qué dice el hombre?

—Que cuando lo detuvieron los del KGB lo llevaron a un lugar, al parecer, fuera de Moscú —dijo Arnold, de sor—. Viajaron unos cuarenta minutos, con pocos virajes. Le habían vendado los ojos, y no tiene ni idea de dónde fueron.

Bennington asintió.

—Dice que lo llevaron a una especie de sauna, lo ataron a un sillón parecido al de un dentista, pero con casco. Entonces le dijeron: «Sabemos que tienen ustedes un agente en Moscú, un coronel, y que el sábado por la tarde le pasó información en el Arbat».

—Lo cual, supongo, es exacto.

—Sí. Bien, él nos jura que les dijo que todo era falso. Que no soltó prenda. Que no dijo nada más que: «Exijo la presencia de un abogado estadounidense».

—Petición que ellos, sin duda, se apresuraron a satisfacer.

—Por supuesto. De manera que, siempre según Witter, ellos dijeron: «Está bien. Nosotros le mostraremos fotografías de varios oficiales del ejército soviético y usted nos identificará a su amigo».

—Y él no les dijo nada.

—Por lo menos, eso es lo que afirma. Le enseñaron unas cuarenta fotos.

—Incluida, imagino, la del oficial al que acaban de ejecutar. Que, imagino también, era el individuo tras el que ellos andaban. Es decir, el que le pasó la información.

—Exacto. Proyectaron todas las fotos una vez y, después, dice, volvieron a pasar unas diez, incluida la de nuestro hombre.

—¿Y él no dijo nada en ningún momento?

—Eso es lo que él nos jura.

—¿No fue torturado ni maltratado?

—En absoluto. Se comportaron como perfectos caballeros. *Glasnost* por encima de todo.

Bennington golpeó la mesa con las yemas de los dedos, mientras asimilaba lo que acababa de decirle Arnold.

—Y tengo que decir —prosiguió Arnold— que hasta ahora el tal Witter tenía una magnífica hoja de servicios. Yo lo consideraba uno de los mejores agentes jóvenes de mi departamento.

—Supongo que la explicación más plausible es la de que, de algún modo, él se delató —era Mott de contraespionaje el que hablaba— con la expresión o con un tic facial.

—¿Vio si lo enfocaban con algo? —preguntó Bennington—. ¿Una cámara apuntándole a los ojos?

—Nada. Sólo las fotografías que desfilaban en la pantalla de un televisor. Y un casco, como de peluquería, que le pusieron en la cabeza —respondió Arnold.

—¿En contacto directo? ¿Con electrodos sujetos al cráneo?

—No. Él dice que estaba reclinado en el sillón, mirando las fotos. Sujeto al sillón con unas correas, pero sin estar conectado a aparato alguno.

—¿Le dieron algo de comer o de beber?

—Sólo un vaso de agua que él dice haber pedido.

—Veamos, doctor —había una perceptible nota de impaciencia en la voz del Director—, ¿qué opina? ¿Le dieron algo? ¿LSD? Usted es el especialista en la materia.

«Vaya si lo soy —pensó Bennington—, y si uno de tus predecesores se hubiera salido con la suya, a estas horas yo estaría en el jardín de mi casa cultivando rosas en lugar de estar aquí sentado, tratando de responder a tus preguntas».

—LSD, descartado —dijo—. Para los interrogatorios es inoperante.

—Entonces, ¿algún suero de la verdad?

—No sé de ninguno que sea tan eficaz. En el mejor de los casos, estas cosas no son de gran utilidad. Bueno, puede haber un tío que diga: «No hablo ni palabra de chino», entonces le inyectas y el individuo empieza a conjugar verbos irregulares en chino. Eso siempre dice algo. Pero si le preguntas cuántos carburadores fabrican en Novosibirsk o qué coronel tiene el Toni no sacas nada en limpio.

—Entonces, ¿qué diantres pasa? ¿Pueden haber descubierto la manera de leer el pensamiento, por Dios?

—Quizá. Desde hace cuarenta años, buscan la manera de hacer hablar a la gente, lo mismo que nosotros, sin necesidad de esbirros que sirvan ratas muertas para el desayuno a un prisionero o le conecten los testículos a una batería. Sabemos que desde hace tiempo estudian los efectos de los campos electromagnéticos y magnéticos en el sistema nervioso. Yo diría que la explicación podría ir por ahí.

—¡Vaya por Dios! —suspiró el Director—. Esto empieza a sonar tan fantástico

como el asunto de los videntes.

—Todo forma parte del mismo programa, Juez. Se trata de averiguar cómo funciona el cerebro humano, de descubrir la fisiología del pensamiento. Hace veinticinco años que subvencionamos a gente que busca la forma de medir las ondas cerebrales con el fin de idear el detector de mentiras perfecto. Hemos considerado la idea de que se pueda detectar el campo electromagnético o la señal asociados a un gesto o, incluso, a un pensamiento, antes de que éstos se produzcan. Quizá ellos nos lleven ventaja en esto.

—¿Y tienen una máquina con la que han leído el pensamiento de ese hombre? ¿Y nosotros no la tenemos? Eso no me lo puedo creer.

—Bien, Juez —la sonrisa de tolerancia cristiana rayaba ya en la condescendencia—, quizá deba rectificar esa actitud. En esta casa, se tiende a subestimar la capacidad soviética en el campo de la ciencia. Recuerde que solíamos decir: «No tendrán la bomba A antes de finales de los años cincuenta».

—Tenían espías.

—También tenían buenos científicos. Como los tuvieron para el Spútnik y el programa espacial. Desde el siglo pasado, la ciencia rusa ha dedicado especial atención al cerebro. Su tecnología, a veces, no está a la altura, pero permita que le diga que en el campo teórico no tienen nada que envidiarnos.

—¿Y cree que sus investigaciones pueden haberles llevado a conseguir algo así? —insistió el Director.

—Quizá. —Bennington se quedó pensativo—. Me gustaría hablar con Witter. Quizá yo consiga descubrir algo que me ayude a atar cabos.

Art Bennington hojeó el expediente de Bill Witter o, por lo menos, la parte que la subdirección de operaciones en la Unión Soviética se avino a enviarle antes de que él se entrevistara con Witter. Al leerlo, Bennington sintió que le invadía una profunda tristeza. Aquel hombre era un dechado de meticulosidad. Siempre había obrado según el reglamento. Era un agente trabajador y concienzudo con un futuro prometedor. Su padre fue coronel de aviación, muerto en combate en el Vietnam. Probablemente, Witter se había unido a la CIA para seguir los pasos de su padre. El chico había ingresado en 1972, recién salido de Hamilton College, en el Estado de Nueva York. Se necesitaba valor para unirse a la Agencia en aquella época, en la que el patriotismo se consideraba pasado de moda. Desde el principio, Bill formó parte del grupo selecto de los agentes entrenados para el servicio clandestino.

Bennington leyó por encima varios de los informes del inspector de la «granja», el campo de entrenamiento de la CIA instalado en una finca de unas tres mil hectáreas, situada cerca de Williamsburg. «Witter no es una persona muy sociable, un individuo que depende del trato con otras personas para mantener un estado anímico equilibrado y una emotividad estable. Básicamente, es un poco retraído y posee la

fortaleza psicológica necesaria para soportar el aislamiento e, incluso, disfrutar de él».

Bennington se echó a reír. En esta descripción se veía a sí mismo de joven. Un solitario. Ésta era una de las cualidades básicas que la CIA buscaba en sus agentes. Y, vaya si iba a estar solo el pobre, de ahora en adelante. Pese a la opinión que él pudiera formarse sobre el papel que Witter había —o no— desempeñado en la captura de Sbirunov, su carrera en la Agencia había quedado troncada.

Bennington se levantó y se acercó a la ventana de su despacho. Quizá lo mejor que podías hacer con un individuo en estas circunstancias era llevártelo al Inn, tomar unas copas y decirle: «Chico, olvídale». Pero ¿de qué iba a vivir? Tenía mujer y dos hijos que criar. Este hombre saldría al mercado de trabajo con una laguna de diecisiete años sin más explicación que las palabras «servicio para el Gobierno» en su currículum. ¿Qué sabe hacer? Recoger un mensaje. Despistar a un perseguidor —quizá incluso defectuosamente—. Organizar un contacto directo para recibir información en propia mano. ¿Cuánto se puede prosperar en Wall Street con esta clase de conocimientos?

«¿Quién soy yo para dar consejos? —se preguntaba mirando tristemente el verde paisaje de Virginia—. Yo vine para hacer dos años de servicio militar, y me he quedado toda la vida».

El causante de las cavilaciones de Bennington llamó a la puerta. Witter era la viva estampa del abatimiento. Tenía toda la gallardía y el ímpetu de un balón deshinchado. «El pobre lo ha pasado mal estos últimos días», pensó Bennington. Traía el ojo izquierdo amoratado y el pómulo tumefacto.

—Creí que nuestros amigos no le habían golpeado —dijo Bennington.

—No me golpearon.

—¿Chocó contra una farola?

—Esto me lo hizo el encargado de controlar a Sbirunov. Me acusó de delatar a su hombre.

—Lo de siempre —suspiró Bennington.

Una de las características del oficio de espía es el síndrome receptor-espía, el estrecho vínculo que suele establecerse entre el espía y el agente que lo controla. El controlador de Penkovsky se fue de la CIA furioso porque la Agencia, desoyendo sus protestas, volvió a enviar a Penkovsky a Moscú para una última misión, a pesar de la convicción del controlador de que el espía corría peligro.

—Mire, doctor Bennington, yo no sé qué es lo que usted quiere hacer conmigo. Lo único que puedo decirle es lo que he estado diciendo a todos los de esta casa desde que llegué. Yo no dije nada de Sbirunov a los rusos. Ni puta palabra.

—Desde luego. Pero entre decirles una cosa a los de por aquí y conseguir que se la crean, hay cierta distancia.

—Entonces, ¿qué tengo que hacer? ¿Cortarme una mano y echársela al Director encima de la mesa? Como en la Inquisición española ¿inocencia por la sangre?

—Eh, cuando usted se metió en esto ya le dijeron que era duro, ¿no?

—Desde luego.

—Pues tenían razón.

«Venga ya, hombre —se dijo Bennington—, basta de paternalismos. Lo que tú quieres es ayudar al chico, ¿no?».

—Quiero que me lo cuente absolutamente todo. Desde el momento en que lo detuvieron, paso a paso, todo lo que recuerde, aunque no le parezca importante.

Bennington abrió un clip y empezó a limpiarse las uñas mientras escuchaba a Witter. Nada de lo que decía el joven le llamó la atención hasta que llegó a los momentos anteriores a su entrada en la habitación que parecía una sauna.

—Me desnudaron.

—¿Le desnudaron? Eso yo no lo sabía.

—Fue sólo durante unos minutos. Me quitaron el reloj de pulsera y me vaciaron los bolsillos. Luego me devolvieron el chándal y me dijeron que podía vestirme.

—¿Qué llevaba en los bolsillos?

—Nada. Sólo las llaves del coche y mi documento de identidad.

—¿Se lo devolvieron?

—Después. Cuando me llevaron a la embajada.

—¿Algo más?

—Me preguntaron si llevaba marcapasos. ¡Idiotas! ¿Hubiera salido a correr con un marcapasos?

Witter siguió con su relato. Variaba sólo en pequeños detalles del que Bennington había oído en el despacho del Director.

—Y eso es todo —dijo, en conclusión. Su tono era de desafío y su expresión hosca, pero Bennington adivinaba en los ojos de Witter una súplica desesperada de crédito. Bennington guardó silencio—. ¿Qué opina? —preguntó Witter.

—Creo que usted les dijo lo que ellos querían saber. Pero se lo dijo sin darse cuenta.

—¿Qué puñetas quiere decir?

—Se quedaron con el reloj y las llaves. Le preguntaron si llevaba marcapasos. Esa sauna era, evidentemente, una cámara de desmagnetización. Sabemos que en el cerebro hay señales que están relacionadas con las facultades cognoscitivas, con reconocer algo como la cara de su coronel. —Bennington se rascaba el interior de la uña del índice con el clip abierto como si esperara descubrir allí una clave secreta—. Hay personas que creen que, con un aparato llamado magnetoencefalógrafo, pueden leerse esas señales, mide los campos magnéticos que emite el cerebro cuando actúa...

La cara de Witter asumió la expresión de éxtasis del hombre que, en trance de ahogarse, ve venir hacia él un salvavidas que se desliza por la pendiente de una ola.

—¿Usted cree que eso es lo que me ocurrió a mí?

—Podría ser. Pero... —Bennington alzó los hombros—. Pero eso no significa que pueda convencer a sus compañeros de la subdirección. Mis palabras no surten el

mismo efecto en los del séptimo piso que las epístolas de san Pablo en los Corintios.

Era una escena con la que millones de telespectadores americanos se habían familiarizado durante los años de la presidencia de Ronald Reagan. El *Marine Corps One*, el helicóptero presidencial, volaba por delante del edificio de diecinueve pisos del Centro Médico Naval de Bethesda y se posaba en una plataforma para helicópteros situada sobre un montículo, frente a la puerta principal del hospital. En Rockville Pike, media docena de coches de policía, con las luces rojas del techo parpadeando, cortaban la avenida al tráfico, durante el aterrizaje. Una veintena de conductores se habían apeado de sus automóviles para ver al Presidente entrar en el hospital para su primera revisión anual.

El Presidente bajó las escaleras del helicóptero y estrechó la mano del almirante Peter White, su médico personal.

—Bienvenido al Centro Médico Naval Nacional, señor Presidente —declaró White.

En esta ocasión, desde luego, vestía uniforme.

El coche oficial esperaba en la plataforma, como siempre había esperado a Ronald Reagan, para recorrer los doscientos metros que le separaban de la puerta principal. El Presidente rehusó utilizarlo y echó a andar a buen paso; el almirante White y el jefe de personal de la Casa Blanca tuvieron que apresurarse para no quedar rezagados.

Dos docenas de periodistas encargados de cubrir las informaciones de la Casa Blanca, esperaban en la puerta del hospital, con las cámaras de televisión en marcha.

—¡Señor Presidente! —gritó uno de ellos—. ¿Existe alguna razón médica en particular por la que haya decidido venir hoy a hacerse una revisión?

—En absoluto. —El Presidente soltó la mentira con una amplia sonrisa que le llenaba toda la cara. «Empapaos bien, cabritos», pensó—. Estoy aquí esta mañana por sugerencia del almirante White, a fin de sentar precedente de una costumbre que me propongo observar anualmente durante mi presidencia y que espero que sigan mis sucesores. Esta magnífica institución dedicada a la salud de los hombres y las mujeres de nuestros servicios armados está dotada del mejor instrumental médico que posee la nación. Hoy me propongo beneficiarme de esta tecnología para hacerme el mejor reconocimiento médico posible. Dicen que la medicina preventiva es la mejor. Una completa revisión anual debería de ser norma de todos los hombres y mujeres del país y, con mi presencia aquí, he querido servir de ejemplo para todos ustedes.

«Esto debería bastar para cerrarles la boca», pensó sonriendo a la batería de cámaras.

—¡Señor Presidente! —era Britt Hume, de la ABC.

—Está un poco pálido, Britt. ¿Se ha hecho su revisión?

Los representantes de la prensa, con la ostensible excepción de Hume, rieron la

broma presidencial.

—Tengo entendido que hoy a mediodía se votará en el Senado la resolución sobre el aumento de los impuestos.

El Presidente procuró impedir que la irritación nublara su sonrisa tan cuidadosamente fabricada. La mayoría demócrata del Senado trataba de hacer aprobar una resolución que preveía un aumento del quince por ciento en el impuesto sobre la renta, para los dos niveles máximos de la escala. Aparentemente, la finalidad de la medida era reducir el déficit del presupuesto. En realidad, con ello pretendía humillarle haciéndole faltar a su promesa de no aumentar los impuestos.

—Al parecer, la oposición dispone de los votos necesarios para hacerlo aprobar —prosiguió Hume—. ¿Algún comentario?

El Presidente apretó los dientes para dominar la impaciencia. Pese a su aparente ecuanimidad, era mal perdedor.

—El Partido Demócrata juega irresponsablemente con la economía de este país, por mediocres motivos políticos. —Hizo una pausa y lanzó una mirada a su jefe de gabinete—. Si es necesario mis consejeros me mantendrán al corriente de la marcha del debate minuto a minuto, mientras esté aquí.

Con estas palabras, el Presidente saludó a las cámaras agitando la mano y entró en el hospital. El almirante White lo acompañó a los ascensores y subió con él a la *suite* presidencial instalada en el tercer piso del edificio diez. Bethesda era fruto del amor de Franklin Roosevelt por la Marina. Él personalmente eligió el lugar durante una excursión en coche que hizo en el otoño de 1941 y, según la leyenda, esbozó la forma de su característica torre de diecinueve pisos en un sobre, mientras regresaba a la Casa Blanca aquel domingo otoñal.

Puesto que Kennedy, Nixon, Johnson y Carter habían sido todos oficiales de la Marina, poco a poco, Bethesda fue adquiriendo la categoría que ahora ostentaba: la de ser el hospital de los presidentes. La *suite* presidencial del edificio diez se mantenía preparada para cualquier emergencia las veinticuatro horas del día. Contenía una reserva de sangre del grupo de la del Presidente, un equipo de urgencias y un armario con un pijama, una bata con el sello presidencial y un par de zapatillas.

White condujo al Presidente hasta su dormitorio el cual, salvo por la cama de hospital, parecía la habitación de un hotel elegante. Contiguas a la suya había una habitación para la Primera Dama, una antesala para el Servicio Secreto y un despacho en el que aquel día, de madrugada, se habían instalado tres líneas directas. White miró al jefe de gabinete.

—Con su permiso —dijo—. Me gustaría hablar con mi paciente en privado.

—Señor Presidente —dijo White, sacando un bloc del bolsillo—. Lo que le he preparado es la mejor revisión que puede ofrecer la ciencia. Cuando tengamos los resultados de todos los exámenes estoy seguro de que sabremos qué es exactamente lo que le preocupa.

—Imagino que más me valdrá verlo como una buena noticia —respondió el

Presidente; su risueño semblante había desaparecido.

—Confiemos en que todos los resultados sean buenos. Empezaremos haciendo una serie completa de análisis de sangre, para lo cual le extraeremos media docena de muestras. Luego, radiología de tórax, electrocardiograma, la prueba del esfuerzo sobre una cinta sin fin... Ya está familiarizado con ella, ¿verdad?

—Íntimamente —respondió el Presidente—. Tuve que dejar el tabaco después de la última.

—Seguirá una signoidoscopia...

—¿Una qué?

White carraspeó.

—Es algo muy importante, sobre todo para una persona de su edad, señor. Utilizando un tubo de fibra óptica, le examinaremos el colon para comprobar que no tiene pólipos como Ronald Reagan.

El Presidente comprendió y lanzó un gemido.

—Los pólipos son frecuentes en personas de más de cincuenta años, señor.

—¿Y esa mágica máquina que me examinará el cerebro? Estoy aquí para eso, ¡joder!

—A eso iba, señor, pero, tal como usted me pidió, este examen ha sido programado de manera que ningún miembro del personal del hospital pueda sospechar que se trata de algo más que una buena y completa revisión.

—De acuerdo.

—Le haremos dos exploraciones. La primera es un CT. La máquina parece una especie de donut gigante. Le hacemos pasar a través de él muy despacio y nos da un extraordinario retrato de su cuerpo. Está diseñado para detectar tumores que son tejidos blandos y tumores malignos que, generalmente, tienen una temperatura mayor que el tejido normal. Ello nos lleva una media hora.

—Bien.

—Luego, haremos la exploración del cerebro de la que le hablé, el magnetoencefalograma.

—¿Está seguro de que eso descubrirá si tengo un tumor cerebral?

—Señor Presidente, éste es el aparato más moderno que existe en el mundo para el diagnóstico del cáncer cerebral. Si hay tumor, lo descubrirá.

—¿Cuánto tardará?

—Unos cuarenta y cinco minutos. Podrá salir de aquí entre las dos y las tres de la tarde.

—Está bien. Pero quiero que se me mantenga al corriente de la marcha de esa dichosa votación del Senado, esté donde esté y haga lo que haga.

—Así se hará, señor.

La doctora coronel Xenia Petrovna Cherbatov daba pequeños sorbos al té hirviendo

que su ayudante le había servido, mientras empezaba a hojear las notas sobre el postoperatorio. Con ellas redactaría el informe sobre la intervención realizada para extraer la amígdala izquierda del cerebro del hombre de Kiev. La operación fue larga y extraordinariamente complicada. Como de costumbre, a la tensión de las horas difíciles pasadas en el quirófano seguía un cansancio profundo y grato. Curiosamente, la sensación era similar al delicioso desfallecimiento que siempre sentía tras el frenesí del acto sexual.

La operación había sido un brillante éxito. El *zek* se encontraba en la sala de reanimación. Dentro de poco, sería trasladado a su cama del hospital. En lo sucesivo, sería una persona mucho menos amenazadora para la sociedad de lo que había sido antes de la operación. La amígdala que involuntariamente había sacrificado para el progreso de la ciencia soviética estaba ahora en las manos de los ayudantes de la doctora coronel, en el laboratorio adyacente al quirófano. Buscaban ahora el grial que con tanto afán ella perseguía, la señal electromagnética precisa que desencadenaría una descarga neuronal sincrónica, en la porción de materia rosácea del tamaño de un mejillón que ella había extraído del cerebro de un hombre.

Xenia Petrovna miró el reloj. Ya llevaba más de dos horas buscando, investigando. La exploración podía prolongarse durante varias horas más y podía terminar con el fracaso y la frustración. El tiempo limitado que el órgano podía sobrevivir y responder a estímulos fuera de su medio natural restringía el número de señales que su programa informático podía dirigirle, en su búsqueda del desencadenante mágico.

También era posible que ella se hubiera equivocado en la hipótesis que había construido sobre cómo se originan las emociones en el cerebro. Al fin y al cabo, éste era un mecanismo infinitamente complejo. Presumir siquiera que se entendía su funcionamiento era el colmo de la vanidad. Xenia Petrovna, al igual que todos los de su generación, había sido educada en el ateísmo. Era una filosofía con la que ella se sentía cómoda, casi siempre. Sus momentos de duda inevitablemente se producían aquí, en este Instituto fundado por el KGB para dominar las maravillas de la mente, al servicio de la ciencia. De vez en cuando, mientras se enfrentaba a las infinitas complejidades del cerebro, intuía la presencia de una fuerza inexplicable que se deslizaba a través de las densidades que trataba de comprender. Supongamos, sólo supongamos, que al final de esta vía de investigación en la que se había adentrado, encontrase una Fuerza Suprema que jugara al escondite con ella entre las sombras de la mente. ¿Cómo encajaría esto con la ciencia soviética?

En tiempos de su padre, cuando Stalin vivía, la respuesta hubiera sido simple, desde luego. Aquéllos que hubieran visto moverse algo en las sombras habrían sido enviados a Siberia y fusilados. Los gobernantes actuales eran más pragmáticos. No obstante, algo así les plantearía un terrible dilema.

El timbre del teléfono interrumpió su ensueño.

—¡Xenia Petrovna, venga en seguida! —Era su ayudante de más edad, el

neurofisiólogo Alexandr Borisovich. En su voz vibraba la nota chillona de la excitación del niño que llama a su mamá para que salga a ver la extraña serpiente que acaba de encontrar en el jardín—. ¡Venga, venga!

Se puso la bata blanca y salió rápidamente de su despacho situado en el edificio de la administración y, cruzando el jardín pletórico de verde vida nueva al sol de verano, se dirigió al hospital. Las luces del laboratorio contiguo al quirófano estaban atenuadas. Los tres monitores de televisión situados en la pared estaban iluminados pero no funcionaban. Una línea verde dividía transversalmente por la mitad las tres pantallas. La amígdala que había extraído al zek estaba en su pequeño baño, en el centro de la habitación, brillando con alegre y rosada fosforescencia a la suave luz del techo. Al entrar, percibió la excitación de los hombres que la esperaban.

—¡Xenia Petrovna —anunció Alexandr Borisovich—, ya lo hemos encontrado! —El pequeño neurofisiólogo se pasaba la palma de la mano por la calva, como si acariciara el recuerdo de su cabellera de antaño—. ¡Ya tenemos la señal!

—¡Magnífico!

Xenia Petrovna lanzó un suspiro en el que se mezclaban el triunfo y el alivio casi a partes iguales.

El ingeniero electrónico surgió de entre las sombras. Se acercó al teclado del ordenador y pulsó unas órdenes.

—Lanzaré a la amígdala señales diferentes. Observe. Número uno. —Xenia Petrovna miraba fijamente los tres monitores de la pared. No ocurrió nada—. Número dos... número tres.

El eco de la voz del hombre aún vibraba en las sombras cuando las tres pantallas se animaron con una telaraña de líneas luminosas parpadeando. Xenia Petrovna no podía descifrarlas, pero sabía lo que significaban. Lo habían conseguido. Años atrás, en otro laboratorio, ella insertó un electrodo en el cerebro y sustituyó el estímulo visual indispensable para el desencadenamiento de la cólera por una pequeña chispa eléctrica. Ahora habían prescindido del estímulo visual y del electrodo. Habían engañado a la amígdala; habían engañado a un cerebro humano y provocado una reacción de cólera en un órgano, no con un estímulo percibido por los sentidos sino con una señal electromagnética. La trascendencia de lo que acababa de presenciar era alucinante.

—Xenia Petrovna. —Alexandr Borisovich estaba fuera de sí de entusiasmo—, en esta habitación hemos hecho historia. —El pecho del pequeño neurofisiólogo se henchía de satisfacción—. Esto merece el premio Nobel.

Xenia Petrovna se echó a reír.

—Un laboratorio del KGB tiene tantas probabilidades de conseguir un premio Nobel como un gato de verse las orejas. De todos modos, éste es un avance científico del que ellos no se enterarán. —Miró al ingeniero—. Descríbame la señal en sí.

Borisovich pulsó varias teclas y en una de las pantallas apareció un entramado de líneas que ondulaban.

—Ahí está. Es mucho más compleja de lo que yo me figuraba. Está compuesta por tres frecuencias. Ésta —señaló lo que parecía un muelle muy tenso— es una parte de alta frecuencia de 2,651 kilohercios insertada entre dos señales de muy baja frecuencia. Ésta —su dedo señaló una línea que subía y bajaba como el perfil de un sombrero napoleónico— es de 9,417 hercios de gran amplitud y ésta —señaló una línea que cruzaba la pantalla con suave ondulación— tiene 6,623 hercios y una amplitud pequeña.

Volvió a pulsar teclas y en la pantalla apareció otra figura, una línea que subía y bajaba dibujando la U y la V invertida.

—Esto es el perfil de un impulso de la señal. Una nimia variación en la forma, y el efecto desaparece. Ya no se establece resonancia entre la señal y esas neuronas de ahí dentro. Aunque las frecuencias y las amplitudes permanezcan invariables. Y si las frecuencias varían aunque no sea más que una centésima de hercio el efecto también desaparece. —Apagó el monitor—. Es una señal extremadamente precisa y compleja.

—¿Por qué no había de serlo? —dijo Xenia Petrovna—. El cerebro es un órgano extraordinariamente complejo. —Cruzó los brazos sobre el pecho adoptando su expresión de maestra de escuela—. Antes de alegrarnos demasiado, tenemos que dirigir esta señal sobre nuestro *zek* cuando se haya restablecido lo suficiente, para ver si él reacciona.

—Claro que hay que hacerlo, mi querida Xenia Petrovna —rió alegremente Alexandr Borisovich—, será la prueba definitiva. Pero ya puede empezar a celebrarlo, porque dará resultado. —Impulsivamente, extendió los brazos y la besó tres veces en las mejillas al estilo ruso—. Felicítese, Xenia Petrovna —dijo—, usted ha cambiado el mundo.

—Considérelo el postre, señor Presidente —dijo el almirante White señalando los blancos tubos metálicos del magnetoencefalógrafo de tres millones de dólares de Bethesda—. Después de algunas de las pruebas a que le hemos sometido, esto le parecerá un pedazo de pastel.

El Presidente lo miró sin intentar disimular su furor. «Qué típico de la profesión médica —pensó—. Este individuo está a punto de descubrir que tengo un tumor en el cerebro y lo compara con una tarta de chocolate».

—Estos cilindros contienen helio líquido a doscientos setenta y tres grados centígrados bajo cero. —Se notaba el orgullo en la voz de White mientras describía el funcionamiento de su precioso juguete—. Es sumamente sensible a los campos magnéticos. Antes de disponer de él, teníamos que guiarnos por la RMN, resonancia magnética nuclear, para descubrir los tumores cerebrales, pero esa técnica depende de contrastes, de la diferenciación entre la composición del tumor y la de los tejidos que lo rodean. Cuando se trata de tumores pequeños apenas iniciados, a veces la diferencia es tan pequeña que no se percibe. Pero a esta nena no se le escapa nada.

El Presidente respiró profundamente. Estaba tenso y nervioso, porque sabía que su futuro, que su vida, dependía de una máquina por la que su médico demostraba el mismo cariño que un adolescente por un *Oldsmobile 1950* trucado.

—Lo único que tiene que hacer, señor, es tenderse cómodamente en esta mesa. Relájese, cierre los ojos si lo prefiere. Quédese quieto y la tecnología médica hará el resto.

El Presidente se encaramó a la fina mesa situada bajo los sensores cilíndricos. Sólo llevaba puesta una bata blanca de hospital con la inscripción «The President» bordada en azul marino en el bolsillo del lado izquierdo del pecho.

—Esto es una cámara desmagnetizada —dijo White refiriéndose a la habitación en la que estaba instalado el magnetoencefalógrafo—. Nosotros estaremos en la habitación de al lado, con un ordenador que irá recogiendo toda la información, pero podemos hablar por el intercomunicador.

White y el técnico dieron un último repaso a la instalación.

—Recuerde —insistió White antes de cerrar la puerta—, debe permanecer perfectamente inmóvil pase lo que pase.

Tres técnicos manejaban el ordenador *Hewlett Packard* que registraba la información procedente de los sensores del magnetoencefalógrafo. En definitiva, registrarían la película de la actividad del cerebro del presidente de Estados Unidos, durante los cuarenta y cinco minutos que la máquina estaría en funcionamiento. El jefe técnico, un doctor en Física por la Universidad Politécnica de California, activó el sistema. En el primero de los tres monitores apareció el perfil de una cabeza humana. Los técnicos lo utilizaban para comprobar la perfecta alineación de los sensores.

—Ok —dijo el jefe—. Adelante.

El ordenador empezó a zumbiar mientras recogía la información. En las tres pantallas se encendieron unos diagramas que recordaban las líneas que indican la altitud en un plano topográfico. Estas líneas revelaban a los técnicos que el magnetoencefalógrafo funcionaba correctamente. El estudio de los datos, tarea lenta y laboriosa, sería realizado posteriormente por un neurólogo.

Hacia veinticinco minutos que había empezado la exploración cuando el jefe de Gabinete del Presidente entró en la habitación.

—Tengo que hablar con él —dijo—. Acaban de recibirse los resultados de la votación.

—¡Mierda! —exclamó el almirante White—. ¿No puede esperar? Acabamos de empezar. Si se mueve, tendremos que repetir desde el principio.

—Es el Presidente. Dio órdenes de que se lo comunicáramos en cuanto se supiera.

White suspiró. Cuando recibiera la noticia, el Presidente saltaría de júbilo o sufriría un soberano cabreo. Abrió el intercomunicador.

—Señor Presidente —dijo—. Aquí está su jefe de Gabinete. Desea hablarle. Recuerde que, diga lo que diga, usted debe quedarse quieto. De lo contrario,

tendremos que volver a empezar. Y usted no querrá perder tiempo.

El jefe de Gabinete se acercó al micrófono.

—Señor Presidente, perdimos por un voto. Conseguimos los tres demócratas del Sur, pero el cerdo de Riley, de Kansas, votó en contra.

Casi podía oírse cómo el Presidente hacía rechinar los dientes al oír las palabras de su adjunto.

—Maldita sea —murmuró—, maldita, maldita, maldita sea. ¿Cuándo se presenta a la reelección ese hijo de puta?

—En otoño.

—Me las pagará. Juro por Dios que me las pagará.

El técnico que manejaba el ordenador rió entre dientes.

—Chico, vaya cabreo. Está que echa chispas. —Se inclinó hacia White, riendo—. Tendría que tomarle la presión sistólica y ver cómo le va el corazón.

White miró al jefe de Gabinete.

—¿Ha terminado? —preguntó, preparado para cerrar el intercomunicador.

El otro asintió. Se quedó unos momentos viendo trabajar a los técnicos.

—Es una máquina impresionante —dijo cortésmente, sin entender nada.

—La mejor del mundo —dijo el físico de California orgullosamente—. Un día de éstos, con esta máquina, sabremos lo que va usted a pensar antes de que lo piense.

—¡Vaya! —exclamó el jefe de gabinete y no por cortesía sino realmente impresionado—. Es increíble. ¿Tienen los rusos algo parecido?

—No —respondió el físico de California—. Están a kilómetros por detrás de nosotros.

La Inquisición: Witter la había mencionado en su despacho y el chico no iba desencaminado, pensaba Bennington. Aquella pequeña reunión en el despacho del Director, en la que presumiblemente iba a decidirse la situación del joven agente, empezaba a adquirir el tinte de un proceso de la Cámara Estrellada. Casi podía advertirse cómo Mott, de Contraespionaje, volteaba la cuerda que esperaba pasar alrededor del cuello de Witter antes de que acabara la reunión. Arnold, el jefe de Witter en la subdirección, seguía titubeando pero comprendía que le convenía alinearse con el ganador. El Director hacía las veces de juez, lo cual era bastante apropiado, pero Bennington había intuido ya su hostilidad hacia el joven. Ello le dejaba a él el papel de abogado defensor.

Por desgracia, la situación estaba bastante clara. Al cabo de los años, eran muchos más los espías soviéticos descubiertos que los de cualquier otro servicio de espionaje. Y ello no se debía precisamente a que los soviéticos fueran unos ineptos sino, sencillamente, a que tenían más espías. La CIA tenía poquísimos, y la pérdida de uno de ellos, como Sbirunov, era un desastre que alguien —en este caso, Witter— tendría que pagar.

El Director dejó encima de la mesa el informe que Bennington había redactado después de su charla con Witter y algunos de sus contactos en la organización. Mott y Arnold, como a una señal, dejaron también sus ejemplares del informe. «¡Oh, oh!», pensó Bennington.

—Bien —dijo el Director, dirigiendo a Bennington la mirada distante del burócrata sensato—, por lo menos, aquí no tenemos que habérmolas con adivinas que nos señalan submarinos soviéticos.

Bennington sintió la tentación de agitar la mano pidiendo perdón pero se reprimió. Hizo bien.

—O no del todo —concluyó el Director.

Arnold, que sabía leer en los labios del jefe mejor que nadie de la casa, ahora ya veía claramente la línea a seguir.

—Art —convino—, personalmente te agradezco todo el tiempo que has dedicado a Witter y la molestia de preparar el informe. Pero, en definitiva, aquí no tenemos nada sólido.

—No —respondió Bennington—; lo que tenemos aquí es a uno de tus hombres a punto de ser crucificado por algo que no ha hecho.

—Eso no has podido demostrarlo.

—Lo que yo os digo en ese papel es que hay un noventa y nueve por ciento de probabilidades de que este hombre fuera sometido a un magnetoencefalograma. Él dijo a esa gente lo que ellos querían saber, pero sin darse cuenta.

—¿Sólo por lo de las llaves y el marcapasos? —preguntó Mott.

—¿Sólo por lo de las llaves y el marcapasos? —preguntó Mott.

—Cuestión de rutina. Un registro, para comprobar si llevaba encima algo que hubiera recogido.

—¿Un marcapasos, Paul? ¿Pensaban que le habían pasado un mensaje en un marcapasos? No; eso no fue el registro de rutina. Estaban limpiándolo de objetos metálicos para meterlo en una cámara desmagnetizada.

—¿Y ahí dentro le leyeron el pensamiento con su máquina milagrosa?

—Ésa es la conclusión que yo he sacado. Sabemos que en el cerebro se producen señales que preceden a todo pensamiento o gesto; por ejemplo, reconocer la foto de un individuo. Y existen pruebas concluyentes de que esta máquina, este magnetoencefalógrafo, puede detectar los campos magnéticos característicos de esas señales.

—Pero eso todavía no lo ha visto nadie, ¿verdad? —preguntó Arnold.

—Nosotros, no. Pero ¿cómo podemos saber que los rusos tampoco? El Pentágono subvenciona extraoficialmente un proyecto en Los Álamos para este estudio. Ellos buscan, por ejemplo, a personas con reflejos ultrarrápidos, la clase de personas que serían buenos pilotos de reactor. O gente que tenga una capacidad superior a la normal para resistir la tensión que los oficiales experimentan durante el combate.

—Todo eso está muy bien, Art —dijo Mott—. Pero aquí no se trata de *Top Gun*.

Aquí tenemos el caso de un hombre de la CIA que, con toda probabilidad, reveló al KGB la identidad del agente que le pasaba la información. Bajo presión, quizá. Pero la reveló.

—Un momento, si puedes conseguir la clase de información que necesita el Pentágono estudiando las señales que emite el cerebro de un hombre, ¿por qué crees que no puedes descubrir la señal que indica que ha reconocido la foto de una persona?

—Yo te diré por qué no lo creo: no lo creo porque nosotros no lo hemos conseguido. Y, si nosotros no lo hemos conseguido, que me ahorquen si voy a creer que lo han conseguido los rusos.

Bennington apreciaba a Mott. Llevaban un tiempo similar en la Agencia y, en sus días difíciles, durante el proceso del comité Church, Mott le apoyó con su amistad. No obstante, al igual que la mayoría de los miembros de Contraespionaje, cuando se le metía una idea entre ceja y ceja, era testarudo como una mula.

—Paul —dijo—, aquí está pasando algo muy gordo y vosotros no lo veis. Yo no me canso de deciros que los sóviets están metidos hasta las cejas en el estudio de la interacción entre el cerebro y los campos electromagnéticos. Ya os lo dije cuando perdimos a la parapsicóloga de Nueva York y os lo repito ahora, y lo único que saco de vosotros es un montón de jerga oficial acerca de las normas sobre registro personal.

—Lo hemos oído perfectamente, doctor Bennington —dijo el Juez—, pero ¿qué significa? Lo que usted arguye son conjeturas.

—Significa que ha sonado el primer aviso y que el segundo no tardará en sonar. Significa que también nosotros deberíamos estudiar esto detenidamente, en lugar de pasar el tiempo desbaratando la carrera de un hombre totalmente inocente.

—Art, como dice el Director, eso es teoría. —Arnold ya estaba seguro del terreno que pisaba—. No puedo dirigir el puesto de Moscú de esta Agencia basándome en suposiciones. Tengo a un oficial que, aun sin darse cuenta, delató al KGB la identidad de un agente. En bien de la moral de todos los elementos de esta Agencia, esa acción tiene que ser castigada.

—¿Qué piensa hacer, señor Arnold? —preguntó el Director.

—Voy a retirar las licencias a Witter y lo asignaré a la sección histórica. Allí puede dedicarse a escribir la historia de casos antiguos hasta que se quede tieso.

—Buen criterio, Bob —gruñó Bennington—. Cargarse a un oficial inocente porque uno no quiere mirar cara a cara a la realidad. Eso obrará maravillas en la moral de tu departamento.

Ann Stoddard esperaba fielmente a Bennington cuando éste volvió a su despacho; el televisor, sin sonido, tenía sintonizado la CNN. Era la rutina de todas las torres vigía del Gobierno; el Centro Nacional del Mando Militar, la sala de Actualidad del

Consejo de Seguridad Nacional, el Foso de la Agencia y los despachos de los jefes de la CIA y del Departamento de Estado. Art observó que el Presidente subía a su helicóptero agitando la mano alegremente a la cámara. Subió el volumen.

—... hace unos momentos, el Presidente ha sido sometido a su revisión médica anual en el Centro Médico Naval de Bethesda. Sus médicos califican su salud de «excelente». —Se pasó a la cámara del estudio—. El Presidente —dijo el locutor— fue examinado con las técnicas de exploración médica más modernas, dentro de la rutina del reconocimiento, escáner, magnetomet... —La palabra se le atravesó. Sonrió con expresión contrita a su compañera antes de volver al texto—: Magnetoencefalógrafo —silabeó triunfalmente.

Bennington apagó el televisor. Tal vez deberían aprender a utilizar el aparato como detector de mentiras para políticos. Acabarían con la democracia en veinticuatro horas.

—Tesoro —dijo a su ayudante—, creo que mi contribución a la seguridad de la nación ha terminado por hoy. Hasta mañana.

Witter entró casualmente en el ascensor en el tercer piso. Lanzó a Bennington una mirada expectante. Bennington movió afirmativamente la cabeza pero no dijo nada. Los ascensores de las oficinas centrales de la CIA no son precisamente lugar apto para conversaciones. Camino del aparcamiento, Bennington se situó al lado del joven funcionario y le puso la mano en el hombro.

—Hice por usted todo lo que pude ahí arriba —dijo—, pero me temo que no fue suficiente. Lo siento.

No había que ser psicólogo para darse cuenta del dolor, de la tristeza que había en los ojos del joven.

—A hacer puñetas la CIA —gruñó Bennington—. Váyase a Nueva York y hágase agente de bolsa. El dinero que ganará...

Un brillo de lágrimas en los ojos del joven indicó elocuentemente tanto la intensidad de su decepción como su falta de interés hacia la sugerencia de Bennington.

—Gracias de todos modos —susurró—. Siempre es un consuelo saber que, por lo menos, una persona me cree.

Dio media vuelta y se fue hacia su coche, solo y abatido.

Bennington lo siguió con la mirada. Una tarde como ésta exige un escocés en el Inn, se dijo.

El Potomac Inn estaba a menos de diez minutos del cuartel general de la CIA, un poco más allá del antiestético y macizo complejo del centro comercial de Tyson's Corner. El edificio del Inn tenía menos de medio siglo y, sin embargo, su pórtico colonial y su porche al estilo de una antigua mansión resultaban anacrónicos en la selva de asfalto que lo rodeaba, convirtiéndolo en una especie de reliquia del pasado rural y modesto

de la zona. Varios años atrás, el propietario había rebautizado su bar con el nombre de cervecería, había empezado a servir la cerveza en jarras de peltre y había uniformado a sus camareras con cofias blancas y faldas y delantalitos de la época colonial, como los de las chicas del Williamsburg Inn. Alguien le había dicho que así atraería a los *yuppies* que proliferaban en el vecindario. Pero lo único que consiguió fue ahuyentar a la parroquia habitual. Por deferencia hacia ellos y en desafío a los ausentes *yuppies*, la cervecería había vuelto a su original condición de bar y las chicas habían vuelto a la minifalda y al chicle.

Art Bennington iba al Inn a tomar una copa de vez en cuando desde que había entrado en la CIA. Como de costumbre, la parroquia era una curiosa mezcla de individuos de la Agencia, con sus ternos Brooks Brothers, y vecinos del barrio que entraban a tomar una copa después de su partida de bolos del martes por la noche, sudando todavía sus chillonas camisas de dacrón verdes, amarillas o azules, con los nombres grabados en el bolsillo izquierdo y un logotipo publicitario en la espalda.

Bennington paseó la mirada por el bar y se sentó en un taburete. Había alguna que otra cara conocida, pero ninguna amiga, lo cual, visto su mal humor, tal vez fuera preferible. Tampoco había muchas mujeres. Al principio, en los años cincuenta y sesenta, las que se veían allí eran contadas. Ahora se habían convertido en una minoría aceptada a regañadientes: funcionarias de la Agencia que salían a tomar una copa con los chicos, profesionales, asesoras fiscales y financieras, abogadas y doctoras que tenían el consultorio en Tyson's Corner.

Bennington, pidió un *Johnny Walker* etiqueta negra con hielo y una corteza de limón. Pensaba en Witter, preguntándose cómo reaccionaría el chico a la mañana siguiente cuando recibiera la buena noticia de que le habían retirado las credenciales. Quitarle las credenciales a un oficial de la CIA es como excomulgar a un sacerdote o castrar a un toro semental. Y, sin las credenciales, el oficial puede esperar en su nueva vida profesional tanta emoción como el toro capado. La compasión de Bennington hacia el joven era auténtica. Al fin y al cabo, también él había recorrido aquel triste camino.

Tomó un sorbo discreto de *whisky*, saboreando su calorcillo en la garganta. Por el estéreo del Inn sonaba una cinta de aquella chica por la que los chavales andaban de cráneo. ¿Cómo se llamaba? Vega, Suzanne Vega. Su voz tenía una suavidad quejumbrosa que entraba bien en la penumbra perpetua de locales como aquél. Y de ánimos como el suyo.

La amargura de la traición que le había infligido la Agencia se había diluido con el tiempo, pero los asuntos como el caso Witter la servirían. Retrocedió con el pensamiento a mediados de la década de los setenta y a la angustia de los días que pasó declarando ante el Comité Church. Cómo aborrecía Bennington el recuerdo del honorable senador de Idaho. Y de Bill Colby. La gente de Ford quería que Colby lo tapara todo, ordenaron al director de la CIA que dijera a Church y a su comité que se fueran a hacer puñetas, que a ellos no les importaba un pimiento cómo funcionaba la

CIA, que era cosa de la rama ejecutiva del Gobierno. Pero no, Colby tenía sus propias ideas acerca de cómo manejar el caso. Él imaginaba que la mejor forma de liberar a la Agencia del anzuelo era arrojar a Church y a su comité unos cuantos bocados succulentos. Unos trocitos de solomillo para una jauría de perros hambrientos.

Puesto que el asunto del LSD no tuvo ninguna maldita importancia, destapararlo no iba a perjudicar a la CIA. Ni los planes de asesinato. En 1976 ya eran agua pasada, pero era lo que se necesitaba para satisfacer el apetito del Congreso y de la prensa y conseguir que dejaran en paz a la Agencia.

Colby aplicaba una de las leyes fundamentales de la burocracia federal: si quieres cubrir la espalda a los de arriba, tienes que dejar al descubierto la de algún tipo de en medio. Nadie quería manchar la memoria del héroe del Día D con cosas como drogas ni ensuciar a JFK, el héroe caído entre complots de asesinato. Y un buen día, Bennington despertó y se encontró bajando por los pasillos de la capital como en una pesadilla. Durante toda su vida profesional, se le había entrenado para que no tuviera cara, para que fuera anónimo y allí estaba, con *flashes* estallándole en la nariz, con cámaras de televisión metiéndole el micro por la boca, gritándole preguntas que no podía ni entender, en aquel caos y confusión. Su jefe, el hombre que lo había reclutado para la Agencia, hacía tiempo que se había retirado a los campos de golf del club náutico de Orange County. Dos de los hombres que estaban en la rama química cuando él se unió a la Agencia también se habían marchado, de manera que Bennington era ahora el único alto cargo superviviente del programa LSD.

Y un día, no mucho después de que terminara la investigación, Colby lo llamó a su despacho. El viejo Ojos de Mochuelo le esperaba, parpadeando detrás de aquellas grandes gafas con montura de plástico transparente, todo sonrisas y forzada jovialidad. Le había llamado, dijo, para charlar en confianza, «entre camaradas».

—Estuve repasando su expediente personal, Art —prosiguió Colby—. Le asombraría comprobar todo lo que tiene acumulado en primas y pensiones... Y aún es joven. Un neurólogo brillante. —Lanzó lo que Bennington supuso quería ser una carcajada cordial—. Qué puñetas, podría poner una placa en Park Avenue y dentro de nada estar ganando más dinero que el Presidente de Estados Unidos. El caso es, Art —se inclinó hacia delante y su voz asumió el tono del padre que trata de convencer a su hijo adolescente para que haga lo que él cree que le conviene—, que su permanencia aquí nos hace blanco de un constante bombardeo de los medios de comunicación. Francamente, empieza a convertirse en un problema. No hace falta que le diga lo salvajes que pueden ser los periodistas. Por su propio bien, Art, y por el bien de la Agencia, pienso que debería plantearse seriamente la posibilidad de presentar la dimisión. Me aseguraré personalmente de que sean respetados todos sus derechos.

Conque era eso, lo que él sospechaba desde el momento en que entró en el despacho del Director.

Ni ahora, tantos años después, mientras tomaba su *whisky* en el Potomac Inn,

Bennington conseguía reprimir la risa al acordarse de la escena siguiente. Estaba indignado, lo que se dice cabreado. En lugar de tratar el asunto del LSD con discreción, tal como se suponía que se hacían las cosas en la CIA, Colby le había elegido como cabeza de turco. Y ahora quería librarse de él para congraciarse con los medios de comunicación y el Congreso.

Bennington guardó silencio unos momentos, mientras trataba de dominar el furor.

—¡Jo!, Bill —respondió al fin en tono de burlona contrición—, es usted muy amable preocupándose tanto por mi bienestar.

—Sabía que lo comprendería —dijo Colby, radiante.

—Pero hay un obstáculo.

—¿Y es?

—Que no pienso marcharme.

El asombro del Director fue evidente.

—¿Cómo que no se va? Si yo decido echarlo, ya lo creo que se irá, y pronto.

—¿Por qué motivo?

—¿Motivo? Después de lo que ha salido a relucir en la investigación, no serán motivos lo que me falte.

—¿Y lo que no ha salido?

—¿Qué puñetas quiere decir?

—Tengo un montón de papeles de más de un palmo de grueso en los que la superioridad da el visto bueno a todo lo que hicimos. En esos papeles están las contraseñas de pesos fuertes. Las de Allan Dulles, las de McCone, las de Dick Helms. Me parece que, buscando bien, encontraré papeles con sus iniciales, Bill.

—¿Es una amenaza? ¿Después de que trato de sacarlo del berenjenal en el que está metido, sin escándalo y con la pensión intacta?

—No. No estoy dispuesto a dar otra vez la cara ni por usted ni por nadie. ¿Quiere mi dimisión? Mándeme una carta de noventa días. —Una carta de noventa días era una forma de amonestación utilizada por la Agencia. Su contenido eran malas noticias invariablemente. En ella se señalaban las faltas de un funcionario y se le requería para justificar su conducta, enmendarse o prepararse para el cese—. Me buscaré un abogado, cogeré esos papeles y haré una hoguera con ellos.

—Usted no montaría ese número.

—Pruebe.

La contemplación de la cara del Director deparó a Bennington la primera sensación placentera que había experimentado desde que se apeara del coche en Capitol Hill el día en que empezaban las sesiones del Comité Church. Se había quedado blanco y su furor era tan manifiesto que parecía una presencia más en la entrevista.

—Está bien, Bennington —dijo secamente—. Voy a darle un nuevo destino. Desde este momento, trabaja en el archivo. Y puede apostarse el culo a que en cuanto cruce esa puerta —señaló con el pulgar la puerta del despacho—, sus credenciales

están anuladas. Va a necesitar hasta el favor de los que sacan la basura.

Bennington se encogió de hombros.

—Está en su derecho. Pero ¿qué piensa hacer con mi sección y sus proyectos?

—Enterrarlos.

—No mientras yo esté en la Agencia.

—¿Usted? Usted estará en el sótano repasando los gastos domésticos en las Filipinas durante los próximos diez años.

—Aquí dentro, a usted se le acabará la cuerda antes que a mí, Bill. Cuando subió a este despacho, se salió del escalafón. ¿Se acuerda?

Bennington, desde luego, se refería a que, al aceptar la dirección de la CIA, Colby había dejado la burocracia para ocupar un cargo político por designación.

—Cuando Ford se vaya de la Casa Blanca, usted se irá con él. Pero yo seguiré aquí. Y la Agencia, también. Incluso puede que sobreviva a todo lo que le están haciendo. Usted quiere enterrarme en los archivos una temporada; bien, hágalo. Pero no me cierre la sección ni suspenda los proyectos que tiene en marcha.

—Su sección es igual que usted, Bennington, un motivo de bochorno y humillación para la Agencia. La suprimiré.

—No la suprimirá.

—¿Otra amenaza?

Bennington trató de responder en tono mesurado.

—No tiene por qué serlo. Bill, usted sabe tan bien como yo que ese asunto del LSD, que tanto alborota a Church, no era más que una parte muy pequeña de nuestra investigación. Y el asunto terminó conduciendo a cosas que, a largo plazo, son absolutamente vitales para el país.

—¿El «behaviorismo»? ¿El estudio del cerebro? ¿Toda esa gente de Stanford que trata de mirar dentro de los silos de los misiles desde mil quinientos kilómetros?

—Ellos forman parte del programa.

—Pues bien, yo pienso acabar con todo eso.

Art ya estaba tan agitado que no pudo permanecer sentado. Saltó del sillón con la rapidez del defensa que había sido en Princeton, buscando una figura azul que placar.

—Sí, yo podría establecerme en Park Avenue como usted me propone y ganar un cuarto de millón al año —dijo ásperamente—. ¿Sabe por qué no lo hago?

Por la expresión, Colby no parecía muy deseoso de conocer la respuesta a la pregunta, pero Art se la dio de todos modos:

—Porque ahí fuera hay una revolución en marcha, la mayor revolución científica de nuestro tiempo y yo formo parte de ella. Se centra en el cerebro, en su funcionamiento, en lo que influye en él y en cómo puede condicionarse. Hoy los neurólogos se encuentran donde los físicos como Fermi, Szilard y Bohr se encontraban en 1939. Pero lo que ellos descubrirán hará que la fisión nuclear parezca un juego de niños. Esto es el mañana, Bill, es la ciencia del siglo veintiuno. Lo que salga de esto va a cambiar la faz de la tierra. —Art tuvo que hacer una pausa para

reprimir su vehemencia—. Esa sección mía que usted quiere suprimir está a la vanguardia de la revolución. Si la suprime, hará que este país tenga que avanzar hacia el futuro con los ojos cerrados.

—Bennington —los ojos de Colby estaban tan descoloridos y fríos como dos cubitos de hielo—, usted es conflictivo. Ese trabajo suyo es precisamente la clase de investigación que no quiero que siga contaminando a esta Agencia.

—Está bien, Bill. —Bennington apoyó sus robustos brazos en la mesa del Director y le sonrió desde arriba—. No quería acabar con una nota amenazadora, pero no tengo más remedio. Hay un par de senadores bastante influyentes en el Capitolio que tienen un gran interés por lo que nosotros hacemos. Lo siguen muy de cerca. Da la casualidad de que lo consideran vital para el interés nacional. Estoy seguro de que no le importará que les diga que está usted pensando en suspender el programa.

En fin, la entrevista terminó poco más o menos aquí. Bennington fue enviado a hacer penitencia al purgatorio de los archivos durante un par de años. Se introdujeron ciertas reformas básicas, se prohibieron los asesinatos y cualquier forma de experimentación con seres humanos no voluntarios, pero los proyectos de la sección de Art siguieron prácticamente intactos. Del séptimo piso llegó la insinuación de que era un inconformista y que sus antiguos colegas harían bien en distanciarse de él. Unos lo hicieron y otros no. Durante algún tiempo, él y los que habían sido quemados por el Comité Church fueron jocosamente llamados «criminales de guerra». Después, tal como Art había predicho, Colby se marchó y empezó su rehabilitación.

Los pensamientos de Bennington fueron interrumpidos por la súbita aparición de una figura conocida que se acercaba hacia él rodeando la barra en forma de herradura. Hacía casi un mes que había tenido su última entrevista con Nina Wolfe, la hipnoterapeuta cuyas sesiones le habían deparado tanto alivio. Mientras se acercaba, ella tenía la mano dentro del bolso, como si buscara los polvos o el lápiz de labios.

Los tres jugadores de bolos que estaban al lado de Bennington también habían advertido su presencia. Aquella noche, Nina Wolfe no vestía uno de sus sobrios trajes de chaqueta del consultorio sino una faldita de cuero negro bastante ajustada con un ancho cinturón de tela abrochado con lo que a Bennington le pareció una hebilla de plata y turquesas de artesanía navaja, blusa de seda blanca y una especie de bolero bordado. El murmullo de aprobación de los jugadores de bolos era prueba, si es que era necesaria, de que, fuera del consultorio, Nina Wolfe era mucho más atractiva que la hipnoterapeuta que había tratado a Bennington dentro de él. Hizo girar el taburete hacia ella.

—¿No estará buscando un cigarrillo ahí dentro, verdad? —dijo cuando ella llegó frente a él.

La mujer levantó la cara. En ella observó en ella una fugaz expresión de contrariedad. ¿Había interrumpido algún pensamiento importante? ¿La había sobresaltado? ¿O no le reconocía y pensaba que era un ligón de bar? Luego sonrió. Él advirtió que su sonrisa era mucho más cálida que la del saludo profesional del

consultorio.

—¡Ah!, hola... no —dijo mirando al interior del bolso—. No soy como el médico que tiene en la mesa un cartel que dice: «Haga lo que le digo y no lo que yo hago». Hace años que dejé los cigarrillos. —Agitó el índice en señal de reproche—. Creí que las visitas al bar eran actividades que tratábamos de desterrar.

—Es la prueba de la eficacia de su tratamiento. Ahora puedo entrar con la seguridad de un jugador de póquer que tiene una mano de cuatro reyes. —Art sonreía al decírselo. Su cabello era como una aureola de cobre. Tenía la piel blanca, de pelirroja. No importaba. De todos modos, el bronceado ya no estaba de moda este año. Tenía unos ojos hechiceros y tan azules como un par de huevos de petirrojo recién puestos—. ¿Me permite que la invite a una copa?

Nuevamente, durante un segundo, aquel gesto de preocupación pasó por su cara como una sombra por delante de la luna. Probablemente, consideraba poco ético frecuentar socialmente a clientes o ex clientes. Luego volvió a sonreír.

—Tengo que llamar por teléfono, para comprobar mi contestador. Después, con mucho gusto.

Mientras ella iba hacia el teléfono, Art contempló el negro cuero de la falda, tenso sobre un par de prietas nalgas. A su lado, uno de los jugadores de bolos, una especie de doble de Willie Nelson, soltó un gruñido de envidia.

—Alguien acaba de tener un golpe de suerte.

Bennington, con un amplio ademán, señaló los letreros que iluminaban la carretera Chain Bridge como luces de feria.

—Fíjese —dijo—. Anita, Platos Mexicanos, Harry's Sushi, Le Canard, La Casa de Hsuei, Roy Roger's, la cocina de media docena de naciones, en un pañuelo. Y toda con el mismo sabor.

Soltó una risa áspera de autocomplacencia. La compañía de Nina Wolfe le había disipado el mal humor. En el Inn había tomado sólo una botella de *Perrier* pero, después de hacerse rogar un poco, accedió a cenar con él. Durante las dos horas siguientes, lo único que debía preocuparle era recordar que él era un representante de Exxon llamado Art Booth y no un alto funcionario de la Agencia.

—¿Tiene hambre? —preguntó.

—Un hambre de lobo.

—Yo también. A la porra los platos combinados disfrazados de comida exótica. Vamos al otro lado del río a cenar como es debido.

Art pisó el acelerador y le lanzó una rápida mirada. Ella tenía los brazos cruzados, y, bajo la seda blanca de la blusa, se insinuaba la delicada curva de los senos que descansaban sobre los antebrazos. El leve pero delicioso aroma de su perfume formaba una niebla invisible entre los dos. Su cara estaba en sombra, pero la luz de algún faro al pasar ponía fulgores de cobre en su pelo. «Tiene gracia —pensó él—,

siempre la he visto a media luz: en el consultorio, con iluminación tamizada; en el bar, en perpetua penumbra, y ahora, en el coche».

—¿Adónde? —preguntó ella.

—Al Jean Pierre's. ¿Lo conoce?

—No.

—Es francés. Lo dirige un piloto de carreras.

—No creí que los pilotos de carreras brillaran por su habilidad con la sartén.

—Éste sí.

Viajaron un rato en silencio, cruzando el parque de George Washington por la orilla del Potomac, en dirección a la capital.

—¿Cómo está el mundo del petróleo estos días? —preguntó ella.

—Hecho un asco.

—¿Y eso por qué?

—Sobra petróleo y faltan clientes.

—Eso suena a uno de los clásicos dilemas del sistema de libre empresa que enseñan en la escuela.

—Pues no lo es.

—¿Por qué?

—Porque la OPEP no sabe lo que quiere decir libre empresa.

A su lado, Nina Wolfe ahogó la risa.

—No era tan lacónico cuando estaba en regresión.

Ahora le tocó a él reír.

—Espere. Antes de que acabe la noche estará deseando que me calle. ¿Era fácil de manejar estando en trance?

—Una delicia. Y es que, a diferencia de la mayoría, a usted no le asustaba la idea de la hipnosis. El primer día que fue a mi consultorio para dejar de fumar, me sorprendió lo mucho que sabía usted sobre el tema. Mucho más de lo que imaginé que podría saber una persona de su profesión.

—Bueno. —Art apartó una mano del volante e hizo uno de los amplios ademanes característicos de sus momentos de buen humor—, la mente siempre me ha fascinado. La parapsicología, los fenómenos paranormales, todas esas cosas.

—¿Usted cree en eso?

Él no contestó en seguida, concentrando su atención en la pregunta y en el tráfico que se dirigía hacia el puente Theodor Roosevelt. Al otro lado del río, la grácil aguja de mármol del monumento a Washington llamaba a los navegantes de la noche como en otros tiempos el «pan de azúcar» atraía a los marineros a Río de Janeiro.

—Yo creo en esas cosas. Es más, sé que existen. Pero que me maten si sé por qué.

—Entonces usted debe de ser un hombre de fe. En Dios o en lo que sea.

Bennington rió ásperamente.

—Nina, yo soy como la mayoría de las personas. No creo en Dios. Salvo de tarde en tarde, cuando necesito creer. —La miró. Llevaba los labios pintados de un rojo

intenso, como el que usaban las estudiantes de Smith y de Vassar en los años cincuenta, y combinaba bien con la sobria magnificencia de su cutis blanco y su pelo rojo—. ¿Y usted?

—Mis padres eran húngaros. Vinieron a este país después de la revolución de 1956. Yo tenía tres meses. El ateísmo fue lo único que conservaron de su antiguo mundo y me lo transmitieron.

—¡Ah! —Bennington meditó un momento—, ya me parecía a mí que tenía un poco de acento.

—Es natural. Mis padres no llegaron a hablar bien el inglés, ninguno de los dos. Yo aborrecía su acento, como todos los hijos de inmigrantes. Pero se me contagió un poco.

Entraron en el aparcamiento de la calle K junto a la marquesina color ciruela de Jean Pierre's. Art, con los jugos gástricos en agitación, subía las escaleras del restaurante casi corriendo.

—¡Ah, Art! —le saludó efusivamente Jean Michel, el propietario—. ¡Qué grata sorpresa! Era su manera de decirle: «Otra vez te presentas sin reservar mesa».

Por qué un restaurante llamado Jean Pierre's tenía un dueño que se llamaba Jean Michel era uno de los pequeños enigmas de la capital, pero esta noche él no pensaba perder el tiempo hablando de eso con Nina Wolfe.

Jean Michel los llevó a una tranquila mesa del comedor principal. El local era muy frecuentado por funcionarios de la Agencia. La mesa de enfrente se llamaba, jocosamente, Comedor para almuerzos de trabajo de Dick Helms.

—¿Quieren beber algo? —preguntó Jean Michel.

—¿Ahora podré tentarla? —preguntó Bennington.

—Pruebe —ella rió y miró a Jean Michel—. Un Stolichnaya con hielo, por favor.

Bennington pidió otro Etiqueta Negra. Cuando el camarero les llevó las bebidas, Nina levantó el vaso. Sus asombrosos ojos azules le miraban por encima del borde.

—A su salud. Que siempre la conserve.

—Salud —repuso él. Bebió un buen trago y dejó el vaso en la mesa—. ¿Nunca le han dicho que tiene unos ojos azules increíblemente hermosos?

—Nunca.

—No me sorprende. Los hombres están ciegos.

—Si lo que quiere es convencerme de que no es machista, no se moleste —sonrió ella—. Yo le conozco ¿recuerda?

—Sabe todos mis secretos antes de que yo abra la boca —refunfuñó él.

—Oh, todos no. Estoy segura de que aún hay muchos que descubrir ahí dentro.

El camarero se acercó a su mesa y empezó a recitar la letanía de especialidades de la noche, con el entusiasmo del monaguillo que ayuda en misa. Bennington tanteó al chico con varias preguntas y después se enfrascó en la tarea de seleccionar el menú.

—¿Siempre se preocupa tanto por lo que come? —preguntó Nina Wolfe mientras él debatía las respectivas ventajas de unas chuletas de cordero y de un *magret de*

canard.

—Siempre. Es uno de mis rasgos más cargantes.

Finalmente, ella pidió cangrejos de caparazón blando y salmón *poché* frío, y él escalope a la provenzal y perca roja con salsa de mostaza ligera. Art tomó la lista de vinos. Para evidente consternación del camarero, pidió un *Chardonnay* californiano, en lugar de los blancos franceses que llenaban la lista.

—Le debo mucho —dijo, volviendo a su *whisky*—. De no ser por usted, creo que me habría convertido en misógino. —Instintivamente, le ofreció la sonrisa de muchacho tímido que reservaba para estas ocasiones—. Cuando acudí a usted no deseaba saber nada de mujeres. —Resopló—. Estaba tan quemado que me sentía incapaz de iniciar una nueva relación.

—¿Y ahora va mejor?

—Mucho mejor.

—¿Eso significa que ha encontrado a una mujer que le gusta? ¿Ha empezado una relación con alguien?

—No. Bueno, en cierto modo, sí, casi. En Nueva York conocí a una mujer que me parecía muy atractiva.

—¿Qué pasó?

«¿Y ahora cómo salgo de ésta?», pensó Bennington.

—Por desgracia, no pasó nada. La empresa para la que trabaja la trasladó a California antes de que pudiéramos conocernos mejor. Pero su trato me ayudó a descubrir algo muy importante, y es que aún no soy un caso perdido, como creía ser.

—Nunca lo fue. Era sólo cuestión de tiempo, y de una ayudita de su amiga la hipnoterapeuta del barrio.

—Yo diría una gran ayuda. —Art levantó el vaso hacia ella antes de beber, con un gesto que indicaba su admiración y su gratitud por lo que ella había hecho por él—. ¿Tiene muchos casos como el mío?

—A decir verdad, no. En este país, esos casos suelen tratarlos los psiquiatras. A nosotros acuden sólo los fumadores y los que comen demasiado. Lo cual es una vergüenza, porque yo creo que nuestras técnicas son mucho más eficaces que las suyas.

Art se rió frunciendo la nariz.

—Lo cierto es que conmigo su técnica hizo milagros. Ahora por lo menos puedo oír la trompeta lejana de la pasión al otro lado de las montañas. Quién sabe, quizá hasta vuelva a enamorarme.

Nina arqueó las cejas maliciosamente.

—¡Ah! —exclamó con un brillo humorístico en sus ojos azules—. El amor. La pasión. Esas cosas no pueden conseguirse con la hipnoterapia. Y probablemente sea mejor así.

—¿Por qué?

—La pasión. —Había una nota de sensualidad en su voz al decirlo, como si la

palabra se hubiera escapado de una cámara secreta de su mente—. Generalmente, la pasión no es más que una forma estupenda de buscarse problemas, ¿no?

—De acuerdo, pero no olvide lo que decían los anuncios del viejo trasatlántico *France*: «El viaje ya es la mitad de la diversión».

—Oh, no quiero decir que no sea divertido. Sencillamente, las personas que se dejan llevar por las pasiones suelen acabar en el sofá del psiquiatra, como las personas que no saben contener el apetito acaban en el mío.

—¿Y el amor? ¿Qué piensa del amor?

—¿Qué piensa usted?

—Ya debería de saber la respuesta. ¿No lo descubrió mientras me tenía bajo su influjo?

—¡Ah! —Ella se llevó el vaso de vodka a los labios y volvió a mirar a Bennington por encima del borde—. Lo que usted y yo tratábamos de controlar era un amor deteriorado, ¿se acuerda? Un amor gastado, no un amor en su apogeo.

—Bueno, verá lo que yo pienso. —Bennington hablaba en voz baja y arrastrando las sílabas, su tono de conversación usual—. Yo creo que el amor es un accidente. Un accidente afortunado, de acuerdo, pero un accidente que te pilla cuando menos lo esperas, dos, tres o puede que cuatro veces, según sea el camino que tienes que andar.

—Esa filosofía suya no deja mucho margen al determinismo científico.

—Ninguno. ¿Y la suya?

—Bueno, soy un poco pesimista en lo tocante a la bondad del amor. Por desgracia, las personas que pasan la mayor parte del tiempo escuchando las desgracias de los demás, suelen ser propensas al pesimismo.

—En otras palabras, que psiquiatras e hipnoterapeutas son unos amantes poco entusiastas.

Ella se animó.

—¡Oh!, yo no diría eso. —Su sonrisa era burlona y provocativa—. Quizá sean los mejores amantes porque son realistas. Saben cómo va a terminar el idilio antes de que empiece. Como la gente que empieza una novela por la última página.

El mal humor de aquel día de agobios se disolvió bajo el impacto de la velada. La cena fue una delicia. La cocina del Jean Pierre's, como siempre, succulenta, y Nina Wolfe era una compañía encantadora. «¿Cómo no me había dado cuenta antes de lo atractiva que es?», se preguntaba Bennington. Cuando el camarero les llevó el café, Bennington pidió un cigarro.

—Uno de los especiales de Jean Michel —puntualizó.

—Por supuesto, señor Bennington.

El camarero le presentó una pequeña caja que contenía una docena de cigarros sin faja. Bennington eligió uno y lo encendió.

—Qué bien huele ese cigarro —dijo Nina—. No parece de Jamaica.

—No lo es —sonrió Art. Aunque los cigarros no llevaban faja, el aroma proclamaba su procedencia.

—¿No le da vergüenza? —rió ella...—. Un buen... —se interrumpió, cambiando bruscamente de tono como el que cambia la marcha de un vehículo, para acelerar y dejar atrás lo que iba a decir—. Vamos, ¿un patriota americano como usted, fumando un habano de contrabando?

—Yo no permito que la ideología me amargue el placer.

Cuando regresaban, cruzando el Potomac y el parque George Washington Memorial, hacia Tyson's Corner, donde Nina había dejado su coche, Art hacía mentalmente inventario de su bar. No podía pretender atraerla a su piso con la invitación de una taza de café Maxwell instantáneo. Coñac casi no le quedaba. Tenía un poco de oporto, pero a mucha gente no le gusta el oporto. Entonces recordó una botella de Calvados de veinte años que había traído de su último viaje a París.

—¿Dónde vive, Nina? —preguntó.

—En Falls Church, por la carretera de Gallows.

—Bueno —él no acabó de conseguir que su voz sonara con naturalidad—, prácticamente somos vecinos. Yo vivo en los apartamentos Park Terrace, a una travesía de la 123, en Vienna.

—Oh, sí, ya sé donde está.

—¿Por qué no sube a tomar una copa camino de su casa? Hace un par de semanas estuve en París por asuntos de trabajo y me traje una botella de un Calvados sensacional. Estoy esperando una ocasión propicia para destaparla.

—¿Y me enseñará sus grabados? —rió ella.

—Los tiene mi ex mujer. Podemos ver desfilas por la CNN. Pero tengo que prevenirla. Mi apartamento no es precisamente el que fotografiaría una revista de interiorismo.

Ella rió, divertida.

—No, Art, lamento decirle que ése no es el estilo de vida que yo asociaría con usted.

Ella guardó silencio, evidentemente meditando la respuesta a su invitación. «Caray —pensaba Bennington—, con lo que me agobiaban las negativas a los veintiún años, ¿cómo voy a digerirla a mi edad?».

—Verá —dijo ella—, por mucho que lo deseara no me parece que fuera muy sensato aceptar su invitación. Para ninguno de los dos.

—Las ideas sensatas, para los jesuitas, Nina. Afortunadamente, en esto no hay ni un ápice de sensatez. Sólo azar, misterio y promesa.

Mientras conducía, él sentía que aquellos ojos azules le observaban aquilatándolo con frialdad. ¿Cuál es la fórmula en estos casos? ¿Cuántos «noes» hacen falta para formar un «no»?

—¿Qué mal puede haber en que una hipnoterapeuta y su cliente tomen una copa de Calvados? —insistió.

—¡Huy! —sonrió ella—, eso tiene su importancia.

«Claro —pensó él—. La consabida historia de que no hay que consentir que el

paciente desarrolle una dependencia sentimental».

—Si se trata de ética profesional, no se preocupe —le aseguró—. No pienso comunicárselo a la Asociación Nacional de Hipnoterapeutas.

—No existe tal asociación. Nosotros somos muy independientes. —Estaban llegando al centro comercial de Tyson's Corner, donde ella había dejado el coche—. Pero, si no le importa, esta noche no. Quizá en otra ocasión, ¿quién sabe? —Le puso la mano en el brazo—. Es ahí, a la izquierda, el Toyota gris.

Él paró al lado del coche de ella. Entonces Nina se deslizó por el asiento hacia él. Casi antes de que él pudiera reaccionar le había abrazado y le daba un beso largo y dulce, un gesto de cauta sensualidad, prometedor e inquisitivo a la vez. Luego, con la misma rapidez con que se había arrimado, se retiró y apoyó la mano en la palanca de la puerta.

—¿Seguro que no cambia de opinión? —preguntó él.

—Creo que no, lo siento. Esta noche, no. —Él vislumbró en la penumbra una sonrisa burlona—. Todavía tiene mis cintas, ¿no?

—Por supuesto.

—Entonces puede escucharlas —rió ella—. De todos modos, son lo mejor de mí.

Con estas palabras, se fue. La observó mientras se inclinaba para meter la llave en la cerradura, la falda tensa sobre sus sensuales caderas. Siguió con la mirada la incandescencia roja de las luces traseras que se alejaban por el aparcamiento y sintió en su interior hambre y soledad al verlas desaparecer en la noche.

Nina conducía por Leesburg Pike en dirección a Falls Church distraída y melancólica. La gente de Washington se acuesta temprano y la autovía estaba vacía. «Como yo —pensaba Nina—. Vacía y estéril. ¿Por qué no me he ido con él? ¿Quién iba a enterarse? Nadie. Sólo él y yo».

Desde luego, eso no entraba en el plan. Pero ¿cuánto tiempo hacía que no sentía su cuerpo prisionero en la grata tenaza de unos brazos de hombre? ¿Cuál fue la última vez que se agotó en una noche de amor desenfundada, sin pensar más que en el gozo de dar y sentir placer? ¿Qué era ella, una especie de fruta más que madura, condenada a agostarse en la viña? ¿Por qué no podía virar en redondo y dirigirse a la carretera 123 y Vienna?

No viró, naturalmente, sino que se detuvo en el semáforo situado después del paso elevado de la 495. Miró torvamente las moles blancas de los bloques suburbanos, envueltos en la oscuridad, habitados por gentes que se abrazaban, reconfortándose mutuamente.

La luz cambió y, con un suspiro, hizo avanzar el coche. «Estúpida —se decía—. Nadie iba a enterarse».

Art Bennington seguía con desánimo la desabrida rutina de sus noches de soltero, retrasando el momento de enfrentarse con la soledad y oscuridad del dormitorio y de perseguir la huidiza caricia del sueño. Se quitó la americana, la colgó, se deshizo el nudo de la corbata y puso la CNN. Hizo un esfuerzo por interesarse por otro de los tediosos aspectos del inacabable proceso de paz de Oriente Medio, o por descubrir en su corazón un poco de entusiasmo por los resultados del béisbol nocturno. No lo halló.

Se fue a la cocina y se quedó mirando el armario de las bebidas. «¿Abro el Calvados? —se dijo—. Una copa antes de acostarme». Pero le mortificaba la idea de beber solo. Sería mejor reservarlo. A lo mejor había otra ocasión. Al fin y al cabo, ella había dicho «esta noche no» en lugar de «eso, nunca». Al pensar en ella, al volver a ver su figura esbelta cruzando el aparcamiento hasta el coche, experimentó otra vez el desamparo que le había producido su partida y la promesa de su abrazo. Esta noche no le sería fácil conciliar el sueño.

Fue a sacar la leche de la nevera. Tenía la mano en el agarrador cuando oyó el timbre del portero automático. «Mierda —pensó—. La mujer del informático de al lado ha vuelto a dejarle fuera». Oprimió el pulsador que abría el portal y se disponía a volver a la cocina cuando oyó pasos en el descansillo y el timbre de su puerta. La abrió violentamente, con gesto de malhumor. Nina Wolfe estaba apoyada en el marco, con los brazos cruzados sobre el pecho, mirándole con aquella sonrisa, entre curiosa y burlona, que él había advertido durante la cena.

—¿Puede una chica cambiar de opinión?

Mucho después, cuando Nina se hubo marchado, Art observaba desde la cama cómo los dedos grises del amanecer empezaban su diaria inspección del dormitorio. El perfume de ella estaba en las sábanas, el aroma de su cuerpo prendido en sus dedos. Estaba cansado y triste. Solía ocurrirle después de noches como aquélla. ¿Era la melancolía que sigue al derroche de pasión?

Sonrió en la oscuridad y se dio la vuelta, como buscando nuevamente el abrazo de aquel delicado cuerpo. Era extraño cómo a veces aquello podía resultar tan mal, cómo las mutuas caricias de la pareja en busca del placer podían frustrarse por incomprensiones y pequeñas granujadas. Y cómo, otras veces, como ésta, dos desconocidos podían viajar sobre una ola de pasión con la pericia de un regatista. Se habían amado en silencio, con la instintiva sincronía de sus deseos, dos personas que durante una breve hora habían permanecido solas en una cumbre maravillosa.

Art cerró los ojos. El sueño llegaría con facilidad. ¿Cuándo volvería a verla? ¿Habría otra persona en su vida? Una vez o dos, durante un instante, hubo una sombra sobre ella. Bien, el tiempo lo diría. El amor, había dicho él con su

acostumbrada autosuficiencia durante la cena, era un accidente en el camino de la vida. «¿Quién sabe? —se dijo riendo entre dientes—. A lo mejor esta noche me ha atropellado un coche».

Naturalmente, aquella mañana salió de casa para ir a Langley con retraso. Abrió precipitadamente el buzón, sacando el consabido montón de folletos y una factura. La idea le acometió en el momento en que la puerta se cerraba a su espalda: ¿Cómo supo ella cuál era su apartamento si no conocía su verdadero nombre? Allí no vivía ningún Art Booth.

Aflojó el paso hasta casi pararse mientras lo pensaba. Pero en seguida comprendió lo sucedido. Fue el camarero del Jean Pierre's que le llamó «señor Bennington» al llevarle el cigarro. Ella lo captó. Probablemente, la mitad de sus clientes, un poco avergonzados de consultar a una hipnoterapeuta, le daban un nombre falso. Reanudó la marcha hacia su Volvo con paso otra vez rápido y elástico.

Cuarta parte

Una señal invisible como el viento nocturno

WASHINGTON, DC

Por segunda vez en menos de un mes, el almirante Peter White, médico personal del Presidente, avanzaba a grandes zancadas por el corredor del primer piso de la Casa Blanca, acompañado por un representante del Servicio Secreto. Con la mano derecha asía una cartera negra que contenía la razón de su visita: todos los dictámenes y resultados de los análisis y exploraciones efectuados durante el reconocimiento médico a que el Presidente había sido sometido en el Hospital Naval de Bethesda.

Nuevamente, el agente del Servicio Secreto conducía a White al estudio privado del Presidente. Esta vez, apenas se había sentado en su butaca cuando se abrió la puerta y entró el Presidente. Hizo algo que a White le pareció extraño: volverse para comprobar que el corredor estaba vacío, como un huésped de hotel que trata de colarse sin ser visto en la habitación de una mujer.

—¿Y bien? —dijo a White que apenas había tenido tiempo de levantarse del sillón.

—Aquí traigo todos los resultados, señor —dijo White.

—Eso ya lo sé, ¡por Dios! ¿Qué hay del tumor cerebral?

—No hay tal tumor, señor Presidente. Ni rastro de tumor, ni benigno ni maligno, en ninguna parte de su cuerpo.

—¡Ay, Dios! —Las palabras se escaparon de los labios del Presidente con un leve suspiro—. ¿Está seguro? ¿Seguro?

«Es curioso», pensó White. Probablemente el Presidente era una persona muy emotiva y probablemente, había pasado toda su vida tratando de controlar, disimular y reprimir sus emociones.

—Completamente seguro.

—¡Gracias a Dios! ¡Oh, gracias a Dios! —Sus palabras eran tanto una interjección como una plegaria—. Entonces, ¿qué es lo que tengo?

—Sufre usted lo que se llama el síndrome de *Ménière*. O, digamos, el mal de *Ménière*.

—Suena terrible.

—No lo es. Aunque se trata de una enfermedad poco frecuente. Es una afección del oído medio.

—¿Y cuál es su causa?

—Francamente, no se sabe. El resultado es una acumulación de fluido en el laberinto del oído medio que produce esos síntomas de mareo, vértigo, dolor de cabeza y trastornos de la visión.

—¿Y qué se puede hacer?

—Generalmente, el problema se resuelve solo, con el tiempo. En su caso, dado su cargo público, yo aconsejaría que tomara un medicamento suave llamado Anti Vert que atenuará los síntomas. En realidad, puede que los suprima por completo hasta que

actúen el tiempo y la naturaleza.

El Presidente indicó a White una butaca y tomó asiento en la butaca gemela.

—No sabe usted cómo me ha tranquilizado.

—Me lo imagino —dijo el médico abriendo la cartera de la que sacó unos papeles—. Es usted un hombre afortunado, señor Presidente. Tiene una condición física excelente.

Hizo un resumen de los resultados de los análisis, cultivos y pruebas: colesterol, triglicéridos, transaminasas, análisis de orina, albúmina, el excelente estado de sus intestinos, todas las cotas de la más preciosa y frágil posesión de un individuo: la salud. Incluso, observando la tónica de la época, le habían hecho la prueba del sida. Como era de esperar, con resultados negativos. Finalmente, White desplegó los misteriosos trazos multicolores del escáner y las incomprensibles volutas del magnetoencefalograma.

—Esto es fascinante y gratificante —dijo el Presidente—. Si a usted le parece bien, diré al secretario de prensa que convoque una conferencia en la que pueda usted exponer a los periodistas todo lo que acaba de decirme acerca de mi estado de salud. Yo soy partidario convencido de la total y absoluta transparencia.

—Desde luego, señor Presidente.

A continuación, el mandatario dirigió al médico una mirada de velada advertencia.

—De todos modos, creo que podemos pasar por alto eso del oído medio y del medicamento que voy a tomar, ¿no le parece?

White trató de reprimir su incomodidad, sin conseguirlo.

—Como usted desee, señor Presidente —dijo al fin—. Supongo que eso entra dentro de la información confidencial entre médico y paciente.

—Exacto —sonrió el Presidente.

ZUKOVSKI, URSS

La sala era una de la media docena de salas del Instituto para el Estudio de la Neurofisiología Humana de la doctora coronel Xenia Petrovna, provista de espejos transparentes a un lado mediante los cuales los médicos podían observar a los pacientes sin que éstos lo advirtieran. Xenia Petrovna y sus colegas observaban con fascinación al *zek* de Kiev al que la doctora coronel había extraído quirúrgicamente una amígdala cerebral.

Detrás de Xenia Petrovna, impecable e imponente como siempre con su bata blanca, su ingeniero electrónico hacía una serie de ajustes finales a un aparato que tenía el aspecto de una bobina magnética con el arrollamiento muy prieto y que estaba encima de una mesa, en el centro de la sala de observación. La máquina era un generador de señales electromagnéticas programado para emitir la compleja y concreta señal que, según había descubierto el equipo de Xenia Petrovna, produciría

una descarga masiva de neurosis característica de la cólera en la amígdala que ella había extraído del cerebro del infeliz zek.

Ahora realizarían un experimento trascendental. Cuando la máquina empezara a emitir la señal, ¿sería ésta recogida por la amígdala que conservaba el zek incrustada todavía en su lugar natural, en el interior del cráneo del prisionero? ¿Le provocaría entonces el cerebro un acceso de furor únicamente con el estímulo de aquella señal?

Completamente ajeno a la circunstancia de encontrarse bajo observación y de que quizá iba a hacer una contribución sin precedentes a la historia de la medicina, el zek jugaba al ajedrez con su compañero de habitación. Aparentemente, estaba sereno y relajado. Se mantenía erguido en la silla, y parecía alerta y vigoroso, con buen color, lo cual era sorprendente teniendo en cuenta que hacía apenas tres semanas que había sufrido una intervención de cirugía mayor.

Xenia Petrovna se volvió hacia el técnico.

—¿Listos? —preguntó autoritariamente.

—Casi.

—Cuando active la máquina, ¿él notará algo? ¿Oirá algo?

—Absolutamente nada. La energía que despide es invisible. Silenciosa. No habrá señal alguna de su presencia. Si usted tomara un transistor y sacara la antena en esta habitación, captaría una docena de señales radiofónicas, ¿verdad?

—Supongo.

—Naturalmente. Pero hasta que pusiera la radio no sabría que están ahí. Así será esto, sólo una señal que surca el aire.

—¿Comparable a las ondas radiofónicas?

—No; más compleja. El perfil de la onda, la polaridad, la intensidad, todos son factores críticos. Es lo que llamamos amplitud modulada que, básicamente, significa que varía de amplitud o de potencia.

—¿Está seguro de que esto atravesará las paredes, todo lo que hay entre este lugar y nuestro amigo?

El ingeniero electrónico era un hombre de poco más de cuarenta años, doctorado por la Universidad de Moscú y reclutado por los órganos del Partido, tras un largo período de servicio en el Ministerio de Defensa. Estaba mucho más familiarizado con las aplicaciones del láser en el espacio que con la microbiología y aquellas dimensiones tan pequeñas que desafiaban la comprensión.

—¿Que si atravesará la pared? Es una señal de muy baja frecuencia. Atraviesa una pared de plomo. Puede atravesar cualquier cosa.

—¿Con un aparato tan pequeño?

Xenia Petrovna miraba casi con desdén las bobinas del generador de señales. No era mucho mayor que una lata de tomate.

—Enviaré la señal a corta distancia. Desde aquí hasta la parte más alejada de su habitación. La he medido. Son siete metros.

Xenia Petrovna no tenía la menor idea de qué aplicación concreta reservaba Iván

Sergeivich Feodorov a aquella revolucionaria tecnología que ella trataba de desarrollar. De todos modos, dudaba de que la posibilidad de manipular emociones a una distancia de siete metros o menos fuera a ser de gran utilidad para el KGB.

—¿Y si quisiéramos enviar la señal más allá de siete metros?

—Sencillamente, tendríamos que usar un generador más grande. Estas cosas se rigen por las leyes de la electromagnética. La pérdida de potencia es igual a uno por el cubo de la distancia recorrida. Para alcanzar a nuestro *zek* desde un kilómetro de distancia probablemente necesitaríamos un generador del tamaño de un barril de petróleo. Con un generador lo bastante grande, se podría hacer que la señal diera la vuelta al mundo.

—¿Sería posible?

—¿Posible? Ya lo hemos hecho. ¿Se acuerda del generador de Sary Shagan?

—¿El que producía aquella señal que los americanos llamaban el «Pájaro carpintero ruso»?

—Exactamente. Con ese generador podríamos conseguir que la señal atravesara la Tierra y saliera por el otro lado. O, imprimiéndole el ángulo preciso, hacerla rebotar como un eco por el espacio comprendido entre la Tierra y las capas bajas de la ionosfera. Darle un módulo de guía de ondas y cubrir con ella todo el planeta.

—¡Dios santo! —Xenia Petrovna acababa de comprender la trascendencia del trabajo que estaba realizando—. Si esto funciona, podría usted hacer perder los estribos a nuestro amigo de ahí dentro con una señal enviada desde... —titubeó un segundo—. Buenos Aires.

—Siempre y cuando dispusiéramos de un generador lo bastante grande.

Xenia Petrovna miró a través del espejo. El *zek* contemplaba tranquilamente el tablero de ajedrez, meditando la siguiente jugada. Le pareció que su contrincante lo miraba con cierto aire de satisfacción.

—Adelante —ordenó.

El ingeniero electrónico se inclinó hacia su generador. Accionó un interruptor negro de palanca.

—Accionado —murmuró—. Estamos transmitiendo la señal.

No pasó nada.

En el puesto de observación no se oía nada, ni un zumbido que indicara que el generador estaba funcionando. El *zek*, en su habitación, seguía contemplando el tablero con absoluta tranquilidad. Xenia Petrovna se dijo que el experimento había fracasado. Su teoría era falsa. Durante un instante, no supo si alegrarse o lamentarlo.

Entonces el *zek* levantó la cabeza. Miró fijamente a su contrincante. Volvió a contemplar el tablero. Al cabo de un instante, alzó la cabeza con una brusca sacudida. Xenia Petrovna observó que el hombre se había puesto rojo. Gritó algo a su oponente. El pobre hombre lo miró atónito. El *zek* descargó un fuerte puñetazo en el tablero rompiéndolo y haciendo saltar las piezas por el aire como granos de maíz en una sartén caliente. Se levantó de un salto. Ahora gritaba y gesticulaba violentamente. Se

abalanzó sobre su oponente por encima de los restos del tablero, lo agarró por el cuello, lo derribó y empezó a golpearle la cabeza contra el suelo de cemento.

—¡Guardias! ¡Pronto, antes de que lo mate! —gritó Xenia Petrovna—. Pare ese maldito chisme —ordenó al ingeniero.

Cuando los dos enfermeros se precipitaron en la habitación, Xenia Petrovna estaba temblando. Agarraron al *zek* que seguía gritando de rabia y lo separaron de su víctima que quedó tendida en el suelo. Una mancha roja se extendía bajo la base de su cráneo.

—¡Dios mío! —suspiró Xenia Petrovna—. ¿Qué he hecho?

Hasta Alexandr Borisovich parecía consternado por lo que habían presenciado.

—Se ha convertido usted en la sucesora del gran Pávlov, en el mayor de todos nuestros maestros de la mente —susurró—. ¡Imagine! Ha engañado al cerebro de un hombre obligándole a hacer una cosa que no tenía por qué hacer. Enviándole una señal cuando usted lo quiso. Una señal que nadie puede ver ni oír. ¡Una señal invisible como el viento nocturno!

WASHINGTON, DC

Para el almirante Peter White, médico personal del Presidente, aquél fue un momento de triunfo sin precedentes. Allí estaba él con su uniforme y tres hileras de condecoraciones sobre la blanca guerrera, dirigiéndose a los periodistas destacados en la Casa Blanca, en la sala utilizada por el secretario presidencial en sus diarias conferencias de prensa. Al fondo de la sala, una batería de cámaras, las de las tres cadenas de televisión, más las de la CNN y el CBS grababan en vídeo las palabras del almirante. Delante de él, dos docenas de reporteros tomaban nota concienzudamente.

Lo que el almirante no comprendería sino después, cuando se sentara frente a su televisor, con el *bourbon* en una mano y el mando a distancia en la otra, era que no existía la menor posibilidad de que el vídeo se retransmitiera. En realidad, los periodistas que con tanto ahínco anotaban todas sus frases, estaban aburridos por aquella pequeña ceremonia con que el secretario de prensa había querido obsequiarles. Hubo diapositivas a todo color de los gráficos del escáner y un atisbo de algunos de los muchos datos recogidos por el magnetoencefalógrafo, una revelación asombrosamente cándida de los números vitales que constituían los parámetros de la salud del Presidente.

—De modo que aquí tenemos un ejemplo de perfección física —dijo el representante de *Los Angeles Times* desde la última fila con una voz que reflejaba profundo hastío—. Me gustaría oírle decir que el Presidente es la personificación de la salud.

White dijo con una brillante sonrisa:

—El Presidente se encuentra en excelente estado físico para un hombre de su edad. O de cualquier edad.

White había olvidado el problemita del síndrome de *Ménière*.

—¿Entonces ese hombre no es como el resto de nosotros? —se lamentó el hombre del *New York Times*—. O sea, ¿no le duele la espalda como a mí? ¿No sabe lo que es un calmante? ¿No sufre de ardor ni de indigestión, como le ocurre al resto del país una noche sí y otra no, si hemos de creer lo que dicen los anuncios de la tele?

El almirante se puso serio. Al fin y al cabo, el *New York Times* era el *New York Times*.

—Naturalmente, el Presidente está sujeto a las ocasionales dolencias que nos afligen a todos. Pero, en líneas generales, su salud es excelente.

Mientras pronunciaba estas palabras, se le encendió una bombilla en el cerebro. «Anécdotas —pensó—. A la prensa le encantan las anécdotas». Ello formaba parte de la política de la burocracia federal: arrojar anécdotas a los periodistas como se arrojan cacahuets a los elefantes.

—Durante el examen ocurrió un hecho interesante —dijo White—. Ustedes recordarán que la revisión se hizo el día en que el Senado votó la ley de presupuestos. Bien, acababa de empezar el magnetoencefalograma cuando llegó la noticia. Él había ordenado que se le comunicara inmediatamente. Ya saben que mientras te hacen el electro tienes que estar absolutamente quieto. Él demostró ser un buen soldado, no movió ni un músculo cuando le dimos la noticia. Pero ¡vaya si se enfadó!

—¿Cómo supo usted que se había enfadado si no podía hablar ni moverse? —preguntó alguien.

—Su presión sanguínea sistólica se disparó como un cohete. Nos proporcionó un ejemplo complementario del excelente funcionamiento de su sistema cardiovascular.

Aquí acabó la apoteosis de White. Sus declaraciones merecieron una sola frase en los telediarios de las tres cadenas. El *New York Times* y el *Washington Post* le dedicaron cuatro párrafos en una página interior del número del día siguiente. Nadie, salvo las agencias AP y UPI mencionaron el incidente del magnetoencefalograma, y ambas lo recogían en sus despachos internacionales.

ZUKOVSKI, URSS

Una botella de champaña de Georgia semivacía, la segunda, reposaba en el oscuro escritorio Rastrelli de Xenia Petrovna, junto a un hirviente samovar y una fuente de canapés de caviar y esturión. En torno al escritorio de la doctora coronel se alineaban los miembros de su selecto equipo, el doctor Alexandr Borisovich Chuiev, neurofisiólogo, el ingeniero en electrónica y el genio de la informática. Recordaban la escena que habían presenciado aquella tarde, con la misma emoción y el grato cansancio con que un entrenador analiza una victoria ajustada o marido y mujer comentan una fiesta que ha tenido un éxito especial, tras despedir al último invitado.

—¡Joder! —dijo el ingeniero electrónico—. No podía creerlo. ¡Cómo saltó de la silla cuando el aparato empezó a funcionar!

—¿Cómo está su compañero de celda? —preguntó el genio de la informática.

—Fuera de peligro —respondió Xenia Petrovna—. En el hospital me han dicho que tiene una pequeña fractura de cráneo, nada más.

El ingeniero en electrónica seguía moviendo la cabeza.

—Una cosa era escucharla exponer sus teorías. ¡Pero verlo! ¡Ver a alguien que se pone furioso sólo porque su cerebro ha captado una señal de radio que hubiera podido venir desde el otro lado del mundo!

—Mi querida Xenia Petrovna —suspiró Alexandr Borisovich—, es en momentos como éste cuando uno lamenta la naturaleza de nuestro cometido. La trascendencia que lo que hoy hemos visto tiene para la medicina moderna es tremenda, ¿no cree?

Xenia Petrovna asintió lentamente con aire pensativo. Era verdad. La trascendencia del hecho de haber podido desencadenar una reacción en el cerebro humano por medio de una señal ajena al sistema nervioso central era extraordinaria. Si era posible hacer esto, ¿se podría, por ejemplo, disparar células de dopamina en la corteza frontal para aliviar los síntomas de la esquizofrenia? ¿O células de aminoglucosa para descargar insulina y curar la diabetes? ¿Y tender una línea alternativa a un nervio seccionado de la espina dorsal con las señales referidas al movimiento? ¿Se podría hacer andar a un paralítico con aquello?

Xenia Petrovna sacudió la cabeza. Las posibilidades eran asombrosas, pero no afectaban a su pequeño equipo. El momento de los plácemes había pasado; ahora debía plantear a su grupo el problema que Iván Sergeivich le había confiado.

—En realidad —dijo a sus colaboradores—, lo que hoy hemos conseguido es demostrar una teoría: la de que existe una señal concreta que puede desencadenar una reacción de cólera en un individuo.

Ellos asintieron.

—Pero la señal que encontramos es una señal personal del hombre de Kiev, ¿no? Ningún otro ser humano responderá a ella.

—Exactamente —convino Alexandr Borisovich con una sonrisa—. ¿Qué respondió a nuestra señal? Las células de la amígdala de ese hombre. Las células de cada ser humano son únicas. Son, si se quiere, las huellas dactilares genéticas que nuestros genes nos estamparon al nacer.

—Entonces, ¿qué utilidad práctica puede tener para el KGB este gran avance científico nuestro? —preguntó ella.

—La de poder enfurecer a un individuo una y otra vez —dijo el ingeniero electrónico riendo entre dientes.

—Justamente. —Xenia Petrovna se inclinó hacia delante—. Todos ustedes saben, imagino, quién nos asignó esta tarea.

—Probablemente, el Director General.

—Exacto. Y no creo que su interés por esta técnica esté determinado por el deseo de curar la enfermedad de Parkinson, ¿no les parece?

—¿Cómo que no? —El ingeniero electrónico ejercitaba su sentido del humor—.

Si tomamos en consideración la edad de algunos de los hombres que gobiernan el país...

Xenia Petrovna rió con los demás y prosiguió:

—En la práctica, ¿qué podría hacer el KGB con este pedazo de tarugo de Kiev? Enviarlo a algún sitio, ponerlo frente a un enemigo y situar cerca de él a un agente del KGB que le enviara una señal. Entonces, probablemente, él podría eliminar por nosotros al caballero en cuestión.

—Eso no se puede saber de antemano —advirtió Alexandr Borisovich—. Esta técnica puede provocar una emoción, pero no transmitir una orden. Además, en la reacción de un individuo hay muchos imponderables. De lo único que podemos estar seguros es de que se pondrá furioso. Tal vez trate de matar a alguien ya que tal es su propensión. Pero tal vez mate a quien no deba.

—Doctora coronel, eso me suena a una de esas novelas de intriga a las que tan aficionados son en Occidente —observó el ingeniero electrónico.

—Desde luego —asintió Xenia Petrovna—, es de suponer que nuestro Director General tiene medios mucho más seguros para resolver estos problemas. —Mientras lo decía, pensó que así se había demostrado en el caso de la parapsicóloga de Nueva York que utilizaba la CIA—. Por lo tanto, hay que suponer que la aplicación que él piensa dar a esta técnica requerirá un más alto grado de sofisticación que el que hemos alcanzado. Ahí está el verdadero desafío. ¿Cómo pasamos del caso específico de nuestro *zek* de Kiev a un programa general? ¿Cómo podemos encontrar la señal que desencadene su cólera, Alexandr Borisovich? ¿O la suya? —dijo señalando al ingeniero electrónico—. O ¡Dios nos asista!, ¿la mía? ¿Y es posible encontrar esa señal sin extraerle la amígdala a un individuo?

—¿Doctora coronel?

Era el genio de la informática. Tenía treinta y ocho años y era un producto de la era del ordenador, un hombre cuyos horizontes parecían coincidir con los límites de la pantallita verde. Xenia Petrovna lo había reclutado en el Instituto de Encefalografía Bejtereva de Leningrado. Estaba especializado en la programación de ordenadores para registrar ciertas señales específicas del cerebro, mediante electrodos. Las señales eran realimentadas al cerebro por los electrodos, para comprobar si la reacción que producían era similar a aquella con la que originariamente habían sido asociadas.

—Me parece que tengo una idea que podría, por lo menos, eliminar la necesidad de recurrir a la cirugía para conseguir la señal que buscamos.

—Adelante, por favor.

El genio de la informática era encorvado, usaba lentes de fondo de botella para su astigmatismo agudo y aparentaba quince años más de los que tenía. Pero Xenia Petrovna lo consideraba muy competente.

—Volví al diagrama que hicimos con el ordenador, del magnetoencefalograma del *zek*, el que le practicamos cuando lo enfurecimos antes de que usted le extrajera la amígdala. Entonces marqué la señal desencadenante y ahora, utilizando una serie de

puntos de referencia del diagrama, puedo localizar la señal, el lugar del cerebro del que procede, los parámetros de tiempo relacionados con una serie de otras señales, etcétera.

—Un grano de sal en el océano, ¿no? —advirtió Xenia Petrovna.

—Quizá. Pero, vamos a suponer que reunimos una base de datos. Realizamos la misma operación en otra media docena de *zeks*. Los conectamos al magnetoencefalógrafo y, mientras los examinamos, les provocamos un acceso de cólera. Luego extraemos la amígdala izquierda de cada uno de ellos, la exponemos a nuestros instrumentos para localizar la señal desencadenante de cada individuo y comprobamos dónde aparece la señal en el diagrama del magnetoencefalograma de cada *zek*.

—¿Y todo eso, para qué?

—Por la experiencia del trabajo que hacíamos en Leningrado, tengo la impresión de que las señales se producirán siempre en el mismo punto de diagrama del magnetoencefalograma. Supongamos que ello nos dice dónde tenemos que buscarlas. Supongamos que podemos establecer una serie de puntos de referencia para localizar el lugar exacto en el que va a aparecer la señal en el diagrama de un individuo. Entonces dispondremos del medio de encontrar cada vez ese grano de sal en nuestro océano removido por las mareas.

»Por lo menos —concluyó el especialista en informática—, de este modo podremos conseguir la señal desencadenante de la cólera de una persona sin necesidad de someterla a una operación quirúrgica. Nos bastará un magnetoencefalograma obtenido mientras esa persona se enfurece.

Xenia Petrovna concedió una sonrisa a su arrugado genio de la informática.

—Vale la pena intentarlo.

A ciento treinta kilómetros al Noroeste de Moscú, Xenia Petrovna conducía su *Citroën DS21* de fabricación francesa por la desierta autopista, a casi ciento sesenta kilómetros por hora. Lanzar su *Citroën* a gran velocidad por las despejadas carreteras de las afueras de la capital era, para la doctora coronel, un acto del más puro placer sensual. El placer se debía a que estaba segura de que ningún guardia iba a multarla por exceso de velocidad, ya que para algo llevaba una matrícula del KGB.

El coche era un regalo hecho al difunto Leónidas Breznev, secretario general del Partido Comunista, por el Gobierno francés. A Breznev le obsesionaban los coches extranjeros. Antes de cada visita de Estado, su embajador insinuaba discretamente a sus anfitriones qué producto de su industria automovilística sería para el Secretario General un buen recuerdo de su visita.

Fruto de esta afición, fue una colección de más de veinte automóviles, primorosamente conservados en el garaje particular de Breznev. Periódicamente, visitaba el local, elegía un *Ferrari* o un *Mercedes* y se iba a dar un paseo por los

alrededores de Moscú a ciento cincuenta kilómetros por hora. Cuando murió Breznev, Andropov se hizo cargo de la colección y distribuyó los coches entre las más meritorias instituciones de la capital. Teóricamente, el *Citroën* de Xenia Petrovna pertenecía al Instituto. En la práctica, no obstante, era su coche. Esto es lo que significa ser una persona privilegiada en la sociedad soviética.

Miró el reloj. La una menos siete minutos. Llegaba con puntualidad, cortesía que el Director General esperaba, incluso de las mujeres atractivas. Dirigió el coche hacia una verja situada en el linde de un bosque de abetos y abedules. Una pareja de jóvenes que ostentaban las charreteras verde pálido y la mirada inexpresiva y arrogante de los miembros del KGB se adelantaron hacia el coche. Los seguía un oficial, que cortésmente pidió a Xenia Petrovna su documentación.

—¡Ah, sí! —dijo cotejándola con su tablilla—. El Director General la espera, doctora coronel.

Volvió a su puesto de guardia y advirtió por teléfono de su llegada a los guardias que se encontraban más adelante. Al devolverle los papeles, le hizo un saludo marcial.

—El tercer cruce a la izquierda, doctora coronel. Buenas tardes.

Xenia Petrovna sonrió y entró en el recinto más inaccesible de la URSS, después del Kremlin. Zavidovo era el coto de caza del Politburó, una extensión de doscientos cincuenta kilómetros cuadrados. En cierto modo, era el más claro exponente de la máxima marxista-leninista de que el privilegio es la recompensa del poder. Al coto sólo podían entrar los miembros del Politburó y sus invitados personales y, naturalmente, el regimiento de guardabosques, batidores y vigilantes necesarios para el mantenimiento del parque. El coto había sido acondicionado en la época de Breznev y cada miembro del Politburó tenía en él su propio pabellón de caza, en un bosque de fresnos y abedules que rodeaban un gran lago, en un extremo del coto. Zavidovo reflejaba dos características de la cúpula del poder soviético: era un mundo exclusivamente masculino y eminentemente cinegético. Probablemente, entre los miembros del Politburó había más escopetas de caza Purdey per cápita que entre los miembros de la familia real británica.

El propio Feodorov, alertado por el crujido de la grava del camino bajo los neumáticos, abrió la puerta del pabellón y salió a recibirla. Llevaba *jeans* lavados a la piedra, de firma, sin duda, que no debían de proceder de la maleta de un turista —origen habitual de los *jeans* de la URSS—, sino que vendrían directamente de Nueva York o Los Ángeles. Encima, vestía la blusa típica del *mujik*, pero de gruesa seda, una tela no asociada generalmente con los campesinos del zar.

—Bienvenida.

La ayudó a salir del coche y la llevó del brazo hacia la casa que parecía un chalet suizo de dos plantas. Feodorov había dado a los arquitectos multitud de fotografías de chalets de Gstaad, Suiza, para estimular su inspiración. Ellos lo habían copiado absolutamente todo, incluso los geranios rojos que adornaban el balcón del primer

piso y las maderas oscurecidas con soplete.

—He invitado a Pavel Orlovski y a Tania, su mujer, a almorzar con nosotros. Supuse que le gustaría conocerles.

—¿El autor teatral?

—Sí. Es un hombre muy interesante.

—No lo dudo.

«Ese hombre es una constante sorpresa», pensó Xenia Petrovna. Orlovski era un conocido intelectual disidente que había pasado por lo menos tres años en un campo de prisioneros del KGB. Su última obra, *Horas sombrías*, denuncia virulenta del terror estaliniano, causaba sensación en Moscú. ¿Qué hacía este hombre almorzando un domingo en el pabellón de caza del director general del KGB?

—Cuando ellos se hayan marchado discutiremos nuestro asunto, si no tiene inconveniente —prosiguió Feodorov.

—Ninguno.

El salón del chalet tenía paneles de roble y rústicas vigas de madera sobre el blanco yeso del techo. En un extremo había una chimenea enorme bordeada de piedra natural alrededor de la cual uno podía pasearse. En la campana y las paredes de cada lado estaban colgados los trofeos de Feodorov: alces, osos, jabalíes y hasta un raro y exótico leopardo albino de las nieves, por cuya caza Xenia Petrovna sabía que algunos millonarios occidentales pagaban al Gobierno soviético miles de rublos. En un ángulo de la habitación había un vídeo y un televisor Sony de gran pantalla, junto a un armario repleto de cintas. Xenia sintió el aguijón de la envidia; hacía tiempo que buscaba a alguien que pudiera traerle de Occidente un equipo como aquél.

Feodorov le presentó al dramaturgo disidente y a su esposa. El intelectual representaba su papel. Una masa de pelo gris rizado explotaba de su cabeza hacia todas las direcciones imaginables. Llevaba unas gafas de ancha montura de concha que parecían condenadas, por la ley de la gravedad, a descansar en la punta de la nariz. Vestía una camiseta de manga corta de un concierto de Prince en Copenhague en 1988 que, esperaba Xenia Petrovna, fuera un símbolo testimonial más que el reflejo de sus gustos musicales. Un estómago sorprendentemente bien alimentado, tensaba el tejido; evidentemente, tras su vuelta a Moscú se había resarcido de las privaciones pasadas en el campo de prisión del KGB. Su esposa era una callada y ratonil mujercita evidentemente intimidada por el entorno. Xenia Petrovna supuso que era la clase de mujer que había pasado tres años cursando peticiones de libertad para su esposo, sin la menor esperanza y numerosas infidelidades del marido con el mismo estoicismo.

Feodorov los condujo a una larga mesa situada a un extremo del salón. Estaba cubierta de fuentes con manjares rusos, botellas de vodka helado, champaña georgiano y, como advirtió encantada Xenia Petrovna, dos botellas de Château Talbot. Evidentemente, la mesa la habían servido los criados, pero ahora habían desaparecido y el Director General del KGB se reveló como un anfitrión amable y

atento.

Les ofreció una copa —ella tomó Burdeos— y brindó:

—Por los buenos amigos, las mujeres hermosas y salud para gozar de unos y otras —dijo.

Xenia Petrovna enrojeció ligeramente mientras bebía. Sus ojos verdes contemplaban fríamente a Feodorov. Era un hombre atractivo. Poseía mucho poder y, para ella, como para la mayoría de las mujeres, éste suponía un poderoso estímulo sexual. Y además estaba su reputación con las mujeres. A Xenia Petrovna le gustaba eso. Los hombres con semejante reputación suponían un reto, y a ella le encantaban los retos.

Frente a ella, el autor teatral levantó un vasito de plata lleno de vodka.

—*Mir y Drushba*, ¡paz y amistad! —Rió burlonamente al pronunciar el brindis de la era Breznev y bebió de un trago.

Xenia reparó en un retrato al óleo colgado de la pared que estaba detrás de Feodorov. Era Félix Dzerzinski. «Es curioso», pensó Xenia Petrovna. ¿Era el icono obligado en la residencia del director general del KGB o sentía Feodorov cierta afinidad con aquel extraño y cruel personaje?

Él advirtió que ella miraba el retrato y se volvió a su vez.

—Extraña personalidad —dijo—. ¿Sabía que muchas veces lloraba al firmar las sentencias de muerte de sus víctimas?

—No lo sabía —respondió Xenia Petrovna. Le hubiera gustado preguntarle: «¿Y usted? ¿Llora usted por sus víctimas?». Pero se limitó a comentar—: No parece que las lágrimas frenaran el movimiento de la pluma, ¿verdad?

—Quizá lo aceleraron —rió Feodorov—. Era un cúmulo de contradicciones. —Miró al escritor—. Los dos querían ser sacerdotes.

—¿Qué cree usted que les impulsaba a desearlo? —preguntó Xenia Petrovna.

—Probablemente, lo mismo que los llevó al marxismo: el amor a la autoridad, el orden y una rígida jerarquía.

El escritor hizo una mueca.

—No hay nada más satisfactorio que una rígida jerarquía, siempre que uno esté en la cúspide.

Feodorov volvió a reír. Señaló otro retrato, éste de Lenin.

—Él nunca hubiera puesto los pies en un seminario, desde luego, a no ser para volarlo, claro.

Esta vez todos rieron con él.

—Afortunadamente, era abogado —suspiró Feodorov—. ¿Saben por qué es una suerte?

—¿Porque los abogados son pragmáticos, no dogmáticos como los sacerdotes? —preguntó el dramaturgo.

—No —dijo Feodorov—; porque, como la mayoría de abogados, dejó una estela de papel de un kilómetro de ancho. Sus escritos son como la Biblia: si buscas bien,

encontrarás una cita para justificarlo todo, incluso el incesto, si te da por ahí.

Feodorov se quedó en silencio un minuto, sonriendo a sus invitados por encima del borde del vaso. La gente instintivamente trata de llenar el silencio y la regla de oro del policía es: si quieres informar, habla, si quieres informarte escucha. Finalmente, hizo un ademán con el vaso.

—¿Qué haría nuestro pobre Secretario General sin los escritos de Vladimir Ilich? Son su válvula de seguridad. Cada vez que quieres arrojar al cubo de los desperdicios una idea de Lenin, busca en sus escritos la cita que justifique su decisión.

«¿Es eso realmente lo que piensa? —se preguntó Xenia Petrovna—. ¿O trata de sonsacarnos?».

Ella no respondió. El dramaturgo, por el contrario, optó por hablar.

—A ver si encuentra en ellos algo que hable de la armonía interna que produce hacer cola. Al fin y al cabo, los buenos socialistas pasan la mayor parte de la vida haciendo cola, ¿no?

—Desgraciadamente —respondió Feodorov encogiéndose de hombros—, el único producto de la *perestroika* es, al parecer, la palabrería.

—Y el cinismo —agregó el dramaturgo—. Hubo un tiempo en el que comunismo e idealismo estaban unidos, ¿recuerdan? —Lanzó una carcajada áspera como un ladrido, con la amargura, pensó Xenia, de los recuerdos del *gulag*—. Tratar de convencer a alguien, hoy, de que sus abuelos se hicieron comunistas porque eran idealistas es tan fácil como convencer a un palestino de Gaza de que el soldado israelí que le golpea en la cabeza con la culata del fusil está allí, porque sus abuelos eran idealistas sionistas.

—¡Ah, sí! —sonrió Feodorov—. El poder corrompe. Por el momento, corrompámonos. —Sus ojos oscuros de georgiano lanzaron un malicioso desafío a Xenia Petrovna—. Amiga mía —sonrió—, ¿con qué podemos alimentar esta tarde esta soberbia figura? ¿Esturión? ¿Un poco de caviar?

Durante todo el almuerzo, fue el anfitrión ideal, franco y ocurrente en su conversación, dedicando pequeñas atenciones a Xenia. Terminaron con té y cerezas silvestres, un *brandy* de Armenia y un *Cohiba*, el puro favorito de Fidel Castro, para el escritor. Cuando éste hubo terminado su habano, Feodorov se levantó.

—¿Nos perdona? —dijo y acompañó al dramaturgo y a su esposa hasta un coche del KGB que los esperaba.

Las despedidas se prolongaron. Xenia Petrovna se acercó a un espejo para comprobar su aspecto. Ella también llevaba *jeans*, unos Calvin Klein ajustados al tobillo que cabían dentro de sus botas de ante italianas. Todavía le sentaban bastante bien, no tanto como a las chicas que los anunciaban en las revistas occidentales, pero bastante bien para una mujer de su edad. Llevaba una blusa azul celeste bajo la que se insinuaba un sujetador Christian Dior blanco. ¡Cómo le gustaba la caricia sedosa del sujetador! La lencería occidental era un lujo por el que una buena socialista podría matar, se dijo con una sonrisa.

Cuando se volvió de espaldas al espejo, vio a Feodorov que paseaba entre los árboles con el comediógrafo. La ratita debía de esperar en el coche. Esta imagen le aclaró muchas cosas. En la risa amarga del escritor no vibraban los recuerdos del *gulag* sino el desprecio de sí mismo. Aquel hombre era un informador del KGB. Era los ojos y oídos de Feodorov en la comunidad intelectual de Moscú cuyos miembros eran los más entusiastas partidarios de Mijaíl Sergeivich. Si llegaba el día en que se diera marcha atrás en el proceso de *glasnost* gracias al comediógrafo, Feodorov sabría con exactitud hacia dónde dirigir los golpes.

Miraba la colección de cintas de vídeo cuando él entró.

—Después pondremos una, si quiere —dijo acercándosele por la espalda. Miró la mesa del almuerzo—. Vamos a dar un paseo por la orilla del lago mientras limpian esto.

El sendero que conducía al agua atravesaba una franja de terreno poblada de altos abetos. La luz del sol se filtraba a través de sus ramas en cascada desigual, moteando la tierra con los colores de la piel de gamo. El chalet empezaba a perderse de vista a sus espaldas, cuando Feodorov la miró con una sonrisa de ansiedad.

—Por fin podemos hablar usted y yo. ¿Cómo va su trabajo? Cuéntemelo todo. No imagina lo importante que es para mí.

«Sí que lo imagino —pensó ella—. No hay más que verte la cara». Cruzó los brazos sobre el pecho y dio unos pasos antes de contestar. Había llegado el momento que estuvo temiendo durante todo el día.

—No progresa todo lo que yo quisiera, por desgracia, Iván Sergeivich.

—¿Qué? —La sonrisa se esfumó. Ella vio cómo los músculos de su mandíbula se tensaban de cólera—. No lo entiendo. Su primer informe era muy esperanzador. ¿Qué ha ocurrido?

Xenia Petrovna le había enviado un relato detallado de la primera operación, de su éxito en encontrar el desencadenante de la reacción de agresividad del *zek* y, finalmente, provocársela desde una sala contigua. Ahora, mientras avanzaba pisando la alfombra de agujas de pino, percibía claramente su decepción. Y al director general del KGB no se le decepcionaba impunemente.

—Tengo que disponer de esta técnica, Xenia Petrovna.

Ella suspiró.

—Existe otro medio. Se puede introducir una hebra de óxido de estaño en un tubito de plástico coloreado, fino como un cabello, e implantarlo en el cerebro. Nadie sabría que está ahí, ni siquiera el que lo llevara. Los rayos X no lo detectarían. Podría utilizarse como una antena de radio. Si se le enviaba una señal de microondas al sujeto, ésta podría enfurecerle o hacerle reír como un estúpido, o excitarle sexualmente, según dónde se implantara el dispositivo.

—¿Y cómo se coloca ese dispositivo?

—Quirúrgicamente. Sería rápido y fácil, mientras alguien está en el sillón del dentista haciéndose empastar una muela. Lo único que notaría sería un golpecito en la

cabeza.

Feodorov seguía andando, las agujas de pino que alfombraban el camino crepitaban bajo sus airados taconazos.

—No me sirve. No resultaría. Para eso sería necesario tener al hombre bajo control. —Descargó un puñetazo en la palma de la mano—. Tenemos que poder hacerlo sin contacto directo. Es esencial. Tiene que hacerse del modo en que usted dijo.

El furor de Feodorov sorprendió a Xenia Petrovna. Al fin y al cabo, en el KGB se le conocía por la frialdad, casi indiferencia con que ejercía su autoridad. ¿Para qué quería esto? ¿Qué podía ser tan importante como para producirle semejante agitación? ¿Qué otra cosa podía proponer ella para calmarle, por lo menos, para desviar su cólera de ella y del Instituto?

—Iván Sergeivich —dijo—, una cosa sí hemos descubierto desde el último informe. No es muy importante, pero es un avance, al menos.

—¿Qué?

—Practicamos otras cinco amigdalectomías en internos del Instituto. El proceso seguido fue exactamente el utilizado en la primera operación. Hemos comparado los seis magnetoencefalogramas que hicimos a cada individuo cuando lo enfurecimos antes de la operación.

—¿Qué interés puede tener eso?

—Averiguamos que en cada diagrama la señal de agresión ocurre en un lugar concreto. Un punto que siempre pudimos localizar e identificar con precisión.

—Perdone, pero no veo qué importancia pueda tener eso.

—Significa que, si dispusiéramos de un magnetoencefalograma hecho a una persona en el momento en que tuvo un acceso de furor, podríamos determinar cuál fue el desencadenante de la agresión, sin necesidad de cirugía.

Feodorov se detuvo. Trataba de recordar... ¡Naturalmente! Aquella noticia de dos párrafos de las agencias occidentales que había pasado por su mesa: fue un anexo al Perfil Psicológico del Presidente, a raíz de su revisión médica anual.

—¿Está segura? ¿Completamente?

—Desde luego, Iván Sergeivich.

—¿Quiere decir que si yo pudiera darle el, como se llame, el diagrama informatizado del cerebro de una persona, realizado por una de esas máquinas en el momento en que de repente se enfadó, usted podría encontrar la señal exacta que desencadena su cólera?

—A juzgar por los resultados conseguidos hasta ahora, desde luego.

—¿Y hay manera de reproducir esa señal? ¿Transmitírsela para enfurecerlo a voluntad?

—Creo que sí.

—No me basta con que lo crea.

—En las seis personas con las que hemos experimentado hasta ahora, ha dado

resultado positivo.

Feodorov reanudó la marcha en silencio. Xenia Petrovna le seguía a medio paso de distancia. Su gesto taciturno no invitaba a la conversación. Hasta que, momentos después, llegaron a la orilla del lago, él no se volvió a mirarla.

—Es el aparato con el que hizo aquella demostración, ¿no es cierto? El que utilizamos para obligar al agente de la CIA a identificar al espía.

—El mismo.

—Si mal no recuerdo, para almacenar los datos registrados por su aparato, utilizaban ustedes un ordenador *Hewlett Packard*.

—Un ordenador que usted nos proporcionó, adquirido a través de Suecia. Es el tipo más moderno, un *Precision Spectrum*.

—Cuando en Occidente utilizan ese aparato para hacer un magnetoencefalograma, ¿cómo cree que almacenan la información que se registra del cerebro?

—Como nosotros, supongo. ¿En el disco duro del ordenador?

Ella levantó las manos.

—Meses. Años. Es un disco de novecientos megas, cinco pulgadas. Puede almacenar miles de encefalogramas.

—¿Y cada paciente queda identificado? ¿Con el nombre?

—¡Oh, no!, en Occidente, no. Tengo entendido que allí es diferente. Cada paciente debe de tener su número clave. Sólo el neurólogo sabe quién es. A él le dan una copia del encefalograma del paciente y quizá una copia de los datos en un disquete, nada más. Es imposible identificar a un paciente en el disquete con el número clave. Lo único que sacaría sería el número, la fecha y la hora en que empezó y terminó la exploración.

«La fecha y la hora», pensó Feodorov. Sería fácil averiguarlas. Desde luego, existía la posibilidad de que el encefalograma del Presidente estuviera en disquete aparte. O de que lo hubieran borrado. Pero, probablemente, no era así. Los americanos eran negligentes en este tipo de cuestiones de seguridad. Lo más probable era que pensarán que la clave les proporcionaba toda la protección necesaria.

Habían llegado a la orilla del lago. Feodorov se agachó, recogió una piedra plana y la tiró al agua azul. Contó los saltos: tres, cuatro, cinco. Su récord estaba en siete. Buena señal, tal vez. Se volvió hacia Xenia Petrovna. La sonrisa maliciosa de la hora del almuerzo volvía a animar sus facciones de georgiano.

—Infravalora usted sus logros.

La nueva embajada soviética en Washington DC se halla en Tunlaw Road, en la zona de Cathedral Heights de la capital. Está situada, y desde luego no por casualidad, en la parte más alta del distrito de Columbia, frente al observatorio naval, al otro lado de la avenida Wisconsin. Aquél era un emplazamiento ideal para controlar las

comunicaciones por microondas en la capital, pero esta circunstancia, lamentablemente, no se les ocurrió a las lumbreras del Departamento de Estado hasta que los soviéticos hubieron adquirido los terrenos y empezado a excavar los cimientos de su embajada.

Teóricamente, la nueva cancillería de mármol blanco no podía ser ocupada por los diplomáticos de la embajada hasta que estuviera resuelto el contencioso suscitado por los micrófonos instalados subrepticamente en la nueva embajada estadounidense en Moscú. Ahora bien, para el coronel Viktor A. Gorokov, *rezident* del KGB en Washington, esto era simple formulismo. Su cargo oficial era el de Tercer Secretario de la sección de Economía de la Embajada y tenía el despacho en la vieja Embajada, situada en el centro de la capital, pero su verdadero cuartel general era aquí.

Como todas las mañanas, entró a las siete en punto en su oficina. El agente encargado de la guardia nocturna le había puesto encima de la mesa una taza de café y el resumen de los periódicos de la mañana. El resumen no contenía nada de interés, y Gorokov llamó para pedir los cables de la noche, una lista de todas las comunicaciones captadas durante toda la noche por el bosque de antenas instaladas en el tejado de uno de los edificios de apartamentos de ocho plantas de la Embajada. El KGB mantiene su propia red estratégica de comunicaciones, con sus propios satélites, líneas terrestres y redes de radio. Funciona independientemente de la red militar y de las redes de comunicaciones del Ministerio de Asuntos Exteriores, y se supone que su cometido consiste en proporcionar a la cúpula del partido un canal de comunicaciones «independiente» de los militares y tecnócratas, y así lo hacía, en la medida en que los máximos dirigentes del KGB lo autorizaban.

En lo alto de la lista, un número escrito en rojo indicaba que durante la noche había llegado del Centro un mensaje *vruki lichno rezident* —Mensaje personal para el Residente—. Gorokov abrió su caja fuerte, sacó su contraseña personal y cruzó el vestíbulo en dirección al registro. Pulsó un número en el teclado situado junto a la pesada puerta de acero y se abrió una mirilla. Un guardia del KGB armado lo inspeccionó y activó el mecanismo de la puerta. El guardia anotó su llegada en el libro, y, una vez dentro, Gorokov se acercó a lo que parecía la ventanilla blindada de la caja de un banco, y pidió el mensaje oficial de comunicaciones. Antes de que se lo entregaran, tuvo que firmar en otro registro. Luego, se sentó a una mesa a descifrarlo.

Su primer esfuerzo le reveló que el cable procedía del Director General. Al igual que todos los mensajes de Feodorov, era sucinto y preciso. Pero ¿qué podía haber en el Centro Médico Naval de Bethesda que interesara al Director General?

Tan pronto como volvió a su despacho, llamó a su ayudante y le comunicó la petición del Director General.

—Ponga en esto a tres hombres —ordenó—. Repasen todos nuestros bancos de datos. Revisen el banco de datos del *New York Times*. Envíen a alguien a la sección de prensa de la Biblioteca del Congreso. Comprueben en el registro si tenemos algún contacto con el hospital. Quiero las respuestas esta misma noche.

—¿Esta noche? —preguntó su ayudante como si esperase una prórroga.

—Esta noche —remachó Gorokov—. Es para el Director General.

Su personal cumplió sus órdenes. Al anochecer, la información estaba encima de la mesa de Gorokov. El KGB nunca tuvo contactos en el hospital, sólo a un par de médicos muy locuaces que ya estaban retirados. Pero, mientras se disponía a poner en clave su respuesta a Moscú, Gorokov cavilaba. Al igual que otras tantas instituciones americanas durante los años ochenta, el Hospital Naval de Bethesda fue atacado por el virus de la corrupción. En 1980, cuatro marines fueron juzgados por un tribunal militar por robar en la estafeta y el almacén del hospital. En 1984, tres civiles fueron arrestados por pertenecer a una banda que robaba los ordenadores personales de las mesas de los médicos y el personal administrativo del hospital. Fueron juzgados por el Tribunal Federal por robar propiedad del Gobierno y despedidos, condenados a pagar una multa y a una pena de seis meses de cárcel, que fue dejada en suspenso. Uno seguía en la zona, trabajando de vendedor en una tienda de radios de Silver Springs, Maryland. Gorokov sacudió la cabeza con incredulidad. «Haz una cosa así en la URSS y, antes de perder de vista las nieves de Siberia, peinaras canas», pensó.

La ciudad de Bykovo, a una hora de coche de Moscú, en nada se distingue de los cientos de ciudades industriales de la URSS, tan lóbregas y deprimentes como ésta. Idénticas hileras de chimeneas eructando su diaria dosis de contaminación al cielo, similares bloques de viviendas para trabajadores, alineadas con triste resignación hasta el horizonte, e idénticos cartelones de obreros de mandíbula cuadrada y mujeres de pecho macizo exhortando a sus conciudadanos a cumplir las normas de producción. Hay también un parque del Pueblo infestado de hierbajos con la consabida estatua de la Madre Rusia llorando a los hijos perdidos en la Gran Guerra Patriótica. Y, desde luego, hay colas, las colas de siempre, formadas por una paciente ciudadanía en espera del alimento diario.

Ahora bien, en las afueras de la ciudad, en dirección al Noroeste, resguardado por la barrera protectora de un bosque de abedules y abetos —por no citar la triple cerca electrificada y los campos de minas—, hay una institución que singulariza a Bykovo. La Agencia Central de Inteligencia hubiera pagado gustosamente el rescate de un rey para introducir a un simple agente por la barrera que ahora cruzaba lentamente el coche oficial del Director General del KGB. El recinto albergaba la más preciada posesión de la organización de Iván Sergeivich Feodorov: la Dirección de Operaciones Ilegales.

Sus rivales de las agencias de espionaje de Occidente solían referirse al complejo de entrenamiento de Bykovo con el nombre de «campus»; pero de eso no tenía nada. Como el propio Feodorov había observado en cierta ocasión, una institución, destinada a formar a hombres y mujeres para la más exigente de las profesiones, no tenía nada que ver «ni con una escuela ni con una fábrica de embutidos». Las normas

de seguridad de la institución eran tan rígidas que las tres docenas de agentes que normalmente se preparaban en Bykovo, nunca llegaban a conocerse. De este modo, nunca podrían delatar la identidad de uno de sus compañeros en el caso de que un servicio occidental de seguridad los descubriera una vez infiltrados en un país extranjero. Y cuando ellos hubieran pasado a la clandestinidad, tampoco sabrían si alguna de las personas con las que se tropezaban era en realidad otro agente ilegal, que les vigilaba por encargo del Centro.

El coche de Feodorov se detuvo frente al edificio de administración, una estructura de cemento de tres pisos sin otra nota original que el perfil en bronce de Félix de Hierro, colocado encima de su puerta principal —si es que ello puede considerarse original—. El director de la institución, avisado por los guardias de seguridad de la llegada de Feodorov, le esperaba con varios de sus ayudantes.

—Nos sentimos muy honrados por su presencia, Iván Sergeivich —declaró cuando Feodorov se apeó del coche.

En realidad, se sentía más preocupado que honrado. Las visitas a Bykovo del Director General del KGB eran raras, y más aún las que, como ésta, se hacían sin revelar de antemano su motivo. Inevitablemente, la primera reacción que provocó en Bykovo el anuncio de la llegada de Feodorov fue el temor de que algo anduviera mal.

El director condujo a Feodorov a la sala contigua a su despacho. La mesa situada en el centro estaba preparada para el té, con pirámides de naranjas cuidadosamente apiladas y bandejas de plata llenas de dulces y galletas. Zaristas o socialistas, los rusos dan gran importancia a las manifestaciones rituales de la urbanidad. Desde el pan y la sal que se ofrece a un extranjero a su llegada, hasta los brindis que acompañan una comida, estas muestras de cortesía, hospitalidad y respeto están indisolublemente ligadas a las costumbres sociales rusas.

Mientras seguía el murmullo de las corteses conversaciones que se mantenían en la sala, Feodorov pensaba en cómo estos valores imperaban en el mismo KGB. Ponían de relieve la importancia del respeto y la paciencia, y, a fin de cuentas, la paciencia era el sello del KGB. Sus rivales de la CIA siempre estaban evaluando sus operaciones con la óptica capitalista del análisis de costes y beneficios. ¿Qué un agente no produce? Dale un tiento, a riesgo de comprometerlo, o deshazte de él.

El KGB, no. Los órganos sabían esperar, dejaban dormir a un agente durante años hasta que se presentaba la oportunidad de utilizarlo y nada simbolizaba mejor su política que esta extraordinaria operación de agentes ilegales. Con un movimiento de los párpados casi imperceptible, Feodorov indicó al director que había llegado el momento de trabajar. El director se puso en pie, despidió a sus colaboradores y lo condujo al despacho.

—El motivo de mi visita es doble, amigo mío —dijo Feodorov a su subordinado cuando se hubieron sentado—. En primer lugar tal vez emprendamos en breve una operación en Washington. Es de suma importancia que ni la Embajada, ni nuestra organización, ni la *Rodina* puedan ser relacionadas con ella, en el caso de que algo

salga mal.

—Comprendo —respondió su adjunto.

Lo que él comprendía, desde luego, era que la índole de la operación a la que Feodorov aludía era muy secreta y a él no le importaba.

—Por consiguiente, para ponerla en marcha tendremos que activar a uno o quizás dos de nuestros agentes ilegales en Washington. Me gustaría revisar los dossiers de nuestra gente, para hacerme una idea de quiénes puedan ser los candidatos más adecuados.

—Tenemos veintinueve agentes asignados a la zona del distrito de Columbia —respondió el adjunto—. Todo hace suponer que funcionan satisfactoriamente.

Imposible pasar por alto el orgullo que había en su voz al dar la cifra al Director General. Al fin y al cabo, era toda una marca: más de dos docenas de agentes soviéticos esperando pacientemente en Washington DC, no detectados por los americanos y no tentados a desertar por los encantos de la sociedad capitalista.

Feodorov asintió.

—También deseo hablar con el joven agente que dirigió la última operación del Departamento v en Nueva York.

—El capitán Tobulko. Es instructor del Centro, como usted sabe. Lo llamaré inmediatamente.

—Por favor. Pero antes de que llegue, me gustaría examinar su dossier.

—Por supuesto.

El director pidió a su secretaria el expediente personal de Tobulko. La organización del Servicio de Ilegales estaba dividida en dos secciones. La primera se dedicaba a la implantación de ilegales a largo plazo en Occidente. La segunda, menos conocida, consistía en las *zonstarks* o comprobaciones. Los hombres y mujeres asignados a esta sección eran un cuerpo selecto, miembros de la que tal vez fuera la sociedad más exclusiva del mundo. Todos habían culminado con éxito una permanencia de ilegales en Occidente. Eran empleados en misiones breves, operaciones de «entrada y salida» en los países que conocían bien y en los que se movían con soltura. Tenían finalidades como comprobar las nuevas normas de inmigración en la frontera entre Estados Unidos y México; reunir ejemplares de todos los documentos necesarios para conseguir un empleo en una planta de reprocesado de plutonio en Francia —permisos de trabajo, formularios de la seguridad social, impresos que había que rellenar para conseguir permiso especial—; entregar un paquete o recoger algo que el KGB no quisiera pasar por valija diplomática, y de vez en cuando, los mejores de los mejores eran utilizados por el Departamento v, la sección «sucia», para cometer un asesinato ordenado por el KGB.

Un joven funcionario dejó el expediente de Tobulko delante de Feodorov. Éste lo leyó metódicamente, página por página. Valentín Tobulko reunía todas las cualidades que el KGB buscaba en las personas a las que reclutaba para el programa ilegal. No era un marxista fanático. Los dirigentes del Komsomol, los entusiastas que no se perdían

ni una sola de las reuniones de la célula de los Jóvenes Comunistas durante sus días de universidad, casi nunca eran reclutados para Bykovo, porque con frecuencia, los fanáticos de una ideología podían ser reclutados con facilidad por la ideología rival.

El abuelo de Tobulko era un *mujik*, un pequeño campesino dueño de sus tierras que fue lo bastante avisado como para adivinar lo que se avecinaba y unirse al programa de colectivización desde el principio. Su padre fue un coronel del Ejército Rojo muy condecorado, muerto en 1962 a consecuencia de las heridas recibidas en Sebastopol durante la guerra. Gracias a los buenos oficios de un antiguo compañero de armas de su padre y a su facilidad para los idiomas, Tobulko ingresó en la Universidad de Moscú. Durante su servicio militar, se fijó en él el GRU, departamento de Información del Ejército Rojo, rival del KGB; pero él rehusó su ofrecimiento porque no quería seguir la carrera militar. En realidad, quería ser actor.

Fue en la Academia de Artes Dramáticas donde el KGB reparó en él. Su facilidad para los idiomas y sus facultades para representar un papel eran dotes excelentes para el servicio de espionaje. El prestigio y lo que, a escala soviética, era una fabulosa retribución, fueron más fuertes que la afición de Tobulko por el teatro. Además, un año de estudio en la Academia fue suficiente para hacer comprender al joven Tobulko que sus dotes para la interpretación eran limitadas. Estuvo tres años en Bykovo y después, cinco en Bethesda, Maryland, en calidad de agente ilegal, camuflado como dueño de una tienda de material fotográfico, como advirtió Feodorov con agrado. Es decir, que conocía bien Washington. Su cometido fue impecable, si bien, como la mayoría de ilegales, sólo tuvo que realizar misiones sin importancia. A su regreso, fue enviado al centro de Contraespionaje del KGB en Kabul. En este destino conoció hasta la saciedad el aspecto más crudo y despiadado del servicio en los órganos.

Pero él no se alteró. Supervisaba los interrogatorios «duros», eufemismo con que los órganos designaban a las sesiones de tortura. Ayudó a las fuerzas afganas leales a preparar una emboscada en la que tres jefes *mujaidines* fueron asesinados a sangre fría y envió deliberadamente a su grupo de agentes a morir detrás de las líneas de las guerrillas musulmanas. Este historial, unido a su experiencia de ilegal en Occidente, hicieron de él un candidato ideal para recibir entrenamiento especial en la que podría llamarse escuela de asesinos del Departamento V, y le valieron la misión de asesinar a la parapsicóloga de la CIA en Nueva York.

Feodorov indicó con un gesto que estaba dispuesto a recibir al joven agente. Su adjunto hizo pasar a Tobulko y se retiró discretamente, dejándolos solos. Feodorov invitó a Tobulko a sentarse junto a su butaca, con un ademán indolente que tenía por finalidad poner cómodo al joven e introducir un matiz de informalidad en la entrevista. Tobulko tenía treinta y tantos años, era de complexión mediana, ojos grises, pelo rubio que llevaba cortado al estilo militar americano, pómulos altos y mandíbula ligeramente pronunciada. De todos modos, según advirtió Feodorov complacido, no había en su aspecto nada que llamara la atención. La suya era una cara que se olvidaba fácilmente.

Sus músculos deltoides formaban un ángulo acusado con el cuello, y el Director General adivinaba unos hombros y unos bíceps macizos bajo la americana beige. En su expediente se indicaba que corría seis kilómetros diarios, levantaba pesas en el gimnasio y practicaba regularmente taichi y las más violentas artes marciales que se enseñaban en Bykovo.

—Permita que le felicite por su último éxito, comandante —empezó Feodorov.

—Capitán, camarada Director General —rectificó Tobulko.

—Comandante —insistió Feodorov con una sonrisa—. Está decidido.

A Feodorov no le pareció que el joven se turbara lo más mínimo, pero su satisfacción fue evidente.

—Me consta que realizó su trabajo con gran profesionalidad. No hay indicios de que la policía de Nueva York sospechara más que lo que quisimos hacerles sospechar.

—Me alegra oírlo, camarada Director General.

En las palabras de Tobulko no había ni asomo de jactancia, observó Feodorov satisfecho, sino la seguridad del hombre que en ningún momento duda de la calidad de su trabajo.

—¿Qué utilizó para disparar la cápsula?

—Los Servicios Técnicos me proporcionaron un bolígrafo pistola que disparaba oprimiendo el clip.

—¡Ah! ¿Y cómo logró la inyectarle la cápsula sin que ella se diera cuenta?

—Me situé detrás de ella en la cola de la caja de un pequeño supermercado que hay en la esquina de su apartamento. Para disimular mi acción, me agaché fingiendo que tenía que recoger algo del suelo.

—¿Ella no notó nada?

—¡Oh, sí! Se volvió, pero yo tenía los brazos llenos de paquetes con el bolígrafo escondido entre ellos. Se frotó la parte posterior de la rodilla quejándose de los muchos insectos que hay en Nueva York.

—Imagino que sería difícil tener que entrar en su apartamento y acuchillarla.

—No fue agradable —reconoció Tobulko—. Pero ya estaba muerta. Eso facilitó las cosas.

Feodorov observaba la cara de Tobulko mientras éste hablaba, buscando un ápice de remordimiento, de desagrado por lo que había hecho. Son contadas las personas que pueden realizar el trabajo del Departamento V y permanecer impasibles. El primer alto funcionario del KGB que huyó a Occidente fue un ilegal que desertó porque no fue capaz de asesinar, en Alemania Occidental, a un dirigente ruso blanco exiliado.

—De todos modos, matar a una persona, cualquiera que sea el motivo, es un trabajo desagradable.

—Estoy seguro de que había buenos motivos —respondió Tobulko—. Y de que se siguió el procedimiento debido, al cursar la orden.

«Sí —pensó Feodorov examinándole atentamente—. Me parece que eres

sincero».

—Deseo encargarle otra misión —dijo—. Por fortuna, no exige métodos violentos. Se trata de sustraer un objeto en Washington. Creo que puede hacerse sin necesidad de que intervenga directamente.

—Será un honor, camarada Director General.

Feodorov miró su reloj.

—¿Puede venir conmigo al Centro a las tres? En el coche le explicaré la misión. Tendremos que prepararle los documentos y me gustaría que se pusiera en camino lo antes posible.

Tres puertas de acero, dotada cada una de accionamiento electrónico y control de seguridad, conducían al subterráneo de la Dirección de Operaciones Ilegales. Había allí una docena de oficinas, una para cada uno de los países en los que se hallaban destacados agentes ilegales, y cuartos de comunicaciones y de claves. Las comunicaciones con los ilegales estaban estrictamente limitadas, para reducir al mínimo los riesgos de delatarlos, pero todas se originaban aquí. Las pocas que se enviaban por radio se ponían en clave en estos sótanos y eran transmitidas por clave terrestre al Centro de Moscú que las enviaba al satélite que, a su vez, las pasaba a Norteamérica o a Europa occidental. Los mensajes de los ilegales, análogamente, eran recogidos por los satélites y enviados, en clave, a Bykovo. La mayoría de comunicaciones, no obstante, se efectuaban por vías mucho más simples: una postal, una carta de un pariente, una conferencia telefónica en la que una frase trivial indicaba al ilegal una tarea específica: «Ve al sitio que ya sabes», sitio donde le esperaría un mensaje o donde encontraría a otro ilegal con instrucciones de Bykovo. Todo ello formaba parte de un plan complejo destinado a mantener la Dirección de Ilegales totalmente aislada e independiente de las otras ramas del KGB.

El director llevó a Feodorov al Centro de Control de América del Norte. En realidad, no era más que una gran sala en la que había un oficial de guardia las veinticuatro horas del día. Una pared estaba cubierta por un mapa de Canadá, Estados Unidos y México. En cierto modo, venía a ser una variante, para uso del KGB, de los «mapas de las mansiones de las estrellas» que las agencias de turismo venden en Beverly Hills. En él estaba marcada e identificada por un número clave la situación de cada uno de los agentes ilegales destacados en Estados Unidos. En los alrededores de Washington y de los lugares cuya actividad sería de mayor interés para la URSS en caso de crisis, las marcas se agrupan formando un círculo cerrado: Hingham, Massachusetts, en Cape Cod, donde se encuentran las instalaciones de radar *FPS 85* de Primera Alerta; en los alrededores de las Montañas Cheyenne, Colorado, para cubrir el NORAD —North American Aerospace Defense Command—, y en las proximidades de los campos de ICBM y Minuteman más importantes.

En la oficina había archivadores con los expedientes completos de cada uno de

los ilegales: antecedentes personales, informes de reclutamiento y entrenamiento, relación de sus familiares en la URSS e informes de su estado físico. También figuraban todos los detalles de su «pantalla» o identidad supuesta, y cómo se había confeccionado, las calificaciones que se le habían dado desde que se había instalado en Estados Unidos, unas veces con su conocimiento y otras sin él, y desde luego, copias de todas las comunicaciones que Bykovo había intercambiado con él más su contraseña e indicaciones que se le habían dado para acciones específicas.

El oficial de guardia sacó uno a uno los expedientes de los veintinueve ilegales de la zona de Washington y los entregó a Feodorov. Mientras él los repasaba con su habitual meticulosidad, el director paseaba nervioso.

—Parece usted tan ansioso como una *madame* de burdel cuando un cliente examina a sus niñas —rió Feodorov.

Desde luego, había ciertas características comunes a todos los ilegales, y Feodorov estaba familiarizado con ellas. La mayoría tenía negocios autónomos: un taller de reparación de radios, una bodega, un servicio de alquiler de vídeo. El KGB quería que tuvieran ocupaciones cuyo horario y actividades fueran flexibles, que les permitieran mantener contacto con el público y que no exigieran una preparación académica o profesional concreta. Bykovo no instalaría a un ilegal, por ejemplo, como médico o dentista. La invención de ocho años de difíciles estudios en lugares determinados, con unas calificaciones oficiales en cada uno de ellos, era complicada y podía desmoronarse a la primera comprobación.

Feodorov eligió finalmente a tres posibles candidatos. El primero, 3792, tenía una gran ventaja: antes de ser reclutado por el KGB, había cursado la carrera de ingeniero electrónico en la URSS. Pero sólo llevaba tres meses en Estados Unidos. ¿Estaría lo bastante familiarizado con el país, y lo bastante seguro en su pantalla como para operar con eficacia? El segundo, 4106, trabajaba en un vivero de ostras de la costa de Maryland. Sus antecedentes eran inmejorables, pero a Feodorov le preocupaba la circunstancia de que llevaba seis años en el puesto y hacía más de dos que no había sido investigado a fondo. ¿Seguiría siendo tan digno de confianza como indicaba el informe?

El tercero, 2641, era una mujer. Había sido llevada a la URSS para una investigación rutinaria hacía sólo seis meses, por un procedimiento que el KGB solía usar con los ilegales: el agente hacía un viaje por Europa, visitando Dinamarca y Suecia, donde embarcaba en un barco soviético para un crucero de tres o cuatro días, durante los cuales era conducido a la *Rodina*. Nunca había dificultades para burlar la vigilancia de los daneses o los suecos. Esta mujer era la que les había informado sobre la parapsicóloga de Nueva York. Aquel reciente informe era prueba tanto de su perspicacia como de su fiabilidad. Y, en opinión de Feodorov, tenía otra ventaja: el sexo. En las operaciones, las mujeres llamaban menos la atención que los hombres.

Setenta y dos horas después de su entrevista con el director general del KGB, el comandante Valentín Tobulko se encontraba en Berlín Este. Vestía traje azul marino de la tienda de Brooks & Brothers en Washington DC, camisa blanca y corbata de seda a rayas azules y rojas. Se lo habían proporcionado en el «almacén» del KGB en Moscú, emporio abastecido de prendas de más de dos docenas de países, destinadas a vestir a los agentes soviéticos que tenían que salir de viaje y necesitaban ropa de calle. Tobulko sentía las disimuladas miradas de envidia y curiosidad que le lanzaba el grupo de personas congregadas delante del monumento a los Caídos de la República Democrática Alemana, levantado entre el paseo de Unter den Linden y la plaza de Alexander. Evidentemente, le confundían con un hombre de negocios americano, precisamente lo que pretendía.

Faltaban quince minutos para la hora de la cita. El monumento al «triumfo sobre el fascismo y el militarismo» parecía un lugar tan bueno como cualquier otro para esperar. El exterior del monumento daba a Tobulko la impresión de la obra de un arquitecto prusiano del siglo XIX, inspirada en un templo del Foro romano. El interior era de una dignísima austeridad: la llama perenne brillaba bajo un bloque de cristal que la reflejaba a través de una serie de prismas triangulares. Detrás estaban las tumbas del Partisano desconocido y del Soldado desconocido.

Tobulko no pudo reprimir una leve sonrisa. ¿Qué uniforme llevaría el Soldado desconocido cuando lo mataron? Se lo preguntó. Cuando salió, un nuevo destacamento de guardias del selecto regimiento destinado al monumento abandonaba el cuartel en formación. Los soldados llevaban capote verde aceituna hasta la rodilla, relucientes botas negras y guantes blancos, y sostenían los AK47 en posición de descanso. A quince metros del monumento, se detuvieron y pusieron las armas al hombro. A una orden, volvieron a avanzar, ahora marcando el paso de la oca y golpeando la acera con las botas negras, con el entusiasmo de un pelotón de asalto de la SS que desfilara en una ceremonia nazi en Nuremberg. A la izquierda de Tobulko había media docena de compatriotas suyos, hombres mayores, de la generación de su padre, corpulentos y abotagados, con una hilera de medallas prendidas en la solapa de su traje. Contempló sus impávidos rostros eslavos, en busca de un indicio de emoción, un atisbo de los sentimientos que esta pequeña demostración pudiera despertar en ellos. No encontró nada.

Era hora de marcharse. Tobulko echó a andar por Unter den Linden, camino del lugar de la cita. Advirtió que los escaparates estaban bien surtidos: vinos argelinos, aceitunas búlgaras, embutidos húngaros y jamones polacos. No cabía duda de que el centro de Berlín Este era el escaparate del socialismo. Sus nuevos edificios de acero y cristal podían compararse con los más modernos que había visto durante sus años de ilegal en Occidente. Con ellos se alternaban las sólidas estructuras prusianas que habían sobrevivido a la guerra: edificios serios de un gris castaño, levantados para

reflejar la austera rectitud de los burgueses alemanes que residían en ellos.

Se paró delante de un escaparate, una muestra de la industria textil alemana. Estaba casi frente a la Embajada soviética. Tobulko contempló con satisfacción el busto de mármol de Lenin, de dos pisos de alto, colocado en el jardín de la Embajada con la mirada fríamente dirigida Unter den Linden abajo, para recordar a los modernos ciudadanos alemanes quién era ahora el profeta reinante.

Cuando Tobulko se volvió a mirar el escaparate, vio acercarse a un joven con una bolsa azul de las Líneas Aéreas Húngaras Malev en bandolera.

—El traje marrón está indicado para ir a la ópera de Budapest —dijo.

—Sí —convino Tobulko—; sobre todo con corbata verde.

El joven movió afirmativamente la cabeza y susurró:

—Sígame. Tengo un coche.

Recorrieron varios bloques hasta un coche Wartburg gris en el que se dirigieron en silencio hasta el puesto de la calle Friedrich. Con un seco movimiento de cabeza a un guardia armado, el joven entró sin tropiezo en un garaje subterráneo y detuvo el vehículo delante de una puerta.

—Espere —ordenó y desapareció por la puerta.

Salió a los pocos minutos.

—Venga —dijo.

«Desde luego, a nuestros primos del Servicio de Seguridad de Alemania Oriental les enseñan a economizar palabras», pensó Tobulko echando a andar detrás del joven.

Su guía lo condujo por un largo tramo de escaleras hasta otra puerta, donde pulsó el botón de un panel. Era un aviso al comandante de las *Grenztruppen*, los guardias fronterizos, que desde su garita de control dominaban el paso fronterizo situado a cincuenta metros de distancia. Allí, largas colas de alemanes occidentales y de extranjeros iban pasando por diez puntos de control, cada uno de los cuales era un corredor en forma de túnel controlado por un guardia de las *Grenztruppen* en una garita. Tras un meticuloso estudio de la documentación de cada viajero, el guardia pulsaba un interruptor que abría una puerta basculante, por la que el viajero dejaba la custodia de Berlín Este y entraba en el corredor que conducía a los andenes del metro de la calle Friedrich dirección a Berlín Oeste.

Ahora, a una orden del comandante, todas las puertas permanecieron cerradas. El corredor fue vaciándose. Cuando no quedó nadie en él, el guía de Tobulko abrió la puerta y le hizo señas de que entrara. Tobulko advirtió con satisfacción que nadie, salvo su guía, había notado su entrada subrepticia en el corredor. Ni el comandante de los guardias fronterizos orientales conocía su aspecto, aunque, desde luego, sabía que se estaba introduciendo a un agente en Berlín Oeste. En realidad, desde que saliera del complejo del KGB en Schoenfeld, el aeropuerto de Berlín Este, nadie, salvo su guía del SSD, tenía idea de su verdadera función e identidad.

Desde la calle Friedrich, dos líneas de metro llevan a Berlín Oeste. Una va hacia el norte, a Wedding y Tegel, en el Sector Francés, y hacia el sur, a Mariendorf, en el

Sector Americano. La otra va al Oeste, a la estación del Zoo y el Kurfürstendamm. Tobulko subió las escaleras hacia el andén dirección Zoo y se mezcló con la gente que esperaba el tren, que entraba ya lentamente y siseando en la estación. Subió y cinco minutos después vio el enorme pilar coronado por el símbolo del Mercedes Benz que, a modo de antorcha capitalista, señalaba la frontera entre uno y otro Berlín.

No encontró ningún control al apearse del tren en la estación del Zoo y salir a las calles de Berlín Oeste. La razón era sencilla: los aliados occidentales se niegan a reconocer la división de Berlín. Instalar puestos de control fronterizos sería reconocer *de facto* la división hecha por los comunistas. Durante cuarenta y cinco minutos, Tobulko paseó por la zona de Ku'damm, aplicando las técnicas del oficio aprendidas en Bykovo, para asegurarse de que no le seguían. Cuando se hubo cerciorado de ello, subió a un taxi y se dirigió al aeropuerto de Tegel. Allí, sacó pasaje para el primer vuelo con destino a Frankfurt. Tampoco hubo control en la salida de Berlín ni en la llegada a Frankfurt. Cuando llegó a Frankfurt, tomó otro taxi para ir a la estación y subió al primer tren para Basilea y Zúrich.

Pocos minutos antes de que el tren llegara a Basilea, los funcionarios de aduanas alemanes y suizos recorrieron el vagón examinando la documentación. Él les enseñó un pasaporte americano. Era un documento auténtico, extendido a nombre de Roy Banwell, de Minneapolis, Minnesota, directivo de la empresa de granos Cargill. Hacía seis meses, Banwell había pasado un apacible fin de semana con una señora que no era su esposa en el Hotel Ledra Palace de Nicosia. El sábado por la tarde, mientras la pareja tomaba el sol junto a la piscina, un ladrón, con la complicidad de un empleado del hotel, entró en la *suite* y robó la cartera y el pasaporte de Banwell y las alhajas de su amiga. Se quedó con el dinero y rápidamente hizo varias compras con las tarjetas de crédito de Banwell, antes de destruirlas. Por la noche regaló las alhajas a su novia, una bailarina de strip-tease de un local de Limassol y aprovechó el viaje para vender el pasaporte al barman libanés del local, por cien dólares.

Aquella misma noche, el barman lo vendió a un contacto palestino por doscientos dólares. El palestino pertenecía a la organización 15 de Mayo, facción Abu Ibrahim, grupo apoyado por Siria, y mandó el pasaporte a Damasco. Su superior, a falta de mejor uso para el documento, lo vendió a su contacto del KGB por cuatrocientos dólares. Y el pasaporte acabó en la División de Documentación del Centro.

La edad de Banwell que indicaba el pasaporte era de treinta y siete años, idéntica a la de Tobulko. Cuando Feodorov envió al comandante al Oeste, se le asignó aquel pasaporte y la foto de Banwell fue sustituida por la de Tobulko. El Centro tenía un buen surtido de sellos del departamento de Estado vigentes que estampar en la foto. Se agregaron, además, unos cuantos sellos de inmigración de países de la Europa Occidental, para la cuestión de las divisas, y Tobulko se convirtió en Roy Banwell.

Desde luego, aquel pasaporte no le hubiera permitido pasar el control de aduanas de un gran aeropuerto estadounidense. Una serie de líneas, imperceptibles a la vista, atravesaban la fotografía y aquella página del pasaporte. La manipulación de una

fotografía es inmediatamente percibida cuando el funcionario pasa el documento por una luz ultravioleta, porque las líneas no encajan debidamente. Pero Tobulko no tenía intención de entrar en Estados Unidos con aquel pasaporte. Era ideal para lo que él lo necesitaba, es decir, para moverse por Europa. Los policías alemanes y suizos examinaron atentamente el pasaporte y se lo devolvieron. Tobulko, con una sonrisa, volvió a la lectura del ejemplar de la revista *Time* que había comprado en Frankfurt. ¡Qué fácil había sido cruzar dos fronteras occidentales en menos de doce horas!

Aquellas cenas del jueves eran, para el *rezident* del KGB en Damasco, un ritual igual al que suponían las oraciones del viernes en la mezquita Umayyad para su invitado, el comandante Abdul Hamid Hatem, jefe del Havarat, el servicio de espionaje sirio. En los meses de invierno, se reunían en el centro de Damasco, en el Hotel Sheraton, rodeados de danzarinas, empresarios sirios y conspiradores palestinos de todos los matices políticos imaginables. En los meses cálidos, en una noche agradable como ésta, cenaban en uno de los restaurantes al aire libre de la ribera del Surati, cuyas frescas y límpidas aguas bajan de la falda del que los sirios llaman Yebel Seij y los rusos, como la mayoría de los occidentales, monte Herman.

El *rezident* fingía admiración y amistad hacia Hatem, aunque, de hecho, lo despreciaba. Estaba convencido de que era un pelota que debía el cargo a su condición de miembro de la secta alauita, lo que hacía de él un incondicional de Hafez al Asad, el dictador de Siria. Como el servicio al que pertenecía, Hatem era una criatura del KGB y, ahora, al igual que el hijo mimado de un rico comerciante, se permitía tratar con condescendencia al sabio maestro elegido por su padre para educarle.

Después de la cena, los dos hombres paseaban sosegadamente por la margen del río, mientras fumaban sus habanos. Hatem trataba de dar lecciones sobre la política de Oriente Medio a un hombre que la dominaba antes de que el sirio naciera. No obstante, el *rezident* le escuchaba con respeto. El KGB sabía que Hatem era uno de los íntimos de Assad, la puerta falsa de acceso al dictador sirio. No había más que susurrarle un secreto para que Assad lo supiera antes de una hora. Además, Moscú estaba convencido de que Assad, pese a sus vehementes manifestaciones de imperecedera amistad soviético-siria, en el fondo simpatizaba con Occidente. Por lo tanto, la misión del *rezident* consistía en escrutar a hombres como Hatem, en quienes Assad depositaba su confianza, en busca del primer aviso de la traición, que Moscú consideraba característica endémica de la personalidad árabe.

Llegaron al coche de Hatem y a los dos Land Rover de su escolta. Los dos hombres se abrazaron según la profusión árabe. El *rezident*, con vivo desagrado, sintió en la mejilla el roce de la barba de Hatem, áspera como un cardo. Desde el borde de la carretera agitó la mano, despidiendo al cortejo con falso respeto.

Luego, se dispuso a realizar el verdadero trabajo de la noche.

El *rezident* sabía que el Havarat le vigilaba. Descubrir las señales de la vigilancia fue fácil, al fin y al cabo, el KGB había enseñado a los sirios todo lo que sabían. El *rezident* también había advertido que las noches en que él cenaba con Hatem no se molestaban en seguirle, lo que le compensaba ampliamente de tener que soportar las peroratas del engraido Hatem. Él se servía de Hatem para enmascarar sus auténticas reuniones secretas, sus citas con ciertas personas, que él no quería que los sirios supieran.

El contacto de esta noche le esperaba con su conductor y guardaespaldas entre las sombras, junto a su coche, al fondo del aparcamiento del restaurante. Se estrecharon las manos efusivamente y subieron a la parte trasera del automóvil. El conductor se dirigió al norte por la carretera de Aleppo, zona que el ruso sabía que aquella noche estaría libre de controles de la policía siria.

—Tengo afectuosos recuerdos para usted de Iván Sergeivich —dijo el *rezident* a su visitante.

—Le agradeceré que le transmita mis mejores saludos —respondió su interlocutor.

—Realmente, fue él quien me pidió que me entrevistara esta noche con usted —dijo el *rezident*.

El otro no dijo nada, pero le miraba fijamente. Al igual que el *rezident*, era funcionario del KGB, un hombre con casi una década de servicio abnegado y eficaz. También era árabe palestino, nacido en un campo de refugiados, de padres huidos de Jaffa en 1948, al principio del conflicto árabe-israelí. Ello hacía de él un caso aparte. Aunque el KGB entrenaba activamente a terroristas palestinos y los abastecía, manipulaba y utilizaba, sólo tres habían merecido la distinción de figurar en sus filas. Abu Said Dajani era el decano del trío.

—Ahora prepara o, mejor dicho, planea una operación para la que necesita su ayuda.

—Y la tendrá, *inch'Allah*.

—Por el momento, necesitamos que seleccione usted a cuatro hombres para la operación.

Dajani asintió.

—Por lo menos dos deben hablar alemán y los cuatro tendrán que poder trabajar en Europa sin dificultad. A poder ser, deberán haber actuado ya allí.

—¿Necesitan entrenamiento especial, cualificaciones?

—Deberán tener práctica en el manejo de explosivos. De lo demás nos encargaremos nosotros. —El *rezident* sacó un cigarrillo *Camel* del bolsillo de la americana y ofreció otro a Dajani. El palestino encendió el suyo con una cerilla que instintivamente abrigó al aire libre—. Pero, esto es importante, quiero que todos sean de la Hezbollah.

Dajani se encogió de hombros. Él era un *hamullah*, pariente de Abu Nidal. Este parentesco le valió ser admitido en calidad de Cachorro de Tigre como «Tigre joven»

en el campo de refugiados de la OLP, a los doce años. Ello también había contribuido a su constante ascensión en las filas del terrorismo árabe, hasta llegar a la posición que ahora ocupaba, número tres de Abu Nidal y enlace con la Hezbollah, el movimiento apoyado por los iraníes, en el valle de la Bekaa del Líbano. Desde luego, su parentela, como todos sus compañeros, ignoraba sus vínculos con el KGB.

—Eso no será problema.

—¿Compensación?

—La escala de Gaddafi.

La «escala de Gaddafi» era una lista de retribuciones por actos terroristas, establecida por el líder libio en 1984 y aplicada frecuentemente por los terroristas de Oriente Medio. Los pagos oscilaban entre cinco mil libras por transporte de explosivos y ciento quince mil para la familia de un mártir, fallecido en bombardeo suicida.

—¿He de decirles algo sobre el objetivo?

El *resident* reflexionó.

—Sólo que es americano y está en Alemania Occidental. Supongo que el Artista sigue trabajando en Beirut —agregó.

—Desde luego.

—Cuando haya seleccionado a su equipo, tome sus fotos y encargue cuatro 798. Aquí están los nombres y datos personales que debe poner.

El *resident* entregó a Dajani un papel que el palestino guardó en el bolsillo sin abrir.

—¿Conoce personalmente al Artista?

—No.

—Bien. Cuando encargue los pasaportes, indíquele de algún modo que son de la Hezbollah.

—¿Van a necesitar visados?

—No. Cuando llegue el momento, los enviaremos desde Nicosia o Teherán a Berlín en Interflug.

—¿He de darles alguna explicación del porqué de la operación?

Nuevamente, el *resident* reflexionó sobre las lacónicas instrucciones recibidas desde el Centro.

—Sugíérales que es la esperada venganza por el Airbus derribado por los americanos. Créame, si esto se lleva a cabo, habrá sangre suficiente para vengar todo un escuadrón de airbuses.

Veinticuatro horas después de su subrepticio paso a Occidente, el comandante Valentín Tobulko paseaba por la calle Bahnhof de Zúrich con todo el empaque y la naturalidad de un empresario americano acostumbrado a trabajar y viajar por la Europa Occidental. En la mano derecha llevaba una lujosa cartera Vuitton de piel,

exactamente como la que cualquiera esperaría ver llevar a un hombre de su categoría. La había recogido hacía unos minutos en la consigna de la estación.

Silbando suavemente, el viajero se detuvo en el número 249, un elegante y sobrio edificio cuyos ocupantes se identificaban por una serie de discretas placas de bronce colocadas al lado de la puerta. Repasó los nombres, para cerciorarse de que allí tenía su sede la firma que buscaba y subió andando al tercer piso. La recepción hubiera podido ser la sala de espera de un médico; media docena de sillones, una mesa redonda bien pulimentada y tres discretos óleos de paisajes alpinos eran todo su mobiliario. Las publicaciones que había sobre la mesa, empero, *Financial Times*, *Wall Street Journal*, *The Economist* y *Business Week*, denotaban que las visitas que acudían a aquel despacho no se interesaban por la medicina. Era la central del Banco Privado de Crédito, una institución, como su nombre indicaba, privada, pequeña y eminentemente suiza.

Tobulko saludó afablemente a la recepcionista.

—Deseo obtener un cheque bancario, si es tan amable.

—Desde luego —respondió la joven—. ¿Por qué importe?

—Cien mil dólares.

—Siéntese, por favor. En seguida le atenderá un empleado.

Momentos después, un joven pálido con gafas de concha, envuelto en ese aire aséptico que cultivan los banqueros suizos, saludó a Tobulko y lo llevó a una habitación en la que no había más muebles que una gran mesa y dos sillas. Señaló una a Tobulko y se sentó frente a él.

—¿En qué puedo servirle?

Tobulko repitió su petición de un cheque bancario por cien mil dólares.

—En seguida. ¿Lo quiere al portador o nominal?

Tobulko sacó del bolsillo el pasaporte de Banwell y lo entregó al empleado.

—A mi nombre, por favor.

—Muy bien —dijo el empleado—. Nuestra comisión por la transacción es del 0,5%.

Tobulko puso la cartera encima de la mesa y accionó su cierre de combinación. Dentro, había una serie de simétricos fajos de billetes de cien dólares, con cien billetes en cada uno, o sea diez mil dólares. Un empleado del Banco Voslour, banco suizo de los sóviets, los había metido en la cartera veinticuatro horas antes y la había depositado en la consigna de la estación de Zúrich. Posteriormente, otro empleado había dejado el resguardo en un sobre cerrado dirigido a Banwell en el Hotel Bar du Lac. La puntualidad es una especialidad suiza, pero la seguridad lo es más; Cogió los quinientos dólares de la comisión y los pasó al empleado. Con un despliegue de suiza meticulosidad, el empleado contó el dinero a su vez, billete a billete. Luego, se llevó los billetes y el pasaporte.

A los pocos minutos, volvió con una obsequiosa sonrisa, el pasaporte y un cheque bancario por cien mil dólares.

La siguiente gestión de Tobulko lo llevó a otro banco, en éste caso la imponente central en Zúrich del Crédito Suizo, para solicitar la apertura de una cuenta. El joven que lo atendió, no menos aséptico que su congénere del Crédito Privado, miró respetuosamente la hilera de ceros del cheque que Tobulko le tendió. El funcionario del KGB pensó entonces que no hay nada que despierte tanto el interés de un banquero como esa colección de ceros. Explicó que debía viajar por Europa durante unas semanas y, aunque tenía plena confianza en el Banco Privado de Crédito, con el que trabajaba habitualmente, éste no le ofrecía servicios tan amplios en Europa como un banco de la categoría del Crédito Suizo.

El joven aprobó el sensato criterio de su visitante con una sonrisa, tomó el pasaporte de Banwell y ayudó a Tobulko a rellenar los formularios necesarios para la apertura de una cuenta.

—¿Quiere Eurocheques y una tarjeta de Eurocheque? —preguntó.

—Sí —respondió Tobulko—. Y también una tarjeta Visa, por si me interesa cargar algún pago.

—Desde luego. ¿Qué límite desea para la tarjeta de crédito? ¿Diez mil dólares?

—Será suficiente —sonrió Tobulko.

El joven relleno rápidamente varios papeles más y luego estrechó ceremoniosamente la mano de Tobulko para darle la bienvenida oficial a la mundial familia de clientes del Crédito Suizo. Los cheques y tarjetas estarían a su disposición dentro de cuarenta y ocho horas.

Mientras Tobulko se dirigía hacia la doble puerta del banco, una sonrisa se insinuó en su cara. Los narcotraficantes sudamericanos no eran los únicos especialistas en blanquear dinero. Ahora dispondría del elemento indispensable para viajar por Estados Unidos: una tarjeta de crédito. Y nadie podría descubrir que su verdadero dueño era el KGB.

El Café Feisal. Sólo el pasar por delante del rancio café de la calle Bliss, frente a las verjas de la Universidad Americana de Beirut, removía toda la nostalgia de la que era capaz el alma de Abu Said Dajani. Como en sus días de estudiante palestino pobre al que la OLP pagaba los estudios, las ventanas del café eran un conglomerado de carteles, avisos, anuncios y caricaturas. Convocaban a los estudiantes de la universidad a todas las actividades imaginables, desde clases de kárate hasta docenas de manifestaciones de protesta por todos los males, reales o imaginarios, que afligían al mundo árabe. Durante un segundo, Dajani sintió la tentación de entrar, pedir una taza de *masbout*, el dulce café de Arabia, y un infame bocadillo, y dejarse envolver por las apasionadas diatribas de los estudiantes.

Pero no era el momento de ceder a la nostalgia. Tenía cosas más importantes en que pensar. Siguió subiendo por la calle Bliss hacia la calle Sadat, donde torció a la izquierda, maldiciendo mentalmente a los libaneses por no borrar del callejero el

nombre del traidor egipcio. Hacia la mitad de la calle, encontró lo que buscaba: una tienda de fotografía tan sórdida y desastrada que se preguntó si su dueño habría vendido alguna cámara desde que había empezado la guerra del Líbano, hacía diez años. Pero dada la actividad real del hombre, ello probablemente careciera de importancia.

Cuando Dajani abrió la puerta, sonó una campanilla. Al entrar en la oscura tienda, un olor agobiante a meado de gato le asaltó el olfato. Parecía estar suspendido en el aire, como una niebla húmeda y repugnante que fuera descendiendo hacia el suelo poco a poco. Uno de sus responsables saltó de una de las vacías estanterías de la tienda y otro le bufó desde un rincón. Por fin, Dajani oyó un roce de cuentas de madera y vio venir hacia él a una mujer con la cabeza cubierta por un pañuelo, y el abultado cuerpo por una túnica negra. En la mejilla izquierda tenía el tatuaje azul de la tribu beduina de Howeitat.

La mujer no pronunció ni una palabra de saludo sino que le miró en un silencio hosco.

—Vengo a ver a Abu Daud —dijo Dajani.

—¿Quién es Abu Daud? ¿Quién eres tú?

—Un amigo.

—Nosotros no tenemos amigos.

—Vengo de Baalbeck.

—Como si vienes de la luna.

—Me envía el imán Fadaláh. Es amigo mío. Traigo saludos respetuosos para Abu Daud.

El nombre del imán produjo un efecto visible en las hostiles facciones de la mujer. Era un imán chiíta, adiestrado en el campamento terrorista del ayatollah Hussein Alí Montazeri en Qom, Irán, y enviado después al valle de la Bekaa en el Líbano para organizar y dirigir la Hezbollah, la fanática organización chiíta que había dejado su huella sangrienta en decenas de atentados y secuestros.

Dajani sacó del bolsillo una tarjeta, la tarjeta de presentación del imán. Dajani hacía las veces de enlace entre él y Abu Nidal, y el imán iraní le había dado la tarjeta como una especie de salvoconducto para viajar entre las violentas comunidades de la zona de Baalbeck, en el valle de la Bekaa. Se la dio a la mujer.

—No sé leer.

—Abu Daud sí sabe.

La mujer reflexionó un momento. Miró airadamente a Dajani.

—Espera —ordenó.

Dio media vuelta y se alejó arrastrando los pies hacia el fondo de la tienda. El roce de la cortina de cuentas de madera marcó su salida.

Transcurrieron por lo menos cinco minutos antes de que Dajani percibiera un sonido distinto al maullido hostil de la media docena de gatos que infestaban la tienda. Por fin, oyó el lento tris-tras de unas zapatillas de fieltro que se acercaban. Por

entre la cortina asomó una mano que encendió una luz. Luego, apareció un hombre, un anciano arrugado de unos ochenta años. Era la una de la tarde, pero él todavía llevaba el pijama y un albornoz atado a la cintura con una cuerda. En la cabeza lucía el símbolo de un mundo árabe desaparecido hacía tiempo: un fez rojo. Miró a Dajani a través de unas gafas con montura de concha y cristales redondos, como las que llevaban los diplomáticos en los noticiarios de los años treinta.

Dajani saludó al recién llegado con una sonrisa. La reseca figura que tenía delante era la del legendario Abu Daud Sinho, el Artista. No había en el mundo documento que él no hubiera reproducido: permisos de conducir de Hong Kong, pasaportes suizos, cartas verdes USA, permisos de caza de Kenia, permisos de residencia franceses, cartillas de ahorro para emigrantes alemanes. Si el documento era importante y preciado, era prácticamente seguro que el Artista lo había falsificado.

Dajani esbozó un *salaam* delante de la figura leve de Abu Daud.

—Te traigo afectuosos saludos del imán —declamó con la solemnidad del almuecín que llama a la oración de la mañana.

El Artista tenía entre los dedos la tarjeta del imán. Eran dedos largos, huesudos y teñidos del color del pergamino viejo por miles de cigarrillos. «Ruego atiendan a nuestro amigo Abu Said Dajani», había escrito el imán. El Artista estudiaba estas palabras con suspicacia. La suspicacia era el rasgo de su carácter que le mantenía profesionalmente próspero y físicamente sano. Finalmente, cuando hubo tomado su decisión, devolvió la tarjeta a Dajani.

—¿Café? —preguntó.

Dajani asintió.

El Artista dio una palmada.

—*Et'nain masbout* —gritó a la mujer de negro para pedir dos cafés.

Con un movimiento de cabeza, invitó a Dajani a sentarse en un taburete y se instaló a su lado en otro.

Después de tomar el café y mantener una lánguida conversación, el Artista miró a los ojos al palestino.

—*Shou?* —preguntó, invitándole a exponer el motivo de su visita.

—Yo... nosotros necesitamos cuatro 798 —dijo Dajani.

Sacó un sobre del bolsillo y sobre la mesita de marquetería con incrustaciones de nácar puso cuatro fotografías de pasaporte y el papel que le había dado el *rezident* del KGB en Damasco.

—Aquí están sus datos personales.

—Los 798 son caros.

—Me hago cargo.

Los 798 eran pasaportes marroquíes. Formaban parte de una partida de pasaportes en blanco que había sido robada del Ministerio de Asuntos Exteriores en Rabat y se los llamaba así porque el número de serie del primer pasaporte utilizado había empezado por 798. Nadie sabía a ciencia cierta cuántos pasaportes había en el

paquete robado ni cómo llegaron a manos del Artista. Él los distribuía con la cicatería de un avaro que entrega sus últimas monedas de oro. Dado que eran pasaportes auténticos que llevaban impreso el sello real marroquí, era prácticamente imposible que fueran detectados en una frontera. Ello los hacía valiosísimos para la miríada de organizaciones terroristas que el Artista surtía con admirable imparcialidad.

—Te costarán treinta mil libras libanesas cada uno.

—Conforme.

—La mitad ahora. La otra mitad, a la entrega.

—Conforme.

Dajani metió la mano dentro de su cazadora de piel negra y sacó un sobre marrón del tamaño de un libro. Lentamente, contó los billetes, que fue dejando en la mesita de nácar. Cuando hubo terminado, el Artista recogió los billetes, los metió en el sobre y se lo puso dentro del albornoz como si fuera una bolsa de agua caliente.

—Diez días, *inch'Allah* —dijo.

—Señores pasajeros, el capitán Graham acaba de encender el aviso de «No fumar». Iniciamos la última maniobra de descenso hacia el Aeropuerto Internacional de Toronto. Por favor, abróchense los...

Valentín Tobulko trató de inhibirse del monótono sonsonete de la azafata de Air Canada para concentrarse en los momentos que se aproximaban. El joven funcionario del KGB tenía absoluta confianza en sus documentos, en su preparación y en lo fácil que era entrar en Canadá con un pasaporte americano robado. Al fin y al cabo, ya lo había hecho hacía apenas tres meses, cuando fue a Nueva York.

A pesar de todo, era el primer momento crítico de su misión y, a pesar de sus esfuerzos por calmarse, los nervios le hacían un nudo en el estómago. Momentos después, estaba delante de la garita de cristal de un inspector canadiense de inmigración. Dejó en el mostrador el pasaporte de Banwell. El policía lo miró atentamente y cotejó la fotografía con la cara de Tobulko. Luego, lo puso encima del mostrador, alisándolo con la mano y cogió un grueso archivador. Tobulko sintió pánico. ¿Utilizaban los canadienses un nuevo procedimiento que el KGB ignoraba? ¿Había empezado el Departamento de Estado a comunicar a los canadienses los números de serie de los pasaportes robados?

Tobulko hubiera podido ahorrarse el susto. La carpeta contenía una lista con los nombres de los ciudadanos estadounidenses reclamados por las autoridades canadienses, y entre ellos no figuraba el de Roy Banwell. El inspector le devolvió el pasaporte con gesto de indiferencia.

El ruso empuñó la maleta comprada en Zúrich para ofrecer en este viaje el aspecto del turista que vuelve a casa, y la dejó en la consigna del aeropuerto. La cartera sola sería la caracterización indicada para la siguiente etapa del viaje. Tomó un taxi para ir al centro de Toronto. Allí entró en una papelería y compró un sobre

acolchado. Introdujo en él el pasaporte de Banwell y lo dirigió a Roy Banwell, Lista de Correos, Oficina de Florida Avenue, Washington DC. Luego, fue en busca de la oficina de correos para enviarlo. A él nadie le pillaría entrando en Estados Unidos con un pasaporte robado en el bolsillo.

Una hora después, estaba en un tren camino de Windsor, Ontario, ciudad separada de Detroit por el río del mismo nombre. Fue a la agencia Hertz y alquiló un coche. Dijo al empleado que había tenido que dejar su coche en un taller del lado canadiense, a consecuencia de un pequeño accidente, y que dentro de unos días volvería a recogerlo.

Como identificación, utilizó su tarjeta Visa extendida por el Crédito Suizo de Zúrich y un permiso de conducir de Michigan a nombre de Banwell. El permiso era una falsificación realizada por la División de Documentación del Centro, tan buena que la única forma en que un policía de inmigración podría descubrir su falsedad sería pasando el número por el ordenador del departamento de Vehículos Automóviles de Michigan, en Lansing. Tal comprobación habría revelado que, en realidad, la licencia número 0915161821 correspondía a una viuda de sesenta y dos años llamada Schulte y residente en Grand Rapids.

Tobulko esparció ejemplares del *Wall Street Journal* y del *New York Times* en el asiento del coche. Imaginó que éstas no eran las lecturas que un inspector de inmigración estadounidense asociaría con un oficial del KGB. Luego, se dirigió hacia el puente Ambassador por el que debía entrar en Estados Unidos.

Tal como le habían advertido, el coche alquilado llamó la atención en el puesto fronterizo. Mostró al inspector su permiso de Michigan y, cuando éste le preguntó por qué conducía un coche alquilado en Canadá, Tobulko le contó el percance sufrido con su propio coche, adornándolo con un comentario sobre la idiota que se le había echado encima. Era una de las escenas ensayadas docenas de veces con sus instructores de Bykovo. Calma y naturalidad eran las palabras clave.

El inspector lanzó una mirada a los periódicos y le devolvió el permiso.

—Me gustaría mirar el maletero, señor.

Tobulko se apeó y lo abrió. Esperaba la petición. Sabía que el contrabando de droga era la mayor preocupación de los inspectores.

Minutos después, iba camino del aeropuerto metropolitano. Entregó el coche y consiguió pasaje para un vuelo de la Northwest Airline al aeropuerto Laguardia de Nueva York, donde tomó el vuelo de las ocho del puente aéreo a Washington. Al llegar al aeropuerto nacional, alquiló un coche en el que cruzó el Potomac, camino de la capital.

Poco después de las diez de la noche, Tobulko estaba sentado en el bar del Hotel Washington Hilton y daba el primer sorbo a un *Martini con vodka* bien frío. A pesar de que su cuerpo empezaba a acusar el cansancio del viaje y la diferencia horaria, se sentía eufórico. Se encontraba en la capital de Estados Unidos, en la que nadie, ni siquiera el *rezident* del KGB en la Embajada soviética, estaba enterado de su presencia

ni de su objetivo. Durante un momento, sentado en el alto taburete del bar, le pareció que vivía un sueño infantil. Era invisible, pasaba entre la gente, escuchaba sus conversaciones, contemplaba sus movimientos y sus gestos y, en su pequeño mundo, ellos no reparaban en él.

BEIRUT

De los puestos ofrecidos por la Agencia Central de Inteligencia ninguno más peligroso ni difícil que el ocupado por Ray Reid, el jefe de la delegación de la Agencia de Beirut. En la pared de su despacho había una fotografía de William Buckley, su predecesor en el cargo, secuestrado por extremistas chiitas y brutalmente torturado y asesinado. Reid la tenía allí como recordatorio de lo peligroso de aquel destino, por si sentía la tentación de relajar las medidas de seguridad que regían su vida. Su camuflaje era el cargo de segundo agregado político de la Embajada, pero resultaba tan transparente como el celofán de las cajas de fresas que vendían en el supermercado de la esquina. En la, en otros tiempos, enorme Embajada estadounidense en Beirut, no había ahora más que media docena de diplomáticos, y para averiguar cuál de ellos era el hombre de la CIA no se necesitaba más habilidad que para leer el periódico de la mañana.

Reid solía comentar que hacer su trabajo sin exponerse ni exponer a sus agentes a peligros inaceptables era tan fácil como follar en un escaparate de la Quinta Avenida durante las compras de Navidad sin que nadie te viera. Su teléfono estaba intervenido y su correo era abierto por las fuerzas cristianas «amigas». Aventurarse hasta el Beirut Oeste musulmán, con sus pandillas de chiitas fanáticos era imposible. En todos sus movimientos por el Beirut Este cristiano, Reid calculaba que estaba bajo la vigilancia de por lo menos tres organizaciones diferentes, el Deuxième Bureau libanés y dos milicias cristianas rivales. Y en ningún caso podía salir del complejo de la Embajada sin la escolta de dos libaneses cristianos armados. A saber de quién dependían.

No obstante, irónicamente, la Agencia conservaba en la capital libanesa una sólida red de agentes e informadores de toda confianza. Beirut siempre había sido centro de espionaje del Tercer Mundo, un lugar en el que los espías florecían como en la Lisboa o el Estambul de los tiempos de guerra. El problema consistía en cómo comunicar con ellos. Para conseguirlo, Reid se había visto obligado a recurrir a viejas tácticas utilizadas por la resistencia antinazi durante la guerra, cuando escribió el catecismo de las operaciones clandestinas.

Esto era, en realidad, lo que hacía en este momento, circulando por la principal calle comercial de Asrafiyeh, en Beirut Este, con los guardaespaldas en el asiento delantero y el agregado comercial a su lado, hablando de béisbol. Mientras el coche avanzaba lentamente entre el denso tráfico de mediodía, Reid lanzaba de vez en cuando una mirada a las tiendas y la gente. Encontraron lo que buscaban a cien

metros de la iglesia griega de los Santos Mártires: un puesto de flores en la acera. «¡Qué prueba de la resistencia del espíritu humano —pensó Reid— que, con los horrores de diez años de guerra, los libaneses aún puedan vender y comprar flores!». Al pie del puesto, un poco separado del resto de la mercancía, había un florero verde que contenía tres varas de gladiolos rojo fuego. Era la señal. Había un mensaje para él en el lugar utilizado como buzón por uno de los más valiosos y secretos agentes de la CIA en la ciudad.

Aquella tarde, al regresar a la Embajada de una reunión celebrada en la residencia del embajador en Yarze, Reid decidió pararse en una tienda de *Furn-el-Sheback*, que visitaba de vez en cuando. Antaño, en la época de esplendor de Beirut, su propietario poseía una galería de *souvenirs* sobre la cornisa situada encima del Hotel Saint Georges. Ahora se ganaba la vida vendiendo objetos de cobre y latón hechos a mano, fuentes, cafeteras, búcaros, urnas y cajas de madera de cedro con aplicaciones de nácar. Las había de todas las formas, además de tableros de *backgammon*, damas y ajedrez; estuches para cartas, joyeros, cajas para botones y otras fruslerías. En Navidad o en Pascua, algún beirutí compraba una para enviarla a un pariente en un lejano punto del planeta, como un recuerdo de la martirizada patria que se habían visto obligados a abandonar. Y algunos, como Reid, las coleccionaban.

Dejó a uno de sus guardaespaldas vigilando el coche y al otro, en la puerta de la tienda. Charló unos momentos con el dueño sobre los buenos tiempos de Beirut y se puso a contemplar su mercancía con fascinación.

Reid tardó veinte minutos en encontrar lo que buscaba. Era una caja de cigarrillos con un cedro del Líbano rodeado de una especie de aureola hecha de cuñas triangulares de nácar en la tapa. Uno de aquella treintena de triángulos estaba invertido. Reid cogió la caja, eligió otra al azar y las llevó al dueño de la tienda con el que se enzarzó en el regateo ritual y esperado. Luego pagó, se guardó las cajas en el bolsillo y volvió al coche.

—¡Harry! —gritó el encargado de la tienda de electrónica Silver Spring desde su puesto de la puerta—. Preguntan por ti.

Harry, que estaba en la sección de ordenadores personales, jugando con un *Tandy II*, levantó la mirada con gesto de irritación. Faltaban tres minutos para la hora del almuerzo. Lo último que deseaba era tener que aguantar la tabarra de un capullo que, al final, probablemente, no le compraría ni pilas para la calculadora. Miró al hombre que se acercaba, un tipo rubio con el pelo cortado a cepillo y traje de funcionario del Departamento de Estado. «No lo he visto en mi vida —pensó—. ¿A santo de qué quiere hablar conmigo?».

—Banwell —dijo el hombre obsequiando a Harry con una sonrisa afable y un amistoso apretón de manos—, Roy Banwell. Tengo entendido que es usted un as de la informática.

Harry respondió encogiéndose de hombros, gesto que denotaba lo mediocre vendedor que era. Banwell no pareció darse cuenta y abordó con entusiasmo una complicada pregunta sobre diseño asistido por ordenador. Finalmente, Harry, hambriento, levantó una mano para atajarlo.

—Oiga usted, ¿no podría esperar un poco? Es mi hora del almuerzo.

—¡Oh! —dijo Banwell en tono de sorpresa y de disculpa a la vez. Miró su reloj—. Hagamos un trato. Hay un restaurante chino en esta misma calle: el Emperatriz de China, ¿lo conoce? Es estupendo. Si está dispuesto a hablar de informática conmigo, le invito.

Harry necesitó poco más de una milésima de segundo para decidirse a aceptar. Conocía el Emperatriz de China, desde luego, pero por fuera. Aquel almuerzo le iba a dar cien vueltas al Big Mac que era su yantar habitual de mediodía.

Sin embargo, para sorpresa de Harry, durante el almuerzo la conversación no giró en torno a ordenadores. Hasta que la monísima camarera china les hubo servido un té al jazmín no advirtió Harry que Banwell empezaba a enfocar el tema motivo del almuerzo.

—Yo soy un ávido lector de periódicos, ¿sabe? —comentó.

—Hay mucha gente que lo es.

—El otro día estuve repasando el *Post*. —Banwell hizo una pausa—. Era el del once de mayo de 1985.

Harry sintió que se le helaba el estómago. Era el día en que el Tribunal del Distrito Federal le impuso una pena suspendida de seis meses por robar objetos propiedad del Gobierno. ¿Cómo se habría enterado este gilipollas? ¿Qué era esto? ¿Una especie de rapapolvo?

Lanzó a Banwell una mirada en la que no brillaba precisamente el agradecimiento por el buen almuerzo que acababa de tomar.

—Caray —prosiguió Banwell—, no cabe duda de que la Marina lo jodió a usted bien, ¿eh? No contentos con echarlo a la calle, lo procesan y le dejan suspendida sobre la cabeza esa sentencia de seis meses, a pesar de que usted se ofreció a devolverles su mierda de ordenadores. Se portaron como un hatajo de perfectos cabritos.

Harry hizo un ruido que tenía tanto de gruñido como de muestra de conformidad con las palabras de Banwell. Éste extendió la mano y oprimió amistosamente la muñeca de Harry.

—Harry, quiero ser franco con usted. Las cartas boca arriba, como se dice. —Tobulko había practicado los giros idiomáticos en Bykovo y estaba encantado de su soltura en el habla—. Yo trabajo para una empresa de Sant Louis que se dedica a la fabricación de equipos para medicina, la American Medical. ¿Ha oído hablar de nosotros?

Harry movió negativamente la cabeza.

—No importa. Estamos en la vanguardia de la tecnología médica. Lo que se dice

en la punta de la lanza. Y necesito su ayuda.

—¿Mi ayuda? —dijo Harry.

No se habría quedado más atónito si Banwell le hubiera dicho que lo acompañara a la Casa Blanca a tomar café con el Presidente.

—Justo. Uno de los proyectos en los que estamos trabajando consiste en un aparato que estudia el funcionamiento del cerebro. En realidad, han instalado su equipo en Bethesda, en el departamento de Radiología y Diagnósticos.

—¡Eh!, un momento, oiga. Si lo que usted quiere es que me meta a husmear en Bethesda, olvídelo. Como yo ponga un pie ahí dentro empezarán a sonar todas las alarmas.

—No se trata de eso, Harry. Déjeme hablar. El aparato que tienen ahí es un magnetoencefalógrafo fabricado por una gente de San Diego que trabaja muy bien. Está conectado a un ordenador *Hewlett Packard* modelo *Precision Spectrum*. Lo que yo necesito es una copia de los datos de los cinco últimos meses almacenados en el disco principal. Para ver si la máquina de esa gente hace algo que la nuestra no puede hacer. Esto se llama investigación para el desarrollo industrial, ¿sabe a lo que me refiero?

—Lo sé, lo sé. Pero como le digo no hay puta manera de que yo pueda entrar en Bethesda. Ni aunque me llevaran en camilla me dejarían entrar en la sala de urgencias.

—Cabritos. ¿Y cuántos años trabajó allí, Harry?

—Siete.

—Siete. No está mal. Tendría amigos, ¿no?

—¿Qué quiere decir?

—Éste es el trato, Harry: yo necesito a una persona que entre en el hospital y copie unos datos de ese disco. Le llevará unos minutos como máximo. No hay que sudar ni que exponerse. No es nada. Cabe perfectamente en un disquete de gran densidad. Piense en la gente que conocía. Quizás alguien que estuviera con usted en la operación de los ordenadores y que no fuera descubierto. Usted me pone en contacto con él y, si nos entendemos, se lleva cinco mil dólares en efectivo sin que nadie se entere.

—¿Y el otro?

—Otros cinco mil cuando me entregue el disco. Nadie lo sabrá. En Sant Louis se contabiliza esto como gastos de investigación médica.

Harry meditó unos minutos. Cinco mil dólares era mucha pasta. ¿Qué había de ilegal en esto? Al parecer, nada. Empezó a repasar el fichero mental de los amigos que tenía en Bethesda.

—Déjeme pensarlo —dijo cuando la camarera puso al lado de Banwell la nota y dos galletas de la fortuna.

—Por supuesto.

Banwell pagó a la camarera, abrió una de las galletas y extrajo la cintita. Leyó la

inscripción, se rió y pasó la cinta a Harry.

—Por lo visto, ésta es la suya.

Harry la alisó. Decía así: «Escucha las palabras del sabio y la fortuna te sonreirá».

En los pinares de Awkah que se elevan de las costas mediterráneas al norte de Beirut, ya era de noche. En el edificio que hacía las veces de Embajada provisional de Estados Unidos en el Líbano en guerra, no quedaban más que los guardias de Infantería de Marina, que estaban en el piso de abajo. Ray Reid abrió la caja fuerte y sacó el estuche de madera de cedro con incrustaciones de nácar que había comprado aquella tarde.

Abrió la tapa y tomó un raspador de encima de la mesa. Con cuidado, cortó la madera alrededor del triángulo de nácar que estaba invertido en la orla que rodeaba el cedro. Luego, con la punta del raspador, levantó y extrajo el triángulo. A continuación volcó el trozo de madera sobre la mesa y le dio unos golpecitos. Lo que buscaba cayó sobre la mesa: dos motas negras de microfilme no más grandes que la uña de un niño.

Reid introdujo el filme en un amplificador fotográfico y lo proyectó sobre un papel blanco, sobre la mesa. Cuando las imágenes del filme se definieron, una sonrisa de triunfo se dibujó en su cara. El viejo canalla había vuelto a ganarse la paga. Ante él había cuatro fotografías de los 798, los números de serie de cuatro pasaportes marroquíes y cuatro conjuntos de señas personales, todas ellas falsas, desde luego, y una palabra: «Hezbollah».

Faltaban unos minutos para las doce de la noche. El Centro Médico Naval de Bethesda estaba envuelto en ese silencio peculiar que tienen los hospitales por la noche, mientras, detrás de las paredes de sus corredores débilmente iluminados, unas vidas se extinguen y otras empiezan impetuosamente. El vigilante de guardia en el mostrador principal de recepción, ni siquiera levantó la mirada de su novela de bolsillo cuando el suboficial de Farmacia, Eddie Ruggerio, empujó la puerta giratoria. Como indicaba la tarjeta de identificación, con código de colores, prendida en el pecho de su uniforme, Ruggerio era uno de los más veteranos trabajadores del laboratorio.

El recién llegado cruzó el vacío vestíbulo de recepción en dirección al pasillo que conducía al edificio nueve, que albergaba las instalaciones de diagnóstico del Centro. Un marine estaba de guardia, junto a una mesa sobre la que un letrero decía: «Por una relación sexual segura, ¿conoces a tu pareja?». Al verle pasar, le dijo:

—¡Eh, chico!, no sabía que esta noche estuvieras de guardia.

—No lo estoy —respondió Ruggerio—. Sólo he venido a controlar unos cultivos.

Ruggerio entró en el pasillo que conducía al edificio nueve. En la primera planta,

pasó por delante de la puerta púrpura del departamento de Radiología. Como esperaba, había una placa de plástico colgada del picaporte, parecida al cartel de «No molesten» de los hoteles. «Auxiliar de guardia, en la “cueva”», decía.

Ruggerio fue a grandes zancadas hacia la «cueva», una cafetería, abierta las veinticuatro horas del día para el personal del hospital, en el centro del edificio nueve. Apenas había una docena de personas tomando café o fumando. Distinguió al auxiliar de guardia del laboratorio de Radiología enfrascado en animada conversación con una bonita enfermera negra de Urgencias. De sus tazas de café salían espirales de humo. Todavía estarían allí un rato.

Comprobado esto, Ruggerio volvió sobre sus pasos, tratando de disimular los movimientos nerviosos de sus piernas mientras se acercaba a la puerta púrpura del departamento de Radiología. A veinticinco pasos de la puerta, empezaron a fallarle los nervios.

«Pero ¿por qué carajo tengo yo que hacer esto? Estoy poniendo en el alero dieciséis años de servicio en la Marina. ¿Qué me harán si me descubren? Puedo acabar en la prisión naval de Portsmouth con esos condenados guardianes que te atizan sólo por mirarles».

Ya estaba a la altura de la puerta. Volvió la cabeza. Detrás de él, el corredor se veía vacío y silencioso; delante también. Nadie le vería pasar la puerta púrpura. Cinco mil dólares. Cinco mil dólares en efectivo por un pequeño disco, era lo que prometía pagar el conocido de Harry, el tipo de Saint Louis. Casi automáticamente, su mano se cerró sobre el picaporte y lo hizo girar. Como se figuraba, no estaba cerrado con llave. Entró.

Ruggerio se apoyó en la puerta. Jadeaba de angustia. ¿Qué carajo les decía si le pillaban ahí dentro? O'Rourke, buscaba a Charley O'Rourke, había venido a ver si estaba de guardia, si quería bajar a la «cueva», a tomar café. Tuvo que hacer un esfuerzo para despegarse de la puerta y echar a andar por el largo corredor que conducía a las varias dependencias del departamento.

«¿Estás embarazada? —le preguntaban dos carteles, en español y en inglés—. Si lo estás, adviértelo al técnico de rayos X.»

«¡Putra mierda! —pensó—. ¿Estaré embarazado? Por el peso que tengo en la barriga en estos momentos, no me sorprendería.»

El equipo de magnetoencefalografía estaba al fondo del corredor, detrás de otros equipos de exploración. Había una salita, por si el paciente tenía que esperar. Detrás estaba el equipo, el aparato en su cámara desmagnetizada que parecía una sauna, y delante la sala de control. En el centro se hallaba el blanco y resplandeciente ordenador *Hewlett Packard* que él venía a violar. Al verlo, volvió el nerviosismo.

Tendría que poner en marcha el maldito cacharro que se iluminaría como un árbol de Navidad. Repasar los directorios del disco duro en busca de los datos de las exploraciones y copiar los cuatro últimos meses en su disquete. ¡Hostia!, todo eso le llevaría varios minutos. ¿Qué carajo iba a decir que estaba haciendo allí si alguien

entraba mientras el artefacto zumbaba y chirriaba como una máquina de coser? ¿Qué buscaba la dirección de Charley O'Rourke? ¡Y una mierda!

—Cinco mil dólares —murmuró para tranquilizar sus nervios.

Con dedos temblorosos, sacó del bolsillo el disquete que llevaba consigo. Cuando buscaba el interruptor del ordenador, su mirada tropezó con una gaveta situada junto al panel de mando. Contenía dos series de disquetes. La primera estaba marcada como «disquetes en blanco». La segunda llevaba una etiqueta de «datos de exploraciones». Miró los dos discos que contenía. Evidentemente, eran copias de las exploraciones realizadas, un disquete por trimestre. El tío quería los cuatro últimos meses. «A la porra la máquina», pensó Ruggiero. Cogió los discos de los dos últimos trimestres y se los guardó en el bolsillo. Dio media vuelta y se dirigió rápidamente hacia la puerta púrpura y hacia la tranquilidad.

Los coches avanzaban lentamente por la congestionada calle L en dirección a la calle Catorce. Valentín Tobulko sonreía asombrado ante el espectáculo que se ofrecía en la acera. Apenas a cinco manzanas de la Casa Blanca y, ¿de quién era la calle a las dos de la madrugada? Pues no de los políticos, sino de las prostitutas. Contemplaba la escena ávidamente. La mayoría de las mujeres eran negras y llevaban unas minifaldas de satén que les ceñían los altos y prietos glúteos, revelando unas piernas oscuras y largas, que terminaban provocativamente en altísimos y afilados tacones sobre los que paseaban, contoneándose, o se precipitaban hacia los coches. Notó con satisfacción que se le ponía dura. ¿Se atrevería a gastar algo del dinero del KGB con una o dos de esas muchachas, subir a un hotel cercano y tener una noche de orgía antes de regresar a Moscú? Nadie lo sabría. Pero ¿y el sida? Todas las prostitutas americanas tenían sida, se decía. Por lo menos, las negras. Al igual que muchos de sus compatriotas, en el fondo, Tobulko era racista. Pero aquellas mujeres negras, altivas y desafiantes, exudaban una sexualidad misteriosa, fuerte e incitante que le calentaba como nadie lo había hecho en Moscú.

Al llegar a Vermont, acercó el coche al bordillo. Dos muchachas se desviaron hacia él riendo y moviendo los pechos al andar. Una metió la cabeza por la ventanilla, introduciendo una cascada de rubios bucles postizos. Una nube de perfume barato invadió el coche como un banco de niebla procedente del mar.

—Hola, guapo, ¿quieres una cita? —le tentó.

En aquel momento, él vio al marine de paisano, que surgía de entre las sombras y se acercaba al coche.

—Ahí viene mi cita —rió Tobulko.

Las prostitutas miraron a Ruggiero.

—¡Eh! —hizo la de la peluca rubia—. Peligro de sida.

Ruggiero se sentó al lado de Tobulko. El hombre del KGB volvió a introducir el coche en la corriente del tráfico.

—¿Lo traes?

Ruggerio se palpó la chaqueta.

—Aquí lo tengo. Y más de lo que usted pidió, Banwell. Tengo los disquetes de los seis últimos meses.

Tobulko silbó suavemente.

—A ver.

Ruggerio sacó los disquetes del bolsillo. A la luz de un farol, Tobulko distinguió el sello de la Marina de Estados Unidos y la inscripción Centro Médico de Bethesda impresa en la etiqueta.

—¿Trae usted lo mío? —preguntó el marine.

Tobulko sacó un sobre del bolsillo y lo pasó a Ruggerio.

—Cuéntelo.

Los ávidos dedos del marine fueron pasando lentamente, uno a uno, los billetes de cien dólares. Estaba eufórico. Había hecho el trabajo sin ningún tropiezo. Y estaba pensando en cómo gastar el dinero. Ante todo, una rápida visita al pasaje de Harvard Street, a comprar un poco de «nieve» a alguno de los vendedores callejeros. Luego, corriendo al bar Torbellino a reunirse con Regine, la bailarina exótica de las tetas como huevos de elefante. Ya le miraría con mejores ojos, ya, cuando le metiera un poco de «azúcar» de Colombia por la nariz.

Tobulko observaba a Ruggerio con desdén mientras éste terminaba de contar. Él también hacía planes. Ya se le habían pasado las ganas de llevarse a un par de prostitutas de la calle L. Al día siguiente, recogería el pasaporte de Banwell en la oficina de Correos que estaba al lado del hotel, se iría a Nueva York y allí tomaría un avión para Londres. Salir de Estados Unidos con pasaporte robado no era problema. Luego, volaría a Estocolmo y allí subiría al transbordador de Leningrado.

—Conforme —dijo Ruggerio—. Da gusto hacer tratos con usted, señor Banwell.

Tobulko volvió a arrimar el coche al bordillo. Tendió la mano al marine.

—Gracias por su ayuda —dijo—. Por si no lo sabe, le diré que esta noche ha prestado usted un gran servicio a la ciencia médica.

WASHINGTON, DC

Art Bennington colgó el teléfono bruscamente. El contestador, siempre el maldito contestador de mierda. Cogió un clip, lo retorció dándole formas y lo tiró a la papelería. Debía de estar de viaje y no recogía los mensajes. Cerró el cajón central de su escritorio con un golpe seco. Qué cosa tan tonta. Él era un hombre hecho y derecho, ¡por Dios! ¿Por qué reaccionaba como un mozalbete calenturiento? Echó la llave al cajón y se levantó. Tenía ganas de volver a verla. Y luego estaba aquella pequeña sospecha que no dejaba de roerle: ¿Sabía ella realmente su nombre por habérselo oído al camarero del Jean Pierre's? Una cuestión de poca importancia, pero que quería despejar.

Art suspiró. Ahora le esperaba otra clase de diversión. Tenía que subir a almorzar con el Director. Un almuerzo privado, le dijo la secretaria cuando llamó, el Juez quería charlar con él. Estas palabras le habían producido un escalofrío. ¿Sería ésta una charla tan amistosa como la que mantuvo con Colby?

Uno de los chicos del blazer azul lo condujo al comedor del Director, contiguo a su despacho. Almuerzo privado, desde luego. La mesa estaba puesta para dos. El del blazer le explicó que el Director llegaría en seguida, que había ido al otro lado del río pero que ya venía. Se había retrasado unos minutos. Era la una y diez cuando por fin el Juez entró en el comedor.

—Perdone, Art. He tenido que ir al Capitolio, Comité de Supervisión. Esa gente no para de hablar. —Miró al camarero—. Yo tomaré un *Bloody Mary*. ¿Otro para usted, Art?

Bennington no se lo hizo repetir. El Director señaló la mesa.

—Vamos a comer. Me muero de hambre.

En cada plato había un menú escrito. Eligieron mientras Fernando, el camarero, les servía las bebidas.

—Salud, Art —dijo el Director—. En nuestra última reunión estuve un poco brusco con usted. Lo siento. Estaba furioso por la pérdida de aquel agente. Y aún lo estoy.

«Pero ¿qué es esto? —pensó Bennington—. ¿El primer director contrito en la historia de la CIA? ¿O quiere darme unguento anestésico para que no sienta la puñalada?».

—No tiene que disculparse, señor Director, la brusquedad es prerrogativa del cargo.

—He pensado mucho en nuestra última reunión —prosiguió el Director—. Aquella en la que hablamos de la vidente que fue asesinada en Nueva York, ¿lo recuerda?

—Por supuesto. Desgraciadamente, no hemos podido averiguar quién la delató al KGB. Sólo pudo ser una amiga comunista a la que el FBI está investigando.

—Probablemente usted se llevaría la impresión de que yo era un completo escéptico acerca de los fenómenos paranormales que ustedes estudian.

—Sí, puede decirse que ésa fue la impresión. Sin embargo, no es usted el único.

—¿No? —preguntó el Director. Movié afirmativamente la cabeza tres o cuatro veces, como si tratara de hallar la respuesta a un acertijo desconcertante—. Pues ya no estoy tan seguro.

Bennington se puso rígido. No era la frase que esperaba oír en boca de aquel hombre.

—Hace una semana, tuve una experiencia francamente impresionante. Por eso he querido almorzar con usted. Quiero describírsela, confidencialmente, desde luego. Con su formación médica y científica usted sabe de estas cosas más que ninguna otra persona de esta casa.

El Director tomó un sorbo de *Bloody Mary*, conservando el líquido en la boca mientras ponía en orden sus ideas.

—Fue en la madrugada del jueves. Mi esposa se despertó gritando. Tenía una pesadilla. Dijo que soñaba que su hermana estaba ahogándose y la llamaba pidiendo socorro. En su sueño las dos eran niñas y nadaban en un lago de los montes Ozark al que solían ir en vacaciones. Vi que el despertador marcaba las cuatro treinta y dos. Procuré calmarla. Kelly y Eldon, la hermana y el cuñado de mi mujer, estaban de viaje por Francia, en una de esas rutas gastronómicas en las que se usa la Guía Michelin como mapa de carreteras.

—Sí —rió Bennington—; sé a lo que se refiere. Ni museos ni catedrales: sólo restaurantes de tres estrellas.

—Exacto. Eso creía yo por lo menos. El martes, al llegar aquí, recibí una llamada de nuestro embajador en París. El coche en el que viajaban Kelly y Eldon había sido arrastrado en la garganta del Tarn por una riada repentina, durante una lluvia torrencial. —El Director tomó otro trago. Estaba impresionado—. Y lo que más me cuesta digerir, Art, es que cuando las aguas se llevaron el coche, el generador se anegó y la corriente eléctrica se paralizó.

Bennington sintió el mismo roce en el hombro, el leve soplo en la mejilla que había experimentado a veces cuando trabajaba con Pat Price o cuando comprobaba los sorprendentes resultados de las localizaciones de Ann Robbins, la insinuación de una fugaz visita de allende las fronteras del espíritu.

—Cuando encontraron el coche, vieron que el reloj del cuadro marcaba las diez treinta y dos. Los franceses nos llevan seis horas de adelanto. Eso son las cuatro treinta y dos de la madrugada, en Washington.

—Mi mujer y yo no podemos pensar en otra cosa —prosiguió el Director—. No se lo he dicho a nadie porque, francamente, me da miedo hacer el ridículo. Pero esta historia me ha trastornado las ideas.

—No se sienta un caso único, señor Director. Hace cuatro mil años que la gente tiene experiencias como la suya. Pero cuénteselo usted a un puñado de testarudos hombres de ciencia y le dirán: «Sí, muy interesante. Muchas gracias». Y, en cuanto salga usted por la puerta, se olvidarán. Dicen que todas las noches miles de personas tienen sueños premonitorios y que la premonición nunca se cumple.

—Pues esta vez se cumplió, Art. Yo lo he vivido. Mejor dicho, mi mujer. Sé que ocurrió. Vi con mis propios ojos la hora que marcaba el despertador.

—Señor Director, no lo dudo. Ni dudo de algunas de las cosas que he visto en los treinta años que llevo trabajando en esto para la CIA. Pero mientras no encontremos la manera de hacer encajar estas cosas en una sólida estructura científica, seguirán siendo fábulas.

—Pero ¿cómo lo explica usted? ¿Cómo pudo ser?

—Explicarlo no puedo. Ni yo ni nadie. Lo único que podemos hacer es idear teorías.

—¿Por ejemplo?

—Pues en la civilización occidental se cree que el conocimiento es individual y particular. —Art golpeó su vaso y luego el del Director—. Que el de cada uno es distinto, que está localizado en el tiempo y el espacio. Pero supongamos que esa suposición es falsa. ¿Y si el conocimiento fuera dual? ¿Y si tuviera naturaleza de onda, además de naturaleza particular?

—Eso suena físicamente imposible.

—La luz tiene ese carácter dual. Cuando los físicos llegan a los límites infinitesimales de la realidad, encuentran partículas subatómicas como la Rho que, al parecer, también lo tienen. Entonces, ¿por qué no ha de tenerlo nuestro conocimiento? Ello le daría acceso a regímenes de tiempo y espacio, que de otro modo no serían accesibles.

El camarero se acercó con los platos del almuerzo y los puso en la mesa.

—¿Café? ¿Té?

—Agua muy fría —dijo Art.

—Para mí, té, como siempre —dijo el Director—. En fin, todo esto me parece fascinante, desconcertante y, desde luego, alarmante.

—Peligroso, además —advirtió Art—. Los riesgos son grandes. Riesgos políticos y de opinión pública. Y hay personas que llegan a obsesionarse de tal modo que acaban majaretas. Con decirle que teníamos aquí a uno que quería utilizar a un médium para hablar con nuestro gran espía Penkovsky, después de que los rusos lo mataran. Por si se había olvidado de decirnos algo.

—A lo mejor habría que volver a reclutarlo para que nos concertara una charla con el agente que perdimos últimamente —rió el Director.

Art tomó un bocado de lenguado a la parrilla y sonrió al Director. Ya había olvidado el recelo con el que había entrado en la habitación.

—En ese ambiente se ven cosas divertidas. El viejo McDonnell de la McDonnell Douglas era un apasionado de estos estudios. Le parecía estupendo que los rusos estuvieran tan intrigados por lo paranormal porque estaba convencido de que, con ello, encontrarían a Dios y entonces se habría acabado el marxismo.

—Con un poco de suerte, quizá no necesitemos a Dios para acabar con él —rió el Director—. Tenemos a Gorbachov. —Apuró su *Bloody Mary*—. Ese dichoso sueño me ha hecho cambiar de actitud respecto a su trabajo.

—Estas cosas existen desde hace mucho tiempo, señor Director. Al fin y al cabo, la Biblia, en cierta manera, viene a ser un catálogo de fenómenos psíquicos. Aristóteles, el gran racionalista, estaba fascinado por los sueños proféticos como el que tuvo su esposa. Sir Francis Bacon que, al fin y al cabo, fue el fundador del método científico, quería investigar la curación por medios psíquicos.

—Pues ya son nombres.

—¿Y los zahoríes? Hace cuatro mil años que hay personas que andan por ahí buscando agua con un bastón. Y siguen utilizando ese método, a pesar de los

adelantos conseguidos por la ciencia en este siglo.

El Director se echó atrás en la silla, ladeó la cabeza y sonrió.

—Al cabo de tantos años, Art, usted debe de tener su propia teoría sobre ello, una explicación racional a la que una mula de Missouri como yo, vieja y práctica, pueda hincarle el diente. ¿Cómo se enfrenta a ello por la noche, cuando no puede dormir?

—Cuando no puedo dormir es porque tengo otras preocupaciones, como la de procurar que me llegue el sueldo a fin de mes.

—En serio, Art. Usted, que es médico, ¿cómo se lo plantea?

Art se encogió de hombros.

—Mi teoría favorita se basa en las llamadas «resonancias de Schumann» que reverberan en uno y otro sentido desde el cinturón Van Allen de la ionosfera y el campo magnético de la superficie de la Tierra. Llevan iones hacia arriba y abajo.

—¿Y qué tienen que ver con el sueño de mi mujer?

—Bien, hay que dejar que la imaginación dé un par de saltos —rió Bennington—. Muchas de las frecuencias de las resonancias de Schumann son del orden de los diez hercios. Ésa es también la frecuencia del campo electromagnético de la Tierra. De manera que cuando la vida, animal, vegetal y humana, aparecía en la Tierra, era expuesta a un baño electromagnético del orden de los diez hercios de frecuencia, ¿no?

—Sí —convino el Director. Había dejado la mitad de la ensalada—. Imagino que sí.

—Desde luego. Cuando usted se siente bien, las ondas alfa de su cerebro vibran a diez hercios. Lo mismo que si flexiona usted el bíceps. Es un espectro de frecuencia que, según estamos comprobando constantemente, utilizan los insectos y los animales en sus mecanismos sensores.

Había ahora más interés en la cara del Director del que Bennington había visto en cualquiera de sus anteriores entrevistas.

—¿Entonces esas frecuencias podrían ser la explicación de las pesadillas de mi esposa?

—Es una hipótesis. Tan buena como cualquier otra que pueda salir al paso. Está demostrado que las células humanas pueden detectar esas señales e interpretarlas. Pero no tenemos idea de cómo puede una célula enviar un mensaje. Ninguna. ¿Dónde está la fuente de energía? No la hay.

—O sea que usted puede explicar cómo recibió el mensaje mi mujer, pero no cómo lo envió su hermana.

—Teóricamente. Lo cual nos lleva otra vez a la cuestión que planteé en la reunión en la que hablamos del asesinato de la vidente. Por el momento, en esta vía de muy baja frecuencia, el tráfico parece ir en un solo sentido: todo, hacia las células. No encontramos nada que salga de ellas. Pero ya es bastante peligroso. Eso puede abrir la puerta a la utilización de estos fenómenos para influir en el comportamiento. — Bennington comprendía que el Director tendría que poner fin a la entrevista muy

pronto. Se bebió el agua helada—. ¿Recuerda el caso del individuo del Departamento de Estado que dijo: «Los caballeros no leen el correo ajeno»?

—¿El idiota que casi nos hace perder la Segunda Guerra Mundial tratando de hacernos abandonar el programa de descifrado de claves?

—El mismo. Pues bien, los caballeros tampoco hurgan en la sesera ajena. Pero mucho me temo que dentro de poco lo harán.

Era el momento de hacer las copias, la última operación de la rutina semanal que Arlene Doxie debía realizar antes de iniciar el período de libertad del fin de semana. El disquete con los datos de las exploraciones trimestrales se ponía al día una vez a la semana. Cada vez que se utilizaba el magnetoencefalógrafo de Bethesda, se hacía de inmediato una copia de la exploración, para los ficheros del Centro y otra para el neurólogo del paciente o para el investigador del Instituto Nacional de Sanidad, División de Ciencias del Cerebro, que utilizaba la máquina en su trabajo.

Aquel viernes por la tarde, cuando la muchacha miró en la gaveta de las copias, observó con sorpresa que faltaban los discos del trimestre actual y el anterior. «Esto es muy extraño», pensó Arlene. Quizá los había mezclado con los nuevos. Miró entre los nuevos. No estaban. Ella era meticulosa en su trabajo, lo cual no era extraño en una licenciada en Informática por la Universidad de Columbia. Desde luego, no costaría nada volver a copiarlos. Toda la información estaba en el disco duro y copiarla en los disquetes era fácil. Probablemente, los originales habían sido enviados por error con el historial de algún paciente a algún neurólogo de la zona de la capital. El lunes lo comprobaría. «¿Se lo digo al encargado del departamento —pensó—, o me olvido de ello?».

En cualquier caso, el asunto podía esperar. Se perfumó con una nube de *Arpège* y se fue hacia la puerta. Tenía cosas mejores en perspectiva para aquella noche.

Cuando Xenia Petrovna llegó a la barrera de seguridad, ya había anochecido. En Moscú el otoño es un interludio breve, un nostálgico suspiro por el verano que se ha ido antes de que empiece el interminable invierno. ¿Sería acaso una alegoría de su idilio con Iván Sergeivich? Los guardias del KGB ya conocían su *Citroën*, pues no en balde aquélla era su cuarta visita al pabellón de caza del Director General, desde aquel domingo por la tarde. No obstante, el joven capitán de guardia observaba el procedimiento de seguridad con una lentitud desesperante, como si le produjera un perverso placer demorar su llegada a la cama del jefe.

Feodorov oyó el coche y salió a recibirla. Ya tenía el fuego encendido en la enorme chimenea. La alfombra de piel, de tacto sedoso como la marta, estaría extendida delante de las llamas. La última vez, lo hicieron en la alfombra, delante de las brasas. El recuerdo de aquellos instantes le electrizaba todo el cuerpo. Pero, a

pesar del deseo que empezaba a encenderla, se apeó con calculada lentitud y avanzó hacia Feodorov con movimiento medido. Por instinto y por vocación, Xenia Petrovna era una seductora.

Él acababa de llegar de la plaza Dzerzinski. Cuando estuvo frente a él, Xenia Petrovna sacudió su melena rubia y esbozó una sonrisa a la vez burlona e invitadora. Sin una palabra, se deslizó entre sus brazos. El abrazo fue largo y sensual. Durante el beso, ella se apretaba contra él con las caderas, satisfecha de sentir cómo se endurecía él a su contacto.

Se apartó lentamente y levantó la mirada hacia sus ojos oscuros de expresión casi sombría.

—¿Cómo está mi déspota georgiano esta noche? Pareces preocupado.

—Ahora que puedo abrazarte, ya nada me preocupa.

—*Vaniusha, Vaniusha*, ¿de verdad esperas que las mujeres crean esas bonitas mentiras?

—¿Crearlas? No; me conformo con que las acepten.

La tomó del brazo y echaron a andar hacia el chalet, haciendo que sus caderas se rozaran como anticipando su próxima comunión. Por primera vez en aquel otoño, ella vio en el aire la filigrana plateada de su aliento. Otro anuncio del invierno.

—Estoy deseando quitarme este traje —dijo Iván Sergeivich al entrar en el chalet. Sus dedos fuertes le recorrían la espalda lentamente, jugando con cada vértebra.

Como en todas las demás visitas, Xenia Petrovna había elegido cuidadosamente su vestuario, desde la lencería francesa de seda hasta el ajustado pantalón de piel, fabricado en Frankfurt, y el jersey de cachemir de Harrod's. El efecto que producía era exactamente el que ella deseaba.

Cuando él volvió, con *jeans* y jersey de lana gruesa, tenía en la cara una expresión que ella había visto otras veces, una mirada que siempre le había parecido curiosa en un hombre dotado de un poder tan absoluto. Era la mirada del muchacho que acaba de decidirse a proponer a un compañero un juego prohibido.

—Esta noche vamos a hacer algo diferente.

—No muy diferente, mi vida —dijo ella—. El programa de las otras veces me pareció estupendo.

—Vamos —ordenó él.

Accionó varios interruptores de un panel situado al lado de la puerta y la llevó afuera. Luces disimuladas alumbraban el sendero del lago.

—Un baño sería diferente, desde luego, *dorogoy*, querido mío —dijo ella—, pero me parece que iba a resultar tan sexualmente excitante como un plato de lentejas hervidas.

—Para ser una neuróloga eminente, muestras una alarmante tendencia a sacar conclusiones equivocadas —observó Feodorov.

Al llegar a la orilla, la condujo hacia la izquierda. A unos cien metros, se reflejaba en el lago una mancha de luz que se veía entre los árboles.

Procedía de una cabaña de troncos, réplica moderna de la tradicional *isba* campesina. Él abrió la puerta. Era la versión lujosa, para el director general del KGB, de una institución que, a lo largo de ocho siglos, ha sido una constante de la vida rusa: una *banya* o caseta de baño. Había un cuartito para dejar la ropa, la *parilnya*, la cámara de vapor con amplios bancos de madera como los de las saunas, y una pila de agua fría. Por último, estaba la sala de reposo, una Meca donde los peregrinos hallarían el premio al término de su viaje. En un rincón, de una cubeta llena de cubos de hielo, asomaban botellas de vodka, cerveza, agua mineral y champaña. Es decir, que la visita a la *banya* no estaba totalmente improvisada.

Feodorov cerró la puerta.

—Después de un día agotador, me gusta darme un baño.

Efectivamente, una larga y relajada velada en una caseta de baño era tradicional entre la elite soviética. Pero no era la clase de baño que el Director General del KGB proyectaba. Lentamente, se quitó la chaqueta y la colgó. Cuando ella se quitaba el jersey por la cabeza, sintió sus manos en las costillas y dedos que se movían ávidamente sobre la superficie lisa del estómago. Luego, imperiosamente, se metieron por debajo del cinturón deslizándose sobre la seda de las bragas. Él la apretó contra sí y otra vez ella lo sintió duro, ahora con las nalgas. Él la aprisionó unos momentos. Sus cuerpos, unidos, se mecían suavemente. Luego, ella se desasió.

—Primero lo primero, *Vaniusha* —rió.

Acabaron de desnudarse y entraron en la cabina del baño. Ella tomó una pastilla de jabón y la sumergió en un cubo de agua caliente. Luego, con movimientos largos y juguetones empezó a enjabonarle. Poco a poco, él tomó el aspecto de una estatua reluciente bajo la lluvia, cubierto por una capa de jabón con guirnalda de espuma que se deslizaban por el pecho, la espalda y las piernas. Luego, ella cogió un mitón de crin.

—Se acabó la diversión por el momento —anunció ella apoyando la áspera superficie en su piel.

Con mano firme, le frotó desde el cuello hasta los tobillos, imprimiendo a cada movimiento del guante la inflexible determinación de la madre que da su baño semanal a un niño travieso.

—Me has desollado —murmuró él, cuando ella hubo terminado—. No creo que te hayas dejado ni un poro.

—Espero que no, *doushka*, cariño. Ahora frótame tú a mí. —Le besó suavemente—. Pero con suavidad, por favor.

Cuando él terminó, los dos estaban cubiertos de una capa resbaladiza de jabón, como antiguos luchadores griegos, con el cuerpo engrasado para el combate. Se abrazaron riendo. Sus cuerpos resbalaban entre sí con incierta sensualidad.

Feodorov la llevó a las duchas y, después, al centro ceremonial de la *banya*, la *parilnya*, la cabina de vapor. Su gran hogar estaba cubierto de piedras candentes, algunas al rojo vivo por el calor de la caldera.

El Director General arrojó un cubo de agua a las piedras. Una nube siseante de vapor subió hasta el techo de madera. Repitió la operación una vez, y otra, y otra, hasta que la cabina se llenó de una niebla plateada y en su piel se mezclaron las gotas de sudor con el vapor condensado.

En un rincón de la cabina había una docena de *veniki*, varas de abedul, elemento indispensable del casi místico rito que representa para el ruso el baño purificador.

—Échate, *Vaniusha* —ordenó Xenia Petrovna.

El Director General se tendió boca abajo en uno de los bancos de madera que rodeaban la cabina. Xenia Petrovna tomó un haz de varas de abedul y, haciéndolas silbar en el aire, golpeó con ellas la piel mojada de Feodorov, la cual enrojeció. De nuevo levantó las varas y las dejó caer en su espalda, con más fuerza. Él se retorció en silencio. Se cree que los azotes con la vara de abedul estimulan la circulación, y los buenos rusos deben soportarlos en estoico silencio. «Veremos lo buen ruso que tú eres», rió para sí Xenia Petrovna, y levantó otra vez las varas.

Cuando no pudieron seguir resistiendo el calor sofocante, pasaron a la pila de agua fría, que marcó un breve y sereno intervalo hasta la recompensa del cuarto de descanso. Feodorov lo había diseñado como una especie de cama-habitación. Se secaron y se dejaron caer en el enorme colchón doble que cubría casi todo el suelo. Feodorov se acercó a un radiocasete y puso una grabación de *Cuadros de una exposición* de Musorgski. Luego, llenó dos vasitos de vodka helado. Brindó con Xenia Petrovna.

—¿Por qué brindamos?

Ella pensó un momento.

—¿Conoces el brindis judío?

—No.

—Los judíos dicen: *Le Chayim*, por la vida. Me gusta. En momentos como éste la vida parece maravillosa. —Acercó su vaso al de él—. *Le Chayim*.

Él vació el vaso de un solo trago y ella, en varios sorbos. Relajados por el calor del baño, permanecieron tendidos en el colchón, con los cuerpos entrelazados, dejándose inundar por la música y el vodka. El vapor y la impresión del baño helado habían amortiguado el ardor de Feodorov. Pero no durante mucho tiempo. Los dedos de Xenia Petrovna se encargaron de volver a despertarlo. Cuando ella hubo terminado su trabajo, él la cubrió con un gruñido de placer. Ella le esperaba. Él entró de prisa y tan profundamente que ella sintió en las ingles la presión de sus huesos. Se movían despacio, sin acelerar apenas el ritmo hasta que Feodorov sintió que, de un oscuro pozo muy hondo empezaba a subir el placer. Su respiración se hizo más rápida.

En aquel momento, Xenia Petrovna se detuvo. Riendo, le empujó por las caderas obligándolo a apartarse.

—¡Oh!, no, no, no. Aún es muy pronto para eso, *daushika* —susurró.

Él gruñó. Xenia Petrovna le obligó a tenderse de espaldas y entonces se puso a horcajadas, muy erguida, y volvió a recibirlo. Echó el cuerpo hacia atrás ligeramente,

apoyó las palmas de las manos en el colchón y reanudó sus movimientos circulares. Él, atenazado entre sus rodillas, empezó a seguir sus movimientos.

—¡Quieto! —ordenó ella.

Despacio, muy despacio, negándose a acelerar al ritmo de los gruñidos y jadeos de él, Xenia Petrovna dejó que actuara su magia, acomodándose sólo a su propio placer.

Debajo de ella, el cuerpo del hombre empezó a temblar ligeramente. Él puso los ojos en blanco.

—*Da, da, da* —gimió—. ¡Ahora!

—Todavía no, *Vaniusha* —rió ella—. Voy a hacerte explotar.

Con estas palabras, ella reanudó sus movimientos, ahora con más lentitud todavía, inclinando el cuerpo ligeramente hacia atrás, supeditando el placer de él al suyo propio. Él sudaba, jadeaba y suplicaba una liberación, pero ella se negaba a acelerar la martirizante lentitud de sus movimientos mientras saboreaba la turgencia que sentía dentro.

—¡Ahora, *Vaniusha*! —gritó cuando su propio placer empezó a recorrerle el cuerpo—. ¡Ahora! ¡Todo para mí!

Con un imperioso empujón final, lo llevó al orgasmo.

—*Góspodi! Góspodi!* ¡Dios! ¡Dios! —gritaba él—. *Yaumerayu!*, ¡me muero!

Levantó las caderas temblando, explotando realmente y luego se dejó caer en el colchón, exhausto. Ella permaneció a horcajadas sobre él unos momentos, deleitándose en los decrecientes espasmos de su placer. «Qué extraordinario —pensó—. Este hombre tan poderoso, durante estos momentos está completamente dominado por mí».

Con una risa suave, ella se separó de él y se tendió a su lado, mirándole fijamente. Le pellizcó suavemente el labio superior con uñas escarlata.

—Mi adorado *Vaniusha* —susurró riendo roncamente—, ¿no te parece que un hombre de tu posición debería invocar a una divinidad diferente en esta situación? Tal vez deberías gritar: ¡Vladimir! ¡Vladimir!, o ¡Karl! ¡Karl! Quizá hiciera el mismo efecto.

Cuando volvieron al chalet, ella estaba hambrienta. El fuego rugía en la chimenea y en el aparador había el acostumbrado despliegue de exquisiteces. Cenaron en el silencio indolente de las personas sexualmente agotadas. Después, él puso en el vídeo una cinta de James Bond. Xenia Petrovna sabía que el director general del KGB se divertía mucho con las películas de Bond. Apenas empezaba la película, sonó un teléfono en el chalet.

A los pocos segundos, se oyó un timbre.

—Es una llamada que debo atender. —Se acercó a un teléfono—. *Da* —dijo secamente. Escuchó un momento—. ¡Magnífico! —gritó. Otra pausa—: ¡Magnífico! —repitió—. Métalo en un coche y mándemelo aquí cuanto antes.

—¿Una buena noticia? —preguntó ella cuando él volvió a sentarse en la

alfombra, delante del televisor.

—Excelente —respondió él liberando con el mando a distancia el interruptor de pausa.

Minutos antes del alarde gimnástico final de Bond, Xenia Petrovna oyó crujir la grava del camino bajo unos neumáticos.

—El final ya lo he visto —dijo él—. Tú puedes seguir viéndola. En seguida vuelvo.

—*Vaniusha*, me marchó. Tú tienes trabajo.

—No, no, quédate. Te necesito aquí.

Él volvió poco después de que acabara la película. Hacía oscilar en la mano una bolsa de papel marrón.

—Lo siento, pero tenemos que volver a nuestros asuntos cotidianos. —Le mostró el sobre—. Aquí hay unos discos de ordenador con los gráficos de una de tus máquinas mágicas en acción.

—¿Un magnetoencefalógrafo?

—Exactamente. Tienes que encontrar el registro de una exploración que fue hecha el diecisiete de agosto.

Ella asintió.

—Nos interesa, concretamente, un reconocimiento que tuvo que empezar después de las doce y cuarto y terminar antes de las dos y media de la tarde.

—No creo que sea difícil localizarlo. La lectura completa lleva cuarenta y cinco minutos.

—Nos consta que el paciente tuvo un acceso de furor mientras era examinado. —Sacó del sobre dos discos y se golpeó con ellos las yemas de los dedos en actitud pensativa—. Me dijiste que si dispusieras de un magnetoencefalograma hecho a una persona mientras sufría un acceso de cólera, podrías encontrar la señal electromagnética que había provocado su furor.

Xenia Petrovna sintió una opresión en las sienes. «Sí, te lo dije —pensó—. Yo puedo encontrar esa señal en un disco grabado en mi magnetoencefalógrafo, en una exploración dirigida por mí, en mi laboratorio, en circunstancias controladas por mí. No en un disquete hecho por Dios sabe quién, cuándo y dónde». Pero tomó los discos sin decir nada.

—Encuétrame esa señal, Xenia. La necesito.

Ella miró los disquetes y levantó la cara, sorprendida.

—¿Centro Médico Naval de Bethesda? ¿En América? ¿Quién puede interesarte en América?

Él la contempló fijamente con la mirada que había aterrorizado a una generación de disidentes. No hacía falta que le advirtiera que no debía contar a nadie lo que iba a revelar. Se lo decía el brillo de aquellos ojos de georgiano.

—El Presidente de Estados Unidos.

El almirante Peter White miró su reloj con evidente impaciencia. En su calidad de director del Departamento Médico de Bethesda, el médico personal del Presidente tenía que asistir a las reuniones semanales del alto personal del Centro. Uno a uno, los jefes de departamento exponían sus pequeños triunfos de la semana, una letanía estadística de logros intrascendentes. De vez en cuando, se agregaba el reconocimiento de un pequeño fallo, pecadillos veniales cuya confesión no impresionaba al director. Los triunfos importantes eran pregonados puntualmente en otros lugares y los grandes fallos solían disimularse, cuando se podía. «En resumidas cuentas —pensaba White—, valor de la reunión: cero en la escala Richter».

En aquel momento, las preocupaciones del almirante no tenían que ver con la ciencia médica. Dentro de cuarenta y cinco minutos tenía que estar en el campo de golf del Country Club Chevy Chase, y, si el encargado de Radiología y Diagnósticos no terminaba pronto, llegaría tarde al partido.

El buen señor hablaba de ordenadores y recordaba a los reunidos los robos de material informático que el Centro había sufrido hacía años. Pues bien, la semana anterior se había advertido que los dos últimos disquetes con los gráficos del magnetoencefalógrafo habían desaparecido, robados, seguramente. Eran disquetes caros. Alguien los habría apropiado para volver a venderlos o para usarlos en su propio ordenador. Se estaban revisando las medidas de seguridad para la conservación de los objetos de valor, precaución que tal vez deberían tomar también los otros departamentos del centro.

No fue sino media hora después, mientras dejaba el coche en el aparcamiento del club cuando White cayó en la cuenta de que los gráficos del magnetoencefalograma del Presidente tenían que estar en uno de los disquetes desaparecidos. La idea le produjo un momentáneo espasmo de inquietud. Pero el que faltaran sólo diez minutos para la hora en que se le reservaba el té le ayudó a ahogarla. Al fin y al cabo, la identidad del Presidente estaba en clave. Además, ¿quién iba a querer toda esa información inútil?

—¡Ahí está todo! —Genadi Glebov, Cuatro Dedos, jefe del Quinto Directorio del KGB, encargado de la represión de los disturbios nacionalistas en las quince repúblicas de la URSS, señaló con el muñón del índice el informe que acababa de entregar al Director General del Centro—; todo lo que les sacamos durante el interrogatorio, más un inventario completo de lo hallado en la cueva, hasta la última bala.

Feodorov contempló el informe y miró a su subordinado. Cuatro Dedos tenía la expresión del que acaba de olfatear algo muy desagradable, quizá una cagada de perro, y se dispone a mandar a alguien a limpiarlo. La metáfora no era disparatada, según Feodorov. Aquel informe era un montón de cagadas de perro, desde luego, y Cuatro Dedos esperaba de él que ordenara una enérgica acción de limpieza. Unos

niños que jugaban junto a un río de Tayikistán habían descubierto una cueva llena de armas. El KGB hizo vigilar la cueva y detuvo a dos jóvenes que iban a descargar más armas. Uno era un antiguo guerrillero afgano y el otro, un *pamiri* de las montañas de Tayikistán que hablaba *farsi* y había pasado tres años estudiando en Teherán ilegalmente.

—¿Dijeron para qué pensaban usar todo eso? —preguntó a Cuatro Dedos.

—¿Para qué? En esa maldita cueva había armas para equipar a todo un batallón de infantería, Iván Sergeivich: *AK47*, *M-11* americanos, tres clases de morteros, pistolas ametralladoras y hasta dos cohetes *TOW*. ¿Para qué diablos cree que iban a usarlo? ¿Conoce a alguien que cace jabalíes con cohetes? Ésos quieren empezar una revolución, ni más ni menos.

El encendido color de la cara de Cuatro Dedos indicaba claramente su furor y exasperación. Era el perfecto exponente del funcionario del KGB de la vieja escuela, feroz y brutal, para quien el colmo de la sutileza es una buena bofetada. Feodorov suspiró.

—No esperaba que los repartieran el Primero de Mayo como premios de declamación, camarada. Me refería a si averiguaron cuándo pensaban empezar a usarlas y cómo. ¿Existe un plan de ataque general en el fondo de todo esto?

—Dijeron que tenían órdenes de guardarlas para lo que ellos llaman el Levantamiento de los Mártires. No tenían idea de lo que es eso. Probablemente, cuando hubieran reunido armas suficientes.

—¿Sabían si había otros depósitos?

—En concreto, no. Dijeron que éste era el único escondite al que habían llevado armas. Pero uno de ellos, el afgano, reconoció que había oído decir que hay toda una red de depósitos de armas en Tayikistán y también en Kazajistán.

Feodorov frunció los labios como si fuera a silbar, pero no lo hizo.

—¿No estaría fanfarroneando?

—Por la forma en que le interrogaban, no lo creo.

El Director General del KGB sabía que la lógica de la respuesta era irrefutable. No se podía cerrar los ojos a la trascendencia del descubrimiento. Había una red de depósitos de armas, desde luego ¿Cuántos? ¿Dónde? Si aquellos bestias musulmanes habían podido pasar todo lo que habían encontrado en la cueva sin ser vistos, ¿cuánto más habrían introducido en el país? Esto significaba que detrás estaba la mano de una organización que sabía exactamente cómo y cuándo iba a utilizar estas armas.

—Supongo que serían sufíes.

—Naturalmente, los muy canallas.

—¿Revelaron algo más?

—Nada más. Su único contacto era el *murshid* y él los buscaba a ellos. Las armas las conseguían en Afganistán, de las antiguas existencias de los *mujaidines* y luego las pasaban de contrabando.

—¿Viven todavía?

—Apenas. Pero no les sacaremos nada más. Están bien exprimidos.

Feodorov se levantó. No se había molestado en invitar a Cuatro Dedos a sentarse, en prueba de su desdén hacia el viejo chekista. Pero ahora le estrechó los hombros en ademán de camaradería.

—Buen trabajo, camarada. Bien hecho y de prisa.

Feodorov empezó a pasear por la alfombra, con las manos en la espalda. Aquello había ido más lejos y más de prisa de lo que había imaginado.

—Ahí abajo vamos a vernos envueltos en una guerra colonial, Genadi Petrovich. Como los franceses en Argelia y los ingleses en Kenia. Como Somoza y los sandinistas, y Castro contra Batista. Pero esta vez los colonialistas seremos nosotros. ¿Imagina? Nosotros, los herederos de Marx y Lenin, nosotros, que siempre apoyamos los movimientos de liberación. ¡Ahora el mundo nos gritará a nosotros! ¡Los malditos opresores imperialistas seremos nosotros!

La amarga ironía de la situación enfurecía a Feodorov.

—Esos canallas utilizarán contra nosotros todo lo que nosotros les enseñamos. Todas las técnicas que enseñamos a la OLP, al IRA, a las Brigadas Rojas, a toda esa basura. Ellos nos convertirán en un hatajo de parias a los ojos del mundo. Cincuenta años de trabajo, destruidos.

Se paró y señaló a Cuatro Dedos con ademán acusador, como si fuese su subordinado y no una horda de fanáticos musulmanes anónimos quien fomentara la insurrección.

—Yo le diré lo que van a hacer. Le diré lo que van a hacer exactamente. Una noche cualquiera, en el cumpleaños del Profeta, o el aniversario de una de esas batallas islámicas con las que siempre andan a vueltas, sacarán las armas. Entonces atacarán todo lo que sea rojo: nuestras legaciones, las comisarías de policía, las centrales del Partido, tal vez incluso los cuarteles del ejército. En cien lugares diferentes.

»Y nosotros reaccionaremos como una manada de elefantes en estampida, que es exactamente lo que ellos quieren. Una reacción exagerada. Les enviaremos al KGB. Les enviaremos a esas tropas de bisoños del Ministerio del Interior que dispararán a la menor provocación. Enviaremos los tanques y el ejército. Y cuando terminemos, en nuestras repúblicas musulmanas no quedará ni un solo marxista-leninista. Organizaremos la más grande conversión en masa que ha visto el mundo.

Esta insólita explosión tuvo el efecto de calmar la ira de Cuatro Dedos.

—Entonces, ¿qué piensa hacer, Iván Sergeivich?

—Presentaré su informe al Secretario General en la próxima reunión del Politburó.

—¿Qué? —explotó Cuatro Dedos—. ¿Y de qué va a servir eso? Si es él quien nos ha metido en este atolladero. Él y su *glasnost*, dejando que en el Báltico cada idiota del país se queje si no le gusta... Dejando que los armenios asesinen impunemente...

—Es el Secretario General del partido, camarada —dijo Feodorov en tono de

reproche.

—No de mi partido. No del partido de Marx y Lenin y Stalin en que se me enseñó a creer. Su partido es el de quinientos intelectuales de Moscú. —El viejo chekista escupió la palabra «intelectual» como si fuera una fruta amarga.

—Y de la mayoría del Comité Central —rió Feodorov, pero en su voz había tanta alegría como en una oración fúnebre.

—Enseñarle ese informe será tan útil como ponerle a un elefante el pito de un mosquito —rezongó Cuatro Dedos.

El Director General soltó una carcajada, ésta auténtica. En aquel momento un timbre le anunció una llamada urgente.

—*Da!* —contestó con voz áspera.

—La doctora coronel Cherbatov al aparato —dijo su ayudante.

—Sí.

Su voz se suavizó al oírla.

—Iván Sergeivich. Estoy con tres de mis colaboradores. En el disco que nos entregó hemos encontrado la exploración que le interesa. Empezó a las doce y diez, cinco minutos antes de la hora que usted indicó. Terminó a la una.

—¿Y bien?

—A las 12:27, el paciente tuvo un acceso de cólera.

—¿Está segura?

—La zona se iluminó como un faro. Hicimos un análisis espectral para conseguir la señal que desea. Está tan clara como las campanadas de medianoche.

Feodorov estaba de pie. Ahora se sentó en su sillón como el hombre que se desploma bajo el peso de una noticia asombrosa.

—¿No hay duda de que es la señal precisa?

—Ninguna duda. En el diagrama del ordenador está localizada en el mismo lugar que las de los otros casos que habíamos estudiado. Y sus tres componentes de frecuencia están precisamente en el espectro donde nosotros esperábamos encontrarlos.

—Después la llamaré.

Feodorov colgó el teléfono. Se quedó mirando su mesa en silencio. Conque ya lo tenían. Podía hacerse. Lo único que se necesitaba era valor. Si tenía éxito, ello evitaría a la *Rodina*, la patria, el calvario que prometía el informe que tenía ante los ojos con tanta seguridad como el infierno promete nieve. Si fracasaba, no cabía duda de cuál sería el precio. Una generación anterior de bolcheviques estuvieron dispuestos a morir por sus creencias. ¿Lo estaba él? Miró a su adjunto.

—Se ha terminado la reunión, camarada —dijo—. Regrese a su departamento. Yo me encargo de esto.

Cuarenta y ocho horas después de hablar por teléfono con Xenia Petrovna, el Director

General del KGB estaba en el lindero de un bosque de abetos, con una escopeta de caza Purdy de dos cañones apoyada en el brazo. A su izquierda, a veinticinco metros recortándose sobre un fondo de árboles, veía la figura de Igor Ligachev, su compañero del Politburó. A la derecha, escondido por unos árboles, estaba el tercer hombre de la partida de caza, Viktor Chebrikov, antecesor de Feodorov en el cargo de director del KGB. Ante ellos, unos campos ondulados, salpicados de matorrales, se extendían hasta una línea de árboles situada a unos cuatrocientos metros donde los batidores habían empezado a avanzar en semicírculo golpeando los matorrales con sus largas varas y emitiendo un canto gutural, como un grito de guerra zulú.

Las tres escopetas observaban, adivinando en la espesura el movimiento de las aves que inexorablemente eran empujadas hacia el campo abierto y la muerte. A poco menos de cien metros del puesto de Feodorov, salieron los primeros faisanes, que arañaron el aire frenéticamente hacia la ilusoria salvación del cielo.

Feodorov levantó la Purdey y siguió el arco ascendente de una de las aves ofreciéndole una pequeña posibilidad de escapar. Al intuir que su presa había alcanzado su altura máxima, disparó.

El disparo fue perfecto. Durante un emotivo instante, el faisán permaneció suspendido en el aire, aleteando para sustraerse al abrazo de la gravedad. Luego, inerte como una piedra, cayó al suelo. Feodorov recordó la observación de uno de sus investigadores, la «luz de la muerte», un destello de radiación emitido por una célula en el momento en que la vida la abandona. ¿Era la «luz de la muerte» aquel instante en el que su faisán había planeado en el apogeo de su ascensión? ¿No sería un presagio?

Cuando los últimos faisanes fueron levantados, los batidores recogieron las piezas cobradas mientras los tres compañeros del Politburó volvían al chalet de Feodorov. Por supuesto, en la chimenea ardía un buen fuego y la mesa estaba bien provista de comida y bebida. Durante un cuarto de hora, comieron y bebieron delante del fuego, riendo, contando chistes obscenos e intercambiando comadreos del Kremlin. Aquellos dos hombres representaban la cúpula de la correosa vieja guardia del Politburó, enemigos acérrimos de la *perestroika* y la *glasnost* y de todo lo que simbolizaban y representaban estas reformas. Por fin se hizo el silencio. Sus invitados sabían que el jefe del KGB no les había invitado sólo para cazar el faisán. Feodorov interpretó su silencio como la señal para empezar. Sacó un par de informes de la cartera, el de Cuatro Dedos y un resumen de los últimos incidentes registrados en las repúblicas musulmanas.

—Leed, camaradas —dijo.

Chebrikov fue el primero en terminar.

—Tenía que ocurrir. ¿Qué se podía esperar con todo esto de la *glasnost*? Tarde o temprano, tenían que producirse disturbios: georgianos, ucranianos, armenios. ¡Pero los musulmanes! Era lo peor que podía ocurrir.

Ligachev, el curtido realista, devolvió los papeles a Feodorov con un airado

movimiento de la muñeca.

—¿Y qué hacemos?

Feodorov esperaba la pregunta.

—Podemos hacer tres cosas. Podemos actuar contundentemente desde este momento. Sellar las fronteras con un despliegue del ejército. Ordenar arrestos preventivos de los sospechosos y deportarlos a Siberia. Imponer la ley marcial, el toque de queda y registrar el terreno en busca de depósitos de armas. Haremos algún estropicio, pero encontraremos esas armas. Y, desde luego, ejecutar a todo el que encontremos con un arma en la mano o en uno de esos escondrijos.

—¡Bravo! —exclamó Chebrikov—. Así es como hay que resolver estos problemas.

Ligachev contempló la entusiasta expresión de su camarada con aire de atónito desdén.

—Viktor Alexandrovich, tiene razón, desde luego. Eso es exactamente lo que haría un gobernante sensato. Pero aquí hay un problema.

—¿Qué problema?

—Que no tenemos un gobernante sensato. Antes que hacer tales cosas, nuestro Secretario General regalaría Siberia a los americanos. ¿Cuál es la segunda opción? —preguntó a Feodorov.

—No hacer nada, salvo poner sobre aviso a nuestra gente. Esperar que los musulmanes den el primer paso, que salgan a campo abierto. Y entonces, con un rápido contragolpe, aplastarlos.

—Ésa no es la solución —replicó Ligachev—. Es una fórmula para el suicidio. Los que dejan que el enemigo pegue primero tienen una vida muy corta.

—Hay una tercera vía.

La forma en que Feodorov dijo estas palabras dio a entender a sus interlocutores que aquélla era la razón por la que habían sido invitados a cazar faisanes. Lentamente, sin ahorrar detalles, él les expuso el plan. En cada etapa, hacía un análisis de las ventajas y de los riesgos. Cuando acabó de hablar, sus oyentes estaban atónitos, tan sobrecogidos por la idea como por sus peligros. Ligachev, veterano de tres décadas de intrigas en el Kremlin, estaba asombrado además por otra cosa. «¡Qué listo es este bandido de Feodorov! —pensaba—. No es de extrañar que dirija los órganos. Al contarnos los detalles de su plan lo que pretende es comprometernos».

Chebrikov examinaba el plan con mentalidad de policía, buscando el fallo que había escapado a los arquitectos que lo habían construido.

—¿Por qué la Casa Blanca no captará las señales electromagnéticas que enviamos? Después de lo que hicimos a su Embajada con nuestros bombardeos de microondas, están obsesionados por las señales electromagnéticas.

—La Casa Blanca dispone del sistema de detección de ondas electromagnéticas más sensibles del mundo. —Feodorov no pudo impedir que una leve sonrisa de triunfo acompañara sus próximas palabras—. Pero tiene un gran defecto, y es que

sólo detecta las señales de más de cien hercios. La nuestra será de unos quince. Se colará por debajo de su gran barrera protectora electromagnética.

—¿Cómo se puede ser tan estúpido?

—No son estúpidos. Tampoco nuestros sistemas de seguridad captan esas señales.

—¿Y por qué no?

—Porque no tienen potencia suficiente para accionar dispositivos secretos ni transmitir mensajes. Entonces, ¿para qué tratar de detectarlas?

Chebrikov, o así parecía a su antiguo adjunto, iba eliminando puntos de una lista que se había confeccionado mentalmente.

—¿Y el Presidente? —dijo—. ¿Cómo puede estar seguro de que va a reaccionar como usted espera?

—No puedo estar seguro. —Chebrikov iba a replicar, pero Feodorov le contuvo con un ademán—. Y sólo puedo estarlo de una cosa: durante esta crisis, el Presidente sufrirá periódicos accesos de furor. Cuando la gente se enfurece, cuando pierde el control, suele hacer cosas irracionales. Especialmente la gente que tiene un talante como el suyo.

Mientras ambos hablaban, Ligachev se había levantado y se había acercado al fuego. Tenía un brazo apoyado en la robusta repisa de piedra y miraba fijamente las llamas. «¿Qué diablos estará pensando?», se preguntaba Feodorov. Él era la clave. Sin el apoyo de Ligachev, no se atrevería a seguir adelante. Si las cosas salían mal, quedaría al descubierto.

—Pero hay más —dijo. Hablaba a Chebrikov, pero sus palabras estaban destinadas a Ligachev, que cavilaba junto al fuego—. En una crisis, el Presidente de Estados Unidos es un hombre mucho más poderoso que nuestro Secretario General. Él es el comandante en jefe de las Fuerzas Armadas. Sólo él tiene autoridad para pulsar el llamado botón rojo. En nuestro sistema, no hay ningún individuo con tanto poder.

Ligachev se volvió.

—Es un plan peligroso, Iván Sergeivich. Muy, muy peligroso.

—Eso me consta.

—Si en Occidente llegara a saberse que nosotros estamos detrás de esto, Iván Sergeivich, que Dios le ayude, porque yo no lo haré.

—Sea, camarada. Estoy dispuesto a aceptar la responsabilidad del fracaso.

—Incluso es posible que yo mismo tenga que pedir su ejecución al Comité Central.

Feodorov inclinó la cabeza en un gesto que quería ser de sumisa aceptación de tal eventualidad.

«Sí —pensaba—. Podrás pedir mi ejecución después de que yo haga escuchar al Comité Central la cinta de esta conversación».

—Si llega a asociársenos con esto sería un desastre. —La cara de Ligachev mostraba un ceño tan indeleble e inmutable como el sello grabado en un anillo.

«Ceño permanente», solía pensar Feodorov. Deberían extenderlo y entregarlo a cada nuevo miembro del Politburó junto con el pase del Kremlin.

—No tienen por qué asociarnos. Los americanos mirarán hacia donde se supone que deben mirar.

—Iván Sergeivich —Ligachev pronunció el nombre del Director del KGB como el juez pronuncia el del acusado antes de la sentencia—, en su plan no veo más que riesgos, terribles riesgos.

Feodorov intuía que en el interior de aquel hombre había tensiones en pugna, tensiones que Ligachev aún tenía que reconciliar plenamente.

—Y a nosotros no nos gusta que los riesgos sean un factor que afecte a nuestras decisiones. —Ligachev titubeó un momento—. Pero hay un riesgo mucho mayor que todos sus riesgos combinados: el de un levantamiento musulmán contra nuestro Gobierno. Si se desata un levantamiento nacionalista, tendremos a diez nacionalidades reclamando la independencia a gritos.

El dirigente soviético suspiró profundamente. Era un suspiro de nostalgia por una URSS que desaparecía a marchas forzadas y de la que él era el último abogado y portavoz.

—¡Estos occidentales! Imaginan que nuestro imperio es Hungría y Polonia y Checoslovaquia. ¡Necios! No comprenden que nuestro imperio está aquí, en nuestra propia casa.

Lentamente, se acercó al bufete y se sirvió un vaso de vodka. «No es el momento de interrumpir sus pensamientos», se dijo Feodorov. Ligachev miró el vaso airadamente antes de vaciarlo de un trago.

—Si uno solo de estos movimientos nacionalistas prospera, la Unión Soviética se desmembrará. Tendremos cinco o seis naciones, no una. ¡Una superpotencia! —rió ásperamente—. Seremos una potencia de tercera, una India o una Argentina que suplicará unas migajas de la mesa de Occidente.

—Eso significa que cree que debemos intentar mi plan —le tanteó Feodorov.

Ligachev arrojó el vaso a la chimenea. El vaso explotó contra la piedra con un ruido fuerte y seco.

—Quizá nos cuelguen a todos por eso. Pero ¿para qué diablos está el KGB si no...?

Quinta parte

Una gran llamarada blanca

—... Lo único que el Presidente notará, además de la cólera, naturalmente, es una ligera presión en las sienes, la sensación que normalmente asociaría con una fuerte jaqueca.

El Director del KGB, al lado del comandante Valentín Tobulko, echó la cabeza hacia atrás para mirar a la doctora coronel que dirigía el Instituto para el Estudio de la Neurofisiología Humana, dependiente del KGB.

—¿Cuánto tiempo durará la cólera del Presidente?

—Unos diez minutos. Cuando, al recibir nuestra señal, su cerebro descargue en la sangre los agentes químicos determinantes de la cólera, se sentirá furioso hasta que éstos sean eliminados por el sistema.

—¿Cómo en un acceso provocado por causas naturales?

—No; este furor será un poco más intenso. Es posible que también dure más.

—Una vez se le pasen los efectos de la crisis de furor, ¿cuál será su actitud respecto a las decisiones que haya tomado mientras estaba furioso? ¿Podría rectificar?

Tobulko reparó con sorpresa en el evidente afecto que había en la mirada que la directora del Instituto dedicó al director del KGB.

—La respuesta a esa pregunta, mi querido Iván Sergeivich, hay que buscarla en la psicología más que en la neurología —dijo.

—Pero usted estudió el perfil psicológico de ese hombre.

—Lo estudié, sí. Evidentemente, al Presidente le molesta parecer inconsecuente. Durante la campaña electoral, le dolía que se le tachara de débil e indeciso. Lo último que querría ese hombre es denigrar su posición, su autoridad presidencial revocando una decisión trascendental. Si toma una decisión mientras está irritado, recurrirá a todos los medios para justificarla. Esa clase de personas no dicen: «Perdonen, fue un error. Me excedí».

A la reunión asistía una cuarta persona, un hombre de unos cuarenta años y poco pelo que Feodorov presentó a Tobulko diciendo que era el mago en ingeniería electrónica de la doctora coronel. Ahora el Director General lo señaló con gesto autoritario.

—Ahora le toca a usted. —Sus ojos oscuros se volvieron hacia Tobulko—. Comandante, lo que ahora trataremos atañe a su intervención en la operación.

Otro superior menos seguro de sí mismo habría ordenado a Tobulko que prestara mucha atención a las palabras del técnico. Pero Feodorov no lo necesitaba. Sus ojos hablaban por él.

El técnico puso en una mesa un objeto que a Tobulko le pareció un cubo de basura metálico de tamaño mediano. A juzgar por su ruido, el cubo debía de pesar mucho.

—Éste es el aparato que generará y emitirá la señal. De acuerdo con sus instrucciones, camarada director, ha sido construido para un radio de acción de tres kilómetros. En realidad, le hemos dado un margen de seguridad. Genera una potencia de quince kilovatios. Dado que la pérdida de potencia se ajusta a la ley electromagnética clásica de uno por el cubo de la distancia, podrá contar con unos metros más.

El técnico se agachó detrás de la mesa en la que había colocado el generador y sacó un plano ampliado de la zona del centro de Washington DC. Abarcaba un círculo de tres kilómetros de diámetro, en el centro del cual estaba la Casa Blanca. La zona comprendía hasta el Kennedy Center, Watergate y el Potomac por el Oeste; rebasaba Dupont Circle entrando en New Hampshire y la calle R por el norte; llegaba casi hasta el Capitolio y más allá de Massachusetts y la Sexta por el Este. Por el sur, se extendía hasta campo abierto, parte del estanque Reflecting, el delta de Tidal Basin y el Mall.

—Después de estudiar las posibilidades, hemos llegado a la conclusión de que lo mejor es utilizar dos generadores: uno en un lugar fijo, un apartamento, la habitación de un hotel o un garaje; y el segundo en una unidad móvil, un camión o furgoneta. La idea es hacer que ambos campos coincidan en la Casa Blanca. Si considera que el generador fijo, dondequiera que lo coloque, está en las doce de una esfera, el generador móvil de la furgoneta podrá transmitir desde cualquiera de los puntos comprendidos entre las tres y las nueve. Ello dará al generador móvil mucho espacio para circular y hará muy difícil a los americanos el localizarlo.

—¿Cuánto tiempo emitirán los generadores cada vez que los activemos? —preguntó Tobulko.

—Cuarenta y cinco segundos.

—¿Nada más?

—Sí.

—¿Podemos emitir con la furgoneta en marcha?

—No. Tendrá que parar para ajustar los mecanismos que dirigirán la señal a la Casa Blanca. Pero toda la operación no le llevará más de minuto y medio. Luego puede marcharse y salir de la zona hasta que tenga que hacer otra emisión.

—¿Y mientras no emita, no habrá nada que pueda atraer a los americanos a la furgoneta?

—Nada absolutamente.

—Entonces es imposible que sus detectores nos localicen, ¿verdad?

Durante los últimos cinco minutos, la confianza de Tobulko en el éxito de la operación había aumentado sensiblemente.

—Imposible, no. Pero es muy, muy difícil. Y eso, suponiendo que adviertan siquiera la presencia de las señales, lo cual no creemos que ocurra.

—¿Y la NSA y todos sus aparatos de escucha? ¿No la captarán?

Feodorov miraba a su joven comandante con creciente estima.

—A unos ocho kilómetros de la Casa Blanca, la señal habrá desaparecido —respondió el ingeniero electrónico—. Los puestos de interceptación de la NSA están más lejos, fuera del distrito de Columbia. —El ingeniero se volvió de espaldas al mapa—. Existe otro refinamiento que vamos a utilizar. Queremos garantizar que las dos señales sean idénticas y que incidan en la Casa Blanca al mismo tiempo. Para ello tenemos que sincronizarlas. Por consiguiente, tendrá que alquilar una furgoneta que tenga teléfono o instalar usted uno. Dice el Director que en Estados Unidos eso no ofrece dificultad.

—Ninguna.

El conocimiento de Tobulko del país en el que había entrado ilegalmente media docena de veces le permitía estar seguro de ello.

—Entonces deberá comprar un módem para teléfono en cualquier tienda de material electrónico y conectar el teléfono de la furgoneta al de la unidad fija. Eso le permitirá sincronizar perfectamente la transmisión de las señales.

—¿Y habrá suficiente potencia eléctrica en la furgoneta y en la habitación de un hotel para hacer funcionar esto?

Nuevamente, Feodorov comprendió que tenía motivos para felicitarse por haber elegido a Tobulko. Naturalmente, ellos habían previsto este detalle, pero el hecho de que se le ocurriera hacer la pregunta demostraba su previsión.

—De sobra. En la furgoneta tendrá un motor de trescientos caballos. Toda la potencia que precise, especialmente estando parado. En un aparcamiento, es la potencia que se necesita para hacer funcionar un par de aparatos de aire acondicionado.

—¿Habrá que conectar esto a una antena en el apartamento o en el hotel para emitir la señal?

—No. Lo único que tendrá usted que hacer con el equipo que le daremos es fijar el ángulo de emisión hacia la Casa Blanca. La señal atraviesa cualquier material: ladrillos, mortero, cemento, hormigón, madera o acero. Sólo una cosa puede detenerla: una barrera de helio líquido, y puedo asegurarle que esto no figura entre los sistemas de protección electromagnética de la Casa Blanca.

Tobulko rió.

—¿Y cómo introduciremos estos dos aparatos en Estados Unidos? ¿Por valija diplomática?

—No. —Feodorov se hizo cargo de esta pregunta. Él y sus ayudantes habían estudiado detenidamente el asunto—. Quiero limitar sus relaciones con la *Rezidentura* al mínimo indispensable. En realidad, estos aparatos no son más que unas bobinas de hilo de cobre con ánima de hierro. Podrá comprarlas en Estados Unidos en más de una docena de sitios.

—La clave está aquí. —El ingeniero electrónico agitaba una placa cubierta de una telaraña plateada de circuitos de microchip—. Los circuitos electrónicos que hemos impreso en esta placa definen la señal, sus líneas exactas de frecuencia, la amplitud

de cada una de ellas para que nos dé la señal, la forma y el impulso que necesitamos. Tiene que ser muy preciso; el cambio más insignificante en la forma de la señal afectará su capacidad para impactar en las células del cerebro del Presidente. Usted conectará una de las placas a cada uno de los dos generadores y ellas lanzarán la señal.

—Usted sólo tendrá que llevarse las placas —dijo Feodorov—. Nuestro amigo le enseñará a conectarlas a los generadores. Cuando haya terminado, sabrá usted conectarlas incluso dormido.

Abu Said Dajani estaba en cuclillas al lado del camino, un manto con capucha como los que usan los pastores envolvía su figura inmóvil. En la oscuridad, a pocos metros de distancia, distinguió el perfil de una pequeña pirámide de piedras, como una estela primitiva que marcara la ruta de una caravana medieval. A su espalda, un viento helado soplaba de los picos del Jebel Lubnan, la cordillera Antilíbano. Delante de él un camino discurría hacia el Sudoeste, cruzando el valle hasta el pueblo de Saidnaia, a seis kilómetros de distancia. El *jeep* estaba escondido en un desfiladero cercano. Dajani había cruzado la cordillera en él, bajando por senderos grabados en las empinadas laderas por las pisadas de contrabandistas diez siglos atrás.

Terminaba su tercer *Camel* cuando al fin divisó los faros en el horizonte. Las luces parpadearon tres veces. Dajani se levantó y se acercó al camino. Cuando llegó el coche del *resident* en Damasco, lo guió por un áspero camino, a fin de que, si por casualidad pasaba por allí otro vehículo durante su entrevista, nadie pudiera ver el coche del jefe del KGB.

Subió al auto. Dajani y su superior se saludaron con un mudo apretón de manos. Ninguno de los dos era muy hablador.

—*Shou*, ¿y bien? —preguntó Dajani.

—Está decidido.

—Estoy preparado.

—Bien. Envíe a sus hombres a Berlín Este por Interflug. —Las Líneas Aéreas de Alemania Orienta—. Uno que vaya desde Beirut, dos desde Damasco y el cuarto desde Bagdad, para que nadie los vea juntos ni se asocien sus nombres. Y no es que Interflug vaya a enseñar a nadie la lista de pasajeros.

—¿Cuándo?

—Que salgan el lunes.

—Así se hará.

—Iván Sergeivich quiere que usted vaya a Berlín para coordinar el trabajo. Si sale usted antes que ellos, ¿puede estar seguro de que podrán llegar a Berlín Este según sus instrucciones?

—Desde luego.

—Bien. Entonces vaya desde Beirut por Interflug. ¿Recuerda dónde está el

complejo?

El cuartel general del KGB en Berlín Este estaba instalado en media docena de bungalows situados en un complejo cercado, en el barrio de Treptow, a unos cien metros del río Spree, lejos del centro de la ciudad.

—Desde luego.

—Una persona del Centro estará esperándole. Él le dará las instrucciones.

Entre los dos hombres se hizo un silencio marcado por una intuición de amenaza. Dajani comprendía que el *resident* tenía que saber por lo menos en qué consistía la operación. También comprendía que no tenía intención de revelárselo. Y el palestino se guardaría bien de preguntarlo.

—¿Eso es todo?

—Una cosa más. Algo bastante desagradable. Iván Sergeivich desea que usted lo supervise personalmente.

—¿Sí?

—El Artista.

—¿El Artista?

—Sí. Ya ha dejado de sernos útil.

Abu Said Dajani se recostó en el duro respaldo del Lada. Quitar la vida a un semejante no era cosa que suscitara grandes escrúpulos morales en un íntimo colaborador de Abu Nidal. Pero estas cosas siempre acarrearán riesgos y problemas, y tenían que planearse bien.

No había un alma en quince kilómetros a la redonda y, no obstante, el *resident* se inclinó para hablar a Dajani en un susurro, como si temiera que alguien pudiera espiarles.

—Iván Sergeivich desea que usted se asegure de que las autoridades libanesas atribuyen el hecho a la Hezbollah.

—Mi querido comandante, me gustaría conocer su opinión sobre este expediente. —Feodorov solía pedir consejo a sus subordinados en cuestiones intrascendentes. Ello les hacía sentirse importantes y abrigar la ilusión de que él compartía con ellos sus pensamientos, lo cual, desde luego, era totalmente falso—. Dadas las circunstancias, no sería apropiado que usted revisara la lista de nuestros agentes en Washington. Yo lo hice por usted y he seleccionado a una candidata a la que podemos activar para que le ayude. —Pasó a Valentín Tobulko el expediente personal de Dulia Vaninia, capitán del KGB—. Si hay algo que le preocupe, algún fallo que se me haya pasado por alto y que considere que puede dificultar su labor, dígamelo y buscaré a otra persona.

Tobulko tomó la carpeta de manos del Director General. «Una cosa es segura —pensó—. El Director lleva este asunto con mucho sigilo». Con excepción de la doctora coronel y el ingeniero electrónico de Zukovsky, presentes en sus conversaciones, él había recibido todas las instrucciones principales del Director.

—Seguro que ha hecho una buena elección, camarada Director.

Feodorov estudiaba a Tobulko mientras éste hablaba. El comandante tenía una cara totalmente inexpresiva, una página en blanco en la que la vida aún no había dejado marca de alegría ni de dolor. Y ello, a pesar de que ya había asesinado en nombre del Estado. Evidentemente, a aquel hombre no le afectaban las emociones. Eso estaba bien. Las emociones engendran dudas y en operaciones como ésta no había lugar para indecisos.

—Ella es una de nuestros pocos agentes en Washington con un transmisor *Spetosk*. Otra razón para seleccionarla. —Feodorov se levantó y empezó a pasear por el despacho—. Lo que me lleva a los dos últimos puntos que tenemos que revisar antes de que usted se marche: control y comunicaciones.

Las agencias de espionaje, al igual que los ejércitos, responden a los mismos imperativos básicos en todo el mundo, y si bien la terminología que las describe difiere de servicio en servicio, su sustancia nunca varía: mando, control, cobertura, comunicaciones, información; toda operación de espionaje que se haga en el mundo está basada en estas cinco consideraciones.

La de Feodorov no era una excepción.

—Para las comunicaciones básicas con el Centro, utilizará usted su *Spetosk* y su código personal. La mujer tiene el horario del satélite y el ángulo de transmisión que requiere cada pasada. Nuestros técnicos montarán un código para su propio uso en caso de emergencia y una copia de los datos del satélite dentro del armazón de su cartera.

El tono de voz de Feodorov era el que los jefes de los órganos habían aprendido a utilizar para hablar con los agentes que parten en misión, desde los días de Félix de Hierro: paciente, conciso, tranquilizador. Reflejaba la promesa que se hacía a todos los agentes soviéticos en el extranjero: el Centro se preocupa por ti. Si ocurre algo, removerá cielo y tierra para traerte a casa.

—Ahora —prosiguió— comunicaciones de emergencia. Tengo que recalcar que sólo deberá ponerse en contacto con la *Rezidentura* de Washington en caso de absoluta necesidad. Allí nadie, ni el mismo *rezident*, sabrá algo de usted o de su misión. Le daremos una contraseña para que se identifique al *rezident* en persona. Cuando él oiga la frase, sabrá que debe transmitirle, inmediatamente, con su clave personal cualquier mensaje que usted le dé.

—¿Y la respuesta?

—Le llegará vía satélite. Nosotros utilizaremos el código de la mujer para la clave y en su cartera pondremos otro, de reserva. —Feodorov volvió a su sillón y se sentó pausadamente—. Lo cual nos lleva a la parte más delicada y difícil de su misión: determinar con exactitud cuándo deberá emplear el equipo que llevará. En esto tendremos que dejarle bastante libertad.

—¿No hay ningún medio de comunicación directa que podamos emplear?

—Uno que ahora le diré. Sabemos cómo responderá el Gobierno de Estados

Unidos a la crisis que estamos preparando. Lo que harán es formar un comité permanente que se instalará en la Sala de Conferencias de la Seguridad Nacional de la Casa Blanca. Toda la información que llegue será dirigida a esa sala. En algunos momentos, el Presidente se sumará a la sesión y en otras seguirá su programa normal. Usted debe seguir las noticias del CNN, el canal que sólo da telediarios. Le dirán muchas cosas sobre lo que ocurre y sobre cuál es el programa del Presidente. Puede estar seguro de que, antes de quince minutos de que se haga una declaración importante, el Presidente recibirá la noticia y reaccionará ante ella.

—¿Y es entonces cuando usted quiere que nosotros accionemos el dispositivo?

—Sí. A no ser, desde luego, que el Presidente se encuentre en un acto público, una cena oficial, una recepción en la Rosaleda o pronunciando un discurso ante un auditorio numeroso.

Feodorov cogió de encima de la mesa un objeto que parecía una pluma estilográfica antigua.

—Nosotros también podremos controlar una parte de la información que llegue sobre la crisis y debemos disponer de un medio rápido para avisarle de que utilice el aparato. Éste es el medio de comunicación indirecta de que hablé. Se trata de un transmisor muy manejable y con gran capacidad de penetración pero de muy corto alcance. Lo único que tiene que hacer uno de los nuestros es pasar en coche por delante del hotel, del apartamento o de la casa en la que usted se aloje, apuntar con esto y oprimir el capuchón. Radiará un mensaje a un receptor que usted llevará. Puesto que se trata de un instrumento de tan corto alcance, no podrán detectarlo.

—Pero eso involucra a la *Rezidentura*.

Feodorov suspiró.

—Dentro de una cierta medida que, ¡ay!, es inevitable. El agente que utilicemos sabrá que envía un mensaje a alguien. Pero no sabrá a quién ni por qué. Y el mensaje estará en clave, desde luego.

—¿Y si el FBI le sigue?

—Que le siga. No podrán detectar que está transmitiendo. Él no se parará. Ni siquiera tendrá que aminorar la marcha. Él pasa de largo, apunta con el transmisor y el mensaje se emite.

—¿Y cómo conseguimos el receptor?

—He pensado mucho en eso. No quiero que lo lleve en la cartera. Si se la abren en la aduana, puede decir que las placas son para su ordenador o su televisor. Pero el receptor podría llamar la atención del policía de aduanas. ¿Y si hacemos que uno de nuestros agentes en Washington alquile la furgoneta y luego la deje en algún sitio donde usted pueda recogerla? ¿Con el receptor dentro? Ello le dará cierto margen de seguridad. Usted podrá observar la entrega de la furgoneta, para cerciorarse de que la operación no está vigilada.

—¿Qué documentos usaremos para alquilar la furgoneta? ¿Qué licencia? ¿Qué tarjeta de crédito? Tiene que ser algo que no pueda relacionarse con la Embajada.

—La División de documentos se encargará de ello.

—¿Y si la policía me para por saltarme un semáforo? Mi permiso de conducir no concordará con el nombre que figure en el formulario de alquiler de la furgoneta.

—Sí que concordará. —Feodorov no pudo reprimir una sonrisa de triunfo. Ésta era precisamente la pregunta que estaba deseando oír—. La División de Documentos ya nos fabricó a un señor Banwell. Les pediremos que nos fabrique otro.

Nina Wolfe abrió el buzón del vestíbulo del edificio de Tyson's Corner en el que tenía su consulta. Estaba repleto de los papelotes de costumbre: anuncios de las ofertas del supermercado, propaganda de Sears y K Mart, de la Electrónica Don y de Televisores Al que ofrecían otra serie de gangas insuperables para empezar a pagar dentro de seis meses y más adelante, grandes facilidades. ¡Cómo aborrecía toda aquella basura de una sociedad loca por el bienestar material!

Cuando llegó al fondo del montón, se quedó quieta. Los dedos le temblaron ligeramente al tocar una cartulina. Era una postal. La leyó. Era una vista de la plaza del mercado de Aix-en-Provence, en el sur de Francia, con matasellos de seis días antes. Le dio la vuelta.

Querida Nina:

El viaje es una maravilla. En el aeropuerto de Niza, Don recogió la furgoneta que habíamos alquilado y, por la carretera de la costa, fuimos hasta Saint Tropez y luego seguimos hasta aquí. Anoche cenamos en un restaurante chino idéntico al China Paradise que tanto te gusta. El 23 a las 18:30 salimos en avión de Marsella para Londres y, desde allí, regresaremos a casita en Estados Unidos.

La firma era ilegible. Se abanicó un momento con la postal y la guardó en el bolso. Tiró la propaganda a una papelería. Lentamente, subió la escalera hacia el consultorio, tratando de contener la excitación que la envolvía como en una niebla. Todos los años de entrenamiento, todos los meses de paciente espera iban a terminar por fin.

BEIRUT

En la capital del Líbano, los casos de muerte violenta son tan corrientes como los resfriados. A los ojos de los dos policías libaneses y del inspector de la Sureté, el cadáver que estaba en el suelo de la tienda de material fotográfico de la calle Sadat, a dos manzanas al Este del campus de la Universidad Americana de Beirut, presentaba el mismo interés profesional que un coche aparcado en doble fila a un policía de

tráfico de Manhattan o París. En la escena, lo único que recordaba el coste humano que representaba cada vida perdida en el Líbano era la beduina vestida de negro, que expresaba su pena con el penetrante ulular ritual de los habitantes del desierto de Arabia.

—Díganle que se calle —gruñó el inspector de la Sureté al inclinarse para examinar el cadáver.

—¡Calla, vieja! —ordenó uno de los policías.

La mujer lo miró con la boca abierta, ofendida por su insensibilidad ante tan bien ensayado lamento. Se quedó callada un segundo. Luego, aspiró profundamente y empezó a balar de nuevo en un tono tan agudo y penetrante que hubiera hecho estallar un cristal. Un par de gatos le hicieron coro. El policía se encogió de hombros y se volvió hacia el muerto.

Al lado, entre las sombras, vio un fez color corinto. Tenía un tío en Zale al que le gustaba usarlos. Al ir a recogerlo, distinguió en el suelo, a su lado, un objeto que parecía una gruesa lombriz. Lo miró con curiosidad.

—*Sayed*, señor —dijo señalándoselo al inspector.

Éste lo cogió y en seguida lo soltó con repugnancia. Era una lengua humana.

Abrió la boca del muerto y confirmó lo evidente. Éste era el hueco en el que aquella lengua había funcionado antes de que su dueño fuera degollado. Al parecer, había funcionado con demasiada frecuencia y aplicación. El inspector buscó con la mirada alguna otra señal. La encontró dibujada en la pared con lápiz de cera verde, al lado de una foto de calendario de la mezquita de Al Aqsa en Jerusalén: la media luna islámica. El inspector cerró el cuaderno y se puso en pie. Hacía tiempo que en Beirut había pasado de moda la investigación de asesinatos. La idea de tratar de investigar los derramamientos de sangre causados en la ciudad por los fanáticos chiitas no inspiraba el menor entusiasmo a los pocos funcionarios de policía que quedaban en la ciudad.

—Llenad los formularios —ordenó a los dos policías— y decidle a esa mujer que lo prepare para llevarlo a enterrar. A ver si así se calla.

BERLÍN ESTE

Bajo las alas del reactor TU5 de Interflug, Abu Said Dajani vio la línea serpenteante del Muro de Berlín que cruzaba el corazón de la ciudad como una cicatriz blanca. Luego, cuando el piloto del vuelo 104 de Interflug viraba para descender hacia el aeropuerto de Schoenefeld en Berlín Este, apareció la zona occidental de Mariendorf en el campo visual de Dajani.

¡Qué distintos, Este y Oeste! Pensaba que el socialismo tenía una geometría exacta y precisa, en la que todo estaba perfectamente alineado y dispuesto, en formas simétricas y nítidas. Allá abajo, en el Berlín Este, no cabía ni la pirueta ideológica ni un trazado heterodoxo. Del mismo modo que la Naturaleza rechaza el vacío, así el

socialismo, por lo visto, rechazaba la forma espontánea.

Por naturaleza y preferencia, Dajani se inclinaba por las formas occidentales, menos rígidas. Al fin y al cabo, él era árabe. Su conversión al marxismo-leninismo no se produjo por el anhelo ferviente de cambiar el destino de la humanidad sino porque, a raíz de la matanza del campo de refugiados de Chatila, en 1982, comprendió que el destino del mundo estaba regido por el poder. Sólo un poder se hallaba inequívocamente comprometido en la ayuda a su pueblo y él, a su vez, se comprometió personal e irrenunciablemente a servir a aquel poder.

Dajani soportó con los demás pasajeros los lentos y enojosos trámites de inmigración y aduanas de Berlín Este. No pudo servirse de su condición de comandante del KGB para abreviar, ya que viajaba con identidad falsa. Recogió la maleta y salió a la parada de taxis. Por algún pequeño milagro había, efectivamente, un taxi en la parada. Dio al taxista unas señas situadas a tres manzanas de distancia de su verdadero punto de destino y se recostó en el asiento. En aquel momento, llegó a su olfato el olor que él siempre asociaba con Berlín Este. Era el olor ligeramente sulfuroso del humo de carbón que todavía constituía el combustible básico de las industrias de la República Democrática Alemana.

El palestino conocía bien la Alemania Oriental, pero conocía mejor la Occidental y la prefería. Había estado en ésta a finales de los años sesenta, con la misión de cazar talentos para Abu Nidal entre los muchos palestinos que allí estudiaban. Su cosecha fue prodigiosa: casi cincuenta candidatos, elegidos uno a uno, para los campos secretos de entrenamiento de la OLP en Argelia. ¿Cuántos vivirían aún?, se preguntaba Dajani. ¿Diez? ¿Menos?

Esperó a que el taxi se perdiera de vista antes de encaminarse hacia el complejo del KGB en Treptow. El complejo era territorio estrictamente ruso. Dentro de sus muros no había ni un solo alemán oriental, ni entre las encargadas de la limpieza. El centinela de la entrada, vestido de paisano, miró a Dajani con instantánea y feroz hostilidad. Éste se preguntó si sería racismo o la hosquedad que el KGB procuraba insuflar a sus perros guardianes.

Cualquiera que fuera la causa, la hostilidad desapareció en cuanto Dajani se identificó.

—Estábamos esperándole —dijo y accionó la puerta del complejo, al mismo tiempo que avisaba de su llegada al cuartel general. Un coronel del KGB salió rápidamente a recibirlo. El oficial dejó solo a Dajani durante cuarenta y cinco minutos para descansar y asearse y después volvió a la habitación que le habían asignado.

—Iván Sergeivich me ha pedido que le presente sus afectuosos saludos —dijo—. Desea que al regresar a sus funciones habituales pase por el Centro para poder saludarle personalmente.

—Será un honor —declamó Dajani.

El coronel sacó un sobre del bolsillo y se lo dio.

—Aquí están sus instrucciones.

Después de leer rápidamente el papel, Dajani dijo:

—Esto supondría el fin de la distensión soviético-americana, si...

El coronel le atajó terminando la frase:

—... si llegara a descubrirse la menor prueba de nuestra intervención. Por ello Iván Sergeivich da tanta importancia a la seguridad. Los americanos nunca, bajo ningún concepto, deben tener motivos para sospechar que nosotros estamos involucrados en esto. Aparte, naturalmente —el coronel sonrió con simpatía—, de la paranoia habitual de la CIA, que ve nuestra mano detrás de cada petardo que se dispara en el mundo.

«Bien —pensó Dajani recordando las instrucciones—, pues éste sí que va a ser un buen petardo».

—El trabajo de información es excelente —observó.

—Servicio de Información Militar —explicó el coronel.

—No sabía que el ejército trabajara con nosotros.

—No. Ellos creen que trabajan para sus hermanos del Tercer Mundo.

—¿Está seguro de que la información es fidedigna?

—Absolutamente. Son teutónicos. Tienen un expediente completo de todas y cada una de las bases americanas en Alemania Occidental: entradas, salidas, sistemas de seguridad, cuántos centinelas hay en cada puesto de guardia, cuándo se releven, cuáles son negligentes. Todo. Tienen copias de los documentos de identidad que usan los americanos, ya sean militares, civiles, familiares. Mapas de todas las bases.

—¿Cómo lo han conseguido?

—Cultivan a los subalternos, a los turcos, a los pakistaníes que recogen la basura y les hacen la limpieza. Además, tienen una red de prostitutas que actúan en los bares próximos a las bases. —El coronel movió la cabeza lentamente de derecha a izquierda. Los ingenuos soldados americanos. Unas cervezas, un poco de hierba, los dedos de una *Fräulein* entre las piernas y allá va toda la información que puede servir para hacerles picadillo, a ellos y a sus bases. Afortunadamente, éste no era un problema que tuviera el Ejército Rojo en Europa del Este: los soldados casi nunca salían del cuartel—. Tenemos un contacto del Ejército Rojo en Berlín Oeste esperando a su comando. Ellos les darán las instrucciones de última hora antes del golpe.

—¿Y cuál es ese acto durante el que tenemos que actuar?

Dajani sabía poco acerca de las costumbres americanas, aparte de lo que había podido captar viendo de vez en cuando *Dallas* y *Dinastía*.

—Es uno de los tres acontecimientos sociales más importantes del año.

—Entonces, ¿no estarán alerta sus servicios de seguridad?

—Nuestro servicio de información militar lleva un año vigilando el lugar. Está siempre abierto. Cualquiera puede entrar y salir sin la menor comprobación.

—Parece increíble.

—Y lo es. Pero es la verdad, se lo aseguro. Sólo ponen controles cuando reciben información de que hay un comando terrorista en la zona. Y, puesto que su comando no saldrá de Berlín Este hasta la mañana del ataque, no creo que reciban el aviso. Desde luego, los miembros de su comando tendrán que parecer soldados americanos.

—¿Les daremos uniformes?

—Quizá. Todavía no está decidido. Los americanos no llevan uniforme el sábado por la noche, a no ser que estén de guardia. Y, evidentemente, en el lugar al que irá su comando, no habrá gente de guardia.

Dajani fue a leer otra vez las instrucciones, pero el coronel le interrumpió.

—Quiero recalcar lo importante que es la sincronización. Está ideada para que su comando tenga tiempo de poner el coche bomba en el lugar ocupado por el coche de fuga, llegar al aeropuerto de Frankfurt con tiempo para tomar el último avión de Berlín, pasar por el aeropuerto de Tegel y estar aquí de regreso antes de que los americanos tengan tiempo de reaccionar.

—¿Y si pierden el avión?

—Van en coche a Francia. Tienen que salir rápidamente de Alemania. Pero no deben perderlo. —El coronel recalca las sílabas—. Tienen que regresar aquí para que podamos estar seguros de que no hablarán.

—¿Qué explosivos usaremos?

—*Semtex*.

Semtex es un explosivo de plástico muy eficaz y efectivo fabricado en Checoslovaquia y suministrado por la URSS en grandes cantidades a Libia, Siria y los grupos terroristas del Líbano. Era el explosivo preferido de los terroristas árabes e iraníes que operaban en Europa Occidental, el explosivo que había hecho estallar el avión de la Pan Am sobre Escocia.

—¿Hay existencias disponibles en Berlín Oeste?

—No. Usted tendrá que hacérselo llegar.

—¡Yo! —La voz de Dajani, habitualmente tan grave, se hizo casi plañidera, alzándose uno o dos octavos—. ¿Piensan que voy a entrar en Berlín Oeste con una maleta de plástico en cada mano?

Había cierta nota de desdén en la risa del coronel.

—Claro que no. Aunque podría asegurarle que, en ese caso, nadie le detendría. Disponemos de un medio absolutamente seguro para que usted pase el explosivo al comando. Lo importante es que uno de sus hombres esté perfectamente cualificado para manejar plástico. Tendrá que cargar el coche y poner los temporizadores sin hacer saltar por los aires a todo el barrio. ¿Dispone de alguien que pueda hacerlo?

—Se me ordenó que tuviera a alguien, coronel, y lo tengo.

—Será mejor que sea bueno. Los sirios nos armaron un buen lío en dos ocasiones. La primera, ni siquiera fueron capaces de montar una sencilla bomba de maleta y tuvieron que venir desde Berlín Oeste dos veces a pedirnos ayuda. La otra, conectaron seis de nuestros morteros M82 en el maletero de un coche que querían

hacer explotar en Tempelhof, el aeropuerto americano. Estaban conectados a un aparato electrónico de control remoto tan primitivo que la bomba fue activada por un individuo que estaba abriendo la puerta del garaje en el momento en que ellos pasaban camino del aeropuerto.

En la respuesta de Dajani no había la menor afabilidad ni el mínimo respeto. No le gustaba el tono paternal ni la alusión indirecta de aquel hombre a lo que en los círculos del espionaje se conocía por «el factor Abdul», la seguridad de que, en un momento dado, los árabes siempre tienen que meter la pata.

—Mi hombre podría volar la mitad de este complejo con un coche de juguete —respondió—. Él cargó el camión que hizo saltar la Embajada americana en Beirut. Ha hecho dieciséis coches bomba. No hay nadie, ni ruso, ni israelí, ni alemán, tan hábil como él. Créame, él les ofrecerá un espectáculo de luz y sonido que ni ustedes ni los americanos olvidarán fácilmente.

BEIRUT

Cuarenta y ocho horas después de que se hallara el cadáver de Abu Daud Sinho, el Artista, en su tienda de material fotográfico de la calle Sadat de Beirut, una copia del lacónico informe de la policía sobre las circunstancias de su muerte reposaba encima de la mesa de Ray Reid, delegado de la CIA en la Embajada provisional de Estados Unidos en Beirut Este. Desde luego hacía tiempo que la Sureté Libanesa conocía la índole de las actividades del Artista como falsificador de documentos para los distintos grupos terroristas que operaban desde la capital libanesa. Ahora bien, dado el carácter de sus amigos y protectores en la ciudad, a los altos funcionarios de la Sureté les pareció poco político interrumpir su trabajo. Uno de ellos pasó el informe de su muerte a Reid por puro trámite. Era la clase de acto que justificaba la prima mensual que le pagaba la Agencia.

Reid se sintió profundamente disgustado por el asesinato de Sinho. Él no conocía al anciano, ni siquiera le había visto. El Artista era un colaborador heredado de su predecesor y sus contactos se habían organizado por medio de terceros, como el dueño de la tienda de recuerdos. A pesar de todo, había sido una valiosísima fuente de información. Gracias a los informes que había pasado a la CIA, al menos cinco operaciones terroristas contra objetivos americanos e israelíes en Europa Occidental habían podido abortarse. Sustituirlo sería difícil, si no imposible.

Reid cablegrafió inmediatamente la noticia al DDO, el Director Delegado de Operaciones, encargado de las estaciones y actividades encubiertas de la Agencia en el extranjero. El DDO pensó en informar a la Rama 40 del Mossad, la unidad de espionaje israelí que se encargaba del terrorismo, pero no lo hizo. Prefería que los contratiempos de la CIA no trascendieran. En vista de la pérdida del Artista, no obstante, envió un comunicado al Grupo Permanente Antiterrorista que agrupaba a representantes de la CIA, el MI5 británico, el BND de Alemania Occidental, la Rama

40 israelí y el DGES de Francia, en el que se ponía de relieve la importancia de la última información facilitada a la Agencia por el Artista: la identidad y número de pasaporte de los cuatro miembros de la Hezbollah a los que había proporcionado aquellos 789 marroquíes.

Said Dajani y el coronel se habían citado en el inicio del paseo Unter den Linden, al sur de la Puerta de Brandeburgo. El lugar era conveniente porque estaba sólo a un par de minutos a pie desde la Embajada soviética, en la que el coronel tenía que recoger los cuatro pasaportes marroquíes del comando de Dajani. El palestino llegó a la cita con diez minutos de antelación. No tenía intención de dar pie al coronel para aludir ni remotamente al «factor Abdul».

Dajani no era un estudioso de la historia, pero resultaba imposible ser insensible al especial significado del suelo que pisaba, mientras esperaba al coronel. Delante de él estaban los arcos triunfales de la Puerta de Brandeburgo, con sus arcos barrados con alambre de espino, como si los nuevos amos de la Alemania Oriental temieran que de aquellas piedras muertas pudiera seguir emanando alguna sustancia o radiación evocadora del pasado militarista de Alemania. A su izquierda había una larga franja de terreno vacío de una manzana de ancho, nada más que hierba rala y algún que otro cascote proveniente de alguna excavación abandonada. Sin embargo, en aquel mismo suelo se había construido el bunker de Hitler. Nada quedaba, ni un rótulo, ni una ruina, ni una inscripción borrosa que pudiera recordar a los transeúntes como Dajani la sangrienta tiranía que se había ejercido desde estos pocos metros cuadrados de tierra.

Dajani paseaba por la Wilhelm Strasse más arriba de la Embajada soviética, buscando con la mirada al coronel. Sólo unos cuantos coches circulaban por la T en la que Unter den Linden arranca de la Wilhelm Strasse. Dajani se dijo que a buen seguro había más tráfico circulando por allí en septiembre de 1939 que ahora, medio siglo después. ¿En cuántos lugares del mundo se podía decir esto?

Dajani vio al coronel salir a la Wilhelm Strasse con un cigarrillo entre los labios y la cabeza baja, mirando la acera con la intensidad con que un matemático estudia una fórmula que se le resiste. Levantó la mirada, vio a Dajani y acomodó su paso al de éste. El libanés notó que le ponía un paquete en la mano.

—Todos tienen visado de estudiante para Berlín Este en la página cuatro —dijo—. Si les paran, no tienen más que enseñarlos. Que digan que han venido de paseo.

Dajani sabía que la ciudad dividida era un conglomerado de anomalías como ésta que permitían a un árabe, o a cualquiera que estuviera estudiando en Berlín Este, entrar en la Alemania Occidental sin necesidad de mostrar la documentación. En su empecinada negativa a reconocer la división de la ciudad, los aliados y los alemanes occidentales la habían convertido en el paraíso terrenal de los agentes clandestinos como Dajani.

—¿Cuándo los traerá? —preguntó el coronel.

—En cuanto les dé los pasaportes. Los he dividido en dos grupos. Les he dicho que se escondan uno en Kreuzberg y el otro en Wedding. Uno comprará el coche de fuga y el otro el coche que cargaremos con el explosivo.

—Bien —dijo el coronel.

—Les he ordenado que lleven uno de los coches a Frankfurt para reconocer el terreno y familiarizarse con la zona.

—Excelente. Les entregaremos el plástico a su regreso. A propósito, ¿hablan alemán?

—Lo habla uno de cada equipo. Lo suficiente para defenderse.

—Usted no vaya hasta que no sea indispensable —le advirtió el coronel—. Manténgase en segundo plano. Recuerde, el caso no debe ser relacionado con nosotros.

—Comprendido. —Había funcionarios del KGB, como el *rezident* en Damasco, que con tres frases clave te transmitían media hora de información. Y los había que, como este coronel, por ejemplo, pensaban que tenían que repetir cada idea por lo menos tres veces. «A no ser, claro está— pensó Dajani, —que esté tratando de suplir mis cortos alcances de palestino».

El coronel saludó con un movimiento de cabeza, dio media vuelta y se alejó Wilhelm Strasse arriba. Dajani bajó por Unter den Linden hasta la Alexander Platz y subió a un tranvía para ir a la plaza de Rosa Luxemburg.

A medida que fueron llegando los cuatro hombres de su comando, Dajani los acompañó desde el aeropuerto a un piso franco del KGB, situado en una calle adyacente a la plaza que llevaba el nombre de la famosa revolucionaria. Ahora le esperaban en el café situado en la planta baja del edificio, casi tan sórdido y triste como el piso franco. La luz llegaba en tonos grises y las sillas y mesas eran anticuadas. Había tanto humo de tabaco que daba la impresión de que se podía cortar el aire con la mano, como si fuera algodón. El camarero se acercó a tomar nota. Otra anomalía de Berlín, en este pringoso café comunista, con clientela de jersey y mangas de camisa, el camarero llevaba esmoquin y cuello de pajarita.

Dajani tomó un sorbo de cerveza y pasó los pasaportes a sus hombres por debajo de la mesa. Había repasado con ellos hasta la saciedad todos los detalles de la misión. Eran bastante capaces, aunque tal vez no los modelos de disciplina que había descrito al coronel. Alí Nasredin, el especialista en explosivos, era un verdadero fanático, un individuo frío y desalmado que sólo vivía para hacer saltar a la gente con la eficacia del robot de una cadena de montaje. Otros dos miembros del comando, Alí Kazemi y Saied Hakim, habían entrado y salido varias veces de Europa Occidental traficando con drogas en pequeña escala, antes de convertirse en pistoleros de la Hezbollah. Los traficantes de drogas, al igual que los terroristas, tenían que acostumbrarse a vivir al margen de la sociedad. Eran hombres que sabían moverse sin papeles, sin dejar huella de su paso. Husain Ansari, el cuarto hombre, era el más joven y menos

experimentado de los reclutas de Dajani. Estaba allí porque había estudiado en la Universidad Libre de Berlín Oeste y hablaba un alemán impecable. Dajani le había puesto de compañero de uno de los traficantes y al de los explosivos, del otro. Pensó que sería preferible separar a los traficantes.

—Vosotros dos iréis delante —dijo dirigiéndose a Kazemi—. Los otros os seguirán al cabo de media hora. —Levantó la jarra—. Venganza —agregó.

«Venganza» era el nombre que había dado al comando. En el valle de la Bekaa todo ha de tener nombre.

Sus cuatro hombres levantaron los vasos. Dos de ellos, en atención a los preceptos del Islam, bebían limonada.

—Venganza —dijeron.

WASHINGTON, DC

Hay individuos que pasan el sábado por la mañana lavando el coche o siguiendo a la esposa por el supermercado llevando la compra o acompañando al niño al campo de béisbol. «Tíos con suerte» pensaba Chick O'Neill y su compañero, Denny Strong. Días de un trabajo aburrido y rutinario, pegados a los talones de los agentes del KGB en Washington, por encargo de la Unidad de Vigilancia del FBI en esta ciudad. Ahora mismo, estaban entregados a una actividad que consumía la mayor parte de su sábado: esperar sin hacer nada.

Su *Plymouth* propiedad del Gobierno se hallaba estacionado en el lado izquierdo de la avenida White Haven, esquina con Wisconsin, de manera que la silueta del coche quedaba escondida a la mirada de los conductores que bajaban por Wisconsin detrás de la mole de la iglesia de la Divina Ciencia. De este modo, ellos podían supervisar el tráfico que bajaba hacia Georgetown, y a los conductores que fueran por Wisconsin abajo les era casi imposible descubrirlos.

El sujeto que tenían asignado era Dmitri Yachvili, *Antsy*, funcionario del KGB que utilizaba como pantalla la sección de Asuntos Culturales de la Embajada. Conocían bien a *Antsy*. Durante dieciocho meses, había sido uno de sus habituales objetivos de fin de semana. La mayoría de los sábados a mediodía, Yachvili solía pasear por la zona de las avenidas Q y Connecticut. O'Neill le había puesto el mote de *Antsy*, Hormiguita, por su afición a merodear por los comercios —Discos Melody, Librería Kramer y el Centro de la Prensa Extranjera—, revolviendo entre la mercancía para, de vez en cuando, comprar un disco, un libro o un periódico francés. Y un par de veces le vieron entrar en la librería Lambda, frecuentada por homosexuales, lo cual les hizo sospechar que era gay. Esto, a los ojos de los dos agentes del FBI, era casi tan grave como ser agente de la conspiración comunista internacional. Por el momento, sin embargo, el puesto de vigilancia permanente situado frente a la puerta principal de la Embajada, en el número 2645 de Tunlaw Road, no había avistado el Honda azul celeste de *Antsy*. O'Neill y Strong, instalados en el asiento delantero de su coche,

tratando de no fumar, aliviaban el aburrimiento con el tradicional pasatiempo de los policías de contar historias.

—¿Te he contado ya lo de aquel checo que todos los domingos iba a Bowie a apostar a los caballos y que no daba una?

—No.

—Era el número dos del espionaje checo. Pero, como apostador, era un paquete. Descubrimos algo muy gracioso, que se entendía con la mujer de su jefe. —O'Neill rió roncamente entre dientes al recordarlo—. Le escribimos una carta. Se la enviamos a la misma Embajada. ¿Qué creía que le diría el jefe cuando nosotros le contáramos que se tiraba a la señora? ¿Le parecía que ésa era la manera de hacer carrera en el espionaje checo? Naturalmente, le indicamos que había una manera de resolver el problema. —O'Neill se reía al recordar las tribulaciones del checo.

—Da gusto ver la gracia que te hacen tus propias historias —gruñó Strong.

—Bueno, pues el tío no sólo se vino con nosotros sino que la noche en que desertó entró en el cuarto de claves con un saco y empezó a meter libros de claves, mensajes y sabe Dios qué y luego saltó por una ventana, como un Papá Noel que baja por la chimenea.

—No follarás con la mujer del jefe, capullo. Ahí está la moraleja. Por lo menos con el viejo Hoover, los nuestros no tenían que preocuparse por ello, ¿verdad?

Antes de que O'Neill pudiera contestar, la radio crepitó. Desde su observatorio del séptimo piso de los apartamentos Tunlaw, situados frente a la gran verja negra de la Embajada, que se accionaba eléctricamente, el agente de guardia en el puesto de vigilancia permanente del FBI, acababa de divisar el Honda azul de Yachvili acercándose a la verja. Enfocó el coche con unos potentes prismáticos, desde una ventana en cuyo alféizar se alternaban las macetas y los ositos de peluche. Al parecer, con estos inocentes objetos se pretendía convencer a los rusos de que el FBI no estaba allí.

—Bonete Azul Tres Treinta y Nueve —susurró el agente de guardia al micrófono cuando el coche de Yachvili, después de pasar el control del KGB en la puerta, enfiló Tunlaw en dirección a la calle Treinta y nueve.

A una manzana de la Embajada, un primer coche de seguimiento del FBI empezó a subir por la plaza Davis hacia Tunlaw. Cuando el Honda del hombre del KGB pasó por el cruce, los dos agentes aceleraron hacia la esquina para iniciar la primera fase de la vigilancia. Yachvili dobló por la Treinta y nueve y siguió por Wisconsin en dirección a Georgetown.

—Ameche —anunció el conductor del primer coche por radio.

Ello indicó a O'Neill y a Strong que Yachvili se dirigía hacia su demarcación. Avistaron el coche que bajaba por Wisconsin y se metieron en el tráfico dos coches detrás del de seguimiento, con una maniobra que sólo un hombre del KGB muy avisado hubiera podido detectar. En la calle P, Yachvili dobló hacia la derecha. El primer coche de seguimiento se desvió, dejando la vigilancia a O'Neill y Strong. El

ruso cruzó la periferia de Georgetown en dirección a Connecticut.

—Otra vez a ver a los *yuppies* —comentó O’Neill. Siguieron al agente del KGB hasta que éste encontró un hueco en un aparcamiento con parquímetro en la Diecinueve—. Vete tras él mientras yo aparco.

Antsy vestía tejanos y un jersey de gruesa lana blanca con franjas en zigzag marrones y negras, y llevaba en la mano una gran bolsa de plástico Benetton verde y blanca. «Con un jersey como ése, puedes distinguir a un individuo a la legua, aunque esté en medio de una multitud», pensó Strong deambulando detrás de él por las aceras llenas de compradores de fin de semana.

Durante una hora, *Antsy* observó su rutina semanal, entrando aquí, revolviendo allá, repasando los periódicos extranjeros en la tienda de Connecticut esquina Q. Los dos agentes se turnaban en la vigilancia, comunicándose por medio de los micros instalados en el botón del cuello de la camisa. Finalmente, *Antsy* entró en una de sus tiendas favoritas, la Librería Kramer, que daba a dos calles: a Connecticut, por la puerta de la tienda propiamente dicha, y a la Diecinueve, por la del restaurante Afterwards que formaba parte de la librería. Las dos puertas del local eran un grave inconveniente para los dos hombres del FBI encargados de vigilar a *Antsy*.

O’Neill se apostó al otro lado de Connecticut, junto al Teatro Janus. El jersey blanco, marrón y negro de *Antsy* se divisaba claramente a través de los escaparates mientras recorría los mostradores de Kramer con desesperante lentitud. Por fin, después de media hora, eligió varios libros y se fue hacia la caja.

—Sale por tu lado, Denny —anunció O’Neill.

Transcurrieron cinco minutos. *Antsy* no apareció por ninguna de las dos puertas.

—¿Dónde puñetas se ha metido? —susurró O’Neill al micro.

—Habrá ido al retrete —dijo Strong.

—Voy a entrar —decidió O’Neill.

—Espera, hostia, que te calará a la primera. —Apenas acababa de hablar, Strong vio a su hombre avanzar por entre las mesas del restaurante, ocupadas por la multitud del sábado, en dirección a la salida de la calle Diecinueve—. Ahí está —susurró con profundo alivio—. Ya lo tenemos otra vez.

Antsy cruzó el umbral y miró la terraza del Afterwards. Todas las mesas estaban llenas. Pareció titubear un momento, dudando quizá entre quedarse o subir hasta el restaurante mexicano Café Real. El sábado solía almorzar en uno de los dos sitios.

—¿Qué, *Antsy*, por cuál te decides? —gruñó Strong—. ¿El «manito» o la cocina tradicional americana?

Un cliente que llamaba al camarero agitando la nota y un billete de veinte dólares ayudó a *Antsy* a decidirse. El hombre del KGB se acercó a la mesa del extremo, bajo una sombrilla roja, y se sentó en cuanto el cliente anterior se levantó. Dejó en el suelo la bolsa de la librería, sacó una de sus compras y se puso a leer, a la luz cálida del sol otoñal.

—Espero que no tengas mucha hambre, Chickie —susurró Strong—. Lo

tendremos aquí durante una hora por lo menos.

Cuarenta y cinco minutos después, enfrascado en el libro, *Antsy* terminó por fin su ensalada de aguacates y llamó al camarero.

—Preparado, Chickie —dijo Strong—. Me parece que pide la cuenta.

Dos minutos después, Strong vio cómo el camarero volvía a salir.

—¡Putra mierda! —gruñó Strong al ver lo que llevaba el camarero—. ¿No te digo? ¡El tío ha pedido pastel de nueces y chocolate!

—No tiene vergüenza —respondió O'Neill desde su puesto de la avenida Connecticut. Hacía ya una hora que su estómago protestaba de impaciencia—. ¿Es que no sabe todas las calorías que lleva eso?

Antsy tardó sus buenos diez minutos en tomarse el pastel. Cuando terminó, volvió a llamar al camarero. Esta vez, éste le llevó una taza de café. *Antsy* le dijo unas palabras, luego dejó el libro abierto boca abajo en la mesa y se levantó.

A través de la ventana del café, Strong pudo seguir con la mirada a *Antsy* que, sorteando las mesas del comedor, se dirigía al aseo de caballeros, situado al lado de la cocina, fuera de su campo visual.

—Otra vez al retrete —susurró.

O'Neill, atento, vigiló estrechamente la puerta de la avenida Connecticut. Transcurrieron cinco minutos sin que *Antsy* apareciera.

—¿Dónde puñetas se ha metido? —dijo Strong—. ¿Nada por ahí?

—Por aquí sólo han salido dos chicas y un fulano con gabardina y sombrero de fieltro. A lo mejor padece de próstata —bromeó O'Neill desde la avenida Connecticut.

Otros cinco minutos, y *Antsy* no salía. En la voz de los agentes ya no se advertía ninguna nota de humor.

—Voy a entrar a ver, Danny —dijo O'Neill.

—Conforme —respondió su compañero—. Nos encontraremos en la puerta de la calle Diecinueve.

Menos de un minuto después, los dos agentes se encontraban en la mesa de *Antsy*, en la que seguía intacto el *cappuccino* al lado de la última novela de Tom Clancy.

—¡El muy cabrito se ha largado! —siseó O'Neill con rabia.

—¿Estás seguro?

O'Neill agitó la bolsa Benetton verde y blanca que traía a la espalda.

—La llevaba toda la mañana, ¿no te has fijado? Pero no cuando salió a almorzar. La he encontrado en el contenedor del aseo. El muy capullo la metió la primera vez que entró. Dentro tenía la ropa para despistarnos. ¡Era el de la gabardina y el sombrero!

Kazemi y Ansari, el ex estudiante de la Universidad Libre de Berlín, fueron los primeros miembros del comando de Said Dajani que cruzaron a Berlín Oeste. Ansari

condujo a su compañero por los controles de la zona oriental hasta el andén del tren de la calle Friedrich. A lo largo del andén, a un metro del borde, habían pintado una raya blanca. Cuando el tren entró en la estación procedente de las cocheras de Berlín Este, guardias uniformados de la zona oriental con metralleta se apostaron cada cien metros, junto a la línea blanca, para retener a la cincuentena de pasajeros de la zona occidental que había tomado el tren a la ida para poder sentarse. Mientras los occidentales los miraban con desprecio, los guardias fronterizos registraron el tren en busca de fugitivos. Patrullas provistas de escaleras de mano abrían todas las ventanillas de los lavabos para mirar el interior y hombres con espejos escudriñaban entre las ruedas por si algún loco hubiera pretendido huir del paraíso obrero de la Alemania Democrática. El silbato de un guardia fronterizo señaló que el tren había sido revisado y los dos libaneses subieron a él.

Los trenes que salen de la estación de la calle Friedrich atraviesan Berlín Oeste, la Alemania Oriental, la Occidental y siguen viaje a París, Zúrich, Amsterdam y Bruselas. Ansari dijo a su compañero que pararían dos veces en Berlín Oeste, en Zoo y en Wannensee, para tomar pasajeros. Pero las autoridades de la Alemania Occidental no se molestaron en hacer control alguno hasta que el tren salió de Wannensee y fue cerrado para la travesía de la Alemania Oriental.

A los pocos minutos, el tren llegó a la estación del Zoo. Los dos terroristas se apearon y bajaron a la estación del metro para dirigirse a su punto de destino, Kreuzberg, barrio obrero antes de la guerra que ahora albergaba a la mayoría de los inmigrantes de Berlín Oeste: turcos, iraníes y árabes.

Cuando ellos llegaban a Kreuzberg, sus dos compañeros pasaban los controles de la calle Friedrich. Éstos no tuvieron más dificultades con los guardias fronterizos que los terroristas que les habían precedido. Los guardias fronterizos sólo se interesaban por los alemanes orientales. Los dos hombres bajaron al andén más profundo del metro, el que Valentín Tobulko del KGB había utilizado para pasar al Oeste. Pero ellos tomaron el ramal que se dirigía hacia el norte, a Wedding y el Sector Francés de Berlín Oeste. Las viejas estaciones de Berlín Este estaban cerradas; grises y muertas, eran cavernas cubiertas de polvo y mugre. Por sus sombríos pasillos patrullaban los *Grenztruppen*^[3] armados para impedir que algún fugitivo tratara de saltar al tren. Entrar en la primera estación de Berlín Oeste, iluminada y animada, fue como salir de un cine oscuro al sol de la media tarde.

Dajani les había enviado a Wedding, el «Wedding Rojo» del Berlín de los años veinte, baluarte del nacionalsocialismo. El barrio apenas había sido bombardeado por los aliados y seguía siendo una zona obrera de clase media baja. Saied, el ex traficante de drogas, tenía una idea mejor. Le habían dado una dirección de la calle Residenz, una zona más próspera, al sur de Wedding.

La casa que buscaba era el número cincuenta, la Pizzería Capri. Los dos libaneses entraron y pidieron un *espresso* en la barra. El local era pequeño y limpio, y estaba decorado con motivos marineros, un par de caparzones de langosta sobre la pared,

una red de pesca colgada del techo y numerosas postales enviadas al dueño del local desde climas más soleados, pegadas en todos los huecos.

—¿Giuseppe? —preguntó Saied.

El hombre que estaba en la barra asintió.

—Mi hermano Abu Jalifa le envía saludos.

La noticia no pareció trastornar de alegría a Giuseppe, que gruñó frotando la ya reluciente cafetera.

—Buscamos alojamiento para unos días —prosiguió Saied—. ¿Sabe si hay algo por aquí?

Giuseppe siguió acariciando la cafetera con el cariño con que una anciana acariciaría a su gato. Finalmente, señaló con el dedo un edificio de ladrillo y estuco de cuatro pisos, que se veía por la ventana del café al otro lado de la calle Residenz.

—Pregunten al portero —dijo—. Pueden decirle que van de mi parte.

Los dos hombres terminaron el *espresso* y pagaron.

—*Ciao* —dijo Saied.

—*Maaq'Salaam*, adiós. Recuerdos a Abu Jalifa —respondió Giuseppe con perfecto acento árabe.

Cuando cruzaban la doble calzada, Saied observó con interés la sauna Moonlight de la esquina. En el solar de al lado se vendían coches usados. Su instinto le había traído al lugar preciso. En aquel barrio no faltaba de nada.

Precedió a su compañero por el portal de la casa 97/98, que era lo bastante amplio como para dar paso a una carroza de cuatro caballos, y se dirigió a la portería. El portero los llevó por una escalera trasera hasta un apartamento del tercer piso formado por una sala, dos dormitorios, una cocina, limpia pero rudimentaria, y un cuarto de baño.

—Quinientos marcos al mes —dijo el portero—. Dos meses por adelantado más uno de depósito.

Saied miró a su compañero y los dos hombres intercambiaron unas frases en árabe.

—De acuerdo —dijo y contó quince billetes de cien marcos que entregó al portero.

Minutos después, el hombre volvía con un formulario.

—Tienen que rellenar estas hojas y entregarlas en la policía del Landes Einwohner Amt, la oficina de censo —les explicó—. Es la ley.

Saied asintió muy serio. Aseguró al portero que inmediatamente se ocuparían de ello. Cuando el hombre se fue, Saied propuso hacer una visita al vecino comercio de venta de coches usados. Los coches estaban alineados al aire libre. Los examinaron uno a uno y por fin se decidieron por un *Opel 1987* con cuarenta y siete mil kilómetros, que se ofrecía por 9500 marcos. Saied advirtió que la chapa del impuesto de circulación no caducaba hasta dentro de cuatro meses.

Consiguió que le rebajaran el precio a 9250 marcos y cerró el trato. El vendedor

rellenó un formulario de pedido con el pasaporte de Saied. Luego, cobró los 9250 marcos en efectivo más ciento ochenta por dos meses de matrícula y seguro, lo cual les permitiría circular hasta que pusieran el coche a su nombre.

El trabajo del día le resultó a Saied bastante satisfactorio. Dajani había dado a cada equipo quince mil marcos para el coche y cinco mil para el apartamento. Las transacciones les dejaban un beneficio de casi diez mil marcos. ¿Por qué devolvérselos a Dajani? O ¿por qué compartirlos con su compañero, el dinamitero? A ése sólo le interesaba hacer volar en pedazos a la gente. Saied, por el contrario, sabía invertir los beneficios de una buena operación. Después de despedirse del dinamitero, se encaminó hacia la sauna Moonlight, a gozar de la recompensa de un día de trabajo bien aprovechado.

Al otro lado de Berlín Oeste, en Kreuzberg, el día también había sido afortunado para los otros dos miembros del comando. Kreuzberg significa «Montaña de la Cruz», ironía que pocos de los vecinos musulmanes del barrio comprendían o apreciaban. Las inscripciones pintadas con spray en las paredes de las casas estilo Bismarck, «*Yankees Aus raus*», —«Fuera Yanquis»—, hacían que los dos terroristas se sintieran como en casa. También ellos entraron en un café para buscar alojamiento, el Samsun Donner Kebab de la calle Oranien. Resultó que el propietario era primo del dueño de la casa número 82 de la calle Adalbert, muy próxima al café, de modo que antes de dos horas Kazemi y Ansari se habían instalado ya en un apartamento de la planta baja. Nadie les habló de llenar formularios para registrar oficialmente su presencia en el edificio. Los requisitos oficiales no son observados con gran escrupulosidad en Kreuzberg, barrio que, entre otras distinciones, ostenta el más alto índice de criminalidad de todo Berlín.

Para conseguir el coche, Ansari llevó a su cómplice a un cine al aire libre, en Mariendorf, que él había descubierto en sus días de estudiante. Durante el día, el lugar hacía las veces de mercadillo de automóviles. Media docena de vendedores estaban puestos en fila, ante los respectivos vehículos y un cartel con el precio colgado en el parabrisas. Los compradores examinaron los coches y, después del regateo habitual, se quedaron por 8700 marcos con un Ford Granada 1986, cuya chapa de circulación no caducaba hasta dentro de tres meses. El vendedor contó el dinero encima del capó, firmó los papeles a nombre de Kazemi y les entregó las llaves. Éste fue todo el proceso. El coche era suyo.

Después, de regreso al apartamento, Kazemi decidió concederse un pequeño relax. Salió a la calle y, guiado por su olfato para estas cosas, consiguió lo que buscaba en menos de veinte minutos: un buen terrón de hachís nepalí, del fuerte.

WASHINGTON, DC

Nunca se debe ir a una cita organizada por otro sin reconocer bien el terreno, para asegurarse de que no está vigilado ni se trata de una trampa. En los cementerios de

todo el mundo hay agentes que olvidaron esta máxima. Por ello, en aquella primera cita de su carrera, la capitán Dulia Vaninia se propuso aplicar rigurosamente los procedimientos del KGB. Llegó al aparcamiento situado enfrente del restaurante China Paradise de Tyson's Corner, una hora antes de las 18.30 indicadas en la postal de Aix-en-Provence.

Aparcó su Toyota gris delante de una lavandería situada a unos cincuenta metros del toldo azul y blanco del restaurante y perpendicular a él. Entró en la lavandería con un saco de ropa, buscó una lavadora libre y, cuando la máquina se puso en marcha, tomó un ejemplar del *Cosmopolitan* y se sentó en una especie de salita, junto a la ventana. Fingió concentrarse en la lectura de un artículo que formulaba una pregunta candente: «La cortesía del condón, ¿tuya o de él?», tema que, por desgracia, no había tenido muchas ocasiones de tratar en los tres años y medio que llevaba viviendo ilegalmente en Estados Unidos. En realidad, su atención se dirigía a la zona situada delante del China Paradise. Desde su observatorio dominaba todo el aparcamiento y podía descubrir cualquier indicio de vigilancia sin despertar sospechas.

Durante cincuenta minutos observó el lugar, recargando la lavadora a intervalos. Tres años y medio, pensaba. Durante tres años y medio, había vivido en lo que había llegado a convertirse en un refugio cálido y seguro, la personalidad de la mujer creada por ella: Nina Wolfe. Durante los seis primeros meses, hubo momentos de pánico y ansiedad, luego se sintió cómoda y libre. Ahora, dentro de unos momentos, tendría que abrir la puerta de una furgoneta, subir a ella y marcharse. Al hacerlo, ponía en peligro su disfraz y quizá también su refugio. Ya no podría volver a escudarse con seguridad en la personalidad de Nina Wolfe.

«Basta», se dijo. Vigilar. Estudiar. Comprobar. Poco después de las seis y cuarto, vio entrar en el pequeño aparcamiento una furgoneta beige. Advirtió el titubeo del conductor al buscar un hueco para aparcar. Pasó lentamente por delante del China Paradise y de una plaza vacía. Ella miraba detrás de la furgoneta, buscando una señal delatora de que alguien la seguía.

El conductor, después de dar la vuelta completa al aparcamiento, dejó la furgoneta en un sitio libre, al otro lado del toldo azul y blanco del restaurante. Sin hacer ningún esfuerzo aparente por examinar sus alrededores, el hombre se apeó, se quitó la gabardina y el sombrero, los dejó en el asiento trasero y se alejó. La capitán Vaninia siguió con la mirada su jersey blanco, con una franja en zigzag marrón y negra hasta que se perdió de vista, todavía buscando indicios de alguna vigilancia. No descubrió nada.

Esperó diez minutos, hasta que la última carga de la colada estuvo seca, y volvió a su Toyota; dio la vuelta a la manzana y aparcó. «Ahora», pensó. Una aspiración lenta y profunda para aliviar la tensión. Abrir la puerta. Retroceder hasta la esquina con despreocupación. ¿Habría un agente del FBI vigilando la furgoneta desde alguna ventana de la plaza? Si así era, mejor no pensar en él.

Llegó ante la furgoneta. Extendió la mano, abrió la puerta y subió. El pánico la

asaltó con la violencia de un puñetazo en el estómago. No había llaves. ¿Dónde estaban las llaves? Era una trampa. «Espera —se dijo—. Calma». ¿Debajo del asiento? Palpó con la mano la alfombrilla de goma. Allí estaban.

Miró al asiento trasero, donde el correo había tirado la gabardina. Vio el bulto de una maleta debajo. Con mucha precaución, comprendiendo que no era el momento de rayar un guardabarros ni de saltarse un semáforo, puso en marcha el coche.

Desde que el hombre del KGB burlara su vigilancia, Chick O'Neill y Denny Strong hacían lo único que podían hacer: mantener el coche bajo observación, esperando el regreso de su conductor. Strong lo había «señalado» colocando debajo del guardabarros un transmisor del tamaño de un botón que emitía una señal de radio continua. Ello facilitaría la tarea de seguir a *Antsy* cuando volviera de donde hubiera ido, a no ser, como había señalado O'Neill, que regresara directamente a la Embajada, porque seguirle hasta allí no supondría un gran problema.

—¡Ahí viene! —susurró Strong, poco después de las seis y media desde su puesto de la calle Diecinueve—. Acaba de doblar la esquina. Viene con el jersey. Habrá tirado la gabardina que usó para despistarnos. —Hizo una pausa—. Sí, va directamente al coche. ¡Por los clavos de Cristo!, Chickie, el cabronazo tiene una sonrisa como el culo de un elefante, en su cara de imbécil.

—¿Y por qué no? Hace semanas que nos descubrió. Lo de hoy lo habrá preparado durante meses.

—Bueno, Chickie, por lo menos tenemos una satisfacción.

O'Neill irguió el cuerpo con interés.

—El muy cabrito tiene dos multas de aparcamiento por haberse pasado de tiempo.

Nina Wolfe dio una palmada tranquilizadora en el hombro de la gorda jovencita a la que despedía en la puerta.

—Pon las cintas antes de dormirte y al despertarte por la mañana. Así se reforzará la sugestión poshipnótica que he tratado de implantar en tu subconsciente y te hará efecto cuando te quieras tomar un batido o un helado.

La muchacha miró a Nina con los ojos agradecidos del cocker spaniel que contempla un hueso.

—Vale, gracias, doctora. Espero que funcione. A mi amigo no le gustan las gordas.

—Doctora, no —dijo Nina firmemente abriendo la puerta del descansillo—; yo sólo soy una consejera.

La muchacha se fue y, cuando desapareció, un hombre salió de entre las sombras de la escalera. Era alto, con el pelo rubio cortado al estilo militar, los ojos azul pálido y la sonrisa inexpresiva del modelo masculino que anuncia un masaje para después

del afeitado. «Un agente del FBI —pensó ella—. Me vigilaban. Me siguieron hasta aquí cuando recogí la furgoneta».

—¿La señorita Wolfe?

—Sí.

«Ten calma —se dijo—. Que no te delate el miedo».

—¿Puedo pasar un momento?

—¿No podría volver mañana? Iba a cerrar.

—Es urgente. Tengo que dejar el tabaco. Órdenes del médico. El corazón.

«Será mejor que hable con él —pensó ella—. Si es un agente, una negativa no haría más que empeorar las cosas». Condujo al hombre al despacho, le ofreció una butaca de orejas y se instaló detrás del escritorio sacando el cuestionario que rellenaba para los clientes que querían dejar el tabaco.

—Bien —dijo—, ¿cuántos cigarrillos fuma al día?

—Yo no fumo.

Ella levantó bruscamente la cabeza y le miró asustada y desconcertada.

—Tres veces maduraron las manzanas nuevas.

Ella se quedó con la mente en blanco. Le miró uno o dos segundos, con los labios entreabiertos como si se le hubiera obturado la nariz y tuviera que respirar por la boca. Desde que recibió la postal, había repetido mentalmente aquellas palabras infinidad de veces. Ahora, cuando las necesitaba, desaparecían por un agujero negro del cerebro, como el nombre de ese viejo amigo que nos encontramos de improviso al doblar una esquina.

—«Tres cosechas se recolectaron en los campos». —Pronunció el verso de «La patria» de Vadim Strelchenko con tan evidente alivio que el visitante sonrió.

—Comandante Valentín Tobulko —dijo—. Felicidades, capitán, por la eficacia con que vigiló usted el lugar de la cita con la furgoneta. No ha olvidado lo que aprendió en Bykovo.

—Gracias, comandante. ¿Quiere tomar algo?

—¿Espera más visitas?

—No. Ésa era la última cliente.

—Bien. Durante los diez próximos días, vamos a trabajar juntos en una misión de gran importancia.

La capitán Dulia Vaninia se recostó en el respaldo de su sillón.

—Estoy a sus órdenes.

El hombre sacó del bolsillo un plano de Washington que extendió encima de la mesa.

—En primer lugar —dijo—, debe usted alquilar un pequeño apartamento amueblado para nosotros dos en este barrio. —Trazó con el índice un pequeño arco que iba desde la avenida Connecticut hasta la calle Trece, por New Hampshire—. Con teléfono. Pague en efectivo. Alquílelo para dos o tres meses. Diga que somos un matrimonio que trabaja en IBM y que hemos venido para hacer un cursillo de prácticas

o algo parecido. ¿Supongo que dispone de dinero en efectivo?

—Sí, señor.

—Instálese en cuanto lo encuentre. Llévase el mínimo de enseres, para no dar la impresión de que se muda de casa. A sus clientes dígales que se va unos días.

—¿Y el coche?

—Déjelo. Daría una pista a la policía. Cuando tenga el apartamento, deje una carta dirigida a mí, Roy Banwell, en Lista de Correos de la oficina de Florida esquina con la calle T. Hasta que yo llegue, procure no salir del apartamento más que lo estrictamente indispensable. Llévase el *Spetosk* y los códigos, desde luego. ¿Hay aquí o en su casa algo que permita relacionarla con los órganos?

—Nada.

—De todos modos, antes de marcharse, cerciórese de ello. Si encuentra algo, destrúyalo.

—¿Punto de contacto de emergencia?

—La lavandería situada al lado del restaurante chino, el miércoles a las 14:30 y, en días sucesivos, una hora después. —El comandante extendió la mano—. Necesito las llaves de la furgoneta.

Ella las sacó del bolso.

—Y también la maleta que estaba en el asiento trasero. —Se levantó—. Procure haberse mudado el lunes a más tardar.

—Eso no da mucho tiempo.

Él se encogió de hombros y se fue hacia la puerta.

—Diga —dijo al abrirla—, ¿de verdad consigue que la gente deje de fumar?

El lunes veinticinco de octubre por la noche, Said Dajani ordenó a su comando de cuatro hombres que fueran a Wiesbaden en uno de los coches recién adquiridos. La finalidad de la orden era triple: quería que reconocieran el objetivo y se familiarizaran con las carreteras por las que circularían cinco días más tarde; quería que se convencieran de lo fácil que era cruzar la frontera por aquella ruta y, finalmente, lo más importante: tenía que entregarles los sesenta kilos de explosivos *Semtex* que utilizarían en el coche bomba cuando regresaran a Berlín por la Alemania Oriental.

Los cuatro salieron al amanecer del día siguiente. Tal como les habían dicho, no había controles para salir de Berlín Oeste. Al entrar en la Alemania Oriental, la policía fronteriza oriental les hizo parar y les pidió el pasaporte. Se lo devolvió con pases de tránsito que indicaban la hora y lugar de su entrada en la Alemania Democrática. Las consignas que afectaban al viaje eran simples. Debían permanecer en todo momento en la autopista designada como automovilistas en viaje. Podían detenerse para repostar, para comer y para ir al aseo, pero para nada más. La razón de aquella orden era sencilla: aquella misma autopista era utilizada por el tráfico civil normal de la Alemania Oriental. El tráfico oriental entraba y salía de la autopista por

salidas normales, que sólo eran ocasionalmente vigiladas por la policía oriental. No querían que los occidentales las utilizaran para merodear por la Alemania Democrática, y uno de los controles clave del puesto de salida correspondía al tiempo que el automovilista occidental había invertido en el viaje. Si excedía del tiempo normal, debía dar una explicación satisfactoria por su bien.

El viaje por la Alemania Oriental fue lento y aburrido. A pesar de que el tráfico era escaso, viajaron a una velocidad regular de noventa kilómetros por hora. Dajani les había advertido que a la policía les encantaba poner multas por exceso de velocidad, que debían ser pagadas en el acto y en moneda dura. Pasando Eisenach entraron en Alemania Occidental. En la frontera, el guardia oriental examinó cuidadosamente los visados de tránsito y pasaportes, para comprobar su identidad, pero no registró el coche. Unos doscientos metros más allá, el guardia fronterizo de Alemania Occidental ni siquiera miró el coche.

Poco antes de mediodía, llegaron a la ciudad de Wiesbaden que se extiende sobre las colinas que forman la ribera norte del Rin. De acuerdo con las instrucciones, salieron de la autopista en Wiesbaden-Erbenheim y tomaron por la carretera 455 en dirección a Königstein. Allí, frente a unos campos de patatas, donde la colina iniciaba el descenso hacia el Rin, estaba su objetivo. En alemán se llamaba Siedlung Hainerberg y, en inglés, Hainerberg Military Housing Area, viviendas militares. El recinto, de forma triangular, comprendía una comisaría, un economato, una iglesia, tres escuelas y ochenta y un barracones de tres pisos, construidos para la Luftwaffe antes de la guerra y convertidos por las Fuerzas Armadas de Estados Unidos en viviendas para los soldados y sus familias. Más de cinco mil personas vivían en el recinto. A unos doscientos metros del límite occidental había otras dos zonas de viviendas, destinadas a oficiales y suboficiales y sus familias.

Los cuatro terroristas observaban su objetivo en un profundo silencio, tanto por el miedo como por la emoción. Recorrieron el extremo norte del triángulo, los campos de patatas a la derecha, y el complejo a la izquierda. Los barracones habían sido construidos según el estilo que inspiraba a los arquitectos del káiser Guillermo; achaparrados y macizos, con tejados muy inclinados. Estaban pintados de color arena, verde lima y amarillo pálido, y cada uno tenía cuatro números negros en la base. Una valla metálica verde de ocho metros de alto con sólo un alambre de espino en la parte superior rodeaba el complejo. A los dos minutos de recorrer la valla, llegaron a la entrada principal, situada en la calle Washington. El coche que les precedía viró y entró en el complejo.

—¡No puedo creerlo! —susurró Ansari.

—Es increíble —coreó uno de sus compañeros.

No había en la puerta absolutamente ninguna vigilancia que protegiera la zona: ni puesto de guardia, ni control, ni policía militar que ordenara el tráfico, nada.

—Es más fácil que el cuartel de los marines y que la Embajada americana — declaró el que había conectado bombas que destruyeron la Embajada.

Lentamente, dieron la vuelta al complejo tres veces, primero por la 455 hasta la avenida Nueva York, luego hacia el vértice del triángulo y después subiendo por la avenida Abraham Lincoln hasta la 455. A cada vuelta que daban alrededor del objetivo crecían la confianza y el asombro.

—De tan fácil, parece una trampa —dijo Kazemi.

—Pues no lo es. Estos americanos están locos, locos, locos —respondió Ansari.

Discutieron un minuto sobre si entraban en el complejo, para determinar el lugar exacto en el que pensaban dejar el coche bomba el sábado por la noche. El riesgo les pareció innecesario y decidieron no correrlo. Lo que hicieron fue dirigirse a la autopista 66 y el aeropuerto de Frankfurt. Condujeron despacio, tardando exactamente treinta y tres minutos. Ansari, el de apariencia menos árabe de los cuatro, entró en el aeropuerto y compró cuatro pasajes para el vuelo 660 de la Pan Am del sábado por la noche que despegaba hacia Berlín a las diez menos cinco. Dio al empleado del mostrador cuatro nombres falsos que había seleccionado de las páginas deportivas del *International Herald Tribune*. A las tres de la tarde, habían emprendido el regreso a Berlín.

WASHINGTON, DC

La capitán Dulia Vaninia echó las llaves del coche al cajón central del escritorio. Inspeccionó el despacho, repasando metódicamente la lista que se había hecho mentalmente. Tenía siete mil quinientos dólares en efectivo en el monedero, la mayor parte de lo acumulado en su cuenta del Riggs National Bank. Había aplazado todas las horas dadas a clientes para los diez días siguientes. Había dejado mensajes en los dos contestadores y dicho a la mexicana que le hacía la limpieza del piso que se iba a Europa. No había olvidado nada. Salió del consultorio, cerró la puerta y colgó del picaporte el cartel que había preparado.

Sin más impedimenta que la cartera debajo del brazo, la mujer fue andando hasta Tyson's Corner a coger el autobús para ir al otro lado del río. Nina Wolfe, hipnoterapeuta, había desaparecido de la faz de la Tierra, por lo menos, por el momento.

—¿Está seguro de que no se pasarán la zona de descanso?

—Sí, coronel, estoy seguro.

Abu Said Dajani trató de disimular la impaciencia que le producía la pregunta de su superior del KGB. Los dos hombres paseaban por la grava de la zona de descanso de una autopista, dos kilómetros al norte del enlace con la carretera 246, a menos de treinta kilómetros de la frontera entre la Alemania Oriental y la Occidental.

—Me gustaría estar tan seguro como usted. Con esta gente... —El coronel pisó el cigarrillo dejando la frase en el aire.

—Comprendo por qué los occidentales no controlan los coches que salen de la autopista —dijo Dajani, optando por cambiar de tema—; pero lo que no entiendo es por qué no los registran los alemanes orientales.

—Porque, en 1971, nuestros estúpidos diplomáticos cometieron un error. Firmamos un acuerdo que decía que las tres autopistas de acceso a Berlín Oeste serían para el servicio del tráfico civil de Berlín Oeste y que el tráfico no sería entorpecido. Por eso los alemanes orientales no registran los coches.

—¡Venga, coronel!

—Nosotros respetamos los acuerdos. —Dajani sintió que el coronel le miraba en la oscuridad—. Eso deben de saberlo ustedes mejor que nadie.

—Pues debe resultarles difícil ser tan respetuosos.

El coronel encendió un cigarrillo y reflexionó unos momentos antes de contestar.

—Nos cuesta. ¿Se acuerda del agente que los ingleses habían introducido en el KGB? ¿En el Centro?

—¿El que estuvo tantos años trabajando para MI6? ¿En Escandinavia?

—Sí. Bueno, pues así lo salvaron. Lo llevaron a Berlín Este, lo metieron en el maletero de un coche de soldados ingleses y le hicieron cruzar la frontera por el puesto Charlie. Ellos saben que nosotros no registramos los coches de los soldados aliados.

Dajani silbó con suavidad.

—Sabemos que en Berlín Oeste hay una organización que se dedica a pasar a gente a la Alemania Occidental. El contrabandista sale de Berlín Oeste y para en una zona de descanso como ésta donde le espera un alemán oriental. Se mete en el maletero y sale del país. Cincuenta mil francos suizos le cobran por eso.

—¿Y quién tiene tanto dinero en Alemania Oriental?

—Nadie. Lo pagan los amigos y parientes de Occidente.

El sonido de unos neumáticos sobre la grava interrumpió la conversación. El coronel se escondió entre las sombras. Dajani reconoció a su comando.

—*Salaam* —dijo—, ¿cómo fue?

—Será fácil —respondió Kazemi—. Muy fácil, seguro.

Dajani se acercó a su coche y sacó dos maletas.

—Abre el maletero —ordenó. Las cargó y luego se inclinó a hablar con los que estaban dentro del coche—. Está todo lo que pediste —dijo a Nasredin, el especialista en explosivos—. Si necesitas algo más, llámame y te lo traeré.

Dio una palmada en la puerta del coche, como el vaquero que golpea el anca de un caballo. El comando arrancó y se fue.

—Ya ve, coronel —dijo Dajani subiendo a su propio coche—. Los árabes entienden las instrucciones, al fin y al cabo.

Media hora después, el comando entraba en Berlín Oeste con su mortífera carga, sin ser molestado.

En cierto modo, y por extraño que pudiera parecer, el barrio que la capitán había elegido para escondite de ambos, recordaba a Valentín Tobulko la zona de Moscú, en las inmediaciones de la calle Gorki, donde vivía cuando estudiaba arte dramático. Al igual que las calles de aquel vecindario, la calle Church estaba bordeada de árboles, arces que en primavera y verano cubrían la estrecha calle como un toldo de sombra. Los edificios eran anteriores a la Primera Guerra Mundial: tenían cúpulas, y cornisas, y miradores abombados y, al igual que muchos edificios antiguos de Moscú, sus paredes estaban pintadas en tonos pastel: verde tilo, rosa, malva, beige y azul celeste. Y sobre todo era una calle tranquila. Como su viejo barrio, que parecía haberse salido del tiempo para preservar un Moscú prerrevolucionario, éste parecía conservar el recuerdo de otro Washington, la soñolienta capital sureña de una nación adolescente.

Cuando Valentín Tobulko bajaba por la calle en dirección al número que ella le había dado, pasó junto a un cartel sujeto a un farol con alambre. «Este barrio denuncia todas las actividades sospechosas a la policía metropolitana», advertía. «Bueno, espero que todas no», pensó reprimiendo la risa.

La casa que buscaba, la 1750, era beige y tenía las maderas pintadas de marrón. Tobulko se paró, vio el medio tramo de escaleras que conducía al semisótano, bajó y tocó el timbre. Ella abrió en seguida.

—La elección es excelente —dijo él—. Felicidades.

—*Spasiba*, gracias, comandante —respondió ella.

—Y ahora se olvidará de mi nombre. Yo soy su amante, Roy Banwell, Nina Wolfe. Y no hablaremos ni una palabra más de ruso hasta que volvamos a tener el suelo de la *Rodina* debajo de los pies. Vuelvo dentro de unos minutos.

Diez minutos después, estaba de vuelta con la furgoneta. Entró en la casa con dos pesadas cajas del tamaño de un cubo de basura y las abrió. Cuando hubo desembalado el contenido, sacó de la cartera dos placas de circuitos impresos y empezó a conectarlas a los aparatos que había sacado de las cajas.

—¿Puedo preguntar qué son? —preguntó ella.

—Unos generadores que emiten una señal muy precisa y particular. Tengo que montarlos y probarlos y después informar a Moscú de que están preparados. Cuando nos den la orden de proseguir con la misión, si nos la dan, te diré lo que tenemos que hacer con ellos.

Una hora después, había terminado el trabajo.

—El funcionamiento es muy sencillo —dijo. Levantó el cable eléctrico unido a uno de los generadores de la señal—. Lo único que tienes que hacer es enchufarlo a la base de la pared y accionar el interruptor. —Señaló un interruptor de palanca colocada en la parte superior del generador—. Entonces empezará a emitir la señal. —Para la prueba, él había dirigido los generadores de manera que lanzaran la señal hacia el norte, en dirección opuesta a la Casa Blanca—. No se ve ni se oye nada. En realidad, sólo sabrás que el generador está emitiendo por esta luz roja. —Señaló una

lámpara situada encima del aparato—. ¿Entendido?

Ella asintió.

—Los probaremos ahora. Yo llevaré la furgoneta a otro sitio. Cuando llegue, te llamaré por teléfono. Quiero que entonces conectes primero un generador y luego el otro.

—Parece muy simple.

Tobulko estaba poniéndose la americana y, cuando ella habló, se quedó quieto un momento, con la manga a medio poner. A ella le pareció que iba a decirle algo, quizá a advertirle de que lo que estaban haciendo no era tan simple como podía haberle dado a entender. Cualquiera que fuera su pensamiento, se lo guardó, silenciado por los preceptos del servicio.

Tobulko había elegido el lugar de la prueba con mucho cuidado. Era el cruce de Lanier Place con Ontario, a una manzana de la avenida Columbia. La esquina estaba aproximadamente a ochocientos metros del semisótano del 1750 de la calle Church, poco más o menos la distancia que separaba esta calle de la Casa Blanca. Más importante aún: si el semisótano representaba el vértice de una V, la intersección se desviaba sólo unos grados de una bisectriz de la V imaginaria. La señal que emitirían los generadores estaba enfocada con precisión. Cuando llegara aquí, a ochocientos metros de la fuente, abarcaría un arco muy estrecho. Podía estar seguro de que este punto quedaría dentro del arco. Si la señal llegaba a la furgoneta no había duda de que, si se hacía girar la fuente ciento ochenta grados, también llegaría a la Casa Blanca.

Encontró un hueco próximo a la intersección, aparcó y sacó de la guantera lo que parecía un aparato de radar para controlar la velocidad de los automóviles. En realidad, el aparato funcionaba por el mismo principio que los detectores diseñados para captar las señales de radar de la policía, salvo en una cosa: que captaba señales de la parte baja del espectro electromagnético, a frecuencias que iban de uno a treinta hercios.

Tobulko conectó el aparato. Se encendió una pantalla miniatura de contador digital, como cuatro sellos de correos puestos en fila. Unos números rojos aparecían y desaparecían. A veces, un número se congelaba durante un segundo o dos; otras veces, los números parpadeaban como los de un autorradio cuando se explora con rapidez la banda de amplitud modulada. Lo que el dispositivo captaba era el campo electromagnético «de fondo» que envolvía la furgoneta, la radiación de muy baja frecuencia que probablemente emitía el material rodante que circulaba por la avenida Columbia.

Tobulko llamó al piso por el radioteléfono.

—Conecta el número uno —dijo.

La oyó taconear en el mosaico del suelo al acercarse a los generadores.

De pronto, cuatro números, justos los que él quería ver, brillaron con nitidez en el contador digital. No se movían, ni parpadeaban. Estaban fijos, como una sarta de

rubíes descansando sobre terciopelo negro en el escaparate de una joyería. Era lo que le habían dicho en Moscú. La señal emitida por el generador situado a ochocientos metros invadía la furgoneta con tanta fuerza que ahogaba las señales del entorno.

—Apaga —ordenó—. Y ahora conecta el otro.

Ocurrió exactamente lo mismo. La señal fijó los cuatro números en el contador digital como si se tratara de un reloj que se había parado. La señal estaba allí, con él, en la furgoneta. Estaba en el aire que respiraba, en el espacio en el que se movían sus dedos, detrás de él, encima de él, a su lado, era un manto invisible cuya presencia sólo podía detectar la caja negra que tenía en la mano. Dentro de pocos días, a una orden suya, el fantasma electromagnético que ahora daba vueltas a su alrededor en el interior de la furgoneta sería lanzado contra la Casa Blanca. No había corredor, ni armario, ni cámara, ni sala de conferencias impenetrable a su presencia invisible e impalpable. Incluso la inexpugnable ciudadela de la mente del presidente de Estados Unidos, quedaría a su merced.

Valentín Tobulko había salido de casa para hacer la prueba, lleno de dudas y preocupaciones. Regresó a la calle Church envuelto en una serenidad similar a la del monje tibetano transportado por la meditación. Ante todo estaba intimidado por la hazaña de la tecnología del sistema soviético que acababa de presenciar y de la que él, en aquel momento, se sentía orgulloso guardia pretoriano.

Tres horas después, Valentín Tobulko se hallaba en un árido montículo contiguo a la autopista de Cabeza del Indio en Maryland, detrás de Fort Foote Village. A cualquiera que reparara en él —y nadie reparó— le hubiera parecido un observador de aves que con el brazo extendido seguía el vuelo de alguna exótica criatura por el horizonte. Efectivamente, él seguía el vuelo de un ave, un satélite de comunicaciones soviético al que, con el transmisor *Spetosk* de Nina Wolfe, envió la noticia del éxito de la prueba.

Paul Mott, de Contraespionaje, entró en el despacho de Art Bennington precedido del clic-clic de la tableta antiácida chocando contra sus dientes. Llevaba una americana sport y un pantalón de franela tan arrugados que daba la impresión de que los había usado como pijama durante las dos últimas semanas. La investigación del asesinato de Ann Robbins que Mott dirigía, había quedado encallada en su primera fase. Ello era, como había informado a Bennington, el motivo de su visita.

—¿Qué tal ese estómago, Paul? —preguntó Bennington indicándole una silla.

—Ya no tengo estómago, Art —suspiró el visitante—. Tras veinte años en este edificio, lo que tengo es una olla de ácido debajo de las costillas.

Esto provocó unos comentarios sobre las dificultades de la vida en la Agencia. Finalmente, Mott dijo:

—Acabo de recibir algo que me ha parecido que debías saber. Francamente, no es mucho; en realidad, si se mira bien, no es nada. En fin, ayer, en Maryland, volvieron

a detectar el transmisor *Spetosk*.

—¿El que la NSA detectó antes de que asesinaran a nuestra vidente?

—Eso dicen los de la NSA.

Art lo meditó un momento.

—Hay otra cosa —prosiguió Mott—. El sábado, uno de nuestros amigos de la Embajada escapó de sus niñeras. No cabe duda de que lo hizo deliberadamente. Tenía una cita. ¿Podría ser con el dueño del *Spetosk*?

—Sí —convino Art—. Es una posibilidad que, por lo menos, no hay que descartar.

—Al parecer, el tío fue a recoger un mensaje o tenía una cita con algún agente. De todos modos, hay que tenerlo en consideración.

Es lo que hizo Bennington cuando Mott se fue, pensar en ello, inmóvil en su sillón, mirando la pared en la que la cara de Nina Wolfe parecía dibujarse como una percepción subliminal que tomara forma. Cogió el teléfono. Tenía que acallar las dudas que aún le corroían. No podía dejarlo ni un día más. Colgó el teléfono, furioso. El contestador, siempre el condenado contestador. Ella estaría sentada a media luz en el despacho, tratando de conseguir que una mocosa gorda dejara de atiborrarse de chocolate. No había devuelto ninguna de sus llamadas, al menos por la noche. Y durante el día, él no podía darle el número del despacho, ¡mierda!

Bueno, tendría que ir a verla. La última visita entraba a las seis. La llevaría a cenar y se lo preguntaría con toda la diplomacia posible. Lo cual no era su fuerte. «Por cierto, guapa, ¿cómo supiste mi nombre?». Ojalá la respuesta le convenciera.

—Bomboncito —dijo a Ann Stoddard, su ayudante—, otro día de heroico trabajo al servicio de la nación ha terminado, por lo que a mí respecta.

Alí Nasredin pudo elegir cuál de los dos coches iba a cargar con los explosivos. Eligió el Ford porque era más espacioso, y al día siguiente lo llevó a un apartado bosque a orillas del Wannsee donde podría trabajar sin ser molestado ni observado.

El explosivo plástico *Semtex* estaba embalado en doce panes de cinco kilos cada uno. Debidamente detonados, podían producir una deflagración casi tan mortífera como la utilizada contra la Embajada americana en Beirut, atentado en el que murieron sesenta y tres personas.

El problema consistía en conseguir que cada uno de los panes explotara con la máxima efectividad. Para ello, cada uno debía ser detonado individualmente y de forma simultánea, por lo que Nasredin preparó la detonación de la carga en una serie de cadenas paralelas. Primero colocó cuatro panes de plástico en el fondo del maletero del Ford. Después podrían taparse con una manta. A continuación, desmontó el asiento trasero, le quitó los muelles para dejar más espacio e introdujo otros cuatro panes. La última y más difícil operación fue colocar un pan debajo de cada uno de los asientos delanteros. El *Semtex*, como la mayoría de los explosivos de

plástico, es un material maleable y Nasredin tuvo que aplastar los panes para que cupieran debajo de los asientos.

Una vez colocados, insertó un detonador en cada uno. Después, conectó con cable los detonadores en cuatro cadenas de tres panes cada una, una en el maletero, otra debajo del asiento trasero y otra debajo del asiento delantero. Luego, conectó los cuatro cables a una clavija que introdujo en el dispositivo de disparo. Nasredin era un entusiasta de la bomba de botón accionada por mando a distancia utilizando un dispositivo de control de radio que funcionase en una amplitud de banda VHF de dos o seis metros, utilizando, por ejemplo, las radios que los críos usan para maniobrar los aviones de aerodelismo. Pero, en este caso, ellos estarían a cientos de kilómetros del lugar cuando explotara la bomba, por lo que tenía que usar un temporizador ajustado a las once. Parecía un reloj normal y lo era realmente, salvo que al marcar las once, cerraría un circuito eléctrico que liberaría una descarga eléctrica en cada una de las cuatro cadenas de explosivos simultáneamente.

Hasta aquí, la parte fácil. La parte difícil tendría que hacerla Nasredin cuando el coche estuviera aparcado en el lugar del atentado. Utilizaría como fuente de energía la batería del coche. Ello significaba que tendría que conectar los cables al temporizador «con carga», de manera que cuando las manecillas del reloj señalaran las once, la corriente de doce voltios de la batería pasara a las cadenas.

De todos modos, conectar coches bomba era algo que Nasredin podía hacer con los ojos cerrados. De momento, retrocedió unos pasos y contempló su obra muy complacido. Todos los cables quedaban escondidos debajo de las alfombrillas. El temporizador estaba sujeto con cinta adhesiva a la base del árbol del volante, fuera de la vista. Si alguien se asomara a su Ford Granada, nunca podría sospechar que era el instrumento más mortífero que sus hábiles manos habían podido fabricar.

—Es muy fácil —dijo Wolfgang, el terrorista de las Brigadas Rojas que daba instrucciones a Saied Hakim—. Llevas el coche hasta la calle Washington y, después de la curva hacia la derecha, tuerces por la segunda a la izquierda, la calle Florida. Tu objetivo es el último edificio grande de la mano izquierda. No tiene pérdida. Tiene el número 7777 pintado en la pared. Cuando lo tienes delante el aparcamiento queda a la derecha.

—¿Estás seguro de que no habrá vigilancia? —preguntó Saied por segunda vez.

Wolfgang sonrió despectivamente. A su lado, Ulla, su amiga, ahogó la risa. La muchacha tenía la piel muy blanca y el pelo muy rubio y muy sucio, como si el champú le pareciese un desecho tóxico.

—No la habrá, a no ser que tú les llames por teléfono para anunciarles tu llegada —dijo Wolfgang. Ulla soltó una risita de admiración—. El partido de fútbol terminará alrededor de las cuatro. De seis a siete, no habrá nadie por allí. Tú llegas y aparcas el coche para la fuga lo más cerca posible del edificio. Luego, a las nueve, cuando

llegues con el coche cargado, tendrás el sitio reservado.

—Me parece una estupidez tener que entrar dos veces.

Saied tenía un acento lastimero, como el del niño que pregunta si realmente tiene que ir a buscar algo al rincón oscuro.

La sonrisa burlona no se borraba de las facciones de Wolfgang. Estos árabes. Les gustaban las cosas fáciles.

—Mira, si no dejas un coche guardando el sitio como yo te digo, cuando llegues allí no encontrarás dónde aparcar y tendrás que irte muy lejos. Y todo lo que conseguirás con tu preciosa bomba es abollar unos cuantos coches.

—Está bien, está bien —suspiró Saied.

—Los uniformes están en la bolsa, debajo de la mesa —susurró Ulla.

—Bien, ahora nos vamos. Por favor, no salgas antes de cinco minutos.

Los dos alemanes se levantaron y salieron del café, dejando a Saied mirando su taza, muy preocupado.

Abu Said Dajani escuchaba atentamente mientras su comando de cuatro hombres exponía el plan como si recitara una lección.

—Cambiaos de ropa cuando vayáis camino del aeropuerto —ordenó—. Deshacedos de los uniformes. No los dejéis en el coche.

Luego, salió a examinar el Ford.

—Dormid bien —les dijo cuando hubo terminado—: Mañana debéis tener la cabeza despejada. —Los abrazó uno a uno—. Venganza —susurró al marcharse.

Dajani se dirigió a la estación del metro de Kottbuser Tor situada en el corazón de Kreuzberg y subió a la línea que los berlineses llamaban «Orient Expres». Tenía una última operación que hacer antes de regresar a Berlín Este, y las instrucciones del coronel habían sido precisas. Se apeó en la calle Koch y fue calle arriba. Ante él, vio unos cuantos coches que salían de Berlín Este por el puesto de control Charlie. Como le había ordenado el coronel, cruzó la calle delante del número 60. Allí, frente a una tienda de mantas, en el lugar en que el coronel le había dicho que las encontraría, estaban las tres cabinas telefónicas amarillas. Entró en una y sacó del bolsillo un puñado de monedas de cinco marcos, las introdujo en la ranura y marcó el número que le había dado el coronel: 00 98 34 271 6

—*Bah key kaar dareed?* —contestó una voz de hombre en *farsi*—. ¿Con quién quiere hablar?

—Digan al jefe que el paquete está preparado y será entregado mañana —dijo Dajani en árabe, y colgó.

La muchedumbre gritaba de alegría, las llamas de la hoguera extendían sus dedos rosados en la noche. Sonó un cañonazo de saludo. Lanzando grititos de júbilo, media docena de animadoras vestidas con jersey blanco y minifalda, corrieron en círculo alrededor del fuego. El festival del Instituto General H. H. Arnold, en Wiesbaden, había empezado oficialmente.

Al igual que la mayoría de los centros de enseñanza encuadrados en el Sistema Escolar del Ministerio de Defensa para el extranjero, el General Arnold se esforzaba por mantener un tono y un ambiente tan americano como las escuelas de Estados Unidos que los padres de sus alumnos estaban allí defendiendo. El entrenador de los «Warriors» de la escuela presentó, uno a uno, a los componentes del equipo entre los vítores del público. Los jugadores llevaban todavía la camiseta y el chándal y, con los ojos brillantes de orgullo y emoción, se estrechaban las manos a medida que eran presentados, como si se dispusieran a jugar la final del campeonato nacional.

Alrededor de la hoguera se habían reunido más de dos mil personas: la mayoría del profesorado y los novecientos estudiantes, junto a padres y docenas de chavales más pequeños que habían venido del complejo de las Viviendas Militares de Hainerberg, soldados y aviadores que gozaban de un espectáculo que era una réplica perfecta de los que habían protagonizado no hacía mucho.

Cuando acabaron los vítores, una espigada animadora negra se acercó al micrófono. Joan Mallory era la vicepresidenta del consejo de estudiantes y la capitana de animadoras. También tenía una bonita voz de contralto, unas notas excelentes y una ambición que atemorizaba a su padre, sargento mayor de la sección de Mantenimiento de la cercana Base de helicópteros del Ejército: la de conseguir una beca para Harvard. Recordó al público el programa del día: a las 14:30, emocionante partido contra el Instituto Americano de Frankfurt y, a las 19 horas, en el gimnasio, baile del que ella era copresidenta. Luego dirigió el himno de la escuela.

—¡Adelante, «Warriors»! —gritó al terminar, saltando ante las mortecinas llamas con la exuberancia de su pimpante juventud.

Art Bennington subió los tres tramos de escaleras que conducían al consultorio de Nina Wolfe con un paso tan alegre y vivo como el del condenado que va al cadalso. No veía la manera de que su relación, o como se quisiera llamar a una noche maravillosa e inolvidable, pudiera subsistir después de la inminente entrevista. ¿Y qué podía decirle?: «Mira, cielo, hay una cosilla que me preocupa y es que me parece que, en fin, que sospecho que podrías ser, bueno, ¿cómo te diría?, ejem... una espía, agente del KGB». «Debería haber escrito al consultorio de Ann Landers para que me aconsejara cómo hacer la pregunta», pensó al llegar al descansillo.

Vio el letrerito que colgaba del picaporte. Lo cogió y lo leyó ansiosamente. Se

había ido de vacaciones a Santa Fe. Volvería dentro de unos días. Terminaba con esa frase indignante que actualmente se ha convertido en una fórmula tan corriente como «hola» y «adiós»: «Deje el mensaje en mi contestador automático y le llamaré lo antes posible».

Bennington sentía un alivio, una alegría tan grande que bajaba las escaleras casi brincando. Si estaba de vacaciones en Santa Fe, no podía estar en las montañas de Maryland enviando un mensaje al Centro del KGB en Moscú. Probablemente, había planeado aquellas vacaciones desde hacía tiempo. Quizá se había ido con algún individuo con el que estaba saliendo antes de aquella noche. Quizás, ahora, en ese mismo instante, estaba empezando a desengañarle, a prepararle para la ruptura.

Cruzó el aparcamiento silbando. En la penumbra vio el coche en la zona reservada para los inquilinos del edificio, el Toyota gris, delante del rótulo blanco en el que se leía «N. H. WOLFE». Al verlo, Bennington sintió una oleada de cálida tranquilidad, la clase de sensación que experimenta un hombre al oler el perfume de una mujer en la habitación en la que acaba de acostarse contigo o al tropezarse con un objeto familiar, un encendedor o un lápiz de labios que olvidó al marcharse.

El recuerdo le hizo el efecto de un mazazo cuando estaba a dos pasos de su coche. Era la frase que Pettee, el tipo del FBI, le dijo durante su entrevista, a raíz del asesinato de Ann Robbins: «Un ama de casa de zona residencial, pelirroja... que conducía un Toyota gris». La alegría que sintió al leer el letrero de la puerta se esfumó. Nuevamente, el cáncer de la sospecha avanzaba, maligno. ¿Estaría realmente en Santa Fe? ¿Qué carajo tenía que hacer él? ¿Ir a ver a Mott mañana a primera hora y declarar que se había hecho hipnotizar sin informar a sus superiores? ¿Resistiría su carrera una sacudida semejante? «¿Estaré volviéndome paranoico? —pensó—. ¿Qué probabilidades hay de que ella no sea lo que parece ser? ¿Una entre cien? ¿Entre mil? ¿Entre diez mil?». ¿Iba a poner en peligro su carrera por eso?

Se sentó pesadamente tras el volante. Tenía unas ganas irresistibles de encender un cigarrillo. Era curioso, porque era el tabaco lo que le había llevado al consultorio de Nina Wolfe. Dio la vuelta a la llave de contacto. «Tengo que pensarlo —decidió—. Lo consultaré con la almohada».

Los cuatro hombres, viajando esta vez en dos coches, salieron de Berlín a las once de la mañana del sábado, treinta de octubre. A las seis estaban en el punto de cita elegido en su primer viaje, una zona de descanso poco frecuentada de la autopista E5, al norte de su enlace con la A66. Bromeando para disimular el nerviosismo que ahora se había apoderado de todos, se pusieron el uniforme de camuflaje del ejército de Estados Unidos que las Brigadas Rojas les habían proporcionado.

Alí Kazemi y Husain Ansari se fueron en el *Opel* que utilizarían para la huida. Nasredin y Hakim les siguieron en el Ford cargado de explosivos. Kazemi y Ansari entraron en el complejo siguiendo las instrucciones recibidas y encontraron

rápidamente el gimnasio, un gran edificio cuadrado situado enfrente de la iglesia, en el extremo de la calle Florida. Como sus cómplices de las Brigadas Rojas habían previsto, el aparcamiento contiguo al gimnasio estaba vacío. Hacía casi dos horas que había terminado el partido, y el público y los jugadores se habían marchado. Los asistentes al baile aún no habían empezado a llegar. Pudieron aparcar al lado mismo del gimnasio, a unos veinte metros de los vestuarios. Se marcharon dejando el *Opel* abierto. Si alguien sospechaba de él y lo hacía inspeccionar por la policía militar comprobarían que era, sencillamente, uno de tantos coches.

Halloween, la noche de Difuntos, la noche de duendes y brujas, de caretas hechas con una calabaza y una vela dentro, de fantasmas y de atraco de la chiquillería al grito de «Caramelo o trastada», fue el tema elegido por Joan Mallory y su comité para el baile del Instituto. Guirnaldas de color naranja y negro rodeaban la cancha de baloncesto del gimnasio. Brujas de sombrero puntiagudo y capelina al viento cabalgaban en sus escobas en lo alto. Espeluznantes máscaras con bombilla dentro acechaban en los rincones y detrás de las puertas.

Los alumnos entraban por la puerta del vestuario. El corredor había sido convertido en una especie de pasadizo encantado. Un esqueleto de cartón fosforescente caía del oscuro techo al paso de cada pareja. A los chicos les entusiasmaba y, naturalmente, aprovechaban la excusa para abrazarse.

A las nueve, el baile estaba en su apogeo. Un grupo de música disco alemán había instalado su equipo en el palco de la prensa, situado en lo más alto de las gradas. Por indicación de Joan Mallory, los alemanes separaban escrupulosamente el rap del rock, intentando así satisfacer a las dos facciones rivales de la escuela.

El aparcamiento estaba repleto de coches, pero casi desierto de gente, bajo la luna llena. Nadie prestó atención al soldado con uniforme de camuflaje que entró en el aparcamiento, subió al *Opel* situado junto al gimnasio y se fue. Tampoco despertó interés la aparición, un minuto después, de un Ford Granada que se dirigía hacia el aparcamiento libre. En realidad, sólo una persona vio el cambio. Era Walt Clemens, el extremo de los «Warriors», y Clemens tenía cosas mucho más importantes en que pensar. La niña que se sentaba a su lado, en el *Chevrolet* de su padre, acababa de comunicarle que su noviazgo de seis semanas había terminado. Mientras buscaba una respuesta a la noticia que le había anonadado, Clemens siguió con la mirada al soldado que se marchaba. «Capullo —pensó—. De uniforme y con “Adidas” en los pies, en lugar de botas de combate».

Cinco minutos después de que Nasredin depositara el coche bomba, los cuatro terroristas viajaban por la A66 eufóricos, en dirección al aeropuerto de Frankfurt. Se quitaron los uniformes y los tiraron al suelo del coche. A las 9:35 habían dejado el coche en el enorme aparcamiento del aeropuerto y se dirigían a la puerta de embarque B41 y al avión de Pan Am que los llevaría a Berlín.

A las once menos diez, con cinco minutos de adelanto, el avión tomó tierra en el aeropuerto de Tegel. Los cuatro terroristas no tuvieron más que cruzar la terminal y salir a la parada de taxis. Hakim se sentó delante y los otros tres, detrás.

—A la estación del Zoo.

—¡Lo conseguimos! —exclamó jubiloso, en árabe, Ansari, el más joven del grupo—. ¿Os lo podéis creer? Todo salió a la perfección.

—Calla, burro, animal, no hables en árabe —siseó Hakim—. ¿Es que quieres decirle al chófer que somos árabes?

Siguieron viaje en un riguroso silencio.

Poco más o menos a la hora en que el avión de los terroristas aterrizaba en Tegel, Walter Clemens, el jugador que acababa de recibir calabazas, volvió al aparcamiento con su chica para celebrar otra conferencia en el asiento trasero del Chevy de papá. Entonces se fijó en la matrícula del coche aparcado junto al gimnasio. No era de las Fuerzas de Estados Unidos sino que tenía matrícula alemana, de Berlín. «Debe de ser de los *disc-jockeys*», pensó. Entonces recordó que el sujeto que se había apeado del coche era un soldado y que no iba correctamente uniformado.

—¡La puta mierda! —exclamó agarrando a la chica por el brazo—. ¡Tenemos que ir a buscar a Mr. Swensen!

Haciendo caso omiso de las protestas de la chica, corrió al gimnasio en busca de Swensen, jefe de estudios y profesor de gimnasia. Swensen pensó que aquel chico estaba injustificadamente nervioso, pero era hombre meticulado y siguió a Clemens hasta el aparcamiento. Probó las puertas del coche. Estaban cerradas.

—Mi padre tiene una linterna en el coche —dijo Clemens.

—Tráela.

Swensen cogió la linterna e iluminó el interior del coche. Estaba vacío, lo cual resultaba tranquilizador. No vio nada raro en él hasta que enfocó el árbol del volante. Sujeto a la base había un paquete. No podía verlo claramente, pero de él parecían salir cables. Se quedó pensativo unos instantes.

—Walt, entra en el gimnasio y haz salir a todo el mundo por la puerta principal. Yo trataré de abrir el coche.

Swensen salvó innumerables vidas con su decisión, pero perdió la suya. Todavía estaba tratando de forzar la ventanilla cuando la bomba de Nasredin explotó con una gran llamarada blanca, y un estruendo hizo temblar los cristales de las ventanas al otro lado del Rin, a cinco kilómetros de distancia.

Sexta parte

Revelemos de su cargo al Presidente

Abu Said Dajani y el coronel observaban a través del espejo transparente del puesto de mando a la muchedumbre que avanzaba hacia el control fronterizo de la calle Friedrich de Berlín Este. El tráfico circulaba en una sola dirección. Cientos de personas hacían cola para cruzar a Berlín Oeste. Los pases de veinticuatro horas extendidos por las *Grenztruppen* expiraban a las doce de la noche. El que se retrasaba era obsequiado con un día de estancia en una prisión de Berlín Este. De todos modos, eran muy pocos los que se dirigían al Este, por lo que los dos hombres no tenían dificultades para examinar uno a uno a los recién llegados. Dajani oyó sonar el teléfono a su espalda y observó que el oficial de guardia de las *Grenztruppen* se acercaba obsequiosamente al coronel andando sobre las puntas de los pies, con el auricular negro en la mano.

—*Da* —dijo el coronel tomando el aparato. Esperó unos momentos, agregó—: *Spasiba*, gracias. —Y devolvió el auricular al alemán oriental. Cuando éste hubo retrocedido hacia la parte oscura de la habitación, el coronel se inclinó hacia Dajani—. Lo han hecho —susurró—. La emisora de las Fuerzas Armadas Americanas ha interrumpido la emisión para anunciar la bomba.

Dajani reaccionó encogiéndose de hombros. No dudó ni un momento de que su comando cumpliría su misión. Apenas habían transcurrido treinta segundos, cuando hizo una seña al coronel. Nasredin se había acercado a uno de los dos soldados que examinaban los documentos de las personas que entraban en Berlín Este. Uno a uno, los otros tres cruzaron el puesto de control detrás de Nasredin.

—Bien hecho —susurró el coronel—. Sí, señor; bien hecho. —Se puso en pie—. Les he organizado una fiesta de bienvenida en el piso franco. Es lo menos que se merecen. Usted vaya a hacer su recado y reúnanse con nosotros.

Por las escaleras interiores de las *Grenztruppen*, Dajani alcanzó la puerta que daba acceso directo a los andenes del metro situados bajo el puesto fronterizo. Subió al primer convoy que se dirigía hacia la zona americana y se apeó en la primera estación, la de la calle Roch. Al igual que hiciera la noche anterior, cruzó la calle hacia las tres cabinas telefónicas amarillas, entró en una de ellas y, nuevamente, marcó el número que le había dado el coronel.

—Su paquete ha sido entregado —anunció a la voz que le contestó—. Todos los mensajeros han regresado sin novedad.

Colgó el teléfono y volvió a la estación del metro.

Era la escena que ha salido en tantas películas de la tele: las luces parpadeantes rojas y azules de los coches de la policía y los carros bomba, los bomberos, con sus chaquetas amarillas corriendo de un lado a otro, haces de luz azulada que se arrastran por los escombros, el quejido de las sirenas y, de música de fondo, algún que otro grito de angustia de los heridos. Sólo que, entre los humeantes escombros del gimnasio de la escuela secundaria General Arnold, todo era real.

El coronel que mandaba la Fuerza Aérea de la Base Rhein Main había aparcado el coche patrulla en las inmediaciones del edificio principal de la escuela y se había hecho cargo de la operación de salvamento. Rodeaban el lugar del siniestro los camiones amarillos del servicio contra incendios del ejército de Estados Unidos y los camiones naranja de los bomberos civiles alemanes. Un puesto de primeros auxilios se había instalado en los corredores del edificio principal, frente a la entrada del gimnasio.

Cubrían el suelo las camillas de la docena de ambulancias que habían llegado al escenario del siniestro. Unos heridos lloraban en silencio y otros miraban atónitos al techo, mientras esperaban ser atendidos. Todos yacían bajo las fotos de los atletas estrella y de los compañeros de clase distinguidos por méritos académicos. Una docena de médicos y enfermeros aplicaban la técnica desarrollada por el ejército para la atención de sus heridos en Corea y Vietnam: cortar la hemorragia, abrir las vías respiratorias, tratar el *shock* y salir corriendo para el hospital más próximo.

Un médico, con el grado de teniente coronel, adjudicaba prioridades y destinos, enviando a los más graves al campo de fútbol, donde esperaba un helicóptero CH60 Blackhawk llegado del aeropuerto militar de Darmstadt. La media docena de niños con quemaduras graves serían trasladados en helicóptero a Landdstuhl, en las proximidades de la base aérea de Ramstein, la unidad militar de quemados en Europa. En estos casos no había primeros auxilios que valieran. Los heridos en la cabeza eran enviados al 97.n.º Hospital General del Ejército en Frankfurt. Los casos de pulmones aplastados o perforados, muy numerosos, iban a Wiesbaden.

El equipo de rescate con base en Rhein Main, mecánicos y operarios del servicio de mantenimiento de aviación, buscaban entre los escombros a los heridos y moribundos, guiándose por sus quejidos. Iban equipados con grúas, gatos y globos inflables para mover y levantar los escombros. Los globos, diseñados para levantar estructuras hundidas, eran extraordinariamente eficaces. Podían introducirse por cualquier resquicio entre los cascotes y al ser inflados con aire comprimido levantaban toneladas de escombros y abrían un espacio por el que un miembro del equipo de rescate podía arrastrarse hasta el herido.

La policía militar del cuartel Lee de la cercana Maguncia había sido transportada en camiones para acordonar la zona del desastre. En el exterior, la policía alemana cerraba el acceso a todo el triángulo del complejo Hainerberg dejando abierta al tráfico únicamente la calle Washington.

Si bien Hainerberg era una instalación americana, el suelo en el que estaba situada era alemán y la responsabilidad de la investigación del siniestro incumbía a Alemania. Se daba el caso de que la Oficina Federal de Investigación de Crisis, responsable de esclarecer los atentados terroristas de importancia, se encontraba en Wiesbaden. En la oficina estaba instalado el «Hermano Mayor», un ordenador Siemens gigante cuya memoria de datos sobre organizaciones terroristas lo convertía en la envidia de la mayoría de los cuerpos de policía del mundo. Tan pronto como se

comprobó la magnitud del atentado del gimnasio, se despertó a Horst Wegener, jefe de la oficina.

Cuarenta y cinco minutos después, Horst llegaba a la escena del atentado con dos de sus ayudantes, para hacerse cargo de las investigaciones. Para ayudarle fue designado un teniente coronel del ejército del cuerpo de Contraespionaje. El especialista en actividades antiterroristas de la Embajada y el jefe de la delegación local de la CIA acudieron al lugar de los hechos desde Bad Godesberg.

Wegener ordenó aislar una zona de cincuenta metros de diámetro alrededor de los retorcidos restos del coche bomba. Nadie, salvo su equipo de artificieros, entraría en la zona. Se pondrían a gatas y la examinarían atentamente, recogerían todos los fragmentos de metal que permitieran identificar el explosivo utilizado y, si había suerte, la marca y matrícula del coche.

Justo cuando estuvieron instalados los focos para empezar a trabajar, un comandante de aviación se acercó rápidamente a Wegener.

—Señor —jadeó—, están sacando de entre los escombros al chico que vio el coche.

—¿Cómo está?

—Mal.

Wegener y su ayudante echaron a correr hacia las ruinas del gimnasio. El equipo de rescate de Rhein Main había insertado e inflado un globo de caucho bajo el gran bloque del techo del gimnasio que había caído sobre el destrozado cuerpo de Walt Clemens. El hueco abierto tenía poco más de un palmo. Dos enfermeros, exponiendo su propia vida, se habían introducido por la abertura y extraían de las ruinas el cuerpo de Clemens.

—¿Vive? —susurró Wegener al médico que supervisaba la operación.

—Apenas.

—¿Probabilidades?

El médico movió la cabeza tristemente.

Cuando los enfermeros hubieron liberado la parte superior del cuerpo de Clemens, Wegener se arrodilló y le susurró al oído:

—Ánimo, hijo. Ahora te sacaremos de aquí. Dentro de nada estarás en un helicóptero. Tú, resiste.

Clemens abrió sus labios hinchados y cortados.

—Claro —susurró.

—Oye, hijo —siseó Wegener—, ¿recuerdas algo del coche-bomba?

Los labios del joven jugador de fútbol se movieron. Durante un segundo de agonía, trató infructuosamente de articular las palabras que flotaban en su mente. Por fin, salieron.

—Berlín —susurró—. Un Ford de Berlín.

El coronel había arreglado el destartado piso franco, en que el comando de los cuatro hombres de Dajani se alojaría, con el esmero de la madre que prepara una fiesta de cumpleaños para su hijo de seis años. La mesa estaba puesta con mantel de brocado, cubertería de plata y porcelana de Meissen. Sobre ella se amontonaban las fuentes de caviar, salmón ahumado, foie-gras, esturión, lonchas de rosbif y montones de fruta fresca. En el centro de la mesa había una jarra de zumo de naranja recién exprimido. En el aparador, colocadas más discretamente, botellas de vodka, *whisky* y una caja de cigarros habanos.

El coronel, como la madre orgullosa que abre las puertas del comedor a los invitados de su hijo, esperaba a los cuatro hombres cuando éstos regresaron al piso.

—¡Bienvenidos y felicidades! La radio americana acaba de confirmar el éxito de vuestra misión.

Se adelantó a abrazarlos al tiempo que se presentaba.

—Nuestro amigo Abu Said Dajani se reunirá con nosotros dentro de unos minutos.

—Vengan, amigos —les instó llevándolos hacia la mesa—. Un pequeño refrigerio que se tienen bien ganado. —Tomó el jarro de zumo de naranja y sirvió un vaso para cada uno. Luego, tomó la botella de vodka del aparador y se llenó un vaso—. Ya sé que los preceptos islámicos no les permiten beber alcohol —rió.

Saied carraspeó para indicar que no todos los miembros del comando se sentían vinculados a los dictados del Islam. El coronel comprendió.

—Naturalmente —sonrió echando generosos chorros de vodka en los vasos de los dos traficantes.

—Brindo por los valientes miembros del comando Venganza. Habéis asestado a vuestros enemigos un golpe inolvidable. ¡La venganza es vuestra! ¡El triunfo es vuestro!

Levantó hacia el techo su vaso lleno de vodka y lo sostuvo en alto un segundo, como un sacerdote elevando el cáliz consagrado. Luego se lo llevó a los labios y se echó el ardiente líquido a la garganta bebiéndolo a grandes tragos. Los cuatro terroristas, impresionados, siguieron su ejemplo entusiásticamente.

El nuevo Presidente había llevado a la Casa Blanca un aire de informalidad, desconocido durante el mandato de su antecesor. Había pasado el sábado corriendo y jugando al tenis, debido a su obsesión por estar en forma. Por la noche, dos de sus hijos con sus respectivas esposas y cuatro de sus nietos cenaron en la mansión presidencial.

Les sirvió chuletas hechas en la barbacoa y después se los llevó a todos abajo a ver una película y comer palomitas de maíz. A las diez y cuarto, cuando sus hijos se

hubieron marchado y él se disponía a acostarse temprano, el funcionario de guardia del Consejo de Seguridad Nacional llamó a la puerta de su estudio del primer piso para pasarle los primeros informes fragmentarios del atentado de Wiesbaden, que acababa de recibir de Stuttgart, Cuartel General de las Fuerzas Armadas Estadounidenses en Alemania Occidental.

El Presidente leyó el informe y frunció el entrecejo. El instinto le decía que aquello podía ser muy grave.

—Llame al general Trowbridge —ordenó. El general Kent Trowbridge era su asesor de Seguridad Nacional—. Dígale que siga atentamente la situación y, si el caso lo requiere, convoque una reunión del Comité Ejecutivo para mañana por la mañana.

A sus principales asesores no les haría ninguna gracia que les fastidiaran el domingo, pero los domingos fastidiados eran el precio de los altos cargos en el Gobierno.

Cuando Abu Said Dajani hubo cruzado otra vez a Berlín Este, la zona de la estación de la calle Friedrich estaba desierta. Los vendedores callejeros de *souvenirs* y objetos típicos habían desaparecido. En la parada del tranvía sólo quedaba un par de rezagados estraperlistas de divisas. Cuando Dajani pasó junto a uno de ellos, éste le susurró:

—¿Dólares? ¿Marcos? Buen precio.

«Me gustaría verle la cara si se enterase de que ha abordado a un comandante del KGB», pensó Dajani.

Naturalmente, en la parada no había ningún taxi. Los tranvías ya no circulaban, de manera que se encaminó hacia la plaza Rosa Luxemburg a pie. Tardó en llegar veinte minutos, y la pequeña caminata y los tres tramos de escaleras le hicieron llegar jadeando al piso franco. Se paró unos momentos en la puerta, buscando las llaves. Pensó que, desde luego, sus hombres no iban a despertar a los vecinos con la jarana. Abrió la puerta y vio la mesa con toda la comida y al coronel sentado en la única butaca del piso, fumando un cigarro.

—¿Dónde se han metido los demás? —preguntó.

El coronel señaló con el cigarro la puerta entornada de uno de los tres dormitorios del piso. Dajani tuvo que cruzar la sala para asomarse. Dos de sus hombres estaban espatarrados en las camas. Otro yacía de bruces en el suelo. El cuarto, Saied, estaba en un rincón de la habitación con el cuerpo doblado, la cabeza apoyada en la pared y la boca abierta.

—¿Qué diablos les pasa? —preguntó Dajani—. ¿Están borrachos?

—No —dijo el coronel. Su cara era tan fría y yerta como las nieves siberianas—. Están muertos.

—¿Muertos?

Dajani giró rápidamente sobre sí mismo al oír las palabras del coronel.

—Los árabes hablan demasiado. Ahora ya no hablarán.

—¡Hijo de puta! ¡Asqueroso asesino hijo de puta! —gritó Dajani.

—Órdenes.

El coronel seguía sentado en la butaca, con el habano en la mano izquierda, tan circunspecto como un banquero delante del solicitante de un préstamo.

—Canalla, vas a ver cuando Iván Sergeivich...

—Iván Sergeivich dio la orden —le atajó el coronel. Al hablar se inclinó ligeramente hacia delante—. Y no fue ésa la única —prosiguió. Su mano derecha se hundió en el bolsillo de la americana. La Makarov de nueve milímetros salió de la funda y apuntó a Dajani con tanta rapidez que el palestino no tuvo tiempo de moverse, de esconderse, de entrar en el dormitorio, de saltar sobre el coronel—. Usted también habla demasiado, Dajani —dijo.

El palestino vio el cilindro del silenciador en el cañón de la pistola al mismo tiempo que oía tres rápidos chasquidos y sentía los tres impactos en el estómago. La fuerza de los balazos le tiró de espaldas. Al caer trató de gritar el nombre de Iván Sergeivich Feodorov, su protector, pero lo único que salió de sus pulmones fue un gorgoteo y una fina espuma roja.

Horst Wegener, jefe de la Oficina Federal de Investigación de Crisis, paseaba al borde de la zona brillantemente iluminada que su equipo de búsqueda de explosivos estaba registrando. Tenía las manos entrelazadas en la espalda y llevaba uno de esos abrigo de cuero negro que tanto gustan a los policías alemanes, a pesar de su asociación a un período anterior e infausto de la historia de la policía germánica. Desgraciadamente, la información del muchacho agonizante era de escaso valor. ¿Cuántos Ford habría con matrícula de Berlín? ¿Veinte? ¿Treinta? ¿Mil?

Un grito de uno de sus hombres interrumpió sus pensamientos. El hombre se acercó a Wegener con las manos juntas y las palmas hacia arriba como el comulgante que va a recibir la hostia. En las manos traía un trozo de metal rojo. Wegener lo miró con ojos de cortesana que contempla un rubí. Para el policía alemán aquel trozo de metal era, en aquel momento, tan valioso como un rubí. Era una TUV, la chapa de circulación que los coches alemanes deben llevar junto a la matrícula y que, como todas las TUV, indica el mes de caducidad. Dado que en la zona del atentado no habría seguramente más que un solo coche alemán no identificado, el coche bomba, el número de Ford a cuyos dueños tendría que investigar la policía de Berlín acababa de ser dividido por doce.

El inquietante ruido de un teléfono a altas horas de la noche irrumpió en el dormitorio de Louis Doria. El francés rebulló en la cama y, casi automáticamente, alargó el brazo hacia el estridente aparato. Doria representaba a los servicios franceses de seguridad

en Berlín. Él era policía de profesión y curso de nacimiento. Eso, como solía asegurar a sus colegas de la policía judicial, era una combinación poco frecuente pero muy valiosa.

—*Monsieur* —dijo el inspector de guardia del barrio de Napoleón en las afueras de Wedding—, en Wiesbaden ha habido un atentado con bomba contra los americanos. Parece grave.

Doria gruñó y se levantó de la cama. El aeropuerto de Tegel estaba en el sector francés de Berlín, y Doria era el responsable de seguridad. Al cabo de diez minutos, estaba en su despacho ordenando a su colega alemán que, hasta nuevo aviso, instaurara el control de identidad en todos los vuelos que llegaran. Luego, fue a la oficina de la Pan Am y pidió la lista de pasajeros del último vuelo procedente de Frankfurt. Un vuelo poco concurrido, sólo treinta y dos pasajeros. Al fin y al cabo, era sábado por la noche. Ninguno de los nombres de la lista era árabe, pero, como Doria sabía muy bien, eso no significaba nada.

—¿Me pone con las azafatas, por favor? —pidió al empleado de guardia.

Las dos muchachas dormían profundamente en el Hotel Intercontinental. Con cierta irritación, informaron a Doria que, efectivamente, cuatro de los pasajeros podían ser de Oriente Medio, turcos o árabes o algo por el estilo. Fueron los últimos en subir al avión en Frankfurt. No; no habían hablado con ellas, ni ellas les habían oído hablar entre sí en lengua extranjera. Los cuatro estaban entre los veinticuatro y treinta y cinco años, viajaban juntos y estaban bastante callados para ser un sábado por la noche.

No era mucho para empezar. Berlín estaba lleno de turcos. Ahora bien, Doria se enorgullecía por ser un buen poli, y los buenos polis trabajan tanto con el olfato como con el cerebro. Volvió junto a su colega alemán y le propuso apostar a un inspector de policía en la parada de taxis, para que preguntara a todos los conductores que pasaran por allí durante las veinticuatro horas siguientes, si aquella noche, a eso de las once, habían recogido a cuatro árabes. Sería una casualidad, pero en Berlín, como en muchas ciudades, hay taxistas a los que les gusta el servicio del aeropuerto. Nadie sabía lo que podía revelar la búsqueda.

Doria llamó al barrio Napoleón para informar al inspector de guardia de lo que había dispuesto.

—*Merde!* —dijo a su colega alemán al colgar el teléfono—. Acaban de averiguar que el coche-bomba tenía matrícula de Berlín. Adiós, domingo.

La puerta del dormitorio del Presidente se abrió y Pablo, el camarero de la Casa Blanca, entró de puntillas con su blazer azul con el sello presidencial. Llevaba en una bandeja el desayuno especial con que el Presidente empezaba el domingo: dos huevos revueltos, cinco finas lonchas de tocino y un pastel danés de manzana. El Presidente dio media vuelta cuando Pablo encendió la lámpara de la mesita de noche.

—¿Qué maldita hora es? —gruñó.

—Las seis treinta, señor.

—¡Por todos los santos! Es domingo, ¿no?

Una figura salió de entre las sombras detrás del camarero. Era el teniente general Kent Trowbridge, consejero de Seguridad Nacional, y venía de uniforme. Ello sólo podía significar una cosa: un suceso grave.

—Sacúdanme, despiértenme, es lo que usted dijo, señor Presidente. Tenemos un problema.

El Presidente se sentó, buscó los lentes a tientas en la mesita de noche, se los puso y parpadeó media docena de veces, para despejar el cerebro.

—¿Recuerda la noticia que se recibió anoche a última hora? ¿Del coche-bomba que pusieron al lado del gimnasio del Instituto de Enseñanza Media de las Fuerzas Armadas en Wiesbaden?

—Lo recuerdo.

—Ha resultado el peor atentado terrorista que hemos sufrido desde lo del Pan Am 103.

El terrorismo. La pesadilla de cada nueva presidencia. El Presidente se dejó caer sobre las almohadas.

—En fin, ¿qué ha pasado?

—Una hecatombe. Quizá, entre muertos y heridos, sean más de cien, la mayoría adolescentes que estaban celebrando un baile de Halloween.

—¿Tenemos algún indicio de quién está detrás?

—Todavía no. La CIA, la Seguridad Nacional, los alemanes, todos se han volcado en ello.

Trowbridge se adelantó y dejó sobre la cama del Presidente la edición dominical del *Washington Post* y la del *New York Times*.

—Está en primera plana de todos los periódicos. Las cadenas de televisión también le dan prioridad. Se repite lo del Pan Am 103.

¡Cerdos! —gruñó el Presidente—. Esta vez los agarraremos.

—He convocado una reunión del Comité Ejecutivo para las doce en la sala de conferencias de la Seguridad Nacional.

—Bien —dijo el Presidente—. Yo la presidiré. Diga a todos que cuando empiece la reunión quiero la última información acerca de quién pueda estar detrás de esto. Y que los jefes del Mando Conjunto de las Fuerzas Armadas estudien posibles opciones. Opciones auténticas. No quiero oír la palabra «sanciones». Diga al secretario de Prensa que informe de la reunión a los medios de comunicación. Quiero que los medios y el público sepan que no lo dejamos de la mano.

—Sí, señor —dijo el general Trowbridge dejando al Presidente a solas con sus pensamientos y con un desayuno que ya no le apetecía en absoluto.

Art Bennington madrugó aquel domingo. No había dormido bien. Como preveía, toda la noche estuvo dando vueltas a lo de Nina Wolfe y su Toyota gris. Hizo su gimnasia con menos energía que de costumbre, se duchó y, descalzo, fue a la cocina. Maquinalmente, alargó el brazo hacia el bote de copos de salvado del estante. «¡A la mierda! —gruñó antes de que sus dedos pudieran cerrarse alrededor de la repelente caja de salud—. Hoy es domingo». Abrió el congelador y sacó un bollo. Eso, con un poco de mantequilla caliente y unas lonchas de tocino era la manera de empezar el día, se dijo metiéndolo en el microondas. Entonces sonó el teléfono.

—¿Has visto ya los periódicos de esta mañana? —preguntó John Sprague, su jefe inmediato, director de Ciencia y Tecnología.

—No.

—Pon el canal de noticias. Ha habido un atentado con bomba en una de nuestras escuelas en Alemania. El Director quiere que se forme un comité coordinador interdepartamental para seguir el caso. Tú conoces Alemania y estás bastante al día en cuestión de explosivos, ¿no?

—Más o menos.

—Entonces tú representarás a la S & T en el comité. Vete a Langley lo antes posible.

En cuanto colgó el teléfono, Bennington conectó el televisor. El canal de noticias pasaba un vídeo en el que se veía al corresponsal bajo la luz cruda de los focos y delante de un humeante montón de escombros, correspondiente a lo que quedaba del gimnasio del Instituto de Enseñanza Media General Arnold. Permaneció unos instantes escuchando, horrorizado, la descripción del atentado y se fue directo hacia el armario. Nina Wolfe había quedado olvidada, por el momento.

Al otro lado del río Potomac, en el apartamento del semisótano, otros ojos estaban fijos en el televisor. El comandante Valentín Tobulko estaba levantado desde las cinco, mirando el canal de noticias. Después del reportaje de Bonn, hubo una conexión con la sala de Prensa de la Casa Blanca. El secretario de Prensa decía que el Presidente había convocado al Comité Ejecutivo del Consejo de Seguridad Nacional a una reunión extraordinaria que se celebraría en la Casa Blanca a las doce del mediodía.

Tobulko apagó el televisor e hizo una señal a Nina Wolfe que seguía las noticias en silencio, sentada en una butaca, detrás de él.

—Haremos la primera emisión hoy a mediodía —anunció—. A las 12:30. Para entonces estarán en plena discusión.

El Praesidium de la Policía de Berlín es un robusto caserón de cuatro pisos de color caqui, uno más de la serie de edificios similares que rodean las columnas de hormigón del monumento al puente aéreo de 1948 sobre Berlín. Se parece a cualquier jefatura de policía del mundo. Los suelos son de un linóleo gris insípido y las paredes están pintadas de ese verde desvaído que adorna las comisarías desde que se inventaron los sargentos de guardia. Lo que ponía una nota de color local eran los cuadros de la pared, retratos de jóvenes alemanes hoscos y despeinados, supervivientes de la banda Baader Meinhof y de las Brigadas Rojas, alineados bajo el letrero de «Terroristas».

En la cuarta planta del edificio, despacho 4415, trabajaba Manfred Schmidt, jefe del Staatschutz, el cuerpo de Seguridad del Estado en Berlín, el hombre al que incumbía la ingrata tarea de controlar el terrorismo en una ciudad ideal para facilitar el trabajo de los terroristas. El domingo, treinta y uno de octubre, Schmidt estaba en su despacho desde las cinco y media de la mañana, estudiando las posibles implicaciones de Berlín en el atentado de Wiesbaden. Cuando los colegas francés, inglés y americano entraron en su despacho, ya iba por la sexta taza de café y encima de su escritorio tenía un paquete de *Marlboro* vacío. Al igual que todo lo demás, en Berlín, las investigaciones policiales se enredaban en la tela de araña de la compleja estructura política de la ciudad. La administración interna de la ciudad dependía del Senado de Berlín y los policías como Schmidt eran responsables ante el senador del Interior, quien, a su vez, lo era ante los tres aliados.

En realidad, la policía de Berlín gestionaba sus asuntos con bastante autonomía y mínimo contacto con los aliados. En casos como éste, en los que estaban involucrados intereses de los aliados, éstos y Schmidt colaboraban en la mayor medida posible, pero no cabía la menor duda de quién era el jefe. Los funcionarios francés, americano e inglés que en estos momentos entraban en el despacho de Schmidt sólo podían dar órdenes a la vecina cervecería Schultheiss para pedir que les llevaran *Sauerbraten*; por lo demás, se limitaban a hacer sugerencias; las órdenes las daba Schmidt.

Los tres hombres arrimaron unas sillas a la mesa de Schmidt. El francés, Louis Doria, era el único que compartía con él el oficio de policía. Terry Breslaw, el americano, y Alex Campbell, el inglés, eran funcionarios de los servicios de Inteligencia destacados en Berlín. Mientras durara la crisis, los cuatro hombres se reunirían periódicamente para pasar revista a los avances realizados en la investigación.

—Bueno, Manny —dijo Breslaw—, ¿qué has averiguado?

Schmidt suspiró. Hay policías que parecen llenar una habitación con la autoridad mayestática de la ley. Schmidt era una insignificante, una borrosa figura gris que se difuminaba en las sombras. Este hombre bajo y delgado, de expresión feroz, llevaba

las preocupaciones grabadas en la frente, con un ceño tan evidente como la cruz que porta en el pecho el obispo durante la misa mayor.

—¡Qué puta historia! —dijo en perfecto argot policial—. Tenemos la marca del coche que llevaba la bomba, la fecha del permiso de circulación y dos números de una matrícula de Berlín. Los ordenadores del KVA están buscando todos los coches que reúnen esas características. —El KVA era el Registro de Vehículos de Berlín Oeste—. Tan pronto como tengamos la lista, investigaremos a los dueños, pero si el coche fue comprado aquí podéis estar seguros de que la operación fue montada también aquí.

Doria informó de lo que había averiguado aquella noche de las azafatas de Pan Am.

—Sí —gruñó Breslaw—. ¿Qué os apostáis a que se fueron directamente a la estación del Zoo? Es decir, si esos cuatro eran nuestros hombres. —Abrió la cartera de mano—. Yo también traigo mi aportación. —Pasó a Schmidt las fotos, datos personales y números de los pasaportes marroquíes que el Artista había comunicado a la CIA antes de ser asesinado—. Hay indicios de que algunos de éstos pudieron haber intervenido.

Schmidt examinó los documentos.

—Pero no creo que vayas a decirme de dónde los has sacado, ¿verdad?

—No —sonrió Breslaw—. No creo que vaya a decírtelo.

—Se los daré a los hombres que investigan lo del coche y también se los enseñaremos a las azafatas de Pan Am.

—Manny —dijo Doria—, ¿por qué no das esas fotos también a los del departamento Antidroga, para que las hagan circular entre los camellos y las prostitutas? A esos árabes les gusta echar una cana al aire antes de dar el golpe. Gastar el dinero. A lo mejor alguien les reconoce.

—Sí, ya estamos interrogando a nuestros soplones del departamento de Narcóticos —dijo el alemán—. También hemos contactado con nuestros amigos árabes en el Kreuzberg. Con ellos nunca sabes lo que puede pasar. —No hacía mucho, el departamento de Schmidt había arrestado a uno de los secuestradores del *Achille Lauro* que fue delatado por un pariente—. Las mujeres son más duras de pelar.

Doria agitó la cabeza con humorística desesperación. Como buen policía francés, estaba desconcertado por la incapacidad de la policía alemana para conseguir soplones en el mundo de las camareras y prostitutas. Si a la policía judicial francesa le quitaran a los soplones proxenetas y prostitutas, su cifra de arrestos se reduciría a la mitad.

—¿Te acuerdas del último problema que tuvimos en Wiesbaden? —preguntó Doria a Schmidt—. ¿El del soldado americano que se fue con una chica de uno de esos baruchos? Fueron a dar un paseo en el coche de él, para que ella le hiciera una pajita. ¡Vaya pajita! Se la hizo con una *Magnum P37*. Y al día siguiente, el coche

aparece en una base americana preparado como para dar un espectáculo de luz y sonido. Puedes estar seguro de que en estas cosas siempre interviene gente de ese *milieu*.

—De acuerdo, de acuerdo —gruñó Schmidt—, pero ya sabes cómo trabajamos nosotros. Voy a enviar estos nombres a la LEA. —La LEA era la Landes Einwohner Amt, la oficina del censo en la que teóricamente debían inscribirse todos los ocupantes de las viviendas de Berlín—. Quizás ellos encuentren algo.

Alex Campbell, el inglés, se echó a reír.

—En tu lugar, yo no me haría ilusiones, Manny.

—¡Oh!, no me las hago, desde luego.

La Alemania de posguerra a la que Schmidt servía se asentaba en un sistema de vigilancia y control minucioso, complejo y capaz. No obstante, este sistema descansaba, a su vez, en un requisito indispensable: la idiosincrasia alemana metódica, disciplinada y cívica. El ciudadano alemán hace lo que tiene que hacer y se inscribe donde tiene que inscribirse. Pero si introduces unos granitos de arena extranjera en la maquinaria del sistema, te encuentras con que las gentes que no actúan como buenos alemanes, son totalmente invisibles e imposibles de localizar.

—Manny —dijo Doria—, si los cuatro individuos de ese avión de la Pan Am eran realmente nuestros hombres, tuvieron que ir desde Wiesbaden hasta el aeropuerto de Frankfurt, ¿no? Probablemente, utilizaron un coche que luego abandonarían en el aparcamiento del aeropuerto de Frankfurt. Es posible que, si el coche-bomba lo compraron aquí, también compraran el otro. Entonces, ¿por qué no pedimos a la policía de Frankfurt que haga una comprobación de los coches de Berlín que hay en el aparcamiento del aeropuerto?

Schmidt sonrió a su colega.

—A eso llamo yo una buena sugerencia.

Eran las doce y dos minutos del mediodía cuando sonó el teléfono del despacho privado del Presidente en el primer piso de la Casa Blanca.

—Señor Presidente —anunció Kent Trowbridge, asesor de Seguridad Nacional—, los miembros de su Comité Ejecutivo están reunidos en la Sala de Conferencias.

El Presidente fue rápidamente hacia el ascensor que lo llevó al sótano. Un agente del Servicio Secreto esperaba y mantenía abierta la puerta de roble oscuro de la sala de conferencias. Cuando su figura alta, delgada y ligeramente encorvada apareció en la puerta, la media docena de hombres que había en la habitación se pusieron en pie. Los seis llevaban muchos años trabajando al lado del Presidente. Dos eran, además, amigos personales. Sin embargo, la aureola de la presidencia hizo que incluso aquel grupo tan reducido formado por los más estrechos colaboradores, todos se pusieran en pie espontáneamente sin excepción. Era un tributo a la inmensidad de las cargas que soportaba, las responsabilidades que detentaba, el poder que poseía para bien y

para mal. Y reflejaba algo más, algo más sutil. La presidencia de Estados Unidos conlleva una majestad que no posee ningún otro cargo del mundo. Los fundadores de la nación no pretendían tal cosa. Lo ha determinado la historia y el embate de la tecnología. Pero el resultado es una imponente autoridad acumulada en un hombre, una autoridad que inspira a un tiempo respeto y reticencia. No es fácil decir «no» a un Presidente.

El mandatario se dirigió en silencio hacia su sillón en la cabecera de la mesa ovalada de madera de teca que casi llenaba la habitación. A su derecha tenía al general Trowbridge, asesor de Seguridad Nacional y, a la izquierda, a Bill Brennan, su jefe de Gabinete y ex gobernador de Oklahoma. También estaban presentes los secretarios de Estado y de Defensa, el general Harold Schumacher, presidente de la Junta Militar, y el director general de la CIA. Faltaba el Vicepresidente, que aquel fin de semana se había ido a jugar al golf a Del Ray, Florida.

El Presidente se sentó en su sillón color bermejo y miró a Trowbridge. Estaba familiarizado con la rutina de las reuniones de emergencia. Había asistido a ellas como jefe de Gabinete de la Casa Blanca durante años.

—Adelante, Kent —dijo—. Quiero toda la información que puedas darme en estos momentos sobre esta atrocidad. Y quiero también propuestas sobre las acciones que el caso exige.

Trowbridge se volvió hacia el secretario de Defensa. Éste cogió un papel de encima de la mesa, lo golpeó con las yemas de los dedos y dijo:

—Bajas. El último informe indica ochenta y siete muertos y setenta y dos heridos, cuarenta y seis graves y algunos de ellos se teme que mortalmente. Tres de los muertos eran ciudadanos alemanes. El resto, americanos.

El secretario dejó el papel encima de la mesa con un leve suspiro, a modo de lamento personal por las jóvenes vidas perdidas en la explosión.

—La policía federal alemana está al frente de la investigación, ya que el atentado fue perpetrado en territorio alemán. La CIA, el BND y los servicios de Información del Ejército y las Fuerzas Aéreas colaboran conjuntamente. Hasta el momento, se ha averiguado que el coche llevaba matrícula de Berlín y que el explosivo utilizado fue *Semtex*.

—¿Algún indicio de quién lo suministró? —preguntó el Presidente.

—No hay manera de averiguarlo.

—Señor Presidente. —Hablaba el director de la CIA—. Actualmente, lo que sabemos es que tanto los grupos terroristas europeos como las Brigadas Rojas parecen no disponer de este explosivo. Se han visto reducidos a «las recetas culinarias del anarquista», herbicidas con azúcar y cosas por el estilo. La única excepción es el IRA. Gaddafi les abastece, pero no lo comparten con nadie. Ese explosivo es el marchamo de los terroristas de Oriente Medio. Como usted sabe, fue utilizado en el Pan Am 103. Todas las bombas que pusieron en París en otoño del ochenta y seis eran *Semtex*.

—Muy bien, Juez —dijo Trowbridge—. ¿Qué más ha averiguado su gente?

—Ante todo, que ha habido la típica llamada anónima a la *Associated Press* de Beirut, reivindicando el atentado en nombre de un tal comando «Venganza».

—¿Disponen de información sobre ellos? —preguntó el Presidente.

—No, señor. Pero eso no significa nada. Esa gente, ya sean palestinos o de la Hezbollah, forman un grupo y le dan un nombre para una operación determinada.

—¿Tienen algún punto de conexión con esos grupos terroristas de Oriente Medio que pueda decirnos quién diablos está detrás de esto? —preguntó el Presidente.

—Hemos consultado a todos nuestros contactos, señor Presidente —respondió el Juez—. Hemos pedido a los israelíes y a los saudíes, ya que disponen de buenos medios de penetración, que investiguen en sus fuentes. Y tenemos en nuestro poder una información que muy bien podría estar relacionada con esto. —Contó lo del Artista, lo de su asesinato y de la información pasada por él sobre los cuatro últimos 798 que había extendido—. Si se confirma que ha sido esa gente, sabremos que se trata de la Hezbollah, ya sea de Beirut Oeste o del valle de la Bekaa. Estos pasaportes ya han sido utilizados antes por terroristas. Hace un par de años dos árabes compraron un coche en una feria de vehículos usados de Gravenbruck, cerca de Frankfurt, lo cargaron de explosivos y lo hicieron explotar en el economato de la ciudad. Utilizaron estos pasaportes como documentos de identidad para comprar el coche. Los que secuestraron el *Achille Lauro* también los llevaban.

—¿Se sabe algo acerca de los cuatro hombres para los que se hicieron estos pasaportes?

—Los hemos pasado por el ordenador. Dos estaban registrados. Un par de chiitas de Beirut que pasaron un año en la escuela de terroristas de Alí Montazeri en Qom. La que está camuflada como institución religiosa. Uno de ellos tuvo un papel clave en el atentado del cuartel de marines.

Trowbridge esperó un momento, para asegurarse de que el Presidente había completado sus preguntas antes de volverse hacia el presidente de la Junta Militar, el general Schumacher.

—¿Hal?

—Mientras no tengamos la seguridad de quién está detrás de esto, no podemos proponer actos de represalia. Existe una serie de opciones, pero no podemos ir muy lejos en nuestros planes mientras no sepamos con quién tenemos que habérnoslas.

—¿Cuál es vuestra postura de defensa? —preguntó Trowbridge.

—Estamos en DEFCON 4. DEFCON 4 es el cuarto nivel de preparación de ataque de una escala de cinco, en la que el quinto es el menor. Nos mantendremos en él. No sirve de nada poner nerviosos a los soviéticos, puesto que no parecen estar implicados en esto.

—¿Y la Fuerza Delta? —preguntó el Presidente—. ¿La han puesto en alerta?

—No, señor —respondió el general.

Era un hombre taciturno con una cara tan lavada y rasurada que parecía brillar

con luz propia. Su escaso cabello estaba pegado al cráneo como tiras de cinta adhesiva negra. Hojeaba un cartapacio de celofán azul ostentosamente marcado «Máximo secreto» como si fuera una especie de misal.

—Sin disponer de más información, es difícil determinar qué papel podría desempeñar una represalia. Por otra parte, señor Presidente, la Fuerza Delta no puede moverse sin que la prensa se entere. Si la ponemos en estado de alerta, saldrá en las noticias de la tarde.

El Presidente ladeó la cabeza, como si desde esta perspectiva pudiera ver mejor a Schumacher.

—Puede que no sea tan mala idea que la prensa lo recoja. Que el público sepa que no pensamos quedarnos con los brazos cruzados.

Schumacher era un auténtico soldado. Las relaciones públicas nunca le habían interesado. También era un hombre que podía decir «no» incluso a los presidentes.

—Señor —respondió—, si mis hombres van a tener que intervenir directamente en esto, prefiero mantenerlos en un discreto segundo plano hasta que los necesitemos, si no le importa.

Importaba, pero el Presidente no hizo ningún comentario. Trowbridge se volvió hacia Jack Taylor, el secretario de Estado que, durante muchos años, había sido el más firme aliado político del Presidente.

—¿Señor Presidente?

—Hemos recibido de los aliados los consabidos mensajes de condolencia. En todos está implícito, diría yo, el ruego de: «No seáis impulsivos, chicos. Con otro bombardeo sobre Libia no podríamos».

Sus palabras suscitaron un murmullo de risas en la mesa. No sorprendían a nadie. Todos estaban acostumbrados a oír aquel estribillo en momentos como éste.

—¿Qué mano ve detrás de esto? —preguntó Trowbridge.

—La de Libia. Siria. Irán. Un arrebató de los chiitas de la Bekaa. Elija lo que prefiera. La mano todavía no se ha perfilado. Personalmente, yo descartaría a Gaddafi. Desde que Reagan le paró los pies se ha mantenido apartado de la cuestión terrorista. Ahora juega con la guerra bacteriológica y los cohetes de largo alcance, pero ésas son armas militares para usar contra Israel, no armas terroristas.

—Entonces, ¿Siria?

Mientras el secretario de Estado comenzaba el análisis de las relaciones de Siria con el terrorismo internacional, una furgoneta beige que avanzaba por la avenida de la Constitución llegó a la altura de la calle Quince, entre la Elipse y el Monumento a Washington. El tráfico era escaso aquel domingo. Tobulko se acercó al bordillo. Con la brújula hizo un rápido reajuste de la dirección hacia la que el generador emitiría la señal y llamó al piso.

—Conecta dentro de cinco segundos —ordenó a Dulia Vaninia e insertó el

radioteléfono en el soporte del módem.

Exactamente cinco segundos después, se encendió la lámpara roja del generador. Tras cuarenta y cinco segundos después, se apagó y Tobulko volvió a conducir la furgoneta por entre el tráfico que circulaba por la avenida de la Constitución.

—Nawaf Hawatameh, Abu Nidal, el grupo Quince de Mayo de Abu Ibrahim, cualquiera de ellos es capaz de un acto semejante —decía el secretario de Estado, cuando algo llamó la atención del director de la CIA.

Eran las manos del Presidente. Se cerraban y abrían y volvían a cerrarse cada vez con más fuerza, blanqueándosele los nudillos. El Juez le miró la cara. Los músculos de la mandíbula temblaban, y apretaba los dientes como el que trata de reprimir un grito de dolor. Tenía las sienes relucientes de sudor y los ojos, tras de las gafas con montura de plástico, parecían más protuberantes. «Está realmente cabreado y trata de tragarse la rabia», pensó el Juez.

—... yo apostaría por la gente de Abu Ibrahim —proseguía el secretario de Estado—. Son unos terroristas muy sofisticados. Tienen en su haber veintidós atentados con bomba en Europa y dos atentados fallidos contra las Líneas Aéreas Israelíes, «El Al». Hawatameh está...

—¡Hostia! —Era el Presidente y gritó como un sargento instructor de marines a un puñado de reclutas torpes—. ¡Eso es una sarta de puñetería diplomáticas, Jack! ¡Han matado a chicos y chicas americanos! ¡Quiero saber qué carajo vamos a hacer! ¡Quiero saber qué vamos a hacer para machacar a esos hijos de puta! Son los que se cargaron el Pan Am 103. Los que se cargaron el cuartel de marines. Son los que secuestraron a conciudadanos nuestros. Esta vez, por Dios que les vamos a dar su merecido. ¡General!

—Sí, señor.

—Quiero saber qué puede hacerse para joder a esa gente. Joderlos bien. De tal manera que nunca más se atrevan a poner sus sucias manos encima de un americano inocente.

El general Schumacher carraspeó y recorrió con las yemas de los dedos la carpeta azul que tenía delante, como el que busca una respuesta en un tablero de ouija. El presidente de la Junta Militar estaba acostumbrado a preguntas más concretas que aquélla.

—Bien, señor, la Sexta Flota se encuentra en el Mediterráneo oriental. Los portaaviones disponen de una capacidad considerable de grupos para los ataques aéreos. Y pueden ajustarse...

—¡Ataques aéreos! —rugió el Presidente—. Hace diez años que los israelíes lanzan ataques contra los campamentos de la OLP ¿y qué han conseguido? Hacer más terroristas. Yo he dicho que quiero escarmentar a esa gente. —El Presidente volvió a descargar un puñetazo en la mesa—. En el ochenta y tres utilizamos contra ellos los

cañones del *Missouri* y eso tampoco detuvo a esos canallas.

—No sugeriré otra intervención de los marines en el Líbano, ¿verdad, señor?

—No. Lo único que conseguiríamos es que murieran más americanos. Y quiero golpear bien. Una vez. Con fuerza. —La mandíbula del Presidente volvió a crisparse. Sus ojos se entornaron un segundo y luego se abrieron, redondos—. ¡Los misiles de crucero Tomahawk! ¿No tenemos unos cuantos por allá?

—Sí, señor. Están desplegados en el *Ticonderoga*, en el Mediterráneo, y en el *Valley Forge*, a la entrada del golfo Pérsico.

—Son los que están equipados con las cabezas de potencia regulable, ¿no?

La cabeza nuclear de potencia regulable, denominada W60, es un avance introducido recientemente por las Fuerzas Armadas de Estados Unidos. Manipulando el sistema de detonación de ciertas cabezas nucleares, o limitando la entrada de material explosivo, la potencia de la explosión podía programarse con precisión desde un kilotón hasta un megatón.

—Sí, señor. —La voz del general Schumacher había adquirido un leve tono de reproche—. Disponemos de ese tipo de cabezas en la zona, efectivamente.

—Bien, entonces ¿por qué no ajustamos una de esas cabezas a tres o cuatro kilotones y se la soltamos a esos cerdos? Podríamos dejarla caer en medio de esa ciénaga de terrorismo que es el valle de la Bekaa. Eso les aviaría.

Un silencio de consternación acogió sus palabras.

—Señor Presidente, ni siquiera sabemos si los terroristas procedían del valle de la Bekaa. No sabemos de dónde venían ni de quién obedecían órdenes.

La cólera del Presidente quedó momentáneamente atajada por las palabras del general Schumacher. El Juez observó que jadeaba al respirar.

—¡Pero lo descubriremos! ¡Por Dios que lo descubriremos!

—Louis, eres un chico muy listo para ser un guripa francés. —Manfred Schmidt no se había molestado en decir hola por teléfono. Después de tres años de trabajar con Louis Doria, el jefe de la Staatschutz de Berlín había elaborado una especie de código abreviado para sus conversaciones—. La policía de Frankfurt encontró siete coches con matrícula de Berlín en el aparcamiento del aeropuerto. Pudimos localizar telefónicamente a los dueños de seis. ¿Adivinas qué pasó con el séptimo?

—No estoy seguro de querer enterarme —dijo Doria.

—El dueño lo vendió a un vendedor de coches de segunda mano de la calle Residenz hace tres semanas. El cual, a su vez, lo vendió a un caballero de aspecto árabe. Sí, señor. Dos caballeros de aspecto árabe para ser exactos. Uno de mis hombres va ahora hacia allí con las fotos que nos dio Breslaw.

—Pues allí me reuniré con él.

No era obligación de Doria, pero la calle Residenz estaba en la zona francesa, y sus relaciones con Schmidt eran tan buenas que el alemán recibía con agrado su

colaboración en algún caso, cosa que no solía ocurrir con sus colegas anglosajones.

—Hay otra cosa que deberías saber —dijo Schmidt—. Encontraron varios uniformes del ejército americano en el maletero.

«No podía fallar —pensó Doria—: El factor Abdul». Aquél debió de ser el coche utilizado para la fuga. Descuido típico de esa gente, dejar los uniformes en el maletero. Diez minutos después, estaba con el inspector alemán en el barracón de planchas de acero ondulado en que el vendedor de coches tenía instalada su oficina. El hombre les mostró la copia carbón del formulario que rellenó Saied al comprar el coche. En él figuraba el número de su pasaporte marroquí: 7983429.

—¡Bingo! —susurró Doria al ver el número.

El inspector alemán mostró las cuatro fotos de la CIA.

—Éste —dijo sin vacilar el hombre al ver la foto de Saied. Siguió mirando las otras tres—. Y este otro es el que iba con él —agregó.

Era Nasredin, el especialista en explosivos.

El nombre que el vendedor había copiado del pasaporte de Saied no era su verdadero nombre, desde luego, sino uno de los facilitados a Dajani por el *resident* del KGB en Damasco. En el espacio destinado a la dirección, Saied había indicado la Universidad Libre de Berlín. Al leerlo, Doria se echó a reír.

Cuando salieron, Doria se quedó en la puerta, contemplando el tráfico de la calle Residenz y estudiando el barrio. Oscurecía. Al otro lado de la calle, un rótulo le llamó la atención: Pizzería Capri. Al inspector alemán aquello no le decía nada, pero a Doria le sonaba. El restaurante figuraba en una lista, enviada por la Interpol, de los establecimientos de Berlín que había que vigilar por su posible relación con el tráfico de drogas. Drogas y terrorismo van unidos, como la cerveza y las salchichas.

—Vamos a ver si ahí reconocen las fotos —propuso.

Giuseppe, el barman que había servido a Saied y Nasredin, estaba en la barra cuando entraron. Doria permaneció a un lado, observando fijamente a Giuseppe mientras el inspector alemán le mostraba las fotos de Saied y Nasredin. El camarero cogió una foto y luego la otra, las miró atentamente y las dejó en el mostrador.

—Árabes —dijo—. Todos se parecen. A éstos no los he visto nunca. Quizá vinieron por la noche, cuando yo no estaba de servicio. Quién sabe.

—Mentía —afirmó Doria con la seguridad de un presidente de jurado pronunciando un veredicto evidente, en cuanto salieron a la calle.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó el inspector.

Doria se golpeó la nariz.

—Por esto. En Francia, amigo, lo llamamos «el sistema D». Olfateando se llega hasta la mierda. —Señaló al otro lado de la calle. Las luces de neón de la sauna Moonlight acababan de encenderse. El pequeño inspector francés estaba convencido de que para la mayoría de los criminales resultaba tan difícil pasar por delante de una casa de putas sin entrar en ella, como para la mayoría de irlandeses rehusar una copa gratis—. Vamos a echar un vistazo —sugirió.

El inspector alemán lo siguió de mala gana al otro lado de la calle. Las cuatro señoritas del personal de plantilla les saludaron al entrar con comercial cortesía. La presentación de la placa del inspector alemán transformó instantáneamente su hospitalaria actitud. La *madame* salió de una habitación del fondo como un toro a la plaza.

—Ésta es una casa limpia, señores. Aquí, nada de drogas. Mis chicas van al médico todas las semanas. Dos veces a la semana. Aquí, nada de sida —gritó—. Nada de sexo. Nunca. Sólo un buen masaje para calmar los nervios. Lo juro por mi hijo. Nada de sexo.

—Claro que no, *Fräulein*. —Doria echó mano de todo su *charme* francés—. Lo que pase detrás de esas puertas no nos interesa. Hemos venido a solicitar su ayuda.

Una vez tranquilizada, la *madame* dio toda clase de facilidades. Ellos mostraron las fotos a las chicas. Aseguró a Doria que si aquellos hombres habían hecho algo malo, ellas estarían encantadas de ayudar a la policía a cumplir con su deber.

Una de las chicas, una rubia de pelo largo y grasiento con un deshabillé rosa sobre la ropa interior negra, reconoció la foto de Saied ahogando unas risas.

—Estuvo aquí tres veces. Daba buenas propinas. Y la tenía grande.

—¿Cuándo vino por última vez?

—Hace tres o cuatro días.

—¿Qué hacía?

—¿Hacer? —La muchacha estaba desconcertada—. ¿Qué cree que hacemos aquí? ¿Escuchar ópera? Yo le di masajes.

—¿Le pareció nervioso, tenso, inquieto? —preguntó Doria.

—No cuando se iba —rió la chica.

—¿Sabe dónde vivía?

—Por aquí cerca —respondió la rubia—. La segunda vez olvidó el jersey y no tardó nada en venir a buscarlo.

—Quizá lo echó de menos al salir a la calle.

—Quizá —convino la muchacha—. Pero llevaba una cazadora de piel negra. Seguramente no se dio cuenta hasta que se la quitó.

Los dos hombres se miraron. Suficiente. Fueron rápidamente al coche del inspector y llamaron a Schmidt. En quince minutos, Schmidt y dos docenas de policías de paisano se les habían unido para rastrear, casa por casa, la pista que pudiera conducirlos al paradero de los terroristas.

La mayoría de los hombres que estaban reunidos en el despacho del director de la CIA habían dormido tres o cuatro horas y alimentaban sus motor biológico con el combustible que más se consume en Washington en períodos de crisis: café. El Juez miró su reloj. Dentro de cuarenta y cinco minutos, tenía que estar en la Casa Blanca para asistir a la primera reunión del día del Comité Ejecutivo. Había estudiado toda la

información que sus subordinados habían podido reunir sobre el atentado de Wiesbaden. Por desgracia, era escasa.

—Hay que volcarse en esto —recordó a los miembros de su comité de dirección—. Hace más de diez años que conozco a este Presidente y nunca, nunca le había visto tan furioso. Ayer estaba francamente cabreado, y Dios asista a la sección que no carbure como deba en este asunto.

Se levantó y empezó a recoger los papeles que tenía que llevar a la Casa Blanca.

—Quiero que uno de ustedes me acompañe. —En las reuniones del comité de crisis, era costumbre que cada uno de los jefes reunidos en torno a la mesa del Consejo de Seguridad Nacional llevara a un adjunto para que le ayudara. Éste hacía las llamadas de su superior y filtraba la información del exterior—. Art, venga conmigo —dijo—. Ustedes —agregó dirigiéndose a los representantes de Operaciones y Contraespionaje— probablemente sean más productivos aquí.

Las señoritas de la sauna Moonlight de la calle Residenz de Berlín Oeste observaban fascinadas las actividades de los policías que habían invadido el local. Manfred Schmidt decidió instalar en él su cuartel general, en la operación de peinado de la zona, para buscar el escondrijo de los terroristas. En el suelo del salón había un gran plano del barrio en el que se señalaba cada edificio que se iba a investigar.

El teléfono sonaba continuamente. El Praesidium Polizei revisaba los ordenadores de la compañía de electricidad, en busca de usuarios que pagaran en efectivo. Los terroristas siempre pagan en efectivo. Los ciudadanos corrientes, casi nunca. Cada vez que en el ordenador aparecía un pago en efectivo, la central llamaba a la sauna.

Tres horas después de que empezara el registro, uno de los inspectores entró corriendo en el local.

—Ya lo tenemos.

El portero que había alquilado el piso a Saied y Nasredin esperaba en el portal del número 97/98 de la calle Residenz, muy ufano por el protagonismo que le daba el momento.

—¿Están dentro? —preguntó Schmidt.

—No lo sé. Hace un par de días que no los veo. Pero son ellos, desde luego. Yo nunca olvido una cara. Nunca. Mi madre decía...

—Traiga la llave maestra —ordenó Schmidt, indiferente a las opiniones de la madre.

Doria, Schmidt y los dos inspectores subieron al piso, con las armas en la mano. Llamaron con los nudillos. Nadie contestó.

—Abra la puerta —ordenó Schmidt.

El conserje tuvo que probar tres veces antes de conseguir meter la llave en la cerradura con sus dedos temblorosos.

Los policías irrumpieron en el piso. Estaba vacío. Los formularios de registro que

el portero diera a Saied y Nasredin seguían encima de la mesa.

—¿Qué probabilidades crees que hay de que vuelvan? —preguntó Doria.

—Ninguna. De todos modos, lo vigilaremos. —Schmidt se volvió hacia uno de sus ayudantes—. Que vengan los del laboratorio y le den un buen repaso. Y que traigan los perros. Quizás encuentren rastro de los explosivos.

Guardó la Mauser en la pistolera y sonrió levemente a su colega francés.

—¿Alguna otra buena idea?

El corresponsal del canal de noticias en la Casa Blanca se había puesto tantas veces delante de la cámara sobre el césped situado frente al familiar porche del edificio, que ya parecía formar parte del paisaje. Ahora, a media mañana del lunes, hizo un resumen de las repercusiones del atentado de Wiesbaden, a la vista de las últimas informaciones facilitadas por la oficina de prensa de la Casa Blanca.

Dijo que el comité ejecutivo del Consejo de Seguridad Nacional volvería a reunirse aquella mañana. El Presidente era informado regularmente del avance de su trabajo y, de vez en cuando, se unía a la reunión. Almorzaría en privado en la Casa Blanca, para estar al corriente de los trabajos de investigación del atentado y, a la una treinta, se reuniría con los líderes del Congreso para tratar del déficit presupuestario.

A ochocientos metros de la Casa Blanca, Valentín Tobulko miraba el televisor con atención y perplejidad. Iván Sergeivich le había ordenado que utilizara el aparato con cuentagotas, sólo en aquellos casos en que le parecieran momentos críticos de la crisis. ¿Cómo podía él determinar cuáles serían, con ese boletín de noticias tan parco y poco informativo? Lo único que le indicaba era cuándo no tenía que usar el aparato: cuando el Presidente estuviera almorzando y hablando del déficit presupuestario.

Tras varios minutos de meditación, Tobulko dijo a Nina Wolfe que se iba con la furgoneta a recorrer el imaginario semicírculo que tenía como centro la Casa Blanca desde donde sería más operativa la señal. Ella se quedaría en el apartamento, mirando el canal de noticias y cada vez que se informara de alguna novedad sobre el atentado, le llamaría por teléfono y le describiría lo que se decía y mostraba. Sobre la marcha, decidirían cuándo había que utilizar el equipo.

Para ser el puesto de mando del hombre más poderoso del mundo, la sala de conferencias del Consejo de Seguridad Nacional del sótano del ala Oeste de la Casa Blanca, parece un lugar muy modesto. Pero las apariencias engañan. Tres de las cuatro paredes de la sala están cubiertas de oscuros paneles cuadrados de roble que pueden correrse apretando un botón. Detrás de ellos está toda la parafernalia que pueda precisarse en un momento de crisis, es decir, el utillaje indispensable para la toma de decisiones. Hay monitores que muestran los datos de las redes informáticas más seguras y secretas, un banco de aparatos de telecomunicaciones y discos láser

ajustados para el control de la pantalla de gran definición que cubre la totalidad de la cuarta pared y que está oculta tras una cortina. En la habitación contigua está el centro de comunicaciones de la Casa Blanca que controla el sistema Crown de máxima seguridad y uso exclusivo del Presidente, el cual reacciona a la voz humana. Cada sitio de la mesa tiene su propio teléfono rojo por medio del cual cada miembro del Comité Ejecutivo puede hablar con cualquier lugar del mundo.

Art Bennington estaba sentado detrás del director de la CIA. La sala de conferencias era tan pequeña que su sillón estaba arrimado a la pared. Era la primera vez, después de tantos años al servicio del Gobierno, que Art estaba presente en una reunión al más alto nivel y miraba muy impresionado aquella mesa llena de mandamases. Desde el domingo, el grupo se había ampliado. Ahora comprendía a los jefes del Consejo de Seguridad Nacional y del FBI y al fiscal general. El presidente de la junta militar tenía tres adjuntos: un vicealmirante y un par de capitanes generales del Ejército y las Fuerzas Aéreas.

Se encontraban en sesión de modo casi permanente y lo que más sorprendió a Art fue el barullo. Siempre había dos o tres teléfonos rojos sonando. El secretario de Estado era incapaz de bajar la voz al hablar con Jerusalén, con París o con Bonn. Al fondo de la sala, el secretario de Defensa y el presidente de la junta militar, el general Schumacher, y sus respectivos ayudantes, formaban una célula dentro de otra célula, cuchicheando furiosamente, solicitando datos a sus terminales de ordenador y escribiendo con ahínco en sus blocs de piel. El jefe del FBI y el fiscal general parecían estar en constante conferencia acerca de las dificultades jurídicas existentes para sacar a los terroristas de las manos de los alemanes occidentales en el hipotético caso de que fueran detenidos.

«Lo que estoy contemplando es la manera en que el Gobierno de Estados Unidos trata una crisis cualquiera —pensó Bennington—, desde un secuestro aéreo hasta la llegada del ángel exterminador nuclear». Hasta un científico conductista principiante podría ver que el sistema estaba plagado de fallos. Kent Trowbridge, el consejero de Seguridad Nacional, era incapaz de imponer un sentido de disciplina, de establecer una lista de prioridades en el planteamiento de la crisis y obligar a todos a atenerse a ellas. Ello se debía, por lo menos en parte, a la circunstancia de que era el de menos edad de todos los presentes, y sin embargo, era quien se suponía que debía llevar las riendas.

Los miembros del Gabinete tenían unos egos tremendos. ¿Qué podías esperar si no? Siempre estaban desviando la atención hacia las cuestiones accesorias que les interesaban. Bennington observó que uno de ellos no hacía más que dirigirse al asesor de Seguridad Nacional diciendo: «Señor Presidente, acabo de enterarme de que...». De las oficinas contiguas a la sala de conferencias entraban continuamente secretarías con papeles urgentes que nunca eran tan urgentes como parecían.

Pero lo que más sorprendió a Art fue la brusquedad con que todo cambió en el instante en que el Presidente entró en la sala por tercera vez. Su sola presencia en la

puerta clarificó las cosas. La gente dejó de cuchichear y de charlar. Hasta el secretario de Estado guardó silencio por una vez. Unos egos que hacía treinta segundos trataban de hurtarle terreno al vecino, ahora, de pronto, se eclipsaban ante el Presidente.

Art sabía que el Gobierno de Estados Unidos no sometía los temas a votación como el gabinete británico ni como el Politburó de Moscú. El Presidente escuchaba, si quería, lo que sus asesores decían. Pero él tomaba las decisiones. «En esta sala — pensó Bennington—, nadie tiene autoridad para oponerse a una orden presidencial». Con excepción de los militares, de quienes él era comandante en jefe, todos los individuos que estaban alrededor de la mesa habían sido nombrados por el Presidente y tenían que acomodarse al criterio del hombre al que asesoraban. Él podía destituirlos a todos en cualquier momento. Sólo el Vicepresidente podía anular una orden presidencial porque también él había sido elegido para el cargo.

Pero, para eso, antes tendrían que sacarlo del campo de golf. Y una cosa era segura: si él o cualquier otro Vicepresidente trataba de hacer desautorizar al Presidente, tendría que estar dispuesto a hacer su propio motín del Caine y añadir a renglón seguido: «... vamos a destituir al Presidente, porque está chalado». Ésta era la única justificación que podía tener un Vicepresidente para anular una orden presidencial.

En ese momento, Trowbridge interrumpió sus pensamientos.

—Caballeros. El Presidente viene hacia aquí.

Dos minutos después, el Presidente entró en la sala. Su cuadrada mandíbula estaba encajada y Art percibió en él una especie de fría compostura.

—Bien —dijo sentándose—, dos cosas antes de empezar. He hablado con los líderes del Congreso de los dos partidos para asegurarles que dedicamos toda la atención posible a esta crisis. En ambas cámaras prevalece la opinión de que no podemos consentir lo que ha pasado. Además, me han dicho que la centralita ha sido bloqueada toda la mañana por ciudadanos indignados que reclaman que respondamos a este crimen. Por lo tanto, es urgente reaccionar. Adelante, Kent.

El asesor del Consejo de Seguridad Nacional dio la última cifra de bajas y agregó:

—La Agencia ha establecido comunicación directa, por una línea segura, con el funcionario de la delegación en Berlín que sigue las investigaciones, señor Presidente. Él podrá darle la última hora.

—Pasen la comunicación.

La voz de Terry Breslaw llenó la sala con tanta claridad como si estuviera informando a los reunidos desde aquella misma mesa. Empezó haciendo un resumen de lo que había averiguado la policía alemana, y señaló que dos de los terroristas habían sido claramente identificados como titulares de dos de los cuatro pasaportes marroquíes falsificados en Beirut por el Artista.

—La policía también ha localizado al propietario del vehículo utilizado en el atentado —prosiguió—. Él lo vendió la semana pasada en un mercadillo al aire libre a dos hombres que identificó como titulares de los otros dos pasaportes marroquíes.

Hace unas dos horas, un camello de Kreuzberg reconoció en uno de ellos a un individuo que le había comprado hierba la semana pasada. La policía está haciendo una investigación puerta por puerta en la zona en la que trabaja este hombre, para localizar su residencia. Por lo menos, ahora tenemos la identificación de los cuatro terroristas.

—¿Qué posibilidades hay de que sigan en Berlín Oeste?

La voz del Presidente era severa pero mesurada.

—Yo diría que, a juzgar por la experiencia, son muy escasas.

—O sea, que están escondidos en Berlín Este.

—Posiblemente, señor, pero también podrían haberse marchado. Interflug tiene vuelos diarios a Beirut, Damasco y Bagdad. Probablemente, ya se habrían ido el domingo por la mañana.

El Presidente hizo una seña al general Trowbridge. Ya había oído bastante de Berlín.

—Hágame un resumen de todo lo que sabemos de esos cuatro hombres —dijo a su consejero de Seguridad Nacional.

—Sabemos lo que nos ha dicho la Agencia, que pertenecen a Hezbollah —respondió Trowbridge—, que dos de ellos fueron entrenados en la escuela de terrorismo de Alí Montazeri en Qom. Y creo que podemos suponer que procedían de Beirut Oeste o del valle de la Bekaa.

—Y sabemos que Hezbollah está dirigida por Irán, ¿no?

—La respuesta es «es posible», señor Presidente —dijo el secretario de Estado.

—¡Dios! —suspiró el Presidente—. ¿Cuál fue la última vez en que un secretario de Estado dio una respuesta clara en una crisis?

—Cuando Yasser Arafat pidió un visado a George Schultz —rió Taylor—. Es indudable que los miembros de Hezbollah son fieles a Teherán. Pero, por el asunto de los rehenes, tenemos muchos indicios de que no siempre actúan según los dictados de Teherán.

—¿Y qué me dicen de Asad y de Siria? —preguntó Bill Brennan, jefe de gabinete del Presidente, al secretario de Estado.

—Asad llamó a nuestro embajador a medianoche y estuvo media hora expresando sus condolencias y asegurando que él no había tenido nada que ver en esto.

—¡Excusas! —resopló Brennan—. Él fue el inductor y ahora está cagado de miedo pensando en las represalias.

—No estoy de acuerdo —respondió el secretario de Estado—. He leído el informe del embajador y estoy seguro de que Asad es sincero.

—¿Han descartado a Libia, a Gaddafi? —preguntó el Presidente.

—Los cuatro hombres que usaban esos pasaportes eran chiitas libaneses, probablemente. Gaddafi y los chiitas libaneses se odian porque los libaneses están convencidos de que Gaddafi mandó asesinar a uno de sus líderes religiosos. Por lo tanto, es poco probable que anden juntos en esto.

—Bien, eso nos deja Irán, ¿no? Dos de esos hombres fueron entrenados en Qom.

—La mano inductora todavía no ha firmado, señor Presidente —advirtió el secretario de Estado—. No tenemos pruebas concluyentes. Pero todo señala hacia Teherán, desde luego. O quizá a Beirut Oeste.

—De acuerdo —dijo el Presidente. Se levantó—. Voy a almorzar y a ver las noticias. Después me reuniré con los dirigentes del partido para hablar del presupuesto. General —miró al general Schumacher que estaba al extremo de la mesa—, cuando vuelva quiero examinar opciones de acciones concretas, contra Irán o contra Beirut Oeste. Opciones realistas, no ilusorias.

El general advirtió con alivio que el Presidente no decía nada de misiles de crucero. Ésta era una opción que, al menos por el momento, parecía haber olvidado.

La pequeña furgoneta beige de Valentín Tobulko estaba en el aparcamiento del Banco Nacional, en la calle Ocho, cerca de la esquina con H, a poco más de medio kilómetro de la Casa Blanca. Para el comandante del KGB, aquél parecía un lugar tan inocuo como cualquiera de aquella zona. En la radio sintonizaba la emisora de noticias de la capital. El comandante fingía leer un periódico. A la una, llamó al apartamento de la calle Church.

—Dime qué están dando sobre Wiesbaden —ordenó a Nina Wolfe.

Mientras ella hablaba, súbitamente, recordó algo. Un pasaje del informe sobre el Presidente que Iván Sergeivich le había hecho leer, el que hablaba de su hermana y de lo mucho que él la quería de niño y cómo sufría cuando su padre la maltrataba cuando estaba borracho.

—Nina —dijo—, vamos a conectar el generador ahora mismo.

El Presidente almorzaba en una bandeja en su salita del primer piso, con los cuatro monitores de televisión conectados, aunque sólo el canal de noticias tenía sonido. Aún no había terminado su ensalada de aguacate con gambas cuando se detuvo, incapaz de seguir comiendo ante las imágenes del televisor. El corresponsal del canal de noticias en Bonn estaba en el interior del Hospital General de Wiesbaden, yendo de cama en cama y charlando con las víctimas de la bomba del sábado por la noche. Se detuvo junto a la cama de una muchacha rubia muy bonita que tenía el pelo extendido sobre la almohada formando una aureola. Unas astillas de vidrio la habían dejado ciega. Cuando la cámara enfocó sus ojos vendados, ella sollozaba suavemente por el mundo que había perdido para siempre.

El corresponsal del canal de noticias se acercó a la cama de otra víctima, otra muchacha, ésta un poco mayor, con la cara hinchada y tumefacta como si hubiera sido salvajemente golpeada. El Presidente sintió una opresión en las sienes y una ola de indignación que le recorría el cuerpo. Con un gruñido, se puso en pie de un salto y

estuvo a punto de tirar la bandeja del almuerzo.

Antes de que los reunidos advirtieran su entrada, el Presidente ya se hallaba en medio de la sala de conferencias del Consejo de Seguridad Nacional. Inmediatamente, algo llamó la atención de Art Bennington. Todavía llevaba la servilleta de lino blanco en la mano izquierda y la apretaba con tal fuerza que cualquiera diría que dentro tenía a un animalito al que trataba de estrangular.

—¿Han visto las imágenes del canal de noticias? —rugió. Ninguno de los presentes tenía ni idea de lo que les hablaba—. ¡Pues yo sí! ¡Yo las he visto! ¡Esas pobres criaturas destrozadas! ¡Una niña preciosa, ciega! Y han sido los cerdos iraníes. Hay que matarlos. Ellos secuestraron a los nuestros. Ellos volaron el Pan Am 103. ¡Bien, ahora van a pagar por todo ello!

El Presidente levantó los puños y golpeó la mesa violentamente, sin soltar la servilleta que tenía en la mano izquierda. Bennington miró a todos los hombres de la sala. Estaban consternados por el arrebató del Presidente, pero también totalmente pendientes de él, escuchando con gran interés sus palabras sin intentar cuestionarlas.

—¡General!

El presidente de la junta militar se volvió respetuosamente hacia su comandante en jefe.

—¿Señor?

—¿Qué previsiones tenemos para un ataque de represalia contra Irán?

—Señor, tenemos planes previstos para un ataque aéreo con base en un portaaviones, contra la isla de Jarg, la terminal de un oleoducto y refinería. Lo confeccionamos durante la crisis del Golfo. Eso perjudicaría gravemente su industria petrolífera y sería un duro golpe para su economía.

—¿La industria del petróleo? —gritó el Presidente—. ¿Esa gente mata a inocentes muchachos americanos y ustedes hablan de petróleo? ¡Por Dios! ¿Que unos cuantos iraníes se acuesten sin cenar?

—¿En qué había pensado usted, señor?

El tono de Schumacher era respetuoso, según advirtió Bennington, pero no obsequioso.

—¿Tenemos un plan con Qom como objetivo?

Schumacher se volvió hacia el capitán general de las Fuerzas Aéreas que estaba detrás de él, quien solicitó a su terminal de ordenador el listado de objetivos estratégicos.

—No, señor —dijo el capitán general.

—¿Y Teherán?

Nuevamente, el jefe de las Fuerzas Aéreas pulsó su teclado.

—No, señor.

—¡No puedo creerlo! —rugió el Presidente—. ¿Es que, después de una década de

unas relaciones que no pueden ser peores con esa gente, con esos bárbaros de Jomeini, no tenemos un plan de ataque contra Teherán? Nuestras relaciones con ellos son cien veces peores que con los rusos ¿y dicen ustedes que no hay planes preparados contra esa gente?

Bennington observaba atentamente al Presidente. Hacía unos segundos, el hombre, accidentalmente, había reparado en que todavía tenía la servilleta en la mano. Se la había metido en el bolsillo. Tenía las sienes sudorosas y continuamente apretaba las mandíbulas.

—¿Y esos misiles de crucero Tomahawk que llevan el *Valley Forge* y el *Ticonderoga* de que hablamos ayer? ¿Por qué no lanzamos uno contra Teherán? Ahora mismo.

—¡Señor Presidente! —El general Trowbridge estaba horrorizado—. No podemos hacer eso. Teherán está lleno de embajadas. Si cometiéramos semejante atrocidad, todas las naciones del mundo pedirían a gritos nuestra sangre.

—Está bien, pues contra Qom. ¿Qué le parece, general? —gritó el Presidente con voz áspera al jefe de la junta militar.

—Eso requiere tiempo, señor —respondió Schumacher.

—¿Por qué tiempo, por Dios?

—Los misiles de crucero son muy exactos, pero hay que programar su plan de vuelo. Los sistemas de dirección Turcom requieren un programa de la topografía del territorio que deben sobrevolar hasta llegar al objetivo. Este programa lo facilita uno de nuestros satélites, con una buena fotografía del objetivo y una serie de coordenadas de navegación para el misil. Tenemos que recopilar las señales de radar que el misil encontrará en su trayectoria. Todo eso requiere tiempo. No es tan sencillo.

—Y, naturalmente, no tenemos esos datos sobre Irán.

—No, señor.

—¿Cuánto tardaremos en reunidos?

—Veinticuatro horas. El satélite tiene que enviar las imágenes. La información debe pasar al grupo de planificación estratégica del mando conjunto de la base aérea de Offut, en Omaha. Allí es convertida en dígitos y enviada al barco. Entonces el barco tiene que procesar todos los datos y programar al misil.

—Pues ya pueden empezar. Ahora mismo. —Bennington observó que el Presidente respiraba resoplando a un ritmo rápido, señal inequívoca de una súbita subida de la tensión arterial—. Si tenemos que zumbiar a esos bastardos, hay que hacerlo así. La última vez, cuando atacamos a Gaddafi, perdimos dos hombres y un avión. Teníamos que pedir permiso a todo el cochino mundo para volar por su espacio aéreo. Esto elimina esa necesidad.

—Sí —gruñó Bill Brennan, el jefe de gabinete—. Eso es una buena razón, señor Presidente.

—Ni tendremos más bajas americanas. Prepare el programa, general —ordenó el

Presidente—. Quiero tener a punto la opción. Y otra cosa: quiero una cabeza nuclear programada a cuatro kilotones, lista para lanzamiento. —Dio un golpe en la mesa con la palma de la mano al decir estas palabras mientras su cara se convertía de nuevo en una máscara de cólera—. Eso acabará de una vez para siempre con los terroristas.

—Señor Presidente, que yo sepa, en Estados Unidos no hay ningún plan de estrategia nuclear cuyo objetivo sea una ciudad o una zona civil.

—¡Pues ahora ya sabe que hay uno!

El Presidente profirió estas palabras como una furiosa maldición. Bennington miraba a Schumacher. «¿Cuántas veces oye ese tono un general de cuatro estrellas? —pensó—. Salvo, quizá, en boca de su mujer». Paseó la mirada por la sala. Esta vez, en algunos rostros, por lo menos, se leía horror por las palabras del Presidente. Pero nadie parecía dispuesto a expresarlo con palabras.

—Señor Presidente, ¿qué magnitud de destrucción desea provocar? —Había un deje de exasperación en la voz del general—. Quiero decir, ¿cuántos escombros? Eso podemos proporcionárselo con cabezas convencionales.

—Exactamente, señor. —Era el secretario de Defensa. «Por fin», pensó Bennington—. Podemos causar muchos destrozos con cabezas convencionales en esos misiles sin la indignación que provocaría una cabeza nuclear.

—¡Claro que pueden! —repuso el Presidente—. Si son capaces de hacer blanco en el objetivo. Nunca hemos disparado esos misiles en una operación real, ¿verdad? ¿Quién sabe dónde irían a caer? Puede que en unos malditos prados de vacas, lo que haría de nosotros el hazmerreír de todo el mundo. Pero si llevan cuatro kilotones, ¿qué importa dónde caigan? Nos llevaremos por delante la escuela de Montazeri con todos sus terroristas y todo lo demás. Eso es lo que quiero.

—Señor Presidente, también mataremos a cientos de mujeres y niños inocentes de Qom.

—¿Mujeres y niños inocentes de Qom? ¿Y los niños de Wiesbaden? ¿Y los pasajeros del Pan Am 103? ¿No eran inocentes? ¿Es que hay dos clases de inocencia? ¿Es que los americanos son menos inocentes?

Mientras el Presidente hablaba, Bennington observaba, fascinado y horrorizado, los movimientos de sus manos. No podía tenerlas quietas. Se las estrujaba hasta que le blanqueaban los nudillos y luego las soltaba. A veces, entrelazaba los dedos en actitud de oración pero con tanta fuerza que la piel se le ponía blanca. «¿No hay un viso irracional en la cólera de este hombre?», pensaba.

Miró uno a uno a los miembros del gabinete reunidos alrededor de la mesa, hombres que conocían bien al Presidente, algunos incluso hablaban con él todos los días. En sus caras no vio señales de consternación. Seguían el debate, escuchaban los argumentos, no parecían sorprendidos por el comportamiento de su jefe. «Quizá sea yo el irracional», pensó.

—Todos ustedes han visto por televisión esas turbas iraníes pidiendo sangre —decía el Presidente—, vitoreando a Jomeini y a sus *mullahs*, vociferando su

aprobación a cada una de las atroces declaraciones que hacen esos salvajes. Así vitoreaban los alemanes a Hitler en los años treinta. Los alemanes lo pagaron caro, ¿no? Bien, pues los iraníes también tendrán que pagar. Perdieron la inocencia cuando pusieron a esos fanáticos en el poder.

—Señor Presidente —dijo Jack Taylor, el secretario de Estado. «Ya era hora», pensó Bennington—. No puedo creer que piense seriamente en utilizar un arma nuclear contra Qom.

—¿No puede? Quiero ver todas las condenadas opciones que tenemos —gruñó el Presidente.

—Semejante reacción sería desproporcionada a la provocación. Uniría contra nosotros a todo el mundo musulmán. No habría ni un solo musulmán, desde las Filipinas hasta la costa atlántica de Marruecos, que no nos odiara por eso. Lanzamos dos bombas nucleares sobre el Japón después de una guerra larga y sangrienta, y todavía se cuestiona la decisión. Esto nos hundiría a los ojos de una tercera parte del mundo. Los árabes y todos los musulmanes se arrojarían en brazos de Moscú.

—Jack, ya sabes cómo los sunníes odian a los chiitas. Recuerda lo que ocurrió cuando Reagan zumbó a Gaddafi. La mitad de los dirigentes árabes del mundo vinieron a decirle al oído: «¡Así se hace!». —Bufó el Presidente.

—Bueno, lo que yo digo es que, si nos tragamos ésta, esta presidencia quedará por los suelos. —Era Bill Brennan, el jefe de gabinete, el que hablaba—. Bastante les hemos consentido ya a esos fanáticos. La gente de este país quiere acción, acción contundente.

—¡Por Dios, Bill! Acción, sí, de acuerdo. Pero esto sería una catástrofe. Los alemanes se volverían locos. No hay más que mencionar la palabra «nuclear» delante de ellos y se ponen histéricos. Esto sería el fin de la OTAN. Cuarenta años de trabajo perdidos, ¿y para qué?

—Para que el condenado mundo comprenda que los días de los terroristas se acabaron —explotó Brennan—. Para que en Oriente Medio se sepa de una vez para siempre que los tiempos en los que se podía matar y mutilar impunemente a americanos inocentes ya pasó. ¡Para eso!

El secretario de Estado detestaba cordialmente al jefe de gabinete. Los dos eran pretendientes rivales de la misma dama: el Presidente.

—Usted puede creer que tiene de su parte a la opinión pública, pero...

—¿La opinión pública? ¿Lo dice en serio? El noventa y dos por ciento de los americanos quiere acción, según un sondeo que la CBS hizo anoche. —Al igual que la mayoría de políticos, Brennan creía que en la maleable piedra de los sondeos políticos estaba escrita una verdad divina.

—Sigán adelante y en todas las ciudades del país habrá gigantescas manifestaciones contra esta Administración.

—Algunos de ustedes, señores —el Fiscal General se había decidido a entrar en liza—, hablan de las armas nucleares como de una cosa sacrosanta y especial. Pues

no lo son. No son más que armas convencionales grandes, pero eso nadie quiere reconocerlo. General —dijo mirando a Schumacher que estaba unos puestos alejado de él—, una de nuestras cabezas nucleares de baja potencia y radiación produciría en Qom una décima parte de la radiación que se escapó en Chernobil, ¿no es verdad?

La pregunta pareció contrariar a Schumacher.

—Sí señor; así es —reconoció a regañadientes.

—Si la preparamos para que explote en el suelo o para que penetre, sólo haremos mucho ruido y habremos acabado con esos incordios —dijo el Fiscal General—. Nos hemos dejado paralizar de miedo por usar estas cosas. En 1954, los militares querían utilizarlas en Vietnam, en Dien Bien Fu. Eisenhower no quiso. Se habría acabado de golpe todo el maldito embrollo del Vietnam. Y se habrían salvado miles de vidas. ¿Se vive mejor en Vietnam hoy porque Ike no tuviera agallas para usar la bomba atómica?

—¡Exacto! —cortó el Presidente—. Yo era partidario del uso de armas tácticas nucleares en Vietnam, cuando era militarmente prudente.

Bennington examinaba atentamente al Presidente. Estaba desplomado en el sillón, visiblemente más pálido que cuando entró en la sala. Las manos, que tenía apoyadas en la mesa, le temblaban ligeramente. Bennington no pudo menos que pensar que allí tenía a un hombre que había sufrido un acceso de furor y ahora se recuperaba, mientras los agentes químicos que lo habían provocado, eran eliminados de la sangre. El primer mandatario se irguió en su sillón.

—Tengo que ir a esa reunión del presupuesto. ¿General? —Miró a Schumacher—. Quiero que se programe esa opción.

—Es viable, señor —dijo Schumacher—, pero yo creo que no es un buen planteamiento. El mero hecho de tener esa condenada cosa programada encierra peligro.

—Que lo programen —insistió el Presidente, dirigiéndose hacia la puerta con grandes zancadas.

«Estamos pisando terreno resbaladizo —pensó Bennington—. Un terreno muy, muy resbaladizo».

Quince minutos después de que el Presidente saliera de la reunión del Consejo de Seguridad Nacional, se había puesto ya en marcha la maquinaria que permitiría programar contra Qom un misil de crucero Tomahawk con cabeza nuclear. A cuarenta mil kilómetros sobre el océano Índico, entraba en funcionamiento uno de los más modernos satélites KH-IV de la nación, destinados a proporcionar un reconocimiento fotográfico con imágenes instantáneas de alta definición de su superficie terrestre.

El pájaro, situado en una órbita sincrónica con la Tierra, medía siete metros setenta centímetros de largo y estaba provisto de telescopios Schmidt de rayos infrarrojos. Éstos estaban dotados de sensores de calor de sulfuro de plomo para

detectar la energía generada en el eventual lanzamiento de un cohete soviético y de cámaras de una potencia tal que podían fotografiar a un hombre paseando por la calle. El satélite, diseñado en un principio para vigilar las fronteras meridionales de la Unión Soviética con Irán, Afganistán, Pakistán y la India, empezó a enviar miles de imágenes del territorio que tendría que recorrer el misil, desde su plataforma de lanzamiento a bordo del *Valley Forge*, a doscientos kilómetros de la costa iraní en el golfo de Omán, hasta Qom, a cien kilómetros al Sudoeste de Teherán. El misil dejaría atrás el mar al sur de Minab, frente a Omán, y se dirigiría hacia el Noroeste, siguiendo una trayectoria sinuosa por los valles de Kun-i-rud y los montes Zagros, hasta Ispahán, donde viraría al norte, hacia el objetivo.

Las imágenes que ahora llegaban del espacio no sólo servían para revelar con asombroso detalle la topografía del terreno sino que, además, permitirían a los cartógrafos de las Fuerzas Aéreas calcular la profundidad de las hondonadas o peñascos que se hallaran en la ruta. Un misil de crucero se orienta hacia el objetivo, buscando con su radar los accidentes del terreno previamente seleccionados por los hombres que trazan la ruta del misil, que se convierten en los indicadores que lo dirigen hacia el objetivo.

La primera estación receptora de este torrente de información era una instalación estadounidense ultrasecreta llamada Casino situada cerca de Nurrungar, en Australia, al Noroeste de Adelaida. Allí el chorro de *bits* binarios era procesado por los ordenadores IBM 360-755 de la estación e introducido en un cable submarino que lo conducía a San Francisco. Desde allí, por línea terrestre iba al Norad, Cuartel General de la Defensa Aeroespacial de América del Norte, en las montañas Cheyenne, Colorado.

Los oficiales y soldados que recibían la información en el Norad no sabían cuál era su finalidad. Su misión se reducía a remitirla a sus destinatarios finales, el centro de planificación estratégica conjunta de la base aérea de Offut en Omaha, Nebraska.

El coche oficial del Juez se deslizaba rápidamente entre el tráfico de la avenida de la Constitución, en dirección al río Potomac, la autopista George Washington y Langley. Sentado detrás, al lado del Director, Art Bennington rió entre dientes al contemplar el reluciente estanque que reflejaba el obelisco. El primer despacho que tuvo en la CIA estaba allí, sobre aquel bien cuidado césped, en un barracón azotado por las corrientes de aire, instalado por las fuerzas de ingenieros durante la Segunda Guerra Mundial. Doscientos metros de distancia y unos cinco años luz de tiempo le separaban ahora de aquel lugar.

Ni él ni el Director habían dicho palabra desde que subieron al coche. El Juez apoyaba sus mocasines negros en la banqueta plegada y la barbilla en el pecho, en actitud cavilosa. Evidentemente, el hombre estaba disgustado. «Bueno, qué carajo — pensó Bennington—, también yo estoy disgustado, y si he hecho carrera en la CIA no

es por morderme la lengua delante del director».

—Ha sido toda una escena, ¿no le parece?

Era una maniobra de tanteo, como la del pescador que lanza la mosca, o la del boxeador que da un pequeño golpe de izquierda para ver la reacción del contrario. El Juez movió la cabeza de derecha a izquierda dos o tres veces, despacio, como el que se despierta después de dar una cabezada o es molestado cuando estaba absorto en un problema apasionante.

—Sí —dijo—. Hace... ¿cuánto?, diez, quizá doce años que le conozco y nunca le había visto tan fuera de sí.

—No creí que tuviera tanto genio.

—¡Oh, sí!, tiene genio. Siempre lo tuvo. Créame, puede ser desagradable y ruin. Toda esa aureola de aristócrata de Nueva Inglaterra que le han puesto, el caballero que cuida su jardín con su mono y su jersey de lana Shetland y que nunca levanta la voz, no es más que un cliché. Como suelen ser esas cosas. De todos modos, nunca le había visto tan furioso. En su actitud había incluso cierta histeria, no sé si sabe a lo que me refiero.

—Sé perfectamente a lo que se refiere.

El Juez se volvió a mirar a Art con los ojos entornados. La forma en que Bennington había dicho la frase le hizo comprender que su subordinado había llevado la conversación por aquel derrotero deliberadamente.

—La forma en que estrujaba la servilleta. Me recordó al capitán Queeq, el del *motín del Caine* y sus bolas de acero —prosiguió Bennington.

—Vamos, Art, ¿adónde quiere ir a parar? Hable claro. Usted es el que ha estudiado medicina.

Art contempló al veterano jefe de la CIA. «¿Estás preparado para lo que voy a decirte?», preguntaban sus ojos a su superior.

—El caso es que tal vez tengamos que habérmolas con un presidente que sufre un trastorno mental.

El Juez se encogió ligeramente ante las implicaciones de las palabras de Bennington. Durante unos momentos se examinó las uñas en silencio. «La idea ya se le había ocurrido», comprendió Bennington.

—No lo creo.

—¿Qué no lo cree, Juez? ¿O no quiere creerlo?

El Juez se volvió hacia la ventanilla del coche.

—¿Comprende usted, intuye siquiera, la trascendencia constitucional de lo que está sugiriendo?

—Lo que comprendo, Juez, es el desastre que sería para este país el lanzamiento sobre Qom de un cohete de cuatro kilotones.

—No llegará a tanto. Ya se calmará.

—O así lo espera usted.

El Juez asintió con un vehemente movimiento de cabeza y trató de refugiarse en

el silencio. Pero Bennington no estaba dispuesto a dejarle escapar a ese santuario.

—Usted sabe cómo funciona el sistema. La única persona con autoridad suficiente para ordenar el lanzamiento de un arma nuclear es el Presidente.

—El secretario de Defensa, general Schumacher, nunca le dejaría hacer eso. Hoy les pilló desprevenidos, sencillamente.

—Quizá. Pero no olvide que, una vez tenga preparado el misil, no necesita la ayuda ni la autorización de nadie para dispararlo. Ni la del general Schumacher. Ni la del Congreso. Ni la de nadie.

—Eso nunca podría ocurrir.

—Nunca podría ocurrir con un Presidente en plena posesión de sus facultades mentales. Me he pasado la vida estudiando la conducta humana, Juez, y estoy convencido de que en su actitud de hoy había un componente irracional. El Presidente estaba a merced de un furor incontrolado. Hubo momentos en los que desvariaba.

—Tiene razón. Me di cuenta. Y también me asustó. Pero ¿qué diablos podemos hacer nosotros, Art? Decirle: «Mire, señor Presidente, ¿por qué no se olvida de esos chicos de Wiesbaden un ratito y se va al psiquiatra»?

—¿Se acuerda de Witter, el joven agente al que echaron de Moscú cuando perdimos al coronel que teníamos en el Kremlin?

—¿Se acuerda de Witter, el joven agente al que echaron de Moscú cuando perdimos al coronel que teníamos en el Kremlin?

—¿Qué tiene que ver?

—Yo estaba seguro, y aún lo estoy, de que los rusos le hicieron revelar la identidad del coronel, sirviéndose de un magnetoencefalógrafo.

—Eso dijo usted.

—Cuando el Presidente se sometió a un chequeo en Bethesda, su médico dijo que le habían hecho un magnetoencefalograma.

—¿Y qué?

—La magnetoencefalografía es fundamentalmente una técnica de investigación. En la actualidad, sólo muy raramente se usa para fines de diagnóstico. Por lo tanto, si la utilizaron con el Presidente tiene que ser porque tenían un motivo de índole médica muy importante. No es un electrocardiograma, Juez. Allí no estaban tomándole el pulso.

El Juez gimió. ¿Por qué consentía que Bennington le arrastrara hasta allí, al centro del lago, donde más delgada era la capa de hielo? Porque también él había advertido aquel alarmante aire de irracionalidad en la conducta del Presidente.

—¿Qué cree que estarían buscando?

—Yo estudiaba para neurocirujano antes de entrar en la Agencia, pero no estoy al día de los últimos avances en neurología. Quizá buscaran un tumor que podría afectar a su conducta.

—Pues no debieron de encontrarlo, porque le declararon perfectamente sano.

—Quizá sea inoperable.

El Director se revolvió en su asiento y dejó caer los pies de la banqueta con un golpe sordo.

—Art, ¡por Dios!, ahí estamos fuera de nuestra jurisdicción. Ya sé adónde quiere ir a parar. Sé exactamente adónde quiere ir a parar. Quiere que llamemos al médico y le susurremos: «Oiga, ¿existe la posibilidad, alguna prueba física que denote que el Presidente está un poco ido?».

Bennington no respondió porque eso era exactamente lo que él pensaba hacer.

—¿Imagina lo que ocurrirá cuando Bob Woodward lo extienda por la primera plana del *Washington Post*? La CIA investiga por su cuenta y riesgo la salud mental del Presidente.

—¿Imagina usted lo que ocurrirá si un Presidente, por un momentáneo trastorno, comete un acto que ocasiona al país un daño irreparable? ¿No tenemos nosotros con el país, con esos hombres que estaban en la sala con nosotros, el deber de averiguar si existe ese peligro?

—Art, se trata del Presidente. Nosotros somos sus servidores, no sus guardianes.

—¿Y el país? ¿Para qué diablos sirve la CIA si no para proteger al país de un acto semejante?

Estaban llegando a la Agencia. El Director indicó al conductor y al joven del blazer azul, que iba al lado de éste, que los llevaran a la puerta principal.

—Si trasciende una sola palabra, el más leve rumor sobre esto —dijo señalando la estatua de Nathan Hale—, yo mismo le pondré la cuerda al cuello.

—No se apure, Juez —rió Art tétricamente—. Cuando uno lleva tantos años como yo actuando extraoficialmente, no tiene que esforzarse por guardar secretos.

—Willi, ¿harías el favor de repetir a este señor lo que me has dicho?

Louis Doria levantó la mirada de los papeles que estaba despachando en su escritorio de la oficina de Seguridad del aeropuerto de Tegel, y vio acercarse a un policía alemán en compañía de un ciudadano bastante desastrado.

—Willi es taxista —explicó el policía alemán.

«Evidente», pensó Doria. Willi tenía una melena hasta los hombros, y vagamente ondulada y decididamente sucia, vestía anorak gris y llevaba un cigarrillo colgado de la comisura de los labios como los «duros» de las películas de Hollywood de hacía cincuenta años. El típico taxista de Berlín, avisado, cáustico, de vuelta de todo.

—Vamos a ver, Willi, ¿qué me cuentas?

—El sábado por la noche, yo estaba de los primeros en la fila cuando llegó el Pan Am de Frankfurt. Cuatro árabes subieron a mi taxi.

—¡Ah! —hizo Doria con súbito interés—. ¿Y cómo sabes que eran árabes y no turcos, pongamos por caso?

—Porque hablaban árabe.

Willi dedicó a Doria una mirada de conmiseración. Al fin y al cabo, no podía pedirse a un francés que tuviera el *savoir faire* cosmopolita de un taxista berlinés.

—¿Tú hablas árabe?

—Un poco. Los que viajaban detrás empezaron a charlar y el que iba a mi lado se volvió y les dijo que se callaran. Que no hablaran árabe. *Maa't Kalemsh Araby* — puntualizó Willi con un acento que Doria supuso aceptable.

Probablemente, de vez en cuando, Willi pasaba un poco de droga para los hermanos de Kreuzberg.

Abrió el cajón de la mesa y sacó las cuatro fotos facilitadas a la CIA por el Artista.

—¿Reconoces a alguno de estos individuos?

—¿Es que no va a preguntarme adonde los llevé? —preguntó Willi, asombrado por la inexplicable incompetencia del francés.

—Me gusta reservar las malas noticias para el final.

—Éste —dijo Willi señalando la foto de Saied— se sentó a mi lado.

—¿Y los otros?

El taxista se encogió de hombros.

—Y los llevaste a la estación del Zoo, ¿verdad?

—¡Sí! ¿Cómo lo sabe?

—Lo adiviné. —Doria extendió la mano—. Gracias, Willi. Estamos muy agradecidos por tu ayuda.

Cuando Willi y el policía se fueron, Doria descolgó el teléfono para llamar a Schmidt. La investigación había terminado. Tal como los dos sospechaban desde el principio, los terroristas se habían marchado. De todos modos, no estaba mal lo que habían conseguido en cuarenta y ocho horas: habían identificado a los cuatro hombres, y habían localizado los coches y los apartamentos. Todo, salvo el arresto. Y es que, por desgracia, aquello era Berlín.

Aquella semana, la cena del *resident* del KGB con Maj Abdul Hamid Hatem, jefe del Havarat, el servicio de espionaje sirio, había sido trasladada del jueves al lunes, a petición del primero. Empezaba a refrescar, por lo que habían decidido cenar en el fastuoso comedor oriental del Hotel Sheraton de Damasco. Antes de ir a cenar, tomaron una copa en el bar. Hatem indicó al *maître* la mesa que quería, situada en un rincón tranquilo desde el que se podía vigilar todo el comedor. Un camarero se acercó presuroso con cuencos de aceitunas verdes y negras, zanahorias con hielo, pistachos y una botella de Chivas Regal con hielo y soda.

Hatem sirvió una generosa ración para su invitado y otra para él y brindó por el *resident*.

—*Saa'htain*, a su salud —dijo. Contempló un momento desdeñosamente a sus compatriotas del bar, que hacían sus negocios mientras fumaban pipas de agua, y se inclinó hacia el *resident*—. ¿Qué le parece lo de la bomba contra los americanos en

Alemania?

—Me parece algo muy, muy peligroso.

El sirio bebió un sorbo de *whisky* mientras pensaba en las palabras del ruso.

—¿Piensa que habrá represalias?

—Seguro. Mire lo que hicieron con Gaddafi después de la bomba de Berlín que sólo mató a un soldado americano. —El ruso cogió el vaso. Al igual que la mayoría de sus compatriotas, no bebía el licor a sorbitos sino a grandes tragos y, antes de volver a poner el vaso en la mesa, había consumido más de la cuarta parte de su contenido. Cogió un pistacho, lo abrió y se lo echó a la boca. Mientras masticaba estudiaba a Hatem con la impasibilidad del dentista que mira la décima radiografía del día—. Espero que tomen las represalias contra quien tengan que tomarlas.

El sirio se sobresaltó. Se acercó al funcionario del KGB y susurró:

—Nosotros no tuvimos nada que ver. No nos enteramos hasta que leímos el despacho de la agencia Reuter. Créame.

—Yo creo que ustedes no tuvieron nada que ver, Abdul Hamid. Es más, me consta. Pero la cuestión es lo que van a creer los americanos.

El ruso hizo una pausa, para dejar que sus palabras surtieran efecto. Como se proponía, el efecto no tuvo nada de grato. Alargó la mano y oprimió afectuosamente el antebrazo del sirio, con el ademán que hace el entrenador cuando el atleta no ha conseguido el objetivo ambicionado.

—Afortunadamente, ustedes no tienen que temer que los americanos les ataquen como atacaron a Gaddafi. Tendrían que vérselas con nosotros, y ellos lo saben.

—Sí —respondió Hatem que no creía ni una palabra—. Eso ya lo sé. Todos estamos seguros de la importancia de la solidaridad soviético-siria. —Interrumpió la frase para tomar un sorbo de *whisky*—. Pero ¿por qué habían de creer los americanos que nosotros estamos implicados?

—Porque los autores del atentado en Alemania procedían del valle de la Bekaa.

El sirio tuvo otro sobresalto. Aquello no lo sabía, y su ignorancia era un grave error. Incluso había sugerido a Hafez el Asad, el gobernante de su país, que la bomba era obra de la rama alemana de las Brigadas Rojas. La revelación del ruso era tan preocupante como molesta.

—Ya conoce a los americanos —prosiguió el *resident*—. Imaginan que todo lo que pasa en el valle de la Bekaa es obra de ustedes. —Cogió otro pistacho del cuenco y lo abrió con dos dedos—. ¡Quién sabe! —dijo llevándose el fruto a la boca—. Tal vez haya quien esté interesado en alentar a los americanos en esa creencia. Desde luego, son ustedes y no ellos los que pagan por sus actos.

El *resident* no habría logrado que Hatem le prestara más atención poniéndole una pistola en el pecho.

—¡Los israelíes! —explotó—. ¿Se atreverían a hacer algo así?

Abdul Hamid Hatem creía en la omnipresencia de la perversa mano israelí con la misma firmeza con que un brahmán cree en la reencarnación.

El ruso correspondió a la pregunta de Hatem con una media sonrisa burlona.

—Pues, si no fueron ellos, ¿quién?

Su colega soviético concentró su atención en el vaso de *whisky*. A continuación, se inclinó hacia Hatem y empezó a susurrar.

—Lo que voy a decirle no debe usted revelarlo a nadie, pero a nadie.

—Se lo juro, amigo, puede creerme.

—Absolutamente a nadie.

—Lo juro sobre la cabeza de mi primogénito.

—Las cuatro personas que cometieron el atentado volaron a Berlín Este en Interflug. Los nuestros reconocieron a dos de ellos. Eran del grupo de Alí Montazeri, de Qom. —Apuró el *whisky*—. Usted sabe lo que nosotros pensamos de ellos. De manera que en Berlín Este los hicimos vigilar.

Hatem asintió. No sería él quien interrumpiera estas preciosas revelaciones con una frase trivial.

—Cuarenta y ocho horas antes de la explosión, los vimos entrar en la Embajada de Irán en Pankow, Berlín Este. Entraron con las manos vacías.

—Sí —murmuró Hatem.

—Y cuando salieron llevaban cada uno dos pesadas maletas.

—¡Explosivos! —jadeó el sirio.

—No creo que fuera caviar.

Minutos después, el *maître* del hotel les anunció que la cena estaba lista. Cuando acabaron de cenar, Hatem declaró que, con gran pesar, tenía que renunciar a ver a Nimet Fuad, la danzarina egipcia que actuaba en la sala de fiestas del hotel. Tenía mucho trabajo aguardándolo en el despacho. El *resident* asintió, comprensivo.

Como de costumbre, se quedó en la acera mientras Hatem se alejaba, con una postura tan respetuosa como la del viejo sargento que se despide de su comandante. Sabía que Hatem iba a ver a Asad para informarle de las sorprendentes revelaciones que él le había hecho antes de la cena. Luego, Hatem llamaría a sus principales subordinados y les echaría un buen rapapolvo por no haber conseguido la información que el KGB acababa de darle. El servicio de espionaje de Hatem era una de las organizaciones más infiltradas del mundo. ¿Cuánto tardaría en llegar a Tel Aviv su información? ¿Veinticuatro horas? ¿Menos?

El Centro de Planificación Estratégica Conjunta estaba en un puesto subterráneo, veinte metros por debajo del bien cuidado césped de la base aérea de Offut, en Omaha, Nebraska. La mayoría de los oficiales destinados en el puesto eran jefes de las Fuerzas Aéreas o de silos de cohetes o pilotos de B52, y unos cuantos procedían del cuerpo de Submarinos de la Marina. Su misión consistía en asignar objetivos a las cabezas del arsenal nuclear, asegurarse de que los objetivos soviéticos amenazadores estaban debidamente cubiertos, coordinar planes de lanzamiento de misiles y de

vuelo —de manera que un ataque no interfiriera con el otro—, determinar con exactitud el momento de despegue y de llegada y calcular las desviaciones, la destrucción y las bajas que pudiera causar cada proyectil. Su trabajo era de una complejidad extraordinaria, la clase de reto que apasiona a las personas aficionadas al ajedrez o a crear complicados programas informáticos, salvo que, en este caso, no se trataba de un juego sino de la casi completa destrucción del planeta.

La inmensa mayoría de las cabezas del arsenal nuclear que ellos controlaban, incluidas las que estaban en submarinos y en silos, estaban asignadas al llamado SIOP (Plan Operativo Integrado Unitario). El plan en sí no era unitario, sino que consistía en una serie de casi una docena de opciones de ataque nuclear contra la URSS. Una de ellas, por ejemplo, estaba dirigida contra objetivos de mando y control; otra, contra misiles termonucleares. Un número mucho menor de misiles de menor potencia, la mayoría de corto alcance con base en tierra en Alemania Occidental o misiles de crucero mar-aire estaban dirigidos contra objetivos predeterminados por el comandante de los mandos de zona, pero la asignación de objetivos había sido supervisada y coordinada por el mando estratégico conjunto. Un número todavía menor de cabezas no tenían objetivo asignado.

Cuando se recibió del Pentágono la orden de programar un misil contra Qom, el oficial de guardia del mando estratégico seleccionó para la operación un misil de su inventario. La designación oficial era CDPN376W60, lo que significaba que era un Tomahawk de crucero de la última serie de producción asignada a la Marina con cabeza dual: convencional o, en caso de ataque nuclear, con cabeza W60 de potencia variable.

Una vez recibida toda la información del satélite KH-IV, un equipo de tres oficiales de las Fuerzas Aéreas se sentó delante de sus ordenadores para trazar con todo detalle el plan de vuelo, que se almacenaría en el cono de guía del misil. Esencialmente, su trabajo consistía en implantar en el sistema de guía un banco de memoria con la configuración del terreno que debía sobrevolar. Con esta información, el misil podía dirigirse al objetivo ajustando el rumbo cuando ello fuera necesario, durante el trayecto.

La tarea requirió seis horas de arduo y tedioso trabajo antes de que el plan fuera trazado, comprobado y autorizado por el comandante del mando estratégico. Una vez trazado el mapa, confeccionaron el mensaje de acción de emergencia que controlaba el lanzamiento del cohete en sí, en el caso de que llegara a cursarse la orden. El mensaje, preformateado y breve, contenía tres datos esenciales que debían obrar en poder del capitán del *Valley Forge* para que éste pudiera considerar válida la orden de disparar. El primero era el nombre clave de la operación: Cicuta. El segundo era la contraseña que daría al capitán la confirmación de que la orden procedía de una fuente autorizada. Era un número: 301427. Finalmente, el código que autorizaba al capitán y al oficial ejecutor a efectuar todas las operaciones que pondrían el misil en su trayectoria. Era un proceso complejo y delicado, pero reflejaba los rigurosos

procedimientos con los que los militares estadounidenses rodean la utilización de las armas nucleares.

El plan y el mensaje cifrados fueron enviados al *Valley Forge* por el sistema de comunicaciones de Defensa, vía satélite. Un segundo ejemplar fue enviado, por un medio seguro, al despacho en el Pentágono del general Schumacher, presidente del mando conjunto.

El Muro de Berlín es la frontera oriental de Kreuzberg. Allí discurre por detrás de un viejo monasterio convertido por la ciudad en una especie de hormiguero de estudios de pintor. Años atrás, los artistas residentes descubrieron que la imponente mole de cemento ofrecía un escaparate ideal a su talento. La convirtieron en una especie de caleidoscopio alucinógeno, un cómic de osos danzantes y dragones de flamígeras fauces, espectros burlones y desnudos de alto busto adornados con los desafiantes eslóganes de sus creadores: «Mueve el cuerpo», «La vida es un viaje», «Todos los polis son unos cerdos».

Cada vez que Dante Russo pasaba por delante de aquella franja de cemento —y lo hacía por lo menos tres veces por semana— se deleitaba con su colorista desafío al mundo que quedaba al otro lado del muro. Russo pensaba que para Walter Ulbricht, el tétrico comunista de la Alemania Oriental que lo mandó construir, el infierno sería tener que pasar una eternidad mirando lo que los pintores habían hecho con su obra.

Dante Russo abrió la puerta de la casa número 19 de Bethanie Damm, un edificio de cinco pisos cuya fachada estaba a menos de tres metros del muro y subió a su apartamento situado en el quinto piso. La ventana de la sala de estar daba a la franja de tierra arada y minada que se extendía a lo largo del muro por el lado de Berlín Este. Tomó de su escritorio unos prismáticos, el modelo más potente fabricado por Zeiss y, situándose a distancia de la ventana para no ser descubierto por los policías fronterizos desde su torre de observación, enfocó rápidamente el objetivo. Era el ángulo izquierdo de la segunda ventana de la cocina del apartamento del tercer piso de la calle Herb, 7. Allí un mensaje le esperaba. Era un bote de sal azul, en el alféizar de la ventana. «Bien —pensó Russo, bajando los prismáticos—. Tiene algo para mí».

El ocupante del piso de la calle Herb, 7 era un archivero de la STASI, el Servicio de Seguridad del Estado de la Alemania Oriental. También era colaborador de los jefes de Russo, la CIA, «Quizá tenga alguna información sobre la bomba de Wiesbaden», pensó Russo mientras guardaba los prismáticos bajo llave. La STASI se enteraba de prácticamente todo lo que ocurría en Berlín Este.

El general Harold Schumacher, presidente del Mando Militar Conjunto, había dispuesto que la operación Cicutu, la inserción del plan de lanzamiento del misil de crucero contra Qom en la serie de opciones de respuesta nuclear, fuera supervisada

por él personalmente. Por principio, él seguía oponiéndose a la idea. La mera programación del cohete le parecía un acto irresponsable e injustificado. No obstante, la orden había venido directamente del Presidente; era una orden legal. Hal Schumacher no había ascendido hasta la cúspide de la jerarquía militar de Estados Unidos por saltarse las órdenes legítimas. De todos modos, estaba decidido a fiscalizar ésta al máximo, hasta que hubiera pasado la crisis y pudieran desprogramar el misil.

En primer lugar, Schumacher tenía que enviar el mensaje de acción de emergencia y los códigos correspondientes al director de la oficina militar de la Casa Blanca. Ésta era la sección responsable del llamado «Balón Negro», que no era tal balón sino una cartera de piel negra con cierre de combinación. Tampoco el oficial responsable de ella tenía que pasar el día siguiendo los pasos del Presidente, como cuenta la leyenda popular, sino que permanecía en un refugio atómico del sótano del ala Este de la Casa Blanca mirando los concursos de la televisión y leyendo libros de bolsillo.

El balón no tenía un mágico botón rojo que el Presidente pudiera oprimir para enviar al aire los misiles nucleares. No existía tal botón. Lo que contenía realmente el «balón» era un cuaderno de 75 hojas cambiables, el «Libro Negro», el cual detallaba, con su infinita complejidad, las opciones de ataque nuclear entre las que el Presidente podía elegir. Era lo que los militares, con su certero instinto para la palabra justa, solían llamar el «menú» nuclear del presidente, que en realidad describía el que sin duda sería el ágape más indigesto que podía hacerse tragar a la humanidad.

En el balón iba también una ficha de siete y medio por doce centímetros, como un cartón de bingo, con los códigos de identificación de todos los miembros de la cúpula de mando que debían intervenir en una operación nuclear de emergencia, empezando por el Presidente, el cual, según se suponía, llevaba en la cartera un duplicado de esta ficha que se cambiaba periódicamente.

A primera hora del martes, un mensajero armado entregaba en la Casa Blanca el protocolo de la operación Cicuta. Otro ejemplar era llevado al centro nacional del mando militar del Pentágono donde estaría a disposición del oficial al mando del centro neurálgico desde donde se controlaba a las fuerzas militares estadounidenses en todo el mundo.

«Un barco pintado en un océano pintado», pensaba el capitán Hoart Edmonds, comandante del *USS Valley Forge* mientras contemplaba desde el puente de su barco las aguas del sur del mar de Omán. Durante un breve instante, el reflejo del sol poniente convertía las tranquilas aguas en una paleta de chillones escarlatas, rojos y rosas. Su meditación sobre el *Viejo Marinero*, de Coleridge, fue interrumpida por la llegada de un marino del centro de comunicaciones.

—Señor —dijo—, el satélite está enviando un mensaje confidencial.

Edmonds se levantó y se encaminó por el corredor hacia el centro de comunicaciones, instalado a popa del ultramoderno centro de información de combate dotado de veinticinco unidades de sonar de escudo radárico y sistema de comunicaciones.

—Es un doble, capitán —dijo el oficial de comunicaciones cuando Edmonds entró en la cabina—: Para usted y para el primer oficial. Ya viene hacia aquí.

Edmonds arqueó las cejas. Un «doble» para él y su número dos, por definición tenía que estar relacionado con el asunto nuclear. Cuando llegó el primer oficial, los dos hombres se dirigieron al cuarto de claves y, con ayuda de sus códigos personales, descifraron el mensaje del mando estratégico conjunto.

—¡Hostia! —dijo Edmonds releyéndolo—. ¿Qué le parece esto?

El primer oficial, un comandante siete años más joven que él, pensó unos momentos.

—Quizá los que volaron el gimnasio de Wiesbaden procedían de allí.

—¿Cuatro kilotones, para eso?

—Capitán, yo tengo dos hijos adolescentes. Si esos canallas son los culpables, veinte kilotones me parecerían pocos.

Edmonds y su primer oficial empezaron inmediatamente las operaciones de preparación del misil. El oficial artillero cortó la cinta de los datos en clave enviados por el mando militar conjunto y la introdujo en el cono de guía del misil. Un equipo de armamento bajó a la bodega de seguridad de las armas nucleares, guardada por marines armados, y retiró de las existencias a bordo del *Valley Forge*, la cabeza que montarían en el misil. Un suboficial fijó el mecanismo regulador de potencia en cuatro kilotones, proceso relativamente fácil, y la cabeza fue subida a cubierta y montada en la punta del misil. Hecho esto, el capitán del *Valley Forge* comunicó por radio al comandante de la flota del Atlántico del que dependía, a través del contralmirante al mando de las Fuerzas Expedicionarias en el golfo Pérsico, que la operación Cicutu era ya una opción nuclear disponible.

El capitán Edmonds estaba inquieto. Le intranquilizaba tener aquel misil en la cubierta de artillería, preparado para el lanzamiento. Pero, por lo menos, en el caso prácticamente inconcebible de que se disparase por azar, no habría explosión nuclear. Al igual que las cabezas de todos los proyectiles estadounidenses, la montada en el misil crucero del *Valley Forge* tenía un dispositivo de seguridad. No podía provocar una explosión nuclear mientras no se desbloquearan unos conectores detonantes, y sólo él y su primer oficial, actuando conjuntamente, podían desbloquearlos.

—¿Doctor White? Aquí el doctor Arthur Bennington, de la División de Ciencias del Comportamiento de Langley.

—Buenos días, doctor. —El médico del Presidente no conocía personalmente a Bennington, pero reconoció su nombre en cuanto su secretaria le anunció su llamada.

En las altas esferas, la burocracia de Washington es una red de viejos camaradas, una telaraña de amistades y contactos—. ¿En qué puedo servirle?

—Necesito información. Como probablemente usted ya sabe, doctor, uno de nuestros temas de investigación es el desarrollo del magnetoencefalógrafo.

—Es una máquina realmente extraordinaria, ¿no cree? —respondió White—. Está llamada a revolucionar nuestros planteamientos sobre el cerebro.

—Tiene razón. Cuando recuerdo lo poco que se sabía en mis tiempos de interno en el Presbiteriano de Columbia, en los años cincuenta, me...

—¿Columbia? —le interrumpió White—. Prácticamente somos colegas de promoción. Yo hacía prácticas en Bellevue, por la misma época.

—¿Ah, sí? —Bennington fingió sorpresa lo mejor que supo. Había estudiado detenidamente el expediente de la Marina de White antes de llamar por teléfono, y sabía muy bien dónde había hecho las prácticas—. ¿Y no se encontró con el viejo Pinckney Arledge? De vez en cuando se pasaba por allí.

—No, pero conocía su reputación, desde luego.

—De todos modos, doctor —prosiguió Bennington, una vez tuvo a White más confiado—, sentí tanta curiosidad como fascinación al ver que utilizaba usted el magnetoencefalógrafo como herramienta de diagnóstico en la revisión que hizo al Presidente. Yo tenía entendido que sólo se usaba en investigación.

White no contestó inmediatamente.

—Es que había circunstancias especiales, dicho sea estrictamente entre colegas.

—Por supuesto.

—El Presidente temía sufrir un tumor cerebral. Tenía ciertos síntomas y había permitido hacerse un autodiagnóstico. Yo quería darle la máxima seguridad médica y, al mismo tiempo, comprobar con toda certidumbre que sus temores eran injustificados.

—Pobre hombre. Espero que se equivocara.

—Del todo. Su cerebro se encuentra en perfecto estado. Descubrimos que la causa de sus trastornos era una acumulación de líquido en el canal interno de su oído izquierdo. El síndrome de *Ménière*.

—¡Ah, sí! —respondió Bennington en tono de enterado—. En nuestros experimentos de laboratorio con el magnetoencefalógrafo, hemos conseguido localizar las zonas del cerebro asociadas con determinados trastornos nerviosos como la esquizofrenia, pero no hemos examinado sus aplicaciones médicas.

—¿La esquizofrenia? —repitió White—. Muy interesante. Desde luego, en mi calidad de médico personal del Presidente, no me incumbe su estado psicológico. De todos modos, nunca, en ningún momento de su vida, ha necesitado consejo ni tratamiento psiquiátrico. A pesar de lo que puedan decir algunos de sus adversarios políticos —agregó riendo—. Pero es muy interesante saber que esta tecnología puede llegar a tener utilidad en psiquiatría.

—En fin, todavía andamos a tientas —dijo Bennington—. Nuestros amigos, los

soviéticos, han trabajado mucho en este campo.

White hizo una pausa larga y totalmente inesperada. Carraspeó.

—¿Sí? —preguntó. Volvió a toser—. Entonces creo que debe saber algo que ocurrió aquí.

—¿Qué pasó?

El tono de Bennington era suave como una caricia.

—Pues que, aproximadamente un mes después del reconocimiento del Presidente, desaparecieron dos disquetes con copias de archivos del ordenador que almacena los datos del magnetoencefalógrafo.

—¿Y en uno de esos discos estaba el gráfico del Presidente?

—Sí. En clave, desde luego. Con otros centenares de exploraciones, todas en clave. Creo que sería prácticamente imposible descubrir cuál era la suya.

—Desde luego —dijo Art—. Pero ¿por qué iba nadie a querer robar esos discos?

—Para llevárselos a casa. Borrarlos. Ahorrarse unos dólares. Por desgracia, desde hace tiempo, se producen hurtos en esa sección.

—¿Su servicio de seguridad no ha descubierto nada?

—Nada que yo sepa. A decir verdad, no creo que nadie haya prestado mucha atención al caso.

Art Bennington esperó hasta que los demás integrantes del comité formado en la CIA para tratar del atentado de Wiesbaden salieran del despacho del Director. Entonces alzó una ceja para llamar la atención de su superior.

—¿Tiene algo que decirme? —preguntó el Juez situándose entre Bennington y los colegas que se marchaban.

—Hice esa indagación de la que hablamos ayer. Está completamente sano. Ni el menor indicio de problemas.

El Director sacó el pañuelo del bolsillo trasero del pantalón y se sonó ruidosamente. «¿Qué hace? —pensó Bennington—. ¿Trata de rehuir el darme las gracias por mis actividades extraoficiales?». Finalmente, el Director le miró a los ojos y le hizo un guiño.

—Gracias a Dios.

—Ésa es la buena noticia, Juez.

—¡Maldito sea, Bennington! Zarandea a la gente como el que juega el yoyó. Y, lo que es peor, disfruta con ello. —Miró por encima del hombro. Todos se habían marchado—. Bien, venga aquí y cuéntemelo todo.

—Art, mi primera reacción es: «¿Y qué?». —Dijo el Juez cuando Bennington le habló de la desaparición de los disquetes—. Eso sólo demuestra que hay pequeños funcionarios que son pequeños granujas.

—Quizá. Pero esos disquetes cuestan nueve dólares con noventa y cinco en la tienda. ¿Por qué correr riesgos robándolos?

—Y ahora usted querrá convencerme de que se los llevaron los del KGB, ¿no?

—Nosotros fuimos tras la orina de Kruschev. Las llamadas claves son una guasa. Los disquetes indican la fecha y la hora exactas de cada examen. Cualquier idiota que sea capaz de leer un periódico sabe cuándo se le hizo el examen al Presidente. Y nadie lee los periódicos americanos más atentamente que el KGB.

—Supongamos que los tienen, que ya es suponer. ¿Qué diablos iban a hacer con ellos?

—No lo sé.

—Pues ya es una ayuda.

—Lo que sé es que los rusos nos llevan mucha ventaja en la aplicación de esta tecnología. El caso Witter lo demuestra.

—Se lo demuestra a usted.

Bennington se encogió de hombros. No era el momento de empezar una versión actualizada de la discusión acerca de cuántos ángeles pueden bailar en una cabeza de alfiler.

—Es una suposición, sí. Pero supongamos, por un momento, que es verdad. En definitiva, esa máquina lee las señales emitidas por el núcleo del cerebro en el que se generan las reacciones emocionales. Si se consigue identificar esas señales, ¿no se podría hallar la manera de reproducirlas a fin de generar una reacción desde fuera del sistema nervioso del individuo? Ésta es la pregunta del millón de dólares.

—¿Y los rusos lo han conseguido, y un agente del KGB anda por ahí disparando una pistola de rayos para volver loco al Presidente? Art, eso es un disparate. Es ciencia ficción. Es algo tan descabellado...

—Juez —interrumpió Bennington—, los anales de la ciencia están llenos de hombres y mujeres que han dicho: «Eso nunca podría ocurrir» y un buen día se despiertan y ven que ha ocurrido. Esto es descabellado, lo reconozco.

—Celebro que en algo estemos de acuerdo.

—Pero ¿para qué iba el KGB a querer esos disquetes si no para algo así?

—¡Y dale, Art! ¿Quién ha dicho que el KGB tenga los discos?

—Supongamos, teóricamente, que los tiene. ¿Para qué otra cosa iba a quererlos?

El Director se pellizcó las fosas nasales como si le picaran. ¿Le comprarías un coche de segunda mano a un individuo que utiliza a videntes para buscar submarinos?, se preguntaba. De todos modos, había que reconocer que Bennington podía ser un poco excéntrico pero también era un tipo inteligente.

—De acuerdo —suspiró—. Deme la buena noticia. ¿Qué quiere que haga?

—Levantar la liebre en el FBI. Se ha robado propiedad del Gobierno Federal en una dependencia gubernamental, ¿no? Que vayan a Bethesda, y averigüen quién robó los disquetes.

—Eso será fácil. En cuanto oigan las palabras «examen médico del Presidente» saldrán hacia allí como las balas.

—También quiero pedirle que me deje salir cuarenta y cinco minutos de la sala de

conferencias, para charlar con los encargados del sistema de vigilancia electrónica de la Casa Blanca. Para ver si captan algo sospechoso.

—Le aconsejo que antes se asegure de que son buena gente. Porque si el Servicio Secreto le pilla metiéndose en su terreno, otra vez estará haciendo méritos para que le pongan la cuerda de Nathan al cuello.

Una vez al año, Art Bennington pronunciaba, en las dependencias subterráneas de seguridad Thunder Mountain, una charla reservada sobre el tema de los avances soviéticos en el campo de la electromagnética. Entre sus oyentes habituales estaban los cuatro oficiales del ejército que controlaban el programa de contramedidas electromagnéticas de la Casa Blanca. Por ello, cuando entró en su departamento, que ocupaba dos habitaciones del edificio de oficinas del Ejecutivo, fue recibido como una persona conocida y respetada.

El oficial de guardia, un contraamaestre, le saludó efusivamente, acercó una silla y le ofreció los últimos frutos de su cafetera eléctrica. La habitación parecía un taller de reparación de televisores muy solicitado. Las paredes estaban cubiertas de monitores con líneas parpadeantes verde grisáceo de frecuencias circulantes, baterías de sintonizadores, oscilógrafos y amplificadores destinados a captar y registrar todas las señales electromagnéticas que entraran o salieran de la Casa Blanca. El propósito era frustrar cualquier intento de espionaje electrónico de la sede del Gobierno de Estados Unidos que pudieran realizar los soviéticos.

Los medios que pueden utilizarse para auscultar un edificio como la Casa Blanca son múltiples: el clásico micro telefónico, «Charlie Brown» en el argot del espía, con rayos láser enfocados hacia los cristales de las ventanas para captar las vibraciones de una conversación mantenida en una habitación; micros colocados por un obrero en el yeso de la pared o en un picaporte; un transmisor tan pequeño como un alfiler de sombrero clavado en el tapizado de una butaca; un dispositivo en el casquillo de una bombilla, colocado cuando se cambió la lámpara, que puede transmitir las conversaciones mantenidas en la habitación por las líneas eléctricas del edificio, cuando está encendida la luz.

—¿Qué hay de nuevo? —dijo Bennington mientras tomaba su café.

Los dos hombres estuvieron charlando hasta que el contraamaestre formuló la pregunta inevitable.

—¿En qué puedo servirle?

Bennington había anotado la hora del domingo y el lunes en la que el Presidente había tenido el acceso de cólera.

—¿Captaron ustedes algo fuera de lo normal que entrara el domingo o el lunes entre las doce treinta y las dos de la tarde?

—Me parece que no. —El contraamaestre empezó a pulsar los mandos de uno de los teclados de ordenador—. Pero lo comprobaremos.

Fundamentalmente, el equipo utilizado por la oficina era una batería de sistemas receptores de audio. Cada uno exploraba un campo de frecuencia específico. Los ordenadores registraban, analizaban y almacenaban la huella de todas las señales electromagnéticas que llegaba en las frecuencias que exploraban. Luego, éstas eran identificadas. Cuando se recogía una señal anormal, los timbres de alarma se disparaban y no dejaban de sonar hasta que era identificada.

—No se creería usted la mierda que captamos con estos chismes —suspiró el oficial—. Radioaficionados, coches de la policía, señales de radar de controles de velocidad. Un topo que pone el coche en marcha en la avenida Pennsylvania. Una hormigonera en la calle Quince. Hasta recibimos las señales de un faro de la bahía de Chesapeake.

El objetivo, naturalmente, era detectar un micro escondido en la Casa Blanca mientras transmitía, o una señal enviada para activar el micro. Además, todos los cables eléctricos que entraban en la Casa Blanca estaban provistos de filtros especiales cuya finalidad era la búsqueda de los parásitos de un transmisor como el del casquillo de la bombilla que podía enviar el mensaje por el cable eléctrico.

El oficial estudió lenta y cuidadosamente todos sus gráficos. Art miraba por encima del hombro, pero aquellas líneas ondulantes eran para él un lenguaje incomprensible.

—Aquí no se ve nada anormal, Art —dijo el oficial—. El domingo llegaron muchas señales del estadio, a la hora del partido, pero todas normales.

—¿A partir de qué frecuencia exploran ustedes?

—A partir de los cien hercios.

Bennington pensó que, si había algo, estaría muy por debajo de ese nivel. De todos modos, tampoco habrían podido captarlo.

—En Langley tenemos un aparato que capta desde cero hasta cien hercios, que queda fuera del campo que ustedes cubren. ¿Qué le parece si lo instalamos aquí durante cuarenta y ocho horas, sólo para ver si por ese hueco se cuele alguna señal interesante?

—Sí —dijo el contramaestre, con gesto de admiración—; buena idea. Será interesante. —Luego puntualizó—: Pediré autorización al Servicio Secreto.

—¡Oh!, no se preocupe —le aseguró Art—. Yo le cubriré. La mayoría de nuestros aparatos son material secreto.

No hay palabra que suscite tanto respeto en un viejo contramaestre como «secreto».

—Bien, de acuerdo —convino el hombre.

—Además, puesto que yo voy a estar casi continuamente en la sesión del Consejo de Seguridad Nacional —agregó Art—, de vez en cuando vendré a ver si hay alguna novedad.

Art volvió a la Casa Blanca caviloso. «Más vale que cace algo con esa ratonera electrónica —pensaba—. De lo contrario, seré yo quien quede atrapado por el culo si

el Servicio Secreto se entera de lo que he hecho».

El gran autocar azul llevaba la inscripción «Fuerzas Aéreas de Estados Unidos. Base Aérea de Tempelhof» pintada en letras blancas en los costados. Quedaba bastante fuera de lugar en aquel aparcamiento lleno de autocares turísticos de Moscú, Kiev, Leningrado, Bucarest y Varsovia. La excursión a Berlín Este organizada por la sección de actividades de las Fuerzas Armadas acababa de llegar al punto culminante, Treptower Park, el imponente monumento levantado por el Ejército Rojo a los dos millones de hombres y mujeres que murieron en combate durante la Segunda Guerra Mundial en la ruta hacia Berlín.

Unas cuarenta personas, entre oficiales y soldados americanos del Ejército y las Fuerzas Aéreas con sus familias, bajaron del autocar y cruzaron la ancha avenida bordeada de tilos, la única vía de Berlín Este que necesita semáforo, en dirección al parque. Algo rezagado, con uniforme de comandante de aviación y una cámara colgada del cuello, iba Dante Russo, de la CIA. Siguió al grupo bajo un arco triunfal tendido sobre una ancha avenida, hasta la estatua en bronce de una mujer arrodillada. No se necesitaba un gran esfuerzo de imaginación para comprender que se trataba de la Madre Rusia que lloraba a sus hijos muertos. La estatua tenía aquel aire heroico de los carteles soviéticos de los años treinta, estilo que en cualquier otro sitio hubiera parecido absurdo pero que aquí tenía una conmovedora grandeza.

Siguiendo el paso de soldadito de plomo de la guía alemana oriental, subieron a la gran explanada desde la que se dominaba el monumento. Debajo de ellos había una fosa común más grande que un campo de fútbol en la que estaban enterrados los soldados rusos muertos en la batalla de Berlín. En un extremo del monumento, sobre un montículo, se levantaba un templo romano en miniatura, en honor del Soldado Desconocido Soviético.

La guía empezó su discurso, declamando su denuncia de la conspiración fascista y sus alabanzas a la heroica resistencia obrera, con un ardor que hubiera merecido la aprobación de cualquier observador del partido. Lo único que faltaba era el elogio del caudillo cuyo nombre estaba, profusa y, por desgracia, indeleblemente grabado en el mármol del monumento: J. Stalin. Russo había oído el discurso varias veces, desde luego. El disfraz y la excursión organizada le proporcionaban una pantalla ideal y relativamente segura para sus incursiones al otro lado del muro, y los utilizaba con frecuencia.

A unos veinticuatro metros, otro grupo de visitantes, de la Delegación Sindical de la Fábrica de Locomotoras de Kiev, seguía el mismo discurso en ruso con gran atención. Russo se dijo que no era de extrañar. Probablemente, en aquel grupo no había ni una sola persona que no hubiera perdido por lo menos a un familiar en el avance hacia Berlín.

Terminada la visita, el grupo volvió al aparcamiento. Contiguos a él había dos

quioscos de concesión oficial. En el primero se vendían recuerdos y en el segundo, café, panecillos con salchichas de ternera, aguardiente, ron y zumo de manzana. Russo pidió un bocadillo y un café a la mujer de bata blanca y cara hosca que despachaba. Servir con una sonrisa no era un arte muy practicado en la Alemania Oriental. Mientras comía su bocadillo en una de las mesas del quiosco, Russo vio a un hombre con una gorra azul a lo Helmut Schmidt, que se alejaba entre los árboles por un camino de tierra que conducía a la parada del tranvía de Schoenfeld.

Russo terminó su salchicha, esperó un par de minutos y se dirigió a los aseos. Estaban instalados en un viejo tranvía sin ruedas sobre bloques de cemento, un extremo para niños y el otro, para niñas. Una mujer vieja y adusta sentada en medio del tranvía marcaba, al parecer, la frontera entre los sexos.

En el interior del urinario, Russo sonrió, como siempre, al leer el letrero pegado a la pared con cinta adhesiva. «Mear: 10 Pfennig —decía en alemán—. Lavar manos: 20 Pfennig». ¿Qué destello de lógica marxista-leninista habría establecido la prioridad?, se preguntaba. Cuando hubo terminado, ladeó ligeramente el cuerpo para que la mujer no pudiera verle la mano cuando tiraba de la cadena.

Con rápido movimiento, recogió el mensaje que estaba metido detrás del urinario, en una rendija. Luego, se lavó las manos y, con una alegre sonrisa, depositó unas monedas en el tazón de la vieja.

Bennington sabía que aquellas reuniones tenían sus altibajos: el rápido aumento de tensión, cuando una noticia sorprendente llegaba a la reunión o cuando el Presidente golpeaba la mesa exigiendo acción, se alternaban con períodos de calma, y en uno de esos mares en calma flotaban ahora. El Juez pasaba revista a los últimos informes que la Agencia había recibido de Berlín, las revelaciones del taxista a Louis Doria. Aproximadamente la mitad de los presentes escuchaba. La otra mitad hablaba por teléfono o cuchicheaban entre sí.

—Los llevó a la estación del Zoo, lo que quiere decir que se dirigían a Berlín Este —terminó el Juez.

—Jack —dijo el general Trowbridge—. ¿Cuántas probabilidades hay de que los alemanes orientales los detengan si se lo pedimos? Suponiendo, desde luego, que sigan allí.

—Cero —dijo Jack Taylor, secretario de Estado.

—¿Incluso en estos días de distensión y *glasnost*?

—Kent, nosotros no hablamos de Berlín Este con los alemanes orientales. Nunca. Es política inamovible de los aliados. Hablarles sería reconocer su autoridad sobre Berlín Este. Y los ingleses, los alemanes occidentales y los franceses se subirían por las paredes.

—Bueno, pues ¿qué diantres hacemos en un caso como éste?

—Hablar con los rusos. Verter nuestras quejas en sus oídos, seguramente sordos.

—¿Y eso es todo?

—Todo. ¡Oh!, de vez en cuando, al cabo de unas semanas de haber presentado nuestras quejas, podemos descubrir que un diplomático libio se ha llevado un rapapolvo. —El secretario de Estado dedicó una sonrisa al asesor de Seguridad Nacional, para mitigar su evidente frustración. El departamento de Estado se había insensibilizado hacía tiempo ante las dificultades creadas por el especial régimen de Berlín—. Acabo de recibir información sobre las reacciones de los países de Oriente Medio. Anoche, Radio Trípoli hizo una denuncia del atentado. Más vale tarde que nunca.

—¿Y los iraníes?

—Uno de esos *mullahs* fanáticos estuvo vociferando varias horas por la tele asegurando que era la venganza de Alá por haber derribado el Airbus en el golfo Pérsico.

—¿Algún comunicado extraoficial de Teherán? —preguntó Trowbridge.

—Ni palabra. Pero a ese *mullah* le concedieron mucho tiempo en la televisión estatal, lo cual no es precisamente señal de desaprobación oficial.

Trowbridge hizo una mueca y se volvió hacia el representante de la Agencia de Seguridad Nacional, los escuchas electrónicos de la nación.

—¿Ustedes no han captado nada todavía? Van muy lentos en esto.

—No es como Libia, donde teníamos las dos docenas de números de teléfono que utilizaban los de la Seguridad de Gaddafi. Allí nuestros ordenadores podían intervenir las conversaciones que nosotros deseáramos. Pero Beirut es un nido de ratas. Tenemos que escuchar las cintas de casi todo lo que sale de allí. Nuestros intérpretes de árabe están desbordados.

—¿E Irán?

—Repasamos todo lo de Teherán. Y la Agencia nos ha entregado las cintas de los escuchas de Berlín Oeste de las dos últimas semanas. Los nuestros están revisándolas esta mañana.

Sonó el teléfono de la CIA y Art lo cogió. Era Mott de Contraespionaje.

—Ponme con el Director —dijo.

El Juez escuchó en silencio y miró a Trowbridge:

—General —dijo—, tenemos algo que creo que el Presidente debe oír inmediatamente.

Art sonrió ante la estratagema burocrática de su jefe. Desde luego, el Presidente tenía la prerrogativa de ser el primero en recibir los bocados más suculentos, pero también era una forma de sumar puntos para la Agencia.

—Señor Presidente —dijo el Juez cuando el primer mandatario bajó del Despacho Oval—, acabamos de recibir una información urgente del Mossad.

—¡Ah!

Una sonrisa, una de las primeras que Bennington le viera, iluminó la cara del Presidente. Tal era la reputación del servicio de espionaje israelí.

—Una de sus fuentes en Damasco... Ellos califican sus fuentes en cinco grupos de la «A» a la «E», según su grado de seguridad y a ésta le asignan una «B»...

—Apostaría a que sus «B» dan ciento y raya a muchas «A» —comentó el Presidente.

El Juez no se dio por aludido y prosiguió:

—El servicio de espionaje sirio ha recibido información de fuentes fidedignas según la cual dos de los cuatro hombres que nosotros buscamos, al parecer, los dos que fueron entrenados en el centro de Montazeri en Qom, eran vigilados en Berlín Este. Fueron vistos entrando en la embajada de Irán de la que salieron con dos pesadas maletas, cuarenta y ocho horas antes del atentado.

—¡Ya lo tenemos! —dijo el Presidente—. Los iraníes les dieron los explosivos.

—Señor Presidente —dijo el secretario de Estado—, podemos tener presunción de culpabilidad de los iraníes, pero no pruebas concluyentes. En las maletas también podían llevar las obras completas del Ayatollah.

—A mí me basta.

—Eso no lo admitiría ningún tribunal.

—Esto no es un tribunal, Jack. Es el Gobierno de Estados Unidos que trata de decidir quién es el responsable de la matanza de muchos de sus ciudadanos.

—Señor Presidente, ¿cómo vamos a justificar ante los franceses, los alemanes, los ingleses, y no digamos los rusos, un ataque contra Irán porque alguien vio a un par de terroristas salir de una embajada iraní con maletas? Creerían que estamos locos.

—Bien, no tengo intención de acudir a nadie. Esta vez no necesitamos su maldito espacio aéreo.

El Presidente miró al jefe del mando conjunto que estaba en un extremo de la mesa. Según advirtió Bennington, estaba molesto, irritado, pero sin el irracional frenesí de la víspera.

—General —dijo—, ¿está preparada la opción que discutimos ayer?

—Sí, señor. El material correspondiente ha sido entregado a su personal para su incorporación en el «Libro Negro».

—Señor Presidente —dijo el secretario de Defensa—, el jefe del mando militar conjunto y yo estuvimos buscando alternativas militares viables a la operación... — Se interrumpió y miró al general Schumacher.

—Cicuta.

—Exacto. Para la operación Cicuta. Algo que tal vez usted prefiriera usar en su lugar, en el caso de que decidiéramos que los iraníes son los responsables de esta atrocidad.

—Le escucho.

—Podríamos aumentar las fuerzas destacadas en el golfo Pérsico con dos portaaviones, el *Diego García* y el *Pacífico*, para tener más potencia en la zona.

—¿Cuánto tardarían en llegar?

—Podrían estar en posición en diez días.

—¡Diez días! —El Presidente abrió mucho los ojos y frunció el entrecejo—. ¡Usted bromea! Yo no voy a esperar diez días para actuar. ¿Es que no saben ustedes que en estos casos la regla número uno es: si vas a contraatacar, cuanto antes y más violentamente, mejor?

—Quizá pudiéramos adelantar algo... —empezó el secretario de Defensa lanzando una mirada de advertencia al general Schumacher.

—No es suficiente. ¿Y qué piensa hacer con esos portaaviones cuando los tenga en posición?

—Con la aviación que tendremos a nuestra disposición, señor Presidente, podremos lanzar un bombardeo devastador sobre Qom.

—Por lo que se ve, no consigo hacerme entender —respondió el Presidente malhumorado—. Ayer les dije lo que pensaba de los ataques aéreos. Y ahora ustedes quieren arrasarme Qom con un ataque aéreo. ¿Saben lo que ocurrirá? Que derribarán tres o cuatro aviones nuestros. Morirán más americanos...

—Señor Presidente, éstos serán miembros de nuestras Fuerzas Armadas, que comprenden los riesgos que conlleva el uniforme, no civiles...

—¡Maldita sea! —Por primera vez, Bennington vio en el Presidente algo similar a la cólera del día anterior—. Nadie debe tomarse a la ligera la suerte de los aviadores navales delante de mí. Un par de ellos serán capturados. Y tendremos que verlos juzgados, torturados y golpeados en cuatro televisores en color. Pues eso no ocurrirá mientras yo sea Presidente. Vamos a zumbear a los que hicieron esto y les zumbaremos sin poner en peligro la vida de un solo piloto americano.

—Bien dicho —gruñó Bill Brennan, el fornido jefe de Gabinete del Presidente—. Vamos a tensar músculos. Ya va siendo hora de que dejemos de aguantar las barrabasadas de esa pandilla de chiflados.

El roce con el suelo de las patas del sillón del Presidente indicó que éste se disponía a irse.

—De todos modos, señores, todavía no ha llegado el momento. Manténganse alerta hasta que encontremos la pistola que aún echa humo. Volveré a las dos, antes de mi reunión de esta tarde con la Fundación para la Defensa de la Naturaleza.

Cuando el Presidente salió, Trowbridge propuso un breve aplazamiento de la sesión. El Juez se llevó aparte a Bennington.

—¿Qué opina? —preguntó.

—Hoy tenía mejor aspecto, sí —reconoció Bennington—. Había desaparecido aquel aire irracional.

—Sí. Ayer debía de estar cansado. Era la tensión de la primera gran crisis de su presidencia.

Bennington se encogió de hombros.

—Ojalá. Voy a acercarme al edificio de las oficinas de la Presidencia, a ver si hay algo en esos criaderos de langostas electrónicas que he traído.

—Olvídese de eso, Art —le advirtió el Director—. Fue una simple suposición.

Este hombre está perfectamente y no quiero que nos pillen cazando en coto ajeno, ¿comprende? Saque de ahí ese aparato antes de que alguien lo descubra.

Era la clase de conferencias de prensa que hacen encanecer prematuramente a los portavoces presidenciales. Los periodistas destacados en la Casa Blanca eran como una jauría lanzada contra un zorro acorralado, todos gritando al mismo tiempo, pisándose las preguntas, interrumpiendo al secretario de prensa en la mitad de la respuesta.

—Otra vez se nos humilla delante de todo el mundo. Al tomar posesión, cada presidente dice lo duro que piensa ser con los terroristas. Y luego, en cuanto sucede algo, se convierte en un gatito. —Britt Hume, de la ABC, esgrimía la cortés sonrisita burlona que reservaba para funcionarios gubernamentales acorralados—. ¿Cuánto tiempo va a continuar esto?

—Caballeros, puedo decirles que el Presidente está en el asunto, lo ha estado desde que se recibió la noticia...

—¿Y por qué no hace algo? —gritó el corresponsal de la CBS.

—Ya lo hace. El Comité Ejecutivo está en sesión casi permanente y...

—Hablando, hablando, hablando —gritó alguien desde la última fila—. La gente de este país quiere saber cuándo vamos a dejar de hablar y hacer algo, ¡por Dios!

—Con todos los medios a nuestro alcance y la colaboración de los aliados, estamos tratando de averiguar quién es el autor de esta atrocidad. Cuando conozcamos la respuesta, decidiremos las medidas a adoptar.

—¿Celebrará el Presidente una rueda de prensa?

—Estoy seguro de que, en su momento, la convocará.

—¿Por qué no hoy?

—Lo dudo. A las dos, volverá a reunirse con el comité ejecutivo. A las tres, recibe a los directores de la Fundación para la Defensa de la Naturaleza...

Un coro de risas estalló tras pronunciar las dos últimas palabras.

—Señores, señores —suplicó el secretario de Prensa—, se trata de una reunión programada hace más de un mes.

El canal de noticias emitía el comunicado del secretario de Prensa pocos minutos después de que terminara. Valentín Tobulko contemplaba con fascinación y desdén el indisciplinado barullo. Aquel griterío, aquel desorden, aquella confusión representaba lo que él odiaba de la sociedad occidental. Y pensar que algunos de los partidarios de la *glasnost* querían permitir espectáculos semejantes en la Unión Soviética... Se volvió hacia Nina Wolfe.

—Bien. Se reúnen otra vez a las dos. Creo que podemos actuar a las dos quince.

—¿Qué es exactamente lo que hacemos? —preguntó ella—. Tiene algo que ver

con el Presidente, ¿verdad?

—Sabes muy bien que eso no se pregunta. Pero te diré que sí, básicamente eso hacemos.

—¿Y cuánto va a durar la operación?

—A eso, no puedo contestar. No lo sé. Recibiremos órdenes, vía satélite o por aquí. —Señalaba el receptor especial que le había sido entregado con la furgoneta, cuyas antenas estaban orientadas para recoger las emisiones de uno de los emisores no mayores que un lápiz que Iván Sergeivich le había mostrado en Moscú—. Lo importante es estar preparados para salir por esa puerta en cuestión de segundos, si se recibe la orden. Lleva encima el dinero y los papeles en todo momento.

Tobulko le oprimió los hombros afectuosamente. Era el primer gesto humano, el primer reconocimiento de su feminidad que le hacía su superior desde que empezaron a trabajar y a vivir juntos.

Cuando él salió cerrando la puerta del apartamento, ella comprendió el porqué del gesto. Estaba en lo cierto, al sospechar que lo que ellos hacían estaba dirigido contra el Presidente, a despecho de la *glasnost* y la distensión. Cualesquiera que fueran las razones tenían que ser enormemente importantes. Y los riesgos que corrían acababan de insinuársele con la presión de aquellos dedos en sus hombros.

El hombre de la gorra azul a lo Helmut Schmidt, el contacto de Dante Russo en el Servicio de Seguridad del Estado de la Alemania Oriental, se apeó del tranvía en la Frankfurter Allee de Lichtenberg y se dirigió hacia el Este bordeando la autopista que conducía a Wroclaw y a la frontera polaca. Al llegar a la calle Glashkes torció hacia la izquierda y subió una cuesta. A su izquierda, había un bloque de casas obreras de antes de la guerra que, por exigencias de después de ésta, subieron a categoría de viviendas de clase media. Todas las ventanas del bloque estaban cubiertas por idénticos visillos de encaje.

El hombre cruzó la calle en dirección a una serie de edificios más nuevos. Las ventanas de la planta baja tenían rejas cuadradas y las de los pisos superiores, barrotes. A intervalos regulares, sobresalían del edificio cámaras de televisión. Era una casa silenciosa, siniestra y, como tantas casas de Berlín Este, exánime. Pero, concretamente en este edificio, ese aspecto estaba justificado. Era la calle Normannen, el Cuartel General de la STASI y del hombre que era considerado, por amigos y enemigos, como el máximo exponente del arte del espionaje, Markus Johannes Wolff, *Mischa*.

Cuando el hombre de la gorra entró en el edificio, los dos hombres que le seguían se acercaron a él. Firmaron los formularios del centinela y luego escoltaron a Jurgen Sohlmeier a la que era su residencia desde hacía ocho meses, una celda del sótano de la calle Normannen.

Arriba, en el despacho de *Mischa* Wolff, sonó un timbre. Cogió el teléfono y

luego sonrió al coronel.

—Ya ha vuelto —dijo—. El mensaje ha sido entregado a su amigo de la CIA.

El instrumento instalado por Art Bennington en el centro de detección electromagnética de la Casa Blanca se llamaba magnetómetro triaxial. Era un aparato grande de tres palmos de altura por otros tantos de profundidad y unos veinticinco kilos de peso. Estaba construido para detectar cualquier señal electromagnética de baja frecuencia que se produjera tanto alrededor como encima de él.

El aparato registraba la frecuencia, duración e intensidad de cada señal. Además, su amplificador podía señalar el ángulo de procedencia de la misma, de manera que el operador determinaba el punto o puntos desde los que era emitida. Si la señal estaba enfocada con precisión, el operador podía conseguir esta información con un alto grado de aproximación. En el caso de señales más difusas, podía definir el arco dentro del que se encontraba el punto de origen de la transmisión. Bennington había conectado el ordenador integrado en el aparato a una impresora, para conseguir el gráfico de la información recogida durante su ausencia.

—Bueno, Art —dijo el oficial contraamaestre que estaba de servicio mientras Bennington examinaba la cinta de la mañana—, ¿qué tenemos aquí?

—Paja —suspiró Bennington—, mucha paja. —Las señales recogidas por el aparato eran, sin excepción, débiles y cortas. No había nada que se pareciera a la señal que buscaba—. Realmente, no se pierden ustedes gran cosa al no explorar en este campo bajo.

—Sí —convino el oficial—. Eso es lo que nos dice la gente que fabrica estos chismes —dijo señalando sus baterías de material electrónico—. ¿Quiere volver a llevarse su juguete a Langley?

—Será lo mejor.

Bennington tenía muy presentes las órdenes que le había dado el Juez en la sala de conferencias. Podía ufanarse en cierta medida de su reputación de excéntrico de la Agencia, pero existían límites para lo que era bueno para la salud de uno, y actuar en contra de las órdenes expresas del jefe estaba más allá de sus límites. Sin embargo, se decía, en la cólera del Presidente de aquella mañana faltaba un ingrediente: aquel indicio de irracionalidad, aquella paranoia de la víspera. ¿Por qué? En fin, tal vez realmente se debiera a la tensión, al agobio. Bien sabía Dios que la presidencia los deparaba en medida suficiente como para trastornar a cualquiera. «Quizás el chalado soy yo. Paranoico, por pasarme la vida en este circo de la electromagnética —pensó Art—. O quizá tengo razón y alguien decidió no mandar la señal esta mañana».

—Tenemos otra reunión a las dos —dijo al contraamaestre—. Lo dejaremos conectado hasta que se termine y cuando me vaya a Langley, me lo llevaré.

La sesión de la tarde del Comité Ejecutivo hacía apenas quince minutos que había comenzado cuando sonó el sordo zumbido del teléfono del Director de la CIA. Era Bob Arnold, de la división de operaciones. El Juez escuchó unos segundos y se volvió rápidamente hacia Bennington pidiéndole por señas un bloc. «Esto es algo gordo», pensó Art mientras observaba al Director garrapateando furiosamente. Cuando terminó, el Juez carraspeó para llamar la atención e interrumpió al jefe de gabinete de la Casa Blanca diciendo:

—Señor Presidente.

Bennington dirigió su atención hacia el primer mandatario. Parecía que los ojos se le salían de las órbitas. Otra vez se le tensaban los músculos de la mandíbula. «Dios mío —pensó Bennington—, se está fraguando otra explosión de la Nueva Inglaterra, aquel código de conducta puritano que decía que hay que reprimir las emociones, en pugna con las oleadas de ira que bullían dentro de él, amenazando con desbordarse en cualquier momento».

—Nuestro principal contacto en Berlín Este acaba de transmitir a nuestro agente una comunicación de extrema importancia para la reunión —dijo el Juez—. Generalmente, no me gusta hablar de nuestros contactos, y me limitaré a decir que éste tiene acceso al STASI, el Servicio de Seguridad de la Alemania Oriental. Y esto es lo que dice.

El Juez miró sus anotaciones.

Mientras Bennington observaba al Presidente, vio que las sienes le brillaban de sudor. Tenía las venas hinchadas. Podía apostar lo que quisiera a que el mercurio daría un buen salto si le tomaba la temperatura en este momento. Miró el reloj. Eran las 14:18.

—Dos de los terroristas identificados como autores del atentado, los dos que fueron adiestrados en Qom, fueron identificados también por el STASI cuando llegaron al aeropuerto de Schoenfeld.

—¿Por qué los vigilaban? —preguntó Trowbridge.

—Estaban en la lista de personas a vigilar. Y es que a los soviéticos tampoco les hacen mucha gracia los extremistas islámicos. El lunes pasaron al Berlín Oeste por el control de la calle Friedrich. Regresaron a Berlín Este a las 11:35 de la noche del sábado y el domingo por la mañana salieron de Schoenfeld en dirección a Beirut en un avión de las líneas Interflug. —El Juez hizo una pausa y miró a los reunidos en torno a la mesa, haciendo resaltar la importancia de lo que iba a decir a continuación —: El policía de Inmigración que comprobó sus documentos en Schoenfeld anotó en su fichero que utilizaban pasajes de Iran Air con enlace hacia Teherán.

Un silencio, tan fervoroso como el consagrado a recordar a los muertos, siguió a sus palabras. Luego, resonó en la habitación un grito atronador del Presidente.

—¡Maldición!

«Ya está —pensó Bennington—. El Vesubio ha entrado en erupción».

El Presidente levantó los puños y los descargó sobre la mesa, como un niño malcriado durante una rabieta.

—¡La prueba! ¡La pistola humeante! ¡Ya tenemos a esos canallas!

Tenía la cara colorada y respiraba entrecortadamente, según observó Bennington. No obstante, aquel hombre gozaba de excelente salud. Su cólera tenía que ser tremenda para producir aquel jadeo. De pronto, Bennington lo vio todo claro. El Presidente no había estallado por las revelaciones de la CIA. Éstas no tenían nada que ver. Su explosión había estado preparándose antes de que sonara el teléfono, cuando hablaban de procedimientos de extradición, cuando no se había pronunciado ni una palabra que justificara la cólera que ahora le estremecía. Con la mayor discreción posible, Bennington se levantó y salió de la sala.

—¿Ya terminó la reunión, Art? —preguntó el sorprendido contramaestre encargado de controlar el centro de rastreo electromagnético de la Casa Blanca cuando Bennington irrumpió en la habitación.

—No, no. Pero tengo que ver esa máquina.

Art hizo retroceder la bobina hasta las dos y empezó a avanzar lentamente, escudriñando cada señal que había sido captada por los finos sensores de la máquina. Ahí estaba, a las 14:14:19, una señal potentísima, que ahogaba todo lo demás y que penetraba hasta el corazón de la Casa Blanca, a una frecuencia que estaba en el mismo centro del espectro en el que él esperaba encontrarla.

Art pasaba la cinta con dedos temblorosos. La señal duraba cuarenta y cinco segundos. Y entonces, de las líneas y números del gráfico, se le hizo evidente algo más, la sorprendente indicación de que aquello no era un hecho casual. Porque no había una señal sino dos, absolutamente idénticas, que se cruzaban en la Casa Blanca.

—¡Pronto! —gritó al oficial—. ¿Tiene un buen plano de Washington?

—¿Qué no es un objetivo militar? —gritaba el Presidente a su jefe del Mando Militar Conjunto, general Schumacher, sentado al otro extremo de la mesa. El general acababa de protestar del ataque contra Qom e instaba a elegir para la operación de represalia, una instalación militar iraní—. Allí enseñan a asesinar. A secuestrar. A armar coches-bomba. A volar aviones. Es una fábrica de terroristas. ¿Y dice usted que no es un objetivo militar?

—Señor Presidente —terció el secretario de Defensa—, yo me atrevería a pedir un poco de calma. Vamos a reflexionar detenidamente. Los militares, a los que representa el general Schumacher, son extremadamente reacios a utilizar las fuerzas sin analizar las consecuencias. Y mucho más tratándose de un arma nuclear. Nadie más preocupado por las consecuencias del empleo de las armas nucleares que

nuestros militares, que son los que deben manejarlas.

—¿Sin analizar las consecuencias? —preguntó el Presidente con voz áspera—. ¿No se analiza la consecuencia de poner fin a esta era salvaje de terrorismo?

—Señor Presidente, en cualquier caso, usted no tiene autoridad para ello. Esto es un acto de guerra. Antes tiene que declarar la guerra y consultar al Congreso.

—¡Quizá! Lean ustedes sus leyes. Lean el decreto sobre energía atómica. Yo y sólo yo tengo autoridad para ordenar el empleo de un arma nuclear. No declaro la guerra. No movilizo a las Fuerzas Armadas. No voy a hacer desembarcar cinco divisiones en el golfo Pérsico. Se trata de una acción defensiva para salvar al mundo de los terroristas. Hemos sido atacados y yo respondo al ataque, para impedir que se repita.

Ahora el Presidente resoplaba al respirar. Se desabrochó el cuello y se aflojó la corbata. Mientras tanto, el fiscal general se inclinó para hablar con el secretario de Defensa.

—La Ley es muy clara en este punto. El Presidente tiene razón. La decisión para el empleo de las armas nucleares es responsabilidad del Presidente. No es de ustedes ni del Congreso.

—¡Por el amor de Dios! —explotó el secretario de Defensa—. Ustedes saben que la intención de los que redactaron esa ley era la de permitir una actuación rápida en el caso de que los cohetes soviéticos ya volaran hacia nosotros. No tiene absolutamente ninguna relación con un caso como éste.

—Yo me rijo por lo que dice la ley, señor secretario, no por lo que se le atribuye. —La voz del fiscal general tenía el acento de categórica integridad del profesor de derecho de Harvard que fuera anteriormente—. Si el Presidente está convencido de que tenemos que dar un escarmiento en este caso y de que el empleo de un arma nuclear de pequeña potencia acabará con el terrorismo de una vez por todas, yo no diría que su uso no esté justificado...

—Hay otra cosa —dijo el secretario de Defensa. Había ganado millones extrayendo petróleo del mar en todo el mundo y había sido llamado a Washington para que, con sus dotes de empresario, pusiera coto a los gastos del Pentágono—. Es lo que se llama la autoridad del mando nacional. Las órdenes para el empleo de las armas nucleares van del Presidente al comandante de la zona que deba lanzarlas a través de mí. Y toda orden para el empleo injustificado y a la ligera de estas armas quedará detenida al llegar a mí.

Los que estaban frente al Presidente pudieron ver cómo se le encendía la cara al oír el desafío del secretario de Defensa. Dio un golpe en la mesa y señaló con el dedo a su subordinado.

—Oiga lo que tengo que decirle. Yo le nombré y yo puedo destituirle en lo que se tarda en decir: «Está despedido». Recuerde lo que dijo Harry Truman: «Si no resisten el calor, márchense de la cocina». Si no puede con el calor, márchese.

El Honda azul de Dmitri Yachvili, *Antsy*, el agente del KGB que actuaba bajo la pantalla de la sección de Asuntos Culturales de la Embajada, salió por las verjas negras a la carretera Tunlaw y giró hacia el sur en dirección a la avenida Wisconsin. Su aparición fue advertida por el equipo de vigilancia del FBI instalado en el edificio de apartamentos situado enfrente de la Embajada. Desde que despistara a sus dos niñas del FBI hacía quince días, *Antsy* se había convertido en objeto de considerable interés para el *Bureau*. Esta mañana no le seguía un coche sino tres.

Antsy llevó a sus colegas del FBI a lo que podría describirse como una visita turística de la capital. Bajó por Wisconsin, cruzó Georgetown, rodeó el Reflecting Pool, el Tidal Basin y el Mall, bajó por la avenida de la Independencia hasta Capitol Hill y el estadio RFK, luego volvió por la avenida Florida, Rhode Island, la calle Diecisiete y la calle Church, cruzó Church, entró en New Hampshire, subió a Kalomara Heights por Rock Creek y volvió a la embajada.

Chick O'Neill estaba en el puesto de vigilancia cuando *Antsy* regresó a la Embajada.

—Que me ahorquen si no tiene otra vez esa sonrisa de zángano en toda su cara de imbécil —gruñó sin dirigirse a nadie en particular—. Si su coche no tuviera ya seis años, diría que lo que pretende es rodar el motor.

Art Bennington examinó las líneas que había trazado en su plano de Washington. Las señales que su magnetómetro triaxial había detectado eran muy definidas. Ello, unido a la circunstancia de que su aparato podía detectar el ángulo entre la bobina y la dirección desde la que llegaba la señal, le había permitido trazar las dos líneas de referencia en su plano. La primera discurría casi hacia el norte, con una orientación de trescientos cincuenta y dos grados partiendo de la calle Dieciséis arriba hacia el Parque Zoológico. La segunda iba hacia el Sudeste a través del Mall en dirección a Infant Plaza con una orientación de ciento treinta y dos grados.

Bennington sabía una cosa con seguridad: los transmisores que habían generado las dos señales que se cruzaban en la Casa Blanca tenían que estar en algún punto entre estas dos líneas. Luego suponía que tenían que ser lo bastante pequeños como para poder ser introducidos en una casa, un apartamento o un garaje. Por consiguiente, teniendo en cuenta la intensidad de las señales que su aparato había detectado, unos transmisores que pudieran ser introducidos en una casa o un apartamento y emitir una señal tan fuerte tenían que estar a menos de kilómetro o kilómetro y medio de la Casa Blanca.

Ahora había que encontrarlos. Para ello era necesario que quienquiera que usara los aparatos los conectara una vez más. Tenía que darle otros cuarenta y cinco segundos para localizarlos. De otro modo, era imposible. Pero si podía llevar su propio aparato al otro extremo de la Casa Blanca y captar otra transmisión de los

emisores, podría trazar otro juego de líneas en el plano. Entonces los tendría. Los transmisores que él buscaba estarían en los puntos en los que sus nuevas líneas se cruzaran con las anteriores, dentro de un círculo de unos dieciocho metros de diámetro alrededor del punto de la intersección.

Ahora necesitaba ayuda, y la necesitaba urgentemente. «¿Digo al Juez lo que estoy haciendo? —se preguntó—. Si se lo digo, él tendrá que decírselo a los que están con él en la sala y eso planteará una crisis de verdad. ¿Y si me equivoco? ¿Y si se trata de una coincidencia, de una máquina que emite esa señal y que se cruza aquí por casualidad? ¿Y para eso habré trastornado toda la Casa Blanca y puesto en entredicho al Presidente?».

Descolgó el teléfono. Pero no llamó al Juez. Había momentos en los que tienes que correr con la jauría y otros en los que tienes que correr por tu cuenta, por ejemplo, ahora. Marcó el número de Mike Pettee, el funcionario de enlace de la Agencia con el FBI cuyas oficinas estaban en el anexo de la calle F. Si llegaba otra señal él conseguiría su localización, tendría que derribar alguna que otra puerta y hacer arrestos, y ésta no era tarea que el Tío Sam tuviera asignada a la CIA.

—Señor Presidente.

Era el teniente general jefe de la NSA, los oídos electrónicos del Gobierno. El que se dirigiera directamente al Presidente en lugar de al asesor de Seguridad Nacional indicó a todos los presentes que iba a decir algo sonado.

—Me informan de que nuestra gente acaba de pasar las cintas que la Agencia nos entregó esta mañana de los teléfonos intervenidos en Berlín. Ante todo, deseo aclarar que los diplomáticos acreditados de los países del Tercer Mundo en Berlín Este saben que los alemanes orientales pinchan todos sus teléfonos. Por lo tanto, cuando tienen algo importante que comunicar, pasan a Berlín Oeste y lo dicen por un teléfono público.

»Los equipos de vigilancia de la Agencia —hizo una inclinación deferente en dirección al Juez— observaron que muchas de esas personas, especialmente los libios y los iraníes, últimamente descuidaban las precauciones. Cruzaban al Oeste por el puesto fronterizo Charlie en sus coches con matrícula diplomática y luego se iban a la calle Koch, donde hay tres cabinas delante de una tienda de muebles y hacen sus llamadas desde allí. Y entonces... —agitó las manos en ademán de modestia.

—Las cintas hablaron —rió el general Trowbridge.

—Exactamente. El viernes por la tarde, a las 19:32, se hizo una llamada a Irán desde una de esas cabinas. La persona que contestó hablaba en *farsi*. El que llamaba hablaba en árabe con acento palestino o libanés. Dijo: «Di al jefe que el paquete está preparado y será entregado mañana», y colgó.

»A la noche siguiente, sábado o, para ser exactos, a las 0:23 horas del domingo —prosiguió el oficial de la NSA—, se hizo una segunda llamada al mismo número de

Irán, desde la misma cabina. El que llamaba era el mismo de la víspera. El mensaje decía así: “Su paquete ha sido entregado. Los mensajeros han vuelto sanos y salvos”.

»Señores —sus ojos tenían una especie de tristeza institucional, como los del oficial de policía enviado a notificar a un ama de casa que su marido ha sido herido de gravedad en un accidente de automóvil—, hemos podido reconstruir el número que marcó, por los impulsos electrónicos registrados en la cinta. Era el 0098342716. —El teniente general hizo una pausa y se echó hacia atrás en su sillón—. Es el número del centro de adiestramiento de terroristas de Hussein Alí Montazeri en Qom.

El Presidente se levantó bruscamente y empezó a pasear por el escaso espacio libre de la sala de conferencias del Consejo de Seguridad Nacional, con la corbata torcida, gesticulando para subrayar cada una de sus airadas palabras.

—¡Yo digo que disparen el misil! —rugió—. Está preparado. Que lo suelten. ¿Qué más pruebas necesitan ustedes? ¡Son culpables y por Dios que van a pagar por lo que hicieron!

—Señor Presidente —protestó el secretario de Defensa—, cualquiera que haya sido la provocación, cualquiera que sea la responsabilidad de esa gente, esta reacción es desproporcionada, catastrófica, atolondrada y totalmente injustificada. ¿Y los soviéticos? ¿Cree que van a quedarse tan tranquilos?

—¿Y qué diablos pueden hacer? ¿Declararnos la guerra porque hemos liquidado a un hatajo de individuos a los que ellos odian tanto como nosotros? No diga tonterías.

—Mañana por la mañana, Gorbachov estará volando hacia las Naciones Unidas. Nos despellejará delante de todo el mundo. Seremos los parias de las naciones. Estaremos solos, aislados y seremos aborrecidos por todo el planeta.

—¿Y qué? Seremos respetados y yo prefiero que se nos respete a que se nos quiera. Somos una superpotencia, no un candidato a un concurso de popularidad.

—No hay justificación militar para una orden semejante, señor Presidente.

El general Schumacher, horrorizado, acababa de comprender que aquel hombre quería realmente lanzar el misil. «¿Por qué dejé que fuera programado? —se preguntaba—. Porque era una orden directa, y una orden directa no se desobedece. ¿Y qué diablos hacemos si da la orden directa de lanzarlo?».

—¿Qué no hay justificación, general? —gritó el Presidente—. ¡Vaya a preguntar a los padres de los chicos y chicas que fueron asesinados en Wiesbaden si hay justificación! Son sus hombres, sus soldados los que vieron morir a sus hijos en esa escuela militar.

—No hay justificación para esto, señor Presidente. Se trata de una reacción puramente instintiva. Si ordena que sea disparada esa arma, tendrá que hacerlo prescindiendo de mí en mi calidad de jefe del mando militar conjunto.

—¡Entonces prescindiré de usted! —gritó el Presidente—. De todos modos, no está en la cadena de mando.

—Señor Presidente —dijo Jack Taylor, secretario de Estado, el más firme aliado político del Presidente desde hacía muchos años—, usted y yo hemos recorrido juntos un camino largo y duro. Hemos tenido diferencias, pero siempre las solventamos. No puede hacer esto. No puede. Los soviéticos tienen gravísimos problemas con sus pueblos musulmanes pero esto les hará cerrar filas. Perderemos nuestra posición en el golfo Pérsico, con sus reservas de petróleo. Todos los musulmanes del mundo declararán a los americanos una guerra santa que durará cincuenta años. Nuestras embajadas, nuestros compatriotas en todos los países musulmanes del mundo, estarán en peligro.

—Vamos, vamos, Jack —replicó Bill Brennan, el jefe de Gabinete—. Después de esto, nuestras embajadas serán el lugar más seguro de todo el mundo. Nadie las tocará. Ese misil les hará llegar el mensaje con toda claridad: no volváis a poner vuestras sucias manos ni en las personas ni en los bienes norteamericanos. ¿Por qué creéis que los ingleses dominaron el mundo durante trescientos años? Porque si alguien les ponía la mano encima, ellos enviaban un cañonero y le daban un escarmiento.

El secretario de Estado hizo caso omiso de su rival político.

—Señor Presidente —dijo—, eso sería un acto de degradación moral. Destruiría todo aquello que defiende esta nación, que usted defiende, que yo defiendo. Si insiste en ello, tendrá que hacerlo sin mí.

El Presidente se sentía muy mal. Tenía náuseas y le dolía la cabeza como si la tuviera metida en un torno. Sentía el sudor en la frente y el temblor de las manos cuando dejaba de gesticular para disimular el temblor. «Es lo del oído —pensó—. Voy a sufrir un ataque. No puedo tenerlo aquí. No delante de ellos». Se inclinó hacia delante, apoyando las manos en la mesa.

—Me esperan arriba —dijo—. Pero vuelvo en seguida. Y pienso hacer disparar el misil.

Cuando el Honda de *Antsy Yachvili* bajó por la calle Church, una luz se encendió en el receptor de radio colocado en la librería del apartamento de la planta baja del número 750. Nina Wolfe la vio pocos minutos después. Extrajo el breve mensaje de la máquina y, con la esperanza de que estuviera relacionado con el procedimiento a utilizar para la marcha, lo descifró.

Pero el mensaje no trataba de la salida. Indicaba la hora a la que el Centro quería que se conectaran los generadores: las tres de aquella tarde. Inmediatamente, llamó a Tobulko que estaba en la furgoneta.

La terminal en Moscú de la línea directa Estados Unidos-Unión Soviética se encontraba en una habitación bien protegida de la planta baja del Presidium del

Sóviet Supremo, el mastodóntico edificio situado dentro de la muralla del Kremlin, más allá de la Torre del Salvador. A diferencia de la terminal estadounidense que estaba en una dependencia reservada exclusivamente al Presidente, la terminal de Moscú estaba considerada un ente propio del Politburó en sentido colectivo, aunque, en realidad, todas las comunicaciones que se cursaban por ella llevaban la firma del secretario general.

Por lo tanto, era poco habitual, aunque no insólito, que Iván Sergeivich Feodorov se presentara personalmente, a los guardias del Kremlin que vigilaban la instalación, con un breve comunicado para Washington con el sello de la secretaria del Politburó. Dijo al oficial de guardia en la terminal que devolviera el original del mensaje a la central del KGB, una vez enviado. Eran las 23:35 en Moscú, las 14:35 en Washington. Feodorov había examinado cuidadosamente el proceso de transmisión de mensajes: traducido al inglés, obraría en poder del Presidente dentro de unos veinticinco minutos.

Los militares estadounidenses, con su insaciable apetito por los acrónimos, bautizaron la línea directa Moscú-Washington «Molink» o sea «enlace con Mo», por Moscú. La terminal en Washington está instalada en el Pentágono, en dos habitaciones de pequeño tamaño dentro del Centro Nacional del Mando Militar, aislado del resto. Su puerta, en la que hay un escudo del águila americana sosteniendo un par de rayos con las garras y orlado por la inscripción «Washington-Moscow Hotline», permanece cerrada al mundo militar del entorno, con lo que se hace resaltar la circunstancia de que estas dos habitaciones son coto particular del Presidente de Estados Unidos, y no de los militares.

La primera de las dos habitaciones está repleta de diccionarios ruso-inglés, carteles turísticos de basílicas, iconos y del Kremlin, tal vez con ánimo de ambientar a sus ocupantes con el mundo del otro lado. El cuarto de comunicaciones en sí no es mayor que un ropero espléndido. En él no hay más que lo indispensable. Los mensajes que se envían por la línea directa se transmiten simultáneamente por tres circuitos: cable submarino hasta Londres y, desde allí, terrestre hasta Moscú y dos circuitos de satélite Intelsat. Estados Unidos y la Unión Soviética utilizan para la transmisión ordenadores IBM idénticos, dos en cada terminal. La pantalla es azul con orla roja cuando se transmite sin clave y negra cuando se utiliza clave. A su lado, hay dos máquinas Siemens para descifrar, aproximadamente del tamaño y forma de una caja registradora. Washington y Moscú, por turno, fijaban los códigos semanalmente.

Las máquinas descifran el mensaje a un sosegado ritmo de sesenta y seis palabras por minuto, pero dado que éstas deben ser traducidas a medida que van llegando, la lentitud de la máquina no es un inconveniente. Ni uno ni otro lado se ha planteado la implantación de la traducción mecánica, por temor a perder los matices idiomáticos de un presidente o un secretario general cuyo lenguaje sea tan peculiar como el de un

Lyndon Johnson o un Nikita Kruschev.

El martes por la tarde, el director de comunicaciones y el traductor de guardia estaban aburridos. Durante su turno no habían hecho más que emitir y recibir a cada hora textos de prueba, insípidas disertaciones sobre los ritos funerarios faraónicos o la cría de la oveja australiana. A las 14:49, se alegraron al oír el zumbido que avisaba de la llegada de un mensaje. Tal como exigían las normas, el director de comunicaciones llamó al adjunto del oficial de guardia del Centro Nacional del Mando Militar. Su misión era comprobar que todo se hacía según el procedimiento establecido. Pero ni él ni el director de comunicaciones podían ver el texto del mensaje. Los mensajes son de incumbencia exclusiva del Presidente, nadie más que él puede leerlos. Ni siquiera el jefe del mando militar conjunto ni el secretario de Defensa pueden entrar en esta habitación para leer los mensajes.

Cuando el mensaje hubo salido de la máquina descifradora, el traductor ordenó a los dos hombres que salieran del cuarto de comunicaciones y empezó la traducción. En un ángulo de su escritorio había un teléfono negro que comunicaba con la centralita de la Casa Blanca. Tan pronto como la traducción estuviera terminada, él la leería al Presidente por aquel teléfono.

El Presidente estaba solo en el Despacho Oval, con la cabeza entre las manos. Se sentía exhausto, tan cansado y vacío interiormente como cuando, siendo niño, había estado llorando y gritando de rabia por los desmanes de borracho de su padre. «Tengo que dominarme —pensaba—. Últimamente pierdo los estribos con facilidad». Miró el reloj del despacho. Faltaban dos minutos para las tres, ya era casi la hora de recibir a la Fundación para la Defensa de la Naturaleza. En aquel momento, sonó el teléfono.

—Señor —dijo una voz—, aquí el teniente Esterling, traductor de guardia de Molink. Acabamos de recibir una comunicación de Moscú. ¿Quiere que se la lea?

—Adelante, joven.

El Presidente gruñó complacido al oír el mensaje. Los de abajo quizá no entendían su situación, pero los de Moscú, se hacían cargo. No habría represalias soviéticas por un ataque contra Qom. «Comprendemos que no pueden consentir que se les ataque impunemente —terminaba el mensaje—. No es nuestra intención denunciarles ni atacarles por las consecuencias de sus represalias, cualesquiera que sean».

—Espero que sepas lo que haces, Bennington —gruñó Mike Pettee, el enlace del FBI con la CIA.

—Pues claro que no lo sé, Michael —rió Bennington—. ¿Qué gracia tendría?

Bennington había instalado su magnetómetro en lo que en realidad no era sino un ropero amplio del extremo Este del sótano de la Casa Blanca, y en el que los del

Centro de Vigilancia Electromagnética tenían parte de su propio equipo. Estaba seguro de que aquí el magnetómetro quedaría dentro del estrecho foco de la señal que había captado anteriormente. Y, al mismo tiempo, quedaba lo bastante lejos del edificio de oficinas de la presidencia desde el que la había captado antes, como para obtener un punto de referencia que le permitiera determinar de dónde procedía la emisión. Ahora lo único que faltaba era que volvieran a emitir.

—¿Y si alguien de Langley quiere localizarme? —suspiró Pettee.

Bennington sabía que el del FBI era un hombre dado a preocuparse por pequeñas cosas, la clase de persona que, para poder trabajar, tenía que tener perfectamente colocados todos los objetos de escritorio, desde la foto de su esposa hasta el cubilete de los lápices.

—Pensarán que estás en un motel, pasando la tarde con un bomboncito.

—Supongo que te consideras gracioso.

—¿Gracioso? No, pero reconoce que sería divertido.

Mientras hablaba, Art no apartaba los ojos del monitor de su magnetómetro. En él parpadeaban una serie de líneas, una cascada de números en tonos rosados.

Era como la lectura de uno de aquellos generadores de números aleatorios con los que había experimentado en laboratorios de parapsicología. Una cosa estaba clara: el ruido electromagnético ambiental que captaban era una amalgama confusa. Ninguna de las señales que incidía en los sensores del magnetómetro tenía intensidad apreciable.

—¿Cuál es la mejor medalla que conceden en el FBI, Michael?

—¿Cómo quieres que yo lo sepa?

—Si esto sale bien, te la darán, puedes estar seguro.

—Me conformo con que no me nombren agente especial en jefe en Lockjaw, Alaska, sólo por andar por ahí con un tipo como tú. Ya sabes lo que dijeron cuando...

—¡Calla! —Bennington se levantó de un salto. En la pantalla de su monitor brillaban cuatro números como carbones encendidos—. ¡Ya está! ¡Vuelven a emitir! —gritó. Se inclinó sobre el magnetómetro, para cerciorarse de que registraba correctamente—. ¡Ya los tenemos!

—¿Tenemos a quién?

Bennington se encogió de hombros.

—Eso lo sabremos cuando llamemos a su puerta.

Cuarenta y cinco segundos después de haberse encendido, la señal se apagó.

Bennington copió el plano de Washington DC, del cuerpo de Ingenieros del Ejército, escala uno por mil, en el que había marcado las lecturas de su máquina. Inmediatamente advirtió que algo no encajaba. La señal, que en la primera recepción venía del Sudeste, al otro lado del Mall, se había desplazado casi ochenta grados hacia el Sudoeste. Se desmoralizó. Eso significaba que el generador era móvil. Transmitían desde camiones o furgonetas.

Volvió a la lectura del segundo emisor. Sintió alivio y alegría al comprobar que

éste no se había movido. Cuidadosamente, para evitar cualquier error, trazó la nueva línea en el plano. Se cruzaba con la primera línea en la parte sur de la calle Church. La calle Church tenía trescientos cuarenta metros de largo. Art midió la distancia. Las dos líneas se cruzaban a ciento sesenta y un metros de la calle Diecisiete. Por lo tanto, el emisor se encontraba dentro de un círculo de dieciséis metros de diámetro, centrado en aquel punto.

Arriba, en el Despacho Oval, el Presidente paseaba meditando el mensaje de Moscú. De pronto, la cólera, aquella cólera explosiva que últimamente sentía con tanta frecuencia, le acometió de nuevo. Los rusos comprendían lo que aquellos malditos consejeros suyos no querían comprender. Ellos veían lo que había que hacer. Cerró los puños furiosamente y apretó los dientes hasta hacerse daño. De buena gana hubiera lanzado un grito. El único argumento válido que habían esgrimido sus consejeros era el que se refería a la reacción de los rusos. Bien, este mensaje lo invalidaba. El camino estaba despejado. Ahora podía machacar a esos salvajes que habían perpetrado la carnicería de Wiesbaden. «¿Y por qué no? —pensó—. ¿Por qué esperar? ¿Por qué enzarzarse otra vez en uno de esos interminables debates ahí abajo?».

Se acercó rápidamente al escritorio y cogió el teléfono.

—Póngame con el Centro Nacional del Mando Militar —ordenó secamente.

A los pocos segundos, tenía al teléfono a un general de brigada de las Fuerzas Aéreas, oficial de guardia del CNMM.

—Póngame con el capitán del *Valley Forge* —ordenó.

—Sí, señor —respondió el general, sorprendido pero no asombrado.

A veces, los presidentes hablaban directamente con los comandantes militares en el campo. Por ejemplo, sin ir más lejos, Lyndon Johnson y Richard Nixon durante la guerra de Vietnam. Desde entonces, en el CNMM se había establecido un procedimiento extraoficial. No estaba explícitamente autorizado ni escrito en ningún sitio, pero se sobreentendía. El general de brigada puso en marcha una grabadora y luego llamó al *Valley Forge* por una línea reservada.

—Va a hablarle el Presidente —dijo a un sorprendido capitán Edmonds a bordo del *Valley Forge*. Luego se dirigió al Presidente—: Su comunicación, señor.

El mandatario había sacado del billetero su ficha de autenticación y la tenía delante de los ojos.

—Capitán —dijo—, le habla su comandante en jefe.

A continuación, enunció el código de autenticación del día que confirmaba al capitán sin lugar a dudas con quién estaba hablando.

—Sí, señor —respondió Edmonds que en ningún momento había puesto en duda la identidad de su interlocutor.

—¿Tiene conocimiento de la operación *Cicuta* programada para su barco?

—Sí, señor.

—Ejecute la operación.

—¿Ejecutar, señor? —dijo Edmonds, atónito.

—Lance el misil. Es una orden.

Edmonds, consternado, sólo pudo jadear:

—Sí, señor.

Antes de que pudiera pronunciar otra palabra, oyó el chasquido del teléfono del Presidente en la Casa Blanca y la voz del oficial de servicio del CNMM que le informaba de que la comunicación había terminado.

Con Edmonds, cuando recibió la orden, se encontraban en el centro de comunicaciones del puesto de mando el primer y segundo oficiales.

—Conque por fin esos asesinos van a tener su merecido —dijo el primer oficial en voz baja y tono de satisfacción.

—¡Esto es inaudito! —exclamó Edmonds.

—Inaudito si usted quiere, capitán, pero era el Presidente y la orden es perfectamente legal —dijo el primer oficial.

—Legal o no, existe una cadena de mando, y yo tengo orden de no lanzar un misil nuclear sin la autorización de un segundo canal que posea iguales conocimientos del arma y del mensaje. Existe un procedimiento del que no puedo desviarme.

—Pero tampoco puede hacer caso omiso de una orden directa del presidente de Estados Unidos, capitán.

—No —reconoció Edmonds tristemente—; ni puedo ni pienso hacerlo. Pongan el barco en la posición de disparo exigida por la operación Cicuta e inicien maniobras de lanzamiento —ordenó al primer oficial.

Bruscamente y sin hacerse anunciar, el Presidente entró en la sala de sesiones del Consejo de Seguridad Nacional. Sin esperar que el general Trowbridge u otro de los reunidos reaccionaran a su presencia, se dirigió a grandes zancadas a su lugar, situado en la cabecera de la mesa. Pero, en lugar de sentarse, apoyó el pie en el barrote del sillón y asió el respaldo con ambas manos. Lo agarraba con tanta fuerza que los nudillos se le tornaron blancos.

—¡Ya está hecho! —dijo arrastrando las sílabas—. He ordenado que disparasen el misil. Ahora esos bastardos van a pagar por lo que han hecho.

—Señor Presidente —protestó el secretario de Defensa—, esa orden no es válida.

—¡Yo digo que sí! —gritó a su vez el Presidente.

—Ha prescindido de la cadena de mando de la Autoridad Nacional.

—¿Dónde dice que esté obligado a servirme de ella? —replicó el Presidente—. En ningún sitio.

Luego, dio media vuelta y salió de la sala, para subir al Despacho Oval donde debía recibir a la delegación de la Fundación para la Defensa de la Naturaleza.

El general Trowbridge fue el primero en reaccionar. Se volvió hacia su ayudante.

—Llame al Vicepresidente. Dondequiera que esté. Que venga inmediatamente. —
Se levantó y golpeó la mesa con los nudillos—. Señores —ordenó—, quiero que salga todo el mundo excepto los titulares de departamento. Ahora mismo.

El contraalmirante que mandaba las fuerzas destacadas en el golfo Pérsico se dirigió al teléfono con movimientos soñolientos, para recibir la llamada urgente del capitán del *Valley Forge*. Era más de medianoche en el Golfo. El anuncio que le hizo el capitán Edmonds de la orden del Presidente lo despertó de golpe. El almirante era un hombre astuto. Tenía muy clara una cosa: él no pasaría a la historia por haber ordenado a Edmonds desobedecer una orden directa del Presidente.

Por otro lado, quería estar bien seguro de que Edmonds no lanzaría el misil de crucero hasta que él averiguara qué diablos pasaba.

—No sé nada de esa orden, capitán. No ha sido transmitida por la vía oficial. —
Con esto ponía luz roja a Edmonds, dándole a entender implícitamente que debía demorar la ejecución—. Prepárese para ejecutar la orden mientras yo pido confirmación a la autoridad competente.

Dado que el misil de crucero podía salir hacia Qom en menos de sesenta segundos, estas palabras indicaban a Edmonds, con la mayor claridad posible, que esperase. El almirante sabía que Edmonds no podía demorar aquella orden indefinidamente. Pero ahora estaba cubierto, por lo menos, durante quince o veinte minutos. Salió de su puesto de mando y corrió por el pasillo hasta su centro de comunicaciones, únicamente en camiseta y *shorts*.

—¡Con el comandante de la Flota del Atlántico! —gritó al atónito soldado de transmisiones—. Me importa un rábano dónde esté. ¡Encuéntrelo! ¡Ahora mismo!

Después de informar a su superior inmediato, el capitán Edmonds dio el paso exigido tanto para cumplir la orden del Presidente como para seguir el riguroso procedimiento establecido para reglamentar el empleo de cualquier arma nuclear estadounidense. Llamó al general de brigada de las Fuerzas Aéreas que estaba de servicio en el Centro Nacional del Mando Militar.

—General —dijo—, he recibido una llamada telefónica del presidente. Hemos intercambiado las claves correctas de autenticación vigentes para el día de hoy. Me ha dado orden directa de disparar contra Qom un misil de crucero con una cabeza de cuatro kilotones. Ahora solicito el código de hoy para lanzar el arma.

—No tengo autoridad para darle el código —respondió el general de brigada. Era mentira, en una situación de emergencia nuclear, tenía esa autoridad, pero maldito si iba a utilizarla en estos momentos. Ya había escuchado la cinta de la llamada del Presidente. En cuanto Edmonds tuviera el código, el misil saldría disparado.

Irremediablemente. Edmonds no tendría alternativa—. Solicitaré autorización al secretario de Defensa para dar el código y le llamaré lo antes posible, capitán.

Tan pronto como los últimos hubieron salido de la sala, Trowbridge se levantó y cerró la puerta. Mientras volvía a su sitio, sacó un librito del bolsillo interior de su guerrera, lo abrió y lo puso encima de la mesa. Era un ejemplar de la Constitución. Trowbridge se lo había metido en el bolsillo veinticuatro horas antes, al percibir por primera vez cierto desequilibrio en la conducta del Presidente. Lo miró un segundo, como si las palabras impresas en sus páginas pudieran darle el valor necesario para pronunciar las palabras que tenía que decir.

—Señores —empezó—, he enviado un mensaje urgente al Vicepresidente, para pedirle que se una a nosotros a la mayor brevedad posible. Me parece que se nos ha planteado un problema terrible y trágico. Dar una orden semejante, prescindiendo de la cadena de mando establecida contra el parecer casi unánime de sus consejeros, sólo puede significar que el Presidente, momentáneamente, ha perdido el control de sus facultades mentales. Deseo recomendar a los reunidos que invoquemos la vigésima quinta enmienda y relevemos de su cargo al Presidente por incapacidad temporal.

La trascendencia de la proposición de Trowbridge era tan abrumadora que, durante varios segundos, nadie articuló un solo sonido. Bill Brennan, jefe de Gabinete de la Casa Blanca, se volvió hacia el consejero de Seguridad Nacional, pero, antes de que pudiera hablar, Trowbridge levantó una mano.

—Ante todo, permitan que les lea el primer párrafo de la sección cuarta de la vigésima quinta enmienda.

»“Cuandoquiera que el vicepresidente y la mayoría de los miembros del gobierno o bien de instituciones —tales como el Congreso— previstas por la ley, transmitan al presidente *pro tempore* del Senado y al *Speaker* de la Cámara de Representantes su declaración por escrito de que el presidente es incapaz de desempeñar los poderes y obligaciones de su cargo, el Vicepresidente asumirá de inmediato los poderes y obligaciones del cargo en calidad del presidente en funciones”».

Trowbridge cerró el librito con una mano que temblaba tanto de tristeza como de horror por lo que proponía.

—Esto, señores, es lo que estoy convencido que debemos hacer. Declarar al Presidente incapacitado para el desempeño de las funciones de su cargo a causa de un momentáneo desequilibrio mental. Y ahora mismo. Hay que detener el lanzamiento de ese misil. Su disparo sería una catástrofe para esta nación. Nos causaría un daño incalculable y tal vez irreparable.

—No puedes hablar en serio, Kent —gritó Brennan—. Nos pides que montemos un golpe de Estado contra el presidente de Estados Unidos legítimamente elegido.

El fiscal general estaba de pie.

—General Trowbridge —dijo pronunciando el nombre como el fiscal que

empieza su informe ante un jurado—. Como primer funcionario judicial de esta nación, me incumbe la responsabilidad de tratar de los aspectos legales de su propuesta. Ante todo, he de decir que no veo indicación de que la intención de los autores de esta enmienda fuera la de que ésta se aplicara en una situación como la presente. Es la llamada «Enmienda Wilson», destinada a resolver una situación como la planteada a raíz de la embolia cerebral que incapacitó al presidente Woodrow Wilson. Ronald Reagan la invocó voluntariamente con motivo de sus operaciones, para cubrir el período en el que estuvo anestesiado.

—Usted mismo dijo ayer que la intención no cuenta, sino lo que dice el texto —repuso Trowbridge—. Y este texto nos proporciona una solución perfectamente legal para el espantoso dilema que tenemos que afrontar.

—General Trowbridge, ¿qué tiene de ilegal la orden del Presidente? Nada. Puede ser una mala orden. Puede, incluso, ser una orden inenarrablemente estúpida. Puede ser una reacción injustificadamente dura a una provocación. Pero es una orden legal. La enmienda no le da autoridad alguna para deponer a un presidente porque haya dado una orden que a usted no le guste.

—¡Pues yo creo que sí! —terció el secretario de Defensa—. Para salvar a este país de las horrendas consecuencias que puede contraer una orden irracional de un presidente, dada de una forma tan ilógica que denota perturbación mental.

—¿Usted va a declarar por todos nosotros que el Presidente está perturbado? —preguntó el Fiscal General en tono burlón—. ¿Cómo ha conseguido la cualificación médica necesaria? ¿Extrayendo petróleo en Indonesia? —El Fiscal General señaló a Trowbridge con ademán de advertencia—. Por buena que sea su intención, su proposición es incorrecta. No se trata de la cordura del Presidente ni de su capacidad para desempeñar su cargo. Se trata de su buen juicio. La Constitución proporciona un remedio para los graves errores de juicio de un presidente: un proceso.

—¡Un proceso! —exclamó Trowbridge—. ¿También usted se ha vuelto loco? Cuando consigamos procesarlo, habremos achicharrado a cuarenta mil personas, destruido a este hombre, su presidencia y doscientos años de historia americana.

Ahora se levantó Bill Brennan.

—Estoy absoluta y decididamente en contra de la idea. —El jefe de gabinete de la Casa Blanca no solía usar atenuantes para expresar sus ideas—. ¿Qué diantres se proponen hacer? ¿Llamar al Presidente y decirle: Mire, nos parece que le falta un tornillo y vamos a pedir al Vicepresidente que le remplace?

»Él dirá: Los chalados son ustedes. Cogera el teléfono, llamará al jefe de la Cámara de Representantes y le dirá: Tengo aquí a un grupo de individuos que tratan de montar un golpe de Estado. ¿Cómo creen que podrán impedirselo? ¿Quieren encerrar al presidente de Estados Unidos en el armario de las escobas?

Mientras Brennan manifestaba sus opiniones, sonó el teléfono del secretario de Defensa.

—Sí —susurró. Era el oficial de guardia del CNMM que le transmitía la petición

del capitán Edmonds del código necesario para el lanzamiento—. Luego le llamo — dijo.

Era una respuesta ridícula, pero no se le ocurrió otra. Por lo menos, le daría unos minutos hasta que el CNMM insistiera. Lo que importaba era que nadie se diera cuenta de que el Presidente había olvidado señalar el código al dar la orden. Si Brennan o el fiscal general se lo indicaban, el Presidente no tendría más que coger el teléfono, llamar al CNMM y decir al general de brigada que diera el código. Entonces nada podría detener el lanzamiento.

Ahora fue el secretario de Estado el que se levantó.

—Perdona, Bill, la respuesta a tu pregunta es: Sí, es posible que tengamos que detenerlo, que tengamos que reducirlo, pero estoy con Kent. No podemos consentir que esa orden sea cumplida.

—¡Hostia! —estalló Brennan—. Vais a convertir Estados Unidos en una república bananera, vais a violar la Constitución ¿y para qué? Para salvar a un hatajo de asesinos en Qom que se tienen bien merecido lo que les va a caer encima.

—No —dijo Taylor, con toda la calma y la medida de que era capaz—; para salvarlo a él como persona, a su presidencia como institución y a este país de una orden que nunca debió darse. Yo le quiero como a un hermano. Y estoy convencido de que, desde hace cuarenta y ocho horas, es un hombre enfermo. Si vamos a parar esto, tenemos que pedir al secretario de Defensa que anule la orden del Presidente...

—¡Imposible! —rugió el Fiscal General—. No está facultado. Sólo el Vicepresidente lo está.

—... o someter a votación la aplicación de la vigésima quinta enmienda — terminó el secretario de Estado.

—Y después convencer al Vicepresidente —dijo el fiscal general—. Porque, sin él, no van ustedes a ninguna parte.

El Juez no había tomado parte en la discusión. No creía que ni él ni la Agencia tuvieran que intervenir en ella. ¿Dónde diablos estaba Bennington? Si podía hacerle entrar en la sala, quizás él podría explicar al grupo la conducta del Presidente e incluso exponer algunas de sus descabelladas teorías. Pero ¿dónde estaba?

Un fuerte golpe en la puerta interrumpió sus deliberaciones. Era el Vicepresidente.

—He venido lo más aprisa posible —dijo ofreciendo a los reunidos su simpática sonrisa juvenil—. ¿Algún problema?

Art Bennington y Mike Pettee subían a toda velocidad por la calle Dieciséis, abriéndose paso con la sirena y la luz azul giratoria de Pettee sujeta al techo del coche con la ventosa.

—Se siente uno como en *Corrupción en Miami*, ¿eh, Michael? —rió Bennington.

El hombre del FBI estaba tenso, concentrando la atención en sortear los coches; no

estaba de humor para reírle las gracias a Bennington.

—¿Con quién hemos de vernos las caras?

—¿Quién puede estar interesado en tratar de manipular las emociones del Presidente? Supongo que llevas el arma.

—¿No deberíamos pedir ayuda?

—Vale más que antes nos cercioremos de que estoy en lo cierto. Imagina que resulta que nos encontramos con el taller de un émulo de Edison. ¿Crees que al Director iba a hacerle gracia rodear la zona con cincuenta agentes y los hombres de Harrelson?

Cruzaban Massachusetts y se acercaban a la calle P. Pettee sacó el brazo y retiró la luz azul.

—Vale más no anunciar nuestra llegada.

Al aproximarse a la esquina, Art saltó del coche.

—Aparca en la mitad de la calle —dijo—. Yo mediré la distancia. —Su calculador de distancias portátil le situó delante del número 1750 al llegar a los ciento sesenta y un metros desde la esquina. La casa era idéntica a la mayoría de las de la calle, de tres pisos, con balcones de arriba abajo. Los ladrillos estaban pintados de beige y las maderas, color caoba. Pettee llamó a la puerta. En el rótulo se leía: «Houlihan».

Abrió una mujer mayor, de aspecto distinguido.

—¿Mrs. Houlihan? Soy Mike Pettee, agente especial del FBI.

—¡Oh, caramba! —dijo Mrs. Houlihan—. Pasen, pasen. ¿Quieren una taza de té?

Evidentemente, Mrs. Houlihan pertenecía a una generación y estrato social que consideraba una visita del FBI de modo muy distinto a la mayoría de las personas que visitaba Pettee.

—No, señora, muchas gracias. Deseo preguntarle cuánto tiempo lleva viviendo aquí.

—Pronto hará cuarenta y cinco años. Desde que mi pobre marido volvió del Pacífico después de la guerra.

—Ya. ¿Y vive usted sola?

—Oh, no, con mi hija.

—¿Y nadie más?

—Sólo una simpática pareja que tiene arrendado el semisótano. Hacen trabajos para IBM, tengo entendido.

—¿Hace tiempo que viven aquí?

—Oh, no, acaban de mudarse. —Pettee y Bennington se miraron—. Antes tenía a un profesor de ciencias de la Universidad Americana.

—Entonces, quizás hablemos con ellos —dijo Pettee, llevándose la mano al sombrero para dar las gracias a Mrs. Houlihan.

Los dos hombres bajaron rápidamente a la puerta del semisótano. Bennington oyó repicar un par de tacones en un suelo de madera, en respuesta a la llamada de Pettee.

—¿Sí? —dijo una voz femenina.

—El FBI, señora. ¿Podríamos hablar un momento con usted?

La mujer no respondió. Pettee volvió a llamar.

—¿Señora?

Bennington arrimó el oído a la puerta. Le pareció oír que se abría otra puerta. Mrs. Houlihan, con la cara radiante de emoción, estaba apoyada en la barandilla, sin perder ni un ademán.

—¿El piso tiene otra puerta? —preguntó Bennington.

—Oh, sí. La que va al jardín.

—¡Se escapa! —gritó él.

Tomó impulso y cargó contra la puerta con el ímpetu que antaño reservara para los delanteros contrarios. La puerta se estremeció. Arriba, Mrs. Houlihan, que todavía no acababa de darse cuenta de lo que iba a costarle la acción de Bennington, dio un gritito de alegría al ver cómo la tele cobraba vida ante sus ojos.

—¡Jo, Art, que no tenemos orden judicial! —jadeó Pettee.

Bennington había retrocedido para lanzar otra carga. Ésta hizo saltar la puerta de los goznes. Irrumpieron en una salita. Al fondo, por un ventanal, se veía un pequeño jardín. La puerta del jardín estaba abierta. Vieron a una mujer que se agarraba a la celosía para escalar la tapia de dos metros y saltar al jardín de al lado.

—¡Detenla! —gritó Bennington.

Pettee cruzó corriendo la habitación mientras sacaba de la pistolera su *Magnum* 357 de servicio.

—¡Alto! ¡FBI! —dijo desde la puerta.

La mujer no se detuvo. Estaba a ocho metros de distancia y, con la agilidad de un atleta, se había izado al borde de la tapia.

Pettee disparó. La mujer vaciló. Fue un disparo de aviso, pero el efecto dio a Pettee el tiempo que necesitaba para llegar a la tapia. Ahora le apuntó a la cabeza.

—Bien —dijo—, ¿por qué no baja de como una buena chica?

Bennington había descubierto el generador. En seguida supo qué era. De un tirón arrancó el cordón del enchufe de la pared. Oyó a Pettee que empezaba a recitar en el jardín:

—Tiene derecho a guardar silencio...

Art salió al jardín. Ella estaba apoyada en la tapia que había estado a punto de ser su vía de escape hacia la libertad. El cuerpo de Pettee le impidió verla hasta que la tuvo delante. Y era ella, naturalmente. Lo supo desde el instante en que oyó la voz que decía «¿Sí?», desde detrás de la puerta. Como también él había dicho «¿Sí?», desde detrás de su puerta una noche, no hacía mucho tiempo. Se había preguntado muchas veces lo que sentiría si llegaba este momento: ¿cólera?, ¿desengaño?, ¿horror?, ¿miedo a que ella hablara y le hundiera? No sintió nada de eso al mirarla ahora. Ella estaba despeinada por la carrera y el salto y tenía grabada en las facciones la desesperación del recién arrestado. Él sintió tristeza, una tristeza terrible y

punzante.

Ella le miró un segundo. Sus ojos buscaron los de él y una débil sonrisa confirmó su mudo mensaje. Se volvió hacia Pettee:

—Deseo ejercer mi derecho a guardar silencio hasta que esté en presencia de mi abogado —declaró.

«Les enseñan bien», pensó Art.

Fuera, Valentín Tobulko bajaba con su furgoneta por la calle Church. Vio el grupo de curiosos delante de la casa y la puerta destrozada. Siguió calle abajo sin detenerse, torció por la calle Dieciocho y se dirigió al aeropuerto internacional Dulles.

Tres de los reunidos, Trowbridge, el secretario de Estado y el secretario de Defensa, estaban dispuestos a invocar la vigésima quinta enmienda, según calculaba el Juez. Dos, el Fiscal General y el jefe de Gabinete de la Casa Blanca, se oponían resueltamente. El Vicepresidente vacilaba. ¿Y por qué no? La responsabilidad que se le imponía era estremecedora para un hombre tan joven y relativamente inexperto. El Juez se sintió gratamente sorprendido por la serenidad con que encaraba la crisis. Su teléfono zumbó sordamente.

—¡Bennington! —cuchicheó—. ¿Dónde diablos se ha metido?

Durante treinta segundos, el Juez escuchó con incredulidad, asombro y, finalmente, indignación la explicación que le daba Bennington de los sucesos de la última media hora.

—¡Un momento! —gritó al general Trowbridge que, al otro lado de la mesa, proponía someter a votación la aplicación de la vigésima quinta enmienda para deponer temporalmente al Presidente—. ¡Ya no hace falta!

—¿Qué diablos quiere usted decir?

Trowbridge, furioso, intuía que la intervención del Juez rompería la precaria inclinación de los presentes en favor de apartar de su cargo al Presidente.

—El Presidente ha sido víctima de una manipulación. Ha estado sometido a una forma muy sofisticada de control mental. —El Juez blandía el teléfono como un fiscal que esgrime ante un jurado la prueba concluyente que ha de cerrar el caso—. El jefe de mi división de Ciencias del Comportamiento está al teléfono. Él y un agente del FBI acaban de capturar a una de las personas y el equipo utilizado.

—¿De qué puñetas está hablando?

La incredulidad se pintaba en la cara del secretario de Defensa con tanta claridad como un logotipo de televisión congelado en la pantalla.

—Utilizaban una especie de emanaciones electromagnéticas para interferir en sus emociones. Para desencadenar artificialmente reacciones de cólera.

—No puedo creer que eso sea posible.

El Juez no tuvo tiempo de contestar al secretario de Estado.

—Lo que yo quiero saber —gritó Brennan, el jefe de gabinete del Presidente— es

quién diablos son ellos.

—Todavía no tenemos pruebas, pero no puede ser más que el KGB. Nadie más en el mundo posee la tecnología necesaria para realizar semejante plan.

—¡Cerdos! —Brennan tenía la cara colorada de ira—. Yo nunca me fié de ese condenado cuento de la *glasnost*.

—Bill, actualmente en el Kremlin hay una lucha interna por el poder —repuso el secretario de Estado—. Quizás el KGB ha obrado por su cuenta y riesgo.

—¡Un momento! —El Vicepresidente dio una palmada en la mesa para subrayar el tono autoritario de su voz, tono que los reunidos oían por primera vez. Señaló al Juez con el índice—. ¿Está absoluta e inequívocamente seguro de la exactitud de lo que su hombre le ha dicho y usted acaba de manifestar?

—Lo estoy.

—Entonces, vamos primero a lo más urgente. Después nos ocuparemos de quién lo ha hecho. Ahora lo que tenemos que hacer es impedir que ese misil nuclear sea disparado. Señor secretario... —Miró al secretario de Defensa, sentado al otro lado de la mesa—. Anulo formalmente la orden del Presidente. Curse instrucciones al CNMM para que retiren inmediatamente el misil de crucero.

Durante un segundo, mientras el secretario de Defensa alargaba la mano hacia el teléfono, el Vicepresidente pareció ligeramente intimidado ante la enormidad de su acto.

—¡Más vale que esté seguro del terreno que pisa, joven! —le advirtió el fiscal general.

El Vicepresidente hizo como si no le hubiera oído. Estaba de pie, tranquilo y seguro de sí otra vez.

—General —dijo a Trowbridge—, usted, yo, y el Juez, subiremos ahora al Despacho Oval para explicar al Presidente lo que hemos hecho y por qué. Los demás —hizo inventario de los presentes con la mirada— no dirán ni una palabra de lo sucedido. Si hablan, hundirían a este hombre. Y les prometo que si llega a los periódicos la más leve insinuación de esto, todas y cada una de las bolas que hay en esta habitación pasarán por el cascanueces.

El Presidente miraba abúlicamente por las ventanas del Despacho Oval, con las manos en la espalda, exhausto por los sucesos de los últimos momentos. En el paroxismo de furor que había experimentado después de recibir el mensaje de los rusos, esperaba que la sensación de venganza satisfecha, una especie de catarsis emocional, seguiría al acto de ordenar el lanzamiento del misil contra Qom. Pero lo que sentía era cansancio y zozobra, dudas y recelos por lo que había hecho.

Se volvió cuando se abrió la puerta y entraron el Vicepresidente y su delegación.

—¡Dick! —dijo al ver a su segundo—. No sabía que tú estuvieras metido en esto.

—Señor —dijo el Vicepresidente—, acabamos de descubrir unos hechos que

creemos que usted debe saber inmediatamente.

—Hablen.

—Creo que vale más que se siente, señor Presidente.

Una súbita irritación llameó de nuevo dentro del Presidente mientras se instalaba en su sillón. «¿Qué quieren estos animales? —pensó—. ¿Pretenden deshacer lo que yo he hecho?».

—Adelante, Juez —ordenó el vicepresidente.

El Presidente escuchó al principio irritado, después incrédulo y por último horrorizado, la explicación del Juez.

—Señor Presidente —dijo el vicepresidente cuando el Juez hubo terminado—, a la vista de esta información, me tomé la libertad de mandar retirar el misil de crucero.

Durante un segundo, a los tres hombres que estaban de pie delante del escritorio, les pareció que el Presidente iba a rebelarse ante aquella usurpación de autoridad. En realidad, estaba repasando mentalmente los sentimientos y emociones experimentados durante las setenta y dos horas últimas, aquellos furores súbitos y casi siempre injustificados que le habían invadido. Dejó caer los hombros.

—Gracias a Dios que lo han hecho —dijo suavemente—. Ahora averigüen quién ha sido y qué pretendían.

Valentín Tobulko, desde un teléfono público del aeropuerto Dulles, marcó el número del *rezident* en la embajada en Washington. Después de identificarse con el nombre clave que se le había dado en Moscú, dijo:

—Informe a mi superior de que se ha producido la Situación seis.

Según la clave convenida con Feodorov, estas palabras indicaban fracaso de la misión con arresto de uno de los participantes del KGB. Luego, se dispuso a embarcar en un vuelo hacia Londres, primera etapa de su viaje de regreso.

Como la mayoría de los hombres de su temperamento y vocación, Iván Sergeivich Feodorov conciliaba el sueño con facilidad y dormía profundamente. Tan profundamente que ni la imperiosa llamada del teléfono le despertó. Finalmente, Xenia Petrovna le sacudió el hombro, susurrándole al oído con voz ronca.

Feodorov se sentó en la cama y parpadeó en la oscuridad. Los dormitorios del director general del KGB, tanto el del apartamento de Moscú como el del chalet, podían oscurecerse por completo a voluntad. Los policías duermen a horas extrañas y la oscuridad total ayuda a engañar al cuerpo.

Por fin sus ojos divisaron la luz roja que se había encendido en el teléfono de la mesita de noche. Era el coronel de guardia del moderno complejo de oficinas del KGB situado en el cinturón de Moscú.

—Señor —anunció tan pronto como Feodorov descolgó el teléfono—, tengo un

mensaje especial para usted que acaba de llegar del *rezident* en Washington.

Feodorov estaba ya completamente despierto, despejado y preocupado.

—Léalo —ordenó.

—«De *rezident* a Director General CRTOL informa se ha producido Situación seis», fin del mensaje —dijo el coronel.

—*Spasiba*, gracias.

—¿Hay respuesta, camarada Director? —preguntó el coronel de servicio.

—No, coronel, no tengo respuesta.

Feodorov colgó el teléfono y apoyó la cabeza en las almohadas. Se movía con la deliberada lentitud del que está invadido por el sopor de una fiebre alta. Situación Seis. Tobulko enviaba el mensaje, de manera que la mujer había sido detenida por el FBI. Quizás hablara. O desertara. Quizá no. ¿Importaba? En cuanto el FBI y la CIA empezaran a investigar a fondo, su supuesta identidad se desmoronaría. Sería como si llevara las siglas KGB tatuadas en las axilas. Y ellos comprenderían lo ocurrido. Feodorov nunca subestimaba a sus adversarios.

Esto destruiría la fe de los americanos en la distensión soviético-americana. Les faltaría tiempo para informar al Secretario General de lo ocurrido, con aquel ingenuo aire de indignación tan característico. Pero su indignación no sería nada comparado con las iras del Secretario General. Sólo había un modo de reparar la enormidad de lo que Feodorov había cometido, sólo un gesto podía salvar la piedra angular de la nueva política exterior. Tendría que ofrecer a los dioses del Potomac una víctima propiciatoria.

A su lado, Xenia Petrovna había vuelto a dormirse profundamente. Él le acarició el muslo con una tristeza y un deseo infinitos.

—*Maia sladaia*, querida mía, despierta.

Xenia Petrovna se movió.

—¿Qué hora es? —preguntó.

—Las cuatro.

—*Vaniusha*, ¿por qué me despiertas?

—Tengo noticias de Washington. —Notó que se crispaba—. Hemos fracasado. Capturaron a uno de los nuestros.

Xenia Petrovna no había sido informada de todos los detalles del plan de Feodorov. Ignoraba que su amante había mandado cometer el atentado de Wiesbaden. No obstante, conociendo la urgente necesidad de Feodorov de manipular las reacciones agresivas del Presidente, en seguida intuyó la posibilidad de que los órganos estuvieran involucrados en el ataque.

—¿Es grave? —preguntó.

—Temo que sí, muy grave. Creo que debes vestirte y marcharte cuanto antes.

—¿Es que vienen a detenerte?

—Más tarde o más temprano. Y no te favorecerá que te encuentren aquí. De todos modos, los registros que tiene el centinela les dirán todo lo que quieran saber.

—¿Qué te harán, *Vaniusha*?

—Tú eres quien me preocupa. Xenia, di todo lo que sepas, todo lo que has hecho. No calles nada. Todo lo hiciste por orden mía, por los órganos, por la ciencia socialista.

—*Vaniusha* —protestó ella, pero él le oprimió los labios con el índice.

—Los americanos no tardarán en comprender lo ocurrido. Pero no sabrán por qué. Esto te dará una idea de lo importante que eres. Tú eres un elemento muy valioso para la ciencia soviética, Xenia, y eso te permitirá resistir los tiempos difíciles que se avecinan.

—¿Y tú, *maia doushka*? —susurró ella.

—Los tiempos del estalinismo ya pasaron. No será fácil. No creo que volvamos a encontrarnos en un lugar tan agradable. —Había encendido la luz del dormitorio. Ahora no había brillo en los ojos oscuros que la miraban—. He sobrevivido a otras dificultades. También sobreviviré a ésta. —Una sonrisa triste cruzó por sus facciones—. Sobreviviré en un entorno menos grato, pero no me pasará nada. Vamos, tienes que marcharte.

Cuando ella se hubo vestido, la acompañó hasta la puerta del chalet. Se quedaron un momento mirándose en silencio.

—Acuérdate de mí con afecto, Xenia —murmuró abrazándola. Al deshacer el abrazo, él vio brillar una lágrima en su mejilla—. No te preocupes —dijo oprimiéndole el antebrazo—. No me pasará nada.

La siguió con la mirada mientras ella cruzaba el camino de grava hacia el coche y volvió a entrar en el chalet. Cruzó la sala hacia la gran chimenea de piedra y los trofeos de treinta años de cacerías. Podía hacer una cosa: entregar las cintas de la conversación mantenida en esa habitación con Chebrikov y Ligachev. Pero ¿de qué serviría? ¿Le salvaría? Desde luego que no. Sólo serviría para destruir toda esperanza de poder volver al sendero del que se habían desviado. Abrió el compartimiento secreto donde estaba instalada la grabadora. Las cintas se habían rebobinado automáticamente. Levantó la mano y pulsó la tecla de borrar. Luego, cerró el compartimiento y levantó la mirada hacia sus dos escopetas Purdey gemelas, guardadas en la alta vitrina.

Xenia Petrovna estaba cruzando la verja con su *Citroën* cuando la detonación de la escopeta de caza rompió el silencio de Zavidovo.

—¿Ya te han dado la medalla, Michael?

Mike Pettee levantó la mirada de su escritorio en el anexo de la calle F y sonrió a Art Bennington.

—¿Cómo va ese hombro? —preguntó.

—Duele. —Bennington hizo una mueca—. Ya no estoy para estos trotes. —Se dejó caer en la silla delante del escritorio de Pettee haciendo crujir la madera—.

Dime, ¿qué novedades hay?

—Accede a hablar contigo. Y sin el abogado. Dada la forma en que se ha portado hasta ahora, es sorprendente.

—¿Por qué?

—Porque no le hemos sacado ni mu, además del consabido: «Me niego a responder, invocando...». Ni siquiera con su abogado se ha destapado. El hombre se tira de los pocos pelos que le quedan.

—¿De qué se la acusa?

—Esta mañana, hemos recibido instrucciones de las alturas para que nada de lo que se diga acerca de la manipulación electromagnética del Presidente salga a relucir durante el juicio.

—Entonces, ¿qué os queda?

—Entrada ilegal en el país con propósito de cometer espionaje. Su supuesta identidad se cae a trozos y llevaba pasaporte falso cuando la detuvimos en el jardín.

—¿Y con eso se la puede condenar?

—Sí; será fácil. Su abogado ya dice que, puesto que ella no coopera, va a tener que declararse culpable. Si podemos ponerla delante del juez adecuado, de entre diez y quince años en Atlanta no se salva. A no ser... —Pettee miró a Bennington con la sonrisa de resignación del jugador de póquer que acaba de perder la mano—. En fin, tú ya sabes cómo acaban estas cosas en la vida real.

«Las salas de interrogatorios de las prisiones se parecen a los quirófanos», pensaba Bennington. La misma frialdad aséptica, la misma sensación de vida en suspenso, un punto intermedio entre libertad y cárcel, salud y enfermedad. La de la cárcel del Distrito Federal era particularmente sórdida. No tenía ventanas y su mobiliario se reducía a dos sillas y una mesa recuperadas de alguna oficina gubernamental que se desmantelaba para reducir gastos. La iluminación indirecta era tan intensa que tenías que parpadear varias veces para acostumbrarte.

Una matrona negra, enorme, trajo a Nina. Le quitó las esposas y lanzó una hosca mirada a Bennington, como si pensara que todo el que pasaba unos minutos, por pocos que fueran, con un agente extranjero, se exponía a un virus mortal. Nina se sentó y, como hacen todos los presos, se frotó las muñecas donde se le habían clavado las esposas.

Al no haber sido juzgada todavía, llevaba su propia ropa, con su pelo rojo perfectamente peinado y la cara recién maquillada. Se estremeció y miró a Art con sonrisa coqueta.

—Vuelves a fumar. Qué mal. Creí que eso estaba superado.

—Tú me hiciste dejarlo, Nina, y tú me has hecho volver a ello.

—Lo siento. —Su mirada era casi maliciosa—. En nuestra profesión, hay cosas que son casi inevitables.

—¿Cómo te tratan?

—Dadas las circunstancias, no puedo quejarme. Pero no creo que en régimen permanente me entusiasme.

«Quizás esté abriendo una puerta», pensó Art.

—Ya debes de imaginar a lo que vengo.

—Creo que puedo hacer una suposición aproximada.

Art sonrió y extendió las manos con las palmas hacia arriba a través de la mesa, casi como si pretendiera tomar las de ella.

—Voy a exponer con toda franqueza cuál es tu situación. Creo que puedo hacerlo con más conocimiento de causa que tu abogado. Como ya sabes, se te ha denegado la libertad condicional.

—Sí. No esperaba que me la concedieran.

—Ni es probable que te la concedan en el futuro.

Nina lo reconoció con un levísimo movimiento de cabeza.

—Estás acusada de entrar ilegalmente en el país con el propósito de cometer espionaje. Tu supuesta identidad está desmoronándose como una viga devorada por las termitas.

Ella no pudo reprimir un suspiro.

—Las identidades supuestas no resisten una investigación minuciosa. Eso lo sabemos los dos.

—Lo mínimo que te espera, Nina, son diez años en una penitenciaría federal. No sé qué os dicen en el Centro acerca de las prisiones federales antes de enviaros aquí, pero son lugares bastante desagradables.

Ahora pudo advertir el esfuerzo que tenía que hacer aquella mujer para esbozar siquiera un amago de sonrisa.

—Nos preparan bien, Art. Incluso para eso.

—No tiene por qué ser así. Podemos arreglarlo. —Art había hecho esta proposición otras dos veces en su carrera, en Alemania, en la década de los sesenta, a científicos del Bloque Oriental por los que la Agencia se interesaba. Los dos habían venido—. Solicita asilo político, Nina. Nosotros cuidamos bien de los que vienen a nuestro lado. Estarás bien retribuida. Podrás trabajar en cosas interesantes. O, si lo prefieres, puedes marcharte y trabajar por tu cuenta. Incluso puedes volver a poner esa placa en Tyson's Corner. Y tendrás protección. Estarás a salvo de la venganza del KGB. Yo personalmente me encargaré de ello.

Nina estaba inmóvil, muy frágil a la luz cruda y potente de la habitación, vulnerable a su proposición. Art observó que encorvaba los hombros y que su mentón, aquel mentón descarado y enérgico, se inclinaba hacia el pecho. Permaneció quieta durante casi un minuto. Luego se estremeció y le miró como el que sale de un trance.

—Art —dijo suavemente—, yo soy una profesional. Tú eres un profesional. Sí, ya sé que voy a la cárcel. Pero no será para diez años. Un año. Quizá dos. Y habrá un

arreglo. El Centro cuida de su gente.

—Nina, incluso dos años en una prisión federal es mucho tiempo. Créeme, nosotros te cuidaremos. Las personas como tú son muy valiosas para nosotros. Queremos que el mundo lo sepa.

—No dudo de tu palabra, Art. Pero tampoco dudo de la palabra del Centro.

Art sacó del bolsillo un ejemplar del *Washington Post* y lo extendió encima de la mesa, de cara a Nina. En primera plana había una fotografía de Feodorov con un titular que anunciaba su cese. El corresponsal del periódico informaba de que en todo Moscú circulaban rumores acerca de una profunda reorganización en el KGB.

—El recibimiento que te harán en el Centro cuando regreses, Nina, quizá no sea el que tú esperas.

Leyó atentamente el artículo y empujó el periódico hacia él.

—No estamos en los tiempos de Stalin. Las cosas han cambiado.

—¿Tanto han cambiado? ¿Incluso para la persona que ha intervenido en una operación fallida contra el presidente de Estados Unidos?

—Art, la respuesta es no. Yo tengo mi servicio como tú tienes el tuyo. Yo tengo mi patria y tú, la tuya. Quiero volver.

Art pensó que aquella clase de conversación es como una aventura amorosa. Hay un momento en el que puede ocurrir cualquier cosa pero, una vez pasado, es irre recuperable.

—Puedes cambiar de opinión. En cualquier momento.

Le pasó su tarjeta.

—Gracias, Art. Pero no cambiaré.

«No —pensó él echando el cuerpo hacia atrás—; no creo que cambies».

—Nina, quiero que me digas una cosa.

—Si puedo...

—¿Cómo supiste que era de la CIA?

—Fue mientras estabas en regresión. Yo hacía el papel de tu esposa. Tú te negabas a decir dónde habías estado y a quién habías visto. Eso me pareció extraño para un comerciante en petróleo. —Ella imprimió un aire malicioso en su sonrisa—. Entonces miré en tu billetero y vi que me habías dado un nombre falso. Envié el verdadero al Centro y ellos, naturalmente, sabían quién eras y lo que hacías.

—¿Y también descubriste lo de la mujer de Nueva York que buscaba submarinos?

—Sí.

«Dios —pensó Art—, ¿y cómo vivo yo con esto?». La matrona llamó a la puerta. Él se levantó. Nina le miró.

—Aquella noche, Art —susurró cuando entraba la matrona—, fue nuestra, sólo nuestra.

Entonces ella se levantó a su vez, extendió las manos para que le pusieran las esposas y salió de la habitación detrás de la matrona.

El guardia del servicio de protección de la presidencia examinó sus papeles e hizo una seña al coche oficial del Juez para que pasara por la puerta Oeste a la Casa Blanca, donde les esperaba el secretario de audiencias del Presidente.

—Ceremonial para visitantes distinguidos —sonrió el Juez—, y no es para mí.

Bennington se sentía extrañamente incómodo con la fama que le envolvía desde hacía cuarenta y ocho horas. Le molestaba el manto del héroe, sabiendo lo que ahora sabía acerca de la muerte de Ann Robbins. El secretario de audiencias, charlando efusivamente, los llevó a la antesala del Despacho Oval. Les dijo que el Presidente los recibiría dentro de un momento.

Bennington y el Juez se quedaron de pie en un rincón, debajo de un óleo de Lincoln, pintado en uno de los peores momentos de la Guerra Civil.

—Juez —dijo Art—, ¿diría usted que me he ganado un favor estos últimos días?

—Desde luego.

—Witter. Ese chico al que quitamos la licencia. Realmente era inocente. Esto lo demuestra. Déjele volver arriba.

—¿Usted nunca ceja? —sonrió el Juez—. Está bien. Es suyo.

—¡Señores!

El secretario les llamaba desde la puerta del Despacho Oval. El Presidente, con una amplia sonrisa salió de detrás de su escritorio.

—Juez —dijo estrechando la mano del Director—. Y éste, imagino, es su notable Mr. Bennington.

Les indicó un sofá y él se sentó en una vieja mecedora estilo Nueva Inglaterra que había mandado traer de la casa de vacaciones de su familia en Booth Bay Harbor, Maine. Le gustaba aquella vieja mecedora y, además, en ese despacho, evocaba recuerdos de John F. Kennedy.

—Juez —dijo—. He recibido por la línea de comunicación directa con Moscú una asombrosa serie de mensajes del Secretario General. Aprovecha este caso para ajustar las cuentas al KGB e instaurar sistemas de control, como los que nosotros les imponemos a ustedes. Me asegura que piensa descubrir a todos los que hayan intervenido en esta operación y encargarse de que sean severamente castigados. Francamente, yo me inclino por mantener en secreto todo el asunto. Dado que, en realidad, no representa la tónica general de la filosofía soviética, no quiero poner en peligro las relaciones soviético-americanas.

—Estoy de acuerdo con esa apreciación, señor Presidente —dijo el Juez.

—Bien, Mr. Bennington. —El Presidente se volvió hacia Art—. Tengo que decir que hizo usted un gran trabajo. Realmente fantástico.

—Gracias, señor Presidente.

Bennington no estaba de humor para pronunciar discursos acerca del «deber cumplido».

El Presidente se dio impulso con las puntas de los pies y empezó a mecerse

suavemente. Miró a lo lejos un segundo, como si estuviera en su porche de Booth Bay Harbor contemplando una puesta de sol.

—Pero todavía no me entra. Y te impone. Realmente, te imponen estas cosas. ¿Adónde iremos a parar si la ciencia puede salir con cosas como ésta?

El crujido de la vieja madera de la mecedora puso el interrogante. Bennington dio la respuesta.

—Bienvenido al siglo veintiuno, señor Presidente.

Epílogo

Un helado viento del norte agitaba los cristales de la garita del puesto de control de la policía militar y lanzaba remolinos de una nieve menuda como la espuma bajo las luces del exterior de la ventana hacia el centro del puente donde se encontraban tres hombres reunidos en conferencia. Uno era el joven agente de la delegación de la CIA en Berlín, que los había traído al puente Gleinecke, otro era un funcionario del KGB tocado con una *chapka*, el típico gorro ruso de piel y, el tercero, que con su estatura dominaba a los otros dos, era Dieter Vogel, el abogado de Berlín Este, el *comprador de cuerpos* como le llamaban, el cual organizaba intercambios como éste. Terminó la conferencia y el agente de la CIA retrocedió por el puente hacia la garita.

Art Bennington miró a Nina Wolfe. Ella estaba sentada en un taburete, con la cabeza apoyada en el cristal de la garita y los ojos vueltos hacia el centro del puente, con un aire distante, quizá soñador por sus bonitas facciones. Estaba delgada; un año y dos meses en Atlanta habían dejado huella, pero seguía siendo una mujer muy atractiva.

—Aún no es tarde para cambiar de parecer —dijo él.

Ella se apartó del cristal con los movimientos lentos del gato que se despierta de una siesta al sol.

—Sí, es tarde.

—Sabes que no volverás.

—No —suspiró Nina—; probablemente, no. Tendrás que ir a visitarme tú a Moscú.

—Seguro —rió Art.

El joven agente abrió la puerta de la garita dejando entrar una ráfaga de aire helado.

—Preparados.

Art y Nina se levantaron y le siguieron hasta el extremo del puente. Allí se alinearon; Nina, entre los dos hombres, Vogel en el centro del puente. En el extremo oriental Art veía al funcionario del KGB entre dos hombres, un electricista polaco y un diplomático húngaro, ambos colaboradores de la CIA por los que la Agencia intercambiaba a la capitán Dulia Vaninia.

Vogel miró al Este, luego al Oeste e hizo una seña. Nina tendió la mano a Art.

—Adiós, Art.

—Adiós, Nina. —Él sonrió estrechándole la mano—. Buena suerte.

Art siguió con la mirada su figura pequeña y erguida que se dirigía al centro del puente donde esperaba Vogel. El polaco y el húngaro llegaron al mismo tiempo que ella. Vogel movió la cabeza y los dos hombres apretaron el paso hacia el extremo occidental del puente. Nina pasó por delante de Vogel, hacia el otro extremo del puente. No volvió la mirada.

El joven agente de Berlín miró a Bennington.

—Ha sido un privilegio trabajar con usted, Mr. Bennington. Quiero decir que, en esta profesión, es usted una leyenda.

Bennington lo miró esforzándose por poner en su cara algo que se pareciera por lo menos a una sonrisa.

—¿Sí? —rezongó—. Mire, hijo, deje que le diga una cosa. En esta profesión, los chicos listos no creen en leyendas.



LARRY COLLINS (West Hartford, Connecticut, 1929 – Frejus, Francia, 2005). Escritor y periodista. Licenciado en Ciencias Económicas por la Universidad de Yale, trabajó en varias ciudades de Europa y África como corresponsal de la agencia de noticias UPI y de los semanarios *Newsweek*, *France-Soir* o *The New York Times Magazine*. El nombre de Larry Collins se asocia inevitablemente al del escritor Dominique Lapierre. Juntos escribieron títulos tan conocidos como *¿Arde París?* (1964), *O llevarás luto por mí* (1967) —sobre la vida del torero Manuel Benítez el Cordobés—, *Oh, Jerusalén* (1970), *Esta noche, la libertad* (1975) y *El quinto jinete* (1980). Llegados a este punto, ambos escritores optaron por una separación literaria amistosa y Collins inició una no menos exitosa carrera en solitario. En 1985 publicó *Juego mortal*, al que siguieron *Laberinto* (1989), *Águilas negras* (1994) y *El futuro es nuestro* (1997).

Fallece a los 75 años de edad, víctima de una hemorragia cerebral.

Notas

[1] Eileen Garrett (1893-1970) fue la vidente americana más celebre de su tiempo. (N. de la T.) <<

[2] Operación informática. (N. de la T.) <<

[3] Guardias fronterizos. (N. de la T.) <<